

LA ERA DE LA PERPLEJIDAD REPENSAR EL MUNDO QUE CONOCÍAMOS



«El mundo como lo hemos creado es un proceso de nuestro pensamiento. No puede ser cambiado sin cambiar nuestro pensamiento.»

Albert Einstein

>PRÓLOGO

Este libro, *La era de la perplejidad. Repensar el mundo que conocíamos*, es el décimo de la serie anual que BBVA viene dedicando a la difusión del conocimiento sobre cuestiones fundamentales de nuestro tiempo.

Iniciamos esta serie a finales de 2008, coincidiendo con la primera edición de los Premios Fronteras del Conocimiento que otorga la Fundación BBVA, y que en estos años se han convertido en un referente a escala mundial. Para celebrar el lanzamiento de los premios, el primer libro se tituló así, *Fronteras del conocimiento*; en él, una veintena de grandes científicos y creadores de todo el mundo repasaban los últimos avances y las perspectivas de las diferentes disciplinas científicas y artísticas reconocidas por los premios. La acogida, muy favorable, de los primeros títulos nos llevó en 2011 a crear OpenMind (www.bbvaopenmind.com), una comunidad online para debatir, difundir y generar conocimiento. Gradualmente, OpenMind ha ido creciendo, de forma que hoy cubre un amplio espectro de materias: la ciencia, la tecnología, la economía y la empresa, el medio ambiente y la ecología, así como un variado conjunto de disciplinas sociales y humanísticas. Y lo hace mediante diferentes formatos: libros, artículos, posts, reportajes, infografías, vídeos, etc., con un peso creciente de los materiales audiovisuales. Todo ello está disponible de forma absolutamente libre, en español y en inglés.

Un activo fundamental de OpenMind son sus más de 250 autores y colaboradores, especialistas de primer nivel en sus campos. El otro es su comunidad: en 2017 tendrá en torno a cuatro millones de visitas de usuarios, y más de 150.000 seguidores en las redes sociales ayudan, con su participación, sus comentarios y la redifusión de nuestros contenidos, a dar cada vez más vida a OpenMind.

Nuestros libros son colecciones de artículos escritos por figuras relevantes en su especialidad, que tratan, de manera muy transversal, diferentes perspectivas de una cuestión que afecta a nuestra vida y que tiene la capacidad de determinar nuestro futuro. En los títulos anteriores hemos tratado desde la globalización hasta el futuro de Europa, pasando por las grandes cuestiones éticas de nuestro tiempo. Siempre en torno a lo que, seguramente, es la espina dorsal de nuestra temática: el avance científico y tecnológico y su impacto sobre el futuro de la economía, la sociedad y nuestra vida diaria.

El libro del año pasado, *El próximo paso: la vida exponencial*, discutía cómo la revolución tecnológica que estamos viviendo —la más acelerada de la historia— está generando transformaciones que afectan no solo a nuestras vidas, sino también al futuro de la humanidad; no solo cambian la economía, la política, la sociedad y la vida diaria, sino incluso las que parecían constantes fundamentales de la especie humana: sus capacidades físicas y mentales, su longevidad y su posición como especie dominante en nuestro mundo, cuestionada por la coexistencia y, eventualmente, la fusión con máquinas cada vez más inteligentes.

Todo esto ha abierto lo que este libro denomina una «era de la perplejidad», ante cambios para los que no disponemos de guías ni menos aún de recetas para actuar. El impacto de la globalización, del avance tecnológico y de la inseguridad que estos generan se refleja en las decisiones de las personas y en el rumbo que

está tomando nuestra sociedad. Un rumbo que va a determinar nuestro futuro, en el sentido de hacernos más o menos capaces de afrontar los retos y aprovechar las oportunidades que nos ofrece el avance científico y tecnológico.

Ese es el tema de esta obra; para desarrollarlo hemos tenido la enorme suerte de contar con una veintena de grandes especialistas, figuras de relevancia mundial, a los que quiero agradecer sus magníficas contribuciones al libro y su respaldo a nuestro proyecto OpenMind.

En el libro, primero se desarrollan los grandes temas generales y se analizan los cambios que la computación y la mayor disponibilidad de información introducen en nuestras formas de percibir y entender las cosas y en los imaginarios sociales, que marcan nuestra actitud y nuestra reacción ante los acontecimientos a los que asistimos.

Todo esto subyace a los cambios que observamos en la política, con el surgimiento de movimientos populistas o, más en general, la falta de compromiso o la desafección para con las instituciones políticas y los valores que sustentan las democracias actuales. En estos fenómenos desempeñan un papel clave los nuevos medios de comunicación digitales, las nuevas formas de activismo político digital y el auge de movimientos que cuestionan de forma radical el paradigma económico y político dominante.

Ese es el contenido fundamental de un segundo bloque de artículos, que da paso a un tercero que eleva todas estas tendencias al plano supranacional, geopolítico; en él se abordan la importancia de incorporar un enfoque feminista a las relaciones internacionales (al igual, por supuesto, que a todas las esferas de la actividad humana), las nuevas formas de guerra, en las que ni los contendientes, ni las estrategias ni los medios responden a lo que se conocía, el formidable reto geopolítico que representa el complejo y diverso ámbito arabomusulmán, el fin de la breve época del mundo unipolar, con el surgimiento de poderes que cuestionan la hegemonía de Estados Unidos, entre los que destaca China, o el papel futuro de Latinoamérica en el ámbito global.

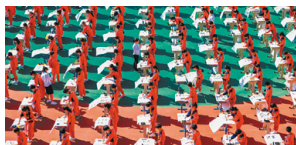
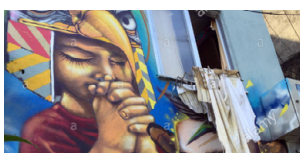
Los últimos artículos están dedicados a las cuestiones económicas que, en gran medida, están en la base de la perplejidad, la inseguridad y el descontento actuales; en ellos se discuten el impacto de la globalización y del cambio tecnológico sobre el crecimiento, el Estado de bienestar y, sobre todo, el empleo. A partir de este análisis pueden plantearse las políticas económicas y las formas de organización más adecuadas para aprovechar al máximo las potencialidades de la revolución digital y minimizar los riesgos de que se hagan realidad los temores de una sociedad cada vez más desigual, con multitud de empleos en los que las personas se han visto desplazadas por máquinas y en que incluso pierden el control de las decisiones, individuales o colectivas. Seguramente, esta revolución tecnológica exigirá un proceso de transición complejo; pero también tenemos ante nosotros grandes oportunidades para atender mejor las necesidades y demandas de las personas: más crecimiento y empleo y más riqueza, mejor distribuida. Y, sobre esta base, una vida más rica y plena para el conjunto de la humanidad.

Francisco González
Presidente BBVA
Group Executive Chairman

>ÍNDICE



>ÍNDICE



>LA ERA DE LA PERPLEJIDAD. REPENSAR EL MUNDO QUE CONOCÍAMOS

> DE LA ERA DE LA PERPLEJIDAD A LA ERA DE LAS OPORTUNIDADES: FINANZAS PARA EL CRECIMIENTO



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales

Imagen: La era de los robots. La tecnología nos anuncia una nueva era y nos avisa que ya estamos viviendo la cuarta revolución industrial.



Francisco González es licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid. Es Presidente de BBVA desde el año 2000. Es miembro del Consejo de Administración del Institute of International Finance (IFI) y de su Executive Committee, del European Financial Services Round Table (EFR), del Institut International d'Études Bancaires (IIEB), del International Advisory Panel del Monetary Authority of Singapore (MAS), del International Business Council (IBC) del World Economic Forum (WEF) y del Global Advisory Council de The Conference Board (TCB), de cuyo Board of Trustees es además Vice Chairman, entre otros foros internacionales. Además, representa a BBVA en el International Monetary Conference (IMC). Es Presidente de la Fundación BBVA.

Previamente a la fusión del Banco Bilbao Vizcaya y Argentaria, fue Presidente de Argentaria en el período 1996 a 1999, donde lideró la integración, transformación y privatización de un grupo diverso de bancos públicos.

Inició su carrera profesional en 1964 como programador en una empresa informática, época de la que viene su clara apuesta por transformar la banca del siglo XXI con el apoyo de las nuevas tecnologías.

>DE LA ERA DE LA PERPLEJIDAD A LA ERA DE LAS OPORTUNIDADES: FINANZAS PARA EL CRECIMIENTO

Atravesamos una época de cambios sociales y políticos que son, a la vez, causa y efecto de un estado de perplejidad, incertidumbre e inseguridad entre los ciudadanos. En su base está el temor ante el futuro de la economía y el empleo, en un contexto de cambio y avance tecnológico acelerado. Este artículo argumenta que la revolución tecnológica generará a medio plazo más bienestar, crecimiento y empleo, pero sólo tras un período de transición que podría ser penoso para muchos. Políticas económicas adecuadas ayudarían a acelerar esa transición y minimizar sus costes. Entre esas políticas debe incluirse la de promover una transformación digital del sistema financiero que contribuya a un mayor crecimiento, más inclusivo.

Cambio y perplejidad

En la última década estamos asistiendo a fenómenos que, sobre todo vistos en retrospectiva, probablemente no eran imprevisibles, pero que de forma sistemática encuentran desprevenidos a los agentes políticos, económicos y sociales, incluso a los más expertos.

Después de ochenta años en los que no se concebía la posibilidad de otra Gran Depresión, hemos sufrido una profunda crisis económica y financiera; en paralelo, pero no independientemente, estamos viendo profundos cambios en los patrones políticos, económicos y sociales: creencias y asunciones mantenidas durante mucho tiempo se ven cuestionadas; instituciones que han anclado durante mucho tiempo las políticas nacionales y supranacionales se encuentran profundamente debilitadas.

En el ámbito geopolítico, el régimen posterior al final de la Guerra Fría, en el que Estados Unidos emergió como la única superpotencia, garante de un mundo cada vez más abierto e interconectado, que progresivamente debería consolidar un orden global de democracias y economías de mercado cada vez más integradas, ha dado lugar a un mundo mucho más incierto. Ya no hay un poder hegemónico claro. Y no solo, o no principalmente, porque el peso de Estados Unidos en la economía global esté disminuyendo a medida que otras áreas, especialmente Asia, crecen más deprisa, sino también porque Estados Unidos, que ya durante la presidencia de Barack Obama redujo su involucramiento en conflictos externos, tras la elección de Donald Trump parece renunciar a su papel de promotor global de la democracia, el imperio de la ley, el libre comercio y los derechos humanos para adoptar una visión más unilateralista y utilizar su potencia económica y su poder militar (este sí

claramente hegemónico) solo en defensa de sus intereses, entendidos de modo mucho más restrictivo.

Esto, por supuesto, debilita a los aliados más estrechos e incondicionales de Estados Unidos (Europa occidental, Japón, etc.) y deja mucho más margen a Rusia o China para extender su influencia política y económica; primero, en su *hinterland* más inmediato, y a partir de este en el resto del mundo. Otras potencias regionales menores también ganan capacidad para influir en su entorno cercano, incrementando la inestabilidad global.

Al mismo tiempo, pierden ímpetu los proyectos supranacionales de cooperación económica y/o política y los acuerdos de libre comercio entre distintas regiones (Asia/América, América/Europa, etc.). Incluso el proyecto de integración europea, que ha tenido un éxito sin precedentes durante décadas, afronta la salida del Reino Unido, las profundas discrepancias con varios miembros de Europa central y del Este y la creciente desafección de los europeos hacia el proyecto común.

Estas transformaciones geopolíticas hunden sus raíces en cambios en las naciones, las sociedades y los propios ciudadanos; vemos en todo el mundo el crecimiento de partidos políticos populistas, así como una tendencia decreciente de la participación y la confianza de los ciudadanos en la política, las instituciones, las elecciones y, en general, el sistema democrático liberal. En contrapartida, se desarrollan el «autoritarismo de Estado» y lo que, en ocasiones, se llama democracia «directa», es decir, la formulación de propuestas políticas no intermediadas por las instituciones, apoyadas en corrientes de opinión que supuestamente representan la voluntad popular, y la toma de decisiones sobre la base de referéndums.

Tras la Primavera Árabe, el problema de los refugiados y su impacto en la economía, la seguridad y la política, es recurrente en el paisaje de Oriente Medio.



La retórica y la narrativa políticas también están cambiando, tanto en boca de los políticos como en los medios o en las redes sociales, con un aumento de la polarización y una tendencia creciente al *framing* de las noticias o de formas deliberadas de desinformación, como el uso de *fake news*.

El resultado de todo esto es un debate político mucho menos transparente, más centrado en el impacto a corto plazo que en la solución de los problemas, y mucho más orientado a la confrontación, la construcción de enemigos y el extrañamiento (*othering*) de los que piensan diferente que a la búsqueda de acuerdos.

Los ciudadanos, en este marco, se sienten «agredidos», inseguros y pesimistas, y se inclinan por apoyar soluciones drásticas a sus problemas, al tiempo que tienden a «defenderse» asumiendo identidades duras (nacionalistas, religiosas o de otro tipo), que excluyen a todos aquellos que son percibidos como distintos y, por tanto, peligrosos.

En términos sociales, el resultado es una pérdida de cohesión social, especialmente entre distintos grupos étnicos y religiosos, y problemas crecientes de integración, con un aumento de las restricciones para que determinados grupos, particularmente los inmigrantes, puedan acceder a la residencia, la ciudadanía, los servicios públicos, la protección social, etc.

Vivimos en una época que Darrell West (2016) llama de «megacambio», en la que los patrones sociales, económicos y políticos han dejado de ser fijos, lo que produce inseguridad y miedo; miedo a los otros, miedo al futuro. Este sentimiento puede asimilarse a lo que el sociólogo Zygmunt Bauman (1998) llamó *Unsicherheit*, una combinación compleja de incertidumbre, inseguridad y desprotección, que él atribuyó a las consecuencias económicas, sociales y culturales de la globalización y su difícil encaje en contextos más limitados (nacionales, regionales o locales). De manera similar, antes de la crisis económica y financiera, muchos economistas, como Mary Kaldor (2004), creían que fenómenos políticos como el auge de los «nuevos nacionalismos» eran una respuesta a la globalización.

Hoy, la mayor parte de los investigadores relacionan estos fenómenos con un conjunto más complejo de factores: a los efectos —percibidos o temidos— de la globalización se suman los de la revolución tecnológica; efectos que en muchos casos se confunden o se identifican con los de la crisis y las políticas de austeridad que se han impuesto en muchos países.

Años atrás, el punto de vista predominante sobre la globalización era que, en última instancia, el aumento del comercio internacional y la creciente interdependencia promoverían un mayor crecimiento global y consolidarían sistemas políticos democráticos en todo el mundo, favoreciendo la estabilidad y el bienestar a escala global. Hoy, estos beneficios suscitan más controversias: se teme la pérdida de puestos de trabajo, que se estarían desplazando desde los países desarrollados hacia países emergentes con costes laborales más bajos, así como los costes de todo tipo —incluidos los sociales y el aumento del riesgo de acciones terroristas— que se asocian a los flujos migratorios.

En cuanto al cambio tecnológico, acelera o multiplica los efectos de la globalización. La mejora de las telecomunicaciones, la conectividad, internet, etc., alimentan la globalización económica, política y cultural. Por otra parte, los mercados globalizados son el marco natural de la revolución tecnológica, en el que puede desarrollar todas sus potencialidades.

«LO QUE MÁS INQUIETA DE LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA ES SU IMPACTO SOBRE EL EMPLEO FUTURO.»

Pero, más allá de esto, los avances tecnológicos avivan sus propios fantasmas: mejoran la comunicación y el acceso al conocimiento, la productividad y la eficiencia, pero también son herramientas para la desestabilización política, la delincuencia y el terrorismo, porque facilitan el planeamiento, la concertación y la financiación de las acciones. Y, también, crean nuevos objetivos para estas actividades; los ciberataques se dirigen precisamente a los enormes volúmenes de datos y a las infraestructuras que los almacenan, protegen y transmiten, que son cruciales para el funcionamiento de la economía y la sociedad globales. Con todo, lo que más inquieta de la revolución tecnológica es su impacto sobre el empleo futuro; el temor a la sustitución generalizada de las personas por las máquinas.

Globalización y tecnología: temores y realidades

Tanto los episodios de globalización como los de fuerte aceleración tecnológica han sido recurrentes a lo largo de toda la historia de la humanidad. Y normalmente han venido asociados; los avances tecnológicos favorecen la búsqueda de nuevos ámbitos donde aplicarlos con ventaja sobre las tecnologías locales más atrasadas. Y los períodos de estancamiento o retroceso de la globalización suelen coincidir con el agotamiento de esas ventajas tecnológicas, que en muchas ocasiones dan lugar a crisis, conflictos y guerras.

Así, el episodio de intensa globalización inmediatamente anterior al actual tuvo lugar en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX, impulsado por el vapor, la electricidad y los motores de combustión interna, la telegrafía y la telefonía. Fue un período de aceleración del crecimiento, interrumpido por la Primera Guerra Mundial; por eso Keynes (1919), después de la conflagración, proponía recuperar la globalización para relanzar el crecimiento y consolidar la paz.

Muy al contrario, el período de entreguerras fue una etapa de retroceso de la globalización, marcada por la Gran Depresión de 1929 y las reacciones proteccionistas y nacionalistas a las que esta dio lugar. Pero después de la Segunda Guerra Mundial el proceso de globalización arrancó de nuevo con fuerza (retomando, en buena medida, las ideas de Keynes). Y coincidiendo con la revolución de la información, que se inicia en los años cincuenta del siglo XX y ha seguido un curso de aceleración exponencial desde entonces.

La segunda mitad del siglo xx y los primeros años del xxi han sido una fase de expansión global sin precedentes. El aumento de la productividad ha permitido sostener un crecimiento rapidísimo de la población mundial, desde menos de 2.500 millones de personas en 1945 hasta 7.500 millones en la actualidad. Y ello con una mejora sin par de las condiciones de vida.

De acuerdo con la metodología del Banco Mundial, que contabiliza el número de personas que viven con menos de 1,90 dólares al día,¹ en 1945 más de dos tercios de la población mundial se encontraba por debajo de esa línea, es decir, más de 1.600 millones de personas vivían en condiciones de pobreza extrema. En 2015, los «pobres extremos» eran menos de 700 millones, por debajo del 10 por ciento de la población mundial.

Esta tendencia favorable se ha ido acelerando en las últimas décadas. El porcentaje de pobres extremos sobre la población global venía reduciéndose, aunque lentamente, desde comienzos del siglo xix, pero su número en términos absolutos siguió aumentando hasta los años setenta del siglo xx. Desde entonces ha ido disminuyendo no solo el porcentaje, sino también el número de personas en situación de necesidad extrema, y lo ha hecho a un ritmo creciente a partir de los años noventa. En 1990 todavía había un 35 por ciento de pobres extremos en el mundo (cerca de 1.500 millones de personas), mientras que hoy la cifra absoluta ha caído a menos de la mitad, y el porcentaje que representan en relación con la población total se ha reducido a una cuarta parte.

La globalización y el avance tecnológico han sido los motores principales de este progreso. Y otro factor, no independiente de los anteriores, ha tenido un gran peso, especialmente en el período reciente: el fortalecimiento de las instituciones en muchos países emergentes, con la consolidación de estructuras políticas, jurídicas y económicas más estables y fiables, la extensión de los principios del libre mercado y del imperio de la ley y la mejora de la seguridad jurídica. Como resultado, los países emergentes, sobre todo en Asia, han experimentado un salto sin precedentes en su desarrollo, liderando e impulsando el crecimiento mundial.

El crecimiento en los países desarrollados, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la Gran Recesión de 2008, ha sido inferior al de los emergentes, pero también extraordinario en términos históricos.

En países como Estados Unidos y el Reino Unido, tecnológicamente muy avanzados y protagonistas desde el principio de la actual oleada de globalización, el PIB per cápita se ha multiplicado desde comienzos del siglo xx por 7,5 (en Estados Unidos) y por 5,7 (en el Reino Unido). Al mismo tiempo, las horas de trabajo han caído desde 55-60 a la semana hasta alrededor de 40 en la actualidad. Por su parte, la tasa de paro actual (con una población varias veces superior) es muy moderada y similar a la que se observaba a principios del siglo xx, a pesar de que la tasa de población activa es mayor, debido a la incorporación de la mujer al mercado laboral.

Es decir, la globalización y el avance tecnológico han llevado a fuertes aumentos de la producción, la renta y el empleo, con mejoras claras en las condiciones de trabajo

(Doménech *et al.*, 2017). Otros análisis de datos contemporáneos, que han comparado economías con diferentes grados de avance tecnológico y digitalización (véase Gregory *et al.*, 2016), no muestran que mayores índices de automatización se correspondan con tasas de paro más altas.

Sin duda, todavía hay en el mundo centenares de millones de personas que viven en una pobreza extrema, y miles de millones cuyas condiciones de vida son muy deficientes. Un buen número de países se han quedado fuera de esta oleada de prosperidad, particularmente en África. Pero, en conjunto, el curso de la economía global en la última década no avala el sentimiento de inseguridad, frustración y pesimismo que se viene observando cada vez más, particularmente en los países desarrollados.

Para explicarlo, hay que recurrir a una combinación muy compleja de hechos y temores, temores generados en parte por la extrapolación pesimista hacia el futuro de algunos de esos hechos.

Un factor clave ha sido sin duda la crisis global, con sus secuelas de aumento del paro, deterioro de las cuentas públicas y políticas de austeridad. Los ajustes en las políticas sociales han tenido un impacto especialmente fuerte en las poblaciones de los países desarrollados, mucho más protegidas y que sufren un proceso avanzado

Asia está en el camino hacia la modernidad. Ciudades como Shanghai están cambiando para adaptarse a sus habitantes.



de envejecimiento. Las dudas sobre la sostenibilidad del Estado de bienestar, que ya habían surgido en las décadas anteriores y ya habían dado lugar en diferentes países a reformas de corte liberal, se han agudizado después de la crisis.

Además, la inseguridad que esto genera se ha exacerbado por la combinación con otros factores. Por una parte, aunque la inmigración es en realidad necesaria — más bien imprescindible— para la sostenibilidad del crecimiento, de las cuentas públicas y de los sistemas de protección social, con frecuencia los inmigrantes han sido vistos como una fuerza de trabajo barata que compite «de forma desleal» por los empleos con los locales, contribuye a mantener deprimidos los salarios, sobrecarga los servicios sociales e incrementa su coste. Y, por otra, el desplazamiento acelerado del peso de la economía global hacia el Este, es decir, hacia los grandes países emergentes que más rápidamente han crecido en los últimos años.

«CHINA SOBREPASARÁ A ESTADOS UNIDOS COMO LA MAYOR ECONOMÍA MUNDIAL HACIA 2030, E INDIA LO HARÁ EN TORNO A 2050.»

Hace veinticinco años, en términos de paridad de poder de compra (PPP), las economías desarrolladas representaban aproximadamente el 60 por ciento del PIB global y las emergentes, el 40 por ciento restante. Hoy, las proporciones son las contrarias: los países emergentes suponen algo más del 60 por ciento del PIB global y los desarrollados no llegan al 40 por ciento. En términos de PPP, la economía china es ya mayor que la de Estados Unidos. Incluso valoradas a tipo de cambio del mercado, las economías emergentes son casi el 45 por ciento del PIB mundial. Y la suma de China (14 por ciento) e India (6 por ciento) ya casi alcanza a Estados Unidos (22 por ciento).

Según todas las previsiones, este proceso va a continuar: hasta 2050, el crecimiento medio anual de los países emergentes será aproximadamente el doble que el de los desarrollados. China sobrepasará a Estados Unidos como la mayor economía mundial hacia 2030, e India lo hará en torno a 2050. Para esa fecha, seis de las siete mayores economías del mundo serán emergentes: Indonesia, Brasil y México serán mayores que Alemania y Japón, y Turquía, mayor que Italia. El conjunto de Europa representará menos del 10 por ciento del PIB global.

Este proceso no es sino una recuperación (parcial) de las posiciones anteriores a la revolución industrial, que impulsó el crecimiento económico y la hegemonía política de los países occidentales a partir del siglo XIX. Hacia finales del siglo XVIII, Asia representaba el 80 por ciento de la economía mundial; China e India, por sí solas, suponían más del 65 por ciento, mientras que Europa no llegaba al 10 por ciento (Marks, 2002). En 1950, Europa occidental y Estados Unidos representaban más del 50 por ciento del PIB global y China, el 5 por ciento.

Esta acelerada pérdida de peso de los países desarrollados en la economía global ha reducido su capacidad de influencia política y afectado a la psicología colectiva, lo que ha contribuido a la sensación de decadencia y a un mayor pesimismo. Pero, seguramente, más relevante aún ha sido el temor a los efectos de la globalización y el cambio tecnológico sobre los mercados de trabajo.

Ya se ha destacado que no hay evidencia alguna de impactos negativos sobre la renta o el empleo agregados. Sin embargo, sí que se han producido cambios muy relevantes en la composición del empleo y en su retribución.

La globalización ha afectado particularmente a los sectores manufactureros, que se han desplazado en mayor medida a los países emergentes, con costes laborales más bajos; por su parte, la automatización y digitalización ha hecho redundantes los trabajos rutinarios y repetitivos, en gran medida concentrados en los mismos sectores.

En cambio, han aumentado los empleos en el sector servicios, muchos de ellos de baja cualificación y remuneración (y por los que compiten también la mayor parte de los inmigrantes), pero más difíciles de automatizar (Autor y Salomons, 2017), y los de muy alta cualificación, más abstractos y menos rutinarios. Por otra parte, la inestabilidad del mercado de trabajo y la mayor rotación de los empleos han generado una proporción creciente de empleos a tiempo parcial, temporales o por cuenta propia, lo que ha sido denominado *gig economy*.

Esta polarización del mercado de trabajo ha tenido efectos muy importantes sobre la distribución del producto y la renta, en perjuicio de la participación de los salarios en el PIB.

La debilidad del aumento de los salarios en los países desarrollados ha sido uno de los efectos más claramente contrastados de la globalización y del avance tecnológico; según muchos autores, este último habría sido el factor predominante; véase, por ejemplo, la excelente contribución de Qureshi a este libro (Qureshi, 2017).

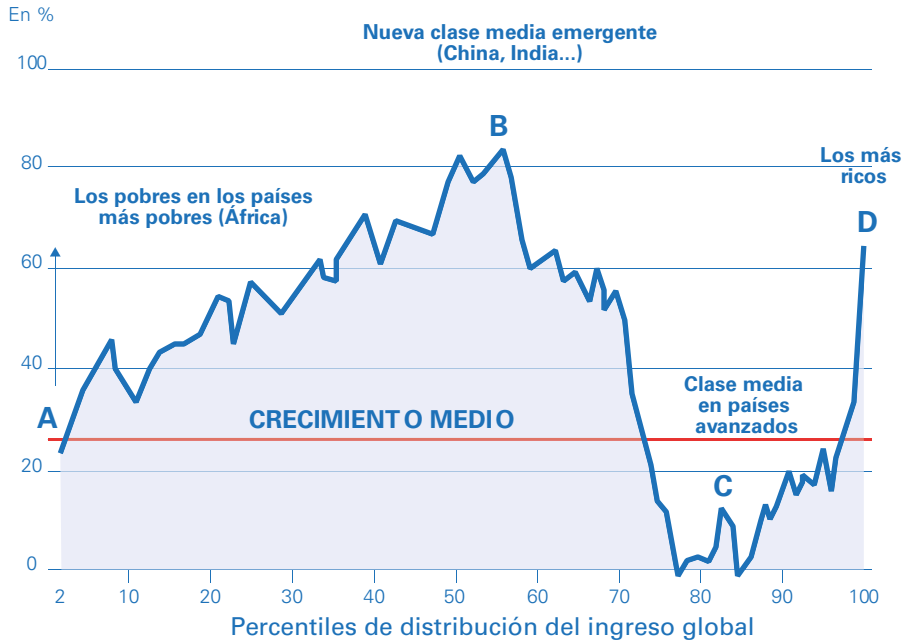
Según la OCDE, los ingresos reales medios de las familias en Estados Unidos, Alemania, Japón, Italia y Francia han crecido menos de un 1 por ciento anual desde la mitad de los años ochenta hasta 2008. Estos datos contrastan con las décadas anteriores desde la Segunda Guerra Mundial, y la situación ha empeorado, en términos generales, desde la Crisis Financiera Global. En 2014, los ingresos reales de dos tercios de las familias en las economías desarrolladas estaban por debajo de los de 2005 (National Intelligence Council, 2017).

Por último, los fuertes aumentos de la productividad y las economías de escala y de red que se generan en los sectores más digitalizados (*winner takes all*) han llevado a grandes acumulaciones de renta y riqueza en segmentos muy reducidos de la población.

Todo esto tiene implicaciones muy importantes sobre la distribución global de los ingresos, que se resumen muy bien en el conocido «gráfico del elefante» de Branko Milanovic (2016).

En este gráfico, que se ha hecho famoso, se presenta el crecimiento real acumulado de los ingresos reales de la población de veinte países (desarrollados y emergentes) ordenada por percentiles de ingresos, entre 1988 y 2008.

CRECIMIENTO ACUMULADO DEL INGRESO REAL (1988-2008)



Fuente: Branko Milanovic

La media del aumento real de los ingresos fue del 25 por ciento, pero las curvas que dan al gráfico una forma que puede asimilarse a un elefante nos indican que la distribución ha sido muy desigual: los mejor librados en esas dos décadas han sido los que se encuentran entre los percentiles 10 y 70, por un lado, y los situados por encima del percentil 95 (y, sobre todo, del percentil 99), por otro. En cambio, los percentiles más bajos (por debajo del 10 por ciento) y los altos, entre los percentiles 70 y 90, han tenido aumentos reales de la renta muy inferiores (cercanos a 0 para ciertos segmentos). Es decir, que los ganadores de estas dos décadas de globalización y avance tecnológico han sido los ricos, tanto en los países desarrollados como en los emergentes, y los trabajadores y las nuevas clases medias de los países emergentes, principalmente en India y China. En contrapartida, los perdedores han sido los pobres entre los pobres, fundamentalmente, pero no solo, en el África subsahariana, y las clases bajas y medias de los países desarrollados y de muchos de los antiguos países del bloque comunista.

En definitiva, la economía global ha tenido una evolución muy favorable desde mediados del siglo xx. Sin embargo, el efecto depresivo de la crisis financiera y de las políticas de austeridad subsiguientes, el estancamiento de los salarios y el aumento de la desigualdad en los países desarrollados, así como la mayor inestabilidad geopolítica global, con su secuela de flujos migratorios, han fortalecido corrientes de opinión contrarias a la globalización y muy recelosas respecto al efecto de la revolución tecnológica, particularmente sobre el empleo. Todo ello se ha traducido, en el panorama político, en un recrudescimiento de las tendencias defensivas, nacionalistas y proteccionistas.

La oportunidad tecnológica

El cambio tecnológico acelerado hace que hoy sea aún más difícil predecir el futuro de la economía global. Sin duda, para muchos lo vuelve más esperanzador, pero para otros añade aún más factores de riesgo a un panorama lleno de amenazas.

La actual revolución tecnológica podría llevar a nuestra economía, nuestra sociedad, nuestra vida diaria, etc. a cambios de una magnitud incluso mayor que la revolución neolítica o la primera revolución industrial, y a una velocidad muy superior. Brynjolfsson y McAfee (2014) han llamado a la época que ahora se está iniciando la «segunda edad de las máquinas», que presenta una diferencia fundamental con respecto a la primera: esta se basó en las máquinas de vapor para superar los límites físicos de los humanos y los animales, mientras que la actual se apoya en las tecnologías digitales para superar los límites de las capacidades intelectuales humanas. El rápido avance de la inteligencia artificial, la robótica o las biociencias nos obligará, en un futuro no lejano, a replanteamientos radicales de las bases de nuestra economía, sociedad y cultura, nuestros principios éticos e incluso nuestras premisas ontológicas fundamentales.

A la incertidumbre que todo esto suscita se suma que, en los últimos años, el crecimiento económico global y la productividad han tenido un comportamiento peor que en décadas anteriores, algo que contradice la evidencia histórica de que períodos de aceleración tecnológica llevan a fuertes aumentos de la productividad y el crecimiento.

Esta contradicción ha suscitado un fuerte debate entre los economistas, y a ella ya me he referido con más detalle en un libro anterior de esta misma serie (González, 2016). En resumen, la polémica enfrenta por un lado a los «tecnopesimistas», que opinan que la digitalización está teniendo sobre la productividad un impacto inferior a otras innovaciones del pasado (Gordon, 2016) y/o que su efecto positivo se ve contrarrestado por el declive demográfico en los países desarrollados y/o por el aumento de la desigualdad, que deprime de forma persistente la demanda agregada (Piketty, 2013; Stiglitz, 2015), y, por otro, a los «tecnoptimistas», aquellos que piensan que hay un problema de inframedición del producto, porque no se computan bien las mejoras de calidad y de prestaciones, o porque se concentra cada vez más

en servicios y en intangibles, mucho más difíciles de valorar (Feldstein, 2017). O, en otro caso, que estamos en una fase de transición muy afectada por las consecuencias de la crisis. La economía global estaría atravesando todavía un necesario período de desapalancamiento y de corrección de las debilidades del sistema bancario global, que deprimen el gasto en consumo e inversión y la provisión de servicios públicos. Si fuera este el caso, a esta fase la seguiría otra de crecimiento mucho más rápido impulsado por el progreso tecnológico.

De hecho, la experiencia histórica muestra que las nuevas tecnologías, y en particular las más disruptivas, necesitan un cierto tiempo hasta que lleguen al punto en que su precio y su grado de adopción permiten su uso generalizado y combinado con otras tecnologías. Y a partir de ese punto tienen un impacto cada vez más fuerte en la productividad y las condiciones de vida. Brynjolfsson y McAfee (2014) piensan que estamos llegando a ese punto de inflexión, que equivaldría al inicio de lo que Klaus Schwab (2016) llama la «cuarta revolución industrial».

Si fuera así, podríamos estar entrando en una fase de alto crecimiento y mejora del bienestar impulsada por la combinación de diferentes tecnologías, entre ellas la computación, las redes cada vez más densas e interconectadas, la inteligencia artificial y la cibernética, las biotecnologías y, probablemente, otras que todavía no conocemos.

La historia muestra que, de la misma manera que el avance tecnológico genera crecimiento y riqueza, también genera empleos. Más empleos, distintos de los anteriores, y más productivos, que permiten mejorar las condiciones de vida de las personas, incluso aunque aumente la desigualdad (Mokyr, 2014; Autor, 2015). Esto es también lo que se ha observado en las últimas décadas.

A pesar de ello, algunos autores han señalado que esta vez podría ser diferente, aun cuando el crecimiento se acelere. Primero, porque los avances en la robotización y la inteligencia artificial permiten sustituir no solo a personas que hacen trabajos rutinarios, sino también a las que realizan trabajos no rutinarios de una cualificación cada vez más alta. Segundo, porque la tecnología ofrece a las personas la posibilidad de hacer muchas más cosas por sí mismas, reduciendo la creación de empleos en el sector de los servicios. Y, por último, porque el rápido progreso tecnológico conduciría a que los trabajadores se vieran obligados a reciclarse y cambiar de actividad con mayor frecuencia, a medida que más y más tareas fueran susceptibles de ser automatizadas. Esta mayor fricción (necesidad de ajustes más frecuentes de las habilidades de las personas) incrementaría el paro de manera estructural.

En torno a estos argumentos, autores como Frey y Osborne (2013) han señalado que hasta un 47 por ciento del empleo de Estados Unidos sería susceptible de ser automatizado. Otros, en cambio (Arntz *et al.*, 2016), muestran que, si se tienen en cuenta las diferentes tareas que implica cada ocupación, solo un 9 por ciento del empleo es automatizable, como media de 21 países de la OCDE. Esta última sería

una cifra muy inferior, por ejemplo, a la de empleos perdidos en la agricultura en las últimas décadas, que se han recuperado con creces en otros sectores.

En definitiva, resulta imposible prever la magnitud y la velocidad a la que se manifestarán los efectos sobre el crecimiento, el empleo, la equidad y el bienestar general de una revolución tecnológica de tal profundidad y que se encuentra en sus inicios.

Podemos temer todo tipo de distopías, pero también podemos ver la revolución tecnológica como una gran oportunidad para mejorar el bienestar de los ciudadanos de todo el mundo.

Incluso si, como muchos creemos, el progreso y el bienestar social han venido siempre de la mano del avance técnico, y esta vez no tiene por qué ser una excepción, los efectos positivos siempre se han presentado después de un proceso de transición, con ganadores y perdedores. Y esta cuarta revolución industrial plantea retos particularmente complejos.

En cualquier caso, los resultados siempre serán mejores, y los costes inferiores, si se aplican políticas adecuadas. Unas políticas que no se resistan en absoluto al avance tecnológico, sino que potencien sus efectos favorables; que garanticen la igualdad de oportunidades, es decir, que las pongan al alcance de todos, y que reduzcan los costes de transición a corto y medio plazo.

Hay líneas de acción que contribuyen simultáneamente a alcanzar todos estos objetivos. Para ello, se deben fomentar la investigación, el desarrollo y la innovación, así como el emprendimiento, impulsar la transparencia y la competencia en los mercados y desarrollar las infraestructuras necesarias.

«PODEMOS VER LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA COMO UNA GRAN OPORTUNIDAD PARA MEJORAR EL BIENESTAR DE LOS CIUDADANOS.»

La igualdad de oportunidades exige un gran esfuerzo en educación. Una educación orientada a conseguir destrezas complementarias y no sustitutivas con el avance tecnológico; que promueva la formación continua y el reciclaje, y que evolucione con las necesidades de la sociedad.

El mercado laboral ha de ser otra gran prioridad. Hay que eliminar barreras al crecimiento de las empresas, la inversión y la creación de empleo; desarrollar mejores políticas activas y pasivas frente al desempleo; buscar un equilibrio en la fiscalidad, de forma que la redistribución no perjudique a la inversión, y modernizar las regulaciones para atender una mayor diversidad de situaciones laborales y las necesidades de los trabajadores autónomos.

A pesar de estas políticas, los costes de transición podrían seguir siendo considerables para determinados segmentos. Por eso, es importante desarrollar sistemas de protección social que garanticen la igualdad de oportunidades y den

seguridad a las personas en un entorno muy cambiante, con alta rotación y muy diferentes modalidades de los empleos; estas políticas deben estar estrechamente integradas con los sistemas educativos y de empleo, para reducir los costes económicos y humanos.

Pero esta tarea de impulsar la adaptación de nuestra economía y nuestra sociedad a la revolución tecnológica, de forma que se pueda extraer el máximo partido reduciendo al mínimo posible sus costes, no corresponde solo a los poderes públicos. Es tarea, también, de las empresas y de las personas, del conjunto de la sociedad civil. Y, en este marco, el sistema financiero y las instituciones que lo componen pueden desempeñar un papel muy importante.

Un sistema financiero para el crecimiento inclusivo

Hay discrepancias sobre el sentido, la magnitud y la velocidad del impacto de la revolución tecnológica sobre la economía global, pero no hay ninguna acerca de su efecto disruptivo sobre los sectores de producción y las empresas.

Los primeros sectores que experimentaron esa disrupción, a partir del desarrollo de internet y de las economías digitales, fueron aquellos con un mayor contenido informacional en sus inputs o outputs: las comunicaciones, los medios, la música, muchos sectores de distribución, etc. Estas industrias ya han experimentado una profunda transformación, con grandes aumentos de eficiencia y productividad, de forma que han sido capaces de ofrecer nuevos y mejores productos a los consumidores, a un coste muy reducido.

«ES RESPONSABILIDAD DE TODOS ADAPTAR NUESTRA ECONOMÍA Y NUESTRA SOCIEDAD A LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA.»

En el período más reciente, otros sectores mucho más ligados al mundo físico, y que hasta ahora habían experimentado cambios notables pero no disruptivos, afrontan transformaciones mucho más radicales. Se trata de industrias muy consolidadas, sectores clave de la economía, como la salud, la educación, la energía, el transporte y la alimentación, a los que se suma la industria financiera.

En la mayor parte de los casos, estos cambios llegan al mercado traídos por nuevos competidores, más innovadores y ágiles. Esta oferta satisface mucho mejor las demandas de una oleada en rápido crecimiento de consumidores que han desarrollado nuevas necesidades y nuevos hábitos, en gran medida gracias al acceso a más y mejor información y a la superior conectividad que ofrece la movilidad inteligente.

Todo esto obliga a las empresas a reinventar la forma en que diseñan, producen y distribuyen productos y servicios, lo que promueve profundos cambios en las

propias empresas y en las estructuras de sus sectores. Esto ya está ocurriendo incluso en industrias basadas por completo en activos materiales y en la atención física a los clientes, como la hotelera o la del transporte de personas. Airbnb o Uber nos muestran que la revolución tecnológica ya no tiene barreras de sectores.

Una herramienta que se está revelando muy poderosa para la disrupción de sectores muy consolidados es el desarrollo de plataformas muy apalancadas en tecnologías exponenciales (la computación en la nube, la conectividad móvil, el *big data*, la inteligencia artificial, *blockchain*, etc.) que cruzan la oferta y la demanda, poniendo en contacto a múltiples proveedores y clientes. Estas innumerables interacciones generan una cantidad ingente de datos, de información, que permite a su vez crear y distribuir productos y servicios con características nuevas para ofrecer a cada cliente una mejor experiencia.

Hoy, las cinco mayores compañías del mundo por capitalización bursátil (Apple, Google, Microsoft, Amazon y Facebook) son, básicamente, plataformas de este tipo.

La banca es una industria con un altísimo contenido informacional: sus *inputs* y sus productos fundamentales son los datos —o la información— y el dinero; y el dinero bancario es, finalmente, un conjunto de apuntes contables, es decir, información.

Por eso, su transformación digital podría haber sido muy temprana. Pero, a pesar de que la banca ha cambiado mucho en las últimas dos décadas, no ha experimentado cambios de magnitud similar a los de otros sectores antes citados. Y ello por varias razones: primero, por el conservadurismo de la mayor parte de las personas con el dinero; segundo, por el alto crecimiento y la elevada rentabilidad de la industria en el período anterior a la gran crisis, que no alentaban el cambio

Fuerzas muy poderosas están remodelando el sector bancario. Las necesidades del cliente, la tecnología, las autoridades regulatorias y la demografía obligan a los bancos a cambiar para adaptarse al nuevo escenario.



radical, y, tercero y fundamental, por la regulación, que por un lado limitaba la libertad de las entidades para innovar y, por otro, la protegía de la entrada de nuevos competidores.

Pero todo esto está cambiando. Fundamentalmente, están cambiando los clientes. Una nueva generación de estos últimos ha crecido en un entorno digital y demanda servicios diferentes y nuevas formas de acceder a ellos. A esta corriente se suman, cada vez más, los clientes tradicionales de la banca, atraídos por las ventajas de la nueva oferta.

Centenares, miles de nuevos proveedores (fundamentalmente *start-ups* o, en algunos segmentos, grandes compañías digitales) están atendiendo ya estas demandas; estas empresas no tienen el costoso legado de los bancos, en forma de estructuras y sistemas obsoletos, y pueden trabajar de forma mucho más ágil, flexible y barata.

Por otro lado, el sistema bancario afronta un entorno de crecimiento mucho menor y rentabilidad más reducida, en un marco de tipos de interés muy bajos y una regulación más exigente, nacida tras la crisis financiera global. Todo esto aumenta la presión y la urgencia para que los bancos aprovechen las capacidades de la tecnología para mejorar radicalmente su productividad.

Por último, los reguladores ya perciben, junto con los riesgos, la capacidad de la tecnología para mejorar la industria financiera; y, en consecuencia, están ya modificando la regulación para reforzar la competencia, preferentemente en aquellos segmentos o productos que tienen menos impacto sobre su estabilidad. Esto ha favorecido la entrada de nuevos competidores en nichos como los pagos minoristas y otros.

Las tecnologías actuales (por no hablar de las que puedan desarrollarse) tienen un potencial enorme para transformar la banca. Ya estamos viendo grandes cambios, pero las implicaciones futuras son casi inimaginables; la computación en la nube permite el almacenamiento y procesamiento de un volumen ilimitado de datos con mayor agilidad y a precios mucho más bajos. El móvil ha cambiado ya radicalmente a los clientes y se ha convertido en el principal punto de contacto con los bancos, con funcionalidades cada vez mayores y mejores. El análisis de *big data* tiene incontables aplicaciones, y es fundamental para atender multitud de demandas financieras y no financieras diferentes y hacerlo de forma personalizada en tiempo real. La biometría permite operar de forma segura con los clientes, sin necesidad de presencia física o documentación. Las tecnologías de archivos distribuidos (como *blockchain*) podrían eliminar la necesidad de intermediarios en una gran variedad de transacciones, modificando el *statu quo* de la banca (como el de otras muchas industrias). La inteligencia artificial hace posible automatizar tareas cognitivas cada vez más complejas, lo que altera por completo la forma en que se atiende a los clientes y las soluciones que pueden ofrecérseles.

Todo esto supone, potencialmente, enormes beneficios para los consumidores individuales y para las empresas, en términos de calidad, variedad, conveniencia y

precio de los productos. Y permitirá también que miles de millones de personas de todo el mundo pertenecientes a los estratos más bajos de ingresos, a las que la banca convencional no puede atender de manera eficiente y rentable, tengan acceso a los servicios financieros, aumentando así sus oportunidades de prosperar y mejorar su calidad de vida.

En el ámbito macroeconómico, esta transformación de la banca equivale a una reforma estructural muy poderosa; el abaratamiento y la extensión de los recursos financieros y su mejor ajustamiento a las necesidades de cada usuario tendrán un efecto muy positivo para estimular el crecimiento y reducir la pobreza y la desigualdad. Pero en qué medida lo consigamos depende mucho de las decisiones que tomemos todos, tanto las entidades que operan en el mercado como los poderes públicos (y en este caso, muy fundamentalmente, los reguladores y supervisores financieros).

«UN SISTEMA FINANCIERO MÁS EFICIENTE SERÁ CAPAZ DE OFRECER MEJORES SOLUCIONES PARA MÁS USUARIOS.»

La revisión profunda de la regulación financiera es una tarea imprescindible pero extraordinariamente difícil. Primero, porque el panorama tecnológico y competitivo cambia constantemente y seguirá haciéndolo en el futuro. Y, segundo, porque digital significa global, y el nuevo marco regulatorio debería tener un grado mucho mayor de homogeneidad internacional que el actual.

El reto de las autoridades es diseñar e implantar un marco regulatorio y de supervisión que consiga un equilibrio adecuado entre las mejoras de eficiencia y la productividad, y la preservación de la estabilidad financiera y la protección de los consumidores. Y todo esto en un entorno cambiante, con multitud de nuevos proveedores provistos de tecnologías de vanguardia cuyas implicaciones pueden no haber sido suficientemente testadas. Es decir, apoyar la innovación manteniendo un grado adecuado de protección frente a los riesgos que supone.

Junto con esto, y dada la diversidad inicial de las entidades que participan en el mercado, desde los grandes bancos estrechamente regulados hasta las *start-ups*, pasando por las grandes compañías digitales, debe crearse un terreno competitivo equilibrado, centrado en que productos y servicios similares reciban un trato similar, con independencia de la entidad que los proporcione. Asimismo, debe tener un enfoque integral «holístico», en el sentido de que considere los distintos ángulos de la cuestión (tecnológico, jurídico, financiero y competitivo). Y, por último, ha de ser un marco estrechamente coordinado a escala supranacional y suficientemente abierto y flexible para encarar cambios futuros.

En cuanto a los propios participantes en el mercado, afrontan un panorama muy complejo. El sector se está fragmentando por la entrada, todos los años, de cientos de nuevos competidores que se suman a los más de veinte mil bancos

que todavía hay en el mundo. Por otro lado, la industria se está desagregando a medida que los nuevos entrantes rompen la cadena de valor de la banca, ofreciendo productos y servicios muy especializados, centrados en nichos muy específicos de esa cadena de valor.

Lo más probable es que esta tendencia se revierta en algún momento futuro; en primer lugar, porque la banca es un sector que ya presentaba una fuerte sobrecapacidad, que los fenómenos señalados agudizan aún más. Por tanto, cabe esperar que muchos bancos desaparezcan junto con numerosas *start-ups*, cuya tasa de mortalidad es siempre muy alta. Así pues, el cambio tecnológico podría ser el factor que desencadene la necesaria consolidación del sector.

Por otro lado, la conveniencia de los usuarios demanda soluciones mucho más completas e integradas y apunta a la necesidad de reagregar la oferta, lo que exigirá combinar diferentes productos y servicios ofrecidos por distintos proveedores.

A la vista de lo que ha ocurrido en otros sectores, lo más probable es que esta reagregación se consiga por medio de plataformas donde diferentes proveedores competirán y, muy a menudo, también cooperarán para satisfacer mejor las demandas de cada cliente.

Probablemente, el número de estas plataformas irá reduciéndose y su alcance se volverá cada vez más amplio, debido a las enormes economías de escala y de red que pueden generar.

Los *data center* reciben la información, la procesan y la envían por todo el mundo para su análisis. Hoy en día, la gestión de la información es una función esencial para el sector público y privado.



Podemos prever un futuro en el que haya multitud de participantes en la industria financiera, la mayoría de ellos muy especializados, que cooperen y compitan en unas pocas grandes plataformas. Por tanto, solo unos pocos de esos participantes desempeñarán un papel central, como «dueños» y «gestores» de estas plataformas, estableciendo las reglas, validando las transacciones y controlando, por tanto, la información que se genere y los accesos a los clientes finales, lo que representa una enorme fuente de valor.

Evidentemente, la competencia para conseguir esta posición será muy dura. Y no sabemos qué tipo de empresas serán las que la alcancen: ¿*start-ups* especialmente exitosas?, ¿grandes compañías digitales?, ¿bancos que sepan adaptarse a este nuevo entorno? Seguramente, pocos de los bancos actuales lo conseguirán, pero aquellos que lo logren tendrán que haber emprendido con suficiente antelación un proceso muy complejo y radical de transformación. Este es el proceso que BBVA emprendió hace una década, en busca de la excelencia en la era digital.

Y es esta competencia, esta búsqueda de la excelencia, la que nos llevará a un sistema financiero mucho mejor, más eficiente y productivo, capaz de diseñar y ofrecer mejores soluciones para un número mucho mayor de usuarios —incluidos los miles de millones que hoy no pueden acceder a los servicios financieros—, capaz de impulsar el crecimiento y un aumento del bienestar que incluya a todos.

Inclusión financiera: la oportunidad digital

Hoy hay en el mundo alrededor de 3.200 millones de personas bancarizadas, es decir, personas que disponen de una cuenta con la que realizar transacciones financieras (más del 90 por ciento en bancos, pero también en cooperativas de crédito, bancos postales, instituciones de microfinanzas, etc.).

Pero más de 2.000 millones de personas, el 40 por ciento de los adultos del mundo, no tienen acceso a ningún tipo de servicio financiero «formal». Estas personas se concentran en las zonas del mundo de más bajos ingresos, aunque también hay en países con ingresos medios o altos.

La tasa de personas excluidas de los servicios financieros es todavía mayor en el caso de las mujeres y de las personas que viven en áreas rurales, y más alta a medida que se desciende en la escala de la pobreza. Además, en torno a 200 millones de pequeñas y medianas empresas de todo el mundo no tienen acceso a suficiente crédito, o a ninguno en absoluto.

Es bien conocido que el emprendimiento —y con él la inversión—, el crecimiento económico y el bienestar se ven muy perjudicados cuando los ahorros no se canalizan de forma productiva, los pagos resultan difíciles y costosos y el crédito es escaso y caro.

Los beneficios de la inclusión financiera para las personas son extremadamente importantes: les pueden permitir expandir su consumo, absorber *shocks*, gestionar sus riesgos, invertir en bienes duraderos, salud y educación, y emprender

pequeños negocios. Por eso, sus efectos positivos sobre la creación de pequeñas y medianas empresas, el bienestar individual y colectivo y el crecimiento económico alcanzan una gran magnitud en el medio y largo plazo. Existe, además, una fuerte evidencia de que la extensión y profundización de la intermediación financiera también mejoran la distribución de la renta.

Hasta ahora, la extensión de los servicios financieros a capas más amplias de la población chocaba con un problema de coste; la banca convencional era incapaz de rentabilizar la oferta de productos y servicios financieros por importes muy pequeños, y a menudo en lugares remotos, a precios que fueran asumibles por los clientes.

Poco a poco, sin embargo, se han ido haciendo avances. En los últimos años, ha mejorado de forma notable el acceso a los servicios bancarios. En la última década se han venido abriendo anualmente casi 200 millones de cuentas en el mundo.

Gran parte de ellas fueron abiertas en los países con un grado medio y bajo de desarrollo, y un porcentaje cada vez mayor son cuentas de personas pertenecientes al 40 por ciento con ingresos más bajos. Como resultado, entre 2011 y 2014 el porcentaje de adultos en este segmento que tenía acceso a servicios financieros se incrementó del 41 al 54 por ciento.

«LA INCLUSIÓN FINANCIERA PODRÁ ALCANZAR EN UNA DÉCADA A 1600 MILLONES DE PERSONAS.»

Más del 90 por ciento de estas cuentas fueron abiertas en instituciones financieras. Y, por tanto, menos del 10 por ciento eran cuentas en teléfonos móviles. En definitiva, en 2014 solo el 3 por ciento de la población más pobre tenía una cuenta en el móvil y el resto (97 por ciento), en instituciones financieras (Demirguc-Kunt *et al.*, 2015).

Para mantener este ritmo de bancarización, las entidades financieras han recurrido a diversas estrategias para abaratar los costes de servicio: la utilización más intensa de cajeros automáticos; los acuerdos con *retailers*, que dan acceso a puntos de servicio de bajo coste y convenientes para el usuario; el uso de agentes, por regla general pequeños comercios, especialmente útiles en localizaciones remotas; la inversión o los acuerdos de asociación con entidades de microfinanzas, y, cada vez más, la banca digital (incluido el dinero electrónico). La banca digital abre también las posibilidades de colaboración con socios que contribuyan a mejorar y abaratar la oferta al cliente: compañías de telecomunicaciones, *fintechs*, gobiernos, organizaciones multilaterales, etc.

Todas estas opciones han sido útiles y lo seguirán siendo; pero hoy la palanca más poderosa para impulsar la inclusión financiera es sin duda la expansión de las finanzas digitales, apoyadas en los teléfonos móviles.

Los teléfonos móviles se están volviendo omnipresentes y ofrecen cada vez más prestaciones, a medida que las redes aumentan su cobertura. Hoy, en torno al 85 por ciento de los adultos de las economías emergentes tienen suscripciones a teléfonos móviles, y el porcentaje sigue aumentando. Se ha calculado que el coste en los países emergentes de ofrecer a un cliente una cuenta financiera digital es entre el 10 y el 20 por ciento de una cuenta física. Esto abre la oportunidad de una oferta rentable de muchos más productos a estos clientes. Y, a medida que más personas y negocios utilizan estos servicios, se crean economías de red y de escala que mejoran y abaratan los productos, generan más utilidad para los usuarios y estimulan su adopción. Un ejemplo de esto es el sistema M-Pesa de dinero móvil en Kenia, que fue lanzado en 2007 y hoy es utilizado por el 70 por ciento de los adultos del país. Ciertamente, es un servicio restringido, y la oferta de una gama más amplia de servicios financieros puede llevar más tiempo, pero los pagos por móvil abren la puerta a otros productos y servicios. Y, en todo caso, el proceso de inclusión financiera «digital» siempre será mucho más rápido que la alternativa convencional, que podría dilatarse a lo largo de generaciones.

En este proceso confluyen los intereses generales y los de los proveedores de servicios financieros.

Un informe del McKinsey Global Institute (Manyika *et al.*, 2016) estima que la inclusión financiera podría alcanzar en una década a 1.600 millones de personas. De ellas, 880 millones serán mujeres, lo que impulsará su emancipación y mejorará mucho la situación económica y el bienestar de sus familias.

Todo esto podría aumentar el PIB de los países emergentes en un 6 por ciento al final de esa década y crear casi 100 millones de empleos adicionales, algo que acarreará una clara mejora de las condiciones de vida de las personas, un impulso de los negocios y una mejora de las cuentas públicas de esos países por el aumento de las ventas y el mejor control fiscal. A su vez, los proveedores de estos servicios podrán aumentar sus ingresos en hasta 380 mm anuales (CARE Accenture, 2015).

Por eso, la inclusión financiera también se va a convertir en un ámbito de competencia entre las instituciones financieras más capacitadas para afrontar este reto y otras compañías: *fintechs*, proveedores de pagos, empresas de telecomunicaciones, grandes empresas minoristas, compañías digitales, etc. En muchos casos, esta competencia ya está dando lugar a acuerdos de colaboración entre diferentes tipos de empresas, principalmente, pero no solo, entre bancos y compañías de telecomunicaciones. A estos acuerdos ya se están sumando ONG con implantación local, que mejoran la credibilidad y el acceso a los clientes y que pueden asesorar en la elaboración de productos y servicios más apropiados, así como organismos públicos de desarrollo nacionales o multilaterales.

Este proceso de competencia y colaboración favorecerá el desarrollo de mejores productos y servicios, a precios más reducidos y más convenientes para las características de los usuarios. Por esta vía, la inclusión financiera se convertirá en

un motor que impulse el acceso gradual a productos y servicios más complejos, lo cual mejorará las oportunidades y el bienestar de las personas, acelerará el desarrollo económico y contribuirá a la igualdad de género y la estabilidad social.

Se trata, por tanto, de una gran oportunidad que, además, no requiere enormes inversiones ni infraestructuras con un largo período de maduración. Los teléfonos móviles son el factor que cambia las reglas del juego. Cerca del 85 por ciento de los adultos de los países emergentes cuentan con un teléfono móvil, y más del 90 por ciento tienen acceso a redes cuyo ancho de banda va aumentando; la cobertura 3G y 4G está creciendo rápidamente.

Sin embargo, sí que se requieren acciones decididas y concertadas por parte de gobiernos, empresas y organismos no gubernamentales.

En primer lugar, es importante extender las redes móviles a muchas zonas remotas de estos países (normalmente, las más depauperadas), y es clave la interoperabilidad de las redes de comunicaciones y de pagos y finanzas.

En segundo lugar, hay que resolver el problema de la identificación. En las economías emergentes, una media del 20 por ciento de la población no está registrada ni tiene un documento de identidad, y muchos más carecen de la documentación exigida para hacer un contrato, abrir una cuenta bancaria, etc. Por otra parte, los documentos identificativos no siempre son adecuados para una

En comunidades rurales de México, las nuevas tecnologías ayudan a las pequeñas empresas y apoyan su crecimiento.



autenticación digital. Por fortuna, la tecnología ofrece sistemas biométricos cada vez más seguros y económicos. Y es tarea de los gobiernos establecer formas de identificación universalmente aceptadas, que utilicen los avances tecnológicos para controlar el fraude (y, consiguientemente, facilitar y abaratar la extensión de los servicios financieros).

A los gobiernos, en colaboración con la industria y las ONG cuando ello sea apropiado, les corresponden también otras tareas: una, muy importante, es mejorar la educación financiera; otra, fortalecer las infraestructuras de pagos del país, y, por último, diseñar y aplicar una regulación adecuada, que proteja a los consumidores y, al mismo tiempo, permita a los proveedores invertir, competir e innovar.

Todas estas son tareas complejas, a veces pospuestas en favor de otras aparentemente más urgentes. Sin embargo, sus resultados son muy positivos. Por eso, cada vez ocupan un lugar más destacado en la agenda de muchos gobiernos de países emergentes y de las organizaciones multilaterales que se ocupan del desarrollo. Y el objetivo final ya no está lejos. El Banco Mundial se ha fijado la meta de conseguir la inclusión financiera universal para el año 2020. Aunque esta aspiración sea demasiado ambiciosa, existe una esperanza muy fundada de alcanzarla a lo largo de la próxima década.

Los teléfonos inteligentes nos permiten realizar todo tipo de operaciones desde cualquier lugar, en cualquier momento.



BBVA: una transformación para crear oportunidades

BBVA es un grupo financiero con más de 150 años de historia, resultado de la incorporación, en el transcurso de todo este tiempo, de más de 150 bancos y entidades financieras de todo tipo. El grupo está presente en más de 30 países, de manera especialmente fuerte en España, América Latina, Estados Unidos y Turquía, y cuenta con 71 millones de clientes, más de 8.400 oficinas físicas y más de 132.000 empleados en todo el mundo. Es una entidad financiera de éxito, entre las más eficientes y rentables del mundo.

Y, sin embargo, en 2007 BBVA emprendió un largo, duro e incierto proceso de transformación para adaptarse al acelerado avance tecnológico y a los cambios que este está provocando en la economía, la sociedad y las personas, cambios que, en última instancia, están alterando el *statu quo* y van a dar lugar a una industria enteramente nueva, en la que BBVA quiere ser protagonista.

«BBVA DESARROLLA UN TRABAJO MUY IMPORTANTE EN LAS ÁREAS DE EDUCACIÓN Y DE GENERACIÓN Y DIFUSIÓN DEL CONOCIMIENTO.»

Antes que nada, es importante destacar que esta es una transformación no solo tecnológica, sino también organizativa y, sobre todo, cultural. Hemos trabajado muchos años en nuestras plataformas, que hemos ido adaptando a los nuevos paradigmas, a partir del desarrollo de la computación en la nube, para construir una plataforma abierta, que permita la colaboración de nuestros desarrolladores con la tecnología de los clientes y las aportaciones de terceros especialistas; al mismo tiempo hemos modificado radicalmente nuestra organización, para situar la transformación digital en el centro de todos los negocios, promover el cambio cultural y dotarnos de las capacidades necesarias para competir con éxito en la nueva industria bancaria (en González, 2016, hay una descripción más detallada del proceso de transformación de BBVA).

Y, por último, nos hemos acercado al ecosistema *fintech* para entender, para aprender y para incorporar nuevas ideas y nuevas habilidades. Tenemos acuerdos de colaboración con diferentes compañías digitales de vanguardia, y hemos desarrollado un programa muy ambicioso de adquisiciones e inversiones en *start-ups* muy prometedoras. Además, en 2009 lanzamos OpenTalent, un programa para emprendedores que conecta estas *start-ups* con BBVA en la búsqueda de opciones de colaboración. En esta edición de 2017 participaron 798 *start-ups* de 73 países. En suma, nos estamos apalancando en el ecosistema *fintech* para desarrollar una mejor propuesta de valor para nuestros clientes.

Porque, en definitiva, el foco de este esfuerzo son los clientes. Lo que queremos es proporcionarles las mejores soluciones: claras, sencillas, transparentes y con condiciones justas. Más que eso, a lo que aspiramos es a ayudarles a tomar las decisiones financieras más adecuadas, proporcionándoles el mejor asesoramiento.

Y todo ello a través de una experiencia fácil, conveniente y plenamente ajustada a sus necesidades; completamente autónoma cuando los clientes lo prefieran («hágalo usted mismo») o, en otros casos, a través de canales digitales o con interacción humana.

En definitiva, nuestra estrategia de transformación obedece a un propósito muy definido: «Poner al alcance de todos las oportunidades de esta nueva era». En BBVA nos vemos como creadores de esas oportunidades para nuestros clientes.

Para ello, estamos creando multitud de productos y funcionalidades mejores y desarrollando nuevos modelos de relación con nuestros clientes, para lo cual combinamos los distintos canales y mejoramos sus capacidades para que aquellos operen en cualquier momento y a su conveniencia.

Todo este esfuerzo está ya dando sus frutos. En los últimos años hemos conseguido una mejora radical de nuestra oferta digital y multicanal. Nuestra aplicación de banca móvil fue reconocida en 2017 como la mejor del mundo por la consultora más prestigiosa en estas cuestiones.

En junio de 2017 ya teníamos 20 millones de clientes digitales, con un aumento del 22 por ciento en un año, y de estos casi 15 millones eran clientes móviles, con un incremento del 42 por ciento. Ello se traduce en una mejor experiencia de los clientes: a finales de 2016 BBVA ya era líder en cuanto a su satisfacción, medida por el índice NPS (Net Promoter Score), en siete de los once países en los que trabajamos en banca *retail*, y era el segundo o tercero en otros tres.

Hoy BBVA se encuentra a la vanguardia del sistema financiero global. Queda mucho por hacer, la tecnología cambia constantemente y la competencia es cada vez más fuerte. Pero estamos contribuyendo, con nuestra tarea diaria, a poner cada vez más al alcance de nuestros clientes las oportunidades que ofrece la era digital, a que las personas y las empresas puedan alcanzar sus aspiraciones. Y, sin duda, esto se traduce en crecimiento y bienestar para el conjunto de los países en los que trabajamos.

BBVA tiene una importante presencia en países emergentes, y en ellos es especialmente importante impulsar la inclusión financiera. BBVA ha desarrollado un modelo de inclusión financiera que permite atender a la población de menores ingresos de estos países a través de soluciones alternativas, de un coste inferior al modelo bancario convencional. Esta estrategia se basa en unos 50.000 corresponsales bancarios; se trata de comercios e instituciones (cadenas de tiendas, farmacias o supermercados) que actúan en nombre del banco y donde los clientes pueden hacer operaciones sencillas, como ingresos o cobros derivados del modelo de banca móvil.

La banca móvil es la segunda y cada vez más relevante herramienta de BBVA para la inclusión financiera: permite generar soluciones financieras de bajo coste, con metodologías no tradicionales para la evaluación de riesgos, y crear experiencias de cliente homologadas combinando los diferentes canales.

Al mismo tiempo, BBVA ha desarrollado iniciativas específicas para impulsar el emprendimiento entre las personas que gozan de menos oportunidades. Por un lado, el Programa Momentum, de apoyo al emprendimiento social, para promover empresas sociales innovadoras. Desde su lanzamiento en 2011, 112 empresas han participado en este programa de apoyo integral, que incluye financiación, por supuesto, pero también formación, acompañamiento estratégico, visibilidad y seguimiento.

Por otro, BBVA ha creado en paralelo la Fundación Microfinanzas BBVA, que ofrece una atención personalizada a emprendedores vulnerables, a los que les da acceso a una gama completa de productos y servicios financieros, así como asesoría y capacitación para que mejoren la administración de sus negocios.

Desde su constitución, la fundación ha desembolsado 8.400 millones de dólares para emprendedores de bajos recursos en América Latina. Cuenta con casi dos millones de clientes, un 58 por ciento de ellos mujeres, y tiene un impacto social directo en casi 7,5 millones de personas. La Fundación Microfinanzas BBVA se ha convertido en una de las mayores iniciativas filantrópicas de América Latina y en un referente para el sector.

Por último, BBVA cuenta con una unidad especializada en inclusión financiera dentro de su departamento de Research, que se ocupa de diseñar y seguir indicadores fiables, así como de analizar áreas de oportunidad y generar debates de fondo sobre la inclusión financiera.

Además, BBVA desarrolla un trabajo muy importante en las áreas de educación y de generación y difusión del conocimiento.

Una parte muy relevante de esta tarea se orienta a la educación financiera; en 2008, BBVA lanzó un Plan Global de Educación Financiera, que desde su fundación ha beneficiado a más de 4 millones de personas (en 2016, a más de 2,1 millones de niños, 400.000 adultos y más de 34.000 pymes).

La Fundación BBVA es la principal herramienta del grupo para apoyar el conocimiento. Por una parte, por medio de becas a la investigación y la creación, y, por otra, con un esfuerzo muy especial por incentivar el reconocimiento y la visibilidad de quienes contribuyen a los avances científico-tecnológicos. La máxima expresión de este esfuerzo son los Premios Fronteras del Conocimiento, convertidos ya en un referente mundial. En paralelo al trabajo de la fundación, BBVA desarrolla otros programas de educación y difusión del conocimiento, entre los que destacan los de educación en valores y de acceso a la educación para impulsar la integración social y la formación de niños y jóvenes, y el propio Proyecto OpenMind, nuestra comunidad del conocimiento, en el que se integra este libro.

En definitiva, BBVA está embarcado en un ambicioso proyecto con el que aspira a liderar la transformación de la industria financiera. Una transformación que debe dar lugar a un sistema financiero capaz de aprovechar el avance tecnológico para ampliar las oportunidades de las personas y contribuir a un crecimiento más inclusivo y sostenible, que mejore la vida del conjunto de los ciudadanos del mundo.

Referencias bibliográficas

- Arntz, Melanie, Terry Gregory y Ulrich Zierahn (2016), «The Risk of Automation for Jobs in OECD Countries. A Comparative Analysis», *OECD Social, Employment and Migration Working Papers*, n.º 189, París, OECD Publishing.
- Autor, David H. (2015), «Why Are There Still so Many Jobs? The History and Future of Workplace Automation and Anxiety», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 29, n.º 3.
- , y Anna Salomons (2017), «Does Productivity Growth Threaten Employment?», artículo redactado para el Foro del BCE sobre banca central, Sintra, junio de 2017.
- Bauman, Zygmunt (1998), *Globalization. The Human Consequences*, Nueva York, Columbia University Press. [Hay trad. cast.: *La globalización. Consecuencias humanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.]
- Brynjolfsson, Erik, y Andrew McAfee (2014), *The Second Machine Age. Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York, W. W. Norton & Company.
- CARE Accenture Financial Inclusion Report (2015), «Within Reach. How Banks in Emerging Economies Can Grow Profitably by Being More Inclusive», <www.care.org/sites/default/files/documents/Within-Reach_CARE-Accenture-2015.pdf>.
- Cheston, Susy, Tomás Conde, Arpitha Bykere y Elisabeth Rhyne (2016), «The Business of Financial Inclusion. Insights from Banks in Emerging Markets», Washington D.C., Institute of International Finance-Center for Financial Inclusion.
- Demircuc-Kunt, Asli, Leora Klapper, Dorothe Singer y Peter van Oudheusden (2015), «The Global Findex Database 2014. Measuring Financial Inclusion around the World», Policy Research Working Paper, n.º 7.255, Washington D.C., World Bank.
- Doménech, Rafael, Juan Ramón García, Miriam Montañez y Alejandro Neut (2017), «El futuro del empleo», Madrid, BBVA Research.
- Feldstein, Martin (2017), «Underestimating the Real Growth of GDP, Personal Income, and Productivity», *Journal of Economic Perspectives*, primavera de 2017.
- Frey, Carl B., y Michael A. Osborne (2013), «The Future of Employment. How Susceptible Are Jobs to Computerisation?», *Technological Forecasting and Social Change*, vol. 114, issue C, pp. 254-280.
- González, Francisco (2016), «“<https://www.bbvaopenmind.com/articulo/europa-entre-el-estancamiento-y-la-revolucion-tecnologica-la-banca-digital-como-motor-de-crecimiento/>” \o “Enlace permanente a Europa: entre el estancamiento y la revolución tecnológica. La banca digital como motor de crecimiento” El próximo paso en finanzas: la banca exponencial», en *El próximo paso. La vida exponencial*, Madrid, BBVA OpenMind.
- Gordon, Robert J. (2016), *The Rise and Fall of American Growth. The U.S. Standard of Living since the Civil War*, Princeton, Princeton University Press.
- Gregory, Terry, Anna Salomons y Ulrich Zierahn (2016), «Racing with or against the Machine? Evidence from Europe», ZEW Discussion Paper, n.º 16-053, Mannheim.
- Kaldor, Mary (2004), «Nationalism and Globalisation», *Nations and Nationalism*, n.º 10, pp. 161-177.
- Keynes, J. M. (1919), *The Economic Consequences of Peace*, Londres, McMillan. [Hay trad. cast.: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2013.]
- Manyika, James, Susan Lund, Marc Singer, Olivia White y Chris Berry (2016), «Digital Finance for All. Powering Inclusive Growth in Emerging Economies», McKinsey Global Institute.
- Marks, Robert B. (2002), *The Origins of the Modern World. A Global and Environmental Narrative from the Fifteenth to the Twenty-First Century*, 3.ª ed., Lanham, MD, Rowman & Littlefield. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión*, Barcelona, Crítica, 2007.]
- Milanovic, Branko (2016), *Global Inequality. A New Approach for the Age of Globalization*, Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press.
- Mokyr, J. (2014), «Secular Stagnation? Not in Your Life», en C. Teulings y R. Baldwin, eds., *Secular Stagnation. Facts, Causes, and Cures*, Londres, CEPR Press.
- National Intelligence Council (2017), «Global Trends. Paradox of Progress», NIC 2017-001, Washington D.C.
- Piketty, Thomas (2013), *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge, MA, Harvard University Press. [Hay trad. cast.: *El capital en el siglo xxi*, Barcelona, RBA, 2015.]
- Qureshi, Zia (2017), «Una tecnología avanzada, pero crecimiento más lento y desigual: paradojas y políticas», en *La era de la perplejidad. Repensar el mundo que conocíamos*, Madrid, BBVA OpenMind.
- Stiglitz, Joseph (2015), *Rewriting the Rules of the American Economy. An Agenda for Growth and Shared Prosperity*, Nueva York, W. W. Norton & Company.
- Schwab, Klaus (2016), *The Fourth Industrial Revolution. What it Means, How to Respond*, Ginebra, World Economic Forum. [Hay trad. cast.: *La cuarta revolución industrial*, Barcelona, Debate, 2016.]
- West, Darrell (2016), *Megachange. Economic Disruption, Political Upheaval, and Social Strife in the 21st Century*, Washington D.C., The Brookings Institution.

Notas

- 1 En términos de paridad de poder de compra (ppp) de 2011.

> LA REALIDAD RECUPERADA: UNA INVESTIGACIÓN SOBRE LA ERA DE LOS DATOS

Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales

Imagen: Internet ya forma parte de nuestras vidas, pero ¿hasta qué punto estamos aprovechando todo lo que nos ofrece?



Jannis Kallinikos es profesor en el Departamento de Dirección de la London School of Economics and Political Science. Centra sus investigaciones en el impacto que tienen las tecnologías de la información y la comunicación en las organizaciones e instituciones económicas. Ha publicado numerosos artículos en revistas de gestión, sistemas de información y sociología, y ha escrito diversas monografías, entre ellas *The Consequences of Information. Institutional Implications of Technological Change* (Edward Elgar, 2007) o *Governing Through Technology. Information Artefacts and Social Practice* (Palgrave, 2011). Es coautor, junto con Paul Leonardi y Bonnie Nardi, de *Materiality and Organizing. Social Interaction in a Technological World* (Oxford University Press, 2012).

> LA ERA DE LA PERPLEJIDAD. REPENSAR EL MUNDO QUE CONOCIAMOS

>LA REALIDAD RECUPERADA: UNA INVESTIGACIÓN SOBRE LA ERA DE LOS DATOS

La actual revolución de los datos impulsa el establecimiento de un amplio hábitat cultural que lleva a enmarcar los problemas de la vida en términos de disponibilidad de datos y de las permutaciones que estos permiten. Este mismo desarrollo está vinculado a la tendencia a entender el proceso de generación de conocimiento, fundamentalmente, como operaciones de computación de grandes volúmenes de datos. En una perspectiva histórica más amplia, estas tendencias indican una transición cultural de mayor dimensión que da fe de la creciente importancia que los modelos cognitivos formales, basados en datos, están adquiriendo como medio de conocer y experimentar el mundo.

Introducción: datos y comportamiento humano

La experiencia humana oscila siempre entre lo que se percibe a través de los sentidos (lo sensible) y lo que puede ser pensado o recordado (lo inteligible) sin una referencia inmediata a la realidad tangible. La percepción es un componente vital e inseparable de la vida, y, aunque está moldeada por la cultura (Jay, 1994), está firmemente anclada al sensorio humano (Borgmann, 1999; Gibson, 1986). Al mismo tiempo, la experiencia humana se extiende más allá de los datos básicos aportados por la percepción e implica contemplar operaciones mentales de naturaleza abstracta, que carecen de una referencia inmediata a la realidad ostensible y la información que ofrecen los sentidos (Anderson, 1983; Cassirer, 1955; Neisser, 1976).¹

En la actualidad, estas observaciones adquieren una importancia especialmente aguda debido a la difusión de modelos computacionales de cognición que, inevitablemente, acompañan a la creciente participación de los artefactos de información en la experiencia humana. En este artículo me propongo demostrar que los desarrollos relativamente recientes, coincidiendo con la omnipresencia de los datos en la mayoría de los ámbitos de la vida, reconfiguran el equilibrio entre lo sensible y lo inteligible, acentuando la moderna preponderancia de los modelos formales de cognición sobre la percepción y la experiencia directa (Borgmann, 1999 y 2010; Couldry y Kallinikos, 2017; Flachbart y Weibel, 2005). Las piezas esenciales de la realidad están cada vez más mediatizadas por marcas digitales (por ejemplo, datos) y por el establecimiento de relaciones, abstractas y analíticas, entre los humanos y las cosas que los datos y la información facilitan (Borgmann, 1999 y 2010; Hayles, 2005 y 2006). El reciente debate sobre el *big data* y el advenimiento de la ciencia de los datos (véanse, por ejemplo, Brynjolfsson y

McAfee, 2014; Pentland, 2014) son indicativos de estas tendencias, así como de un cambio cultural y social de grandes proporciones.

Al intervenir de esta forma en las vivencias y el conocimiento, los análisis basados en los datos alejan la experiencia de la *gestalt* (psicología de las formas), las sensaciones, la intuición y el conocimiento basado en la observación, el ensayo/error y la participación de familiaridad con el mundo (Alaimo y Kallinikos, 2017; Ayres, 2007; Kallinikos, 2011). La percepción del mundo está siempre vinculada a lo que Rosch *et al.* (1976) llaman conceptos o categorías básicos, según los cuales las comunidades humanas ordenan sus impresiones del mundo. Los objetos o categorías básicos son unidades del mundo social y natural lo suficientemente abstractas como para conseguir una economía perceptiva, aunque todavía conectadas a la realidad palpable de las cosas. Por ejemplo, un objeto básico como una «silla» incorpora las diferencias que subyacen a una gran variedad de sillas distintas, pero podemos seguir percibiéndolo y experimentándolo como un objeto tangible, material y con una morfología precisa. Esto se opone al concepto de «mobiliario», que nos ayuda a clasificar una categoría de objetos domésticos (sillas, mesas, cajones, etc.) en términos funcionales, agrupándolos en una entidad inclusiva y por lo tanto abstracta.

«LA GENERACIÓN MASIVA DE DATOS ES LA MARCA DISTINTIVA DE NUESTRA ERA Y LA DISPONIBILIDAD DE LOS MISMOS, SU SANTO GRIAL.»

Al recordar algunas de las preocupaciones pasadas sobre el impacto de la informática en la vida humana (véanse, por ejemplo, Dreyfus y Dreyfus, 1986; Winograd y Flores, 1986), la afirmación que presento no se relaciona de manera precisa con las desafortunadas perspectivas del conocimiento basado en la experiencia y en las habilidades que comúnmente se han incluido bajo la etiqueta de «conocimiento tácito». Los problemas que intento señalar son de naturaleza bastante distinta, aunque tienen implicaciones de largo alcance para el conocimiento especializado y las formas en que se adquiere y se ejerce (Ayres, 2007; Ekbia y Nardi, 2017; Shirky, 2008). Voy a explicarme. Los avances informáticos, los métodos computacionales y el aprendizaje automático amplían enormemente el tipo de tareas que se pueden abordar y resolver con éxito mediante el uso de máquinas. Al mismo tiempo, la adopción sin precedentes de tecnologías ligeras, la difusión de plataformas digitales y las redes sociales, otorgan al entorno online actual una dimensión social que estuvo vagamente presente en el primitivo internet, analizada por estudiosos tan perspicaces como Borgmann (1999), Dreyfus (2001) o Turkle (1995). Vale la pena señalar que el entorno de las redes sociales, y de internet en general, construye un hábitat comprensivo de vida y conocimiento que se extiende mucho más allá del trabajo y los entornos profesionales, en los que la tecnología de la información y sus resultados cognitivos (es decir, los datos) han sido habitualmente estudiados

(Kallinikos, 2011; Zuboff, 1988). En conjunto, este desarrollo establece un contexto cultural que cuantifica cada vez más las actividades diarias y enmarca las cuestiones de la vida cotidiana en términos de datos, así como cualquier relación puede interferirse a partir de exprimir grandes volúmenes de datos, tanto entre legos como entre expertos (Alaimo y Kallinikos, 2017). Esto representa, en muchos sentidos, una transformación histórica mediante la cual la cultura digital (los datos y la información) desplaza la realidad inmediata de la experiencia personal, el conocimiento experiencial y la interacción. Aunque la despersonalización y la difusión de métodos formales de vida y conocimiento están íntimamente ligadas a la modernidad (Borgmann, 1984 y 1999; Giddens, 1991), el desarrollo actual difiere en algunos aspectos importantes que vale la pena observar y analizar.

En las siguientes páginas intentaré proporcionar argumentos analíticos que expongan algunos de los problemas que plantea la cognición basada en datos para las culturas de legos y expertos. El siguiente apartado describe en detalle la importancia que los datos y los modelos técnicos —a través de los cuales se analizan los datos— adquieren en el desarrollo del conocimiento y la práctica de los expertos. A continuación demostraré cómo la proliferación de datos se combina con la difusión de dispositivos computarizados en el tejido social, para construir nuevas formas de experiencia, en las que se enmarcan un amplio abanico de cuestiones cotidianas en términos de datos e información. En el último apartado, llevo mi tesis a un ámbito social más amplio y me enfrento a algunas posiciones generalizadas reacias a aceptar la interpretación del actual desarrollo en los términos que aquí se analizan.

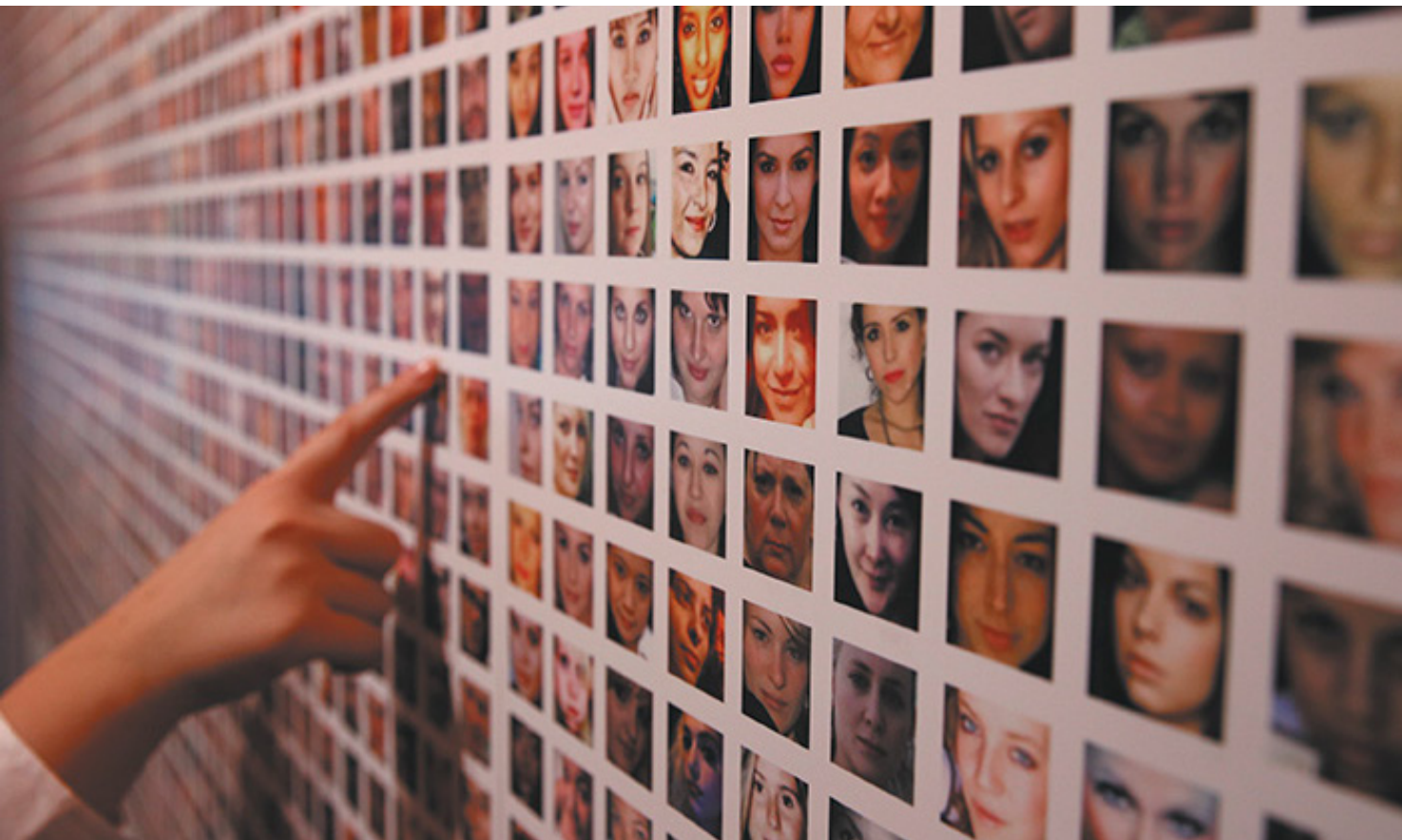
El reduccionismo analítico de la computación

La generación masiva de datos es la marca distintiva de nuestra era y la disponibilidad de los mismos, su Santo Grial (Ayres, 2007; Pentland, 2014; Kallinikos, 2007). Al estar disponibles, se supone que los datos pueden decirnos quiénes somos, cuál es el perfil exacto de nuestras preferencias o cómo se siente nuestro cuerpo, incluso si no somos conscientes de ello; cómo funcionan los mercados y las organizaciones, qué amigos elegir y a qué comunidades deberíamos unirnos; qué viajes, hipotecas o seguros contratar este año, qué vuelos pueden ser más baratos hoy, en qué acciones invertir durante los próximos meses, qué películas u obras de teatro ver esta semana y qué canciones escuchar, cómo llegar a un destino por el laberinto urbano de las ciudades modernas, etc. Esta es solo una pequeña lista de la gran cantidad de tareas cotidianas que realizamos ayudados por el procesamiento de datos. La suposición que subyace a esta creencia es que, si se examinan correctamente, los datos capturados y almacenados de forma masiva y meticulosa, todos los días y en todas las esferas de la vida, podrían arrojar luz sobre realidades personales, sociales y naturales y abordar un impresionante abanico de problemas a los que se enfrentan la gente y las sociedades. Ya contamos con una gran variedad de tecnologías y servicios que ofrecen este tipo de información (Ayres, 2007; Brynjolfsson y McAfee, 2014; Ekbja y Nardi, 2017; Pentland, 2014).

Si bien muchos de estos problemas pueden parecer triviales, sus implicaciones no lo son. Como afirmo detalladamente en el próximo apartado, llevar a cabo una parte esencial de las tareas corrientes recurriendo a soluciones o recomendaciones producidas a partir de los datos disponibles, mediante máquinas, reelabora considerablemente los patrones de vida cotidianos y representa un cambio importante en los hábitos humanos a largo plazo (Alaimo y Kallinikos, 2016 y 2017). Sin embargo, las implicaciones del uso de datos van más allá de la reestructuración de la vida diaria y afectan a las relaciones y comportamientos económicos, mediante la difusión de nuevas formas de crear, distribuir y monetizar el valor (véanse, por ejemplo, Brynjolfsson y McAfee, 2014; Parker *et al.*, 2016). Impactan aún más en las instituciones y en las relaciones institucionales. Reconstruir, por ejemplo, el perfil de las preferencias de las personas mediante datos informáticos proporcionados por los hábitos de navegación por internet y las redes sociales es una práctica intrincada con graves repercusiones institucionales y jurídicas (Hildebrandt y Gutwirth, 2008; Hildebrandt y Rouvroy, 2011). La forma en que las personas se relacionan con sus propios datos plantea serias cuestiones epistemológicas y ontológicas. ¿Yo soy mis datos solamente? ¿De qué otras maneras pueden conocerme? ¿Qué más soy o podría ser? ¿Quién tiene derecho a conocer mis datos?

Estas preguntas, tan serias como desconcertantes, nos llevan a la cuestión fundamental de los datos y la verdad, y nos sitúan en el centro de la escena de la ciencia contemporánea y sus instituciones (Khalidi, 2013). Algunas evidencias sugieren que la práctica científica se compromete cada vez más con la producción

Fotografías de millones de usuarios de Facebook, obra de los artistas Paolo Cirio y Alejandro Ludovico, en la exposición sobre los datos: Big Bang Data en Somerset House, en Londres.



y la manipulación computacional de los datos, hasta el punto de superar su dependencia empírica y su vinculación directa con los hechos (véanse, por ejemplo, Borgmann, 1999 y 2010; Couldry y Kallinikos, 2017; Flachbart y Weibel, 2005). El primer paso en este proceso de desarrollo del conocimiento «basado en datos» es el mapeo integral de la realidad a través de la generación tecnológica de grandes cantidades de datos. Una parte importante de estos datos corresponde a la huella de las búsquedas online de la gente, otra parte procede de los registros sistemáticos de hechos y actuaciones en campos como la medicina, la ley, la educación, las finanzas o el tráfico urbano, y una tercera parte, de los avances tecnológicos de lo que se conoce como «internet de las cosas» (Brynjolfsson y McAfee, 2014; Pentland, 2014). Los datos disponibles de este modo son sometidos posteriormente a elaboradas técnicas estadísticas computarizadas, de agregación y cómputo de datos, que se supone que son capaces de exponer las regularidades subyacentes. La hipótesis común es que mayores volúmenes de datos conducen a descripciones más adecuadas de la realidad, y este extremo es, justamente, lo que hace que la búsqueda de datos sea el Santo Grial de buena parte de la praxis científica y especializada.

Evidentemente, la mayor parte de las condiciones bajo las cuales los datos son recabados y agregados tecnológicamente supera con creces la capacidad de atención, registro y memoria (de la gente corriente y de los especialistas). En la mayoría de los contextos de la vida en que se acumulan los datos, el propósito no es ofrecer una evidencia ostensiva al ojo experto (práctica tradicional), al menos no principalmente. Aunque los problemas particulares pueden abordarse mediante la identificación cuidadosa de hechos relativos a individuos o a grupos pequeños, el objetivo último de la recodificación de datos es ir más allá de las particularidades y describir la realidad a un nivel mucho más amplio (Desrosières, 1998). De hecho, las soluciones personalizadas (por ejemplo, la medicina personalizada, o las recomendaciones específicas de productos) son el resultado de un complejo camino en el que el conocimiento de los individuos se deriva de la comparación entre sus datos con los de otros individuos similares. La evidencia producida por la observación de casos particulares siempre está subordinada al objetivo de producir una descripción adecuada de la realidad a niveles inclusivos, a través del registro meticuloso de los hechos y su agregación. Podría parecer un cambio notable en el uso tradicional de muchas prácticas científicas, como la medicina o la educación, en las que los expertos tienden a atender las necesidades de individuos o pequeños grupos de gente (por ejemplo, el tratamiento médico o la adquisición de conocimientos educativos).²

En estas condiciones, el desarrollo del conocimiento a través del *big data*, y las prácticas científicas que apoya, no solo reconfigura el papel de la percepción en la vida humana, sino también los hábitos conceptuales y las tradiciones clave de la investigación y la práctica científicas. El registro de datos y los análisis estadísticos realizados con grandes volúmenes de datos disponibles se alejan mucho de la teoría y del uso de conceptos como vías fundamentales para desentrañar la constitución opaca de la realidad. No se necesita teoría para detectar patrones en

los datos. Desde este punto de vista, los patrones, si los hay, deberían surgir de los procesos ascendentes de manipulación y agrupación de datos a través de toda una serie de técnicas estadísticas que han recibido el prestigioso nombre de «ciencia de los datos» (Pentland, 2014).

Algunos cambios propios de esta era fueron popularizados inicialmente por el gurú de la información —y entonces director de *Wired*— Chris Anderson. En un artículo publicado en su revista, Anderson (2008) predijo provocativamente el final de la teoría y del conocimiento científico en el sentido estándar del término, es decir, del desarrollo conceptual vinculado a una evidencia del tipo que sea. La afirmación de Anderson es simple, tal vez incluso simplista, pero tiene el mérito de transmitir directamente una problemática fundamental de nuestro tiempo. Debido a la mayor disponibilidad de datos e información más precisos, la confianza en la teoría y en los marcos conceptuales, afirmó, irá disminuyendo, y el conocimiento finalmente será adquirido inductiva y exclusivamente a través de correlaciones realizadas en grandes masas de datos (Anderson, 2008).³ El tiempo en que los datos sin teoría eran puro ruido ha llegado a su fin, dice Anderson, echando más leña al fuego del empirismo/racionalismo que lleva siglos ardiendo. En este contexto postempiricista, la percepción e incluso el análisis conceptual (al menos en gran parte) se vuelven redundantes. La cognición en forma de análisis de datos está tomando el relevo. La naturaleza y la realidad social se recuperan del polvo cognitivo de las partículas computacionales (datos) tras de un largo repliegue analítico (Kallinikos, 2009).

Obra de Ryoji Ikeda que representa cómo la explosión de los datos transforma radicalmente nuestras vidas, en la exposición sobre los datos: Big Bang Data en Somerset House, en Londres.



Si bien puede parecer que la ciencia está en un contexto similar al resurgimiento del sueño del empirismo, las tendencias que señalo aquí están lejos de limitarse al desarrollo del conocimiento y la ciencia. De hecho, se extienden a un rango creciente de prácticas, algunas de las cuales tienen notables implicaciones económicas o comerciales. Como he indicado anteriormente, se ha escrito mucho acerca de la economía de datos emergente y las nuevas formas de crear y distribuir valor económico en las que los datos son recursos clave y el medio de creación de valor (Brynjolfsson y McAfee, 2014; Parker *et al.*, 2016). Hay un caso muy ilustrativo que tomo de la misma fuente que antes, *Wired*, en el que Anderson expuso sus provocativas ideas (Paynter, 2008):⁴

El pasado octubre, la consultora agrícola Lanworth no solo pronosticó correctamente que el Departamento de Agricultura estadounidense estaba sobrestimando la cosecha de maíz de la nación, sino que estableció el margen: cerca de 5.000 toneladas. Esto solo es un 15 por ciento de grano, pero supera un déficit significativo para mercados tensos, de forma que provocó un alza de los precios del 13 por ciento y el consiguiente nerviosismo en la emergente industria del etanol. Cuando el Departamento de Agricultura rebajó las expectativas, un mes después de la predicción de Lanworth, la pequeña empresa con sede en Illinois fue aclamada como un nuevo oráculo entre los comerciantes de materias primas, que ahora le pagan más de 100.000 dólares al año para obtener avisos en tiempo de las fluctuaciones de la oferta de trigo, maíz o soja.

«NO SE NECESITA TEORÍA PARA DETECTAR PATRONES EN LOS DATOS.»

El Departamento de Agricultura basa sus estimaciones en cuestionarios y encuestas en los que la agencia pregunta a una muestra de agricultores. Lanworth utiliza imágenes por satélite, mapas digitales de suelos y pronósticos meteorológicos para proyectar cosechas *a escala de campos individuales*, incluso observa las condiciones de los cultivos y los patrones de rotación, combinando todos los datos para determinar los rendimientos futuros.

Fundada en 2000, Lanworth comenzó mapeando bosques para los administradores de tierras y empresas con intereses en la madera. El seguimiento de tendencias en los tranquilos bosques requería únicamente de unas pocas instantáneas desde el espacio exterior al año. Pero los cultivos alimenticios son un blanco que se mueve rápido. Ahora, la compañía clasifica 100 gigas de Intel todos los días, y los agrega a una base de datos de 50 *terabytes*. De igual modo, se encamina hacia la predicción de la producción mundial: los campos de trigo de Rusia, Kazajstán y Ucrania ya están en la base de datos, al igual que los campos de maíz y soja de Brasil y Argentina. La firma espera alcanzar la *escala petabyte* en cinco años. «Nos preguntamos cuán grande es el suministro total de alimentos humanos y si el nuestro es un país expuesto a riesgos —dice el director de servicios de información de Lanworth, Nick Kouhoukos—. Lo que perseguimos es el balance global.»⁵

Este pintoresco caso ilustra perfectamente cómo el desarrollo que analizo aquí es capaz de sacar un ámbito como el de la agricultura, tradicionalmente inmersa en la obstinada realidad de la naturaleza, fuera de su encaje físico. Es importante observar que dicho cambio es posible gracias a: 1) la notable expansión y agregación de fuentes de datos sobre las condiciones de las que dependen los cultivos alimentarios, y 2) el cálculo de los rendimientos futuros en función de las técnicas estadísticas de agregación de datos y análisis. La expansión de los datos es el resultado de los avances tecnológicos de la documentación de la realidad (imágenes por satélite, mapas digitales del suelo, pronósticos del clima), mucho más allá de cualquier percepción humana y de cualquier capacidad de registro. También están supeditados a la capacidad (tecnológica) para agrupar dichos datos en bases o depósitos que los hacen transmisibles entre distintas fuentes de datos a las que se permiten agregar nuevos datos mediante técnicas estadísticas.

Poco a poco la tecnología se adentra en territorios que históricamente se han mantenido al margen, como es el caso de la agricultura, en el que ha tenido un fuerte impacto.

No se puede negar que existen puntos ciegos, supuestos ocultos y simplificaciones en estas historias de periodismo científico. No cabe duda de que podríamos cuestionar el grado en que representan una descripción adecuada de los procesos de desarrollo del conocimiento y de praxis experta, pero las tendencias tecnológicas hacen que los datos —entendidos como un elemento omnipresente en el desarrollo del conocimiento—, así como las técnicas estadísticas basadas en la agregación de datos y el análisis, sean difíciles de descartar (véanse, por ejemplo, Ayres, 2007; Brynjolfsson y McAfee, 2014; Pentland, 2014). Si bien estas tendencias pueden interpretarse de manera diferente, estaría fuera de lugar cuestionar la actual importancia de los datos y la revolución tecnológica, mediante la cual los datos se convierten en un componente vital de la vida económica e institucional.



El contexto tecnológico de la vida cotidiana

Estos mismos cambios tecnológicos adquieren una importancia considerable en la vida cotidiana de la gente. Las técnicas cuantitativas han sido omnipresentes, sin lugar a dudas, en la vida moderna (por ejemplo, en estados, mercados y corporaciones), pero no llegaron a introducirse profundamente en la vida personal, doméstica y comunitaria. Ya no es así. Varios desarrollos, a los cuales me he referido, se combinan para establecer nuevos hábitos y un contexto de interacción social que difiere de los contextos anteriores de la vida cotidiana, incluido el internet incipiente. Vale la pena observarlos en detalle.

Uno de los desarrollos más importantes de la última década coincide con el uso sin precedentes de tecnologías ligeras, como los teléfonos inteligentes y tabletas, por parte de grandes segmentos de la población. Las tecnologías ligeras no solo conectan a grandes masas de personas con internet. Fundamentalmente, establecen un práctico espacio de uso por medio del cual se sacan del contexto de la vida cotidiana una gran cantidad de actividades, para colocarlas bajo el campo de acción y el estímulo de las diversas configuraciones online características del internet actual.

Sin embargo, estos cambios son solamente el resultado visible e inmediato del desarrollo al que me refiero. Menos evidente es la dataficación de la vida diaria, como consecuencia de los avances tecnológicos. Cada clic que las tecnologías ligeras permiten hacer a la gente, en los múltiples entornos online donde participa, se transforma en datos. Usados de forma hábil e innovadora por las plataformas digitales y el ecosistema comercial más amplio de internet (por ejemplo, anunciantes, vendedores, compañías de análisis de datos, nuevas empresas), dichos datos forman los cimientos para construir un contexto completamente nuevo de relevancia conductual, hecho de relaciones entre datos, es decir, abstracciones. Por ejemplo, al relacionar las preferencias de un usuario con los clics que haga en otros campos, los interesados digitales pueden promover servicios personalizados y hacer recomendaciones que relegan los procesos ordinarios de formación de preferencias, como la observación, la conversación y la imitación. Por lo tanto, se establece un contexto conductual completamente diferente en el que los estímulos corrientes de la percepción y la comprensión de la vida están experimentando una transformación radical.

Un segundo tipo de desarrollo distingue al internet actual de los anteriores contextos de la vida cotidiana, incluso el del internet incipiente; tiene que ver con la difusión de las redes sociales y la migración masiva de actividades diarias a las plataformas online de las mismas. No sería una exageración afirmar que las redes sociales están erosionando los contextos corrientes de la vida doméstica, comunitaria y cívica (Alaimo y Kallinikos, 2017; Borgmann, 2010; Gerlitz y Helmond, 2013) al crear entornos completamente diferentes en los que la gente lleva a cabo sus actividades cotidianas. De manera similar a la difusión de tecnologías ligeras —con las que están estrechamente conectadas—, las redes sociales diseñan un entorno de acción y unos estímulos online (por ejemplo, "me gusta", "etiquetar", "compartir") en el que cada acción realizada por los usuarios se convierte en un clic

cuantificable y se utiliza, junto con los clics de otros usuarios, para construir perfiles de personas y estrategias publicitarias. Así, las nuevas formas de experiencia personal y social se van construyendo a partir de la huella que dejan los datos generados por la interacción social, que a su vez se deriva de las redes sociales, y retornan a la gente en forma de servicios personalizados, publicidad dirigida y recomendaciones diversas (Alaimo y Kallinikos, 2016 y 2017; Couldry y Kallinikos, 2017; Van Dijck, 2013).

La difusión de tecnologías ligeras y la de las plataformas de redes sociales están estrechamente relacionadas entre sí, como ya he mencionado anteriormente. Es difícil imaginar el contexto tan vivo y tan constantemente actualizable de las redes sociales sin teléfonos inteligentes, mientras que la adquisición de tales dispositivos suele ser impulsada, al menos en los segmentos más jóvenes de la población (Boyd, 2014), por el deseo de unirse al mundo aparentemente vibrante de las redes sociales. Las dos tendencias son, sin duda, dos cosas diferentes y deben distinguirse entre sí. Ambas, sin embargo, impactan y reconstruyen las formas de acción, comunicación y experiencia características de la modernidad y de los primeros tiempos de internet. Estos desarrollos se amplían y refuerzan aún más con otra tendencia conocida popularmente como «internet de las cosas» (IoT, por sus siglas en inglés). En muchos aspectos, el IoT ofrece un ejemplo directo y vívido de la transición que intento describir en este apartado. A través del IoT, la voluminosa apariencia de las cosas y su realidad se transforman en una masa de marcas computables (es decir, datos) que se despliegan como base para desarrollar una serie de servicios tanto para usuarios humanos como para máquinas del ámbito doméstico. Dichos servicios no son más que relaciones de datos extraídas de la meticulosa grabación y la datificación del uso de los electrodomésticos y las redes de servicios, así como de otras estructuras mecánicas que el capitalismo industrial nos legó y que el IoT está expandiendo en la actualidad.

Dichos desarrollos indican, contundentemente, que los hábitos cotidianos y domésticos de las personas se eliminan cada vez más de los contextos ordinarios de la vida diaria y, por lo tanto, se insertan en un entorno en el que se enmarcan, entienden y monitorizan como registros cognitivos para construir relaciones abstractas. Por primera vez en la historia, la tecnología en forma de computación está ampliamente involucrada en el marco de las cuestiones cotidianas, ya que los problemas de información y comunicación se pueden abordar, predominantemente, por medios computacionales.

Evolución cultural

La transformación de los hábitos perceptivos y cognitivos, así como su alejamiento de la inmediatez y la percepción, son, por supuesto, un tema omnipresente en el ámbito académico moderno. Se ha escrito mucho sobre los efectos de la escritura y la alfabetización en la cultura, el pensamiento y la percepción (véanse, por ejemplo, Beniger, 1986; Gardner, 1985; Goody, 1977;

Hoggart, 1957; Mumford, 1934 y 1952; Ong, 1982). También existe un estudio significativo sobre el advenimiento de la aritmética y los efectos que los números y la cuantificación han tenido en las personas, en la cultura y en las instituciones emblemáticas de la modernidad (véanse, por ejemplo, Cline-Cohen, 1982; Desrosières, 1998; Hacking, 1990; Porter, 1995). La creciente participación social en la escritura y la difusión de los sistemas numéricos han redefinido considerablemente el papel de la percepción y la cognición. Tanto la alfabetización como la aritmética han dado a los datos una importancia determinante en las relaciones personales y sociales, instigando paulatinamente nuevos hábitos que priorizan modos abstractos de razonamiento y relaciones abstractas, a expensas de la inmediatez y la percepción.

«CADA CLIC QUE LAS TECNOLOGÍAS LIGERAS PERMITEN HACER A LA GENTE EN LOS MÚLTIPLES ENTORNOS ONLINE, SE TRANSFORMA EN DATOS.»

Otra causa a considerar son los efectos que el capitalismo industrial ha tenido a lo largo del último siglo sobre la vida doméstica y la experiencia humana en general, mediante la producción de bienes y tecnologías que han reordenado la importancia de las realidades locales. En el marco histórico, la difusión de los electrodomésticos y de bienes industriales a través del tejido social recompuso la infraestructura de la vida cotidiana y alteró profundamente los contornos de la experiencia personal y cultural (Borgmann, 1984; Giddens, 1991; Heller, 1999).

Sin duda, los desarrollos más recientes continúan, profundizan y amplían los efectos que la alfabetización y la aritmética, la escritura y la cuantificación, así como el capitalismo industrial han tenido sobre los hábitos cognitivos, los modos de razonamiento, la experiencia y la cultura (Beniger, 1986; Kallinikos, 2011). Sin embargo, los cambios que intento mostrar en este ensayo son, si no de una naturaleza sustancialmente distinta, sí lo bastante diferentes como para merecer atención. La difusión de datos, junto con el nexo tecnológico — en el que se inscriben la producción y el uso de datos—, establecen un contexto que tiende a enmarcar una gran variedad de problemas culturales, económicos y de comportamiento como problemas cognitivos de naturaleza computacional o de navegación. Dichos desarrollos implican a mi juicio una redefinición profunda de muchas prácticas sociales y hábitos cotidianos, tal vez comparable a los estilos de vida que se difundieron a partir de la industrialización y la producción en masa. Los problemas que evoca esta comparación histórica son, por supuesto, diferentes. La redefinición de la vida cotidiana, provocada por la revolución de los datos, presenta el predominio de modelos formales y abstractos de cognición —a diferencia de los dispositivos físicos— y la consecuencia de ello es el progresivo abandono de la percepción como eje fundamental de la conducta cotidiana (Borgmann, 2010; Alaimo y Kallinikos, 2017; Hayles, 2005 y 2006).

Incluso en el caso de que el retrato que he proporcionado en este trabajo se entienda como una descripción válida del desarrollo contemporáneo, sería legítimo plantear objeciones en cuanto al tipo de impacto que este puede tener en la práctica. ¿Se puede realmente asumir el efecto sumado de todas estas tendencias sobre el tejido social e institucional? ¿Acaso las personas y las instituciones no se apropian de estos desarrollos, los interpretan y los rehacen para adaptarlos a sus realidades? Al fin y al cabo, los cambios que describo en este artículo tienen lugar en el contexto de las relaciones culturales e institucionales que condicionan la introducción de nuevas tecnologías y los hábitos que estas puedan propagar.

Los tipos de desarrollo que he señalado en el presente trabajo se verán innegablemente reflejados en ámbitos profesionales contemporáneos de maneras diversas. La medicina, por ejemplo, es diferente de la agricultura, la arquitectura es diferente de la ley o del funcionamiento de un negocio. Cada uno de estos ámbitos profesionales se enfrenta a problemas específicos. Cada uno de ellos aborda sus problemas mediante conocimientos históricamente específicos. (Kallinikos y Hasselbladh, 2009). Dado, por lo tanto, el perfil distintivo de los problemas, habilidades y prácticas subyacentes a cada uno de estos ámbitos, tiene sentido entender que las implicaciones de los desarrollos a los que me refiero se manifiesten de manera diferente en cada uno de ellos (véanse, por ejemplo, Lessig, 2006; Terzidis, 2005).

Este es sin duda el caso. Pero el impacto en distintas formas que los datos, el *big data* y el análisis de datos puede tener sobre diferentes campos sociales es una manifestación de transformaciones más amplias que también requieren de una atención especial y de un análisis crítico. El carácter amplio y profundo de los desarrollos que señalo altera premisas importantes en función de qué realidad se concibe, se enfatiza, se aborda y se aplica el conocimiento. Lo hace suficientemente

Protestas en Hong Kong en 2014. Una aplicación de mensajería móvil que no necesita Internet para trabajar, causa problemas a las autoridades chinas.



para trascender las especificidades de ámbitos concretos de la vida social (Kallinikos, 2011). Así, aparece una nueva realidad derivada de las técnicas y de la forma de interpretar y evaluar problemas y situaciones en las que prevalece la disponibilidad de datos y el análisis de los mismos. En este sentido, la perspectiva de realidad de la computación y de las técnicas de captura, procesado, disponibilidad y análisis de datos, trascienden los confines de ámbitos sociales particulares y las prácticas profesionales a las que se asocian (Kallinikos y Hasselbladh, 2009), rehaciendo parte de las premisas típicas sobre la que se producen, se hacen comprensibles, se valoran y se abordan los hechos en mercados e instituciones. De la misma manera, las formas de pericia intrínsecas a cada ámbito profesional (por ejemplo médicas, legales, económicas, arquitectónicas) están cambiando para acomodarse a la interpretación computacional de la realidad que he tratado de describir en este texto (véanse, por ejemplo, Hamburg y Collins, 2010; Siemens y Long, 2011).

Aunque de manera diferente, estos desarrollos tienen implicaciones para patrones de la vida cotidiana. Sumergen a la gente en un entorno complejo en el que la disponibilidad de datos y los cálculos que proporcionan las coordenadas de los patrones de la vida corriente. De nuevo, la apropiación individual o colectiva de estos estilos de vida y patrones conlleva, inevitablemente, la contextualización e interpretación de paquetes de datos abstractos y de libre circulación. Es indudable que individuos y grupos transforman y complementan las soluciones genéricas y descontextualizadas mediadas por la tecnología (Espósito 2004). Sin embargo, de la misma manera, las personas y los grupos marco y el que estas tecnología y los servicios permiten, están comparando, y se convierten en cómplices en el nuevo muestreo del mundo (Heidegger, 1977 y 1998). La recontextualización (y la interpretación) es un acto doble que cambia no solamente lo que se vuelve a contextualizar, sino también los agentes de la contextualización. Visto de esta manera, las tareas y patrones de la vida cotidiana que han sido predominantemente moldeados por todas esas cualidades y facultades que asociamos con la experiencia humana están sujetos a cambios, a medida que las técnicas computacionales se infiltran en el hábitat de la vida cotidiana. Entiendo que esto es un cambio notable (tácito, inconsciente, olvidable, más allá de la conciencia) en el que el frente y la retaguardia de la vida humana cambian de posición.

En otras palabras, los desarrollos tecnológicos y culturales descritos en este artículo muestran atributos genéricos que atraviesan contextos específicos de la vida social e institucional. Estos atributos genéricos, que he identificado con el predominio de la cognición sobre la percepción, la preponderancia de la información y los principios computacionales en la definición de la realidad, no pueden desecharse con la retórica generalizada de apropiación tecnológica, maleabilidad tecnológica o adaptación contextual que se han vuelto comunes en las últimas décadas (Bijker, 2001; Bijker *et al.*, 1987; Orlikowski, 2000). Deben descomponerse y conceptualmente estudiarse, empíricamente, para exponer las formas distintivas a través de las cuales se manifiestan, cambian y se funden en el tejido de las prácticas sociales.

Referencias bibliográficas

- Alaimo, C., y J. Kallinikos (2016), «Encoding the Everyday. The Infrastructural Apparatus of Social Data», en C. Sugimoto, H. Ekbia y M. Mattioli, eds., *Big Data is not a Monolith. Policies, Practices, and Problems*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, pp. 77-90.
- (2017), «Computing the Everyday. Social Media as Data Platforms», *The Information Society*, vol. 33, n.º 4, pp. 175-191.
- Anderson, C. (2008), «The End of Theory», *Wired*, julio de 2008.
- Anderson, J. R. (1983), *The Architecture of Cognition*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Ayres, I. (2007), *Super Crunchers. How Everything Can Be Predicted*, Londres, Murray.
- Beniger, J. (1986), *The Control Revolution. The Economic Origins of the Information Society*, Cambridge (Massachusetts), The MIT Press.
- Bijker, B. (2001), «Understanding Technological Culture through a Constructivist View of Science, Technology and Culture», en S. Cutcliffe y C. Mitcham, *Visions of STS. Counterpoints in Science, Technology and Society Studies*, Nueva York, State University of Nueva York.
- Bijker, W. E., T. P. Hughes y T. Pinch (1987), *The Social Construction of Technological Systems*, Cambridge (Massachusetts), The MIT Press.
- Borgmann, A. (1984), *Technology and the Character of Contemporary Life. A Philosophical Inquiry*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (1999), *Holding Onto Reality. The Nature of Information at the End of the Millennium*, Chicago, The University of Chicago Press.
- (2010), «Orientation in Technological Space», *First Monday*, vol. 15, n.º 6.
- Boyd, D. (2014), *It's Complicated. The Social Lives of Networked Teens*, New Haven, Yale University Press.
- Brynjolfsson, E., y A. McAfee (2014), *The Second Machine Age. Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York, Norton.
- Cassirer, E. (1955), *The Philosophy of Symbolic Forms*, New Haven, Yale University Press. [Hay trad. cast.: *Filosofía de las formas simbólicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.]
- Cline-Cohen, P. (1982), *A Calculating People. The Advent of Numeracy in Early America*, Chicago (Illinois), The University of Chicago Press.
- Couldry, N., y J. Kallinikos (2017), «Ontology», en J. Burgess, A. Marwick y T. Poell, eds., *The Sage Handbook on Social Media*, Londres, Sage.
- Desrosières, A. (1998), *The Politics of Large Numbers. A History of Statistical Reasoning*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press. [Hay trad. cast.: *La política de los grandes números. Historia de la razón estadística*, Barcelona, Melusina, 2004.]
- Dreyfus, H. (2001), *On the Internet*, Londres, Routledge. [Hay trad. cast.: *Acercas de internet*, Barcelona, UOC, 2003.]
- , y S. Dreyfus (1986), *Mind over Machine*, Nueva York, Free Press.
- Ekbia, H. R., y B. A. Nardi (2017), *Heteromation, and Other Stories of Computing and Capitalism*, Cambridge (Massachusetts), The MIT Press.
- Esposito, E. (2004), «The Arts of Contingency», *Critical Inquiry*, n.º 31, <<http://criticalinquiry.uchicago.edu/features/artsstatements/arts.esposito.htm>>.
- Flachbart, G., y P. Weibel (2005), *Disappearing Architecture*, Basilea, Birkhauser.
- Gardner, H. (1985), *The Mind's New Science*, Nueva York, Basic Books. [Hay trad. cast.: *La nueva ciencia de la mente*, Barcelona, Paidós, 1987.]
- Gerlitz, C., y A. Helmond (2013), «The Like Economy. Social Buttons and the Data-Intensive Web», en *New Media & Society*, 1-18.
- Gibson, J. J. (1986), *The Ecological Approach to Visual Perception*, Nueva York, Psychology Press.
- Giddens, A. (1991), *Modernity and Self-Identity*, Cambridge, Polity Press. [Hay trad. cast.: *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Península, 2000.]
- Goody, J. (1976), *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge, Cambridge University Press. [Hay trad. cast.: *La domesticación del pensamiento salvaje*, Madrid, Akal, 2008.]
- Hacking, I. (1990), *The Taming of Chance*, Cambridge, Cambridge University Press. [Hay trad. cast.: *La domesticación del azar*, Barcelona, Gedisa, 1995.]
- Hamburg, M. A., y F. S. Collins (2010), «The Path to Personalized Medicine», *N Engl J Med*, vol. 363, pp. 301-304.
- Hayles, C. (2005), «Computing the Human», *Theory, Culture and Society*, vol. 22, n.º 1, pp. 131-151.
- (2006), «Unfinished Work. From Cyborg to Cognisphere», *Theory, Culture and Society*, vol. 23, n.º 7-8, pp. 159-166.
- Heidegger, M. (1977), *The Question Concerning Technology and Other Essays*, Nueva York, Harper.
- (1998), «Traditional Language and Technological Language», *Journal of Philosophical Research*, vol. XXIII, pp. 129-145.
- Heller, A. (1999), *A Theory of Modernity*, Oxford, Blackwell.
- Hildebrandt, M., y S. Gutwirth (2008), *Profiling the European Citizen*, Springer.
- Hildebrandt, M., y A. Rouvroy (2011), *Law, Human Agency, and Autonomic Computing. The Philosophy of Law Meets the Philosophy of Technology*, Londres, Routledge.
- Hoggart, R. (1957), *The Uses of Literacy. Changing Patterns in English Mass Culture*, Essential Books.

- Jay, M. (1957), *Downcast Eyes. The Denigration of Vision in Twentieth-Century French Thought*, Berkeley, University of California Press. [Hay trad. cast.: *Ojos abatidos. La denigración de la visión en el pensamiento francés del siglo xx*, Madrid, Akal, 2007.]
- Kallinikos, J. (2007), *The Consequences of Information. Institutional Implications of Technological Change*, Cheltenham, Elgar.
- (2009), «On the Computational Rendition of Reality. Artefacts and Human Agency», *Organization*, vol. 16, n.º 2, pp. 183-202.
- (2011), *Governing Through Technology. Information Artefacts and Social Practice*, Nueva York, Palgrave/MacMillan.
- , y H. Hasselbladh (2009), «Work, Control and Computation. Rethinking the Legacy of Neo-institutionalism», *Research in the Sociology of Organizations*, vol. 27, pp. 257-282.
- , y J. C. Mariátegui (2011), «Video as Digital Object. Production and Distribution of Video Content in the Internet Media Ecosystem», *The Information Society*, vol. 27, n.º 5, pp. 281-294.
- Khalidi, M. A. (2013), *Natural Categories and Human Kinds. Classification in the Natural and Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Lessig, L. (2006), *Code 2.0*, Nueva York, Basic Books, también disponible en <<http://codev2.cc/download+remix/>>.
- Mumford, L. (1934), *Technics and Civilization*, San Diego, HJB. [Hay trad. cast.: *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza, 2002.]
- (1952), *Arts and Technics*, Nueva York, Columbia University Press. [Hay trad. cast.: *Arte y técnica*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2014.]
- Nardi, B., y Y. M. Kow (2010), «Digital Imaginaries. What We (Think We) Know about Chinese Gold Farming», *First Monday*, vol. 15, n.º 6-7 (junio de 2010).
- Neisser, U. (1976), *Cognition and Reality*, San Francisco, Freeman. [Hay trad. cast.: *Procesos cognitivos y realidad*, Madrid, Marova, 1981.]
- Ong, W. J. (2013), *Orality and Literacy*, Londres, Routledge. [Hay trad. cast.: *Oralidad y escritura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.]
- Orlikowski, W. J. (2000), «Using Technology and Constituting Structures. A Practice Lens for Studying Technology in Organizations», *Organization Science*, vol. 11, n.º 4, pp. 404-428.
- Parker, G. G., M. W. van Alstyne y S. P. Choudary (2016), *Platform Revolution. How Networked Markets Are Transforming the Economy*, Nueva York, W. W. Norton.
- Paynter, B. (2008), «Feeding the Masses», *Wired*, julio de 2008.
- Pentland, A. (2014), *Social Physics. How Good Ideas Spread — The Lessons from a New Science*, Nueva York, Penguin.
- Porter, T. (1995), *Trust in Numbers. The Pursuit of Objectivity in Science and Public Life*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Rosch, E., C. B. Mervis, W. D. Gray, D. M. Johnson y P. Boyes-Braem (1976), «Basic Objects in Natural Categories», *Cognitive Psychology*, vol. 8, pp. 382-439.
- Rouvroy, A. (2011), «Technology, Virtuality and Utopia», en M. Hildebrandt y A. Rouvroy, eds., *The Philosophy of Law Meets the Philosophy of Technology. Autonomic Computing and Transformations of Human Agency*, Londres, Routledge.
- Siemens, G., y P. Long (2011), «Penetrating the Fog. Analytics in Learning and Education», *EDUCAUSE*, vol. 46, n.º 5, p. 30.
- Shirky, C. (2008), *Here Comes Everybody*, Londres, Penguin.
- Terzidis, K. (2005), *Algorithmic Architecture*, Londres, Elsevier.
- Turkle, S. (1995), *Life on the Screen. Identity in the Age of the Internet*, Nueva York, Simon and Schuster. [Hay trad. cast.: *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de internet*, Barcelona, Paidós, 1997.]
- Van Dijck, J. (2013), *The Culture of Connectivity. A Critical History of Social Media*, Nueva York, Oxford University Press.
- Winograd, T., y F. Flores (1996), *Understanding Computers and Cognition*, Norwood (Nueva Jersey), Ablex Publishing Corporation. [Hay trad. cast.: *Hacia la comprensión de la informática y la cognición*, Barcelona, Hispano-Europea, 1989.]
- Zuboff, S. (1988), *In the Age of the Smart Machine. The Future of Work and Power*, Nueva York, Basic Books.

Notas

- 1 Algunos pueden encontrar exagerada la distinción que hago entre percepción y cognición. No es de extrañar que la percepción sea esencial para la cognición y las operaciones abstractas que subyacen a la cognición, mientras que las bases cognitivas subyacentes a la cognición proporcionan importantes receptáculos para las actividades de atención y percepción. Cuando hablo de percepción me refiero a las observaciones y experiencias que difieren de meras sensaciones, en el sentido de que implican mediaciones culturales que, sin embargo, no evolucionan en ejercicios mentales deliberados. La distinción no deja de ser problemática, pero tiene el mérito de situar las operaciones perceptivas y cognitivas a una distancia diferente de la realidad ostensiva.
- 2 Para más detalles, véanse Hamburg y Collins (2010) y Siemens y Long (2011).
- 3 Chris Anderson, The End of Theory, *Wired*, July 2008.
- 4 Ben Paynter, Feeding the Masses, *Wired*, July 2008.
- 5 Todas las cursivas son mías.

>DISRUPCIÓN DIGITAL Y REAJUSTE: IMAGINAR NUEVAS VÍAS

Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



Robin Mansell es profesora de Nuevos Medios e Internet, así como jefa del Departamento de Medios y Comunicaciones de la London School of Economics and Political Science. Es internacionalmente conocida por su trabajo en los ámbitos social, político y económico que surgen con las innovaciones tecnológicas. Es miembro de la junta directiva de TPRC (Research Conference on Communications, Information and Internet Policy) y fue presidenta de la International Association for Media and Communication Research, presidenta científica de Communications Policy Research Conference de EURO, así como directora adjunta y rectora de la LSE. Ha publicado, entre otras, las obras *Imagining the Internet. Communication, Innovation and Governance* (2012) y *The International Encyclopaedia of Digital Communication and Society* (2015).

>DISRUPCIÓN DIGITAL Y REAJUSTE: IMAGINAR NUEVAS VÍAS

Este artículo evalúa los beneficios y perjuicios derivados de las tecnologías digitales disruptivas. Tiene en cuenta los imaginarios sociales que apoyan la idea de que cada cual debe ajustarse naturalmente a la senda de las innovaciones, aunque ello implique el riesgo de que los humanos acabemos cediendo el control de nuestras vidas a los operadores de las grandes plataformas digitales, a los gobiernos o a tecnologías inspiradas en la inteligencia artificial. El artículo expone por qué es esencial promover un debate sobre mundos alternativos a este, y valorar si nos estamos adentrando en un camino de consecuencias negativas que no sea posible corregir *ex post* con intervenciones políticas.

Introducción

Con la posible excepción de la nanotecnología y la biotecnología, ninguna otra tecnología parece prometer tantas mejoras en las vidas de los ciudadanos como la digital. Esta se distingue por su ubicuidad y sus múltiples aspiraciones de uso. Las tecnologías digitales están implicadas en cómo trabajamos, cómo compramos, cómo aprendemos y cómo jugamos, y desempeñan el papel vital de empoderar a los individuos y las comunidades. Se espera que la aplicación de dichas tecnologías incremente la productividad y la competitividad, transforme los sistemas educativos y culturales, estimule el intercambio social y democratice las instituciones. Aun así, hay constantes peticiones para reevaluar su gestión cuando los beneficios prometidos van acompañados de peligros, reales o imaginarios, para los consumidores y los ciudadanos en general. La difusión de estas tecnologías por toda la sociedad está poniendo en cuestión nuestras ideas más arraigadas sobre el poder, los privilegios y la influencia social. Urge evaluar si estas aspiraciones están siendo realmente realizadas, dada la posibilidad que de los supuestos beneficios puedan tornarse en promesas vanas o acaben siendo simples aproximaciones a las transformaciones profundas que se prometían.

Desde los medios sociales manejados por algoritmos hasta el «internet de las cosas» (la casa inteligente Alexa, de Amazon), pasando por los test para coches sin conductor, los robots para el cuidado personal, los ordenadores portátiles, los robots abogados para el acceso de las personas a la justicia y las máquinas de reventa para comprar entradas o vales de descuento, para algunos la tecnología digital está abriendo nuevas posibilidades que convertirán este mundo en un lugar más equitativo. En las últimas décadas, la innovación en las técnicas digitales ha tenido lugar en las intersecciones de las industrias establecidas. La convergencia

tecnológica ofrece vías innovadoras para configurar los componentes digitales, pero generalmente se asocia con la consolidación de los mercados. Aunque algunos ven la convergencia en el mercado laboral como un desarrollo bienvenido, otros la ven como una forma de reproducir las asimetrías de poder en la sociedad. Convergencia tecnológica y consolidación de mercados parecen estar llevando a cabo nuevas estructuras de control jerárquico y a desigualdades que están enriqueciendo a unos pocos a expensas de la mayoría. Este mismo desarrollo es entendido por otros como productor de espacios anárquicos intercalados con espacios online cerrados, que admiten solo a aquellos que se someten a la autoridad de ciertos proveedores de servicios. ¿Qué pasaría si los proveedores de tecnologías y servicios digitales estuvieran siguiendo un camino equivocado con consecuencias negativas para la humanidad?

La innovación digital: problemas y beneficios

Estos desarrollos están influidos por la política y la regulación, así como por los valores introducidos en las tecnologías mismas. A causa de su modularidad, a medida que estas tecnologías van evolucionando, asumen progresivamente características de «sistema». Esto da lugar a una impredecibilidad considerablemente mayor que en el pasado, lo que a su vez hace difícil considerar los beneficios y problemas futuros asociados a la innovación tecnológica digital disruptiva.

«LA DESIGUALDAD SOCIAL Y ECONÓMICA ESTÁ AUMENTANDO DENTRO DE LOS PAÍSES, INCLUSO CUANDO LAS BRECHAS DE CONECTIVIDAD DIGITAL SE ESTÁN CERRANDO CON LA DIFUSIÓN DE LOS TELÉFONOS MÓVILES.»

Desde el punto de vista de los beneficios, los algoritmos que impulsan cada vez más los servicios digitales pueden proporcionar información que ayude a mitigar los daños causados por los desastres, proteger a las personas en los espacios públicos, señalar los riesgos para la salud y vigilar el cambio climático. El uso de algoritmos que apoyen los servicios permite a las empresas aumentar sus beneficios. Nuevos tipos de riesgos están llamando la atención del público en general, y las innovaciones tecnológicas, así como sus aplicaciones, se espera que acudan a salvarnos cuando, por ejemplo, las redes eléctricas fallen, las crisis financieras empeoren o se produzcan fugas de información. Estos servicios también proporcionan a los ciudadanos información que apoya políticas de resistencia frente a las prácticas injustas.

En cuanto a los problemas, los innovadores modelos de negocio ideados por las empresas que operan en la economía digital están permitiendo a compañías como Amazon vender productos a precios reducidos, selectivamente para clientes

específicos, pero también reducen los márgenes de las librerías, pequeñas y grandes. El contenido digital se está convirtiendo rápidamente en publicidad de servicios pagados que agregan, filtran e integran información que puede venderse a una minoría de clientes escogidos que están dispuestos a pagar y son capaces de hacerlo. Los medios de comunicación públicos, incluido el servicio de radiodifusión, se enfrentan a una intensa competencia frente a las plataformas digitales que añaden contenido y funcionan como vigilantes. La combinación de rápida innovación y poder asimétrico en el mercado está dejando sin poder a colectivos diversos, a través del desempleo provocado por la tecnología, el aumento de la criminalidad, la pérdida de intimidad y, a menudo, la limitación de la libertad de expresión. La desigualdad social y económica está aumentando dentro de los países, incluso cuando las brechas de conectividad digital se están cerrando con la difusión de los teléfonos móviles. Los bancos, las empresas, las escuelas y los organismos policiales o de asistencia sociales utilizan habitualmente los sistemas automatizados para la toma de decisiones. Si están mal diseñados o no son transparentes, pueden causar daños significativos en forma de discriminación y marginación social. En Europa, el Reglamento General de Protección de Datos de la Unión Europea (GDPR) puede ayudar a minimizar los efectos negativos otorgando a los ciudadanos el derecho a recibir explicaciones sobre la toma de decisiones que dependan de estos sistemas, pero la regulación no ha sido puesta a prueba y los desafíos con vistas a proteger los derechos fundamentales de los adultos y los menores en la era digital continúan creciendo en todas las regiones del mundo.

Ajustarse a la disrupción digital

A raíz de todos estos acontecimientos, se están haciendo esfuerzos para desarrollar visiones de sociedades de la información equitativas y que mejoren el bienestar. En todos los países, ricos y pobres, algunos expertos afirman que la inversión en tecnologías digitales está proporcionando oportunidades para que las naciones de ingresos bajos y medios den un gran salto en materia de tecnología. Se espera que se igualen, e incluso superen, a los países ricos, asegurando los beneficios de la tecnología digital para los ciudadanos. Aunque la Declaración de Principios acordada en la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, celebrada en 2003, hace hincapié en el «deseo común y el compromiso de construir una sociedad de la información centrada en las personas, inclusiva y orientada al desarrollo», en consonancia con la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, predomina una aproximación centrada en la tecnología, tanto en la literatura sobre políticas y comercio como en la literatura de muchas ramas académicas. Algunos expertos insisten en que no existe un modelo único de sociedad digital, pero persiste el modelo homogéneo que minimiza los factores sociales, culturales, políticos y económicos que pueden conducir a resultados de inversión digital muy diferenciados. Incluso cuando las visiones de una vía hacia el futuro transformadora

surgen de la deliberación de múltiples actores, la suposición subyacente es que serán los mercados competitivos los que la traigan, a pesar de que los mercados de servicios digitales no operan de acuerdo con los supuestos de la teoría del mercado perfectamente competitivo. La opinión predominante es que la innovación en el ámbito digital debe entregarse al mercado con la menor intervención política proactiva posible. Una excepción a todo esto se encuentra en el ámbito de la cualificación digital. La brecha de habilidades es sustancial y hay mucho debate acerca de la descualificación y la mejora de la cualificación. La dirección que lleva la innovación digital está afectando a la distribución de ingresos de las poblaciones, reemplazando a seres humanos por máquinas para aumentar la productividad, con predicciones muy variables sobre la gravedad de la amenaza para la subsistencia de los trabajadores y sobre la rapidez con que se producirá el desplazamiento laboral. Es muy escasa la oferta de trabajadores cualificados en ámbitos como la inteligencia artificial (IA), la gestión de datos, el control de calidad de los datos y la visualización de datos. Los estudios sobre la brecha digital suelen centrarse en la mejora de competencias en el ámbito técnico. Muchos países están introduciendo estrategias para mejorar la cualificación en materias STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas, incluida la codificación). Estas cualificaciones son necesarias para el empleo en análisis de datos, la ciencia de los datos y el campo de la IA, pero la falta de equidad en el mundo digital no puede ser abordada sin prestar atención a otros elementos determinantes de desigualdad y exclusión.

Las desigualdades exacerbadas por la difusión de las tecnologías digitales no pueden abordarse aumentando el número de informáticos y licenciados con formación técnica especializada. Los ciudadanos deben ser capaces de manejar la información de forma creativa. Necesitan tener la capacidad de seleccionar la información, ignorar la que sea irrelevante e interpretar patrones de información, y estas no son destrezas técnicas. Esta característica, propia de la falta de cualificación, es especialmente importante en relación con la producción y el consumo de contenidos mediáticos en los que las noticias falsas o «fakes» son un problema creciente. Los bulos online tienen por finalidad obtener beneficios y fomentar la inestabilidad política. Los contenidos de este tipo que circulan por las redes sociales engañan a los ciudadanos, crean una cultura de la desconfianza y la confusión, y cada vez hay más indicios de desigualdad entre los que confían en los medios y los que no lo hacen. En principio, cualquiera puede crear una página de inicio, pero el uso cualificado de internet depende de toda una serie de capacidades para participar en la comunicación interactiva, la difusión y la recopilación de información, así como de la interpretación de la propia información. La falta de progresos significativos en el desarrollo de una amplia alfabetización digital de base significa que la gente que carece de la cualificación apropiada está siendo progresivamente marginada y excluida. Pueden ser discriminados por su incapacidad para reconocer el valor o la utilidad de los servicios digitales o porque no entienden cómo los servicios pueden ser utilizados de manera social o económicamente productiva.



SHARE NOW

Las tecnologías digitales están cambiando el mercado y los hábitos de consumo.

El analfabetismo digital es un problema creciente. Hay herramientas para filtrar y censurar la información, pero cuando los menores y los adultos no pueden discernir un anuncio o entre «noticias falsas y noticias fiables», se ponen en cuestión los supuestos fundamentales de la participación cívica en el sistema político. En el Reino Unido, las investigaciones demuestran que solo el 25 por ciento de los niños de entre ocho y once años pueden entender la diferencia entre un anuncio o un enlace patrocinado y un post corriente colgado en las redes sociales. Alrededor del 33 por ciento no lo saben diferenciar. Algo menos del 50 por ciento de los niños de entre doce y quince años y solo seis de cada diez adultos podían explicar la diferencia¹. Investigadores estadounidenses examinaron a estudiantes de todo el país y también hallaron que relativamente pocos podrían distinguir un anuncio de una noticia o de la información de un grupo de presión política. Concluyeron que «nos preocupa que la democracia se vea amenazada por la facilidad con que se propaga y prospera la desinformación sobre los asuntos cívicos».²

La responsabilidad y el coste de involucrarse en sociedades tecnológicamente convergentes y digitalizadas están recayendo directamente sobre los individuos. Las tecnologías y plataformas digitales crean oportunidades para favorecer relaciones directas e intermediadas entre empresas y clientes (así como entre gobiernos y ciudadanos), y las comparativas de precios pueden hacerse a escala global. La competitividad entre los operadores de las plataformas más grandes puede crear una mayor variedad y más opciones para algunos, pero el riesgo está en que este desarrollo pueda excluir a los desfavorecidos o fomenta su inclusión en términos menos favorables que para los acomodados.

Las tecnologías de la próxima generación y el futuro

Con los avances en la potencia de los ordenadores y la difusión de aplicaciones digitales, para quienes estén incluidos y adquieran las capacidades apropiadas para el mundo digital, su inclusión aún puede ser problemática si, como resultado de ello, acaban perdiendo el control de sus vidas. El objetivo en el campo de la IA ha sido desde hace muchos años automatizar la inteligencia humana. Algunos ejemplos actuales de tecnologías «inteligentes» pueden ser el soldado aumentado o el consumidor digitalmente habilitado. El compromiso consiste en codificar algoritmos que «razonen» sobre la fiabilidad y la honestidad. La automatización de la vida cotidiana, ya sea por medio del «internet de las cosas» o de la robótica avanzada, es a menudo representada en la literatura popular como sinónimo de progreso bajo la promesa de una vida mejor para todos y, en última instancia, una reducción de la desigualdad social y económica.

Los medios existentes para dirigir la innovación en el campo de la tecnología digital no están bien posicionados para abordar cuestiones fundamentales sobre los tipos de sociedades de la información que son deseables, en contraposición con los que podrían ser posibles. Los debates sobre un futuro mejor suelen priorizar las expectativas acerca de los beneficios del camino de innovación tecnológica digital que se está siguiendo. El potencial valor económico de alcanzar estas expectativas cuanto antes significa que las políticas para mitigar los problemas que puedan surgir en la actual vía se introducen con precaución y solo después de que se hayan constatado daños reales. Las medidas que podrían abordar la desigualdad social y económica, así como la potencial pérdida de autoridad humana sobre los sistemas digitales avanzados de procesamiento de información, suelen ser vistos como perjudiciales para el ritmo de la innovación y el mercado. Sin embargo, es esencial preguntarse si el camino hacia los sistemas tecnológicos que transforman las relaciones entre máquinas y humanos es compatible con el desarrollo del ser humano, en el sentido de que las personas deben ser capaces de participar en «un tipo de vida activa»,³ una vida en la que se respeten valores como el altruismo, la solidaridad y la dignidad. Si se quiere asegurar a largo plazo este tipo de vida, debe evitarse el camino hacia sociedades de la información algorítmicas o calculadoras con una menor autoridad humana.

«LOS DEBATES SOBRE UN FUTURO MEJOR SUELEN PRIORIZAR LAS EXPECTATIVAS ACERCA DE LOS BENEFICIOS DEL CAMINO DE INNOVACIÓN TECNOLÓGICA DIGITAL QUE SE ESTÁ SIGUIENDO.»

Manuel Castells señaló a finales de los años noventa la gran brecha existente entre el «sobredesarrollo tecnológico» y el «subdesarrollo social», y esta brecha sigue ampliándose.⁴ Reducirla requiere considerar vías alternativas para el futuro de las sociedades digitales, pero el debate actual se centra básicamente en

cómo garantizar el derecho público de acceso a la información, la libertad frente a la vigilancia indeseable y la protección de la privacidad individual utilizando las tecnologías disponibles en el mercado. En los trabajos dirigidos a abrir la caja negra digital, la investigación se centra en el impacto de los sistemas computacionales avanzados en la clasificación social y la discriminación, en si las personas activas online son conscientes de estos sistemas y sus sesgos, y en si quienes operan los sistemas son responsables ante alguna «autoridad superior» cuando algo sale mal. Sin embargo, con el desarrollo de la IA, sus aplicaciones y sus brillantes perspectivas como industria fundamental para el crecimiento económico, hay una fascinación por lo cuantificable, con datos y predicciones cada vez más precisos sobre la conducta humana y la no humana. En la industria, el objetivo es garantizar, independientemente de los sesgos de los sistemas computacionales y las máquinas de aprendizaje, la investigación y el desarrollo, sean llevados a cabo con el objetivo de mantener a la gente segura, feliz y potencialmente más rica. El desafío para los responsables de la formulación de políticas es determinar no solo si los sistemas digitales actuales son explotadores o liberadores, inclusivos o exclusivos, sino también evaluar si la innovación avanza por un camino en el que los sistemas técnicos se conviertan en los principales impulsores de los resultados sociales y, crecientemente, nieguen la voluntad humana.

Imaginarios sociales y mundos alternativos

Valoraciones de este tipo nos obligan a pensar más allá de las estrategias de gestión a corto plazo y de los modelos de negocio para considerar «imágenes y nociones normativas más profundas» ampliamente compartidas acerca de cómo una sociedad determinada está, y debe estar, organizada. La forma en que las personas dan sentido al mundo que las rodea, los valores que privilegian y sus vías preferidas con vistas al futuro son factores cruciales que determinarán los resultados a largo plazo. Como demuestra el filósofo Charles Taylor, estas nociones e imágenes pueden ser tratadas como imaginarios sociales que influyen en las prácticas colectivas de una sociedad. Dichos imaginarios son los que dan lugar a las historias que la gente se cuenta acerca de hipotéticos desarrollos tecnológicos y sus consecuencias.⁵ Taylor observa que, históricamente, siempre ha habido imaginarios sociales que compiten entre sí y que hacen afirmaciones sobre el modo en que la autoridad y la responsabilidad deben establecerse.

En la actualidad, el imaginario social predominante sobre el papel de los sistemas digitales en la sociedad prioriza la innovación rápida y la difusión de tecnologías que exhiban cierto grado de inteligencia «emocional». Este imaginario fomenta el procesamiento e interpretación de cantidades cada vez mayores de información digital y el aumento masivo de la capacidad tecnológica para producir, procesar, distribuir y almacenar información. En este imaginario, es necesario adaptarse a las convulsiones en el orden social, económico, cultural y político fruto de la rápida

innovación tecnológica.⁶ Su premisa básica es que una «autoridad superior», por ejemplo el Estado, el sector empresarial o el cliente, tenga el control sobre los resultados del proceso de innovación. Este imaginario social sostiene visiones programáticas de investigación científica, ingeniería y matemáticas que se centran en los sistemas de retroalimentación y la automatización, como los sistemas de control para aplicaciones militares o civiles. Se supone que los mercados eficientes y la elección individual guían los cambios en el sistema digital. La interacción del imaginario social predominante con las manifestaciones de poder de las plataformas digitales, que operan en mercados altamente concentrados, significa que estas empresas desempeñan el papel de intermediarias, con capacidad para bloquear o filtrar la información digital y procesar los datos de los clientes. Su fortaleza financiera les otorga prácticamente un monopolio, un poder de decisión sustancial y la capacidad de influir si deben ser reguladas y cómo. Para este imaginario, a veces factores residuales desvían de manera repentina la trayectoria del cambio, pero la posibilidad de que el progreso tecnológico pueda ser perjudicial para los seres humanos no forma parte de él.

En un imaginario social menos prominente, pero muy influyente, se supone que la «autoridad superior» es colaboradora, no jerárquica ni heterárquica, organizada por las redes descentralizadas. Dicho imaginario está inspirado en un compromiso con sistemas digitales abiertos, con acceso libre a la información y limitaciones mínimas para la libertad de expresión y la preservación de la privacidad, pero también depende de sistemas computacionales y aplicaciones de IA cada vez más sofisticados. Se asume que el imaginario social que sustenta esta visión de la vía de la innovación tecnológica, por regla general, favorece la producción basada en los bienes comunes, la transparencia y la capacidad de la autoridad humana en el mundo digital.

En ambos imaginarios sociales, sin embargo, la «autoridad superior» imaginada (o real) es un ser humano, y en este sentido la vía de la innovación tecnológica no se cuestiona, o se cuestiona muy rara vez. En el primer imaginario, se espera que las propiedades emergentes de un sistema digital complejo produzcan resultados positivos para los individuos, mediados por el mercado y, ocasionalmente, por la intervención del gobierno. En el segundo, son las actividades generativas de los diseñadores tecnológicos y de los participantes online las que se espera que logren estos resultados. En ambos casos, el papel del participante en el mundo digital comprometido busca etiquetar y revisar datos, mientras que la «autoridad superior», los mecanismos de gobierno corporativo, estatal y/o de la sociedad civil, quedan encargados de tomar acciones basadas en los resultados del análisis de datos. Se supone que estas decisiones se alinearán con los intereses en forma de ganancias comerciales, con equidad y justicia, al menos, a largo plazo. Tanto el imaginario social dominante como el subordinado pertenecen a un entorno digital que potencia las relaciones humano-máquina, máquina-máquina y humano-humano, en cada caso, con riesgos manejables para nosotros.

Conformación de la vía digital

Ampliar la gama de los futuros que se pueden imaginar requiere de una agenda proactiva encaminada a guiar la vía de la innovación tecnológica digital. Los imaginarios sociales imperantes, que asumen una trayectoria «natural» de la innovación, están siendo cuestionados. Por ejemplo, Luc Soete se pregunta: «¿Es posible que la innovación no sea siempre buena para usted?».7 Sugiere que, en lugar de un proceso beneficioso de destrucción creativa al estilo de Schumpeter, que depende de un proceso continuo de innovación tecnológica, en la actualidad estamos siendo testigos de un período de «creación destructiva».

Los acuerdos de gobierno influyen en el tipo de sociedades que aparecen; configuran las perspectivas vitales básicas, la calidad de vida a la que las personas tienen derecho y si las sociedades van a ser inclusivas, respetuosas y capacitadoras para todos. Se puede considerar que los algoritmos gobiernan porque estructuran la comprensión de posibilidades futuras. Cuando los resultados a que dan lugar se tratan como si fueran ciertos, desaparece la capacidad para pensar en mundos y en vías de desarrollo tecnológico alternativos. Cuando nos basamos principalmente en el imaginario social dominante, se supone que los individuos están sujetos a las elecciones de los grandes operadores de las plataformas digitales o del Estado. Si tenemos en cuenta el segundo imaginario social y el poder generador de las comunidades online, distribuidas a escala mundial, no hay garantías de que los resultados sean equitativos o inofensivos, porque los movimientos online no siempre son positivos. En ambos casos, se ha asumido hasta hace poco que los

La realidad virtual es un desarrollo tecnológico que abraza la inteligencia emocional.



seres humanos son la «autoridad superior» y que tienen el control de los sistemas computacionales.

En el entorno digital actual, cuando la economía o la política se consideran bajo el prisma algorítmico de las visualizaciones de mapas de riesgos, puntuaciones y banderas, normalmente es que siga siendo un individuo o un grupo de individuos los que toman las decisiones de actuar. La distribución de poder asimétrica significa que quienes tienen poder de actuación son, frecuentemente, los militares, otras ramas del Estado o las grandes empresas, aunque también se puede incluir a grupos de activistas online, organizados a través de movimientos de protesta social. Junto con los diseñadores tecnológicos que incorporan valores al sistema digital, todos ellos están eligiendo sobre el camino al que se dirige nuestro futuro entorno digital. Sin embargo, si la cuantificación de todo significa que las sociedades corren el riesgo de llegar a ser ingobernables por humanos, entonces hay que reevaluar la noción de que la cuantificación de la vida, permitida por sofisticados sistemas de IA y las aplicaciones, es sinónimo de mayor interés para la humanidad. Son posibles resultados alternativos, pero solo si un imaginario social diferente comienza a destacarse y a dar forma a las decisiones sobre la equidad y la justicia en el presente, y también sobre si la «autoridad superior» debe seguir siendo humana.

Históricamente, la vía de la innovación tecnológica digital no ha sido alcanzada de forma lineal, aunque a veces se supone que ha sido una progresión «natural» de lo analógico a lo digital, desde las industrias segmentadas especializadas en telecomunicaciones o informática hasta las industrias y tecnologías convergentes que incluyen las actuales plataformas digitales y de servicios. Las industrias y los líderes gubernamentales esperan que las aplicaciones digitales, incluidas en robots, apoyadas por los algoritmos y el aprendizaje automático, y organizadas en redes nada transparentes de tecnologías modulares y complejos enlaces jerárquicos, horizontales y diagonales, aumenten los niveles de ingresos. Algún activista de la sociedad civil espera que estas aplicaciones apoyen el éxito de movimientos de protesta. Pero, de nuevo, sus aspiraciones se afirman en el movimiento a lo largo de una vía de innovación tecnológica concreta.

La idea de que las tecnologías digitales ofrecerán soluciones a los problemas de la sociedad es un tema común. Cuando se hace hincapié en la difusión de innovaciones y en la dinámica competitiva de las plataformas y los servicios digitales, los efectos de segundo orden o superiores, que aumentan incertidumbre y dan lugar a resultados que no pueden predecirse o modelarse fácilmente, hacen parecer que la única alternativa fuera explotar el camino tecnológico, que parece más probable que conduzca a ganancias económicas a corto y medio plazo. La innovación y la destrucción creativa han sido históricamente las características de la economía que generan más crecimiento económico, mayor productividad y mejor bienestar social. Esto conduce a una actitud de «esperar a ver» en la que los individuos se ajustan al cambio tecnológico disruptivo en el corto plazo. Se espera que el mercado, el Estado y/o la sociedad civil aporten respuestas que suavicen la disrupción, y se supone que el efecto posterior del cambio tecnológico será positivo. Los ajustes necesarios se

consideran en gran medida espontáneos, lo que lleva a afirmar que «sabemos que los incrementos de productividad y eficiencia, nuevos servicios y nuevos puestos de trabajo, etc. están en el horizonte».⁸ La orientación política dominante consiste en estimular la competitividad económica basada en la premisa de que, si un país no alcanza una posición de liderazgo en campos emergentes de innovación tecnológica —como el aprendizaje automático y la IA—, lo hará otro. La consecuencia es un énfasis abrumador en las políticas orientadas a influir en las estrategias de empresa después de que las tecnologías hayan llegado al mercado.

Algunos representantes de los gobiernos, de la industria y de la sociedad civil empiezan a reconocer que la cuarta revolución industrial «alterará fundamentalmente la manera en que vivimos, trabajamos y nos relacionamos» como consecuencia de la ubicuidad de los sensores digitales, la IA y el aprendizaje automático, así como, la forma en que se combinan con el mundo físico y biológico.⁹ El cambio está ocurriendo a gran velocidad y los ciudadanos, los funcionarios públicos y los líderes empresariales encuentran difícil entender los sistemas computacionales digitales avanzados. A medio y corto plazo, las aplicaciones de tecnología digital tienen un gran potencial para abordar la desigualdad social y económica y los desafíos sociotécnicos globales, y es totalmente razonable que se busque maximizar los beneficios de la innovación tecnológica. Pero los imaginarios sociales imperantes son persistentes y fomentan la idea de que basta con conectar a los no conectados para lograr sociedades de información inclusivas, junto con la mejora de la alfabetización técnica digital y una mínima intervención en el mercado para responder a las amenazas. Incluso en el contexto de los dos imaginarios sociales predominantes, tanto los adultos como los menores necesitan una amplia gama de alfabetización digital si quieren aprender a navegar eficazmente en este entorno.

«SE ESPERA QUE EL MERCADO, EL ESTADO Y/O LA SOCIEDAD CIVIL APORTEN RESPUESTAS QUE SUAVICEN LA DISRUPCIÓN, Y SE SUPONE QUE EL EFECTO POSTERIOR DEL CAMBIO TECNOLÓGICO SERÁ POSITIVO.»

Además, si la trayectoria tecnológica apunta, a largo plazo, hacia un mundo digital incompatible con el mantenimiento de los derechos y libertades que muchos países valoran, incluida la democracia responsable, es esencial promover el debate sobre los contramundos o caminos alternativos, así como sobre los cambios necesarios para alcanzarlos. En la medida en que, cuantos más beneficios digitales hayan, menos oportunidades existan para que los individuos ejerzan un control y tengan autoridad sobre sus vidas, es esencial cuestionarse la idea de que la única opción consiste en adaptarse a lo que se produce en el laboratorio. Los imaginarios sociales prevalecientes hacen difícil concebir caminos tecnológicos digitales alternativos, pero no es imposible. Los avances en la IA y las aplicaciones de aprendizaje automático están generando consultas de carácter ético que se

preocupan por asuntos relacionados con la dignidad humana, las libertades, la igualdad, la solidaridad y la justicia. En estos foros se plantean constantemente cuestiones sobre cómo garantizar que los sistemas de tecnología digital no sean perjudiciales para el individuo, pero la postura política sigue estando notablemente orientada hacia la intervención *ex post*.

Conclusión

Se necesitan políticas para mejorar la cualificación, hacer frente a los fallos del mercado, limitar los daños y reducir la desigualdad, pero las cuestiones más importantes planteadas por la invasión de la IA y el aprendizaje automático no deben dejarse en manos del mercado, de los negocios, del Estado ni de los representantes de la sociedad civil. Lo más importante es asegurar un sólido diálogo entre todas las partes que permita considerar las «nociones e imágenes normativas más profundas» que sustenten la creencia generalizada de que la dirección general del cambio tecnológico es consistente con la autonomía y el florecimiento humanos. Es importante reconocer que la dirección del cambio tecnológico no era históricamente inevitable, y ahora tampoco lo es. El discurso sobre la inevitabilidad tecnológica y la adaptación para asegurar la competitividad económica industrial está profundamente arraigado, como también la visión de que se puede ampliar en la la sociedad civil, sin la ayuda de instituciones formales, para generar resultados consistentes con la consecución de la igualdad. Si la

La robótica es un ejemplo de tecnología que ya está mejorando la productividad y la eficiencia.



«creación destructiva» es ciertamente el resultado más probable de la vía de la innovación tecnológica digital, entonces es necesario actuar antes de que sea demasiado tarde y no haya posibilidad de retroceder, porque la autonomía individual se ha visto ya comprometida. Es necesario poner de manifiesto las normas y la dinámica de poder del «gobierno de los medios sociales» o «gobierno de la infraestructura»¹⁰ en el período actual, pero esto debe ir acompañado de una mayor atención para fomentar activamente imaginarios sociales consistentes con el que las personas mantengan una posición de autoridad de control en relación con la tecnología.

La inmersión de todos los individuos como protagonistas de lo que Chantal Mouffe considera foros que permitan una confrontación agonista,¹¹ es una forma de estimular las discusiones necesarias. En enfrentamientos de este tipo, deberían debatirse imaginarios sociales alternativos y a menudo opuestos. Los objetivos y valores que deberían regir las elecciones sobre las vías de innovación tecnológica podrían evaluarse de esta manera. Mientras el principal supuesto de los imaginarios sociales sea que la organización óptima de la sociedad llega a través de una mayor complejidad computacional, no transparente, esta visión continuará siendo interiorizada, limitando la capacidad de todos los implicados para imaginar alternativas. Es necesario el diálogo, aunque sea conflictivo, para debatir lo que los seres humanos harán con sus vidas en el futuro y cómo, por quién y bajo qué «autoridad superior» se establecerán las oportunidades de vida de la gente.

El debate y la consiguiente controversia sobre la autoridad humana en el mundo digitalizado probablemente darán como resultado uno o varios nuevos imaginarios sociales hegemónicos; potencialmente, incluirán imaginarios que podrían inculcar valores y conducir a decisiones que alienten un futuro en el que el ser humano conserve la autoridad y en el que las desigualdades sociales y económicas, así como los perjuicios, sean abordados con mayor eficacia que hoy en día. Es probable que esto requiera una mayor intervención proactiva en el mercado, que sustente uno u otro de los dos imaginarios sociales señalados anteriormente. Como dijo Raymond Williams: «Una vez que se desafían las inevitabilidades, comenzamos a reunir recursos para un viaje de esperanza»¹². El mundo digital, en última instancia, puede ser construido de manera que favorezca la equidad y la inclusión, pero también, y de manera crucial, valore que los seres humanos conserven el control de su destino.

Notas

- 1 Sonia Livingstone, Kjartan Ólafsson y George Maier, «If Children Don't Know an Ad from Information, How Can They Grasp How Companies Use Their Personal Data?», blog del LSE Media Policy Project, 18 de julio de 2017, <<http://tinyurl.com/ya26w9so>>.
- 2 Stanford History Education Group, «Evaluating Information. The Cornerstone of Civic Online Reasoning», con el apoyo de la Fundación Robert R. McCormick, 21 de noviembre de 2016, <<http://tinyurl.com/h3zneuz>>.
- 3 Martha C. Nussbaum, «Who is the Happy Warrior? Philosophy, Happiness Research, and Public Policy», *International Review of Economics*, vol. 59, núm. 4 (2012), p. 342.
- 4 Manuel Castells, *The Information Age. Economy, Society and Culture; volume III: End of Millennium*, Oxford, Blackwell, 1998, p. 359 (hay trad. cast.: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura, vol. III: Fin de milenio*, Madrid, Alianza, 1999).
- 5 Charles Taylor, *Modern Social Imaginaries*, Durham, NC, Duke University Press, 2004 (hay trad. cast.: *Imaginario sociales modernos*, Barcelona, Paidós, 2006).
- 6 Robin Mansell, *Imagining the Internet. Communication, Innovation and Governance*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- 7 Luc Soete, «SPRU's Impact on Science, Technology and Innovation», *Research Policy* (en prensa).
- 8 House of Commons, *Robotics and Artificial Intelligence*, Londres, House of Commons Science and Technology Committee, Fifth Report of Session 2016-2017, 2017, p. 36.
- 9 Klaus Schwab, «The Fourth Industrial Revolution. What it Means, and How to Respond», *World Economic Forum*, 14 de enero de 2016, p. 1, <<http://tinyurl.com/hlah7ot>>, y *The Fourth Industrial Revolution*, Londres, Portfolio Penguin, 2017 (hay trad. cast.: *La cuarta revolución industrial*, Barcelona, Debate, 2016). Para Schwab, la cuarta revolución sigue a la primera, de 1760-1840 (ferrocarril y máquinas de vapor), la segunda, de finales del siglo XIX y principios del XX (producción mecánica), y la tercera, que transcurre entre 1960 y aproximadamente 2010 (computerización). Hay diferentes periodizaciones en la literatura. Para Chris Freeman y Francisco Louça, en *As Time Goes By. From Industrial Revolutions to the Information Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 2001, las tecnologías digitales constituyen la quinta revolución tecnoeconómica. Para Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee (*The Second Machine Age. Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York, W. W. Norton & Co, 2014), el período actual es la segunda era de las máquinas.
- 10 Laura DeNardis y Andrea M. Hackl, «Internet Governance by Social Media Platforms», *Telecommunications Policy*, vol. 39 (2015), pp. 761-770, y Laura DeNardis y Francesca Musiani, «Governance by Infrastructure», en Francesca Musiani, Derrick L. Cogburn, Laura DeNardis y Nanette S. Levinson, eds., *The Turn to Infrastructure in Internet Governance*, Nueva York, Springer Link, 2016, pp. 3-21.
- 11 Chantal Mouffe, *Agonistics. Thinking the World Politically*, Londres, Verso Books, 2013.
- 12 Raymond Williams, *Towards 2000*, Londres, The Hogarth Press, 1983, p. 268 (hay trad. cast.: *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica, 1984).

>EL AUGE ¿IMPARABLE? DEL POPULISMO



Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



Jan-Werner Müller es profesor de ciencias políticas en la Universidad de Princeton. Antes de eso, fue miembro del All Souls College, de Oxford. Entre sus libros se encuentra *Constitutional Patriotism, Contesting Democracy: Political Ideas in Twentieth-Century Europe* and *What is Populism?*, que ha sido traducido a dieciséis idiomas. Müller suele escribir para *The Guardian*, la *London Review of Books*, *NYRB Daily*, *Süddeutsche Zeitung* y para *Le Monde*.

> EL AUGE ¿IMPARABLE? DEL POPULISMO

El presente artículo ¹ plantea que el populismo no debe ser entendido como una forma primaria de anti-elitismo. Por el contrario, el sello distintivo de los populistas es la afirmación de que ellos, y solo ellos, representan a los ciudadanos (o lo que los populistas suelen llamar «la gente real»). Niegan la legitimidad del resto de contendientes para llegar al poder y sugieren que los ciudadanos que no los apoyan son gente que aún duda. Igualmente se analiza el comportamiento de los populistas en el poder, y se argumenta que podemos ver el surgimiento de un patrón distintivo de gobernación autoritaria allí donde los populistas consiguen mayorías suficientemente grandes y los no populistas son demasiado débiles. Finalmente, se sugieren una serie de estrategias para intentar contrarrestar el populismo.

En la actualidad, el significado profundo de todas las elecciones en Europa (tal vez en el mundo entero) parece haberse agotado en la respuesta a una pregunta: «¿Es esta una victoria o una derrota del populismo?». Hasta el referéndum holandés de marzo de 2017, la imagen de una irrefrenable oleada populista —o, como lo calificó Nigel Farage, un «tsunami» populista— copaba todas las conversaciones; particularmente tras la gran victoria de Emmanuel Macron en las elecciones presidenciales y legislativas de Francia, en la primavera de 2017, se dice a menudo que vivimos un «momento popopulista». Sin embargo, ambos diagnósticos son erróneos y merecen la misma etiqueta que se le cuelga al populismo: «simplistas».

El presente artículo propone una adecuada comprensión del populismo y pone de manifiesto las razones por las cuales el populismo representa un peligro para la democracia (y de ningún modo, como algunos observadores sostienen, un «correctivo útil» para los defectos del sistema).² En este contexto, explicaré por qué los discursos del «triumfo inevitable» y del «esto se acabó» son tan engañosos.

Asimismo, lanzaré algunas hipótesis sobre las «causas probables» del populismo y señalaré posibles estrategias para contrarrestar a los populistas.

¿Ser populista es lo mismo que ser «antisistema»?

La noción de «oleada imparables» daba por sentado que tanto el Brexit como la victoria de Donald Trump eran triunfos del populismo. Tanto Farage como Trump son populistas, pero no porque «critiquen a las élites». Eso solo es un tópico. No todos los que critican a las élites son automáticamente populistas. Criticar a la

élite no es tan raro —en definitiva, cualquier libro de texto nos instruiría para estar alerta frente a los poderosos—; en cualquier caso, vigilar de cerca a las élites no deja de ser una señal de compromiso democrático de la ciudadanía. Por supuesto, cuando los populistas están en la oposición critican ferozmente a los gobiernos. Pero, lo que es clave, proclaman que ellos, y solamente ellos, representan a «la gente real» o a la famosa «mayoría silenciosa». Por consiguiente, señalan a todos sus oponentes como fundamentalmente ilegítimos. Nunca están en tela de juicio solamente las diferencias políticas, ni siquiera los valores —lo cual sería no solo absolutamente normal sino muy productivo en una democracia—. Lo que hacen los populistas es personalizar y moralizar el conflicto político: «los otros» insisten, son corruptos, «los otros» son deshonestos. No trabajan para el pueblo sino para ellos mismos (para el sistema, se entiende), o para las corporaciones multinacionales, la UE, o cualquier otra cosa. En este sentido, la retórica empleada por Donald Trump durante la campaña presidencial de 2015-2016 llegó prácticamente al paroxismo, aunque no por ello fue una excepción. Todos los populistas, de un modo u otro, comparten el mismo discurso que utilizó Trump contra Hillary Clinton.

«TENGAMOS EN CUENTA QUE EL POPULISMO PUEDE OCASIONAR UN DAÑO SIGNIFICATIVO A LA CULTURA POLÍTICA DEMOCRÁTICA, AUNQUE NO LLEGUE A GOBERNAR.»

Menos obvio es que los populistas insinúan que todo el que no comparte su concepción de «pueblo» —y que, por lo tanto, no los apoya— pertenece al grupo contrario, a los sospechosos. Farage, sin ir más lejos, afirmó durante la noche del fatídico referéndum que el Brexit había sido «una victoria para la verdadera gente del pueblo», lo cual implica que el 48 por ciento de votantes que querían permanecer en la Unión Europea no forman parte del verdadero pueblo británico; en definitiva, que no son auténticos británicos. Pensemos también en Trump cuando dijo, en un mitin de campaña, que «lo más importante es la unificación de la gente porque los demás no significan nada». Es decir, que el populista es el que decide quiénes forman parte del pueblo real; el que no quiera ser un integrante de esta masa unificada queda completamente excluido, aunque tenga un pasaporte británico o estadounidense.

Por consiguiente, el indicador —si es que esta es la palabra correcta— clave del populismo no es un «vago sentimiento antisistema»; criticar a las élites puede tener justificación o no, pero no resulta un problema en sí mismo para la democracia. Lo que sí es preocupante es el antipluralismo de los populistas. Siempre suelen excluir a dos niveles: en el ámbito de la política de partidos se presentan a sí mismos como los únicos representantes legítimos del pueblo, mientras que el resto queda excluido, por lo menos moralmente; y a otro nivel menos evidente, el del propio pueblo si se quiere, quienes no comparten su construcción simbólica del «pueblo real» (y, consecuentemente no los apoyan

desde el punto de vista político) quedan también excluidos. Dicho de otro modo, el populismo lleva implícita la reivindicación del monopolio moral de la representación del supuesto «pueblo real», que conduce inevitablemente a políticas identitarias excluyentes.³

Tengamos en cuenta que el populismo puede ocasionar un daño significativo a la cultura política democrática, aunque no llegue a gobernar. Los partidos populistas que no salen bien parados en las urnas deben enfrentarse a una evidente paradoja: ¿cómo es posible que los únicos representantes moralmente legítimos del pueblo real no arrasen en las urnas?

No todos los populistas optan por lo que parecería la forma más fácil de eludir esta contradicción, pero muchos lo hacen, sugiriendo que la «mayoría silenciosa» que los apoya es en realidad una mayoría «silenciada». Por lógica, si la mayoría pudiera expresarse libremente, los populistas estarían siempre en el poder, así que hay que buscar algo o a alguien que impida que la mayoría haga oír su voz. En otras palabras, sugieren —de forma más o menos sutil— que ellos no pierden elecciones, sino que las élites corruptas manipulan taimadamente el proceso. Volvamos a pensar en Trump cuando dejó abierta la posibilidad de aceptar una victoria electoral de Hillary Clinton para pasar de inmediato a poner en tela de juicio la integridad del sistema electoral estadounidense. Sus partidarios comprendieron lo que les estaba diciendo: según un sondeo, el 70 por ciento de sus votantes pensaban que si Clinton ganaba las elecciones sería porque el resultado había sido «manipulado».

Por supuesto, cualquiera puede criticar el sistema electoral en Estados Unidos porque decididamente hay mucho que criticar. Y, una vez más, críticas de ese tipo pueden ser un síntoma de salud democrática. Lo que no es compatible con la democracia es la afirmación populista de que «dado que no ganamos, nuestro sistema es corrupto». Con este tipo de afirmaciones, los populistas consiguen socavar sistemáticamente la confianza de los ciudadanos en sus instituciones, dañando cualquier cultura política aunque nunca lleguen a estar cerca de los resortes del poder.

No estoy sugiriendo que todos los populistas recurran constantemente a teorías conspiratorias para justificar sus fracasos. Pero como mínimo, siempre les cuesta distinguir el resultado moralmente frente al técnicamente correcto. (Recordemos al populista húngaro Viktor Orbán, que tras perder las elecciones de 2002 señaló que «la nación no puede estar en la oposición». O bien a Andrés Manuel López Obrador cuando argumentó que «la victoria de la derecha es moralmente imposible» y se declaró «el único presidente legítimo de México» tras su derrota en las presidenciales mexicanas de 2006.) Así las cosas, los populistas seguirán invocando a un «pueblo real» amorfo, que habría tomado una decisión política diferente. Por ejemplo, el candidato perdedor en las elecciones presidenciales de Austria de 2016, el populista de extrema derecha, Norbert Hofer, dijo del ganador —el verde Alexander van der Bellen— que había sido «correctamente contabilizado pero no elegido» (*gezählt, aber nicht gewählt*); en otras palabras, que su oponente había recibido más votos pero que no había sido realmente elegido por el pueblo,

como si una verdadera elección pudiera ser por aclamación general o algún otro proceso que no implicara un recuento de votos. Como dice el abogado constitucionalista alemán Christoph Möllers, no es lo mismo contar la mayoría que sentir la mayoría. A menudo los populistas enfrentan los sentimientos contra los números cuando, en definitiva, contar correctamente los números es todo lo que tenemos en una democracia.

«A MENUDO LOS POPULISTAS ENFRENTAN LOS SENTIMIENTOS CONTRA LOS NÚMEROS CUANDO, EN DEFINITIVA, CONTAR CORRECTAMENTE LOS NÚMEROS ES TODO LO QUE TENEMOS EN UNA EN DEMOCRACIA.»

Si se me permite, voy a ilustrar el juego populista con otro ejemplo reciente. En octubre de 2016 el primer ministro húngaro, Viktor Orbán, celebró un referéndum sobre el tema de la aceptación o no de refugiados en Hungría, y lo hizo sin el consentimiento del parlamento de su país. Obtuvo el resultado que esperaba: el 98 por ciento de los participantes dijeron «no». Sin embargo, Orbán se enfrentaba a un problema: la participación no había sido lo suficientemente alta como para alcanzar el quórum, así que técnicamente el resultado no era válido. En este caso, el primer ministro no podía apelar a lo que todos los populistas apelan, a saber, que el proceso había sido manipulado. En definitiva, como señalaron muchos observadores, Orbán y su partido, el Fidesz, habían estado creando un sistema político, económico e incluso cultural a su gusto desde el año 2010, cuando el Fidesz obtuvo una mayoría de dos tercios del Parlamento húngaro. Y, para colmo, el gobierno se había gastado millones de euros en vallas publicitarias y lustrosos folletos —enviados a cada hogar— para advertir a todos los húngaros de los terribles peligros que les acechaban si aceptaban la llegada de terroristas musulmanes disfrazados de refugiados. Todo ello para conseguir el resultado «moralmente correcto». Pero poco le importó este problema paradójico; simplemente entendió que la «mayoría silenciosa» que no había ido a votar estaba también a favor del «no», y con este magnífico argumento Orbán afirmó que, por fin, el pueblo real se había pronunciado sobre la cuestión de las políticas europeas relativas a los refugiados y que no le gustaban nada las propuestas «nihilistas liberales» de Bruselas.

¿Un auge imparables...?

Entender el populismo como una forma particular de antipluralismo debería ayudarnos a librarnos del estereotipo según el cual «el pueblo real» se levanta en todas partes contra «el sistema». Este tópico no es una descripción inocente ni neutral de los acontecimientos políticos solo es lenguaje populista. Acepta que los populistas son los auténticos representantes «del pueblo». Pero la realidad es que

figuras como Farage o el holandés de extrema derecha Geert Wilders ni siquiera llegan a tener éxito entre la cuarta parte del electorado.

A pesar de ello, y extrañamente, tanto políticos como periodistas, a menudo cambian de una perspectiva extrema de los populistas a otra. Es decir, pasan de asumir que todos los populistas son demagogos cuyas declaraciones pueden pasarse por alto, a otra: los populistas articularán «preocupaciones reales». Otorgan a los populistas el monopolio de interpretar lo que verdaderamente preocupa a los ciudadanos y revela un profundo malentendido en cuanto al modo en que funciona la representación democrática. Pero esta no debe entenderse como una reproducción mecánica de intereses e identidades, sino que estos se van formando dinámicamente en el proceso político mismo (así como en la sociedad civil, entre amigos y vecinos, etc.) haciendo ofertas de representación a las que los ciudadanos respondan. No es que todo lo que dicen los populistas sea mentira, pero es un error pensar que solo ellos saben lo que está pasando realmente en la sociedad. Trump, sin ir más lejos, consiguió sin duda que una parte de los estadounidenses se vieran a sí mismos como una especie de movimiento por la identidad blanca. Lo malo es que la percepción que los ciudadanos tienen de sí mismos es cambiante.

Por lo tanto, sería un error pensar que los populistas nos revelan la verdad objetiva y última sobre la sociedad. Sin embargo, muchos no populistas actúan dando por válida esta premisa. Pensemos, por ejemplo, en muchos socialistas y socialdemócratas europeos que, en estos tiempos, parecen pensar: «A la clase obrera no le gustan los emigrantes, lo demuestra el éxito de los populistas de derecha. Y no hay nada que podamos hacer al respecto».

Otro error común se comete al pensar en los éxitos electorales del populismo. Se asume que, necesariamente, todos los votantes de partidos populistas son también populistas, esto es, que comparten las opiniones excluyentes de los líderes populistas. Por ejemplo, un votante del Frente Nacional francés puede no estar de acuerdo con las críticas que hace Marine Le Pen a otros partidos —que son inmorales, que traicionan a Francia— y votar al FN, sencillamente porque su política agraria le parece atractiva y él es agricultor. No podemos dar por sentado que todos los votantes de partidos populistas son excluyentes y están de acuerdo con los programas antipluralistas de los líderes. Este es un elemento fundamental que, además, tiene implicaciones en la estrategia política. Recordemos cuando Hillary Clinton calificó de «deplorables» a Trump y sus votantes y le salió el tiro por la culata. Podría haberse dedicado a criticar ferozmente a su oponente, sin meterse con los votantes ni generalizar.

No obstante, ¿estamos seguros de que la oleada de populismo está vacía de contenido, aunque esté retrocediendo en este momento? El tema ha sido siempre engañoso. En definitiva, Nigel Farage no consiguió el Brexit él solo, sino que necesitó la ayuda de conservadores veteranos como Boris Johnson y Michael Gove (ambos ahora en el gabinete de Theresa May). Fue Gove quien dijo en la primavera de 2016 en una televisión británica, con toda la cara dura y a pesar de las advertencias sobre el Brexit que hacían los expertos, que el pueblo británico ya

había tenido suficientes expertos. Lo irónico es que el mismo Gove fue considerado durante mucho tiempo como un intelectual conservador, como un «experto». En resumen, los populistas no escogieron a uno cualquiera para decirle a la gente que se estaba sobrevalorando la experiencia, sino que lo puso en boca de un auténtico experto.

Trump no se convirtió en el presidente de Estados Unidos por ser el candidato en representación de un movimiento popular de protesta de la clase obrera indignada. En realidad representaba a un partido muy asentado y necesitó la bendición de pesos pesados del republicanismo, como Rudy Giuliani, Chris Christie y Newt Gingrich. Este último le dijo a un reportero de la CNN en el verano de 2016, durante la convención republicana, que no confiaba en las estadísticas de criminalidad pero sí creía en lo que la gente siente. O sea, que utilizó el mismo truco que usó Gove en Reino Unido. Diga lo que diga Gingrich, siempre será considerado un intelectual entre los conservadores estadounidenses. Y escogieron a todo un «experto» para menospreciar a los expertos.

Lo que ocurrió el 8 de noviembre de 2016 no fue una victoria aislada del populismo, sino una confirmación de la política de partidos estadounidense; el 90 por ciento de los republicanos declarados votaron a Trump, y aunque no se planteaban ni por asomo dar el voto a los demócratas, muchos de ellos expresaron profundas dudas sobre la conveniencia de un candidato como Donald Trump. Probablemente, la demonización de Hillary Clinton por parte de los republicanos dio sus frutos; demonización que empezó mucho antes de la aparición estelar de Trump, cuando la derecha norteamericana empezó a referirse a Bill Clinton como «su presidente» en los años noventa, deslegitimándolo. (Hillary hablaba de una «vasta conspiración de la derecha contra los Clinton»; en realidad no se puede hablar de conspiración, pero hay que reconocer que muchos republicanos consagraron sus vidas a desacreditar a esta pareja.) Sea como sea, lo único cierto es que ningún populista de derechas consigue llegar al poder, ni en Europa occidental ni en Estados Unidos, sin la colaboración de las élites conservadores bien establecidas.

Tras las elecciones holandesas y francesas, muchos observadores declararon que habíamos llegado a una etapa «pospopulista», que habíamos recuperado una «nueva normalidad» y que la amenaza populista era ya cosa del pasado. Pero dicha lectura no ve la distinción entre el populismo entendido como la pretensión de hacerse con el monopolio moral que representa al pueblo real, y el que se entiende como una serie de posicionamientos políticos concretos que se alinean con el pensamiento excluyente de la derecha más feroz —como el rechazo a los inmigrantes— pero que no es populista *stricto sensu*. Porque la realidad es que el antipluralismo y el contenido político concreto son analíticamente distintos.

En los Países Bajos, Wilders, que es un populista redomado, se comportó como se esperaba. Lo malo es que su competidor oficial, el primer ministro liberal Mark Rutte, adoptó una retórica semejante a la de Wilder, con afirmaciones del estilo de que los inmigrantes deberían comportarse «con normalidad» o abandonar el país. En mi opinión, Rutte no es populista —en el sentido de que no está reclamando la

representación única del auténtico pueblo holandés—, pero lo que hizo fue tan insólito como inaceptable; no le corresponde al primer ministro decidir lo que es «normal» en la cultura de los Países Bajos (con todo lo que eso significa, a saber, holandeses «normales» frente a «otros» que no lo son). La consecuencia de tales acercamientos oportunistas al discurso populista es un desplazamiento hacia la derecha de la cultura política, sin ninguna autorización democrática por parte de los ciudadanos. En este sentido, más que estar viviendo una etapa pospopulista, podríamos estar presenciando un triunfo del populismo, aunque técnicamente esté perdiendo las elecciones. Después de todo, los conservadores no colaboran oficialmente con ellos, pero les copian las ideas. Esta dinámica se puso de manifiesto en la campaña británica para las elecciones generales de la primavera de 2017, en la que Theresa May afirmó que sería capaz de destruir el Partido de la Independencia de Reino Unido, de Farage, simplemente imitándolo.

La presidencia de Donald Trump no es una victoria aislada del populismo. Trump contó con el apoyo de los republicanos y de la élites más conservadoras de Estados Unidos.

Por último, además del plagio, existe la posibilidad de que los propios conservadores de derechas aprueben el populismo. Por ejemplo, el Partido Popular Europeo (PPE), la familia política supranacional integrada por los partidos democristianos y conservadores moderados, ha protegido eficazmente a Viktor Orbán de todas las críticas (incluidas las de la propia Comisión Europea). Orbán ha sido un pionero del ascenso del populismo europeo al poder. Nunca podría haber instaurado su régimen, en cierto modo autoritario, sin el amparo proporcionado por el PPE. Pero de nuevo, no es que los miembros del PPE se hayan vuelto populistas, ni mucho menos. Sin embargo, sus decisiones estratégicas, fundamentalmente encaminadas



a mantener al PPE como el mayor partido en el Parlamento Europeo, han conducido a los conservadores a allanar el camino a los populistas de derechas.

En este contexto vale la pena recordar que en unas elecciones recientes muchos conservadores decidieron no colaborar. Digamos que esa imagen de «oleada imparable» ya había sido cuestionada con el caso de Austria, donde la victoria de Norbert Hofer había sido pronosticada. Muchos políticos conservadores se pronunciaron contra Hofer, particularmente alcaldes y pesos pesados provinciales que gozaban de credibilidad en la Austria rural, en una medida en la que los líderes verdes llegados de Viena no podían aspirar a conseguir. Al contrario de lo que generalmente se piensa, no es inevitable la completa división entre el ámbito rural, más populista, y el ámbito urbano y cosmopolita, comprometido con el liberalismo.

«LO MÁS SENSATO ES RESISTIR A LAS ÉLITES QUE COLABORAN CON LOS POPULISTAS, QUE COPIAN SUS IDEAS O QUE DISCULPAN SU CONDUCTA Y LES PROTEGEN DE LAS CRÍTICAS.»

Como sostiene el politólogo Daniel Ziblatt, la consolidación de las democracias europeas ha dependido básicamente del comportamiento de las élites conservadoras. En el período de entreguerras optaron por colaborar con partidos autoritarios e incluso fascistas, y en muchos lugares la democracia acabó muriendo por culpa de dicha colaboración. Tras la guerra, decidieron atenerse a las nuevas reglas de juego democráticas, incluso cuando no beneficiaban sus intereses. No estamos viviendo un momento en absoluto comparable con el período de entreguerras y los populistas actuales no son fascistas, pero la lección que aprendimos sigue siendo la misma: que el destino de democracia está en manos de las élites establecidas, tanto como de los insurgentes. Como ha apuntado Larry Bartels, uno de los investigadores más destacados de la política estadounidense, es más que dudoso creer en un aumento (y mucho más lo es hablar de «tsunami») del populismo de derechas; por el contrario, lo que sí es demostrable es que tanto los empresarios como los emprendedores recién llegados, han decidido a lo largo del tiempo calmar o, movilizar y explotar dichos sentimientos.⁴ Es importante no obsesionarse con los populistas aislados (para sobrevalorarlos o para subestimarlos). Lo más sensato es resistir a las élites que colaboran con los populistas, que copian sus ideas o que disculpan su conducta y les protegen de las críticas.

El populismo en el poder

Espero que haya quedado suficientemente claro que no insinúo en modo alguno que el populismo no sea un problema real y que no represente una amenaza para la democracia. Podría parecer que lo expuesto hasta ahora se resume en que los

populistas viven en un mundo de fantasía política que no puede ser llevado a la práctica. Muchos observadores liberales opinan que los populistas solo saben vender recetas simplistas que rápidamente se revelarán como impracticables o, incluso, tienen miedo a ganar porque, una vez en el poder, no iban a tener ni la menor idea de qué hacer (impresión confirmada por la «espantada» de Nigel Farage de la vida política después del referéndum). La opinión generalizada afirma que los partidos populistas son partidos de protesta y que la protesta no sirve para gobernar porque, lógicamente, uno no puede protestar contra sí mismo; la política «antipolítica» no puede generar políticas reales. Más aún, si los populistas utilizan la consabida retórica anti-elitista, dejarán de ser populistas cuando estén en el poder y se convertirán en parte de la élite.

La idea de que los populistas que lleguen al poder se verán abocados a fallar estrepitosamente, a no ser que se moderen de una manera u otra, parece reconfortante. Pero es otra ilusión. Por una parte, que protesten necesariamente contra las élites no significa que cuando estén en el gobierno se vuelvan contra sí mismos. De todos los fracasos de un gobierno populista se puede seguir culpando a las élites, que seguirán actuando entre bambalinas y manejando los hilos, ya sea dentro del país o desde el extranjero (y en este punto volvemos a encontrar la nada casual conexión entre populismo y teorías conspiratorias). Muchos populistas vencedores siguen comportándose como víctimas después de haber ganado; las mayorías pueden actuar como minorías maltratadas. Hugo Chávez, por ejemplo, se refería siempre a oscuras maquinaciones de la oposición —esto es, la «oligarquía» oficialmente depuesta— o a Estados Unidos, que pretendía sabotear su «socialismo del siglo XXI». El presidente turco Erdogan se presentaba a sí mismo como un David ante Goliat; siempre sería un luchador callejero del barrio estambulí de Kasimpasa, enfrentándose valientemente al antiguo régimen kemalista de la república turca mucho después de empezar a concentrar en sus manos todo el poder económico, político y cultural del país. Un efecto secundario del golpe militar del verano de 2016 fue el refuerzo de su imagen como luchador del pueblo contra las fuerzas visibles e invisibles del mal —los militares y la oscura red de Gülen— en contraste con la imagen de sultán recluido en su pomposo palacio presidencial que había estado mostrando en los años anteriores.

Todavía más inquietante resulta el hecho de que, cuando los populistas consiguen mayorías suficientes en el parlamento, intenten construir regímenes que parezcan democracias, pero perfectamente diseñados para perpetuar el poder de los populistas (como los supuestos únicos representantes moralmente legítimos del pueblo real). Lo primero que hacen es colonizar u «ocupar» el Estado. Pensemos en Hungría y en Polonia como ejemplos recientes. Uno de los primeros cambios que introdujeron Orbán y su partido tras llegar al poder en 2010 fue transformar la Ley de Servicio Civil para poder colocar a sus leales en puestos burocráticos que no deberían ser partidistas. Tanto el Fidesz en Hungría como el Partido de la Ley y la Justicia (PIS), de Jaroslaw Kaczynski en Polonia, se movieron deprisa para eliminar la independencia del poder judicial. Captaron a los líderes de los medios de comunicación y se decretó que los periodistas no podían informar de manera

que los intereses de la nación (o sea, del partido en el gobierno) se vieran perjudicados. Y todo el que criticara estas medidas era vilipendiado y tildado de colaboracionista de las élites corruptas o, directamente, de traidor (Kaczynski hablaba de «polacos de la peor calaña» que «llevan la traición en su ADN»). El resultado final es que los partidos populistas crean un Estado a su gusto y a su imagen y semejanza; un estado PIS y un estado Fidesz, si se quiere.

Esta estrategia para consolidar o incluso perpetuar el poder no es exclusiva del populismo, evidentemente. Lo que los populistas tienen de especial es que ocupan y colonizan abiertamente las estructuras del Estado: ¿por qué no lo iban a hacer, preguntan indignados, si es el pueblo real y soberano el que toma posesión del Estado a través de sus únicos representantes legítimos?; ¿por qué no se va a purgar a aquellos que están obstruyendo la genuina voluntad popular en nombre de la neutralidad del servicio civil?

De igual modo, los populistas entran en el juego de los intercambios de favores, materiales o no, para asegurarse el apoyo de las masas, algo que los politólogos califican de «clientelismo de masas». Nuevamente, esta conducta no es exclusiva de los populistas; infinidad de partidos premian a sus clientes por escoger su papeleta cuando van a votar, llegando tan lejos como el superpopulista austríaco Jörg Haider, que fue regalando, literalmente, billetes de cien euros a «su gente», por las calles de Carintia.

Cabe insistir en que lo que hace distintos a los populistas es que participan en tales prácticas descaradamente, sin esconderse lo más mínimo y con justificaciones morales; después de todo, solo algunas personas pueden ser consideradas «el pueblo real» y merecen el apoyo de lo que, en derecho, es «su propio Estado». De no ser así, sería muy difícil entender que Erdogan haya sobrevivido políticamente a la tremenda corrupción de su régimen, que empezó a destaparse en 2013.

Algunos han tenido la suerte de conseguir los recursos suficientes para construir clases enteras que apoyen a sus regímenes. Hugo Chávez se benefició del auge del petróleo. En Europa central y oriental se han utilizado los fondos de la Unión Europea como algunos países árabes autoritarios han sabido usar el petróleo. De este modo, los estados utilizan estratégicamente las subvenciones para comprar apoyos o, al menos, para mantener tranquilo al pueblo. Incluso pueden llegar a crear estratos o clases sociales que se ajusten a su imagen de «pueblo real», los cuales serán decididamente leales al régimen. Erdogan sigue disfrutando del inquebrantable respaldo de la clase media anatolia surgida con el auge económico al amparo del AK Parti, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (una clase que encarna la imagen del turco ideal, devoto, opuesto a las élites occidentales seculares y a las minorías como la kurda).

El Fidesz húngaro ha forjado un nuevo modelo que combina el éxito económico, los valores familiares (tener hijos da beneficios) y la devoción religiosa en una amalgama que casa perfectamente con la visión de Orbán de una cultura «nacionalcristiana».

Queda aún un elemento de la política populista —que casi podríamos llamar «el arte de gobernar» populista— que debe entenderse con claridad. Los populistas que llegan al poder tienden a ser duros (como mínimo) con las organizaciones no gubernamentales que los critican. Bien es verdad, nuevamente, que hostigar a la sociedad civil no es exclusivo del populismo, pero sí que lo es la visión que tienen de la oposición social como un desafío simbólico; cuando es la sociedad civil la que los ataca, ven amenazada su reivindicación de ser los únicos representantes morales del pueblo. Sería una paradoja intolerable y necesitan desesperadamente argumentar (y supuestamente «demostrar») que la sociedad civil no tiene nada de «civil», y que cualquiera que se les oponga no tiene nada que ver con el «pueblo real». Así, tanto Putin como Orbán y el PIS polaco han hecho enormes esfuerzos para desacreditar a las ONG acusándolas de estar controladas por potencias extranjeras (declarándolas legalmente como «agentes extranjeros») y llamando a sus miembros «activistas a sueldo». Algo así hizo Trump cuando millones de personas se manifestaron contra su prohibición de entrada en Estados Unidos de los musulmanes.

Manifestación pro gubernamental en apoyo del presidente venezolano Nicolás Maduro. Incluso en el poder, el «chavismo» culpa del estado de las cosas a maquinaciones de la oligarquía depuesta o al imperialismo estadounidense.

En todo caso, el populismo utiliza la protesta para fomentar enfrentamientos culturales de los que obtiene ventajas: apuntan con el dedo a una supuesta minoría de manifestantes y afirman que no forman parte del «pueblo real»; pretenden que están traicionando activamente a la patria y recuerdan que solo los que están a su favor son gente justa, decente y real. No estoy afirmando que la gente debería abstenerse de salir a las calles a protestar, por supuesto, sino que hay que ser conscientes de lo rápidos y sofisticados que resultan los populistas a la hora de incorporar la protesta a su propio discurso para justificar sus políticas identitarias excluyentes.



En cierto modo, los populistas pretenden hacer realidad ese pueblo unido en cuyo nombre hablan: silenciando o desacreditando a todo el que rechace que Putin u Orban les representen (y a veces, ofreciendo incentivos a sus detractores para que se vayan del país), y se separen de la mayoría «pura» (en los últimos años, 500.000 personas han abandonado Hungría). Así, un gobierno del PIS o un gobierno del Fidesz no solo crean un Estado PIS o un Estado del Fidesz; sino que crean un pueblo PIS o un pueblo Fidesz. En otras palabras, los populistas crean el pueblo homogéneo en cuyo nombre han venido hablando. Consiguen que se cumpla su propia profecía.

«LOS POPULISTAS NO SON MÁS QUE ÉLITES DIFERENTES QUE INTENTAN ACCEDER AL PODER CON LA AYUDA DE UNA FANTASÍA COLECTIVA.»

Pero en todo esto hay una trágica ironía: los populistas incurren en los mismos pecados que antes habían cometido las élites del sistema y acaban excluyendo a los que no interesan y usurpando el Estado. Todo lo malo que ha estado haciendo el sistema es justo lo que los populistas en el poder acabarán haciendo. La diferencia estriba en que el sistema corrupto era consciente de actuar mal en beneficio propio y escondía su corrupción, mientras que los populistas siempre encuentran la justificación moral adecuada que les permite ir con la cabeza muy alta y dormir con la conciencia tranquila. Es realmente ilusorio creer que el populismo pueda mejorar la democracia. Los populistas no son más que élites diferentes que intentan acceder al poder con la ayuda de una fantasía colectiva de pureza política.

Las causas

La idea de la pureza en política puede ser una fantasía, pero el éxito de los populistas ha sido muy real (basta con recordar el resultado de las elecciones de 2017 en Alemania que hasta ahora presumía de ser «inmune» al populismo). Ese éxito no solo se apoya en ficciones y teorías conspirativas. Aunque preguntarse por las causas que subyacen al éxito del populismo es urgente, las respuestas que se ofrecen son asombrosamente simplistas. Por ejemplo, sorprende que los observadores liberales afirmen por un lado que los populistas son todos unos mentirosos o al menos unos grandes simplificadores, pero, al mismo tiempo, estos mismos analistas se crean las explicaciones que dan los populistas cuando se trata de justificar su victoria. Si los populistas claman que «todo va de los perdedores de la globalización», todo el mundo lo repite sin cuestionarlo. Parece que quisiéramos una vida fácil, así que es más cómodo repetir explicaciones de una línea que lidiar con el complejo fenómeno del populismo. Resulta tentador pensar que, dado que el populismo es muy parecido en todas partes (con su pretensión del monopolio moral de la representación), las causas subyacentes también deben de ser muy parecidas. Pero la realidad demuestra que no es para nada así.

¿Y cómo se puede pensar en las causas del populismo de una manera más compleja? Para empezar, hay que reconocer que el contexto de cada nación es importante y hay que tenerlo en cuenta. Las razones que conducen a la aparición de un Haider no son las mismas que conducen a un éxito de Le Pen y, a su vez, no son las mismas que las del inesperado triunfo de Trump. Muchos estudios coinciden en reconocer que los problemas económicos parecen desempeñar un papel preponderante, pero no es lo único; el populismo no puede reducirse a una especie de «socialismo de los tontos», la respuesta rápida: "tiene que ver con el liberalismo", es demasiado rápida. En lugar de echar mano rápidamente de esas explicaciones monocausales, deberíamos detenernos en la reivindicación central de los populistas: que son los únicos representantes legítimos del «pueblo real», de la gente decente; el resto es élite corrupta. De ahí se sigue que es útil para los populistas conjurar la imagen de una élite homogénea y egoísta. Esto es más fácil en unos contextos que en otros (es más fácil en Francia que en Alemania, por ejemplo, sin que ello signifique que Alemania sea mejor o más justa que Francia).

Segundo, al populismo puede venirle bien que un país esté ya experimentando algún tipo de «guerra de culturas». Los populistas harán todo lo que esté en sus manos para hacer creer que sus partidarios —y solo ellos— son el pueblo real, los auténticos, y que «los otros» no son verdaderos ciudadanos o que, son fundamentalmente inmorales. Esto no implica que allí donde haya diferencias culturales o diversidad en general se geste el populismo; los conflictos derivados de la pluralidad pueden abordarse sin embarcarse en políticas identitarias excluyentes. Sería un auténtico error creer que hablar «del pueblo» es automáticamente pernicioso porque fomenta la aparición del populismo; muy al contrario, ofrecer una visión clara de «quién es el pueblo», en qué quiere convertirse o, en definitiva, señalar en qué dirección debe moverse un país en su conjunto, es una parte fundamental del trabajo de todo político profesional. Y esa visión ha de entenderse como «llamadas a seguir una visión» o si se prefiere como hipótesis factibles. Los populistas, asumen que solo ellos conocen el verdadero sentir de la gente, y que solo hay un camino correcto. El primer ministro indio Narendra Modi dijo que él era «simplemente el medio» y que «se hace eco de la voz del pueblo». Por supuesto, esto no es ofrecer a los ciudadanos visiones diferentes de principios diversos para vivir en armonía en el futuro; lo que hacen es pretender que la gente ya ha hablado.

En tercer lugar, y a riesgo de parecer obvio: es necesario que haya agravios. Los populistas no tendrían su discurso de oposición frontal a las élites si no hubiera nada de lo que quejarse. No obstante, como he insinuado más arriba, es un error pensar que estas quejas son objetivas: a quién se culpe, por qué, cómo y cuándo dependerá de los políticos, de la sociedad civil, de la familia, etcétera, dependerá de la respuesta del gobierno a las quejas populistas. Sería absurdo pensar que Turquía era una democracia en una sociedad pluralista y maravillosa hasta que llegó Erdogan y lo destruyó todo. Sería ridículo pensar que Venezuela era una democracia fabulosamente igualitaria hasta que Chávez y Maduro la arruinaron. Todos ellos podrían haber llevado a sus países en una dirección autoritaria de cualquier caso. No obstante, no podemos perder de vista la posibilidad de una

escalada en la retórica populista (y de sus prácticas), porque determinadas preocupaciones totalmente legítimas fueron desoídas por el poder en democracias liberales.

En cuarto lugar está lo que podríamos llamar la «tecnocracia liberal» que fortalece el populismo. Los tecnócratas —y esto puede ser una caracterización dura pero no una absoluta caricatura— sostienen que solo hay una solución lógica para un desafío político específico (recordemos la postura del gobierno alemán durante la crisis del euro). Tanto ciudadanos como parlamentos no pueden hacer otra cosa que aceptar la solución propuesta porque no hay más debate razonable. Todo el que se oponga a dichas políticas se revela como irracional. Y con esta postura se les allana el camino a los populistas para que pregunten: «¿Y aquí dónde están las personas, los ciudadanos? ¿Cómo puede haber una auténtica democracia sin opciones entre las que elegir?». Lo cierto es que los populistas no son en realidad partidarios de una mayor participación de los ciudadanos de a pie en las decisiones de Estado. Y si los ciudadanos apoyan a los populistas, los tecnócratas se sienten justificados para tomar tantas decisiones como sea posible, tan lejos de la gente. Y así se entra en un círculo vicioso.

Lo que parece ser menos obvio, porque tecnocracia y populismo parecen extremos opuestos, es que ambos compartan una característica importante: son formas de antipluralismo. Los tecnócratas entienden que solo hay una solución política correcta; los populistas afirman que solo hay una verdadera voluntad del pueblo soberano (al que ellos representan en exclusiva). Quien no esté de acuerdo con ellos es un traidor al pueblo. A ninguno de los dos le interesa el intercambio de opiniones, no hay espacio para el debate y al final, no hay necesidad. En pocas palabras: ambos son un peligro para la democracia, y el hecho de que se retroalimenten es todavía más peligroso.

Finalmente quisiera, si se me permite, señalar un conflicto básico de nuestro tiempo que no es en sí una causa del populismo pero que favorece el papel de los populistas en la política democrática. El momento actual se caracteriza por el enfrentamiento entre dos bandos: por un lado, los que quieren más apertura (que toma de los tópicos sobre la globalización económica y cultural pero puede también simplificar el reconocimiento de las minorías étnicas, sexuales y religiosas en el propio país). En otras palabras, no tiene que ser necesariamente un proyecto internacional, ni han de tener distinción entre globalismo y localismo.⁵ Y por otro, los que quieren más cierre. En este escenario, los populistas tienen siempre sus respuestas preparadas; en definitiva, hacen políticas de identidad y tienen claro quiénes pueden considerarse ciudadanos de verdad y quiénes no. No es que tengan razón, pero al menos tienen algo que decir al respecto.

Contra estrategias

Lo que ahora tenemos más claro es lo que no funciona a la hora de lidiar con el populismo. En un extremo tenemos una de las estrategias que no funcionan, que

es la exclusión absoluta de los populistas, sobre todo si se trata de una excusión moral como la utilizada por estos últimos («Nosotros, los buenos, los demócratas, ni siquiera aparecemos en la tele con los populistas, ni hablamos con ellos», o bien «Cada vez que los populistas hacen una pregunta en el parlamento, nos levantamos y nos vamos», etc.). Este es un error tanto estratégico como normativo, destinado a fracasar desde el momento en que confirma todo lo que los populistas les dicen a sus partidarios: que el sistema corrupto se une contra ellos para conservar sus inmerecidos privilegios; todos a una, como Fuenteovejuna. Además, desde el punto de vista de la teoría democrática, cuando unos partidos están representados en el parlamento, excluir a uno de ellos equivale a excluir a todos los ciudadanos que votaron por él. Como ya he puesto de manifiesto anteriormente, no todos los votantes de partidos populistas son personas comprometidas, que no aceptan las reglas de juego democráticas.

«TECNOCRACIA Y POPULISMO SON EXTREMOS OPUESTOS, AMBOS COMPARTEN UNA CARACTERÍSTICA IMPORTANTE: SON FORMAS DE ANTIPLURALISMO.»

La estrategia opuesta es: en vez de excluir, o al menos ignorar, a los populistas, empezar a correr tras ellos. Pero por mucho que corras no los coges. Todo lo que hagas o digas, por ejemplo en relación con la inmigración, como político convencional nunca satisfará al Partido Popular Danés o a Alternativa para Alemania. Pero en este caso el problema no es solamente estratégico o instrumental, sino que se mezclan temas normativos; copiar a los populistas es una estrategia que se apoya en una visión errónea de la representación democrática, que ya hemos apuntado. Es asumir que los populistas se conforman creyendo que por fin han revelado las preferencias políticas verdaderas de muchos ciudadanos, sin darse cuenta de que la representación es un proceso dinámico y continuo. Volvamos a Trump: bastantes europeos han podido sentir una cierta *Schadenfreude* (o «alegría por el mal ajeno») cuando el 8 de noviembre se confirmó oficialmente una sospecha que pendía desde hace tiempo sobre Estados Unidos: ¡que es un país con 63 millones de racistas! Algunos sociólogos se apresuraron a comentar que, aunque hay allí muchísimos racistas, el racismo no puede ser la explicación fundamental de todo el voto a Trump (al menos algunos ciudadanos votaron a Trump después de haber votado a Obama dos veces).

No hay alternativa a involucrarse con los populistas. Pero una cosa es hablar con ellos y otra, hablar como ellos. No es necesario adoptar sus descripciones de los retos políticos, económicos o sociales para ser creíbles en un debate con ellos. También es importante reconocer que hay una serie de posiciones políticas, que a los liberales les resultan problemáticas, que son perfectamente lícitas en una democracia y que deben ser rebatidas con los mejores argumentos y pruebas disponibles, no en la acusación polémica de populismo. No obstante, cuando los populistas se revelan como tales y niegan la legitimidad de sus oponentes y la de

una parte de la ciudadanía, cuando cuestionan los fundamentos de las reglas de juego democrático, es esencial que los otros políticos tracen una línea clara. Por ejemplo, si un populista dice que Angela Merkel tiene un plan «secreto» para reemplazar al *Volk* (el «pueblo») alemán por sirios, es imperativo que se hagan oír voces no populistas para advertir de que, con semejantes afirmaciones, se está saliendo del terreno democrático y legítimo. Obviamente, el populista no se echará para atrás, ni se disculpará por lanzar al aire teorías conspirativas que sugieren que la democracia alemana es pura fachada; pero la esperanza inspirada por la teoría democrática —aunque puede resultar una esperanza piadosa— es que los ciudadanos no se adhieran al populismo. Puede que concluyan que comparten algunas posiciones con ellos, pero sentirán que no están en el mismo barco ni creen teorías de la conspiración.

¿Y cuál es el papel de los condescendentemente llamados «ciudadanos de a pie»? Recordemos la primera vez en que «la oleada» no fue capaz de barrer al «sistema», en Austria. La campaña del candidato ganador movilizó a muchos ciudadanos, que dejaron claro que no estaban totalmente de acuerdo con el programa del Partido Verde; en lo que sí lo estaban era en que el candidato ultraderechista constituía una auténtica amenaza para la democracia austríaca. Y lo que es más importante, la campaña alentó a los ciudadanos a entablar conversaciones con gente con la que nunca hubiesen hablado, sin contar con que se contribuyó a que no surgieran las acusaciones de «fascista» o «racista» los primeros minutos de la conversación. Una vez más podríamos hablar de vanas esperanzas por parte de los teóricos democráticos; las investigaciones sociales afirman que «la hipótesis de contacto» es demasiado buena para ser cierta, es decir, que no es suficiente con conocer a gente muy diferente de nosotros para fomentar la tolerancia y el respeto a la diversidad. Cualquier cosa que pueda abrirse paso, a través de la fantasía populista de un pueblo completamente homogéneo y unido, es de ayuda. Al contrario de lo que a los liberales les gusta creer, no todo lo que dicen los populistas es necesariamente demagógico y falso, aunque ciertamente se presenten apoyados en una gran mentira: que hay un pueblo singular y auténtico del que ellos son los únicos representantes. Para combatir al populismo, es necesario comprender y socavar ese pilar fundamental del discurso populista.

Notas

- 1 Este artículo se basa en un capítulo de mi libro *What is Populism?* (Londres, Penguin, 2017) y en el artículo «Trump, Erdoğan, Farage. The Attractions of Populism for Politicians, the Dangers for Democracy», aparecido en *The Guardian*, 2 de septiembre de 2016.
- 2 En este texto me centraré en el populismo de derecha, aunque con ello no estoy sugiriendo que no exista el populismo de izquierda. Los populistas de izquierda también reclaman el monopolio moral de representar al pueblo; no obstante, el contenido con el que tratan de avalar dicha afirmación es extraído de fuentes izquierdistas. Los ejemplos más obvios de nuestro tiempo son Chávez y Maduro.
- 3 Lo cual no implica que toda política identitaria tenga que ser excluyente, y mucho menos populista.
- 4 Larry Bartels, «The Wave of Right-Wing Populist Sentiment is a Myth», *Washington Post*, 21 de junio de 2017, <www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2017/06/21/the-wave-of-right-wing-populist-sentiment-is-a-myth/> (última consulta: 24 de septiembre de 2017).
- 5 A pesar de que recientemente se ha debatido mucho sobre esta división, es importante distinguir entre las distintas formas de «apertura»; estar a favor del libre comercio no es lo mismo que estar a favor de una frontera abierta, y tampoco es lo mismo que fomentar la apertura de miras de los ciudadanos frente a las minorías afincadas en el país y en el extranjero. Además, la «apertura» no es un valor político de primer orden, como la libertad o la igualdad.

>EL MALESTAR EN LA POLÍTICA



Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



José Luis Pardo es Catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Traductor al castellano de autores de filosofía contemporánea, es autor, entre otros, de los libros: *La Banalidad* (Ed. Anagrama, 2004, 2ª), *Sobre los espacios* (Ed. del Serbal, 1991), *La intimidación* (Ed. Pre-textos, 2004, 2ª), *La regla del juego* (Galaxia Gutenberg, 2004, Premio Nacional de Ensayo), *Esto no es música* (Galaxia Gutenberg, 2007), *Nunca fue tan hermosa la Basura* (Galaxia Gutenberg, 2010), *Estética de lo peor. De las ventajas e inconvenientes del arte para la vida* (Pasos Perdidos, 2011), *El cuerpo sin órganos. Presentación de Gilles Deleuze* (Pretextos, 2011), *Políticas de la intimidad* (Escolar y Mayo, 2012), y *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas* (Barcelona, Anagrama, 2016), Premio de Ensayo Anagrama.

>EL MALESTAR EN LA POLÍTICA

En el ambiente de malestar político creado en las democracias avanzadas por la reciente crisis económica se confunden dos fenómenos. Por una parte, el descontento de las poblaciones más afectadas por el empeoramiento de la situación social, que es perfectamente comprensible y justificado; y, por otra parte, la conversión de ese descontento en un malestar político o, más bien, en un malestar *en y con* la política. En este artículo se pasa revista a los orígenes y a la naturaleza de ese segundo fenómeno, que son mucho más antiguos que la crisis de 2008 y que hunden sus raíces en un viejo rencor hacia la democracia social de derecho que ha conseguido reactualizarse en una «política del malestar» que cuestionan los fundamentos de la democracia social de derecho.

Las reflexiones que a continuación encontrará el lector se sitúan en el terreno de la filosofía. Por suerte o por desgracia, la filosofía no es un arsenal de soluciones sino una serie de procedimientos para plantear, perfilar y determinar *conceptualmente* los problemas. En mi caso, la investigación que he venido desarrollando durante las tres últimas décadas, tal y como ahora mismo la entiendo, se articula en torno a un problema que puede expresarse aproximadamente con el término «malestar». Pero este término es, naturalmente, demasiado ambiguo e inespecífico como para que a través de él pueda vislumbrarse con claridad un concepto. Con todo, ha sido elegido por tres motivos principales. El primero, quizá el más evidente, es la referencia negativa al proyecto político que suele designarse como «Estado de bienestar». Cualquiera que sea la interpretación del malestar que intento diagnosticar, es obvio que se relaciona polémicamente con el Estado de bienestar, y por tanto exigirá una clarificación con respecto a dicho proyecto y a sus avatares actuales. El segundo motivo es la evocación de la obra de Freud *El malestar en la cultura*, de 1930. Pero el paralelismo en este caso es solo ocasional puesto que, además de que no practico la metodología psicoanalítica, el ámbito de mi investigación no es la *Kultur* en su sentido antropológico, sino que se refiere a la esfera de la cultura en las sociedades industriales o postindustriales, y al modo en que una agitación de origen político se trasladó a esa esfera dando lugar a una «cultura del malestar» que parece rechazar los instrumentos característicos de la Ilustración para dotar de sentido a la vida de los individuos. El tercer motivo es, con mucho, el más importante de todos, y concierne a la vaguedad misma que encierra el vocablo «malestar»: considerado desde una perspectiva nosográfica, el malestar designa un tipo de trastorno que, más por su indefinición que por su levedad, la medicina clínica es

incapaz de tratar, afrontar o curar, precisamente por la indeterminación de sus causas y la variedad de sus síntomas, que no parecen obedecer a ningún síndrome concreto. Análogamente, el malestar social al que dedicaré esta reflexión se ha revelado *resistente* a las instituciones de las que dispone el Estado de bienestar para encauzar políticamente los conflictos, entre otras cosas porque se manifiesta como malestar *con* y *en* esas mismas instituciones, y en esa condición se ha reinscrito en la esfera pública consolidándose en ciertas «políticas del malestar».

Lo obvio y lo no-obvio del malestar contemporáneo

Antes que nada, una puntualización. Hay un tipo de malestar del que aquí no se hará cuestión: el descontento de las poblaciones que se han visto empobrecidas de hecho o de derecho debido a los sucesivos ajustes presupuestarios mediante los que algunas de las democracias más avanzadas han intentado hacer frente a la crisis de la deuda pública que estalló en 2008, a menudo avivado por los escándalos de «corrupción política» que han salido a la luz en ese mismo período; sentirse incómodo ante la inmoralidad de los cargos públicos o ante la injusticia, la pobreza o la desigualdad no es nada sorprendente, sino una reacción perfectamente natural y socialmente sana. Lo que sí requiere alguna reflexión es la conversión de esa reacción en malestar político o, mejor dicho, en malestar *con* y *en* la política. Hay un salto, que no es evidente ni inmediato, entre —digámoslo con esta imagen— experimentar indignación ante el empeoramiento de las condiciones sociales y estar dispuesto a otorgar el voto a un partido xenófobo o que cuestiona los marcos jurídicos de la democracia representativa, y ese «salto» es precisamente lo que me propongo analizar.

«SE PUEDE COMPRENDER QUE, ANTE LA SITUACIÓN CREADA POR LA CRISIS ECONÓMICA, HAYAN NACIDO CIERTAS ORGANIZACIONES DISPUESTAS A CAPITALIZAR POLÍTICAMENTE ESE MALESTAR.»

Se puede comprender que, ante la situación creada por la crisis económica, hayan nacido (o renacido) ciertas organizaciones dispuestas a capitalizar políticamente ese malestar. En muchas ocasiones, estas organizaciones se han autodenominado «instrumentales», queriendo significar con ello que no tenían un ideario propio determinable en el espectro ideológico conocido —o que si lo tenían estaban dispuestas a aparcarlo—, y que se ofrecían servicialmente al pueblo como instrumentos más o menos neutros («ni de izquierdas ni de derechas» en el sentido habitual) para articular políticamente ese malestar (aunque generalmente hayan sido instrumentales en un sentido más tosco, es decir, que han intentado instrumentalizar el malestar para obtener así rendimientos electorales). Pero estas organizaciones no habrían alcanzado el éxito que han tenido si no hubiera calado

entre parte de la población la idea de que los partidos políticos existentes (en algunos casos con tradición centenaria) eran incapaces de servir de cauce a ese malestar. Y esta es una idea que dista de ser espontánea, porque se trata justamente de los partidos de centroizquierda y de centroderecha que construyeron el Estado de bienestar.

Si estos «partidos del bienestar» aparecieron de pronto, a los ojos de muchos votantes, como residuos de una «vieja política» que había que superar, y si contra ellos pronunciaron esos votantes la consigna «no nos representan», no fue porque hubieran incumplido las reglas de la democracia representativa (pues, a estos efectos, claro está que eran sus representantes legítimos, como lo habían sido mayoritariamente durante años), sino porque las organizaciones presuntamente «instrumentales» y «neutrales» —los «partidos del malestar»— sí que abrigaban una ideología muy bien perfilada, al menos en su dimensión negativa, a saber, la de que los partidos de centroizquierda y de centroderecha que se habían sucedido en el gobierno desde la Segunda Guerra Mundial (o, en España, desde la restauración democrática de 1978) eran precisamente los *culpables* del malestar. Sin embargo, este ideologema no se proponía a los súbditos de una dictadura o a las víctimas de un gobierno tiránico, sino a los ciudadanos de las democracias más consolidadas del mundo, de manera que, si aceptaban ese relato, al haber sido esos ciudadanos quienes habían sostenido en el poder a aquellos «culpables»

Tenderetes callejeros llenos de silbatos y otros objetos para las protestas contra la decisión gubernamental de aplicar medidas de austeridad en Grecia.



otorgándoles su voto, tendrían que aceptar también alguna responsabilidad por su propio malestar, lo cual habría resultado, como a veces se dice, altamente impopular y difícilmente habría alcanzado un eco relevante. ¿Cómo es posible, entonces, que un sector de la población (supongamos para facilitar las cosas que es ese sector que ha visto de pronto empeorar sus condiciones laborales o económicas y sus expectativas de futuro) culpe de ese empeoramiento a los partidos políticos a los que había venido apoyando durante décadas, sin aceptar la menor responsabilidad por ese apoyo ni, por tanto, por ese empeoramiento de la situación?

La inferencia desde el «yo estoy mal» (o «estoy peor») al «la política tiene la culpa de mi malestar» necesita un término medio, a saber, la quiebra del vínculo de representación entre los ciudadanos y los cargos electos (simbolizada, en el terreno propagandístico, por el citado «no nos representan»). En otras palabras, esta transferencia de responsabilidad hacia «los políticos» (y la consiguiente sensación de inocencia de los pueblos que les votaron), que hace que el comprensible enfado se convierta en enfrentamiento y división social y que una parte del electorado sienta que aquellos que hasta hace poco eran precisamente «los suyos» ahora son «sus contrarios», que presenta a los mandatarios públicos ya no como representantes de los electores sino más bien como sus depredadores, como los «instrumentos» de una clase privilegiada que se ha propuesto privar de sus derechos a la ciudadanía y, por tanto, como los enemigos del pueblo, no se puede explicar únicamente como resultado del deterioro de las condiciones materiales o del crecimiento de la desigualdad social, entre otras cosas porque, aunque las tasas de desigualdad son a veces tan acusadas como las de principios del siglo pasado, en los países concernidos existen aún, a pesar de todos sus defectos, unas estructuras de protección social que ninguna otra sociedad ha conocido. Si el descontento no ha podido sustanciarse del modo en que lo había venido haciendo desde 1945, es decir, mediante la alternancia en el gobierno de conservadores y socialdemócratas, sino que se ha convertido en la aparente exigencia de *otra alternativa*, es porque se ha producido una desconfianza que no es el descrédito de *una* política o de *unos* políticos, sino desconfianza hacia *la* política, hacia lo que hemos venido considerando «política» en las democracias avanzadas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Y como lo que hemos venido considerando «política» en ese contexto es justamente el Estado social de derecho, el malestar que así emerge (aunque se revista de la retórica de la defensa del derecho y de los servicios públicos universales) es en realidad malestar *en* y *con* el Estado de bienestar (que ahora se interpreta como un engaño o una ilusión óptica).

Se trata, pues, de un tipo de «desafección política» que va mucho más allá de los desengaños provocados por los escándalos de enriquecimiento ilícito de cargos públicos o de financiación irregular de partidos políticos, puesto que implica una desconfianza de fondo hacia la democracia representativa. La implica necesariamente, ya que presupone que estas instituciones han constituido, durante más de medio siglo, un simple «disfraz» para esa dominación de los privilegiados sobre el pueblo

que la crisis económica se habría limitado a descubrir en su faceta más descarnada, una dominación que se habría ejercido por medios que superan los controles jurídicos e institucionales de las democracias parlamentarias, y que por tanto solo podría combatirse por medios que igualmente vayan más allá de ese marco político (de ahí la necesidad de una «nueva política»). Huelga decir, claro está, que el éxito de un relato tan poco verosímil —piénsese que, por ejemplo, en el caso español, comporta aceptar que existe una continuidad política objetiva entre el franquismo y el «régimen del 78»— habría sido imposible sin esta otra circunstancia coadyuvante: la torpeza (o quizá el exceso de astucia y de tacticismo) de aquellos de los que he llamado «partidos del bienestar» que, acostumbrados a turnarse en el poder con poco esfuerzo y menos discurso, se habían ido convirtiendo en buena medida en maquinarias electorales que, cuando se vieron amenazadas por una competencia inesperada, reaccionaron tarde y mal, primero subestimando despectivamente a sus rivales y luego intentando mimetizar sus consignas para frenar la fuga de simpatizantes, lo que aumentó en su propia contra la credibilidad de los «partidos del malestar». Y todo ello nos inclina a un cierto «pesimismo antropológico»: el que hoy hablemos de «desafección política» parece presuponer que, antes de la crisis económica, la ciudadanía se sentía vinculada al debate político e interesada en la participación, pero cuando observamos lo rápidamente que la (aparente) confianza en la democracia social de derecho se ha convertido en *détestation* de la «clase

Activistas en las protestas callejeras contra el aumento escandaloso de los casos de corrupción en São Paulo, Brasil, en el 2016.



política», ¿no nos induce ello mismo a pensar cuánto de clientelismo había en esa presunta confianza?

Sería un error, en cualquier caso, creer que este malestar es un fenómeno radicalmente nuevo y asociado exclusivamente a la reciente crisis económica; sus raíces son mucho más profundas y su historia, mucho más larga.

Pacto social y política moderna

Aunque a menudo lo olvidamos, el Estado de derecho, que es el que confiere aún en nuestro entorno su significado moderno al término «política», nació en el siglo XVII como resultado de un desastre: las interminables guerras de religión que asolaron Europa durante más de cien años. Para poner fin a ese temible «malestar», se instauró una forma de legitimidad política insólita —la que conocemos bajo el nombre de «contrato social»—, pensada para pacificar esos conflictos identitarios e inaugurar un nuevo marco de convivencia que afianzaron las sucesivas revoluciones ilustradas. La «escena originaria» del contrato social, que contiene los fundamentos de derecho de ese hecho histórico que es el Estado liberal como forma de organización social, nos presenta a unos hombres liberados de todo vínculo anterior (familiar, social, militar, religioso, cultural, étnico, jerárquico o de lealtad), que se reúnen en asamblea para acordar en condiciones de igualdad, sin ninguna coacción exterior, la ley de acuerdo con la cual aceptan vivir juntos. En esa escena, Hobbes, por así decirlo, puso «al principio» (como si fuese una realidad existente) lo que solo podría estar «al final» (si la sociedad tiene éxito y como su logro más exquisito): un grupo de *individuos*. No podía ser de otro modo, porque como ya hemos dicho se trataba (en la Europa de los siglos XVI y XVII) de alcanzar un acuerdo de paz que pusiera fin a unas devastadoras y enconadas guerras de religión que parecían inacabables justamente porque partían de la irreductibilidad de las identidades culturales antagónicas (lo que las condenaba a dirimir su superioridad en el campo de batalla); el pacto social exige como condición de convivencia que solo *después* de haber sido firmado los hombres adquirirán una determinada identidad (padres de familia, fogoneros, bretones, protestantes, sacerdotes o soldados), y solo a condición de que sea compatible con la identidad privada de cada uno del resto de los firmantes, razón por la cual el derecho público es siempre condición y fundamento del derecho privado. Siempre se ha sabido que esta escena es una «ficción», que no se corresponde con ninguna realidad empírica; pero también se ha sabido siempre que la legitimidad política del Estado de derecho y de las leyes de él emanadas solo puede pensarse *como si* esa ficción hubiera sido (y siguiera siendo) un hecho, otorgando así realidad *jurídica* a lo que carece de realidad *material*, y utilizando ese modelo ideal como el fin al que la legislación debe tender.

Hobbes sabía que, en las sociedades reales, los hombres parten de una determinada identidad (como mínimo, la de la comunidad de linaje a la que pertenecen), pero sometía a esas comunidades a la jurisdicción de una sociedad que hace a sus miembros lo suficientemente libres como para juzgar, llegado el

caso, independientemente de cuál sea su identidad y, por tanto, de cuáles sean sus prejuicios. Esto es lo mismo que hoy pedimos a un ciudadano que forma parte de un jurado popular, a un diputado que forma parte de un parlamento, a un juez que preside un tribunal o a un gobernante elegido en las urnas: que sean capaces de anteponer el interés público a los intereses privados de su comunidad y de su identidad. Y eso es lo que las instituciones educativas características de la Ilustración siempre han pretendido: que los hombres, al entrar en ellas, se desprendan de sus marcas identitarias-comunitarias (no que las traicionen o las eliminen, sino que las relativicen) para poder elevarse a un plano virtualmente universal (en el que se encuentran las artes, las ciencias y la filosofía, que exigen ese plano de universalidad y rechazan las comunidades excluyentes) en el que sean capaces de ponerse en el lugar de cualquier otro a la hora de juzgar, legislar o gobernar.

«LA ASPIRACIÓN A LOS DERECHOS SOCIALES ERA UN MEDIO PARA ALCANZAR UN FIN SUPERIOR: LA ADQUISICIÓN PLENA DE DERECHOS CIVILES Y LIBERTADES PÚBLICAS.»

Durante el siglo XIX, las sociedades liberales experimentaron muy diversas clases de «malestar» y recibieron críticas muy articuladas y merecidas por parte —o en nombre— de aquellos que estaban privados de los derechos y libertades civiles que configuran la condición de ciudadano. Algunos lo estaban *de iure*, independientemente de su situación económica, por el mero hecho de pertenecer a colectivos estigmatizados (es decir, no podían «liberarse» de su identidad y así firmar el pacto); otros debían esa exclusión a su pobreza material, que les impedía *de facto* ejercer esos derechos. De unos y de otros cabe decir que tenían buenas razones para sentir malestar en el Estado de derecho (que para ellos no era tal), que reivindicaban su condición de ciudadanos de pleno derecho. Sus reivindicaciones, por tanto, estaban enteramente integradas en el marco del Estado de derecho, y su «malestar» es esa clase de malestar del que decíamos hace un momento que no cabe hacerse cuestión, porque está plenamente justificado. La denuncia de esta flagrante desigualdad tardó tiempo en abrirse camino, pues aunque en cierto modo resulta «obvio» que el ejercicio de los derechos civiles es imposible en la práctica para quienes carecen de todo bienestar material o del estatuto jurídico de individuos, esta circunstancia pasa desapercibida para aquellos que ya de entrada disfrutaban de ambas cosas y que, por tanto, tienden a concebir los derechos civiles (e igualmente la carencia de los mismos) como algo relativamente «natural», achacando a la «naturaleza» de los trabajadores, de las mujeres o de las poblaciones colonizadas su carencia de recursos materiales o de libertades públicas. Lo que el movimiento obrero puso sobre el tapete fue la evidencia de que una sociedad que concede a todos sus miembros «derechos civiles», pero niega a una parte de ellos los recursos materiales que les permitirían

ejercerlos, no puede considerarse plenamente democrática. Pero el movimiento obrero del siglo XIX no podría interpretarse como un movimiento político si hubiera tenido como único horizonte el bienestar material; tuvo relevancia política porque la aspiración a los derechos sociales era un medio para alcanzar un fin superior, la adquisición plena de derechos civiles y libertades públicas.

¿Qué es el Estado de bienestar?

Comoquiera que se defina, está claro que lo que llamamos «Estado de bienestar» es, a su vez, el resultado de este doble déficit del Estado de derecho, que fue incapaz de gestionar las tensiones identitarias exaltadas en forma de nacionalismos y las tensiones sociales evidenciadas por el movimiento obrero, y tuvo que asistir a la gigantesca catástrofe de las dos guerras mundiales y todas sus secuelas. Por ello, tras la Primera Guerra Mundial, muchos políticos, intelectuales, juristas, filósofos y simples ciudadanos experimentaron un malestar específicamente *político* ante el Estado de derecho; estaban convencidos de que esa institución había sido desbordada por las circunstancias y tenía que ser sustituida por nuevas formas estatales, en las que muchos depositaron sus esperanzas. Pero después de la Segunda Guerra Mundial quedó dramáticamente claro que esas «nuevas formas de Estado» no eran sino los estados totalitarios fascistas (que fueron derrotados en esa guerra) y comunistas (que sobrevivieron a ella). Desde el advenimiento de la Revolución rusa, los estados comunistas habían erigido un proyecto de cobertura universal del bienestar material, pero habían negado a sus súbditos los derechos civiles de las democracias representativas, que consideraban un simple maquillaje de la explotación, y que por tanto nunca les reconocieron, incluso aunque dispusieran del bienestar material suficiente para ejercerlos. De hecho, desde la órbita ideológica del comunismo, el fascismo fue percibido como la forma contemporánea que adoptaba el capitalismo una vez clausurada su etapa «burguesa» (es decir, civil), en la cual los derechos y libertades públicos habrían sido aún una fachada que intentaba encubrir la dominación de clase, mientras que el fascismo habría eliminado la fachada para quedarse solo con la pura dominación; frente a él, el comunismo aparecía (para sus partidarios) como la única «fuerza» capaz de oponerse a esa dominación con sus propias armas, es decir, desde la perspectiva de la «superación» del Estado de derecho (e, igualmente, el fascismo se legitimó ideológicamente como la única «fuerza» capaz de frenar al comunismo, y justificó de esa manera sus estructuras autoritarias). En este sentido, el fascismo y el comunismo ya formaban parte solidariamente, a pesar de su antagonismo, de ese «nuevo mundo posburgués» en el que tantos creyeron, mucho antes de que se pusiera en circulación el término «totalitarismo».

En 1945, el «estado de malestar» estaba planteado como «guerra fría» entre unos estados totalitarios (nucleados en torno a la URSS) que rechazaban la democracia parlamentaria y el Estado de derecho pero que se presentaban

como «estados socialistas», y unas democracias liberales que habían mantenido vivas esas instituciones pero que eran en ese momento trágicamente conscientes de sus déficits sociales y políticos. Y fueron estas últimas las que, para responder al desafío, firmaron un nuevo contrato civil (simbolizado por el consenso entre los partidos de centroizquierda y de centroderecha) en torno al proyecto político de un Estado que había de ser a la vez *social* (como lo eran, a su modo, los estados fascistas y comunistas) y *de derecho* (como lo había sido siempre la democracia parlamentaria moderna). Esta combinación de bienestar jurídico (derechos civiles) y bienestar material (derechos sociales) es lo que llamamos «Estado de bienestar», y nunca antes se había propuesto de forma tan explícita, aunque implícitamente estaba inscrito en la idea misma de contrato social. En el siglo xx quizá haya sido John Rawls quien más de cerca ha observado lo que antes llamé la «escena originaria» del contrato social, y quien mejor ha notado que el Estado de derecho, así concebido, no tiene más remedio que pensarse, no solo como pacificador de las tensiones identitarias, sino como lo que hoy llamamos Estado social. Como legisladores, los ciudadanos poseen el poder jurídico de dotarse de derechos públicos, pero no pueden legislar sobre la cantidad de bienestar material que habrá de corresponderles (pues ella depende de circunstancias que no son jurídicamente controlables) ni, por tanto, prever su identidad privada. Y esto significa que, en el momento de establecer la ley común, ignoran cuál será su fortuna y el lugar que ocuparán en la sociedad, porque no saben quiénes son o, mejor dicho, quiénes *van a ser* (Rawls hablaba de un «velo de ignorancia» que impide a los contratantes tener ese conocimiento). Y es por ello que, a la hora de legislar, lo harán necesariamente de tal modo que aquellos a quienes les toque la peor suerte no queden del todo abandonados por sus socios, puesto que cualquiera de ellos podría verse en el futuro en esa circunstancia. Y en este sentido es en el que cabe decir que el Estado liberal lleva implícita desde su propia fundamentación la necesidad de que la democracia, además de jurídica, sea también social, aunque solo el Estado de bienestar haya explicitado esta condición de una manera patente y manifiesta.

«LA COMBINACIÓN DE DERECHOS CIVILES Y DERECHOS SOCIALES ES LO QUE LLAMAMOS ESTADO DE BIENESTAR.»

Así las cosas, la construcción de una democracia que fuera al mismo tiempo *social* y *de derecho* fue, como proyecto explícito y programático, un experimento inaudito. La Segunda Guerra Mundial, con su devastador saldo de destrucción y barbarie, fue el siniestro escenario en el que esta apuesta se hizo necesaria, porque en ella el propio Estado de derecho —es decir, la «política» tal y como se había venido concibiendo desde el siglo xvii— se jugaba su supervivencia frente al totalitarismo.

Sin duda, cualquier idea social de «bienestar» tiene que referirse, en primer lugar, al bienestar *material*, es decir, a la cobertura de las necesidades básicas de la vida

y al remedio de las carencias humanas, aunque la noción misma de «necesidades básicas» pueda ser objeto de discusión en cada momento. Se echa de ver que el bienestar material depende, por una parte, de la actividad productiva de los hombres y, por otra, de las circunstancias externas a ellos, que nunca son totalmente controlables. En este sentido, ningún Estado puede garantizar a todos sus miembros el «derecho a estar bien» siempre, sino únicamente —y de eso se trata en el Estado de bienestar— el derecho a estar *tan bien* como las condiciones materiales colectivas lo permitan en cada momento o, lo que es lo mismo, el derecho a esperar un reparto justo de la riqueza y *de la pobreza* en cada coyuntura histórica (observación importante porque en 1945, cuando se explicita en las democracias liberales avanzadas el proyecto del Estado de bienestar, Europa estaba destruida económicamente por la guerra y no había mucha riqueza que repartir). A esto es a lo que se suele aludir cuando se habla del reconocimiento estatal de los derechos *sociales* de la población o de los programas de cohesión social y de lucha contra las desigualdades económicas, que son algunas de las señas de identidad del Estado de bienestar. No obstante, la mención del «derecho» en los párrafos anteriores ya nos indica que el bienestar en cuestión no es solamente material. El bienestar material (y los derechos sociales que lo garantizan) es la condición para otro tipo de bienestar superior, el bienestar *jurídico*, que comporta el ejercicio de los derechos civiles que convierten a los hombres en ciudadanos políticamente libres y «mayores de edad», responsables de su vida pública y dueños de su vida privada. El bienestar material es necesario, porque (hasta donde esto es posible) «libera» al hombre de la servidumbre con respecto a la naturaleza y a las circunstancias exteriores, pero solo el bienestar jurídico es suficiente, porque solo él garantiza que esa libertad material se convierta en libertad política, es decir, en libertad para elegir la ley pública que permitirá vivir en paz con el resto de los hombres, no importa cuál sea su origen o condición, y llevar adelante el proyecto individual de sentido que cada cual elija.

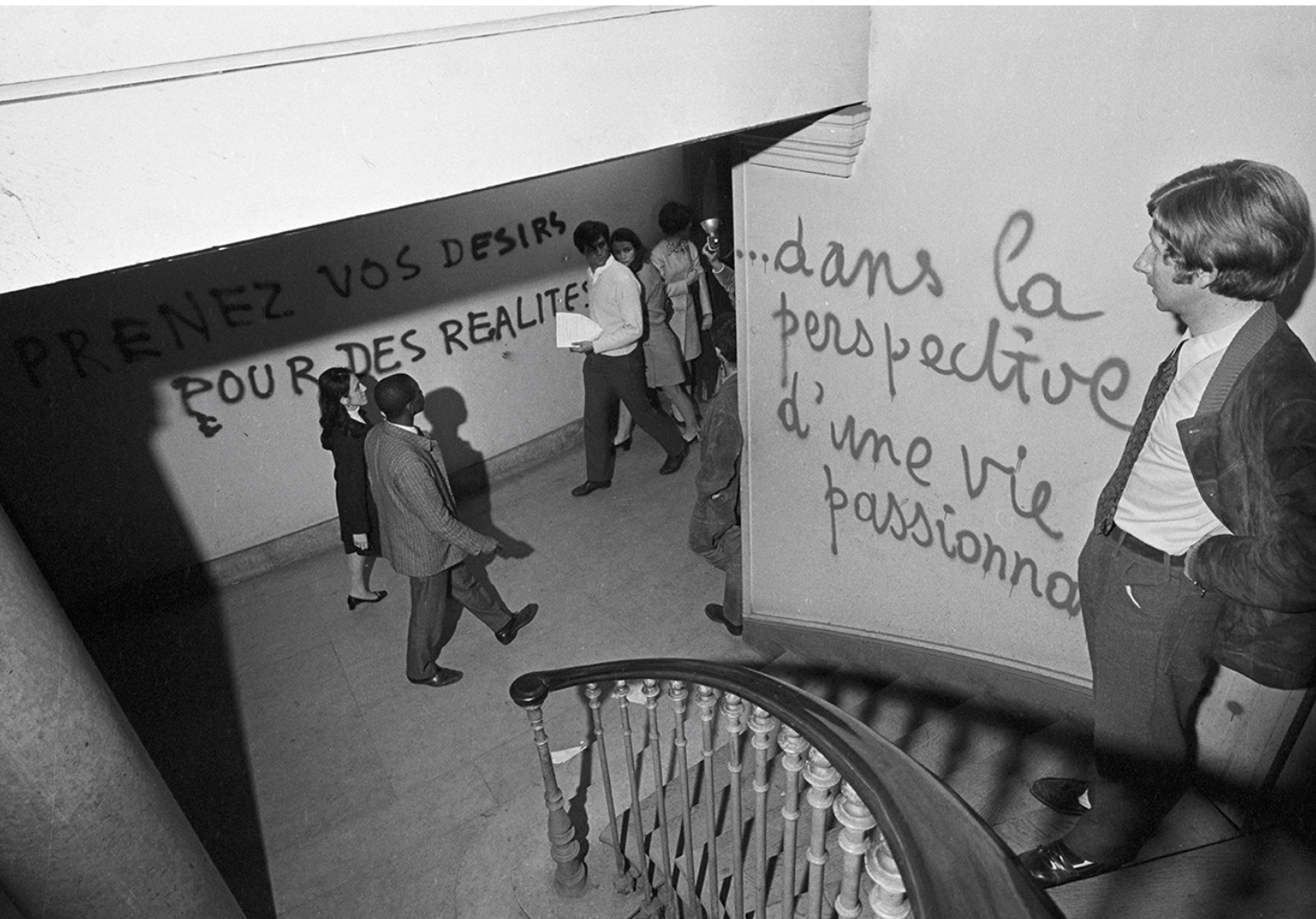
Los orígenes del malestar

Las poblaciones de los países en los que se puso en marcha este proyecto en 1945 apoyaron mayoritariamente con sus votos a los partidos «moderados» que lo sustentaban (y que, de hecho, supusieron una nueva definición de los términos «izquierda» y «derecha» en política). Solo quedaron fuera de ese consenso —es decir, solo sentían «malestar en el Estado de bienestar»— quienes habían apostado por soluciones políticas totalitarias (comunistas o fascistas), que eran electoralmente minoritarios y que se vieron rechazados a los extremos del espectro político y, casi siempre, fuera de los parlamentos.

Pero el hecho de que este «malestar en y con el Estado de bienestar» fuera parlamentariamente invisible o minoritario no quiere decir que, desde un punto de vista social general, careciese de toda importancia. Por el contrario, la «extrema izquierda» (que es el nombre que entonces adoptaron quienes mantenían la vigencia del proyecto comunista como «superación» del Estado de derecho y, por extensión,

Universidad de la Sorbonne, en la Revuelta de Mayo de 1968. El movimiento popular estalló contra la sociedad tradicional y el capitalismo.

del Estado de bienestar) ocupó con sumo éxito el frente intelectual (no en vano Kolakowski, el gran historiador del marxismo, afirmaba que las ideas son el *aparato respiratorio* del comunismo), dando lugar a la llamada «nueva izquierda», una denominación meramente retórica, pues en realidad se trataba en principio de aquella «vieja izquierda» comunista que había sido políticamente arrinconada por los triunfos del Estado de bienestar. Al hablar de «éxito intelectual» no me refiero únicamente al hecho, ciertamente notable, de la hegemonía del comunismo como ideología de los intelectuales de la Europa del bienestar entre 1945 y 1980 (y el consiguiente desprestigio de los escritores que, como Berlin, Aron, Arendt, Koestler y tantos otros, fueron expulsados del terreno de las ideas legítimas bajo la acusación de «reaccionarios»), sino también y sobre todo a la construcción de la llamada «izquierda cultural» que, desde posiciones de poder en las universidades, en el campo editorial y en los escenarios artísticos, elaboró una genuina «cultura del malestar» en el Estado de bienestar, mayoritaria en esa esfera, que compensaba su irrelevancia parlamentaria y que —muy especialmente en Francia— dio lugar a una serie de figuras estelares que mantuvieron vivo el mito de la «superioridad moral» de la izquierda (de la izquierda *auténtica*, que no era la que ocupaba en los parlamentos los escaños socialdemócratas) apoyado en su «superioridad intelectual» (las «ideas» seguían siendo, pues, el «aparato respiratorio» del izquierdismo). Desde esa superioridad moral e intelectual que despreciaba a la democracia parlamentaria



como una ilusión óptica (retomando así el discurso tradicional de los partidos comunistas revolucionarios), esta izquierda cultural adoptó unos referentes políticos que ya no eran los herederos históricos de la Revolución rusa (pues estos habían perdido, a sus ojos, su autenticidad revolucionaria al pactar lo que alguien llamó una *pax oligofrénica* con el capitalismo), sino los líderes de las revoluciones comunistas del Tercer Mundo que cuestionaban el «orden internacional» de la Guerra Fría.

«EL MAYO DEL 68 FRANCÉS SUPUSO LA PRIMERA GRAN EXPLOSIÓN DEL MALESTAR EN EL ESTADO DE BIENESTAR.»

Sin esta implantación en el frente cultural de la izquierda *auténtica* (que no era la políticamente *real*) sería, en efecto, inexplicable la primera gran explosión del «malestar en el Estado de bienestar» que supuso el Mayo del 68 francés, precedido por la publicación de *La sociedad del espectáculo*, de Guy Debord (pues eso era para Debord el Estado de bienestar, un espectáculo para distraer al pueblo de su destino revolucionario). Muchos consideraron entonces que esta explosión era «incomprensible» e «inmotivada»; ¿qué sentido tenía que unos jóvenes estudiantes que gozaban de unos estándares de libertad y de unas condiciones materiales de existencia nunca antes alcanzadas denostasen las sociedades democráticas europeas y norteamericanas de la década de 1960 e idealizasen románticamente las de otros lugares del planeta como Cuba o Vietnam, en donde, a decir verdad, había poco bienestar? Desdeñaban lo que Foucault o Deleuze llamaban «macropolítica» (o sea, la que se hacía en los parlamentos, en los gobiernos y en los tribunales) y promovían una «micropolítica del deseo» o una «microfísica del poder» que, en palabras de Pierre-Félix Guattari, anunciaba una *revolución molecular* que ya no tendría como referencia el marco estatal porque se situaba más allá (en un escenario de movimientos internacionales) o más acá de él (en lo que hasta entonces se había llamado «sociedad civil»). Para todos ellos, el Estado de bienestar, con sus potentes y tupidas redes de asistencia social, podía interpretarse como un dispositivo de control micropolítico (más concretamente, biopolítico) de las poblaciones. Y el desprestigio que ello supuso para el concepto de «clase» (que había sido una referencia fundamental para articular el discurso político de la izquierda) hizo emerger con fuerza su relevo, el concepto de «identidad», que no solo valía para los países del «Tercer Mundo» en donde era imposible hablar de un «proletariado» o de una «clase obrera», sino también para designar a los nuevos agentes políticos acreditados por esa revuelta (el feminismo de la diferencia, el movimiento LGTB, las minorías étnicas, los «psiquiatrizados», etc.), cuyas reivindicaciones, precisamente porque no reclamaban un Estado independiente (ni siquiera un partido o un sindicato), encajaban mal en el tejido institucional del Estado de bienestar y definían un nuevo territorio de «luchas culturales».

Naturalmente, las críticas al Estado de bienestar son legítimas y hasta imprescindibles en un régimen político que, como la democracia parlamentaria,

hace de la crítica misma su dispositivo primordial de deliberación racional, y sin duda en esos años había muchas cosas susceptibles de crítica en los escenarios nacionales e internacionales (empezando por la guerra de Vietnam). Pero lo llamativo de este movimiento fue que las organizaciones políticas que lo gestaron —que eran y siguieron siendo políticamente marginales— empleaban la retórica militante de la guerra y consideraban que los líderes políticos *auténticos* eran el Che Guevara o el general Giap, mientras que los presidentes de las repúblicas y primeros ministros de las democracias liberales eran tildados de peleles del Gran Capital. Es decir, que su «crítica» al Estado de bienestar no se hacía en nombre del Estado de derecho o de la democracia social, sino justamente desde aquel proyecto de superación de esas instituciones que, en la época de las guerras mundiales, había dado lugar a los totalitarismos (ciertamente, sus referentes geopolíticos ya no eran la URSS y sus satélites sino, como hemos dicho, la Cuba de Castro, la China de Mao o el Viet Nam de Ho Chi Minh, pero aunque en ese momento esos regímenes resultaban mucho más exóticos no eran por ello menos totalitarios), un proyecto que excluía de sus mecanismos de funcionamiento toda crítica y en el que habría sido literalmente imposible un movimiento «antisistema» como el que protagonizaron los rebeldes del Mayo francés. Los objetivos políticos del movimiento eran inverosímiles (la instauración en Francia del gobierno de los soviets, la disolución de la familia, etc.), y en ese sentido pudo parecer una rabieta sin consecuencias políticas (De Gaulle ganó las elecciones de junio del 68, y tanto el partido comunista como el socialista perdieron diputados). Pero no fue así, porque sus consecuencias *culturales* fueron incalculables, empezando por un arraigado resentimiento hacia el Estado de bienestar por su carácter *social* (en el cual los foucaultianos, como hemos dicho, veían un claro intento de control biopolítico de las poblaciones). Y, aunque a este respecto sea frecuente hablar de «revolución cultural», el hecho cierto es que estos movimientos, aunque no consiguiesen reavivar el conflicto de clases, están en la base de las «guerras culturales» que acabarían cristalizando, a finales del siglo pasado, en las llamadas «políticas de la identidad» que, a pesar de su orientación emancipatoria, forman parte ya de las que podrían llamarse *políticas del malestar*, en la medida en que, en su aspecto más «radical», aunque no proponen ningún modelo alternativo al Estado de bienestar, contribuyen a minar sistemáticamente la figura central del «sistema» erigido en 1945 en las democracias occidentales avanzadas, que sigue siendo la del ciudadano autónomo y sujeto de derechos. Si a este propósito puede hablarse de «malestar en la cultura» es, pues, para mentar ese tipo de «resentimiento» contra el Estado de bienestar que se refugió en el territorio de la cultura, porque aquellas guerras culturales centradas en la identidad pasaron pronto a convertirse en políticas de enemistad. El concepto de «identidad» sustituyó al de «clase social» como objeto del nuevo conflicto porque la identidad como identidad *política* siempre es antagónica (se basa en la negación de la identidad del enemigo) y ataca los pilares del Estado de derecho.

A partir de 1970, las críticas y los ataques al Estado de bienestar vinieron principalmente de la derecha (aunque ciertos elementos de esas críticas se

volvieron políticamente transversales, y parte del lenguaje ideológico nacido en 1968 se generalizó, y de ellos nació también una «nueva derecha» (que tampoco tiene mucho de nueva), más mediática que «cultural», que no tardaría en habilitar, con gran éxito electoral, sus propias *políticas de malestar*, de discriminación, de enemistad y división social, en las que también desempeñó un papel estelar la noción de «identidad». Porque son políticas de malestar todas aquellas que, aunque —como sucedía con los «objetivos» del Mayo francés— propongan unas metas positivas quiméricas y extremistas (el cierre total de las fronteras nacionales o su total eliminación, por ejemplo), tienden a dividir de nuevo a la sociedad en amigos y enemigos, socavando así el consenso prepolítico que sostiene el pacto civil. En esa misma década, el empresario y economista John Harsanyi sometió a crítica la suposición de Rawls, antes mencionada, acerca de la naturaleza implícitamente *social* del contrato civil que sustenta el Estado de derecho. Sostenía este teórico que, desde el punto de vista de la decisión racional, la apuesta de los firmantes del pacto social (que legislan pensando en que pueda tocarles la peor suerte y, por tanto, propiciando un Estado social) es *demasiado conservadora*, porque si aceptasen mayores riesgos (es decir, si dejasen de ponerse en el lugar de los más desfavorecidos) podrían obtener mayores beneficios. Aunque desde una posición aparentemente antagónica, este argumento no solo expresa también su «malestar en y con el Estado de bienestar» (afeándole su condescendencia con los menos afortunados), sino

La cúpula central del Capitolio, sede que aloja las dos cámaras de representantes de Estados Unidos.



que dirige su ataque hacia el mismo objetivo que las críticas de la «izquierda cultural», a saber, las políticas públicas de bienestar; si la «nueva izquierda», reavivando el ideario marxista de la «lucha ideológica», veía en ellas un aparato de control biopolítico de las clases dominantes sobre el pueblo (Althusser, por ejemplo, consideraba la enseñanza pública como uno de los principales «aparatos ideológicos» del «Estado burgués»), la «nueva derecha» —reciclando igualmente argumentos populistas de la década de 1930— las identifica con el despilfarro, la corrupción y el parasitismo social. El sociólogo Richard Sennett, al final de su libro *Respect in a World of Inequality*, nos presenta una imagen que podría valer como símbolo de «la última cena» del Estado de bienestar o, quizá mejor, de la primera del «estado del malestar». Imaginemos un grupo de amigos, de colegas o de vecinos que acostumbran a reunirse a cenar una vez al año en un restaurante. Con el tiempo, se ha establecido entre ellos un hábito: al terminar la cena, dividen el montante de la cuenta en partes iguales entre el número de asistentes y cada uno aporta la misma cifra hasta sumar el total. Pero una noche uno de los comensales impugna esa costumbre y anuncia a los demás que solo va a pagar el precio de lo que ha consumido. Esta decisión inesperada obliga a los otros a proceder de la misma manera y, como resultado de ello, ocurre que uno de los presentes no tiene dinero suficiente para pagar su parte. En ese momento, lo que hasta entonces y durante años había sido un grupo de amigos, se divide en dos bandos: los que *pueden* pagar y el que *no puede* hacerlo, que aparece de pronto ante los ojos de los demás como un «gorrón» que se ha estado aprovechando de ellos (es importante notar que el libro es de 2003, es decir, unos cuantos años antes de que se hiciera notar la crisis financiera que luego se convertiría en mundial a partir de 2008, porque nos advierte de que la «decadencia» del Estado de bienestar es muy anterior a la crisis económica, aunque esta acabase dándole algunos de sus tintes más siniestros). No se trata, por supuesto, de defender en ningún sentido a los gorriones que lo son realmente; la única manera de que los ciudadanos paguen sus impuestos con tranquilidad y convicción es que tengan la seguridad de que se perseguirá todo abuso y todo fraude (el «velo de ignorancia» debe afectar también y especialmente a los ministerios de hacienda); de lo que se trata es de observar que el bienestar no es un estado social «natural», sino el resultado de ciertas políticas públicas de redistribución fiscal de las rentas. Lo importante aquí es, en un caso como en otro, la sustitución de la imagen del pacto por la del enfrentamiento entre «gorriones» y «paganos», y a este respecto es secundario a quiénes situemos bajo la etiqueta de gorriones (los inmigrantes, los millonarios, los políticos...) o de paganos (los empresarios, los trabajadores «sumergidos», los sufridos ciudadanos...), pues lo que cuenta es la sustitución de las políticas de bienestar por unas políticas de malestar (segregación y discriminación) que tienen como referencia en todos los casos la identidad (la de la presunta y mítica «mayoría» que sustenta «los valores occidentales» o «las esencias nacionales», o la suma de las minorías cuyas identidades agraviadas exigen reparación) y, por tanto y como hemos dicho, que solo brillan en el antagonismo.

Una falsa alternativa

Desde hace tiempo, se ha extendido la especie de que la expresión política de este antagonismo se concretaría en nuestros días en el aparente enfrentamiento entre políticas «populistas» (las que, para entendernos, garantizan que nadie nos pasará una cuenta que no podamos pagar, aunque por desgracia no puedan garantizarnos que tengamos una cena que poner sobre la mesa) y «neoliberales» (las que nos garantizan que no tendremos que sufragar los gastos de ningún gorrón, aunque por desgracia no pueden garantizarnos que no tengamos que convertirnos algún día en gorriones nosotros mismos). Pero bajo estas etiquetas no se mientan tanto dos programas políticos como una misma (y paradójica) carga emocional y retórica con dos cabezas. En su uso polémico, el término «neoliberalismo» remite unas veces a Hayek, otras a Friedman, de vez en cuando a Tony Blair y en algunos casos a conceptos tan diferentes como el corporativismo, el proteccionismo o el llamado «liberalismo social», y su único rasgo estable parece ser la referencia de trazo grueso a las políticas de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en la década de 1980, dos líderes que fueron los primeros en ostentar en su momento el calificativo de... ¡populistas! Un calificativo que, por su parte, también se ha usado con tanta amplitud, con tanta variedad y para casos

Sede de la
Unión Europea
en Bruselas.



tan distintos que parece, por ello mismo, haber perdido todo valor conceptual. O, mejor dicho, *parecía* haber perdido todo valor conceptual hasta que algunos de sus destinatarios decidieron, en torno al cambio de siglo, convertir la marca de infamia en *signo de distinción* (por utilizar la terminología de Pierre Bourdieu) y conferirle al término una significación *positiva*, dotarle de una carga (al menos aparentemente) teórica, resemantizándolo no solamente para convertirlo en un instrumento político legítimo sino incluso en la *esencia* misma de la política, quizá en la única forma de hacer política adecuada a los tiempos. Y este es el sentido que lo hace más interesante.

« EL POPULISMO ES A LA POLÍTICA LO QUE EL SENSACIONALISMO ES AL PERIODISMO. »

Yo suelo decir que el populismo es a la política lo que el sensacionalismo es al periodismo. Probablemente serán pocos los periodistas que no hayan acusado alguna vez a sus rivales de «sensacionalistas», pero serán aún menos los que no hayan recurrido alguna vez al sensacionalismo para *alegrar* un poco las cifras de ventas o de visitas a la página web. Con todo, ello no significa que haya que resignarse a la confusión de «periodismo» con «sensacionalismo» (o, como mucho, a distinguir entre un sensacionalismo *bueno* —el que se pone al servicio de causas «populares», «políticamente correctas» o moralmente intachables— y un sensacionalismo *malo*). Por muy extendida que esté la enfermedad, el sensacionalismo no deja de ser una enfermedad por la que el periodismo se desangra y abandona el terreno del interés público (o sea, el de servir como instrumento para la formación de la opinión pública, que es una función esencial en las sociedades democráticas) para convertirse, como alguien dijo, en mero seguidismo de los intereses *del* público, frecuentemente de los intereses más bajos y más ruines, a menudo contradictorios y siempre cambiantes y opacos, y que desde luego nada tienen que ver con el interés público. Es decir, que a pesar de todo merece la pena conservar la diferencia (por lo menos la diferencia *de iure*) entre periodismo y sensacionalismo, pues incluso los fines más santos se pervierten cuando se persiguen por medios mezquinos que convierten la información en propaganda sentimental. Pasa algo parecido con el populismo (y con el neoliberalismo, que no es sino una de sus facetas). Es muy fácil para un político descalificar al adversario por «populista» por decirle a la gente lo que la gente quiere oír, aunque no sea verdad, y prometerle cosas que sabe imposibles de cumplir. Pero sería muy difícil encontrar a un político que, en campaña electoral, no haya recurrido alguna vez a esos mensajes o a esas promesas para conseguir un puñado de votos o para mejorar en los sondeos. Sin embargo, la solución no puede consistir en aceptar como fatalidad la confusión de política con populismo, conformándonos con elegir entre populistas mejores y peores. Aunque sea de una forma aparentemente imprecisa, el término «populismo», como sucedió en otro tiempo con el término «totalitarismo», nos ayuda a entender *algo que tienen*

en común maneras de hacer política que parecen separadas por grandes barreras ideológicas, y a ver que todas ellas constituyen uno de los principales peligros *transversales* que acechan a la democracia representativa desde su interior. Cuando la democracia funciona bien (algo que no ocurre todos los días ni en todas partes), el político que alimenta las bajas pasiones de su clientela o que hace promesas inverosímiles acaba pagando ese exceso en las urnas. Solo hay una manera de librarse de ese castigo, y consiste en descreer de la representación política y forjar el mito de un enemigo omnipotente y despiadado que penetra todas las instituciones, que pervierte conspiratoriamente todos los espacios de libertad y de crítica y que es inmune a los mecanismos formales de la democracia liberal. Y esa es precisamente la fórmula populista. Cuando esta fórmula tiene éxito, cuando cala con eficacia en la ciudadanía, cala también la idea de que, para vencer a ese enemigo, hace falta algo más que la democracia social de derecho y algo *mejor* que la política en su sentido moderno. Y por ello se necesita apelar a un *pueblo* que tiene que desbordar la Constitución para luchar contra sus enemigos. En ese momento, la política es sustituida por la moral (o por una política «moralizada» que exige un cierre de filas frente a los enemigos del pueblo y que anula el pluralismo). Y lo que entonces pasa factura en las urnas es contradecir los deseos de la clientela o negarse a prometer quimeras.

El malestar en la política de nuestros días consiste justamente en plantearla como una alternativa entre esos supuestos extremos, como si fuesen los términos de una nueva confrontación política. Que tengamos que aceptar el populismo (cuyos vicios conocemos de sobra por la historia política reciente) para no caer en el neoliberalismo, o que tengamos que conformarnos con el neoliberalismo para evitar la deriva populista, ese es el planteamiento «populista» al que no hay que resignarse, el planteamiento que repite (solo en el ámbito discursivo) la vieja justificación del comunismo como «última barrera» frente al fascismo, o del fascismo como único freno del comunismo, dejando de lado la apuesta por el Estado social de derecho que consiguió en su momento neutralizar esos dos peligros. El populismo no es una alternativa al neoliberalismo (ni tampoco al contrario); ambos son síntomas pertenecientes a un mismo síndrome de decadencia de la política, de ruptura del contrato social que ha sido su fundamento desde la emergencia de la sociedad moderna.

Algo parecido a lo que he descrito con ocasión de la fundación del Estado de bienestar ocurrió, *mutatis mutandis*, en la España de 1978: quienes habían sido enemigos irreconciliables durante la Guerra Civil y los cuarenta años de dictadura firmaron un acuerdo de paz civil y social, y quienes rechazaron ese contrato (en especial la extrema izquierda, incluida la *abertzale* y la *patriòtica*) se volvieron electoralmente irrelevantes y, salvo la minoría que persistió en la «lucha armada», se refugiaron en las aulas universitarias, los escenarios, los periódicos y las galerías de arte. Y allí forjaron ese discurso cultural-revolucionario según el cual el Estado social de derecho nacido de la Constitución del 78 era un sueño (un «espectáculo», según Debord) que ocultaba, en realidad, una continuación del franquismo. Quienes tuvimos la desgracia de conocer la España franquista

sabemos que esa identificación entre franquismo y democracia parlamentaria es una falsificación histórica, pero convertida en ideología produce grandes rendimientos emocionales a quienes la practican, refuerza su identidad moral y estética e incluso les reporta beneficios económicos. Sin esa licencia poética que consiste en creer que España estuvo dormida primero por la pesadilla franquista y luego por la modorra capitalista, sería imposible considerar el «15M» como un «despertar». Pero, como sucedió en Mayo del 68, inesperadamente esta «poesía política» dejó de ser minoritaria y se volvió (incluso electoralmente) verosímil, se confundió con la historia y, para una parte notable de la población, la Transición se redujo a un amasijo de corrupción y contubernio. Es cierto que en este caso la lógica es mucho más transparente que en Mayo del 68; bastaron las aperturas del ajuste presupuestario con el que se combatió la crisis de la deuda pública para que se produjesen en 2011, con muy pocos meses de diferencia, el despertar del pueblo oprimido y el de la nación ultrajada, mantenidos —según este relato— en estado comatoso durante setenta años mediante la anestesia del maldito «bienestar». El resultado de todo ello ha sido un *desplazamiento* ficticio del espectro ideológico merced al cual, en el imaginario de este «despertar» revolucionario, quienes por aquel entonces se situaban en el centroizquierda o en el centroderecha (pero en contra del nacionalismo y del comunismo de salón), sin cambiar de ideas, han quedado arrinconados en una posición «reaccionaria» incluso más extrema que la de Trump o Le Pen, porque estos dos últimos al menos son «antisistema», lo que les confiere un plus de autenticidad; y las ideologías extremas, sin embargo, han ocupado el centro del espectro político. Yo diría que esto, más que un «despertar», es una ilusión óptico-política. Pero comprendo que, cuando millones de votantes actúan como si *creyeran* en esa alucinación y se suman a sus políticas de malestar y confrontación, empeñarse en distinguir entre poesía e historia puede ser una batalla perdida. Claro que en ese tipo de batallas consiste, muy a menudo, el trabajo intelectual. Porque las políticas del malestar no triunfan porque los votantes «crean» en la viabilidad de

Miles de ciudadanos movilizados por el Movimiento 15-M en la Puerta del Sol de Madrid, el 8 de mayo de 2011.



sus metas «positivas» (fantasmales y mal definidas), sino porque «quieren» los medios «negativos» o agresivos que proponen sus propagandistas, porque desean ver *castigados* a sus enemigos, esos enemigos (la «casta», la «inmigración», los «enemigos del pueblo»...) contruidos *ad hoc* a los que consideran culpables de todas sus desgracias.

«¿CÓMO ES POSIBLE QUE LA MISMA POBLACIÓN QUE HASTA NO HACE MUCHO PARECÍA "SENSATA" Y "CENTRADA" EN SU CONDUCTA ELECTORAL SE DEJE AHORA "ENGAÑAR" POR UNAS MENTIRAS QUE CONSIDERAMOS TAN BURDAS?»

En definitiva, las pérdidas coyunturales no bastan para entender por qué ese mismo sector de la población que hasta ayer parecía identificarse con la democracia social de derecho es hoy capaz de apoyar en las urnas a líderes políticos que defienden sin demasiados escrúpulos el racismo, la xenofobia, el nacionalismo excluyente (si es que hay algún otro), el sexismo, el abandono de la Unión Europea, de los tratados de libre comercio o de los acuerdos sobre política medioambiental. A menudo ridiculizamos a estos «nuevos líderes» diciendo que son «payasos», «patanes» o «cómicos de segunda fila», porque muchos de nosotros no podemos aceptar que digan *en serio* las cosas que dicen. Pero, si son tan ridículos e impresentables, ¿cómo es posible que la misma población que hasta no hace mucho parecía «sensata» y «centrada» en su conducta electoral se deje ahora «engañar» por unas mentiras que consideramos tan burdas? El malestar social provocado por la degradación de las estructuras de bienestar social no se habría convertido en malestar político en el sentido recién enunciado si no hubiese *enganchado*, primero, con un «malestar con el Estado de bienestar» que es muy anterior a la crisis económica, que se expresó ya en momentos de pleno «bienestar» y que por tanto no está solamente relacionado con las carencias materiales, y, segundo, con una crítica al Estado de derecho y a los fundamentos del contrato social sobre el que se sostiene la democracia liberal que tiene raíces históricas y filosóficas aún más profundas. A veces se ha sostenido, abusando del conocido *dictum* de Marx, que mientras que aquel malestar —para entendernos, el que se manifestó ya en el siglo XIX y después en la época de las guerras mundiales— tuvo una expresión trágica, en nuestro tiempo reviste la forma de la comedia. Yo desconfío de toda «filosofía de la historia» y, por tanto, también de esta presunta ley del acontecer político que dice que todos los grandes sucesos se presentan primero como tragedia y luego como farsa, entre otras cosas porque es fácil reírse de Hitler o de Stalin y reducir sus tragedias a la categoría de comedias cuando no tenemos que padecer sus consecuencias, y porque la farsa puede fácilmente convertirse en tragedia cuando los farsantes alcanzan el poder.

>EL PAPEL DE LOS NUEVOS MEDIOS EN LA POLÍTICA



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



Diana Owen es Profesora Asociada de Ciencias Políticas en la Universidad de Georgetown, en el programa de posgrado de Comunicación, Cultura y Tecnología. Fue directora del Programa de Estudios Estadounidenses de la Universidad de Georgetown durante una década. Es autora de: *Media messages in American presidential elections*, *New media and American politics* (junto con Richard Davis) y *American government and politics in the information age* (junto con David Paletz y Timothy Cook). Es coeditora de: *The internet and politics: Citizens, voters, and activists* (junto con Sarah Oates y Rachel Gibson), *Making a difference: The internet and elections in comparative perspective* (junto con Richard Davis, Stephen Ward y David Taras) e *internet election campaigns in the United States, Japan, Korea, and Taiwan* (junto con Shoko Kiyohara y Kazuhiro Maeshima, 2017). La doctora Owen ha publicado abundantes escritos en los campos de la educación cívica, el compromiso político, los medios y la política, la socialización política, y las lecciones y el comportamiento de voto. Sus investigaciones actuales estudian la relación entre la educación cívica y el desarrollo de tendencias de la ciudadanía digital, además del papel de los medios en la política. Ha dirigido estudios financiados por los Pew Charitable Trusts, el Center for Civic Education, la Storyful/News Corp y Google, entre otros. Es la investigadora principal del Proyecto del Legado de James Madison del Centro para la Educación Cívica, un programa nacional de educación cívica que atiende a profesores y a estudiantes muy necesitados financiado por una Beca de Desarrollo para el Apoyo a los Educadores del Congreso Eficaces del Departamento de Educación de los Estados Unidos. La doctora Owen fue Becaria del Congreso en Medios de Comunicación de la Asociación Estadounidense de Ciencias Políticas. Le fue concedido el galardón Daniel Roselle por parte del Consejo de los Middle States (Estados de Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland y el Distrito de Columbia) para los Estudios Sociales. Se le ha otorgado una Beca de Intercambio Académico para la Universidad Meiji (Japón) para 2017 y 2018.

>EL PAPEL DE LOS NUEVOS MEDIOS EN LA POLÍTICA

Los nuevos medios de comunicación surgidos después de la aparición de internet siguen evolucionando vertiginosamente a través de formas novedosas y a veces imprevistas, que suponen serias consecuencias para las políticas y los gobiernos democráticos. Los nuevos medios han alterado radicalmente la manera en la que funcionan las instituciones gubernamentales, han obligado a cambiar la táctica que utilizan los políticos para transmitir sus ideas y posicionamientos, la estrategia para disputarse las elecciones y el compromiso ciudadano. El presente artículo sigue la evolución de los nuevos medios de comunicación y examina el papel que ejercen en la vida política y las consecuencias para la misma.

Los nuevos medios políticos son formas de comunicación que facilitan la producción, la diseminación y el intercambio de contenido político en plataformas y en las redes sociales que permiten la interacción y la colaboración de los usuarios. Han evolucionado rápidamente a lo largo de las tres últimas décadas, y siguen desarrollándose de formas novedosas y a veces inesperadas. Los nuevos medios tienen unas implicaciones de amplio alcance para el gobierno democrático y las prácticas políticas. Han modificado, radicalmente, las formas en que funcionan las instituciones gubernamentales y como se comunican los líderes políticos. Han transformado el sistema de medios políticos y redefinido el papel de los periodistas. Han influido enormemente en la forma en que se disputan las elecciones; y han cambiado la forma en que los ciudadanos se implican en la política.

La aparición de nuevos medios ha complicado el sistema de los medios políticos. Los medios convencionales, compuestos por los medios de comunicación de masas anteriores a internet, como los periódicos, los programas de radio y los noticiarios televisivos, coexisten con nuevos medios que son los vástagos de la innovación tecnológica. Mientras los medios clásicos mantienen unos formatos relativamente estables, la lista de medios nuevos, que incluye páginas web, blogs, plataformas para compartir vídeos, aplicaciones digitales y redes sociales, se expande continuamente de formas innovadoras. A los medios de comunicación de masas diseñados para difundir noticias de interés general a un gran público se les han unido fuentes especializadas que difunden noticias selectivamente a un número limitado de usuarios (Stroud, 2011). Los nuevos medios pueden transmitir información directamente a las personas sin la intervención de controladores editoriales ni institucionales, intrínsecos a las formas de comunicación clásicas. Así pues, los nuevos medios han introducido un mayor nivel de inestabilidad e imprevisibilidad en el proceso de comunicación política.

La relación entre los medios de comunicación clásicos y los nuevos es simbiótica. Los clásicos han incorporado a los nuevos en sus estrategias informativas. Distribuyen material a través de una gama de plataformas de comunicación nuevas y antiguas. Se basan en las fuentes de los medios nuevos para satisfacer la demanda creciente de contenidos. A pesar de la competencia de los nuevos medios, las audiencias de los medios tradicionales siguen siendo importantes, incluso sin ser tan grandes como en el pasado. Los lectores de la edición impresa de *The New York Times* y los espectadores de programas nocturnos de las cadenas de televisión superan, en mucho, a los que acceden a las páginas web más populares de noticias políticas (Wired Staff, 2017). Las noticias de la televisión por cable y de las cadenas siguen siendo las fuentes principales de información política para la gente de más de treinta años (Mitchell y Holcomb, 2016). Como consecuencia de ello, los nuevos medios se basan en sus homólogos clásicos para ganar legitimidad y popularizar sus contenidos.

«LOS MEDIOS DISEMINAN UNA ENORME CANTIDAD DE CONTENIDOS POLÍTICOS, PERO BUENA PARTE DEL MATERIAL ES TRIVIAL, POCO FIABLE Y POLARIZADOR.»

En condiciones ideales, los medios cumplen varios papeles esenciales en una sociedad democrática. Su principal objetivo es informar al público, proporcionando a los ciudadanos la información necesaria para tomar decisiones meditadas sobre los líderes y las políticas. Los medios actúan a modo de controladores o perros guardianes, comprobando las acciones del gobierno. Establecen la agenda para la discusión pública de asuntos y proporcionan un foro para la expresión política. También facilitan el desarrollo de comunidades ayudando a la gente a encontrar causas comunes, a identificarse con grupos cívicos y a trabajar en pro de soluciones para los problemas de la sociedad.

Los nuevos medios tienen el potencial de satisfacer estas funciones de «libro de texto». Proporcionan un acceso sin precedentes a la información y pueden incluso llegar a audiencias desinteresadas mediante canales personalizados entre iguales, como Facebook. Los funcionarios públicos están sujetos a un mayor escrutinio, a medida que la gente normal une fuerzas con la prensa consolidada para llevar a cabo el papel de perro guardián. Los asuntos y los eventos que podrían encontrarse fuera del alcance de los periodistas convencionales pueden ser llevados a la palestra por ciudadanos corrientes. Los nuevos medios pueden crear comunidades que trasciendan las fronteras físicas mediante sus grandes capacidades de interconexión. Aunque la cobertura de los sucesos políticos por parte de los medios clásicos se correlaciona con un mayor compromiso político entre el gran público, los periodistas convencionales no creen que potenciar la participación sea su responsabilidad (Hayes y Lawless, 2016). Sin embargo, los nuevos medios buscan, explícitamente, implicar al público en las actividades políticas, como votar, ponerse en contacto con

los funcionarios públicos, las actividades de voluntariado en su comunidad y tomar parte en movimientos de protesta.

Al mismo tiempo, la era de los nuevos medios ha exacerbado tendencias que socavan los objetivos ideales de una prensa democrática. Los medios diseminan una enorme cantidad de contenidos políticos, pero buena parte del material es trivial, poco fiable y polarizador. El papel de perro guardián antes de la era de los nuevos medios había sido llevado a cabo, en gran medida, por periodistas cualificados que, en las mejores circunstancias, se centraban en destapar los hechos que rodeaban a las transgresiones políticas graves. Los reporteros del *Washington Post*, Bob Woodward y Carl Bernstein inspiraron a una generación de periodistas de investigación tras revelar el papel del presidente Richard Nixon en la irrupción en el cuartel general del Partido Demócrata, en el hotel Watergate, lo que provocó su dimisión (Shepard, 2012). En la era de los nuevos medios de comunicación, muchas noticias consisten en la cobertura de un torrente interminable de escándalos espectaculares (ya sean reales, exagerados o completamente inventados) que frecuentemente solo están relacionados tangencialmente con el gobierno.

Este capítulo empieza abordando brevemente la evolución de los nuevos medios en Estados Unidos para establecer las características centrales del sistema de medios de comunicación políticos actuales. Nos centraremos en el papel de los medios a la hora de proporcionar información en un sistema gubernamental democrático, y estudiaremos las formas en que los nuevos medios han afectado este papel. La diversidad de contenidos diseminados por los nuevos medios ha generado oportunidades como la capacidad de que más voces sean escuchadas. Sin embargo, la cuestionable calidad de buena parte de esta información plantea cuestiones serias para el discurso democrático. A continuación, hablaremos sobre cómo los nuevos medios son fundamentales para la cobertura política en una sociedad de la posverdad, en la que falsedades que contienen pequeñas referencias a hechos reales pasan por noticias. Por último, observaremos las formas en que la prensa que actúa a modo de perro guardián se está viendo ensombrecida por la prensa que actúa a modo de portavoz y sirve de maquinaria publicitaria para los políticos.

La evolución de los nuevos medios

Los nuevos medios emergieron a finales de la década de 1980, cuando las plataformas de entretenimiento, como los programas de charla en la radio y la televisión, y la prensa sensacionalista, adoptaron destacados papeles políticos y dieron lugar al género del «infoentretenimiento». El «infoentretenimiento» difumina los límites entre las noticias y el entretenimiento y favorece las historias sensacionalistas y escandalosas en detrimento de la información seria (Jebril *et al.*, 2013). Los políticos recurrieron a los nuevos medios para sortear el control de la prensa convencional sobre la agenda informativa. El énfasis puesto en el

«infoentretenimiento» por los nuevos medios en esta etapa temprana aportó a los líderes y candidatos políticos un entorno más amigable para presentarse ante el público que el de los canales de la prensa seria (Moy *et al.*, 2009). Durante las elecciones presidenciales estadounidenses de 1992, el candidato del Partido Demócrata, Bill Clinton, apareció, como es bien sabido, en el programa televisivo de opinión, debate y entrevistas de Arsenio Hall llevando unas gafas de sol y tocando el saxofón, lo que generó una imagen cálida y personal que marcó el tono de su campaña (Diamond *et al.*, 1993). La fusión de la política y el entretenimiento atrajo a audiencias que normalmente habían mostrado desinterés por los asuntos públicos (Williams y Delli Carpini, 2011). También dio pie a la ascendencia de los «famosos» políticos y preparó el camino para un presidente de la «telerrealidad» como Donald Trump décadas después.

Los observadores políticos y los eruditos contemplaron la llegada de un «populismo de los nuevos medios» que implicaría a los ciudadanos desinteresados y facilitaría un papel más activo al público en el discurso político. Los nuevos medios tenían el potencial de mejorar el acceso de la gente a la información política, facilitar un discurso político de mayor alcance y fomentar la participación. Al principio, el público respondió positivamente a los canales de comunicación más accesibles, llamando a programas de opinión, debate y entrevistas políticos y participando en foros de discusión de los ayuntamientos por internet. Sin embargo, el verdadero potencial populista de los nuevos medios se vio socavado por el hecho de que el sistema de los nuevos medios políticos evolucionó anárquicamente, sin principios rectores ni objetivos. Estaba muy dominado por los intereses comerciales y por aquellos que ya ocupaban puestos privilegiados en la política y la industria de la información. El entusiasmo público acabó dando lugar a la ambivalencia y el cinismo, especialmente a medida que la novedad de la primera fase de los nuevos medios desapareció (Davis y Owen, 1998).

La siguiente fase en el desarrollo de los nuevos medios se desplegó junto con la aplicación a la política de tecnologías emergentes de comunicación digital que hicieron posible canales completamente nuevos y revolucionarios sistemas de envío de contenidos. El entorno digital y las plataformas a las que sostiene transformaron profundamente el sistema de los medios políticos. Empezando a mediados de la década de 1990, nuevas plataformas de medios políticos progresaron rápidamente desde la rudimentaria página web de «folletos» sin capacidad de interacción usada por la campaña presidencial de Bill Clinton en 1992 hasta abarcar sitios web con características interactivas, foros de discusión, blogs, plataformas online para la recaudación de fondos, páginas web para el reclutamiento de voluntarios y reuniones. El público se implicó más en la producción y distribución real de contenidos políticos. Los «periodistas ciudadanos» estaban siendo testigos de eventos que los periodistas profesionales no cubrían. La gente no perteneciente a las élites aportaba sus puntos de vista sobre cualquier asunto a los propios líderes políticos. Los miembros del público también eran responsables de la grabación y la publicación de vídeos que podían volverse virales

e influir en el desarrollo de los acontecimientos (Wallsten, 2010). En 2006, por ejemplo, la campaña para la reelección del senador republicano George Allen se vio arruinada por un vídeo viral en el que utilizaba el término «macaco» (un insulto racista) para referirse a una joven de origen indio que estaba asistiendo a su mitin electoral (Craig y Shear, 2006).

«LA FUSIÓN DE LA POLÍTICA Y EL ENTRETENIMIENTO ATRAJO A AUDIENCIAS QUE NORMALMENTE HABÍAN MOSTRADO DESINTERÉS POR LOS ASUNTOS PÚBLICOS.»

Una tercera fase en la evolución de los nuevos medios viene marcada por las elecciones presidenciales de 2008, con la revolucionaria estrategia de la campaña digital del candidato demócrata, Barack Obama. El equipo de Obama revolucionó el uso de las redes sociales en unas elecciones que creían imposibles de ganar utilizando técnicas tradicionales. La campaña hizo uso de características avanzadas de los medios digitales que sacaban el máximo rendimiento de la interconexión, la colaboración y el potencial de generar lazos comunitarios de las redes sociales para crear un movimiento político. La página web de la campaña de Obama consistía en un centro multimedia de servicio integral en el que los votantes no solo podían acceder a información, sino que también podían ver y compartir vídeos, mirar y distribuir anuncios de la campaña, publicar comentarios y escribir en blogs. Los simpatizantes podían hacer donaciones, ofrecerse como voluntarios, diseñar artículos, o pulsar el botón de «me gusta» de camisetas y gorras. La campaña estuvo activa en Facebook, Twitter y YouTube, además de en varias otras plataformas de las redes sociales que atendían a electorados concretos, como BlackPlanet, AsianAve, y Glee. La campaña fue pionera en las tácticas de mini-marketing digital. Utilizó las redes sociales para recopilar datos sobre las preferencias políticas y de consumo de la gente, y generó perfiles de votantes para seguir a grupos concretos, como los profesionales jóvenes, con mensajes a medida para ellos.

Las nuevas tendencias en los medios asentadas en la campaña de 2008 se han llevado a la esfera del gobierno y la política de forma más general. Las redes sociales se han convertido en una fuerza ubicua en la política, modificando la dinámica de la comunicación entre los líderes políticos, los periodistas y el público. Han abierto vías más amplias para el discurso político instantáneo y el debate. Las investigaciones muestran que el acceso de la gente a las redes sociales de internet tiene un efecto positivo sobre su opinión de la eficacia política y en su tendencia a participar en la política (Gil de Zuniga *et al.*, 2010). Sin embargo, también ha habido una respuesta negativa cuando el discurso en las redes sociales se ha vuelto demasiado desagradable y los usuarios han bloqueado los contenidos o han abandonado sus redes sociales (Linder, 2016). Las redes sociales permiten a la gente organizarse con eficacia y hacer uso de su influencia colectiva. Así pues, se hace más responsables a los líderes políticos debido a que sus acciones son rastreadas continuamente en las redes sociales.

Al mismo tiempo, las organizaciones de medios de comunicación clásicos han llegado a depender en ciertos aspectos de los nuevos medios. Los periódicos, en concreto, se han enfrentado a penurias económicas debido a unas condiciones de mercado adversas, unos ingresos menores en publicidad y la competencia de las nuevas fuentes de noticias que están proliferando. El tamaño de las redacciones de los periódicos tradicionales en Estados Unidos se ha reducido en más de 20.000 puestos en los últimos veinte años, y también han experimentado un descenso similar a nivel global (Owen, 2017). Las agencias de noticias tradicionales han recortado en unidades de investigación, y solo alrededor de la tercera parte de los reporteros cubren los acontecimientos políticos (Mitchell y Holcomb, 2016). Alicia Shepard, una antigua defensora de los usuarios de los medios y promotora de la capacitación en medios de comunicación, opinaba: «Cuando los periódicos ni tan siquiera pueden cubrir el periodismo cotidiano, ¿cómo van a invertir en reportajes de investigación onerosos y a largo plazo?» (2012). Pese a ello, los periodistas que trabajan para organizaciones tradicionales siguen suponiendo la parte del león en cuanto a la recopilación de noticias serias y al periodismo de investigación. Los periodistas convencionales han acabado confiando en los contenidos que surgen en los nuevos medios como fuentes de noticias. Estas tendencias han influido seriamente en la calidad y la naturaleza de los contenidos de las noticias, además de en el estilo del periodismo político, que ha quedado más impregnado de «infoentretenimiento» y de citas de canales de Twitter.

La oferta de información política

Las complejidades del sistema de los nuevos medios se ven reflejadas en la diversidad del contenido disponible. La información distribuida mediante la vasta red de comunicaciones cubre todo el espectro desde el periodismo de investigación basado en hechos de reporteros profesionales hasta las mentiras descaradas o la «información alternativa» (por usar el término acuñado por Kellyanne Conway, la asesora del presidente Trump) ofrecida por la prensa alternativa (Graham, 2017). En la era de los nuevos medios, las fronteras que separan estos tipos dispares de información se han ido difuminando crecientemente. Los editores de medios profesionales que regulan el flujo de información aplicando los principios y estándares informativos relacionados con el bien común se han vuelto escasos (Willis, 1987). Se han visto reemplazados por los medios sociales y los editores analíticos cuya principal motivación consiste en atraer a los usuarios a los contenidos independientemente de su valor informativo. El público tiene que esforzarse para distinguir la verdad de la ficción y para diferenciar lo que importa de lo intrascendente.

Se pueden aportar varias explicaciones sobre el cambio en la calidad y la cantidad de la información sobre política. Las potencialidades tecnológicas de los nuevos medios permiten que los contenidos se propaguen aparentemente sin límites. Las redes sociales tienen una estructura tremendamente diferente a las de las anteriores plataformas de los medios de comunicación tradicionales. Los contenidos pueden revelarse sin un filtrado importante por terceras partes,

confirmación de los datos ni valoración editorial. Individuos que carecen de una formación o una reputación previa en el periodismo pueden llegar a muchos usuarios a una velocidad increíble. Los mensajes se multiplican al compartirse a través de plataformas de noticias y mediante las cuentas personales en las redes sociales (Allcott y Gentzkow, 2017).

Además, los incentivos económicos de las nuevas compañías de medios, como Google, Facebook y Twitter, se reorientan a atraer a grandes audiencias que traerán ingresos en publicidad. El contenido político se usa para atraer a los consumidores hacia productos de los medios sociales, en lugar de llevar a cabo la función de servicio público de informar a la ciudadanía. Las presiones comerciales llevan a las organizaciones de medios a presentar historias incendiarias que son las que reciben más atención. Además, mientras las plataformas proliferan, contenidos similares se difunden ampliamente, ya que el poder de los medios está concentrado en un pequeño número de corporaciones de medios nuevos y antiguos (McChesney, 2015). Los motores de búsqueda dirigen a los usuarios hacia una selección limitada de páginas web muy visitadas y bien financiadas (Hindman, 2009; Pariser, 2011).

Otras explicaciones se centran en la naturaleza del entorno político estadounidense, que se ha vuelto extremadamente polarizado, provocando la aparición de agendas políticas que promueven políticas deshonestas. Un estudio realizado en 2017 por el centro de investigaciones Pew Research Center reveló que la brecha entre los demócratas y los republicanos en cuanto a los valores políticos centrales, incluyendo: el papel del gobierno, la raza, la inmigración, el sistema de seguridad social, la seguridad nacional, los impuestos y la protección medioambiental, ha crecido hasta alcanzar proporciones épicas para la época actual. Dos terceras partes de los estadounidenses pertenecen claramente a la esfera liberal o a la conservadora, y pocos mantienen unas posturas ideológicas mixtas (Pew Research Center, 2017; Kiley, 2017).

Las opiniones que surgen en los los nuevos medios reflejan estas profundas divisiones políticas, y frecuentemente devienen en expresiones de hostilidad y en ataques *ad hominem*. El presidente Donald Trump usó Twitter para iniciar una controversia por los jugadores de la liga nacional de fútbol americano (NFL) que protestaron contra la opresión racial durante la interpretación del himno nacional antes de los partidos. Utilizó un término despectivo para referirse a los jugadores, que son predominantemente afroamericanos, e instó a los propietarios de los equipos a que despidieran a aquellos que respaldaban la protesta. Los estallidos de Trump en las redes sociales acusaron a los jugadores de perder el respeto a la bandera y al ejército, malinterpretando las motivaciones de la protesta y dividiendo al público en corrientes de pensamiento político y racial.

Las divisiones políticas se ven reflejadas en la presencia de «cajas de resonancia» de los medios, en las que la gente escoge sus fuentes de noticias e información basándose en su afinidad política con otros usuarios. Las cajas de resonancia de los nuevos medios actuales empezaron a formarse durante la primera fase de

dichos nuevos medios, cuando presentadores conservadores de programas de radio de opinión, debate y entrevistas como Rush Limbaugh atrajeron a seguidores entregados (Jamieson y Cappella, 2010). Las redes sociales han acelerado el desarrollo de cajas de resonancia, ya que facilitan la exposición de la gente a la información compartida por individuos de mentalidad similar en sus redes personales. El 62 por ciento de los estadounidenses adultos se informa a través de las redes sociales. Los usuarios de las redes sociales suelen encontrar noticias involuntariamente mientras ojean sus canales (Gottfried y Shearer, 2016). La capacidad de los medios sociales de aislar a la gente de la exposición a puntos de vista distintos exacerba la polarización política.

«LOS MOTORES DE BÚSQUEDA DIRIGEN A LOS USUARIOS HACIA UNA SELECCIÓN LIMITADA DE PÁGINAS WEB MUY VISITADAS Y BIEN FINANCIADAS.»

Un importante segmento del público percibe a los periodistas como élites distantes, que no comparten sus valores conservadores. El analista político Nate Silver (2017) afirma que la prensa en Estados Unidos ha estado funcionando en una burbuja políticamente homogénea, metropolitana y de tendencia liberal que se ha adherido a las personas influyentes de la clase dirigente. Sostiene que los medios convencionales han perdido el contacto con buena parte del público. Las instituciones de los medios clásicos son incapaces de conectar eficazmente con la frustración y la ira de la gente que se encuentra fuera de los círculos de los estudios y los ingresos superiores (Camosy, 2016).

Algunos estudiosos argumentan que los nuevos medios están cerrando la brecha entre los periodistas distantes y el gran público, dando voz a aquellos que se han sentido dejados de lado (Duggan y Smith, 2016). El Tea Party, un movimiento político conservador centrado en asuntos relacionados con los impuestos y la deuda nacional, usó las redes sociales para la movilización política en las elecciones a mitad de la legislatura de 2010. Los candidatos del Tea Party emplearon las redes sociales para remodelar el discurso público de la campaña, forjando un sentimiento de solidaridad entre grupos que anteriormente se habían sentido privados del derecho a voto (Williamson, Skocpol y Coggin, 2011). Los candidatos con un programa extremista han amplificado esta tendencia. Candidatos al Congreso muy tendenciosos y llamativos de ambos lados del espectro político que provocan el desacuerdo político y la retórica indignada son los que más seguidores consiguen en Facebook. Usan los medios sociales para reafirmar su base política (Messing y Weisel, 2017).

Los medios de la posverdad

El autor estadounidense Ralph Keyes (2004) señala que la sociedad ha entrado en la era de la posverdad. El engaño se ha convertido en una característica definitoria de la vida actual, y es tan ubicua que la gente está insensibilizada a sus

implicaciones. Lamenta el hecho de que las afirmaciones ambiguas que contienen un ápice de autenticidad, pero que quedan muy alejadas de la verdad, se han convertido en moneda corriente de los políticos, reporteros, ejecutivos y otras personas influyentes.

La periodista Susan Glasser (2016) argumenta que el periodismo ha acabado reflejando las realidades de la información en los Estados Unidos de la posverdad. Los datos objetivos están subordinados a los llamamientos emocionales y las creencias personales en la formación de la opinión pública. El público tiene dificultades para distinguir las noticias relevantes sobre cuestiones políticas importantes del clamor superfluo que impregna los medios. El trabajo de los periodistas de investigación se ha convertido, en cierto modo, en más profundo e informado que en el pasado, debido a los amplios recursos disponibles para investigar historias, incluyendo un mayor acceso a archivos del gobierno y al análisis del *big data*. Sin embargo, las historias bien documentadas se ven ensombrecidas por el constante zumbido de pequeñas informaciones triviales repetitivas y explotadas con fines sensacionalistas que predominan en los medios antiguos y en los nuevos. Reflexionando sobre la cobertura informativa de las últimas elecciones presidenciales en Estados Unidos, Glasser afirma: «El escándalo en los medios de 2016 no tiene tanto que ver con lo que los reporteros no contaron al público, sino que tiene que ver con aquello de lo que informaron y con el hecho de que no pareció importar» (2016).

Las pruebas de que las preocupaciones de Glasser están bien fundamentadas pueden recopilarse examinando los contenidos que aparecen en los medios a diario. Los medios de la posverdad fueron prominentes durante las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016. Los relatos de los medios sobre las elecciones estaban impregnados de información falsa, rumores infundados y mentiras descaradas. Las historias falsas y «factoriales», información manipulada y no verificada, emanaban de páginas web de información inventada, y de las cuentas en las redes sociales de los candidatos y sus colaboradores. El candidato nombrado por el Partido Republicano, Donald Trump, utilizaba su canal de Twitter para difundir afirmaciones sensacionalistas y no verificadas que dominaran la agenda informativa, una práctica que mantuvo después de asumir la presidencia. Alegó que el padre de Ted Cruz, su rival para el nombramiento, había estado implicado en el asesinato del presidente John F. Kennedy, y perpetuó la afirmación falsa de que el presidente Barack Obama no había nacido en Estados Unidos (Carson, 2017). Las noticias falsas impregnaron los reportajes de las organizaciones de medios clásicos, ya que se basaban enormemente en fuentes digitales para la obtención de información. Las corporaciones de información por cable, como la CNN y la MSNBC amplificaron las afirmaciones infundadas de Trump, como sus alegaciones de que los musulmanes de Nueva Jersey habían celebrado el ataque contra el World Trade Center el 11-S, incluso al tiempo que criticaban su veracidad (Shafer, 2015).

Las controversias artificiosas le restan espacio a la cobertura de asuntos importantes relacionados con las políticas, los procesos y la gobernanza (Horton,

2017). En octubre de 2017, el presidente Donald Trump y Bob Corker, el senador republicano por Tennessee, intercambiaron una serie de insultos cuando el Congreso debatió importantes reformas fiscales. La disputa dominó la cobertura en los nuevos medios en detrimento de la batalla por la legislación fiscal, y ocupó a la portada de *The New York Times*. Entre los muchos insultos vertidos durante el transcurso de varias semanas, Trump se refirió a Corker como «Pequeño Bob», y tuiteó que Corker «ni siquiera podría ser elegido como perrero». Corker dijo que la Casa Blanca era «un centro de cuidados para adultos» y etiquetó a Trump de «presidente completamente mentiroso» (Sullivan, 2017).

El auge de las noticias falsas

La ilustración más extrema del concepto de la posverdad es el aumento de las noticias falsas. La definición de una noticia falsa ha variado a lo largo del tiempo, y sigue haciéndolo. Inicialmente, el término «noticia falsa» se refería a las parodias y la sátira de las noticias, como en los programas *The Daily Show*, *The Colbert Report* y *Weekend Update*, en *Saturday Night Live*. Durante la campaña de 2016, el concepto de noticia falsa se relacionó con las historias ficticias que se hacían pasar por artículos sobre noticias reales. Estas historias se diseminaban por páginas web que tenían la apariencia de plataformas de noticias o blogs auténticos, como *Infowars*, *The Rightest* y *National Report*. Una recopilación hecha en 2017 documentó 122 páginas web que publican noticias falsas de forma rutinaria (Chao *et al.*, 2017). A los autores se les paga (a veces miles de dólares) para escribir o grabar información falsa. Algunos de estos autores viven fuera de Estados Unidos, en países entre los que se incluye Rusia (Shane, 2017). Utilizan las interacciones en las redes sociales y los algoritmos para diseminar contenidos a sectores ideológicos concretos. Las historias inventadas se difunden viralmente mediante *bots* sociales, un software automatizado que replica mensajes haciéndose pasar por una persona (Emerging Technology from the arXiv, 2017).

Las historias sobre noticias falsas apelan a las creencias preexistentes de la gente sobre los líderes políticos, los partidos, las organizaciones y los medios de noticias convencionales. Aunque algunas historias de noticias falsas son rotundas invenciones, otras contienen elementos de verdad que hacen que parezcan creíbles para el público instalado en cajas de resonancia. Las teorías de la conspiración, los fraudes y las mentiras se difundieron eficazmente a través de Facebook, Snapchat y otras redes sociales, y llegaron a millones de votantes en las elecciones de 2016 (Oremus, 2016). Por ejemplo, una historia inventada que apareció en el *The Denver Guardian*, una página de internet falsa que pretendía emular al periódico real, *The Denver Post*, informó de que un agente del FBI relacionado con una investigación sobre los emails de la candidata del Partido Demócrata, Hillary Clinton, había asesinado a su mujer y luego se había suicidado disparándose. Unos artículos falsos afirmaban que el Papa Francisco había respaldado a Donald Trump y que Hillary Clinton había vendido armas al ISIS (Rogers y Bromwich, 2016).



El Twitter de Donald Trump ha ganado fama tanto por servir como medio para comunicar decisiones y establecer objetivos, como para responder a las acusaciones de la prensa.

Las condiciones de la era de los nuevos medios han sido propicias para la proliferación de noticias falsas. Este nuevo sistema de medios ha eliminado muchos de los obstáculos para la producción y distribución que existían en los tiempos de los medios tradicionales de masas. Aunque los vestigios de la brecha digital persisten, especialmente entre las familias con menores ingresos (Klein, 2017), las barreras para el acceso a los nuevos medios se han reducido. El coste de producir y distribuir información a gran escala se ha reducido. La logística y las capacidades necesarias para crear contenidos son menos importantes. Las redes sociales hacen que resulte posible construir y mantener audiencias ideológicamente afines que confiarán en los contenidos publicados. Las noticias falsas proliferan ampliamente en las redes sociales, especialmente en Facebook y Twitter. De hecho, las historias de noticias falsas se difunden más ampliamente en Facebook que en las noticias basadas en hechos de los medios convencionales (Silverman, 2016). El público se ve engañado y confundido por las noticias falsas, que mezclan hechos elementales de la política y el gobierno con la ficción. Un informe del año 2016 del Pew Research Center halló que el 64 por ciento del público estadounidense encontraba que las noticias inventadas generaban mucha confusión sobre los hechos esenciales de los sucesos actuales, y otro 24 por ciento creía que las noticias falsas generaban alguna confusión (Barthel, Mitchell, and Holcomb, 2016). Por último, las reclamaciones legales ante las noticias falsas y la distribución de contenidos falsos son mucho más difíciles de plantear, ya que resulta caro y consume mucho tiempo demandar a editores por difundir informaciones falsas.

Un significado alternativo de las noticias falsas surgió tras las elecciones presidenciales. En su primera conferencia de prensa como presidente electo, Donald Trump se apropió del término «noticia falsa» como referencia despectiva

hacia la prensa convencional. Señalando al periodista de la CNN Jim Acosta, que estaba intentando hacer una pregunta, Trump exclamó: «¡Sois información falsa!». Trump y sus acólitos usan frecuentemente la etiqueta de «noticias falsas» cuando intentan deslegitimar a los medios de comunicación clásicos, incluyendo a *The New York Times* y *The Washington Post*, por informar de lo que consideran desfavorable (Carson, 2017). Cansados de que Trump invocara repetidamente la etiqueta de «noticias falsas», la CNN lanzó una campaña de «Los hechos primero» como respuesta a «los ataques constantes de Washington y de más allá». Un vídeo de treinta segundos muestra una imagen de una manzana con esta voz en off:

Medios informativos solventes como *The New York Times* o *The Washington Post* a menudo son acusados de publicar noticias falsas cuando esa información no es del interés de algunas partes.

Esto es una manzana. Algunas personas quizás intenten decirte que es un plátano. Puede que griten «plátano, plátano, plátano» una y otra vez. Puede que intenten escribir «plátano» en mayúsculas. Puede que incluso empieces a creer que esto es un plátano, pero no lo es: esto es una manzana.

Los hechos son los hechos. No están teñidos por las emociones ni los sesgos. Son indiscutibles. No existen alternativas a un hecho. Los hechos explican cosas: qué son, cómo sucedieron. Los hechos no son interpretaciones. Una vez que los hechos se demuestran, se puede tener una opinión formada. Y aunque las opiniones importan, no modifican los hechos. https://www.cnncreativemarketing.com/project/cnn_factsfirst/.



Perros guardianes o portavoces de los políticos

La idea de la prensa como controlador político da a los medios el papel de guardianes del interés público. Esta prensa proporciona un freno a los abusos del gobierno, generando información a los ciudadanos y forzando la transparencia del gobierno. El apoyo público del papel de controlador de los medios de información es considerable; un estudio del Pew Research Center demuestra que el 70 por ciento de los estadounidenses creen que los reportajes de la prensa pueden «evitar que los líderes hagan cosas que no deberían hacerse» (Chinni y Bronston, 2017).

Los nuevos medios han potenciado la capacidad de los reporteros de cumplir con su papel de vigilantes, incluso en una era de recursos menguantes para el periodismo de investigación. La información puede compartirse fácilmente mediante las fuentes de medios formales, ya que los canales de noticias locales pueden transmitir información sobre sucesos de última hora a organizaciones nacionales. Los ciudadanos también pueden documentar y compartir noticias a través de las redes sociales. Cuando un violento huracán de categoría 5 devastó Puerto Rico y la respuesta del gobierno estadounidense fue lenta, los periodistas pudieron sacar la historia a la luz porque los residentes y los servicios de emergencia la llevaron a las redes sociales para aportar relatos de primera mano a los periodistas estadounidenses que tenían dificultades para llegar a la isla (Vernon, 2017).

Sin embargo, existen aspectos del papel de vigilante o controlador de los medios que se ha vuelto más difícil satisfacer. Contrarrestar mentiras descaradas procedentes de funcionarios se ha convertido en un ejercicio fútil, pese a que la confirmación de la información se ha convertido en una categoría dentro de las noticias. El «Facts Checker» (El confirmador de información) de *The Washington Post* identificó casi 1.500 afirmaciones falsas hechas por el presidente Trump en 250 días en el cargo www.washingtonpost.com/news/fact-checker. Las páginas web que se dedican a poner las cosas en su sitio, como PolitiFact, Snopes y FactCheck, apenas pueden seguirle el ritmo a la cantidad de información que requiere de comprobación. A pesar de estos esfuerzos, la información falsa que está en el aire y circula por internet se ha multiplicado.

Existen pruebas que sugieren que los nuevos medios permiten a los líderes políticos eludir a la prensa controladora. De alguna forma, la prensa ha pasado de ser un perro guardián a ser un vocero de los políticos. Esta tendencia se ve exacerbada por el hecho de que existe una puerta giratoria en la que los periodistas van cambiando de puesto entre los medios y el gobierno. Algunos estudiosos sostienen que estas puertas giratorias ponen en peligro la objetividad de los periodistas que consideran que la fuente de su siguiente salario vendrá de un trabajo para el gobierno (Shepard, 1997).

Los medios actúan a modo de voceros de los líderes políticos difundiendo sus palabras y acciones, pese a que su valor informativo sea cuestionable. El presidente Donald Trump usa Twitter como mecanismo para hacer llegar mensajes directamente a sus seguidores mientras evita a los guardianes periodísticos y

políticos, incluyendo a los miembros de alto rango de su equipo personal. Muchos de sus tuits tienen un valor informativo cuestionable, excepto porque proceden de la cuenta personal del presidente en las redes sociales. Pese a ello, la prensa actúa como vocero promocionando sus tuits. Un preadolescente estúpido o mezquino puede controlar varios ciclos de noticias. En una entrevista con Maria Bartiromo, del canal de televisión Fox, el presidente Trump explicó la razón por la que usa las redes sociales para comunicarse con el público y la prensa, que respalda la idea de los medios que actúan como voceros:

Tuitear es como usar una máquina de escribir: cuando publico tú lo sacas inmediatamente en tu programa. Es decir, el otro día publiqué algo, y dos segundos después lo estaba viendo en tu programa, está en el aire... ¿sabes? Debes mantener a la gente interesada; pero las redes sociales... sin las redes sociales no estoy seguro de que estuviéramos aquí hablando. Probablemente no estaría aquí hablando (Tatum, 2017).

«LOS NUEVOS MEDIOS HAN POTENCIADO LA CAPACIDAD DE LOS REPORTEROS DE CUMPLIR CON SU PAPEL DE VIGILANTES.»

Cuando los rumores y las teorías de la conspiración son creídos, pueden tener unas consecuencias graves. Esta idea se ilustra en la teoría de la conspiración del «PizzaGate», que se difundió en las redes sociales durante las elecciones presidenciales de 2016. La candidata a la presidencia por el Partido Demócrata, Hillary Clinton, y el director de su campaña, John Podesta, fueron acusados de practicar rituales satánicos en los que «descuartizaban y violaban» a niños personalmente. Wikileaks publicó emails personales de la cuenta de Podesta en los que decía que disfrutaba comiendo en un restaurante de pizzas de Washington, D.C. El *hashtag* de Twitter #pizzagate empezó a ser un tema candente (*trending topic*). Los rumores que decían que el propietario del restaurante dirigía un cártel pederasta empezaron a circular. Creyendo que los rumores eran ciertos, un hombre condujo desde Carolina del Norte para liberar a los supuestos niños que eran esclavos sexuales. Disparó un rifle de asalto en el interior del restaurante de pizzas mientras el personal y los dueños huían. En la actualidad está cumpliendo una pena de cuatro años de prisión (Aisch *et al.*, 2016; Fisher *et al.*, 2016).

Conclusión

Los nuevos medios han expandido y también socavado los papeles tradicionales de la prensa en una sociedad democrática. En la parte positiva, han incrementado enormemente el potencial para que la información política llegue incluso a los ciudadanos más desinteresados. Permiten la creación de plazas públicas digitales donde las opiniones se pueden compartir abiertamente. Han creado nuevas vías

para el compromiso que permiten al público contactar con el gobierno de formas nuevas y contribuir al flujo de información política.

Al mismo tiempo, la unión del auge de los nuevos medios y la sociedad de la posverdad ha generado una situación precaria que subvierte los aspectos positivos. En la actualidad, parece que hay frenos eficaces a la marea creciente de información falsa. La sustitución del periodismo de investigación serio por la cobertura de escándalos ha debilitado el papel de controlador de la prensa. La postura ambigua de los medios como voceros de los políticos hace que los periodistas sean cómplices de la proliferación de desinformación y hechos inciertos. Es importante reconocer que el periodismo estadounidense nunca ha experimentado una «edad dorada» en la que la verdad siempre prevaleciera y el periodismo responsable fuera absoluto. Sin embargo, la época actual puede marcar un nuevo mínimo para el imperativo democrático de una prensa libre.

Referencias bibliográficas

- Aisch, G.; Huang, J. y Kang, C. (2016): «Dissecting the #PizzaGate conspiracy theories». *The New York Times*, 10 de diciembre. https://www.nytimes.com/interactive/2016/12/10/business/media/pizzagate.html?_r=0
- Allcott, H. y Gentzkow, M. (2017): «Social media and fake news in the 2016 election». *Journal of Economic Perspectives*, vol. 31, núm. 2, pp. 211-236.
- Barthel, M.; Mitchell, A. y Holcomb, J. (2016): «Many Americans believe fake news is sowing confusion». Informe de investigación. Pew Research Center, Washington, D.C. <http://www.journalism.org/2016/12/15/many-americans-believe-fake-news-is-sowing-confusion/>
- Camosy, C. (2016.): «Trump won because college-educated Americans are out of touch». *The Washington Post*, 9 de noviembre. https://www.washingtonpost.com/posteverything/wp/2016/11/09/trump-won-because-college-educated-americans-are-out-of-touch/?utm_term=.b900fe12b964
- Carson, J. (2017): «What is fake news? Its origins and how it grew in 2016». *The Telegraph*, 10 de marzo. <http://www.telegraph.co.uk/technology/0/fake-news-origins-grew-2016/>
- Chinni, D. y Bronston, S. (2017): «Despite attacks on the press, public supports watchdog role». *NBC News*, 9 de julio. <https://www.nbcnews.com/politics/white-house/despite-attacks-press-public-supports-watchdog-role-n781046>
- Craig, T. y Shear, M. D. (2006): «Allen Quip provokes outrage, apology». *The Washington Post*, 15 de agosto. <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2006/08/14/AR2006081400589.html>
- Davis, R. y Owen, D.: *New media and American politics*. Oxford University Press, Nueva York, 1998.
- Diamond, E.; McKay, M. y Silverman, R. (1993): «Pop goes politics: New media, interactive formats, and the 1992 Presidential campaign». *American Behavioral Scientist*, vol. 37, núm. 2, pp. 257-261.
- Duggan, M. y Smith, A. (2016): *The political environment on social media*. Informe de investigación. Pew Research Center, Washington, D.C. <http://www.pewinternet.org/2016/10/25/political-content-on-social-media/>
- Emerging Technology from the arXiv (2017): «First evidence that social bots play a major role in spreading fake news». *MIT Technology Review*, 7 de agosto. <https://www.technologyreview.com/s/608561/first-evidence-that-social-bots-play-a-major-role-in-spreading-fake-news/>
- Fisher, M.; Cox, J. W. y Hermann, P. (2016): «Pizzagate: From rumor, to hashtag, to gunfire in D.C.». *Washington Post*, 6 de diciembre.
- Gil de Zuniga, H.; Jung, N. y Valenzuela, S. (2010): «Social media use for news and individuals' social capital, civic engagement, and political participation». *Journal of Computer-Mediated Communication*, vol. 17, pp. 319-336.
- Glasser, S. B. (2016): «Covering politics in a "post-truth" America». *Brookings Essay*, 2 de diciembre. https://www.brookings.edu/essay/covering-politics-in-a-post-truth-america/?utm_campaign=brookings-comm&utm_source=hs_email&utm_medium=email&utm_content=38712889
- Gottfried, J. y Shearer, E. (2016): *News use across social media platforms 2016*. Informe de investigación. Pew Research Center, Washington, D.C. file:///C:/Users/owend/Downloads/PJ_2016.05.26_social-media-and-news_FINAL-1.pdf
- Graham, D. A. (2017): «"Alternative facts": The needless lies of the Trump administration». *The Atlantic*, 22 de enero. <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2017/01/the-pointless-needless-lies-of-the-trump-administration/514061/>
- Hayes, D. y Lawless, J. L. (2015): «As local news goes, so goes citizen engagement: Media, knowledge, and participation in U.S. House elections». *The Journal of Politics*, vol. 77, núm. 2, pp. 447-462.
- Hindman, M.: *The myth of digital democracy*. Princeton University Press, Princeton, 2008.
- Horton, A. (2017): «The crazy summer of Trump controversies that you've already forgotten». *The Washington Post*, 19 de agosto. https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2017/08/19/the-crazy-summer-of-trump-controversies-that-youve-already-forgotten/?utm_term=.868a02ccef2
- Jamieson, K. H. y Cappella, J. N.: *Echo Chamber*. Oxford University Press, Nueva York, 2010.
- Jebriil, N.; Albaek, E. y deVreese, C. H. (2013): «Infotainment, cynicism and democracy: The effects of privatization vs. personalization in the news». *European Journal of Communication*, vol. 28, núm. 2, pp. 105-121.
- Keyes, R.: *The post-truth era*. St. Martin's Press, Nueva York, 2004.
- Kiley, J. (2017): «In polarized era, fewer Americans hold a mix of conservative and liberal views». Informe de investigación. Pew Research Center, Washington, D.C. <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2017/10/23/in-polarized-era-fewer-americans-hold-a-mix-of-conservative-and-liberal-views/>
- Klein, P. (2017): «The 2017 digital divide». *MIT Initiative on the Digital Economy*, 1 de septiembre. <https://medium.com/mit-initiative-on-the-digital-economy/the-2017-digital-divide-2c6e8833c57d>
- Linder, M. (2016): «Block. Mute. Unfriend. Tensions rise on Facebook after election results». *Chicago Tribune*, 9 de noviembre. <http://www.chicagotribune.com/lifestyles/ct-facebook-election-reaction-family-1109-20161109-story.html>
- McChesney, R.: *Rich media, poor democracy*, 2ª edición. The New Press, Nueva York, 2015.
- Messing, S. y Weisel, R. (2017): *Partisan conflict and congressional outreach*. Informe de investigación. Pew Research Center, Washington, D.C. file:///C:/Users/owend/Downloads/LabsReport_FINALreport.pdf

- Mitchell, A. y Holcomb, J. (2016): *State of the news media*. Informe de investigación. Pew Research Center, Washington, D.C. <https://assets.pewresearch.org/wp-content/uploads/sites/13/2016/06/30143308/state-of-the-news-media-report-2016-final.pdf>
- Moy, P.; Xenos, M. A. y Hess, V. K. (2009): «Communication and citizenship: Mapping the political effects of infotainment». *Mass Communication and Society*, vol. 8, núm. 2, pp. 111-131.
- Ordway, D.-M. (2017): «Fake news and the spread of misinformation». *Journalist Resource*. The Shorenstein Center on Media, Politics and Public Policy, Universidad de Harvard, Boston (Massachusetts). <https://journalistsresource.org/studies/society/internet/fake-news-conspiracy-theories-journalism-research>
- Oremus, W. (2016): «Stop calling everything “fake news”». *Slate*, 6 de diciembre. http://www.slate.com/articles/technology/technology/2016/12/stop_calling_everything_fake_news.html
- Owen, D. (2017): *The state of technology in global newsrooms*. Informe de investigación. International Center for Journalists, Washington, D.C. <http://www.icfj.org/sites/default/files/ICFJTechSurveyFINAL.pdf>
- Pariser, E.: *Filter bubble*. The Penguin Press, Nueva York, 2011.
- Pew Research Center (2017): *The Partisan divide on political values grows even wider*. Informe de investigación. Pew Research Center, Washington, D.C. <file:///C:/Users/owend/Downloads/10-05-2017-Political-landscape-release.pdf>
- Rogers, K. y Bromwich, J. E. (2016): «The hoaxes, fake news and misinformation we saw on election day». *The New York Times*, 8 de noviembre. <https://www.nytimes.com/2016/11/09/us/politics/debunk-fake-news-election-day.html>
- Shafer, J. (2015): «Let the big lies begin». *Politico Magazine*, 24 de noviembre. <http://www.politico.com/magazine/story/2015/11/donald-trump-lies-2016-candidates-213391>
- Shane, S. (2017): «The fake Americans Russia created to influence the election». *The New York Times*, 7 de septiembre. <https://www.nytimes.com/2017/09/07/us/politics/russia-facebook-twitter-election.html>
- Shao, C.; Ciampaglia, G. L.; Varol, O.; Flammini, A. y Menczer, F. (2017): «The spread of fake news by social bots». Informe técnico 1707.07592, *arXiv*. <https://arxiv.org/pdf/1707.07592.pdf>
- Shepard, A. (2012): «The journalism Watergate inspired is endangered now». *The New York Times*, 13 de junio. <https://www.nytimes.com/roomfordebate/2012/06/13/did-any-good-come-of-watergate/the-journalism-watergate-inspired-is-endangered-now>
- ¾: (1997): «The revolving door». *AJR*, julio/agosto. <http://ajrchive.org/article.asp?id=745>
- Silver, N. (2017): «There really was a liberal media bubble». *FiveThirtyEight*, 10 de marzo. <https://fivethirtyeight.com/features/there-really-was-a-liberal-media-bubble/>
- Silverman, C. (2016): «This analysis shows how fake election news stories outperformed real news on Facebook». *BuzzFeed News*, December 6.
- Stroud, N. J.: *Niche news: The politics of news choice*. Oxford University Press, Nueva York, 2011.
- Sullivan, E. (2017): «Trump attacks Corker ahead of policy lunch with Senators». *The New York Times*, 24 de octubre. <https://www.nytimes.com/2017/10/24/us/politics/trump-corker-feud-dog-catcher.html>
- Tatum, S. (2017): «Trump on his tweets: “You Have to Keep People Interested”». *CNN*, 21 de octubre. <http://www.cnn.com/2017/10/20/politics/donald-trump-fox-business-interview-twitter/index.html>
- Vernon, P. (2017): «The media today: Social media and the storm». *Columbia Journalism Review*, 29 de agosto. https://www.cjr.org/the_media_today/hurricane-harvey-social-media.php
- Wallsten, K. (2010): «“Yes we can”: How online viewership, blog discussion, campaign statements, and mainstream media coverage produced a viral video phenomenon». *Journal of Information Technology & Politics*, vol. 7, núm. 2-3, pp. 163-181.
- Williams, B. A. y Delli Carpini, M. X.: *After broadcast news*. Cambridge University Press, Nueva York, 2011.
- Williamson, V.; Skocpol, T. y Coggin, J. (2011): «The Tea Party and the remaking of Republican conservatism». *Perspectives on Politics*, vol. 9, núm. 1, pp. 25-43.
- Willis, J. (1987): «Editors, readers and news judgement». *Editor and Publisher*, vol. 120, núm. 6, pp. 14-15.
- Wired Staff (2017): «Old-school media is pulling way more viewers than you think». *Wired*, 2 de febrero. <https://www.wired.com/2017/02/daily-audience-numbers-for-big-media-outlets/>

> EL IMPACTO DEL ACTIVISMO DIGITAL EN LA POLÍTICA DE LA POST GUERRA FRÍA



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



Evgeny Morozov es el autor de *The Net Delusion* y *To Save Everything, Click Here*. La columna mensual de Morozov sobre tecnología y política aparece en *The Observer* (Reino Unido), *Süddeutsche Zeitung* (Alemania), *El País* (España), *Le Monde Diplomatique* (Francia), *Internazionale* (Italia) y diversos periódicos más. Sus textos han aparecido en *The New Yorker*, *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *Financial Times* y otras publicaciones. Anteriormente fue editor senior de *The New Republic*, ha sido miembro de la Universidad de Georgetown, la Universidad de Stanford, Open Society Foundations, New America Foundation y la American Academy de Berlín.

> EL IMPACTO DEL ACTIVISMO DIGITAL EN LA POLÍTICA DE LA POST GUERRA FRÍA

Este artículo examina los altibajos del activismo digital desde la década de 1990, analizando sus diversas formas y sus efectos en el proceso político posterior a la Guerra Fría. Aunque se han afirmado muchas cosas sobre el potencial revolucionario del activismo digital, su impacto real se ha demostrado algo más limitado de lo que en un momento se esperaba. Sin embargo, la aparición de nuevos métodos de protesta digital, que van desde ciberataques a formas avanzadas de propaganda computacional, plantea nuevos desafíos y revela que el paisaje político tradicional se ha visto notablemente afectado por la digitalización.

Uno de los principales problemas para comprender los múltiples efectos del activismo digital contemporáneo es que en la actualidad, casi tres décadas después del final de la Guerra Fría, la visión de su potencial depende mucho de cómo se interprete el final repentino de dicho prolongado conflicto. ¿Qué fue exactamente lo que derribó el Muro de Berlín?

Quienes ven el final de la Guerra Fría como un producto de la aplicación de fuerzas invisibles y estructurales que empujaron a la Unión Soviética al olvido —por ejemplo, una economía moribunda y empeorada por el excesivo gasto militar en aventuras como la guerra en Afganistán— no serán capaces de ver el final de esa lucha de civilizaciones como la merecida recompensa al paciente trabajo realizado por los movimientos sociales, los disidentes y sus partidarios extranjeros.

Estos últimos actores suelen optar por explicaciones históricas que atribuyen mucha más importancia a la contribución humana, esto es, a sí mismos. Tales explicaciones, involuntariamente, suelen proyectar visiones de futuro bastante esperanzadoras, ya que suponen que las tácticas utilizadas para aplastar al régimen soviético también pueden desplegarse en otras regiones. Según esta lectura, fue la información, o más bien el acceso mucho más sencillo y barato a recursos críticos para crear conciencia y movilización social —ambas posibilidades por la revolución tecnológica—, lo que socavó el sistema soviético. «Cómo la información terminó con la Unión Soviética» fue el subtítulo de un popular libro de 1994 de un periodista del *New York Times*, que refleja fielmente esta visión.

Teniendo en cuenta que muchos responsables políticos —sobre todo de Washington, pero también de muchas capitales europeas— creían que la historia estaba terminando y que la democracia liberal se estaba convirtiendo rápidamente en el único juego posible, se comprende lo fácil que era equiparar la marcha global de la digitalización con la marcha global de la democratización: dado que el fax y

las máquinas Xerox —y, posteriormente, los ordenadores personales— continuaban conquistando el mundo, era casi inevitable que los fuertes gobiernos autoritarios que habían construido sus imperios limitando el flujo de información fueran socavados y barridos por la historia. Y, para acelerar el proceso aún más, se podían invertir recursos para enseñar a la última generación de activistas —los orgullosos sucesores de los disidentes soviéticos— a usar tales herramientas y celebrar con orgullo la llegada de compañías tecnológicas occidentales, exportadores mundiales de la revolución democrática. Al final, apareció la fórmula que dio forma al activismo digital durante varias décadas:

más información + más capitalismo = más democracia.

A lo largo de la década de 1990, hubo varias campañas y movimientos que no se ajustaban a este patrón; el inteligente uso de los medios electrónicos por parte de los zapatistas en México —que muchos analistas militares de Washington consideraron alarmante— es el caso más llamativo. Del mismo modo, la aparición de Indymedia, una red muy extendida de iniciativas antisistema que desempeñaba un papel esencial en diversas luchas antiglobalización, era otra señal de que el acceso barato y amplio a la tecnología digital no solo podía beneficiar a quienes creían firmemente en el «final de la historia», sino también a muchos de los que intentaban activamente descalificar esa tesis desde cualquier lado del espectro político.

Incluso el uso inteligente de las redes electrónicas por parte de Al Qaeda y grupos relacionados con ella, especialmente cuando la guerra global contra el terrorismo estaba en marcha, no consiguió socavar la tesis de que las redes de información ayudarían a movilizar a la sociedad civil en todo el mundo para exigir más democracia, más globalización y más cosmopolitismo. Hubo ciertos acontecimientos en la década del 2000, —lo que podríamos llamar una oleada de «revoluciones de color», que comenzaron en Serbia en 2000 y culminaron en Ucrania en 2004—, que dieron un poco de razón a tales expectativas.

No llevó mucho tiempo reorganizar el vasto aparato institucional para la promoción de la democracia que el inesperado final de la Guerra Fría había dejado ocioso. Entonces, las redes en constante expansión de las ONG, fundaciones y medios de comunicación como La voz de América o Radio Free Europe empezaron a proporcionar herramientas anticensura a los disidentes, ofreciendo capacitación en comunicaciones seguras y utilizando juegos de ordenador y mensajes de texto para movilizar a multitudes para unirse a manifestaciones antigubernamentales. A medida que los regímenes de línea dura en Serbia y Ucrania caían bajo tan inmensa presión cívica, a muchos les pareció muy lógico creer que la marcha de la democracia y la digitalización continuaría avanzando sin cesar.

Tales aspiraciones, propias de observadores predominantemente occidentales, alcanzaron su apogeo al final de la década pasada, empezando con una serie de «revoluciones de Twitter», primero en Moldavia y luego en Irán. Para éstos, la explicación principal se justificaba en esas grandes multitudes de jóvenes que se

reunían en plazas públicas para protestar contra sus gobiernos, era que los responsables de tan impresionante movilización social eran los *smartphones* en manos de la gente. Siempre ha habido una cierta parcialidad en tales postulados: los éxitos de las campañas de movilización social se atribuyeron siempre a la tecnología, mientras que los fracasos —incluido, dicho sea de paso, el de Irán, donde la «revolución de Twitter» produjo pocos resultados políticos tangibles — se achacaron a factores políticos e históricos, nunca a la fe excesiva en el ilimitado poder de la tecnología.

«FUE LA INFORMACIÓN, O MÁS BIEN, EL ACCESO MUCHO MÁS SENCILLO Y BARATO A RECURSOS CRÍTICOS PARA CREAR CONCIENCIA Y MOVILIZACIÓN SOCIAL, LO QUE SOCAVÓ EL SISTEMA SOVIÉTICO.»

Además, en medio de toda la utopía tecnológica de esa época, era muy fácil pasar por alto un factor clave: a diferencia de la Serbia de 2000 o la Ucrania de 2004, los gobiernos que sufrían el «activismo digital» contraatacaron con una sofisticada estrategia que combinaba el uso inteligente de propaganda online, una vigilancia extremada y una fuerte dosis de ciberataques. Solían hacerlo con la ayuda de productos y servicios adquiridos a compañías occidentales, que supuestamente trabajaban para la marcha conjunta del capitalismo y la digitalización hacia una democratización cada vez mayor. No importó mucho que, como consecuencia del amplio uso de las redes sociales por parte de los manifestantes iraníes en 2009, el gobierno iraní no tuviera el menor problema para rastrear las plataformas digitales e identificar a todos esos manifestantes para después arrestarlos. La narrativa ciberutópica permanecía inalterada.

Fue necesario el espectacular y desafortunado fracaso de la Primavera Árabe, ampliamente publicitada como otra «revolución» de Facebook o Twitter, para sembrar dudas en la mente de los observadores. A partir de estos acontecimientos se derivan dos tipos de críticas. Una, que opera principalmente en la crítica cultural de los medios, ha tratado de identificar los factores que produjeron la cobertura excesivamente optimista del uso de los medios digitales, por parte de las fuerzas sobre el terreno, formulando el resultado de décadas de movilización social a través de diversos movimientos políticos, como fue el caso en Egipto, como el resultado casi espontáneo de un llamamiento a la acción a través de grupos de Facebook. No es necesario aquí sacar conclusiones sobre la influencia de las herramientas digitales en el resultado de las protestas; lo realmente importante es destacar los factores que hicieron que los observadores extranjeros vieran los acontecimientos a través de una lente que otorgaba una importancia excesiva a Facebook y Twitter.

Pero eso no era necesariamente negativo; la obsesión de los medios occidentales con las redes sociales probablemente también ayudó a llamar la atención sobre

algunas causas políticas bastante exóticas que nunca habrían podido recibir una cobertura adecuada si no se las hubiera catalogado como una «Revolución de Facebook». Nadie sabe con certeza hasta qué punto puede durar este tipo de fetiche con las redes sociales —se podría decir que ya está en declive—, pero también es innegable que muchos movimientos y causas se han beneficiado mucho de la malsana fascinación de los medios con las herramientas y plataformas digitales (para algunos, sin embargo, tuvo un coste enorme, como por ejemplo, descubrir las entidades detrás de la campaña «Stop Kony» de Twitter, que tenía como objetivo de atrapar al famoso caudillo Joseph Kony, que atrajeron a millones de personas a su causa).

El otro tipo de crítica proviene, básicamente, de consideraciones estratégicas sobre las ventajas y desventajas de: *a)* poner las necesidades de las redes sociales por encima de las necesidades organizativas y *b)* integrar a muchos seguidores entusiastas, pero poco fiables políticamente, encontrados a través de las redes sociales en una operación política más amplia detrás de un movimiento o una causa. El problema con las redes sociales es que, al reducir los costes para unirse a una campaña, se dificulta el ejercicio de un control editorial amplio sobre la dirección de las campañas y las protestas.

La fuerte descentralización que brindan las plataformas digitales podría haber dificultado las actuaciones estratégicas, incluso si ha permitido difundir concienciación sobre causas particulares y atraer a los nuevos partidarios. Sin embargo, a falta de tareas concretas bien formuladas, destinadas a los recién llegados, no resulta obvio cómo podrían ayudar exactamente, y sin tareas inmediatas que puedan estimular un sentimiento de pertenencia y solidaridad, resulta difícil retenerlos a largo plazo. En ocasiones pueden donar dinero o pueden pulsar el «like» en Facebook y Twitter, pero tales contribuciones, ¿realmente valen la pena? El fracaso final de la Primavera Árabe fue decididamente trágico —y algunos podrían argumentar que todavía estamos viendo sus últimas consecuencias en Siria o Yemen—, así que hubo poco tiempo para las conclusiones relevantes a partir de esa experiencia.

No obstante, parece lógico preguntarse hasta qué punto habrían sido más eficaces algunos movimientos sociales y políticos si no profesaran una fe casi ciega en la capacidad del «modelo internet», una fe que encuentra su expresión en consultas persistentes, como si pudiésemos ejecutarlo todo, como si fuese Wikipedia, para resolver contradicciones sociales y políticas que vienen de antiguo. Esto, por supuesto, no significa negar que las redes sociales podrían marcar y han marcado una diferencia; pero deberíamos preguntarnos si el problema principal de la eficacia del activismo digital es que insiste en sacar conclusiones amplias de «internet» para luego remodelar la realidad política en consecuencia. Pero ¿qué ocurre si esas lecciones son ilusorias, en el mejor de los casos, y si el emparejamiento entre el modelo de internet y el mundo real no es tan estrecho como creemos?

El activismo digital, por supuesto, no se limita solo a los disidentes y a los movimientos antisistema; en todo caso, el gran cambio de la última década ha

sido la forma en que se ha generalizado; herramientas y técnicas que anteriormente estaban reservadas a movimientos sociales bien organizados, ahora las usan grupos mucho más amplios de personas y para causas que difícilmente pueden considerarse revolucionarias. Desde boicots de bienes de consumo hasta recaudación de fondos para reparar una infraestructura de la ciudad, tales campañas —impulsadas por el bajo coste de organización y un alcance amplio e inmediato, casi totalmente garantizado gracias a su exposición a través de plataformas como Facebook y Twitter— se han convertido en un aspecto normal de nuestra vida cotidiana.

Sin embargo, se está produciendo un cambio importante en la profundidad y la dirección del activismo digital, especialmente de su variedad cotidiana más local. El compromiso cívico también ha sido redefinido: nos estamos alejando del ideal político republicano de un público completamente comprometido y en deliberación permanente y nos estamos aproximando al de una ciudadanía algorítmica totalmente automatizada, de bajo coste y bajo ancho de banda. En este nuevo modelo, no se espera que participemos regularmente en importantes debates políticos locales; se supone que, simplemente, la gente no tiene ni tiempo ni ganas de tales insignificancias.

Por el contrario, lo que se espera es poder aprovechar una red altamente sofisticada de sensores y algoritmos que está surgiendo a nuestro alrededor, debido, principalmente, al surgimiento del internet de las cosas y la ciudad inteligente, con el fin de informar silenciosamente de algunos de los problemas con los que nos enfrentamos, con la esperanza de que, una vez comunicada a las autoridades

Imagen tomada por un joven sirio en Raqa. Gracias a las nuevas tecnologías, podemos compartir información y mantenernos al día con lo que sucede en el resto del mundo.



pertinentes, dicha información podría hacer innecesaria gran parte de la política tradicional. Pensemos, por ejemplo, en aplicaciones que interactúan con nuestros teléfonos móviles para monitorizar el estado de las carreteras cuando conducimos e informar de cualquier bache a nuestro municipio. Desde el punto de vista del aumento de la calidad de vida al menor coste posible, es una gran mejora: ¿por qué deberíamos desperdiciar nuestra energía cognitiva para informar sobre baches?

La desventaja, sin embargo, también es muy evidente: al automatizar gran parte del pensamiento deliberativo y causal sobre por qué tenemos baches: ¿es porque los presupuestos municipales se han reducido?, también nos vamos separando de la política tradicional, especialmente de su preocupación por las cuestiones relacionadas con la justicia (esa preocupación en sí siempre ha sido la forma de articular una narrativa histórica causal que explique de dónde provienen nuestros problemas).

No hay respuestas fáciles: podría ser perfectamente que el futuro del «activismo digital» sea precisamente esta forma peculiar de hacer política, totalmente automatizada y basada en sensores, en la que todo lo que se requiere de nosotros como ciudadanos es activar nuestros teléfonos en el modo «siempre encendido / siempre grabar» o dar licencia para compartir los datos que generamos a las autoridades pertinentes, etc. Si bien puede haber algunas cuestiones éticas interesantes en torno a tales prácticas, parece que un giro hacia ese activismo digital totalmente automatizado podría conducir, al mismo tiempo, al empobrecimiento moral y político de los propios activistas.

«PARECE LÓGICO PREGUNTARSE HASTA QUÉ PUNTO HABRÍAN SIDO MÁS EFECTIVOS ALGUNOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICOS SI NO PROFESARAN UNA FE CASI CIEGA EN LA CAPACIDAD DEL "MODELO INTERNET".»

La tendencia social más amplia que apoya estos desarrollos es que los objetivos y las razones de narrar históricamente nuestra experiencia común, a menudo «colgándola» en una columna vertebral común de causalidad que vincula nuestro estado más actual con una serie de antecedentes, están dando lugar a una agenda pragmática de la gestión de los efectos de nuestros propios problemas. El big data por ejemplo, sigue siendo relativamente impotente cuando se trata de buscar relaciones causales profundas, mientras que el crowdfunding y varios instrumentos, que componen los kits de herramientas de «tecnología cívica», han hecho que sea mucho más fácil mantener los problemas bajo control, incluso sin intentar identificar y resolver sus causas originales.

De ahí el inconveniente de gran parte del activismo digital contemporáneo: se trata principalmente de un activismo dirigido a corregir los efectos de problemas sociales y políticos existentes, en lugar de resolverlos a un nivel más profundo y más esencial.

Sin embargo, existe una gran diferencia entre la política digital que trata, fundamentalmente, de encontrar formas más eficaces de adaptarse a los problemas que nos rodean —por ejemplo, a través del crowdfunding, el intercambio de tareas, la instalación de sensores que prometen más eficiencia, etc.— y la política digital que busca eliminar por completo dichos problemas.

Esto nos lleva a otros asuntos problemáticos relacionados con el activismo digital: ¿cómo no va a convertirse en víctima de su propio éxito? En otras palabras, cuando hay tantas herramientas para engancharse al mundo digital, cuando los costes para hacerlo son tan bajos, cuando las capacidades requeridas para conseguirlo también son mínimas, ¿cómo se opta por un conjunto de herramientas y estrategias que tengan un considerable impacto a largo plazo? ¿Cómo se puede resistir la tentación de tomar el camino fácil de la firma de peticiones en Facebook o la recaudación de dinero online en lugar de articular una estrategia más ambiciosa y, con suerte, con mayor capacidad de transformación?

Esta pregunta tiene, hasta cierto punto, una respuesta muy sencilla: para eso está el liderazgo. Al menos así solía ser: los movimientos sociales, aunque estuvieran descentralizados, contaban con un cerebro compuesto por diversos de miembros juiciosos y experimentados, elegidos democráticamente y de confianza para el resto del movimiento. Dicho cerebro del movimiento es el que, supuestamente, debía pensar en las tácticas y estrategias más adecuadas, optimizando el uso de herramientas en función de sus costes y oportunidades a largo plazo.

Pero el liderazgo no es un problema tan fácil de resolver en el ámbito del activismo digital. La mayoría de estos movimientos, en la medida en que la palabra «movimiento» pueda aplicarse a esas redes, muchas de las cuales son efímeras, pueden contar con caras visibles, personas fotogénicas que, habiendo participado en algunas campañas anteriores desde el principio, pueden presentarse en la CNN o en la BBC para explicar las razones del movimiento. Pero ser un portavoz, por muy importante que sea dicho papel, no es lo mismo que ofrecer una orientación estratégica genuina que ayude a elegir entre actuaciones alternativas. El problema, a menudo, se ve agravado por el hecho de que muchos de estos movimientos rechazan explícitamente que puedan tener un líder y prefieren definirse como organizaciones completamente descentralizadas y sin estructura alguna.

No todo el activismo digital contemporáneo es pasivo, por supuesto. Las últimas décadas han sido testigos no solo de una inmensa caída de los costes para ponerse en contacto con nuestros pares, sino también, por ejemplo, del lanzamiento de ciberataques sofisticados. Iniciados por movimientos como Anonymous, tales medidas «hacktivistas» se han convertido en una característica casi permanente del paisaje digital contemporáneo, con muchas plataformas online y webs importantes en ocasiones retenidas como rehenes por oleadas de ciberataques devastadores.

Muchos de esos ataques están vinculados a causas políticas diversas, y a menudo se llevan a cabo bajo la bandera del patriotismo; por lo tanto, son particularmente

frecuentes en tiempos de conflicto geopolítico, como sucedió, por ejemplo, con los primeros casos importantes de tales ataques (Rusia contra Estonia y, más tarde, Rusia contra Georgia). En cierto sentido, a menudo combinan una actitud política activa —muchos de estos ataques son claramente ilegales y las personas que participan en ellos están claramente comprometidas con la causa— con bajos costes y poco compromiso; normalmente, uno participa en tales ataques simplemente prestando el ancho de banda y la potencia de computación. Con el avance de la digitalización, la llegada del internet de las cosas y la ciudad inteligente, solo podemos esperar que tales ataques se intensifiquen: por un lado, hay muchos recursos importantes a los que apuntar, y por otro, hay muchos más dispositivos que pueden participar en el lanzamiento de dichos ataques.

Un fenómeno análogo es el aumento de lo que algunos investigadores denominan «propaganda computacional»: se trata del despliegue de bots, big data y algoritmos para difundir noticias falsas y otros tipos de propaganda, casi siempre con fines abiertamente políticos. Entre las consecuencias inesperadas de la revolución digital, sorprendió el descubrimiento de que la producción de propaganda, frente a la profunda crisis de rentabilidad de la industria de noticias tradicional, también se democratizaría. Los tipos de actividades de propaganda, hasta entonces reservadas a los gobiernos, ahora se pueden llevar a cabo a bajo coste y con gran eficacia, especialmente si se combinan con fotos, vídeos y otros tipos de contenido para la transmisión fácil de memes.

Al igual que en el caso de los ataques DDoS, suele haber una dimensión patriótica que impulsa este fenómeno; por lo tanto, no es raro que los movimientos de abajo arriba y altamente descentralizados que apoyan una causa geopolítica particular, favorecida por su gobierno, aprovechen sus habilidades en las redes sociales para impulsar contenido de propaganda profesional producido por los medios tradicionales de dicho gobierno. El término de «propaganda computacional» no debería distraernos del hecho de que muchos de los bots responsables de producirla están programados por alguien; en cierto sentido, este es el equivalente en el terreno de la propaganda de los ataques DDoS distribuidos: personas aburridas, pero apasionadas por las altas tecnologías, que prestan sus destrezas y aprovechan el poder de los ordenadores para orientar argumentos políticos de una forma u otra.

El tremendo éxito online de la campaña de Trump, por ejemplo, debe mucho no solo al trabajo sigiloso llevado a cabo por Cambridge Analytica, sino también al trabajo voluntario ad hoc, realizado en nombre de la campaña, en sitios como Reddit o 4Chan. Parte de él debió de parecer trivial o de aficionados en ese momento, y apenas fue más allá del meme donde comenzó, pero probablemente terminó teniendo en conjunto más impacto del que le atribuimos. Por ejemplo, todavía es relativamente difícil evaluar los daños causados por técnicas como el «secuestro de hashtag», donde las conversaciones online centradas en un tema preciso son secuestradas por los oponentes e inutilizadas mediante la inyección constante de spam o cualquier otro material dañino.

Las tácticas antes mencionadas (ataques DDoS y propaganda computacional) conllevan enormes costes de reputación para los desafortunados objetivos que reciben dichos ataques. Como era de esperar, esto ha llevado a nuevos tipos de ofertas de seguros que muchas compañías e incluso instituciones públicas están empezando a contratar, desde el seguro reputacional que garantizará la ayuda inmediata de los profesionales de relaciones públicas para tratar de compensar cualquier daño en la reputación, hasta el ciberseguro que pagará una indemnización en caso de que los ciberataques interrumpan el flujo comercial habitual o provoquen filtraciones de datos.

A diferencia de las tácticas anteriores, perfeccionadas y practicadas por muchos movimientos activistas, desde boicots de consumidores hasta el bloqueo de entradas a sedes corporativas o depósitos estratégicos, la nueva serie de intervenciones permite una participación remota, barata y bastante modular: las tareas asignadas a los participantes pueden ser únicas, mientras que estos pueden unirse desde cualquier parte del planeta. Es poco probable que este nuevo dolor de cabeza para las corporaciones y las instituciones públicas desaparezca pronto; en todo caso, con el auge de la inteligencia artificial es probable que veamos ejemplos aún más sofisticados de dicho sabotaje algorítmico, básicamente porque también ayuda a llamar la atención de los medios sobre la causa.

Al examinar los cambios en el panorama de los medios digitales desde una perspectiva histórica, es difícil pasar por alto una gran diferencia entre 2017 y, por

Los partidarios sacan fotos mientras Donald J. Trump habla en su discurso presidencial en Everett, Washington.



ejemplo, 2000. Actualmente, resulta obvio que gran parte del activismo digital, especialmente acciones dirigidas a movilizar multitudes con algún objetivo, depende de la benevolencia de las llamadas «plataformas digitales» como Facebook y Twitter. El activismo digital nunca se ha visto tan intermediado por estas empresas; sus algoritmos crean o ponen fin a ciertas causas, ayudando a desviar la atención de la audiencia global que controlan. Hay muy poca transparencia en este proceso y poco se puede dar por sentado: algunas causas y campañas pueden tener un éxito fenomenal, mientras que otras pueden fracasar o incluso desaparecer por completo si van contra las reglas, explícitas o implícitas, adoptadas por la plataforma.

«NO ES RARO QUE LAS EMPRESAS MOVILICEN A LOS USUARIOS SOBRE CUESTIONES QUE AFECTAN A SUS INTERESES COMERCIALES.»

Y no son únicamente los movimientos sociales o las ONG los que ven a Facebook como la infraestructura digital por defecto para su labor de difusión; los partidos políticos también dependen cada vez más de ella, algo que probablemente lamentarán pronto. Sin embargo, dada la frecuencia de los ciberataques y el papel que ahora desempeñan instrumentos como la inteligencia artificial para ayudar a protegerse de ellos, no es obvio que los partidos políticos puedan, ellos solos, construir sus propias plataformas y sistemas operativos para la comunicación interna: dada la falta de correspondencia entre su propia experiencia en seguridad cibernética y la de Facebook, es posible que finalmente prefieran la salida más fácil y acepten tácitamente el hecho de que ya no controlarán su propia infraestructura digital.

Además, no es raro que estas empresas movilicen a los usuarios sobre las cuestiones que afectan a sus propios intereses comerciales. Por lo tanto, Facebook o Uber, así como los Google o Wikipedia, no dudaron en alertar a sus usuarios cuando era inminente alguna forma de regulación gubernamental no deseada. Dichos avisos puramente consultivos van acompañados de llamadas y oportunidades para la acción, solicitando a los usuarios que firmen una petición o que su representante político sepa cuál es su postura sobre el tema, todo con solo un clic del botón. Esto, por supuesto, plantea preguntas espinosas sobre la neutralidad de las plataformas en las que se realiza el activismo digital, ya que movilizar a grandes multitudes en apoyo de un problema determinado es mucho más fácil para, digamos, Uber o Airbnb que para el municipio que está tratando de regularlos.

En general, gracias a la digitalización continua de todo, la esfera política se ha vuelto mucho más accesible para las fuerzas sociales, incluidas las antisistema, que anteriormente se quedaban en la periferia. Esto no implica necesariamente que las consecuencias de tal «democratización» sean negativas; también podría conducir a un saludable «rejuvenecimiento» de la esfera pública. Hay, sin embargo,

varios factores adicionales, incluido el creciente papel de las plataformas digitales en la intermediación de la mayoría de nuestras actividades online, que no parecen ser un buen augurio para el futuro de la política en el ámbito digital.

La prueba principal de la eficacia del activismo digital radica en saber si, en los próximos diez años más o menos, surgirá una forma de traducir la inmensa cantidad de energía online que se puede cosechar en todo el mundo en planes de acción sostenibles y profundamente transformadores. Para ello tendremos que reconsiderar lo que significa liderar en una era de descentralización, pero también, probablemente, nos haga cuestionarnos cuánto poder nos gustaría continuar delegando en los gigantes digitales. Por otro lado, el más siniestro futuro es aquel en el que, al no encontrar ese camino, nos conformemos con el tipo de activismo digital de baja intensidad pero graves daños que hoy representan los ataques DDoS y las diversas formas de propaganda computacional. Esto no solo sería un giro destructivo de los acontecimientos, sino un tremendo desperdicio de recursos online que podrían aprovecharse para resolver muchos de los más grandes problemas del mundo.

>NEOLIBERALISMO Y MOVIMIENTOS ANTISISTEMA



Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



Simon Springer es Profesor Adjunto en el Departamento de Geografía de la Universidad de Victoria (Canadá). Sus investigaciones estudian las exclusiones políticas y sociales que ha engendrado el neoliberalismo, especialmente en el contexto de la Camboya actual, donde hace hincapié en el papel de la violencia y el poder. Desarrolla un enfoque vanguardista en sus investigaciones, poniendo en primer plano la crítica a los postestructuralistas y un renacimiento de la filosofía anarquista. Entre los libros de Simon Springer se incluyen *The anarchist roots of geography* (University of Minnesota Press, 2016); *The discourse of Neoliberalism* (Rowman & Littlefield, 2016); *Violent Neoliberalism* (Palgrave, 2015) y *Cambodia's Neoliberal order* (Routledge, 2010). Simon trabaja como director editorial de *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies* y para la serie de libros *Transforming Capitalism*, publicada por Rowman & Littlefield.

>NEOLIBERALISMO Y MOVIMIENTOS ANTISISTEMA

Este artículo argumenta que la naturaleza nebulosa del neoliberalismo ayuda a explicar por qué su discurso ha tenido éxito en convencer a tantos de que sus capacidades carcelarias son, de algún modo, representativas de nuestra liberación colectiva. Se rastrea las historias de los movimientos antisistema y las influencias que han moldeado sus trayectorias actuales, desde el ascenso de los movimientos indígenas como el EZLN en México hasta la fuerza global del Movimiento Ocupa. Al estudiar las solidaridades que se están expresando en forma de movimientos antiausteridad y de apoyos a los emigrantes ante los efectos colaterales del neoliberalismo, el artículo insiste en que nuestra capacidad colectiva para implicarnos en acciones directas y en políticas prefigurativas nos permitirán, finalmente, despertarnos de la pesadilla neoliberal.

Introducción

La resistencia al neoliberalismo se ha extendido tanto como el propio neoliberalismo. A medida que el mundo se ve cada vez más atezado por un orden mundial distópico que considera al mercado como el gran uniformizador de todas las relaciones humanas, hay cada vez más gente dispuesta a contraatacar. La narrativa neoliberal de la igualdad en virtud de la cual «cuando la marea sube todos los barcos flotan» ha quedado hecha añicos por la realidad material de la brecha cada vez más profunda entre ricos y pobres. La intensificación de un estado de seguridad para proteger el *statu quo* envía un importante mensaje a los partidarios de enfrentarse al desigual reparto del poder que ha provocado el neoliberalismo. Pese a ello, la perspectiva de un fuerte conflicto con la policía y las fuerzas militares empleadas por el Estado para proteger la riqueza de una élite minoritaria entraña un riesgo menor que observar cómo la creciente oscuridad del neoliberalismo consume al planeta. No satisfecha ya con contemplar la puesta de sol, una situación en la que seguir la corriente equivaldría a cometer un suicidio planetario, cada vez más gente se está uniendo para oponerse. A medida que la penumbra se instala y no se vislumbra el final de la pesadilla neoliberal, se reconoce cada vez más que esta situación no puede sino acabar desembocando en un nuevo amanecer. Así, vemos cómo los rayos de esperanza empiezan a entrelazarse a través de un amplio abanico de fenómenos sociales. La resistencia al neoliberalismo se desarrolla en forma de protestas a gran escala que captan la atención de los medios de comunicación de todo el

mundo, pero asimismo, y a buen seguro más importante aún, en forma de actos de resistencia cotidianos (Purcell, 2016) en los que la gente sigue organizando su vida de maneras que rompen con la lógica de mercado, volviendo a traer luz al mundo (White y Williams, 2014). La intersección entre lo cotidiano y el espectáculo es lo que marca el momento actual de protesta, en el que la gente está iluminando sus luchas e ilustrando su oposición en diferentes espacios y encuentros mientras reconsidera el mundo en el que vivimos. Desenmascarar las mentiras que los apóstoles del neoliberalismo han urdido no es algo sencillo, pese a lo cual, cuando existe un compromiso de solidaridad, la tarea tiene la virtud de intensificar nuestra propensión al compañerismo y a formas de ser cordiales.

Empiezo este ensayo conceptualizando el neoliberalismo y su carácter cambiante, y planteo que esta naturaleza nebulosa explica, al menos en parte, por qué el discurso ha tenido tanto éxito con sus hechizos y convencido a muchos de que sus capacidades carcelarias son representativas, de algún modo, de nuestra liberación colectiva. Evalúo seguidamente algunos de los movimientos antisistema y las influencias que han ayudado a moldear sus trayectorias actuales, desde el ascenso de los movimientos indígenas como el EZLN en México en la década de 1990 hasta la fuerza mundial del Movimiento Occupy en la década de 2010. A continuación llamo la atención sobre la situación de Camboya, donde la resistencia frente a los desalojos forzosos y el acaparamiento de tierras proporciona un caso práctico dentro de las trayectorias más amplias del nuevo régimen de acumulación del neoliberalismo, y después examino las muestras de solidaridad que constituyen los movimientos contrarios a la austeridad y los apoyos que se están ofreciendo a los refugiados y a los emigrantes producto de los efectos colaterales del neoliberalismo. En la conclusión insisto en que es nuestra capacidad colectiva de involucrarnos en acciones directas y las políticas prefigurativas lo que en última instancia cambiará la marea permitiéndonos despertar de la pesadilla neoliberal contemporánea.

¿Hacia una aldea global armoniosa o hacia el planeta prisión?

El neoliberalismo es un adversario arduo. El concepto es difícil de definir, y su carácter amorfo mientras se expande en nuevos entornos institucionales implica necesariamente una falta de precisión. Con todo, en términos muy amplios, el neoliberalismo se refiere a un conjunto emergente de acuerdos políticos, económicos y sociales que ponen énfasis en las relaciones de mercado, un reajuste del Estado y una mayor responsabilidad individual. En resumidas cuentas, el neoliberalismo representa la extensión de la competencia basada en el mercado a todos los ámbitos de la vida (Crouch, 2011; Mirowski, 2013), un proceso para el que es primordial la construcción de nuevos individuos, caracterizados por unos valores y prácticas sociales que estén en armonía con la lógica de mercado (MacLeavy, 2008). Conforme las personas los van interiorizando, estos valores también empiezan en prácticas de gobierno a escala local, con lo que el neoliberalismo parece encontrarse por doquier

(Peck y Tickell, 2002). Aunque da la impresión de ser omnipresente, es importante apreciar las distintas manifestaciones de las ideas neoliberales al aparecer en los proyectos de Estado y en los imaginarios sociopolíticos. El neoliberalismo debería entenderse como un proceso dinámico y que se va desplegando (England y Ward, 2007; Springer, 2011), en lugar de como un proyecto monolítico o de índole paradigmática. El hecho de que el neoliberalismo siga mutando mientras entra en nuevos contextos políticos, sociales, económicos e institucionales ha dado lugar a que muchos analistas hayan visto en la idea de «neoliberalización», en forma de un verbo activo, una representación más adecuada del concepto, en la medida en que reconoce que la hibridación y la transformación son fundamentales. No obstante, esto plantea nuevos desafíos conceptuales, ya que la incapacidad de identificar una versión «pura» del neoliberalismo conlleva que, en lugar de ello, tenemos una serie de mezclas diferentes desde el punto de vista geopolítico (Peck, 2004). Por consiguiente, nos encontramos una vez más con dificultades a la hora de precisar qué significa realmente el «neoliberalismo». Así, aunque quizá nos sintamos inclinados a referirnos en trazos gruesos a la resistencia frente al neoliberalismo en los casos en que la propia palabra pueda servir como una consigna política incitadora del cambio deseado, no podemos presuponer que todos los participantes de cualquier protesta o movimiento social estén necesariamente en sintonía con los mismos problemas o que busquen los mismos resultados.

«EL NEOLIBERALISMO REPRESENTA LA EXTENSIÓN DE LA COMPETENCIA BASADA EN EL MERCADO A TODOS LOS ÁMBITOS DE LA VIDA.»

A pesar de las variaciones, uno de los principios clave del neoliberalismo es que al parecer aboga por una nivelación del campo de juego, donde mediante la asignación de todas las interacciones sociales, las conexiones políticas y las transacciones económicas a las relaciones de mercado, cada persona tiene las mismas oportunidades para mejorar su estatus. Este argumento se planteó quizá de forma más explícita en la obra *The World is Flat. A Brief History of the Twenty-first Century*, de Thomas Friedman (2005), que nos reduce sin complejos a «leones» y «gacelas» en la sabana del capitalismo, donde podemos decidir matar o ser matados. Lo que brilla por su ausencia en estos análisis tan populares es el hecho de que las condiciones sistémicas del empobrecimiento (Bush, 2007), el racismo (Roberts y Mahtani, 2010), la discriminación por razón de sexo (Kingfisher, 2013) y otras formas de marginación social significan que nunca hemos disfrutado de igualdad de oportunidades. Ignora, además, el hecho de que un sistema que crea ganadores y perdedores verá como quienes destacan en la cúspide intentarán, inevitablemente, manipular la estructura a fin de consolidar su estatus dentro de la élite (Rapley, 2004). En otras palabras, Friedman y la gente de su cuerda carecen de una teoría del poder, cuando en realidad el neoliberalismo está fundamental e indisolublemente vinculado a él (Springer, 2016c). Por consiguiente, y hay multitud de ejemplos al respecto, podemos ver que el neoliberalismo no nos ha dirigido

hacia una «aldea global armoniosa», sino que en lugar de ello se presta a un amplio sistema de pobreza que condena a los pobres, tanto metafórica como materialmente, a través de su lógica carcelaria (Schept, 2015; Wacquant, 2009). Quienes no logran alcanzar la cúspide social son sospechosos, no solo por su supuesta falta de responsabilidad a la hora de dar cuenta de su propia vida y su bienestar, sino también por la amenaza que representan a la revelación de la mentira que nos están vendiendo a todos, a través de su presencia en los espacios públicos. El encarcelamiento se convierte entonces en un medio clave para gestionar las sociedades que se encuentran bajo el dominio neoliberal, en las que somos testigos de la fuerte criminalización de las personas sin hogar y de una vigilancia policial más intensa en los espacios urbanos para asegurarse de que la gran fachada neoliberal permanezca intacta (Cloke *et al.*, 2011). No se puede permitir que la pulcra narrativa neoliberal se vea afectada por individuos que no se adaptan a la buscada condición de súbditos que sean «buenos consumidores», con lo que un violento orden de seguridad, vigilancia y claro autoritarismo define cada vez más al neoliberalismo (Bruff, 2014; Springer, 2009). Al considerarlo desde este prisma, debería quedar claro por qué los movimientos antisistema han surgido como respuesta directa al neoliberalismo y a la amenaza que supone para nuestro bienestar colectivo. Cuando todo, desde nuestro trabajo hasta los recursos naturales del planeta, queda reducido a una relación puramente mercantil, el terror del neoliberalismo se convierte en algo muy real (Giroux, 2005).

Influencias y expresiones antisistema

Aunque los movimientos antisistema tienen unas raíces históricas profundas, a la encarnación actual del capitalismo en forma del neoliberalismo podemos contraponerle el denominado «movimiento antiglobalización», a veces llamado «movimiento alterglobalización» o «movimiento por la justicia global». Los distintos movimientos de este gran movimiento comparten una temática general que se alinea claramente con una trayectoria antineoliberal. El tema principal es la oposición a las grandes corporaciones multinacionales y a la falta de regulación de sus actividades, especialmente en lo tocante a los acuerdos comerciales desfavorables y a la maximización de beneficios sin tener en cuenta la seguridad en el puesto de trabajo, las relaciones y compensaciones laborales inadecuadas, la devastación medioambiental y el respeto por la soberanía nacional y la autoridad legislativa (Ayers, 2004). Los activistas no tienen pues, necesariamente, una actitud antiglobal, sino que más bien abogan por unas relaciones mundiales más democráticas e igualitarias en que se respeten y favorezcan los derechos humanos, el comercio justo y el desarrollo sostenible (Epstein, 2001). Hacia principios de la década de 1990, el neoliberalismo ya se estaba asentando firmemente en la política y las prácticas de muchos estados, siguiendo la senda marcada por las reformas que Margaret Thatcher y Ronald Reagan habían puesto en práctica en el Reino Unido y los Estados Unidos de América, respectivamente (Harvey, 2007). La propuesta de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos

(OCDE) de reducir las barreras al comercio por medio del Tratado Multilateral sobre Inversiones, firmado en 1995, fue el catalizador para la oposición explícita al neoliberalismo. La intensa vigilancia de la opinión pública y las protestas generalizadas en los países afectados condujeron a que el tratado fuera abandonado en 1998, pero esto no supuso el fin del neoliberalismo ni de la resistencia ante sus efectos. Hacia esta época, el EZLN se estaba volviendo muy activo en México (Stahler-Sholk, 2007) y el Movimiento de Trabajadores Sin Techo de Brasil estaba creciendo (Boito, 2007), mientras que los Narmada Bachao Andolan estaban redoblando su oposición en la India (Chandra y Basu, 2014). Cada uno de estos movimientos expresaba una clara oposición a la por entonces afianzada lógica del neoliberalismo, organizándose de formas que buscaban no solo socavar la influencia de las políticas neoliberales, sino también expresar nuevas formas de comunidad y solidaridad que rompieran con un enfoque de la organización social basado en un mercado competitivo.

Manifestación convocada por Occupy Wall Street en Manhattan, Nueva York. La pancarta improvisada hace referencia al lema político «We are the 99%», que alude a la gran mayoría de la población estadounidense frente a la mínima parte de la población más rica.

La década de 1990 culminó con la mayor movilización del movimiento hasta esa fecha: cuarenta mil personas organizaron una fuerte protesta en las calles de Seattle como respuesta a la reunión de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en esa ciudad (Smith, 2001). Empezó el 30 de noviembre, se prolongó tanto como lo hizo el encuentro, hasta el 3 de diciembre, y los manifestantes se enfrentaron a la policía, con un saldo final de más de seiscientos detenciones. La ciudad fue sometida a la ley marcial y se impuso el toque de queda, haciendo que la «batalla de Seattle» apareciera en la escena mundial al tiempo que la cobertura por parte de los medios se intensificaba. Seattle ha pagado desde entonces más de 200.000 dólares a raíz de los acuerdos alcanzados tras las demandas judiciales presentadas contra la policía municipal por agresiones y detenciones arbitrarias. Los manifestantes emplearon tácticas del llamado «bloqueo negro», desarrolladas



por primera vez en Europa en la década de 1980, y fue la primera vez que se usaron a tan gran escala en Norteamérica (Dupuis-Déri, 2014). Las acciones contra corporaciones como Old Navy, Starbucks y otras multinacionales del comercio minorista forzaron a los medios a responder. Antes de este suceso, la «antiglobalización» estaba prácticamente ausente de los reportajes de los medios estadounidenses, pero esta vez las manifestaciones provocaron que algún alma candorosa buscara saber por qué alguien querría oponerse a la OMC. Los medios estaban perplejos y desconcertados, y las tergiversaciones fueron abundantes. El *New York Times* publicó finalmente una retractación en relación con una crónica que afirmaba que los manifestantes habían lanzado cócteles Molotov contra la policía, pero, a pesar de las posteriores evidencias de que las protestas habían sido en gran medida pacíficas, las tergiversaciones deliberadas y los reportajes falsos siguieron siendo habituales (Kahn y Kellner, 2004).

Seattle supuso un momento de despertar del movimiento, ya que las siguientes manifestaciones en Washington, Gotemburgo, Quebec y Génova pondrían en práctica unas tácticas de protesta similares en las calles. Algo más de una década después, en 2011, pudo verse cómo esto ayudó a afianzar el trabajo preliminar del Movimiento Occupy. Al igual que la manifestación de Seattle, se trataba de un movimiento sin líderes contra la desigualdad social y económica. Los distintos grupos locales priorizaban un amplio abanico de cuestiones, pero el empeño dominante era cuestionar cómo las grandes corporaciones y el sistema financiero mundial estaban socavando la democracia (Gitlin, 2012). La idea del Movimiento Occupy se originó a raíz de una obra de arte aparecida en la revista anticonsumista canadiense *Adbusters* que mostraba a una bailarina de ballet de pie encima del toro de Wall Street junto con el *hashtag* «#OCCUPYWALLSTREET» (Gould-Wartofsky, 2015). La gente se congregó en Wall Street el 17 de septiembre de 2011 y nació un nuevo movimiento, al tiempo que la idea era replicada en ciudades de todo el mundo al tenerse noticia de ello. La consigna del movimiento («Somos el 99 por ciento»), atribuida al antropólogo anarquista David Graeber, alude a la enorme desigualdad que existe en la actualidad bajo el neoliberalismo, en que el 1 por ciento de la

Un manifestante enmascarado posa para la foto ante una línea policial en noviembre de 2016 en Londres. La protesta se desarrolló en diversas ciudades del mundo.



población controla una cantidad desorbitada de la riqueza del planeta (Bray, 2013). Es el carácter inclusivo de este sentimiento lo que explica, al menos en parte, su rápida diseminación y replicación fuera de la ciudad de Nueva York. En el transcurso de un mes desde la primera ocupación en el parque Zuccotti, estaban teniendo lugar manifestaciones del Movimiento Occupy en más de 951 ciudades de todo el mundo (Steinberg, 2016). Aunque el movimiento fue criticado por no articular unas exigencias claras, haberlo hecho hubiera legitimado el tipo de estructuras de poder que estaba cuestionando mediante su compromiso con la democracia participativa (Graeber, 2011). Por último, inspirado por la oleada global de movimientos antiausteridad, opuestos a los recortes de gastos que caracterizan al neoliberalismo, el Movimiento Occupy consiguió que el asunto de la desigualdad ocupara un lugar destacado en la escena mundial como nunca antes lo había hecho. Nos hizo reconocer que la igualdad es una cuestión profundamente política que nos afecta a todos. Permanecer pasivos ante el rumbo del neoliberalismo no era algo coherente con la ética y los valores que inspiraron a los numerosos participantes de esta movilización global.

Las protestas contra los desahucios y el acaparamiento de tierras

El Movimiento Occupy fue criticado por no disponer de respaldo en algunos de los lugares más empobrecidos del mundo, como el África subsahariana y el Sudeste Asiático continental. Pese a ello, la ausencia del Movimiento Occupy en estos lugares quizá esté más relacionada con las estructuras autoritarias existentes en la actualidad que con una falta de simpatía por los objetivos del movimiento. De hecho, en países como Camboya, donde los efectos dominó del colonialismo siguen impregnando el paisaje, hemos sido testigos de la llegada del neoliberalismo en forma de una ofensiva creciente encaminada a crear un régimen de propiedad (Lim, 2013; Springer, 2010), algo que para muchos camboyanos de las zonas rurales ha conllevado un intenso proceso de proletarianización al verse despojados de sus tierras y, por lo tanto, de su capacidad de sustento y haber sido transformados en una clase obrera que ahora trabaja por un sueldo (Springer, 2015). En el contexto urbano se han desarrollado pautas similares, ya que las prácticas tradicionales de la tenencia de tierras han priorizado la posesión o la simple ocupación, mientras que el nuevo sistema jurídico-institucional de tenencia ha creado un sistema catastral basado en una documentación formal por escrito (Springer, 2013). Así pues, se ha infligido una violencia profunda contra los llamados asentamientos «ocupas», que son desalojados por la fuerza por la policía y las fuerzas militares para dejar espacio para casinos, hoteles y modernos edificios de apartamentos. Todo esto se hace en nombre del «desarrollo», que, claramente, no está pensado para satisfacer las necesidades de los pobres y los marginados, sino el interés de una pequeña élite por acumular capital. Por consiguiente, no solo se ha producido una mercantilización de vastas franjas del país disfrazada del aseguramiento de los derechos sobre la tierra, sino que también hay gente vulnerable a la que se ha vuelto todavía más vulnerable y que ahora tiene que enfrentarse a los caprichos de un mercado laboral que apenas contrata mano de obra no especializada. Como consecuencia de todo ello, la falta

de techo está muy extendida en la capital, Nom Pen, y los estragos que la neoliberalización ha causado en el país han quedado completamente patentes (Springer, 2016b). Para la mayoría, el neoliberalismo representa un fracaso rotundo, como consecuencia de lo cual los camboyanos han luchado contra él organizando grandes protestas. Los movimientos sociales que han acabado definiendo a la Camboya actual no están dirigidos explícitamente contra un enemigo llamado «neoliberalismo», sino que, en lugar de ello, los manifestantes reconocen e identifican una serie de factores que en última instancia les han empujado a seguir un camino que lucha por la materialización de la justicia social.

«EL NEOLIBERALISMO FAVORECE QUE LA ACUMULACIÓN DE RIQUEZA SIGA FLUYENDO EN UNA DIRECCIÓN.»

Muchas de las protestas que están estallando se centran en experiencias muy concretas de desahucios forzados o de determinados patronos, en lugar de en movimientos más amplios contra el acaparamiento de tierras y las relaciones laborales más en general. Existen limitaciones obvias en cuanto a lo eficaces que pueden ser estos movimientos cuando no disponen, como cabría esperar, de muestras de solidaridad más amplias. Pese a ello, hay indicios de que está empezando a emerger un movimiento más amplio, en especial durante la época en que se celebran las elecciones. El partido oficial de la oposición camboyana ha afirmado enseguida que el creciente descontento es, de hecho, una muestra de apoyo a su plataforma política, pero en ello no cabe ver más que la arrogancia de la política de partidos, y no un reflejo de las intenciones y los intereses de la población en su conjunto (Morganbesser, 2017). De hecho, cuando nos fijamos en las propuestas políticas, lo que la oposición ofrece va en realidad en la senda del neoliberalismo, pero con unos líderes distintos al timón. No aportan cambios sistémicos en la orientación de los sistemas económicos o políticos del país, y en este sentido no están en contacto con las frustraciones de los camboyanos de a pie (Brickell y Springer, 2016). La importancia del análisis del contexto camboyano no se limita a dicho país, ya que, ciertamente, hemos visto surgir pautas similares en distintas naciones que se han visto sometidos a procesos intensivos de reforma neoliberal. Las variaciones en función del contexto son una parte inevitable de esta visión de conjunto (Brenner *et al.*, 2010), no obstante lo cual vale la pena tener en cuenta que la resistencia desplegada en un lugar puede aportar momentos pedagógicamente aprovechables para otros sitios si reflexionamos sobre lo que funciona y lo que no. La lección que debemos aprender de Camboya es la importancia de la solidaridad. Para que la resistencia sea más eficaz en el país, debe surgir un mayor sentimiento de solidaridad entre los afectados por el régimen neoliberal de acumulación, dándose cuenta de que no están solos ni como individuos ni como comunidades. La fragmentación y la individualización le hacen el juego a la modalidad neoliberal, y, por lo tanto, si queremos tener éxito para destronar esta visión del mundo debemos intentar unirnos.

La austeridad, la emigración y el monopolio de la violencia

Las relaciones de solidaridad son mucho más obvias en algunos de los movimientos antiausteridad de los que hemos sido testigos con cada vez mayor frecuencia desde alrededor de 2010, cuando la crisis económica mundial golpeó con toda su fuerza. Irlanda fue el primer país europeo donde surgió una gran oposición contra la austeridad, ya que los manifestantes tomaron en masa las calles de Dublín en noviembre de 2010 (Kearns *et al.*, 2014). En el Reino Unido, los estudiantes se iban movilizando cada vez más, ya que el gasto en educación superior y en matrículas universitarias fue recortado en un 80 por ciento en diciembre de 2010 (O'Hara, 2015). El Movimiento de Ciudadanos Indignados de Grecia supuso otro ejemplo especialmente notable de cómo la gente se unió en una causa común contra la austeridad, ya que entre 300.000 y 500.000 personas se congregaron en Atenas frente al Parlamento griego en una manifestación que duró más de un mes, hasta que la policía la disolvió aplicando mano dura en agosto de 2011 (Gerbaudo, 2017). También hubo manifestaciones importantes en España y Portugal ese mismo año. En ambos casos, la respuesta del Estado fue usar la violencia contra los manifestantes, que en su mayoría fueron muy pacíficos a la hora de exponer sus preocupaciones y exigencias. La implicación en lo tocante a la austeridad neoliberal es arte y parte de su lógica (Springer, 2016d). Si la gente muestra su desacuerdo ante el *statu quo* excluyente y divisorio que ha provocado la coyuntura neoliberal, se pone a merced de toda la fuerza del monopolio de la violencia que se arroga el Estado. Así pues, al tiempo que los estados neoliberales presentan los retrocesos en materia de ayudas sociales, como en la educación y la sanidad, como parte de sus medidas de austeridad, los gastos en seguridad y en el aparato de vigilancia policial no se han visto sujetos al mismo tipo de recortes, y, de hecho, parece que los estados muestran un creciente apetito por desviar dinero hacia estos canales. Lo que esto nos indica acerca del neoliberalismo como sistema ideológico es bastante claro: es la expresión de un autoritarismo profundamente arraigado que sitúa los intereses de las élites económicas y la seguridad de su riqueza como sus mayores preocupaciones (Tansel, 2017).

«LA IGUALDAD ES UNA CUESTIÓN PROFUNDAMENTE POLÍTICA QUE NOS AFECTA A TODOS.»

Aparte de la naturaleza austera del neoliberalismo, el despliegue de sus políticas desempeña indudablemente un papel central en la emigración económica (Mitchell, 2016). A medida que sus relaciones competitivas se manifiestan en forma de economías especulativas y extractivas, el neoliberalismo despedaza a las comunidades locales al despojarlas de la base de su sustento, algo que pone en marcha un proceso que puede considerarse, de muchas formas, una migración forzada. Este fenómeno es especialmente grave en el contexto mexicano, ya que la gente arriesga su vida para entrar en Estados Unidos en busca de una vida



Ciudadanos británicos concentrados ante el Banco de Inglaterra, mostrando pancartas y enseñando los recortes sociales.

mejor al habersele negado en sus propias aldeas, pueblos y ciudades (Bacon, 2013). Con frecuencia, la emigración suele expresarse en forma de un desplazamiento interno, pero tiene cada vez más un componente internacional en el que naciones ricas como Australia, Alemania y el Reino Unido son consideradas destinos ideales. La respuesta, tanto oficial como oficiosa, de estos estados ha consistido en exhibir una considerable xenofobia y en propagar el miedo frente a «otras» etnias, respaldando así una agenda nacionalista (Hogan y Haltinner, 2015). Pese a ello existe un destello de luz en la oscura sombra que proyecta el neoliberalismo, y este puede verse en las formas en que las comunidades están recabando apoyos en favor de los emigrantes, desafiando, frecuente y directamente, a las políticas de Estado. El movimiento Sanctuary City de Norteamérica, el Reino Unido e Irlanda puede, por lo tanto, considerarse un enfoque antisistema que responde a las más amplias corrientes del neoliberalismo (Bauder, 2017). A una escala menor, comunidades anarquistas de Grecia están organizando apoyos para los inmigrantes con el objetivo de proporcionar refugio a quienes huyen de la carnicería de Siria, una guerra desencadenada por la liberalización económica y la falta de reformas políticas (Hinnebusch y Zintl, 2015). Grecia ha recibido más de un millón de refugiados desde 2015, y, mientras el país lucha para lidiar con las implicaciones de todo ello, algunos están emprendiendo acciones directas consistentes en reapropiarse de edificios abandonados, organizar ocupaciones para los emigrantes y restablecer el suministro de agua y electricidad para garantizar unas condiciones de habitabilidad (Mudu y Chattopadhyay, 2017).



Conclusión

Una de las lecciones clave que podemos sacar al rastrear las corrientes de las distintas iteraciones de los movimientos antisistema que han surgido en el mundo como respuesta al neoliberalismo es que emprender acciones por nuestra cuenta puede ser la mejor y única respuesta. La recuperación de nuestra autoridad frente al neoliberalismo representa un medio sin un fin. Es una batalla constante en la que ganar significa que la resistencia es un compromiso continuo y permanente para desentrañar el mundo que conocíamos con la esperanza de unir alternativas que son empoderadoras y reafirmadoras para todos nosotros (White, 2012). Quienes desearían quitarle el poder a la mayoría en beneficio propio se presentan bajo muchos disfraces, e incluso cuando el neoliberalismo se desvanezca en los anales de la historia, surgirán nuevas amenazas a nuestro bienestar colectivo y los vínculos de solidaridad que forjemos. La remodelación del mundo es entonces, fundamentalmente, asunto de cada uno de nosotros. Lo que hagamos con nuestra existencia y cómo interactuemos en este periplo que llamamos «vida» con nuestros compañeros de viaje es lo que importa realmente. Aunque algunos miembros de la izquierda, como David Harvey (2012), se lamenten de la idea de que los asuntos siempre están en nuestras propias manos como camino para la intensificación de los valores neoliberales, este argumento ignora por entero el contenido sustancial de las formas de acción directa y de la política prefigurativa que están desarrollando. Pasa por alto la idea de la resistencia colectiva y habla en términos generales allí donde todas y cada una de las iniciativas fuera de los parámetros del Estado son, de algún modo, procapitalistas. Harvey (2017), que es un marxista convencido, está más que dispuesto a caricaturizar los ideales anarquistas y malinterpreta con mala fe sus intenciones.

Campo de refugiados de Idomeni, en la frontera de Grecia con Macedonia, el 4 de marzo de 2016. Centenares de refugiados intentan seguir su ruta hacia el oeste de Europa.



Por fortuna, no se necesita gran cosa en lo tocante al pensamiento crítico para ver lo atrofiada que está la imaginación política que equipara al neoliberalismo con el anarquismo, ya que las formas de prefiguración que están evolucionando en forma de movimientos contra las clases dirigentes rompen de manera significativa con el capitalismo y generan maneras nuevas y alternativas de relacionarse entre ellas y de estar presentes en el mundo (Springer, 2017). Las políticas prefigurativas son la práctica de la visión política compartida por un movimiento en el aquí y el ahora de nuestra vida cotidiana (Springer, 2012). Consisten en la creación de un nuevo mundo «en el interior del viejo» (Ince, 2012), en hacer que otros mundos sean posibles (Roelvink *et al.*, 2015) o en lo que Carl Boggs (1977) llamaba «la encarnación, dentro de la práctica política en curso de un movimiento, de esas formas de relaciones sociales, de toma de decisiones, de cultura y de experiencia humana que suponen el objetivo definitivo». Por lo tanto, en lugar de esperar a que las autoridades estatales o municipales hagan cosas por nosotros, debemos emprender acciones por nuestra cuenta. En vez de ceder nuestra autonomía a los intereses de una minoría de individuos que afirman pensar en lo que más nos conviene, expresemos y hagamos realidad por nuestra cuenta la visión de lo que más nos conviene. Este es el núcleo de aquello en lo que deberían consistir los valores antisistema. El neoliberalismo favorece la autonomía en el sentido de unos mercados libres de regulaciones, de modo que la acumulación de riqueza siga fluyendo en una dirección (Springer *et al.*, 2016). La prefiguración en forma de movimientos antisistema favorece la autonomía en el sentido de que la gente se libera de las cadenas del Estado y el capital, de modo que se revierte la acumulación y, en lugar de ella, se asegura la redistribución en nuestros propios términos mediante nuestros medios colectivos aquí y ahora (Springer, 2016a). La materialización de todo ello es sencilla: si queremos alterar la dirección del planeta en pos de la consecución de un acuerdo más equitativo para todos, debemos estar dispuestos a hacer el trabajo duro nosotros mismos. Es un camino por el que no podemos ser dirigidos. De hecho, no existe ninguna senda que seguir, ya que «la reinención de la vida cotidiana significa eliminar los bordes de nuestros mapas» (Black, 1986: 33).

Referencias bibliográficas

- Ayres, J. M. (2004), «Framing Collective Action Against Neoliberalism. The Case of the Anti-globalization Movement», *Journal of World-Systems Research*, vol. 10, núm. 1, pp. 11-34.
- Bacon, D. (2013), *The Right to Stay Home. How US Policy Drives Mexican Migration*, Boston, Beacon Press.
- Bauder, H. (2017), «Sanctuary Cities. Policies and Practices in International Perspective», *International Migration*, vol. 55, núm. 2, pp. 174-187.
- Black, B. (1986), *The Abolition of Work and Other Essays*, Port Townsend (Washington), Loompanics Unlimited. [Hay trad. cast.: *La abolición del trabajo*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2013.]
- Boggs, C. (1977), «Marxism, Prefigurative Communism, and the Problem of Workers' Control», *Radical America*, vol. 11, núm. 6, pp. 99-122.
- Boito, A. (2007), «Class Relations in Brazil's New Neoliberal Phase», *Latin American Perspectives*, vol. 34, núm. 5, pp. 115-131.
- Bray, M. (2013), *Translating Anarchy. The Anarchism of Occupy Wall Street*, Washington D.C., Zero Books. [Hay trad. cast.: *La traducción de la anarquía*, Guadalajara, Volapük, 2015.]
- Brenner, N., J. Peck y N. Theodore (2010), «Variegated Neoliberalization: Geographies, Modalities, Pathways», *Global Networks*, vol. 10, núm. 2, pp. 182-222.
- Brickell, K., y S. Springer, eds. (2016), «Introduction to Contemporary Cambodia», *The Handbook of Contemporary Cambodia*, Londres, Routledge, pp. 1-14.
- Bruff, I. (2014), «The Rise of Authoritarian Neoliberalism», *Rethinking Marxism*, vol. 26, núm. 1, pp. 113-129.
- Bush, R. (2007), *Poverty and Neoliberalism. Persistence and Reproduction in the Global South*, Londres, Pluto Press.
- Chandra, P., y D. Basu (2014), «Neoliberalism and Primitive Accumulation in India», en Savyasaachi y R. Kumar, eds., *Social Movements. Transformative Shifts and Turning Points*, Londres, Routledge, pp. 145-158.
- Cloke, P., J. May y S. Johnsen (2011), *Swept-up Lives? Re-envisioning the Homeless City*, Malden (Massachusetts), Wiley.
- Crouch, C. (2011), *The Strange Non-death of Neoliberalism*, Malden (Massachusetts), Polity.
- Dupuis-Déri, F. (2014), *Who's Afraid of the Black Blocs? Anarchy in Action around the World*, Oakland, PM Press.
- England, K., y K. Ward, eds. (2011), *Neoliberalization. States, Networks, Peoples*, John Wiley & Sons.
- Epstein, B. (2001), «Anarchism and the Anti-globalization Movement», *Monthly Review*, vol. 53, núm. 4, p. 1.
- Friedman, T. L. (2005), *The World is Flat. A Brief History of the Twenty-first Century*, Londres, Macmillan, 2005. [Hay trad. cast.: *La Tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*, Madrid, Martínez Roca, 2006.]
- Gerbaudo, P. (2017), «The Indignant Citizen. Anti-austerity Movements in Southern Europe and the Anti-oligarchic Reclaiming of Citizenship», *Social Movement Studies*, vol. 16, núm. 1, pp. 36-50.
- Giroux, H. A. (2005), «The Terror of Neoliberalism. Rethinking the Significance of Cultural Politics», *College Literature*, vol. 32, núm. 1, pp. 1-19.
- Gitlin, T. (2012), *Occupy Nation. The Roots, the Spirit, and the Promise of Occupy Wall Street*, Nueva York, HarperCollins.
- Gould-Wartofsky, M. A. (2015), *The Occupiers. The Making of the 99 Percent Movement*, Oxford, Oxford University Press.
- Graeber, D. (2011), «Occupy Wall Street's Anarchist Roots», *Aljazeera*, 19 de noviembre de 2011, <www.aljazeera.com/indepth/opinion/2011/11/2011112872835904508.html>.
- Harvey, D. (2007), *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press. [Hay trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.]
- (2012), *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, Londres, Verso. [Hay trad. cast.: *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal, 2013.]
- (2017), «"Listen, Anarchist!" A Personal Response to Simon Springer's "Why a Radical Geography Must Be Anarchist"», *Dialogues in Human Geography*, vol. 7, núm. 2.
- Hinnebusch, R., y T. Zintl, eds. (2015), *Syria from Reform to Revolt: volume 1*, Syracuse, Syracuse University Press.
- Hogan, J. y K. Haltinner (2015), «Floods, Invaders, and Parasites. Immigration Threat Narratives and Right-wing Populism in the USA, UK and Australia», *Journal of Intercultural Studies*, vol. 36, núm. 5, pp. 520-543.
- Ince, A. (2012), «In the Shell of the Old. Anarchist Geographies of Territorialisation», *Antipode*, vol. 44, núm. 5, pp. 1.645-1.666.
- Kahn, R. y D. Kellner (2004), «New Media and Internet Activism. From the "Battle of Seattle" to Blogging», *New Media & Society*, vol. 6, núm. 1, pp. 87-95.
- Kearns, G., D. Meredith y J. Morrissey (2014), *Spatial Justice and the Irish Crisis*, Dublin, Royal Irish Academy.
- Kingfisher, C., ed. (2013), *Western Welfare in Decline. Globalization and Women's Poverty*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Lim, A. C. H. (2013), «Cambodia Rising. Neoliberal Violence and Development», *JATI. Journal of Southeast Asian Studies*, núm. 18, pp. 61-72.
- MacLeavy, J. (2008), «Neoliberalising Subjects. The Legacy of New Labour's Construction of Social Exclusion in Local Governance», *Geoforum*, vol. 39, núm. 5, pp. 1.657-1.666.

- Mirowski, P. (2013), *Never Let a Serious Crisis Go to Waste. How Neoliberalism Survived the Financial Meltdown*, Londres, Verso. [Hay trad. cast.: *Nunca dejes que una crisis te gane la partida*, Barcelona, Deusto, 2014.]
- Mitchell, K. (2016), «Neoliberalism and Citizenship», en S. Springer, K. Birch y J. MacLeavy, eds., *The Handbook of Neoliberalism*, Londres, Routledge, pp. 118-129.
- Morgenbesser, L. (2017), «The Failure of Democratization by Elections in Cambodia», *Contemporary Politics*, vol. 23, núm. 2, pp. 135-155.
- Mudu, P. y S. Chattopadhyay (2017), *Migration, Squatting and Radical Autonomy*, Nueva York, Routledge.
- O'Hara, M. (2015), *Austerity Bites. A Journey to the Sharp End of Cuts in the UK*, Bristol, Policy Press.
- Peck, J. (2004), «Geography and Public Policy. Constructions of Neoliberalism», *Progress in Human Geography*, vol. 28, núm. 3, pp. 392-405.
- Peck, J., y A. Tickell (2002), «Neoliberalizing Space», *Antipode*, vol. 34, núm. 3, pp. 380-404.
- Purcell, M. (2016), «Our New Arms», en S. Springer, K. Birch y J. MacLeavy, eds., *The Handbook of Neoliberalism*, Londres, Routledge, pp. 613-622.
- Rapley, J. (2004), *Globalization and Inequality. Neoliberalism's Downward Spiral*, Londres, Lynne Rienner Publishers.
- Roberts, D. J., y M. Mahtani (2010), «Neoliberalizing Race, Racing Neoliberalism. Placing "Race" in Neoliberal Discourses», *Antipode*, vol. 42, núm. 2, pp. 248-257.
- Roelvink, G., K. St. Martin y J. K. Gibson-Graham, eds. (2015), *Making Other Worlds Possible. Performing Diverse Economies*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Schept, J. (2015), *Progressive Punishment. Job Loss, Jail Growth, and the Neoliberal Logic of Carceral Expansion*, Nueva York, New York University Press.
- Smith, J. (2001), «Globalizing Resistance. The Battle of Seattle and the Future of Social Movements», *Mobilization. An International Quarterly*, vol. 6, núm. 1, pp. 1-19.
- Springer, S. (2009), «Renewed Authoritarianism in Southeast Asia. Undermining Democracy Through Neoliberal Reform», *Asia Pacific Viewpoint*, vol. 50, núm. 3, pp. 271-276.
- (2010), *Cambodia's Neoliberal Order. Violence, Authoritarianism, and the Contestation of Public Space*, Nueva York, Routledge.
- (2011), «Articulated Neoliberalism. The Specificity of Patronage, Kleptocracy, and Violence in Cambodia's Neoliberalization», *Environment and Planning A*, vol. 43, núm. 11, pp. 2.554-2.570.
- (2012), «Anarchism! What Geography Still Ought to Be», *Antipode. A Radical Journal of Geography*, vol. 44, núm. 5, pp. 1.605-1.624.
- (2013), «Illegal Evictions? Overwriting Possession and Orality with Law's Violence in Cambodia», *Journal of Agrarian Change*, vol. 13, núm. 4, pp. 520-546.
- (2015), *Violent Neoliberalism. Development, Discourse and Dispossession in Cambodia*, Nueva York, Palgrave MacMillan.
- (2016a), «Fuck Neoliberalism», *ACME. An International Journal for Critical Geographies*, vol. 15, núm. 2, pp. 285-292.
- (2016b), «Homelessness in Cambodia. The Terror of Gentrification», en K. Brickell y S. Springer, eds., *The Handbook of Contemporary Cambodia*, Londres, Routledge, pp. 234-244.
- (2016c), *The Discourse of Neoliberalism. An Anatomy of a Powerful Idea*, Londres, Rowman & Littlefield.
- (2016d), «The Violence of Neoliberalism», en S. Springer, K. Birch y J. MacLeavy, eds., *The Handbook of Neoliberalism*, Londres, Routledge, pp. 153-163.
- (2017), «The Limits to Marx. David Harvey and the Condition of Postfraternity», *Dialogues in Human Geography*, vol. 7, núm. 2.
- Springer, S., K. Birch y J. MacLeavy, eds. (2016), «An Introduction to Neoliberalism», en S. Springer, K. Birch y J. MacLeavy, eds., *The Handbook of Neoliberalism*, Londres, Routledge, pp. 1-14.
- Stahler-Sholk, R. (2007), «Resisting Neoliberal Homogenization. The Zapatista Autonomy Movement», *Latin American Perspectives*, vol. 34, núm. 2, pp. 48-63.
- Steinberg, R. L. (2016), «The Occupy Assembly. Discursive Experiments in Direct Democracy», en L. M. Rojo, ed., *Occupy. The Spatial Dynamics of Discourse in Global Protest Movements*, Filadelfia, John Benjamins Publishing Company, pp. 127-156.
- Tansel, C. B., ed. (2017), *States of Discipline. Authoritarian Neoliberalism and the Contested Reproduction of Capitalist Order*, Londres, Rowman & Littlefield.
- Wacquant, L. (2009), *Punishing the Poor. The Neoliberal Government of Social Insecurity*, Durham, Duke University Press. [Hay trad. cast.: *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*, Barcelona, Gedisa, 2010.]
- White, R. J. (2012), «Towards a Post-Occupy World», *Philosophers for Change*, <<https://philosophersforchange.org/2012/08/21/towards-a-post-occupy-world/>>.
- White, R. J., y C. C. Williams (2014), «Anarchist Economic Practices in a "Capitalist" Society. Some Implications for Organisation and the Future of Work», *Ephemera. Theory and Politics in Organization*, vol. 14, núm. 4, pp. 947-971.

> ENFOQUES FEMINISTAS DE LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN EL PERIODO DE LA POST GUERRA FRÍA



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



Marysia Zalewski es Profesora de Relaciones Internacionales en la Universidad de Cardiff. Su labor de investigación se centra en el feminismo y trabaja en proyectos críticos sobre la violencia sexual machista, el futuro de la violencia sexual, el sexo, la violencia y el terrorismo, y el funcionamiento y la producción de conocimiento de este campo en la política internacional. Publicaciones clave incluyen su libro de 2013, *Feminist International Relations: Exquisite Corpse*, el *'Man Question' books* (con Jane Parpart), y diversos artículos con María Stern y Anne Sisson Runyan.

>ENFOQUES FEMINISTAS DE LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN EL PERIODO DE LA POST GUERRA FRÍA

A partir de una declaración de «intenciones feministas», se analiza la aparición, la trayectoria y el desarrollo de los planteamientos académicos feministas en el ámbito de la disciplina de las relaciones internacionales (RI), después del período de la Guerra Fría. El artículo ofrece breves panorámicas de algunos enfoques feministas clave, y se relacionan con asuntos políticos contemporáneos. Por último, reconsidera la declaración inicial de intenciones feministas, a través de cuatro mujeres de proyección mundial y aporta una visión de la relevancia y el significado contemporáneos de los enfoques académicos feministas, en la teoría y la práctica, en el contexto de la política global.

Declaración inicial

Todas estas teorías, y aun así los cadáveres se siguen acumulando.

M. ZALEWSKI (1996)

Dada la gran cantidad de estudios feministas que han sido realizados durante treinta años, hablar del de la gran diversidad de enfoques feministas en relación con la política internacional constituye toda una tarea. Pero esta declaración inicial o «pausa para pensar» no concierne tanto al desafío corriente de la síntesis y la revisión académicas, sino que más bien está relacionada específicamente con la firme constancia de las asunciones problemáticas que se hacen sobre esta provocadora corriente de pensamiento que pueden socavar su valor primordial. Por lo tanto, empiezo con la declaración de que los estudios feministas sobre la política global tienen la intención, en gran medida, de resultar fuertemente desestabilizadores. Esto sigue siendo así aun cuando la desestabilización parece difícil de concretar desde un punto de vista político y educativo. Pero un objetivo primordial de este corpus de estudios feministas es generar un cúmulo de teoría y práctica con la voluntad y el empuje suficientes para realizar importantes cambios estructurales, epistemológicos, conceptuales y políticos tanto en las formas en que se estudia la política internacional como también, y fundamentalmente, para alterar en profundidad las formas violentas en las que buena parte de la política global sigue manifestándose. Podría considerarse que este objetivo académico del feminismo suena provocador y excesivamente ambicioso, sobre todo porque se suele entender que el objetivo asumido por el feminismo consiste, simplemente, en incluir a las mujeres en los diferentes ámbitos de la alta política. Esta asunción siempre se acompaña con el supuesto de que dicha inclusión sirve meramente

para apoyar las agendas teóricas y políticas de la política internacional convencional. Mi afirmación consiste en que esta rama de los estudios feministas tiene un objetivo más trascendental y que, de hecho, es muy similar a aquel en el que la propia disciplina de la política internacional se basó (y en el que ha fracasado, de forma manifiesta), en concreto el de poner freno, en la medida de lo posible, a la atroz e incesante violencia que sigue deteriorando el panorama de la política global contemporánea. Además, la afirmación de los estudios feministas es que tienen un potencial mucho mayor que la disciplina de las relaciones internacionales para desencadenar este tipo de cambio. Empiezo con esta afirmación un tanto provocadora porque el propósito y el trabajo serios del feminismo pueden evaporarse con facilidad. Espero captar la atención del lector en este importante texto desde el principio; los riesgos son demasiado elevados como para no tomarse en serio el trabajo desestabilizador del feminismo.

Introducción: Los estudios feministas y las relaciones internacionales

La disciplina de las relaciones internacionales (RI) está totalmente vinculada a los ritmos del panorama político global. Tras surgir como una disciplina académica en 1919, tras los horrores de la Primera Guerra Mundial, la teorización, los enfoques metodológicos y la atención política de las RI se han centrado desde entonces en aportar conocimientos útiles sobre el ámbito internacional (Brecher y Harvey, 2005). Tradicionalmente, esto ha comportado prestar atención a los aspectos políticos más obvios de los estados, los gobiernos, los políticos y las guerras importantes a escala mundial, con la atención conceptual y empírica girando constantemente en torno a la seguridad, la anarquía y la violencia. Desde el punto de vista de la teoría, durante muchas décadas la disciplina se ha visto dominada por la tríada del realismo, el pluralismo y el estructuralismo, aunque fue el realismo (una forma de *Realpolitik*) el que siguió siendo el enfoque teórico abrumadoramente dominante (Smith, 1994). No fue hasta la década de 1980 cuando otros enfoques políticos empezaron a cobrar algo de impulso. Ciertamente, tras la caída del Muro de Berlín y el inicio del período posterior a la Guerra Fría, hubo una cierta explosión de enfoques teóricos en las RI, una lista de ellos incluiría la teoría crítica, el posmodernismo, el postestructuralismo, el feminismo y el constructivismo (Brecher y Harvey, 2005). Esta sobreabundancia de teorías (especialmente en comparación con las seis décadas anteriores) generará abundantes artículos, libros, talleres, conferencias y nuevos programas de enseñanza, sobre todo en Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido y Australia. Junto con estos avances teóricos, ya habían empezado las críticas a los puntales filosóficos y epistemológicos de la mayoría —por no decir todas— de las teorías y los enfoques metodológicos convencionales, normalmente enmarcadas en el debate «pospositivista» (Smith, Booth y Zalewski, 1996). Así, la etapa posterior a la Guerra Fría aparece como un momento político e intelectual muy oportuno para aportar un relato de uno de estos nuevos enfoques, en concreto el feminismo. Pese a ello, dado el gran

dominio del realismo a lo largo de más de seis décadas, es importante preguntarse con mayor detenimiento por qué estos cambios globales habrían tenido semejante impacto en el ámbito de la disciplina y la teoría. ¿Qué es lo que cambió exactamente en 1989?

Una respuesta consiste en que dos ejemplos claros de fracaso y sorpresa desencadenaron la avalancha de nuevos trabajos en la disciplina de las RI. La sorpresa fue la caída de la Unión Soviética y el deshielo de la Guerra Fría; el fracaso pertenecía a la disciplina de las RI. Tal y como lo expuso Christine Sylvester: «Pocos realistas de cualquier índole habrían sostenido que los estados, por voluntad propia, cesan en sus funciones y desmantelan sus autoridades territoriales; esto es lo que hizo la Unión Soviética» (2002: 7). Para los estudiosos y los practicantes de la *Realpolitik*, este abandono del poder y de la soberanía fue sorprendente, al tratarse de una disciplina relacionada íntegramente con el análisis político y la formulación de políticas de alto nivel, sobre todo en Estados Unidos, la falta de perspicacia y de poder de predicción de las RI se sintió de forma contundente. La rapidez de los cambios llevó a muchos a desafiar los académicos de la política internacional y a centrar su atención en las limitaciones de las RI (Brown, 1993: 2). Alimentadas aún más por muchas de las percepciones de la «filosofía continental» (que habían sido absorbidas por otras disciplinas como la sociología o la teoría política algunas décadas antes), las críticas epistemológicas a las bases teóricas de las RI experimentaron un incremento exponencial. Así pues, esta confluencia de las debilidades teóricas de las RI y de un orden mundial potencialmente turbulento preparó el camino para una intrusión teórica y empírica por parte de multitud de académicos que marcaron el inicio de la «década desestabilizadora» de 1980 (Sylvester, 2002: 9). El feminismo ocupó entonces el escenario central con conferencias y talleres para la mayor parte del público de las RI en Londres, Boston y Los Ángeles, y se produjo el nacimiento de la sección de Estudios Feministas y de Género de la International Studies Association y del Grupo de Relaciones Internacionales y de Género en la British International Studies Association. Estos acontecimientos sirvieron para colocar a las estudiosas feministas en puestos reconocidos en las instituciones. Proliferaron entonces libros y artículos,¹ y los programas de estudio de las RI de la corriente dominante empezaron a incluir algunos cursos sobre el feminismo de género, por lo menos en el ámbito educativo angloamericano.

«LA DISTINCIÓN ENTRE SEXO Y GÉNERO FUE UNA REVOLUCIÓN EN EL PENSAMIENTO FEMINISTA.»

Así pues, el período inmediatamente posterior a la Guerra Fría fue testigo de cómo los estudios feministas entraban en un vigoroso clima intelectual en la disciplina de las RI. Uno de los libros pioneros publicados en esa época fue *Bananas, Beaches and Bases* (1989), de Cynthia Enloe, que sigue siendo hasta la fecha un

texto fundamental en el estudio de la política feminista internacional.² En 1989 destacó por su uso prolífico de las metodologías visuales, su alusión muy limitada a las teorías, los textos o los autores fundamentales de las RI convencionales y, ante todo, la gran atención que prestaba a las mujeres y los mecanismos de género, especialmente la masculinidad y la feminidad, ambos en el contexto de los comportamientos y los conceptos. Esto significó inevitablemente que *Bananas, Beaches and Bases* se centrara en aspectos de la política internacional durante mucho tiempo considerados irrelevantes, triviales o «sencillamente domésticos», entre ellos las esposas de los diplomáticos, la prostitución, el turismo y el servicio doméstico. Al libro de Enloe de 1989 se le atribuye acertadamente el haber iniciado una senda feminista intelectual y política que exponía lo muy en deuda que estaba el sistema político internacional con el trabajo de las mujeres y con el funcionamiento de la masculinidad y la feminidad.³ Esta obra no versaba «simplemente» sobre las mujeres, sino que se proponía demostrar que al centrarse en las mujeres y el género se podía ilustrar con mucha mayor claridad hasta qué punto el poder se dedica mucho más a la elaboración de las políticas internacionales de lo que las teorías convencionales podían comprender. Como lo expuso Enloe: «La política internacional de la deuda, las inversiones, la colonización, la seguridad nacional, la diplomacia y el comercio es mucho más compleja de lo que a la mayoría de los expertos les gustaría hacernos creer» (1989: 197).

El período posterior a 1989 en la teoría y la práctica feministas

En medio de un orden europeo fluido y la desaparición repentina de lo que se había percibido como un mundo bipolar estable (Smith, 1994), el período inmediatamente posterior a la Guerra Fría parecía un momento poco oportuno para dedicar una profunda atención a la pregunta fundamental de Cynthia Enloe sobre la política internacional, que era y, en gran medida, sigue siendo: «¿Dónde están las mujeres?». Aunque en el contexto de la (nueva) Europa, se evidenciaba claramente que a las mujeres les estaba yendo en general bastante mal, sobre todo en la antigua Europa del Este. En uno de los ámbitos más obvios de la política (la participación y la representación políticas), las mujeres habían sido anteriormente muy activas. Después de 1989, su representación empezó a descender rápidamente (Einhorn, 1992). Como apuntaron escritores contemporáneos: «Las mujeres habían estado presentes en las grandes manifestaciones, en las calles felices, pero desaparecieron de las mesas de negociación» (Kiss, 1991). También en el terreno del empleo, las mujeres se encontraban entre las mayores perdedoras, y sus derechos reproductivos se convirtieron en un objetivo principal para la gestión política, transformándose frecuentemente en el primer asunto al que prestaron atención los gobiernos poscomunistas (Kiss, 1991; Einhorn, 1993).

Sin embargo, para cultivar los análisis feministas después de 1989 se requerían claramente bases teóricas rigurosas. Las primeras formulaciones de los estudios feministas en las RI incluían el desarrollo de tipologías teóricas, en concreto liberales, socialistas-marxistas, radicales y posmodernas. Esto se vio acompañado

de análisis más inspirados en la filosofía y etiquetados como empiristas, postestructurales y deudores de la teoría del punto de vista (Zalewski, 1993). Los feminismos liberales y socialmarxistas estaban, como resulta bastante obvio, alineados con el liberalismo y el socialismo-marxismo desde el punto de vista político. Así, el feminismo liberal se apoyó fuertemente en el liberalismo que prestaba atención a la santidad del «yo» humano y a todos los derechos desarrollados en relación con ese yo, especialmente tras la Declaración de los Derechos Humanos de 1948. Con aparente simplicidad, los académicos feministas querían que se ampliaran los «derechos del hombre» para incluir los «derechos de la mujer». Lo que resultó clave para este tipo de análisis fue la distinción entre sexo y género, que fue en verdad un movimiento revolucionario en los anales del pensamiento feminista, ya que desvinculó el reino supuestamente natural o biológico del «sexo» del ámbito del «género», construido cultural y socialmente.⁴ Si tradicionalmente había parecido que las mujeres no pertenecían al campo político o público, o que no tenían los mismos derechos que el hombre dados sus roles reproductivos privados o familiares más naturales (o que en realidad eran «un don de Dios»), el conocimiento relativamente nuevo de que las mujeres también eran «simplemente» humanas significó que podían, y ciertamente debían, ser incluidas desde los puntos de vista empírico y representativo, así como en el análisis teórico. El que las mujeres no estuvieran incluidas de esta forma en relación con el estudio y las prácticas de la política internacional era algo manifiestamente patente. De hecho, la ausencia de las mujeres en la enseñanza de las RI, o en las obras e investigaciones sobre política internacional, era palmaria. Como apuntó J. Ann Tickner sobre la disciplina de las RI en 1992:

¿Por qué hay tan pocas mujeres en mi disciplina? Si enseño sobre este campo tal y como se le define convencionalmente, ¿por qué hay tan pocas lecturas escritas por mujeres que pueda asignar a mis alumnos? ¿Por qué está mi disciplina tan alejada de las experiencias vividas por las mujeres? ¿Por qué las mujeres han brillado solo por su ausencia en los mundos de la diplomacia, el ejército y la elaboración de la política exterior? (1992: 1).

La ausencia de mujeres en el panorama de alta política de las guerras, las relaciones entre los estados y el liderazgo político era sin duda obvia. Y la falta de interés en lo que podrían considerarse las actividades y preocupaciones más tradicionales de la mujer se vio seguramente como una omisión adecuada. ¿Qué utilidad podría tener teorizar sobre la maternidad o el trabajo doméstico para el estudio y la práctica de la política global? Quizá las mujeres fueran «a veces» visibles como líderes ocasionales o guerreras míticas, pero se comprendía con toda claridad que la alta política internacional era un «trabajo de hombres», algo que, frecuente y explícitamente, se exponía tal cual (incluso hoy en día). Así, un objetivo fundamental de las feministas inspiradas en el liberalismo fue que se les reconociera a las mujeres el mismo valor que se le concedía al hombre, para que tuvieran las mismas oportunidades políticas y públicas que este y para que, de

forma crucial, el género (ese artificio cultural considerado como el responsable de tantos daños) se desvaneciera gradualmente con el objetivo final de un futuro sin género. Un futuro justo sería uno sin género. En sus estructuras y prácticas sociales, el sexo de alguien no tendría más relevancia que el color de sus ojos o la longitud de los dedos de sus pies (Okin, 1989: 171).

¿Cómo le ha ido al feminismo liberal en la política global? En la actualidad hay muchas mujeres que son líderes políticos, todavía una minoría, aunque quizá decreciente. Gran cantidad de mujeres sirven en los ejércitos de todo el mundo, y las prohibiciones de que luchen en combates cuerpo a cuerpo están desapareciendo casi a diario.⁵ El género como concepto ha sido integrado en el pensamiento y la práctica de muchos gobiernos nacionales y organizaciones internacionales. La Organización de las Naciones Unidas es en este sentido un actor clave, en particular desde la revolucionaria resolución 1325 del Consejo de Seguridad promulgada en el año 2000, que fue el primer documento formal y jurídico de dicho consejo que exigía a las partes implicadas en un conflicto que evitaran las violaciones de los derechos de las mujeres, que respaldaran su participación en las negociaciones de paz y en la reconstrucción tras los conflictos, y que protegieran a las mujeres y las niñas de la violencia sexual y la basada en el género.⁶ Entre las resoluciones relevantes más recientes tenemos la SCR 2106 y la SCR 2122, ambas de 2013.⁷

En varios sentidos, el éxito del feminismo liberal parece claro. Pese a ello, para muchos académicos feministas especializados en las relaciones internacionales, este éxito es dudoso. Resulta que la mayoría de los académicos feministas dan la bienvenida a las prácticas inclusivas en favor de las mujeres, pero el asunto problemático está relacionado con la aceptación tácita de agendas y prácticas políticas y teóricas de índole convencional (a menudo señaladas como predominantes desde el punto de vista masculino). Además, está la aceptación del concepto estándar de «humano», que es, históricamente y por defecto, alguien perteneciente a la élite, blanco y hombre. En consecuencia, los trabajos feministas liberales tienden a respaldar la invisibilidad y el menor valor de la vida, los comportamientos y el trabajo tradicional de las mujeres, por lo que acostumbran a ignorar los desequilibrios, los sesgos y las discriminaciones que esto causa en muchas mujeres de todo el mundo. Y en el orden geopolítico actual, muchos argumentan que el feminismo liberal ha acabado al servicio de las agendas y prácticas neoliberales. Retomaremos esta idea más adelante.

Tal y como cabría esperarse, los puntales filosóficos y los compromisos políticos de los feminismos socialistas-marxistas⁸ están relacionados íntegramente con los análisis del ámbito económico y del sistema de clases. La conjunción del análisis marxista sobre la economía, las clases y el capitalismo con la agitación cotidiana de las vidas vividas, junto con el énfasis del feminismo socialista en la distinción uso/valor y la explotación característicos de las mujeres en el sistema global, ha dado lugar a multitud de estudios profundos acerca de las economías políticas mundiales de género. Las primeras obras incluían el seguimiento efectuado por

Maria Mies del trabajo de la «esposa-consumidora» como un ejemplo de la «mano de obra óptima» (1986), tanto en los «países subdesarrollados como en los excesivamente desarrollados» (1986: 126), así como las investigaciones de Cynthia Enloe sobre la política «del plátano», condicionada por el género, a través de la figura y la vida de la cantante Carmen Miranda (1989/2014). Enloe también inauguró un complejo campo de investigación rastreando el uso internacional del concepto «trabajadoras domésticas» y sus vínculos con las políticas de deuda internacional (1989/2014). Los importantes trabajos teóricos en el campo del género y de la economía política han demostrado que las percepciones sobre los roles adecuados para los hombres y las mujeres (y las dimensiones complementarias de la raza y la clase social) impregnaron y estructuraron muchos de estos tipos de decisiones y actividades personales. Las creencias relativas al romance y el amor, además de las asociadas a la reproducción y el honor familiar, abonaron un terreno fértil para la existencia de grandes reservas de mano de obra barata o gratuita. Sin embargo, por regla general se siguió considerando que eran cuestiones domésticas y/o culturales, y ciertamente no un asunto de los analistas políticos internacionales.

Las improntas de ese trabajo se ilustran actualmente muy bien, desde el punto de vista teórico y práctico con las ambiciones empresariales del hemisferio norte para con las mujeres y las niñas del hemisferio sur. Un ejemplo de ello podemos encontrarlo en las agendas de responsabilidad social corporativa de las grandes empresas y las finanzas internacionales. El Banco Mundial, por ejemplo, se ha embarcado en colaboraciones importantes con dos actores del sector privado, el Foro de Líderes del Sector Privado Global y la campaña The Girl Effect (véanse Calkin, 2016, así como Calkin, 2015). Esta última también es conocida por el respaldo que recibe por parte del mundo del deporte y las celebridades. Pese a las intenciones filantrópicas, Sydney Calkin argumenta que la combinación del género y de las grandes empresas y las finanzas saca el máximo partido al poder empresarial y a los recursos potenciales de las mujeres y las niñas en una economía global al servicio de las agendas del hemisferio norte. El uso político del género para promover las agendas humanitarias y otros proyectos del hemisferio norte no es algo nuevo. Un momento importante que marcó el período inmediatamente posterior al 11-S fue el discurso radiofónico de la entonces primera dama, Laura Bush, sobre las dificultades de las mujeres de Afganistán, que aportó más razones para la posterior invasión de este país por parte de Estados Unidos. Siguen en el aire preguntas serias acerca del panorama político internacional actual sobre el siempre creciente foco de lo económico y del desarrollo en las mujeres y las niñas, entre otros Girl Effect, Girl Up, Girl Rising, G(irls)20 Summit, Because I Am a Girl, Let Girls Learn y Girl Declaration.⁹ ¿Qué podemos hacer con la utilización actual del género como herramienta de valor de uso económico y político en favor del hemisferio norte?

La última oleada dual de trabajos teóricos feministas en el ámbito de las relaciones internacionales incluye a los feminismos radical y posmoderno, que están relacionados de forma menos obvia con los compromisos políticos conocidos o con el espectro político convencional. Aun así, el afluente radical del trabajo

feminista está muy íntimamente relacionado con los movimientos revolucionarios, de resistencia política y sociales en muchas sociedades occidentales de las décadas de 1960 y 1970, incluidos los derechos de las mujeres y los movimientos por los derechos civiles y del *black power* («poder negro»). Un objetivo fundamental de este tipo de trabajo fue situar a las mujeres en el centro de la atención política y analítica y plantear interrogantes que tradicionalmente preocupaban más a las mujeres, ubicándolos en un lugar destacado de las agendas políticas, educativas y culturales. «¿Dónde están las mujeres?»; he aquí una pregunta aparentemente importante, planteada por muchos trabajos feministas radicales, que parece benigna a un cierto nivel, o simplemente una pregunta empírica o temática. Pese a ello, plantea cuestiones epistemológicas profundas sobre las bases y los sistemas de conocimiento remontándose a los supuestos padres del pensamiento moderno, entre ellos Platón y Aristóteles, y a otros más recientes como Jean-Jacques Rousseau, John Stuart Mill e Immanuel Kant, por nombrar solo a algunos. La crítica a los conocimientos fundacionales también es un sello distintivo de los feminismos posmodernos y/o postestructurales. Volveré más adelante a estas ideas. En las tres décadas posteriores al final de la Guerra Fría, se han llevado a cabo muchos estudios feministas y el género se ha convertido en un asunto central para las políticas y el discurso de la Organización de las Naciones Unidas. Parece que las mujeres y el género disponen de un lugar seguro en la teoría y la práctica de la política internacional. Actualmente, en los estudios feministas de las RI, la tipología de cuatro enfoques de la teoría feminista que he presentado está desplegada de forma menos visible, pero formó parte en gran medida del desarrollo de este campo. El trabajo académico posterior representa más bien una amalgama de enfoques, quizá con cierta tendencia a los métodos postestructurales y se hace mucho más trabajo usando la teoría poscolonial y la teoría *queer*, así como enfoques metodológicos alternativos creativos que incluyen análisis de imágenes, de la cultura popular y de «lo cotidiano». Y ahora es el momento de añadir algún matiz argumental, tomando un pequeño desvío para reflexionar sobre cuatro mujeres de gran relevancia política internacional, dos contemporáneas y dos de la Antigüedad.

Cuatro mujeres

Las cuatro mujeres importantes a escala mundial son Aung San Suu Kyi, Malala Yousafzai, Atenea y Medusa. En primer lugar haremos las debidas presentaciones y luego examinaremos algunas razones por las que podemos considerar que es importante reflexionar sobre ellas, como si se tratara de un interludio en este artículo, en lo que constituye un análisis de la política internacional y de la teorización feminista.

Aung San Suu Kyi y Malala Yousafzai son dos mujeres que aparecen con frecuencia en los medios de comunicación sobre la política internacional y que están en el primer plano de la actualidad. Aung San Suu Kyi, conocida coloquialmente como «la señora» o «la dama»,¹⁰ es muy conocida por su larga lucha por la democracia

en Birmania. Es una mujer presentada habitualmente en los medios occidentales como una figura enigmática e incluso romántica, descrita por un comentarista como «fragante». Se le concedió el Premio Nobel de la Paz en 1991. Más recientemente, ha aparecido en las noticias por, supuestamente, hacer la vista gorda ante lo que se ha descrito como la limpieza étnica de la comunidad minoritaria musulmana de los rohinyás en Birmania. En una carta abierta al Consejo de Seguridad de la ONU, más de una docena de galardonados con el Premio Nobel han criticado a Aung San Suu Kyi por las «sangrientas medidas militares contra el pueblo minoritario de los rohinyá», y han advertido de una tragedia que alcanza el nivel de una limpieza étnica y de crímenes contra la humanidad.¹¹

Atenea, en el centro de la pintura, la diosa de la sabiduría y las artes, coronada con un casco y portando un manto donde lleva atada la cabeza de Medusa, que cortó Perseo. Atenea es un icono de la feminidad a lo largo de los siglos que se ha proyectado intensamente en el imaginario político y social contemporáneo.

La joven pakistaní Malala Yousafzai era muy activa y franca (incluso escribía en blogs) con respecto al derecho de las niñas a recibir educación. Fue tiroteada por los talibanes en 2012, con quince años de edad, cuando iba al colegio, por sus opiniones y su activismo. Malala (conocida mundialmente por su nombre de pila, sobre todo tras la publicación de su biografía en 2013) se trasladó a Inglaterra para recibir tratamiento médico, y se recuperó lo suficiente de sus heridas como para comenzar a ir al instituto en Birmingham. Siguió diciendo lo que pensaba sobre el derecho de las niñas a recibir educación, y en 2014 Malala se convirtió en la persona más joven en ser galardonada con un Premio Nobel de la Paz.¹² En 2017 fue nombrada embajadora por la paz de la Organización de las Naciones Unidas, y obtuvo una plaza para estudiar una carrera en la Universidad de Oxford. También fue uno de los premios Nobel que firmó la carta abierta dirigida al Consejo de Seguridad de la ONU para reprender a Aung San Suu Kyi. Son dos mujeres importantes en la escena política internacional actual. ¿Cómo nos ayudan sus historias y sus vidas a comprender mejor el trabajo y la importancia de los estudios feministas sobre las relaciones internacionales?



Atenea y Medusa no son mujeres contemporáneas, pero han tenido una presencia intensa y prolongada en la imaginación política, social y cultural. Atenea era la diosa de la sabiduría, la guerra, el heroísmo y las artes de la mitología griega, y de ella toma y conserva su nombre la capital de Grecia. En la cultura del Reino Unido, su emblema, su espíritu y su nombre han sido adoptados por la Equality Challenge Unit (Unidad por el Desafío de la Igualdad), que encabeza y dirige iniciativas por la igualdad de género en algunas de las mejores instituciones educativas y de investigación del país (el *Athena Swan Charter*, o «estatuto del cisne de Atenea»).¹³ Una de las hazañas memorables de Atenea fue transformar la cabeza de Medusa en una visión terrorífica, con multitud de serpientes que se retorcían y siseaban, y con la capacidad de convertir a los hombres en piedra si la miraban a los ojos. La cabeza la acabó cortando Perseo a petición de Atenea. Las estatuas de Perseo luciendo la cabeza de Medusa son algo habitual en los museos de todo el mundo.

La historia de Medusa ha llegado siglo XXI; en la reencarnación mediatizada más reciente de dicho relato, Donald Trump ocupa el lugar de Perseo y Hillary Clinton aparece como la cabeza cortada de Medusa (Beard, 2017). Y aunque existen muchas variantes antiguas del relato, persiste una versión concreta. Medusa era la única de tres hermanas conocidas como las gorgonas que nació siendo mortal. La historia nos explica que Medusa había sido hermosa pero fue maldecida por Atenea, que le dio serpientes por cabello. El delito de Medusa había consistido en violar la santidad de uno de los templos de Atenea por haber yacido con Poseidón. Este relato del castigo y la eventual decapitación de Medusa por parte de Perseo tiene una importante repercusión en la actualidad. Sin embargo, como señalan Mary Beard (2017) y Susan Bowers (1990), una historia distinta podría haber captado la imaginación y haber tenido una ulterior importancia filosófica y epistemológica; a saber, que Poseidón habría violado a Medusa y el «castigo» de Atenea habría tenido más bien el propósito de evitar que Medusa volviera a ser violada nunca más.

Estas cuatro mujeres son icónicas, y todas ellas tienen que ver de una forma u otra con la política global. Se erigen como figuras emblemáticas de la feminidad, y son referentes emblemáticos en nuestro pensamiento sobre la política internacional, aunque de formas diferentes. La cuestión sobre la postura aparentemente vacilante de Aung San Suu Kyi como heraldo de la paz no es relevante aquí, y los lectores tendrán opiniones dispares sobre esto. Mejor, podemos pensar en su estatus icónico en relación con las visiones feministas liberales sobre la inclusión de la mujer, en particular como líderes políticos globales. Está muy claro que no podemos (nunca) contar con que las mujeres actúen de formas «pacíficas», aunque parece que las lideresas rara vez pueden evitar ser identificadas por su género, generalmente como iconos en un extremo u otro del espectro de la mujer buena-mujer mala; como guerreras, pacifistas, heroínas o simples malvadas. Las mujeres permanecen marcadas por su género, y de hecho este tiende a rechazar más de un estatus icónico a la vez. La posición de Malala con respecto al género en el relato del paisaje geopolítico contemporáneo se ha vuelto especialmente atractiva para el público occidental,

en particular porque encaja muy bien en el ámbito colonialista que Gaytri Spivak (1985) explicó de forma tan poderosa y sucinta: «Hombres blancos salvando a mujeres morenas de hombres morenos». Al mismo tiempo que la historia de Malala respalda las políticas masculinas de protección, tradicionales y encorsetadas, también se le ha dado el aire de un relato feminista neoliberal de éxito, de un triunfo femenino individual sobre las fuerzas oscuras del tradicionalismo relacionado con el género. Es significativa la figura de una mujer extraordinaria surgiendo intrépidamente de entre una masa de mujeres «corrientes» (y piénsese en la forma en que los medios representan a las mujeres de la región del «Gran Oriente Medio»), y requerida con tanto entusiasmo por poderosas instituciones políticas occidentales. Y es sorprendente que las figuras icónicas de la feminidad, Atenea y Medusa, sigan atrayendo la imaginación popular y filosófica actual. Que una de las formas más impactantes de representar la «batalla» entre Donald Trump y Hillary Clinton en la época de la campaña presidencial estadounidense y las elecciones de 2016-2017 (pese a su intención humorística) hiciera uso de la reencarnación brutal e hiperrelacionada con el género de la narrativa convencional y antigua de Perseo, Atenea y Medusa, revela mucho sobre cómo funcionan los sistemas de conocimientos actuales.

La joven Malala Yousafzai presenta su libro *I am Malala*, en el Instituto Francés de Nueva York, en agosto de 2014.



Hombres de mi edad dictan esta guerra.

El señor Dawson en *Dunkerque*¹⁴

¿Qué sale a la superficie mediatizada de los paisajes políticos globales actuales? ¿Qué bombardea a diario a nuestra visión y nuestra mente? Algo que a todas luces ha cambiado de forma radical desde el final de la Guerra Fría es la amplia difusión del uso de internet y de las redes sociales. Un ejemplo actual de relevancia a escala mundial es el hábito del presidente estadounidense, Donald Trump, de usar Twitter. Mientras estoy escribiendo, las probabilidades de una guerra nuclear con (o causada por) Corea del Norte están ocupando el escenario central de Twitter. Otros focos de atención en mis fuentes de noticias diarias incluyen los sufrimientos de los musulmanes rohinyá en Birmania y el Brexit, por supuesto, sobre todo desde la atalaya privilegiada de alguien que vive en el Reino Unido. ¿Y culturalmente? Una de las últimas grandes películas es *Dunkerque* (estrenada, quizá casualmente, en medio de una cierta agitación en torno a las negociaciones del Brexit). Es un filme lleno de hombres, sin apenas hombres de color, y tal vez con una o dos mujeres (es difícil atisbarlas). ¿Importa esto? ¿Es la rigurosa «masculinidad blanca» de una película popular algo a lo que deberíamos prestar atención como especialistas en las RI cuando nos enfrentamos a la amenaza del presidente de Estados Unidos de aniquilar a otro país, tal y como hizo en su primer discurso en la Organización de las Naciones Unidas en septiembre de 2017? ¿O a un mundo en el que el presidente ruso y el líder norcoreano muestran, incesantemente, niveles variables de lo que podría llamarse «masculinidades irritantes»? ¿Y qué decir del montón de huracanes que están provocando el caos en el golfo de México o el Caribe? Las preguntas sobre el cambio climático y la degradación medioambiental ocupan, con toda seguridad, un lugar preferente en nuestras agendas políticas internacionales, si bien intermitentemente, aunque es, por supuesto, la gente más pobre la que más sufre; en eso no hay cambios. Hoy la principal diferencia es que las celebridades acuden al rescate de formas mucho más visibles y de autopromoción de lo que nunca había sido posible antes de las redes sociales.

Existe un cierto grado de obsesión con la idea de los cambios dramáticos en nuestros panoramas políticos, que a menudo se da por sentado que son aquellos a los que prestar también especial atención; el final de la Guerra Fría, por ejemplo. Pero podemos centrarnos por un momento en la película *Dunkerque*, un gran drama del pasado, por supuesto, pero que en su forma de cultura popular no parece tener, a bote pronto, gran importancia en el contexto de las preocupaciones de este texto. Mi hija se pregunta por qué hay tan pocas mujeres en ella; ¿no se podría haber dado a una mujer el papel en el timón de la pequeña barca situada en el centro del relato de la película? ¿O no se podría haber colado, pasando desapercibida, una hija adolescente, en lugar de un hijo, en la barca, de modo que pudiera unirse

a su padre y a su hermano mayor en la misión de rescate? Por supuesto, se trata de un suceso de la Segunda Guerra Mundial, así que es un filme de su época, y es una asunción común que la historia no puede, sencillamente, reescribirse para satisfacer la moral ni, mucho menos aún, las agendas relativas al género a principios del siglo XXI. Sin embargo, ha habido mucha «cháchara en las redes sociales» sobre el «blanqueamiento» de la película.¹⁵ Y sin duda el cuestionable «espíritu del Blitz», surgido durante los bombardeos alemanes sobre Londres, encajaba de perlas con el resurgimiento actual del espíritu de «protección de la patria» predominante tanto en el Reino Unido como en Estados Unidos. Pero qué fácil ha resultado pasar por alto la violencia, en particular las violaciones y las agresiones sexuales que se dieron de forma tan regular durante los bombardeos aéreos en la Segunda Guerra Mundial.

«ES SORPRENDENTE QUE LAS FIGURAS ICÓNICAS DE LA FEMINIDAD, ATENEA Y MEDUSA, SIGAN ATRAYENDO LA IMAGINACIÓN POPULAR Y FILOSÓFICA ACTUAL»

Los especialistas en las relaciones internacionales feministas preguntan con insistencia qué historias (de las muchas disponibles) conservan el escenario central o regresan para ocuparlo, ya versen sobre la guerra, la economía global o un trabajo adecuado para los hombres y las mujeres: ¿cuáles de estas historias salen persistentemente a la superficie y retienen la atención política y teórica? Yo le insinúo a mi hija que *Dunkerque* es una película que tiene mucho que ver con el heroísmo masculino, y aunque cualquier director podría decidir modificar un poco los «hechos» para contar y vender una historia, el heroísmo femenino no tiene el mismo impacto ni la misma facilidad para contar su historia. El caso es que en muchos filmes recientes muy populares, como *Espías desde el cielo* y *La noche más oscura* (éxitos de taquilla que captan la atención de millones de personas en todo el mundo), aparecen líderes femeninos en papeles de militares de alta graduación. Pese a ello, las investigaciones recientes sugieren que estos liderazgos femeninos (siempre mujeres blancas) sirven para promocionar un tipo de «blancura ética» (Charania, 2017) que respalda, una vez más, las agendas políticas internacionales convencionales.

El artículo arrancaba con una frase un tanto provocadora sobre la intención de los estudios feministas. Podría percibirse que «exagero» para atraer la atención. Pese a ello, mantengo que la crítica feminista de las estructuras de conocimientos subyacentes en las que se basan los estudios de política internacional, y que se fundamentan en bases filosóficas, políticas e incluso mitológicas, supone un desafío relevante. Empezando por el reconocimiento de que las mujeres y lo tradicionalmente «femenino» se han convertido en algo ausente o irrelevante en el campo de la política internacional, parece que el remedio no consiste simplemente en «añadir mujeres» como si se tratara de hombres. El reto del

estudio y de la práctica de la política internacional requiere de un trabajo mucho más riguroso y eficaz tanto en la teoría como en la práctica. Ha habido algunos cambios notables en el panorama político global desde 1989, pero un vistazo rápido confirmará, como mucho, una ligera merma en la violencia global o quizá, un incremento. Por supuesto, los estudios feministas no pueden resolver todas estas violencias, pero el amplio corpus de conocimiento generado desde 1989, un conocimiento que surge de cuestiones procedentes del trabajo y las actividades sumergidas de más de la mitad de la población del mundo, recibe una atención mucho más seria y prolongada.

Referencias bibliográficas

- Beard, M. (2017), «Women in Power», *London Review of Books*, 16 de marzo, pp. 9-10.
- Bleiker, R., ed. (2018 [en prensa]), *Visual Global Politics*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Bowers, S. (1990), «Medusa and the Female Gaze», *NWSA Journal*, vol. 2, núm. 2, pp. 217-235.
- Brecher, M., y F. P. Harvey (2002), *Millennial Reflections on International Studies*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Brown, R. (1993), «Introduction: Towards a New Synthesis of International Relations», en M. Bowker y R. Brown, eds., *From Cold War to Collapse. Theory and World Politics in the 1980s*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Charania, M. (2017), «Ethical Whiteness and the Death Drive. White Women as the New American War Hero», artículo presentado en la conferencia Conflicted Bodies, Londres (Reino Unido), Goldsmiths University, 30 de septiembre.
- Dunkerque* (2017), director y guionista: Christopher Nolan, Warner Bros. Pictures.
- Einhorn, B. (1991), «Where Have All the Women Gone?», *Feminist Review*, núm. 39, pp. 16-36.
- (1993), *Cinderella Goes to Market. Citizenship, Gender and Women's Movements in East Central Europe*, Londres, Verso.
- Elstain J. B. (1987), *Women and War*, Chicago, University of Chicago Press.
- Enloe, C. (1989/2014), *Bananas, Beaches and Bases. Making Feminist Sense of International Politics*, Berkeley, University of California Press.
- Espías desde el cielo* (2015), director: Gavin Hood; guionista: Guy Hibbert, Raindog Films.
- fuerza del amor, La* (2011), director: Luc Besson; guionista: Rebecca Frayn, Europa Corp Left Bank Pictures.
- Gentry, C., L. J. Shepherd y L. Sjoberg (2018 [en prensa]), *Routledge Handbook on Gender and Security*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Kiss, Y. (1991), «The second "No." Women in Hungary», *Feminist Review*, núm. 39, pp. 49-57.
- Mies, M. (1986), *Patriarchy and Accumulation on a World Scale. Women in the International Division of Labour*, Londres, Zed Books.
- noche más oscura, La* (2012), directora: Katherine Bigelow; guionista: Mark Boal, Columbia Pictures.
- Okin, S. M. (1989), *Justice, Gender and the Family*, Nueva York, Basic Books.
- Parpart J., y M. Zalewski (2008), *Rethinking the Man Question. Gender, Sex and Violence in International Politics*, Londres, Zed Press.
- Shepherd, L. J., ed. (2014), *Gender Matters in Global Politics*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Smith, M. (1994), «Beyond the Stable State? Foreign Policy Challenges and Opportunities in the New Europe», en *European Foreign Policy. The EC and Changing Perspective in Europe*, Londres, Sage.
- Smith, S., K. Booth y M. Zalewski (1996), *International Theory. Positivism and beyond*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Spivak, G. (1985), «Can the Subaltern Speak? Speculations on Widow Sacrifice», *Wedge*, vol. 7, núm. 8, pp. 120-130.
- Stears, J. (2013), *Gender and International Relations*, Cambridge, Polity Press.
- Sylvester C. (2002), *Feminist International Relations. An Unfinished Journey*, Cambridge, Cambridge University Press.

Tickner, J. A. (1992), *Gender in International Relations*, Columbia University Press.

Yousafzai, M. (2013), *I Am Malala. The Girl Who Stood Up for Education and Was Shot by the Taliban*, Londres, Little Brown and Company. [Hay trad. cast.: *Yo soy Malala. La joven que defendió el derecho a la educación y fue tiroteada por los talibanes*, Madrid, Alianza, 2013.]

Zalewski, M. (1993), «Feminist Theory and International Relations», en M. Bowker y R. Brown, eds., *From Cold War to Collapse. Theory and World Politics in the 1980s*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 115-144.

— (1996), «All These Theories yet the Bodies Keep Piling Up», en S. Smith, K. Booth y M. Zalewski, eds., *International Theory. Positivism and beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 340-353.

— (2013), *Feminist International Relations. Exquisite Corpse*, Londres y Nueva York, Routledge.

Notas

- Existen en la actualidad abundantes obras. Véanse <<https://genderandsecurity.org/projects-resources/syllabus-collection>>, para obtener ejemplos de programas de enseñanza actuales, y el *International Feminist Journal of Politics*, <<http://www.tandfonline.com/loi/rfjp20>>. Véanse también Shepherd (2014); Gentry, Shepherd y Sjoberg (2018 [en prensa]); Zalewski (2013); Bleiker, ed. (2018 [en prensa]); Steans (2013).
- Ahora en su 4.ª edición (2014).
- Hubo textos anteriores, en especial *Women and War* (1987), de Jean Bethke Elshtain, aunque fue *Bananas* el que alcanzó un papel central y captó la atención en esa época.
- La relación jerárquica tradicional y persistente entre la masculinidad y la femineidad es clave para los análisis de género. Al margen de cuánto variaron, culturalmente y a lo largo del tiempo, las expectativas en torno a estas características y comportamientos, su carácter rebelde y jerárquico permaneció constante. Se ha llevado a cabo muchos estudios sobre las masculinidades en este campo (por ejemplo, Parpart y Zalewski, 2008).
- <<http://www.bbc.co.uk/news/uk-36746917>>.
- <<http://www.un.org/womenwatch/osagi/wps/>>.
- <<http://www.un.org/press/en/2013/sc11149.doc.htm>>; <<http://www.un.org/en/peacekeeping/issues/women/wps.shtml>>.
- Si más «socialista» o «marxista» o «sistema dual» fue objeto de mucho debate; véase Hartmann.
- <http://www.huffingtonpost.com/shenila-khojamoolji/girls-of-the-global-south_b_11353958.html>.
- Quizá relacionado con la película homónima sobre Aung San Suu Kyi (2011).
- <<https://www.theguardian.com/world/2016/dec/30/nobel-laureates-aung-san-suu-kyi-ethnic-cleansing-rohingya>>.
- <<http://www.bbc.co.uk/news/world-asia-23241937>>.
- <<http://www.ecu.ac.uk/equality-charters/athena-swan/>>.
- El señor Dawson, interpretado por Mark Rylance (que es el hombre sentado al timón de la pequeña barca de «rescate»), hace este comentario en respuesta al joven piloto que ha sacado del mar y que ha sugerido que él (Dawson) es demasiado viejo para estar haciendo eso (embarcarse en una misión de rescate).
- <<http://timesofindia.indiatimes.com/india/how-nolan-forgot-the-desis-at-dunkirk/articleshow/59717595.cms?from=mdr>>.

>GUERRA Y PAZ (Y ESTADOS INTERMEDIOS)



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



John Andrews es un escritor y periodista especializado en política mundial. Es redactor principal en la organización Project Syndicate y editor colaborador de la revista *The Economist*. En su papel como entrevistador televisivo para la Conferencia sobre Política Mundial (World Policy Conference) anual se relaciona con figuras destacadas de la política, los negocios y la economía. Su trayectoria de 24 años en *The Economist* ha incluido puestos en Londres como jefe de redacción y editor de las noticias procedentes de Asia, además de destinos en el extranjero: desde Singapur y Hong Kong hasta Bruselas, Washington DC, París y, por último, Los Ángeles. Antes de formar parte de *The Economist*, John Andrews (que es licenciado en árabe clásico y moderno por la Universidad de Cambridge) pasó siete años viviendo en el mundo árabe, primero como académico y más adelante como periodista.

> GUERRA Y PAZ (Y ESTADOS INTERMEDIOS)

Hoy día rara vez los estados actuales se enfrentan en guerras clásicas los unos contra los otros. En lugar de ello, los estados combaten a grupos terroristas como al-Qaeda y el ISIS, que, aún siendo débiles desde el punto de vista militar, seguirán planteando amenazas y alimentando la narrativa de un «choque de culturas» entre Occidente y el Islam. Pero el mayor riesgo para el futuro vendrá de la ciberguerra y de las armas robóticas. Mientras, las instituciones emblemáticas creadas para fomentar la paz, como la misma Organización de las Naciones Unidas, se están debilitando. Los políticos de hoy no pueden caer en la complacencia.

«Nunca ha habido una guerra larga de la que se haya beneficiado ningún país.» Puede que la sabiduría del muy citado aforismo de Sun Tzu esté ahora pasándosele por la cabeza a los distintos gobiernos y ejércitos que han dedicado tanta sangre y dinero a los conflictos de este siglo XXI en Afganistán, Irak, Siria y Yemen, por no hablar de las guerras que, décadas después de su comienzo, siguen atemorizando a buena parte de África central.

Pero reconocer la futilidad de unas prácticas no implica, automáticamente, darlas por terminadas, o fijémonos si no en la decisión del presidente Donald Trump en el verano de 2017 de destinar más tropas para apoyar al gobierno de Afganistán. Aquellos que sigan Twitter quizá recuerden que en 2012 Trump tuiteó: «¿Por qué seguimos adiestrando a esos afganis que luego disparan a nuestros soldados por la espalda? Afganistán es un completo despilfarro. ¡Es hora de volver a casa!».

El tuit de Trump en 2012 dice algo obvio. Es absurdo que la guerra en Afganistán, que empezó con ataques aéreos estadounidenses y británicos en octubre de 2001, dure ya cuatro veces más que la implicación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Después de todo, y al contrario que en el caso de esta última, el conflicto afgano, independientemente de sus repercusiones, no afecta a la civilización global. Y pese a ello Trump, al igual que Obama y George W. Bush antes que él, es incapaz de «declarar la victoria e irse», parafraseando el cínico consejo del senador George Aiken cuando Estados Unidos quedó empantanado en la guerra de Vietnam.

Lo cierto es que muy pocas guerras son sencillas, y se puede decir que incluso menos aún son rápidamente decisivas. Cuando Francia y Gran Bretaña dirigieron la carga, en marzo de 2011, contra Muamar el Gadafi (Estados Unidos estaba, como todo el mundo sabe, «liderando desde la retaguardia», en palabras de un funcionario de la Casa Blanca), la operación militar parecía sencilla y, con la muerte

de Gadafi en octubre, decidida. Pese a ello, Libia se convirtió entonces en un «Estado fallido», usado como punto de tránsito por miles de inmigrantes para cruzar el Mediterráneo en busca de una vida mejor en Europa; y esos emigrantes amenazan la cohesión y, ciertamente, los valores de la Unión Europea.

Un problema, apuntado a lo largo de los siglos por incluso el más amable de los observadores, es que el instinto para cometer actos de violencia es consustancial al ser humano (y, de acuerdo con los científicos actuales, ejerce la violencia con mucha más frecuencia que en el caso de otros mamíferos). Un problema relacionado es que la acción violenta suele presentarse con frecuencia como una solución tentadora a cualquier «nudo gordiano» generado por unas disputas diplomáticas interminables. Tal y como demostró Gran Bretaña en el siglo XIX en su enfoque con respecto a China y Egipto, la «diplomacia de las cañoneras» (consistente en amenazar con la acción militar o llevándola a cabo) supone una política seductora para cualquier superpotencia.

Pero ya no puede ser tan eficaz, incluso para la potencia estadounidense (o «hiperpotencia», como una vez se refirió a Estados Unidos Hubert Védrine, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Francia). Una razón reside en la limitación impuesta por la arquitectura institucional construida tras la Segunda Guerra Mundial. La Organización de las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, la Convención de la ONU sobre el Derecho del Mar o el Tribunal Internacional de Justicia (TIJ) generan impedimentos para una acción inmediata, indirecta y unilateral, incluso a Estados Unidos, un país que todavía tiene que ratificar el Derecho del Mar y que rehúsa unirse al TIJ, a pesar de que ayudó a crearlo.

«MUY POCAS GUERRAS SON SENCILLAS Y MENOS AÚN SON RÁPIDAMENTE DECISIVAS.»

Una segunda limitación es el poder de los medios, especialmente de la televisión y, cada vez más, de las «redes sociales» de internet. En 1968, Walter Cronkite, el presentador de la cadena de televisión CBS, realizó un viaje para grabar reportajes en Vietnam que rebatió el optimismo promovido por los generales norteamericanos. El resultado fue incrementar la desafección de los estadounidenses hacia la guerra y sus políticos. Tal y como lo expuso el presidente Lyndon Johnson: «Si he perdido a Cronkite, he perdido a la América profunda», y al cabo de poco Johnson decidió no presentarse a la reelección.

Si un presentador en una época en que tres cadenas de televisión gigantes elegían y dominaban la cobertura de las noticias en Estados Unidos puede tener tal efecto, imagine las presiones a las que se ven sometidos los políticos actuales: un sinnúmero de canales de televisión transmitiendo noticias las veinticuatro horas del día. Al mismo tiempo, las redes sociales, desde YouTube hasta Facebook, hacen lo mismo para una tercera parte de la población mundial. En 1982, las

autoridades británicas pudieron ejercer un control estricto sobre las noticias de la guerra para recuperar las islas Malvinas, en el Atlántico sur. Hoy en día, estas restricciones son tecnológicamente imposibles cuando un iPhone puede transmitir imágenes con la calidad propia de la televisión desde cualquier lugar del mundo.

La lección es sencilla: los políticos se convierten en rehenes del «efecto CNN» cuando sus votantes, que se emocionan con las imágenes que aparecen en sus pantallas, exigen «que se haga algo». En una democracia, el gobierno valiente es el que ignora la demanda y espera a que el electorado se aburra y las cámaras dirijan sus objetivos hacia cualquier otro lugar. Los regímenes autoritarios no sienten la misma presión, pero incluso la monarquía absolutista de Arabia Saudí ha tomado conciencia, para su incomodidad, del daño para su reputación provocado por su implicación, desde enero de 2015, en la guerra civil de Yemen. Los reportajes de televisión sobre niños famélicos y ciudades devastadas, junto con las noticias de que en agosto de 2017 el cólera había afectado a medio millón de yemeníes, hicieron que los votantes estadounidenses y los de otros países occidentales se cuestionaran la moralidad de la venta de armas a Arabia Saudí y a sus aliados en el Golfo.

El zafarrancho de combate

Las guerras las generan muchos factores que a menudo se superponen; las naciones se enfrentan en el campo de batalla por las ideologías, la religión, las diferencias étnicas, el territorio, los recursos naturales (y, cada vez más, el impacto del cambio climático se convertirá en acicate para el conflicto). En ocasiones, incluso la personalidad y la ambición de un único individuo harán que una nación entre en guerra (como en el caso de Hitler en la Segunda Guerra Mundial y de Sadam Husein en la guerra entre Irak e Irán en la década de 1980), pero el cliché es que la guerra es, o debería ser, el último recurso.

Esa idea es fundamental para el concepto de una «guerra justa», en virtud del cual la lógica de san Agustín ha dado a muchos gobiernos, a lo largo de los siglos, la justificación para emplazar a sus ciudadanos a acudir a un campo de batalla extranjero. En algunos casos, especialmente la Segunda Guerra Mundial, los criterios para una guerra justa se cumplían claramente, pero en otros, como el de la invasión de Irak en 2003, no era así. Hans Blix, el diplomático de la ONU que buscaba las supuestas armas de destrucción masiva de Irak, había argumentado en vano que hacía falta más tiempo, pero, pese a ello, el presidente George W. Bush y Tony Blair se mostraron felices de anunciar que el «último recurso» era lo único que quedaba.

Tenemos la necesidad de creer que el concepto de "guerra justa" es indisoluble de una «causa justa»: la guerra solo puede justificarse como respuesta ante el sufrimiento de una injusticia. Pero como es la nación perjudicada la que determina el *casus belli*, queda un amplio espacio para la interpretación. Puede que el ejemplo más flagrante sea el de la «guerra de la Oreja de Jenkins» (conocida por los



españoles como la guerra del Asiento), cuando barcos británicos atacaron, en 1739, a naves españolas en el Caribe. El pretexto fue el de buscar una compensación por la injusticia sufrida por Robert Jenkins, un capitán de navío británico al que el comandante de un buque patrullero español le había cortado la oreja frente a las costas de Florida. Pero la compensación había tardado mucho en llegar, ya que Jenkins había perdido su oreja en 1731.

Si a la Gran Bretaña del siglo XVIII le venía bien ver un *casus belli* solo cuando le convenía, ¿qué hay de Estados Unidos y de otras naciones en el siglo XXI? El comportamiento de Kim Jong Un, el líder norcoreano, proporciona una invitación tras otra a Estados Unidos y sus aliados en el nordeste de Asia para abandonar la diplomacia y recurrir a la guerra; pero es decisión suya si aceptar o no esta invitación. Cuando Corea del Norte (o la República Democrática Popular de Corea, por utilizar su ridículo nombre oficial) lanzó, el 29 de agosto de 2017, un misil balístico que atravesó el espacio aéreo de Japón, el gobierno de Shinzo Abe podría, razonablemente, haber reivindicado que la acción de Corea del Norte constituía un *casus belli*.

Pero es difícil ver cómo semejante reacción habría beneficiado a Japón y a su gente. La cruda realidad es que cualquier guerra en la región tendría consecuencias devastadoras. Como mínimo, las víctimas podrían contarse por cientos de miles, y probablemente por muchos millones, y llevaría años reparar los daños materiales. En el peor de los casos, el nordeste de Asia se vería abocado a una conflagración nuclear que englobaría a la península de Corea, Japón, China, Rusia y, en virtud de las obligaciones de sus tratados, a Estados Unidos. El primer ministro Abe comentó, acertadamente: «El ultrajante acto de lanzar un misil por encima de nuestro país

Acción de protesta en la Campaña Internacional para Abolir las Armas Nucleares (ICAN). Los activistas llevan máscaras del presidente estadounidense Donald Trump y del líder de la República Popular Democrática de Corea, Kim Jong-un, mientras posan con una simulación de misil frente a la embajada de la República Popular Democrática de Corea en Berlín, en septiembre de 2017.



supone una seria y grave amenaza sin precedentes, y perjudica enormemente a la paz y la seguridad en la región». Pero en lugar de lanzar una amenaza militar a Corea del Norte (difícil, en cualquier caso, bajo los términos de la «Constitución de la paz» adoptada por Japón después de su derrota en la Segunda Guerra Mundial), Abe simplemente exigió «una mayor presión sobre Corea del Norte en cooperación con la comunidad internacional».

Esto contrasta, por supuesto, con el lenguaje belicoso (especialmente vía Twitter) de Donald Trump ante las provocaciones de Kim Jong Un. Dado que Kim ha amenazado con lanzar misiles sobre Guam, un territorio estadounidense en el Pacífico, y se ha jactado de que el territorio continental de Estados Unidos podría convertirse en un «mar de fuego», cualquier administración estadounidense podría argumentar justificadamente que existe un *casus belli* para un represalia, o incluso para un ataque preventivo contra Corea del Norte; pero, de entre los presidentes estadounidenses, solo Donald Trump ha respondido a la retórica amenazante de Corea del Norte con una grandilocuencia equivalente: Estados Unidos está «completamente preparado» para descargar «fuego y furia» si Corea del Norte cree que puede llevar sus amenazas a cabo. En otro tuit gráfico, el presidente argumentó: «Estados Unidos ha estado hablando con Corea de Norte y pagándole dinero por sus extorsiones durante veinticinco años. ¡Hablar no es la respuesta!».

Pero ¿cuál es la respuesta? Analizar los tuits del presidente Trump supone un pasatiempo entretenido (y frecuentemente inquietante) para los psicólogos de salón. Los defensores del presidente argumentarán que él y sus asesores están utilizando una estrategia de «poli bueno y poli malo», con Rex Tillerson, el secretario de Estado de Trump, anunciando públicamente que Estados Unidos no tiene ningún plan ni deseo de un cambio de régimen en Pionyang, y con el general James «Perro Loco» Mattis, el secretario de Defensa, declarando: «Nunca nos faltan soluciones diplomáticas».

Esperemos que sea así. En la frase célebre de Churchill, el cara a cara es preferible a la guerra (sus palabras reales fueron: «Reunirse cara a cara es mejor que la guerra»). Ciertamente, existen organizaciones para promover suficientes reuniones cara a cara, desde la Organización de las Naciones Unidas (donde, de manera significativa, todos los miembros del Consejo de Seguridad con derecho a veto son potencias nucleares) hasta el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico y la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático. El hecho de que Corea del Norte, aparentemente feliz con su estatus de nación paria, pertenezca a la ONU y a algunos otros organismos internacionales no debe suponer una preocupación. Después de todo, la suposición común es que la ambición de Kim no es la de invadir a otros, sino simplemente la de mantenerse a sí mismo y a su régimen en el poder, en cuyo caso debe quedar, con toda certeza, espacio para la diplomacia y mantener controlado a Kim, incluso aunque esto implique lo que Trump llama «dinero de extorsiones».

Estados en conflicto

Si la crisis de Corea condujese a la guerra más que a las palabras, se trataría de un suceso raro en la historia reciente; a diferencia de siglos anteriores (incluida la primera mitad del siglo xx), la mayoría de las guerras ya no son entre estados. En cambio, implican a los estados que luchan contra actores que no son estados (como Al-Qaeda), o se trata de guerras civiles (como en el caso de Afganistán, Irak y Libia), en las que los estados se unen formando coaliciones para combatir colectivamente contra un enemigo al que se considera merecedor de castigo. El que una nación vaya a la guerra contra otra, como hicieron Rusia y Georgia durante solo cinco días en 2008, supone en gran medida la excepción.

Las razones no son un misterio. La Segunda Guerra Mundial terminó con la derrota del fascismo, pero sin resolver la disputa entre el capitalismo y el comunismo. Dado que los principales antagonistas (Estados Unidos y la Unión Soviética) eran, y siguen siendo, los mayores poseedores de armas nucleares, la disputa solo se podía librar indirectamente, sobre todo en las partes en vías de desarrollo. Los conflictos y los golpes de Estado en el Sudeste Asiático, África y Latinoamérica tienen sus orígenes en la rivalidad entre las dos superpotencias. Incluso la guerra que se dirime en este siglo en Afganistán quizá tenga sus raíces en esa rivalidad, ya que Estados Unidos (junto con aliados como Arabia Saudí y Pakistán) ayudó a financiar y proveer de armas a los muyahidines en la década de 1980 para expulsar del país a las tropas soviéticas.

Con el colapso de la Unión Soviética y la práctica desaparición del comunismo (el Partido Comunista Chino no oculta la conversión de China al capitalismo), las guerras «por poderes» que habían enfrentado a la Casa Blanca contra el Kremlin acabaron hace ya una generación. Si existe un equivalente en la actualidad, quizá sea la lucha por la influencia en Oriente Medio entre Arabia Saudí, el líder árabe del mundo musulmán suní, e Irán, la cabeza no árabe del Islam chií; su dinero, armas y propaganda alimentan conflictos (principalmente la guerra civil en Siria) y envenenados por el sectarismo religioso librados en su mayor parte por otros.

Al margen de lo terribles que sean los conflictos actuales para los afectados directamente, el mundo en su conjunto se siente suficientemente a gusto. Gracias a la Unión Europea, un conflicto armado entre Francia y Alemania (que había tenido tres terribles guerras en el transcurso de un siglo) es inconcebible desde hace mucho tiempo. Una guerra entre Israel y sus vecinos árabes es extremadamente improbable (pese a que, en las décadas de 1960 y 1970, los pesimistas se preocupaban por que su antagonismo pudiera intensificarse hasta provocar una Tercera Guerra Mundial). China e India tienen un interés común en asegurar que los desacuerdos fronterizos en el Himalaya no den lugar a una repetición de la guerra, que duró un mes, de 1962. Incluso parece improbable que Pakistán y la India (ambos poseen armas nucleares), en pleno siglo xxi, recurran a una guerra a gran escala, a pesar de sus disputas latentes (y frecuentemente violentas) por Cachemira y de varios ataques terroristas en la India con origen en Pakistán.

Aun así, un mundo agradable también es un mundo peligrosamente complaciente. Es cierto que las guerras entre estados son infrecuentes, y que apenas se dan entre las democracias (si bien Rusia y Georgia, con sus pretensiones de democracia, discutirían sin duda esto). Y es verdad que a medida que estos conflictos bélicos han disminuido en número, también lo han hecho las víctimas de la guerra (gracias a los mejores cuidados médicos y a un armamento generalmente más ligero). El coste medio anual en vidas durante la Segunda Guerra Mundial fue de por lo menos 10 millones. En cambio, según los investigadores de la Universidad de Brown, en Estados Unidos, el número de personas muertas directamente entre 2001 y julio de 2016 debido a la guerra de Afganistán fue «solamente» de 111.442.

«A MEDIDA QUE LOS CONFLICTOS BÉLICOS HAN DISMINUIDO EN NÚMERO, TAMBIÉN LO HAN HECHO LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA.»

Pero ¿qué sucederá si la retórica de Trump y las provocaciones de Kim van demasiado lejos? ¿De qué utilidad será la ONU si una guerra que implique a la península de Corea arrastra a Estados Unidos y a China (ambos miembros permanentes del Consejo de Seguridad) a una confrontación militar? Los líderes occidentales actuales pertenecen a una generación que no se ha visto afectada por una conflagración mundial y, tal y como han mostrado Afganistán, Irak y Libia, quizá estén demasiado despreocupados de las consecuencias de la guerra. La idea de que una «destrucción mutua asegurada» mantendría al mundo a salvo de una guerra nuclear ya no parece tan convincente cuando Rusia sopesa el uso de armas nucleares tácticas si se diera un intento militar de revertir su anexión de Crimea en 2014.

Armamento alternativo

Cada año, los gobiernos del mundo gastan fortunas en armamento; más de 370.000 millones de dólares en 2015, según el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo, que también calcula que, en 2016, los presupuestos de defensa sumaron casi 1,8 billones de dólares, lo que equivale a alrededor del 2,2 por ciento del PIB mundial. Estas impactantes cifras reflejan no solo la responsabilidad de cualquier Estado a la hora de defender a sus ciudadanos, sino también el poder de la presión de lo que el presidente estadounidense Dwight Eisenhower llamó, en su discurso de despedida al pueblo estadounidense, en 1961, «el complejo militar-industrial».

Que este gasto tenga sentido o no, es una cuestión tanto política como económica. Por ejemplo, en Gran Bretaña los críticos dicen que Trident, el sistema británico de misiles nucleares lanzados desde submarinos, es tan caro (sus costes operativos anuales son de alrededor de 2.600 millones de dólares) como fútil, ya que el país

tiene una política de «no ser el primero en usarlos», y no pueden imaginar a un primer ministro ordenando un ataque nuclear como medida de represalia. Pero quienes respaldan el sistema Trident señalan que garantiza a Gran Bretaña un puesto en la «mesa principal» (por ejemplo, en el Consejo de Seguridad), y que supone la disuasión definitiva para un agresor. Añaden, además, que el sector de la defensa nuclear da empleo a unas treinta mil personas.

Estas disputas relativas al dinero, los empleos y la eficacia militar no suponen nada nuevo, pero la ironía es que la era digital está creando «ciberarmas» que son baratas y que se podría decir que son más poderosas que todas las armas tradicionales. El virus informático Stuxnet (al parecer diseñado por expertos estadounidenses e israelíes) retrasó meses, o incluso años, el programa nuclear iraní, lo que ayudó a allanar el camino para el tratado nuclear con Irán de 2015. Un ciberataque contra Estonia en 2007 prácticamente paralizó al sector financiero de este país y estuvo cerca de hacer lo mismo con el gobierno de Tallin.

Como el ciberataque sobre Estonia se produjo tras la decisión de su gobierno de retirar un memorial de guerra de la época soviética, se cree que Rusia fue el ciberagresor, pero no existen pruebas de ello, como tampoco existe ninguna certeza absoluta en ninguno de los ciberataques que han tenido lugar en la última década, por ejemplo, contra los bancos europeos o el Sistema Nacional de Salud británico. Está más allá de toda duda que Estados Unidos, China, Corea del Norte e Israel disponen todos ellos de potentes ciberarmas, pero se puede culpar fácilmente de cualquier ataque a un inteligente *hacker* adolescente que opere desde su habitación. «Noticias falsas» que respaldaban a Trump en las elecciones estadounidenses de 2016 resultaron proceder de unos jóvenes ávidos de dinero y con grandes destrezas informáticas de una pequeña localidad de Macedonia (la Antigua República Yugoslava de Macedonia, tal y como Grecia insiste en llamar a

Los ataques cibernéticos a gran escala como hackear importantes campañas electorales, se multiplican cada año y pueden provenir de cualquier rincón del mundo.



este país). Mientras tanto, la posibilidad de negación es importante: el artículo V de la OTAN, el compromiso colectivo de defensa bajo el cual cualquier ataque a un miembro (como Estonia) supone un ataque contra todos, fue redactado no para los programas malignos (*malware*) de internet, sino para los ataques militares por parte de enemigos identificables.

El armamento convencional, con sus ejércitos, marinas y fuerzas aéreas, no está cerca de desaparecer, ya que siempre tendrá sentido ocupar el territorio de un enemigo con tropas; pero la ventaja de la ciberguerra, aparte de la dificultad de identificar al asaltante, consiste en la ausencia de víctimas físicas. «El arte supremo de la guerra consiste en someter al enemigo sin violencia», tal y como señaló Sun Tzu unos 2.500 años antes de la existencia de internet. El general chino seguramente habría aplaudido a los presidentes Bush, Obama y Trump por su uso de drones equipados con misiles en los que el operador se encuentra resguardado y a salvo a miles de kilómetros de sus objetivos en países como Pakistán y Afganistán. Indudablemente, habría quedado intrigado por la posibilidad de utilizar armas autónomas, que utilizan los avances en inteligencia artificial (IA) para seleccionar sus propios objetivos. Pero, como filósofo además de general, podría muy bien compartir las dudas éticas de Elon Musk y de otros en su demanda de prohibición de la guerra robótica.

Pero si la ciberguerra acaba definiendo la mayoría de las guerras futuras, solo formará parte de la definición. En la crisis política y el conflicto armado final en Ucrania, Rusia ha usado tácticas informáticas, pero también campañas de propaganda, ha inventado noticias y ha enviado tropas rusas disfrazadas como civiles (gracias a su falta de insignias identificativas) a combatir en el este del país en representación de los secesionistas pro-rusos. Este proceso ha sido denominado «guerra híbrida», y se va a usar no solo por la Rusia de Vladímir Putin, sino también por otros. Después de todo, la propaganda política las «noticias falsas» son tan antiguas como la propia guerra, y si no véase su uso en las guerras del siglo xx, desde la Primera Guerra Mundial hasta la guerra de Vietnam.

¿Un choque de civilizaciones?

En 1993, Samuel Huntington, un destacado politólogo estadounidense, escribió un artículo en la revista *Foreign Affairs* en el que argumentaba que las guerras del futuro se librarían no entre naciones, sino entre culturas. El artículo, titulado «The Clash of Civilizations?» («¿El choque de civilizaciones?»), identificaba un conjunto de culturas: la occidental, la latinoamericana, la islámica, la confuciana, la hindú, la eslava-ortodoxa (es decir, el cristianismo de Rusia y Europa del Este), la japonesa y, posiblemente, la africana. La tesis de Huntington, que más tarde se convirtió en un libro, suponía un rechazo firme de la aseveración hecha en la revista *The National Interest* por su antiguo alumno Francis Fukuyama, que decía que el mundo había alcanzado «el final de la historia», ya que la caída del comunismo había marcado «el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la

universalización de la democracia liberal occidental como forma final del gobierno humano».

Enfrentado a las lúgubres realidades de las guerras en Irak y Afganistán, Fukuyama, que había formado parte del ala neoconservadora, tan influyente en la presidencia de George W. Bush, ha admitido desde entonces que el triunfo de la democracia liberal occidental quizá deba esperar. Pero ¿significa eso que la tesis de Huntington, desestimada por muchos por simplista, resultará ser cierta?

Tucídides, que escribía hace unos dos milenios y medio (con lo que el historiador griego casi era contemporáneo del chino Sun Tzu), observó que la guerra del Peloponeso, que duró treinta años y que enfrentó a Esparta y Atenas, empezó porque Esparta, la «superpotencia» de la región, temía el creciente poder de Atenas. Graham Allison, de la Universidad de Harvard, llama a esto la «trampa de Tucídides», y él y sus colegas han identificado dieciséis ejemplos en los últimos quinientos años. En doce casos, el resultado fue la guerra (por ejemplo, entre Francia y una pujante Alemania en el siglo XIX), y en solo cuatro de los casos se evitó, siendo el más notable de ellos cuando Gran Bretaña aceptó la supremacía de Estados Unidos a principios del siglo XX. Un ejemplo más reciente, por supuesto, es que Gran Bretaña y Francia, que la vencieron en dos guerras mundiales, han aceptado el ascenso de Alemania como la potencia económica de la Unión Europea.

«SI LA CIBERGUERRA ACABA DEFINIENDO LA MAYORÍA DE GUERRAS FUTURAS, SOLO FORMARÁ PARTE DE LA DEFINICIÓN.»

La cuestión, en las décadas venideras, no es si Estados Unidos, reconocida como la superpotencia mundial, se verá retado por el inexorable ascenso de China, sino la forma en la que reaccionará. En un texto de 2015, el profesor Allison se mostraba pesimista: «Basándose en la trayectoria actual, la guerra entre Estados Unidos y China en las décadas venideras no es solo posible, sino mucho más probable de lo que se reconoce en este momento». Dado que el poder económico y el militar suelen ir juntos, podría muy bien estar en lo cierto, aunque vale la pena apuntar que Estados Unidos es responsable de alrededor del 40 por ciento del gasto mundial en defensa y que, si prosiguen las tendencias actuales, pasarán otras dos décadas, aproximadamente, antes de que China alcance el nivel de Estados Unidos. También vale la pena señalar la retórica contraria a China, tanto en los tuits como en los discursos de Donald Trump. Tal y como apunta Allison: «Cuando una potencia emergente amenaza con desplazar a otra dominante, crisis normales que, de otro modo, se verían contenidas, como el asesinato de un archiduque en 1914, pueden desencadenar una cascada de reacciones que, a su vez, provoquen resultados que, ninguna de las partes hubiera escogido». ¿Está Trump, inconscientemente, generando semejante

crisis? ¿O lo está haciendo China, con su «construcción de islas» en zonas en disputa en el mar de la China Meridional?

Cualquier choque entre China y Estados Unidos daría alguna credibilidad a la idea de un «choque de civilizaciones», pero una prueba mucho más convincente es la creciente influencia de lo que convenientemente se ha denominado "islamismo", una interpretación fundamentalista del Corán y de los relatos (hadices) del profeta Mahoma.

El «choque» entre Occidente y el extremismo musulmán es innegable en el contexto de Al-Qaeda, el ISIS (o Estado Islámico, tras su reivindicación de un nuevo califato), los talibanes, Boko Haram y varios otros grupos islamistas. Después de todo, no esconden su oposición a la democracia y a los valores y el comportamiento occidentales; y la respuesta de Occidente, en forma de las guerras de Afganistán e Irak, ha ayudado a difundir la visión, común en todo el mundo musulmán, de que Occidente está en guerra contra el Islam. Cuando el Estado Islámico anuncia su determinación de recuperar Al-Ándalus, tal y como llaman a lo que en la Edad Media era la España musulmana, espera recordar a todos los musulmanes su afinidad con la época en que el mundo islámico (y no el cristiano) era el centro del conocimiento y la civilización.

Pero para que se produzca un verdadero choque entre la civilización occidental y el Islam, los principios de los extremistas islámicos deben arraigar en el mundo islámico en su conjunto. Están incómodamente próximos a las enseñanzas del wahabismo, la austera doctrina, que se remonta a los primeros días del Islam, que ha dominado en Arabia Saudí desde la creación de este reino en 1932. Aunque Arabia Saudí da la bienvenida a los musulmanes chiíes que peregrinan a La Meca (un deber que, si la salud lo permite, los musulmanes deben cumplir por lo menos una vez en la vida), muchos wahabíes consideran que son apóstatas y que, de acuerdo con su interpretación del Islam, se debería matar a los apóstatas (el ISIS, por supuesto, estaría de acuerdo). Para consternación de los musulmanes moderados, Arabia Saudí ha dedicado miles de millones de su riqueza petrolera a la creación de mezquitas y madrasas (escuelas islámicas) que han diseminado el mensaje wahabí por todo el mundo. Irónicamente, el mensaje se ha girado en contra de la casa real saudí: tanto Al-Qaeda como el ISIS consideran que la familia real es corrupta e hipócrita y, por lo tanto, un objetivo para sus ataques. De hecho, incluso antes de la existencia de Al-Qaeda y el ISIS, fundamentalistas extremistas han actuado contra el régimen saudí, como, por ejemplo, en la sangrienta toma de la Gran Mezquita de La Meca en 1979.

A pesar de la generosidad de Arabia Saudí, es muy improbable que el Islam fundamentalista (demasiado alejado de las demandas sociales y económicas del siglo XXI) obtenga un apoyo mayoritario en un mundo musulmán que va desde Marruecos, en occidente, hasta Indonesia y el sur de las Filipinas, en oriente; pero es bastante concebible que un mensaje islamista más moderado, como el predicado por los Hermanos Musulmanes desde su fundación en Egipto en 1928, pudiera prosperar. Bajo el gobierno del partido AK (Justicia y Desarrollo) del

presidente Recep Tayyip Erdogan, la Turquía actual está rechazando el secularismo de Atatürk. En Marruecos, el gobierno está encabezado por el partido Justicia y Democracia, que también defiende un Islam moderado. Estos dos partidos están inspirados en los Hermanos Musulmanes, que han ganado terreno en Túnez e incluso en las monarquías de Jordania y Kuwait.

Visto el ejemplo de Turquía (miembro de la OTAN desde 1952, aunque bajo gobiernos seculares o militares), Occidente puede sobrellevar perfectamente gobiernos inspirados en los Hermanos Musulmanes. (Irónicamente, son los regímenes árabes los que encuentran esto difícil, y de aquí el golpe militar en Egipto en 2013 contra el gobierno de los Hermanos Musulmanes de Mohamed Morsi, elegido democráticamente, pero inepto y autoritario.)

Una cuestión mucho más acuciante es como hará frente Occidente al mensaje de Al-Qaeda y el ISIS. La derrota militar del Estado Islámico siempre ha sido inevitable, aunque con un coste inmenso en vidas de civiles. A medida que las agencias de inteligencia y sus tecnologías vayan siendo cada vez más expertas, Al-Qaeda tendrá más dificultades para igualar el extraordinario ataque contra Estados Unidos del 11 de septiembre de 2001.

Pero aún estamos lejos de que los reveses militares de los grupos islamistas los fuercen a la rendición final; sencillamente, si se consideran a si mismos como guerrillas, la supervivencia se convierte en una forma de victoria. Tal y como dijo en una ocasión Henry Kissinger de la guerra de Vietnam: «La guerrilla gana si no es derrotada. El ejército convencional pierde si no vence». Los gobiernos de todo el mundo, incluidos los de países musulmanes, como Indonesia y Pakistán, saben

Miembros de la policía federal iraquí celebran la recuperación de la ciudad vieja de Mosul mientras otras fuerzas de liberación siguen combatiendo al Estado Islámico en otras zonas de la ciudad.



muy bien que no existe una defensa perfecta contra unos terroristas decididos. En Europa occidental, donde varios países cuentan con minorías musulmanas importantes, los gobiernos deben reconocer la imposibilidad de defenderse de ataques de baja tecnología por parte de individuos que respondan al llamamiento de un ISIS asediado a que combatan «a los infieles [...] en sus hogares, sus mercados, sus carreteras y sus foros». Todo el gasto en defensa del mundo, e incluso los ejércitos y las fuerzas policiales mejor entrenadas, nunca podrán evitar que un camión arrolle a una muchedumbre de gente inocente, tal y como sucedió en el paseo de los Ingleses de Niza en julio de 2016 o en Las Ramblas de Barcelona en agosto de 2017.

Lo que acabaría con estas atrocidades sería un mejor gobierno en el mundo musulmán (el extremismo religioso se reproduce rápidamente cuando la población joven está desempleada y apesadumbrada) y una mejor integración de las minorías

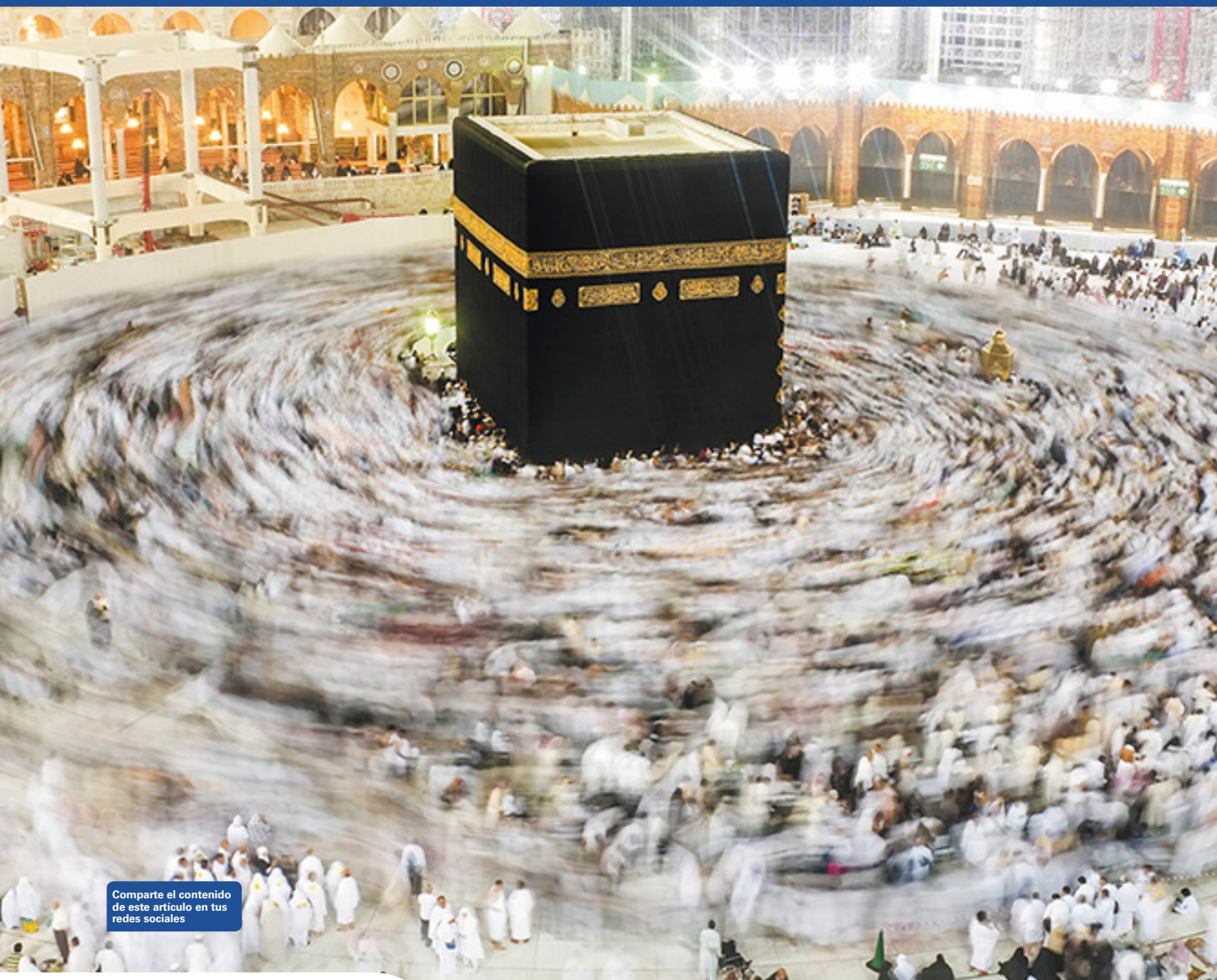
«LA DERROTA MILITAR DEL ESTADO ISLÁMICO SIEMPRE HA SIDO INEVITABLE, AUNQUE CON UN COSTE INMENSO EN VIDAS DE CIVILES.»

musulmanas en el mundo occidental.

Como ninguno de estos remedios parece algo inminente, los gobiernos y las fuerzas de seguridad continuarán viéndose como rehenes de la amenaza del terrorismo todavía durante algunos años. Mientras tanto, alimentados por la corrupción, las tensiones étnicas y la búsqueda de recursos naturales, los conflictos de África proseguirán persistentemente. Y lo mismo sucederá con las guerras de la droga en Latinoamérica (donde el tratado de paz de 2016 y 2017 entre las guerrillas de las FARC y el Estado colombiano supone un éxito inusual y bienvenido).

Pero el desafío real para los políticos y los ciudadanos de a pie es que reconozcan y salvaguarden las extraordinarias mejoras desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En las décadas siguientes la población mundial se ha triplicado, mientras que la pobreza se ha reducido tan espectacularmente que menos del 10 por ciento vive ahora en lo que el Banco Mundial llama «pobreza extrema». Buena parte del mérito debe concederse a la arquitectura institucional (principalmente a la Organización de las Naciones Unidas, a la OTAN y a la Unión Europea), creada para consolidar la paz y reconstruir un mundo devastado. Siempre habrá guerras, y esperemos que la mayoría sean de poca importancia. Pese a ello, resultaría trágico que se permitiera que las instituciones que han mantenido al mundo más en paz que en guerra declinaran en la atmósfera actual de nacionalismo y populismo.

> EL MUNDO ARABOMUSULMÁN Y LA GEOPOLÍTICA MUNDIAL: FACTORES ENDÓGENOS FRENTE A FACTORES EXÓGENOS



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



El profesor **Nayef Al-Rodhan**, es Miembro Honorario del St Antony's College, en la Universidad de Oxford, e investigador principal y Director del Programa de Geopolítica y de Futuros Globales del Centro de Ginebra para Políticas de Seguridad, en Suiza. Es neurocientífico, filósofo y geoestratega. Recibió formación en la Clínica Mayo y en las universidades de Yale y Harvard, y en 2014 fue incluido en un ranking de los 30 neurocientíficos actuales más influyentes en el mundo. El profesor Al-Rodhan ha escrito 20 libros y más de 100 artículos sobre neurociencia, neurofilosofía, geopolítica, seguridad del espacio exterior, relaciones transculturales y gobierno global.

> EL MUNDO ARABOMUSULMÁN Y LA GEOPOLÍTICA MUNDIAL: FACTORES ENDÓGENOS FRENTE A FACTORES EXÓGENOS

Este artículo se involucra, de forma crítica, en la historia y la geopolítica del mundo arabomusulmán. Analiza las políticas y los conocimientos neurocientíficos sobre el liderazgo en el sí del proceso histórico y transmite un conocimiento más integral de los factores endógenos y exógenos que han modelado y siguen dando forma a la región. Explora un camino a seguir para establecer unos paradigmas de gobierno sostenibles, seguros y prósperos en cada área de la zona y globalmente defiende la necesidad de un reconocimiento más exhaustivo de las contribuciones del mundo arabomusulmán a la civilización humana. Aboga para dar más relevancia al «modelo de civilización humana oceánica», en el que las culturas están interconectadas, son acumulativas y donde no surgen culturas «ex nihilo», desde la nada.

Antecedentes

En los primeros años del siglo xx se hacía referencia frecuentemente a la región de los Balcanes como «el polvorín de Europa». Las hostilidades en la región, los sentimientos nacionalistas emergentes en los estados recién independizados y la injerencia de las grandes potencias implicaron que en la región bullera la discordia. Estas tensiones alcanzaron un punto álgido que al final desembocó en una conflagración; la Primera Guerra Mundial empezó tras el asesinato del archiduque austrohúngaro Francisco Fernando por parte de Gavrilo Princip, un nacionalista bosnio.

Ningún conflicto en el mundo arabomusulmán ha iniciado nunca una contienda mundial de la magnitud de la primera o la segunda guerras mundiales, pero la región ha estado en el centro de la política mundial y ha sido un hervidero de demostraciones de poder desde los primeros años del siglo xx hasta el xxi.

De hecho, pocos de los conflictos del mundo arabomusulmán de las últimas seis décadas han sido locales, a pesar de no intensificarse hasta convertirse en una conflagración «mundial» en toda regla. Sin embargo, han involucrado a actores internos y externos y han tenido unos costes humanos y materiales inmensos, con efectos colaterales en todo el planeta. El número de víctimas y la gravedad de las heridas y la destrucción fruto de las guerras e invasiones sucesivas en la región son de tal magnitud que resultan prácticamente imposibles de cuantificar. Hay algo cierto, y es el hecho de que el mundo arabomusulmán no ha ocupado más que una posición marginal en la política internacional, cuando la geopolítica de

dicho mundo está profundamente ligada a la política mundial y tiene implicaciones mucho más allá de las fronteras de la región.

Ya he analizado anteriormente la historia de la región en el pasado siglo y el proceso por el cual el mundo arabomusulmán ha sido debilitado, mediante la identificación de «puntos de inflexión» críticos. He encontrado seis de ellos a lo largo del último siglo: 1) 1915-1922, cuando el mundo árabe fue dividido por las potencias coloniales; 2) la retirada británica de Palestina y el surgimiento de la cuestión palestina; 3) la guerra de 1967 y la derrota árabe; 4) la revolución iraní de 1979 y sus efectos posteriores en la política de la región; 5) 1987-1991, un intervalo crítico en el que comenzaron la *intifada* palestina y la primera guerra del Golfo, y 6) el 11 de septiembre de 2001, los ataques contra Estados Unidos y la invasión, por parte de este último país, de Afganistán y después de Irak.¹ La serie de manifestaciones y revueltas políticas conocidas como la Primavera Árabe, que empezaron a finales de 2010 y acabaron por conducir a una de las mayores (y más negativas) transformaciones de la región tras su descolonización, podrían ser consideradas un séptimo punto de inflexión crítico. Al intentar comprender qué ha moldeado la geopolítica de la región, es crucial examinar su historia y el tipo de déficits de dignidad que persisten en grados diversos en la zona.

«EL MUNDO ARABOMUSULMÁN NO ES HOMOGÉNEO, SON ESTADOS SOBERANOS DIFERENTES, CON LIDERAZGOS DISTINTOS Y, A VECES, CON ENFOQUES Y OBJETIVOS DIVERGENTES.»

En el punto álgido de la crisis de Suez de 1956, el historiador Albert Hourani escribió que «quien gobierna Oriente Próximo gobierna el mundo, y quien tiene intereses en el mundo está obligado a preocuparse de Oriente Próximo».²

Esto recuerda a la regla geopolítica formulada previamente por Harold Mackinder en su famosa «teoría de la Región Cardial» al referirse a los pivotes geopolíticos.³ En 1919, tras la Primera Guerra Mundial, había escrito que «quien gobierne Europa del Este gobernará la Región Cardial [Eurasia], y quien gobierne la Región Cardial gobernará la Isla Mundial [toda Europa y Asia] y el mundo».

En la actualidad cabría parafrasear este enunciado y establecer un tipo distinto de máxima: «Un actor con un interés particular en el conflicto sirio tiene un interés en la geopolítica global, y quienquiera que desee conservar un liderazgo *regional o global* debe implicarse en la resolución del conflicto sirio». Sin embargo, basarse en máximas como esta puede dar lugar a falacias o a puntos de vista deterministas sobre la política mundial. La validez de las fórmulas geopolíticas rara vez dura más de algunas décadas antes de que surjan nuevos actores y se produzcan cambios en el poder. Por lo tanto, podría decirse que el ascendente de China desplazó la zona de interés más al este, pero con eso no queremos decir que la geopolítica de la región arabomusulmana se convirtiera en un mero problema regional. Al igual que

en el pasado, el mundo arabomusulmán tiene una enorme importancia para la política mundial.

El objetivo de este ensayo es destacar algunas de las tendencias clave en la región y echar un vistazo a los factores *endógenos* y *exógenos* que han moldeado este territorio en los últimos años y que siguen haciéndolo en la actualidad, a fin de reflexionar sobre el rumbo general en el presente y con vistas a los próximos años.

Una nota sobre terminología: se prefiere aquí el término «arabomusulmán» a «Oriente Medio», ya que incluye una región más amplia, y no solo el grupo de países de esa zona geográfica.

El mundo arabomusulmán no es, en modo alguno, una entidad homogénea. Túnez, Irak, Jordania y Arabia Saudí son estados soberanos diferentes, con estructuras de liderazgo distintas y, a veces, con objetivos y enfoques divergentes en materia de política exterior. La región está, no obstante, muy fuertemente unida debido a vínculos históricos, culturales y políticos, además de por una historia de movimientos y tendencias panárabes y panislámicos.

Una idea controvertida

En un ensayo publicado en la revista *Foreign Affairs* en julio de 1960, el historiador Roderic H. Davison preguntaba: «¿Dónde está Oriente Medio?», y respondía así a su pregunta: «El hecho sigue siendo que nadie sabe dónde está Oriente Medio, aunque muchos afirman saberlo». De hecho, tras la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos se involucró rápidamente en una serie de crisis en Suez, Bagdad, Argelia y Líbano, todos ellos territorios agrupados bajo la etiqueta «Oriente Medio».⁴

La definición inequívoca de «Oriente Medio» ha resultado polémica y divisoria, y la selección de países que forman parte de él ha sido bastante arbitraria. El imperialismo europeo materializó en primer lugar una idea geográfica de «Oriente Próximo», pero los primeros años del siglo xx condujeron a la aparición de una nueva región geopolítica, «Oriente Medio», término acuñado por un oficial de la marina estadounidense, el capitán Alfred Thayer Mahan. Desde su punto de vista, no obstante, esta región tenía unas fronteras vagamente definidas, incluida, de modo indeterminado, el área entre Suez y Singapur.⁵ Más adelante, «Oriente» fue dividido en «Próximo», «Medio» y «Lejano», principalmente como resultado de la estrategia británica. Tras la Primera Guerra Mundial se estableció un trazado algo más claro en virtud del cual Oriente Próximo solo incluía a los Balcanes, una decisión tomada por la Comisión Permanente de Topónimos de la Real Sociedad Geográfica británica. La porción de tierra que iba desde el Bósforo hasta el este de la India recibiría el nombre de «Oriente Medio». Winston Churchill, que se convirtió en secretario de Estado de las Colonias en 1921, creó un Departamento para Oriente Medio en el Colonial Office y desempeñó un papel crucial en cómo se dividió la región y en el futuro de Palestina, Transjordania e Irak. En cualquier caso,

el nuevo replanteamiento de Oriente Medio generó algo de confusión a los estadounidenses, que durante un tiempo siguieron usando el concepto tal y como había sido definido antes. Incluso en el caso de Gran Bretaña, la nueva interpretación sobre dónde empezaba y acababa Oriente Medio fue una definición ampliamente aceptada en la Real Fuerza Aérea británica.

Un siglo turbulento

Para comprender la geopolítica del mundo arabomusulmán es necesario realizar una incursión en su turbulenta historia en el siglo xx.

Durante la Primera Guerra Mundial, el mayor punto de desacuerdo entre Francia y Gran Bretaña obedeció a las reclamaciones de los franceses sobre la Siria otomana. Aun así, concentrada en la guerra de trincheras en el frente occidental, Francia encontró muy difícil asegurarse el control sobre sus esferas de influencia en Oriente Medio, y observaba con aprensión la creciente implicación de Gran Bretaña en la región.

En mayo de 1916, un acto de profunda importancia histórica y simbólica fue la conclusión de un acuerdo secreto que dividió la mayor parte de Oriente Medio entre las dos potencias, el Tratado de Sykes-Picot. Este documento de guerra extremadamente controvertido era una ilustración perfecta de la intromisión en la región de potencias extranjeras, que se repartieron zonas de control e influencia. Francia obtuvo el derecho a controlar Siria como zona de «control directo», una región que se extendía a lo largo de la costa siria, desde el sur de Líbano hasta Anatolia. Además, también se le concedió el derecho al control indirecto del interior de Siria. Gran Bretaña afianzó su posición en Irak y obtuvo el derecho al control directo de la zona sur de Mesopotamia, además de una enorme porción de control indirecto desde Gaza hasta Kirkuk (en el actual Irak).⁶

Este tratado infame es considerado un acto de traición de proporciones históricas. Constituyó una violación especialmente importante de la promesa hecha en un principio a Sharif Husayn ibn Ali, el emir de La Meca, que había planeado crear un Estado árabe independiente una vez que la guerra hubiera acabado. En los intercambios de notas con Henry McMahon, el alto comisionado británico en Egipto, se le dijo a Husayn que la zona al oeste de Damasco, Homs, Hama y Alepo no podía ser incluida en su propuesta porque los habitantes de esas áreas no eran «puramente árabes», una afirmación que Husayn rechazó con vehemencia.⁷

Otro momento de importancia histórica fue la Declaración Balfour de 1917, uno de los documentos más controvertidos que moldearon las relaciones entre las potencias occidentales y el mundo arabomusulmán. En un sucinto texto de 67 palabras, la declaración proclamaba que «el Gobierno de Su Majestad considera favorablemente el establecimiento, en Palestina, de un hogar nacional para el pueblo judío, y hará lo necesario para facilitar la consecución de este objetivo». En una estrambótica muestra de poderío colonial y doble juego, «una nación estaba prometiendo a otra nación la tierra de una tercera nación».⁸

Tras la Primera Guerra Mundial, Oriente Medio se convirtió en una región caracterizada por una complejidad enorme también debido al hecho de que el núcleo de un orden social y político de cuatrocientos años de antigüedad, el Imperio otomano, fue fragmentado de la noche a la mañana: en Turquía y otros cinco estados árabes (Siria, Líbano, Palestina, Irak y Transjordania). Sin embargo, el control extranjero en la región era desenfrenado y, por lo tanto, de las diez naciones de esta zona, solo Turquía, Irán, Arabia Saudí y Yemen ejercieron una soberanía plena durante los años de entreguerras.⁹ Como resultado de ello, no solo no se satisfizo la promesa de un Estado árabe, sino que la región se vio dividida y sujeta a la influencia externa. El control imperialista sobre la región fue breve en comparación con la experiencia colonial en Asia, África o Latinoamérica. Al cabo de una década o dos, los antiguos territorios otomanos obtuvieron la independencia: Irak en 1932, Egipto en 1936 (tras el Tratado Angloegipcio), Siria y Líbano en 1943 y 1946, y Jordania en 1946. Con todo, los efectos fueron profundos y duraderos. Tras ello tuvo lugar un proceso masivo de cambios sociales y políticos.¹⁰

«A PARTIR DE 1914, EN EL GOLFO, EL PETRÓLEO SE HIZO CADA VEZ MÁS IMPORTANTE.»

Para empezar, las potencias coloniales empezaron a interesarse más por el petróleo. Antes de la Primera Guerra Mundial, las prospecciones se habían limitado a Irán y a lo que hoy es el norte de Irak, pero a medida que la marina británica emprendió la transición del carbón al petróleo a partir de 1914 y la disponibilidad de crudo en el Golfo se hizo evidente (además del hecho de que su transporte era relativamente seguro), el petróleo se volvió cada vez más importante. En esta época, además del dominio británico en la región, Francia ejercía un firme control de Siria y Líbano (junto con la zona que controlaba en el norte de África), e Italia también se estaba interesando en esta amplia región; ocupó Etiopía en 1935 como parte de sus ambiciones imperialistas («África Italiana»)¹¹ Por entonces, el interés de la Unión Soviética y Estados Unidos en la región de Oriente Medio seguía siendo bastante limitado.

La Unión Soviética, recientemente creada en 1922, mostró su apoyo a lo que parecían ser revoluciones de inspiración bolchevique en el norte de Irán y a algunos movimientos radicales en Turquía. Sin embargo, en líneas generales, la URSS se encontraba en los márgenes del mundo arabomusulmán y mostraba una mayor inclinación por buscar la paz con los regímenes nacionalistas a lo largo de su frontera sur (Turquía, Irán y Afganistán) y por impermeabilizar Oriente Medio, una situación que prosiguió hasta finales de la década de 1980. Por otro lado, Estados Unidos tenía unos intereses militares y políticos muy limitados por el mundo arabomusulmán en esa época, aunque cabe destacar que bajo el mandato del presidente Wilson desempeñó un papel clave en la fundación de la Sociedad de Naciones y, con ella, del sistema de fideicomiso que permitió a Francia y Gran Bretaña asumir el control de grandes franjas de la región.¹²

Sin embargo, no se puede culpar a estas maquinaciones extranjeras de todos los males de la región, y resulta fundamental destacar algunos otros acontecimientos de naturaleza endógena, o que afectan a la política regional, en lugar de a la implicación directa de las potencias extranjeras. Los años de entreguerras fueron testigo sobre todo de cambios profundos en el interior de los estados. La más importante de estas transiciones fue la creación de instituciones propias de estados modernos, dirigidas por gobiernos nacionalistas, y de sectores públicos muy expansivos que dieron empleo a un gran número de personas, incluidas las fuerzas armadas. Un acontecimiento análogo fue el proceso de construcción de naciones y la forja de identidades nacionales, pero esta tarea fue inmensamente complicada a causa de las fronteras torpemente dibujadas, que no tenían en cuenta a los grupos étnicos o las relaciones socioeconómicas anteriores y la geopolítica regional.



Mujeres egipcias protestan cerca de la plaza Tahrir en 2013 contra la violencia.

Irak, por ejemplo, fue uno de los experimentos británicos más desafortunados, ya que las fronteras del nuevo Estado fueron las más arbitrarias de todos los territorios en el mundo árabe posterior al Imperio otomano. Este caso histórico es relevante no solo para ejemplificar el nivel de la interferencia británica en Oriente Medio, sino también para explicar algunos de los desafíos recientes del país a la hora de alcanzar la estabilidad social y política. En tiempos de los otomanos, Mesopotamia había sido administrada en forma de tres provincias distintas. La parte norte de Mosul estaba vinculada con Anatolia y con la Gran Siria, mientras que la región sur de Bagdad tenía fuertes vínculos comerciales con Irán y el sudoeste. Basora, en

el sur, mantenía más lazos con el golfo Pérsico y relaciones comerciales con regiones tan remotas como India. Cuando en 1920 se convirtieron en el Estado de Irak, bajo mandato británico, estas regiones no podían considerarse una comunidad política «en ningún sentido del término». ¹³ Además, aunque la población estaba integrada por una amplia mayoría árabe (alrededor de un 80 por ciento de árabes y un 20 por ciento de kurdos), los árabes estaban divididos en facciones religiosas; más de la mitad de ellos eran chiíes y el resto, suníes.

Otro acontecimiento importante en varios países en esos años fue el proceso de secularización, que se enfrentó a una gran resistencia y a contramedidas dirigidas a un retorno a valores más tradicionales. La manifestación más potente de este movimiento fue la Sociedad de los Hermanos Musulmanes, fundada en Egipto en 1928, como reacción a las tendencias secularizadoras en Turquía y el mundo árabe. La Sociedad de los Hermanos Musulmanes fue pacífica en sus orígenes, pero más adelante recurrió a tácticas más violentas.

Los numerosos problemas sociales y políticos de todo el mundo arabomusulmán en los años de entreguerras y después, durante la Segunda Guerra Mundial, indicaban simplemente que, aunque estaban dando pasos hacia la condición de nación y la plena independencia, la influencia extranjera y los juegos de poder difícilmente eran cosa del pasado.

La mala gestión interna tampoco debería ser minimizada. Además, algunos de los países de la región tenían algunas ambiciones políticas propias, lo que se añadía a la complicada situación geopolítica del mundo arabomusulmán. Egipto, por ejemplo, tenía puesto el ojo en Sudán (en virtud de una antigua reclamación sobre la unidad del valle del Nilo), e Irak estaba especialmente interesado en el conjunto de la zona del «Fértil Crescente». Empezó a surgir, no obstante, un objetivo político común en forma de apoyo a Palestina, lo que más adelante, en marzo de 1945, dio lugar a la formación de la Liga de Estados Árabes, cuyo cuartel general estaba en El Cairo. Juntos, los países de la Liga Árabe se opusieron vehementemente a la partición de Palestina y al masivo desarraigo de la población palestina árabe como resultado de la creación del Estado de Israel.

Un sentido de solidaridad y de destino compartido unió al mundo árabe a pesar del fracaso a la hora de evitar el surgimiento de Israel. La Guerra Fría trajo consigo nuevos retos y una cantidad creciente de nuevos actores en el mundo arabomusulmán. También conllevó oleadas de turbulencias políticas, crisis militares y golpes de Estado que involucraron de diversas formas a potencias extranjeras. Estados Unidos estaba principalmente interesado en Oriente Medio a través del prisma de su conflicto con la URSS, pero, aun así, sus intereses políticos y económicos no se superpusieron por completo. Estaban especialmente interesados en Israel debido a intereses políticos y estratégicos, y en la península Arábiga por intereses económicos (es decir, el petróleo). La Unión Soviética, por otro lado, estableció alianzas con algunos regímenes árabes, pero, en general, estuvo menos interesada en la región. En particular, la URSS era el mayor productor de petróleo en la década de 1970 (se estima que 12 millones de barriles al día). ¹⁴

Antes de su colapso en 1988, estaba produciendo la cantidad récord de 12,5 millones de barriles diarios.¹⁵

Con esto no quiero restarle importancia a la implicación y los intereses de actores extranjeros en el mundo arabomusulmán durante la Guerra Fría. Tras la Segunda Guerra Mundial, varios países de la región obtuvieron la independencia, pero a otros les llevó más décadas conseguirla; Túnez y Marruecos la obtuvieron de Francia en 1956, y Argelia les siguió en 1962.

En 1952 la revolución en Egipto, dirigida por un grupo de oficiales del ejército (los llamados «Oficiales Libres») comandados por Gamal Abdel Nasser, derrocó el gobierno del rey y proclamó la república. La crisis de Suez de 1956 fue un punto de inflexión; ese año Nasser nacionalizó el canal de Suez, construido con mano de obra egipcia, dirigido por una compañía francesa y utilizado por el Imperio británico. Este suceso dio lugar a una crisis mundial, a una acción militar por parte de los franceses, los británicos y los israelíes y, por último, a un alto el fuego respaldado por Naciones Unidas.

Sin embargo, y de lejos, la mayor y más visible de la serie de crisis en el mundo arabomusulmán durante la Guerra Fría, y que sigue teniendo relevancia en la política actual, fue el conflicto árabe-israelí. En 1967, en un ataque preventivo, Israel derrotó la ofensiva militar conjunta de Egipto, Siria y Jordania, lo cual dejó recuerdos duraderos en la región. Asestó un fuerte golpe al nacionalismo árabe y a su prestigio (y, en cierto grado, provocó el deterioro de las relaciones entre los

«UN SENTIDO DE SOLIDARIDAD Y DE DESTINO COMPARTIDO UNIÓ AL MUNDO ÁRABE A PESAR DEL FRACASO A LA HORA DE EVITAR EL SURGIMIENTO DE ISRAEL.»

estados árabes y la URSS; por ejemplo, Egipto canceló más adelante su Tratado de Amistad con los soviéticos), avivó el nacionalismo palestino e Israel continuó con sus acciones ofensivas para afianzar su posición en la región. Como estaba quedando claro que Israel tenía un fuerte aliado en Estados Unidos, invadió Líbano en junio de 1982 con el visto bueno tácito de Reagan, que aprobaba firmemente las acciones para «ir a por» los aliados de la Unión Soviética, como Siria y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP¹⁶). Siria mantuvo, no obstante, unas relaciones más cercanas con la URSS hasta el final de la Guerra Fría (y también después).

Se dieron diversas desavenencias regionales tras los acuerdos de Camp David de 1978. Una parte de dicho acuerdo era un tratado de paz entre Egipto e Israel que le costó a Egipto las relaciones con sus aliados árabes. Fue expulsado al poco tiempo de la Liga Árabe, cuyo cuartel general fue trasladado a Túnez. Además, Egipto dejó de recibir subsidios por parte de sus vecinos productores de petróleo y ello hizo que dependiera de Occidente. El presidente egipcio Sadat fue volviéndose cada vez más impopular. A medida que las tensiones sociales crecían

en el país, los Hermanos Musulmanes, a los que se había permitido reanudar sus actividades, obtuvieron un éxito considerable en sus campañas de reclutamiento. Otras organizaciones militantes también se mostraban cada vez más activas, lo cual dio lugar a que Sadat tuviera que emprender acciones y ordenar encarcelamientos en masa en septiembre de 1981.¹⁷ Poco después, en octubre, fue asesinado por miembros de los Hermanos Musulmanes y le sucedió Hosni Mubarak, que gobernó Egipto hasta 2011.

Las políticas nacionales fueron turbulentas en la mayoría de los estados arabomusulmanes durante los años de la Guerra Fría. Líbano sufrió una guerra civil entre 1975 y 1990 a la que contribuyeron factores endógenos y exógenos. Los cambios demográficos y una estructura social muy fragmentada y sectaria frustraron a muchos libaneses musulmanes, que se quejaban de la brecha en la representación entre cristianos y musulmanes a pesar de que estos últimos eran más numerosos. Entonces se añadieron factores exógenos a la dramática destrucción fruto de la guerra. Israel invadió Líbano en 1982 y exacerbó la crisis política durante más de una década. Siria e Irak experimentaron unos años de inestabilidad y consolidaron unos regímenes brutalmente autoritarios.

Los excesos de los gobiernos se manifestaron de muchas formas. El partido Baaz de Siria nacionalizó más de cien compañías en 1965 y empezó a expropiar y redistribuir tierra privada. En 1970, cuando Háfes al-Ásad tomó el poder por la fuerza, el principal producto exportado era el algodón, y la economía tenía un fuerte componente agrícola. El régimen pronto empezó a nacionalizar empresas, plantas industriales e infraestructuras. Durante algún tiempo, la economía registró un auge que no pudo mantenerse durante mucho tiempo, y al cabo de poco el país tuvo que importar enormes cantidades de alimentos. El sistema era profundamente corrupto y el clientelismo y el nepotismo campaban a sus anchas, dando lugar a un sector público poco profesional. Por ejemplo, a los miembros del partido Baaz que tenían que ser recompensados por su lealtad se les ofrecieron puestos en el sector agrícola y se les otorgó poder para tomar decisiones sobre aspectos técnicos, como por ejemplo la rotación de cultivos, algo en lo que no tenían competencia. En materia de política exterior, el régimen de Al-Ásad se enfrentó a multitud de problemas. Después de intentar posicionarse, inicialmente, como un líder regional potencial e impulsor de la unidad panárabe, Al-Ásad se convirtió en algo así como un paria después de la implicación de Siria en la guerra civil libanesa, en la que intervino en apoyo de los cristianos maronitas en 1976.¹⁸

Irak también se enfrentó a un largo período de inestabilidad. Un golpe de Estado derrocó a la monarquía en 1958 y acentuó la agitación social y política preexistente. En 1968, otro golpe de Estado llevó al poder al partido Baaz y a una nueva figura política, Sadam Husein. En 1979 sucedió al anterior presidente, Ahmed Hasan al-Bakr, e inició una oleada de purgas políticas. El país ya era un mosaico de grupos étnicos, y el nuevo partido en el poder tuvo grandes dificultades para contener las tensiones políticas, especialmente en relación con la población kurda, concentrada en el norte del país, rico en petróleo. Con el telón de fondo del régimen cada vez

más hostil de Sadam Husein, Irán intentó socavarlo proporcionando armas a los kurdos con vistas a debilitar al gobierno de Bagdad. Sin embargo, Irán e Irak alcanzaron un acuerdo en 1975 (el Tratado de Argel). Los kurdos firmaron un pacto con el gobierno de Bagdad y se les ofreció una modesta autonomía cultural y política, pero más tarde Bagdad desplazó a 25.000 kurdos y les reubicó en el centro y el sur del país para prevenir futuras rebeliones. La esperanza y la lucha de los kurdos se vieron, no obstante, reavivadas a lo largo de las siguientes décadas, y recibieron un nuevo impulso tras la guerra del Golfo en 1991.¹⁹

Las relaciones entre Irak e Irán volvieron a tensarse después de que el sha fuera depuesto y ascendiera al poder el ayatolá Jomeini, que urgió abiertamente a los chiíes iraquíes a que derrocaran a Sadam Husein. El Tratado de Argel fue derogado oficialmente por Jomeini en 1980, lo que poco después dio lugar a la invasión de Irán por Irak y al inicio de la guerra convencional más larga del siglo xx. Los costes humanos y materiales fueron enormes. La guerra modificó inevitablemente la situación geopolítica en el mundo arabomusulmán. Las potencias extranjeras se implicaron a fondo, sobre todo como suministradoras de armas. Las exportaciones de petróleo y los ingresos derivados de estas se vieron gravemente limitados, y Kuwait y Arabia Saudí ayudaron económicamente a Irak. Bajo estas nuevas circunstancias, Irak también modificó su postura frente a Israel y restableció las relaciones con Egipto, que empezó a suministrarle municiones y apoyo militar.

Restos de blindado iraquí en la carretera hacia Kuwait, después del fracasado intento de ocupación por parte de Sadam Hussein.



Otros aliados fueron la URSS y Francia y, a partir de 1974, Estados Unidos, que recuperaron los lazos diplomáticos con Irak después de haberlos cortado en 1967. Estados Unidos presionó a sus aliados para que dejaran de vender armas a Irán e incrementaron visiblemente su presencia en el Golfo.

Desde el período posterior a la Guerra Fría hasta la década de 2000

La guerra terminó en 1988 con un alto el fuego propuesto por Naciones Unidas. Irak quedó gravemente afectado, con buena parte de sus infraestructuras destruidas y una abultada deuda que debía pagarse a los estados del Golfo. Otro efecto de la guerra fue el auge del espíritu nacionalista en un país profundamente dividido, además de una mayor consideración por el ejército iraquí, cuyo tamaño y fuerza de combate fueron incrementados.²⁰ En agosto de 1990 Irak lanzó una invasión, abocada al fracaso, de Kuwait, al que culpaba de los bajos precios del petróleo, iniciando así la primera guerra del Golfo. Esto congregó a una gran coalición internacional contra Irak y llevó al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a imponer una serie de sanciones al país, algo que perjudicó todavía más a su economía. Desde 1990 hasta 2003, la economía iraquí se vio golpeada por la hiperinflación, que afectó sobre todo a los iraquíes de a pie, incluidos casos generalizados de malnutrición.

«LA INVASIÓN DE IRÁN POR IRAK EN 1980 REPRESENTÓ LA GUERRA CONVENCIONAL MÁS LARGA DEL SIGLO XX.»

Sin embargo, es importante apuntar que las cifras exactas del número de víctimas fruto de las sanciones y de la mortalidad infantil han sido objeto de grandes disputas en artículos recientes. Una conclusión común en los círculos occidentales es que alrededor de cincuenta mil niños murieron en Irak como resultado de las sanciones. Justificando la invasión de Irak en 2003, que derrocó a Sadam, el primer ministro británico Tony Blair insistió en que esa había sido la decisión «correcta» porque había beneficiado al pueblo iraquí, y argumentó que de una tasa de mortalidad infantil de 130 niños menores de cinco años por cada mil en 2000-2002 se pasó a una de 40. Pese a ello, esas cifras se basaban en afirmaciones hechas en un controvertido estudio organizado en 1995 por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) en colaboración con el gobierno iraquí, en el que los entrevistadores fueron proporcionados por el ministerio iraquí. Por lo tanto no era un estudio independiente, y se llevó a cabo en un clima de miedo para el pueblo iraquí en el que el gobierno quería informar de que había sufrido muchas más muertes infantiles que las ocurridas realmente.²¹

Otros países no envueltos en un conflicto bélico o que estaban recuperándose de uno recientemente finalizado estaban pasando por períodos tensos de cambios sociales y crisis políticas. Además de todo esto, el antiguo conflicto entre Israel y

Palestina dio un nuevo giro. Al igual que lo sucedido en la Primavera Árabe en 2011, unos incidentes aparentemente menores mostraron su capacidad de desencadenar revoluciones mayores. En 2011 fue un incidente entre las fuerzas de seguridad y un vendedor callejero en Túnez. En 1987, un accidente de tráfico en el que un vehículo militar israelí mató a cuatro palestinos e hirió a otros dio lugar a protestas a gran escala. Sin mucha previsión, el ejército israelí tomó represalias matando a manifestantes, lo que desencadenó un levantamiento en toda regla en Cisjordania. Esto supuso el inicio de la Intifada, la resistencia palestina que quería acabar con las miserables condiciones de vida y las restricciones impuestas a los palestinos. Pronto adquirió un formato más coherente y organizado bajo la coordinación del Liderazgo Nacional Unificado.

En 1988 se creó Hamas (acrónimo árabe de Movimiento de Resistencia Islámico), que tenía una agenda más intransigente y radical que la de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina). La respuesta israelí fue brutal y contundente a la hora de reprimir el levantamiento y las formas de solidaridad que lo habían respaldado en los primeros años. Bajo la iniciativa del gobierno noruego se facilitaron conversaciones secretas entre representantes israelíes y de la OLP, en lo que constituyó el inicio del Proceso de Paz de Oslo. Las perspectivas de diálogo y de una paz genuina parecieron reales durante algún tiempo, pero el legado de los años de reuniones y negociaciones acabó resultando débil.

Arriba: Restos de blindado iraquí en la carretera hacia Kuwait, después del fracasado intento de ocupación por parte de Sadam Hussein.
 Abajo: Refinerías de petróleo en Kuwait.

Para los países de la península Arábiga, la situación política y militar también supuso un reto, aunque de forma distinta. Como bien se sabe, el descubrimiento de petróleo modificó la geopolítica de la región de formas profundas y planteó unas oportunidades y unos desafíos singulares. Por un lado, la gran riqueza permitió un rápido desarrollo y el uso de la ayuda económica como herramienta para la política exterior. Por otro, los países de la zona decidieron seguir siendo política y socialmente conservadores, lo que a menudo hizo aumentar las tensiones con sus vecinos, como Nasser en Egipto, que abogaba por un panarabismo secular.²²

La situación en Yemen fue un motivo de tensión y preocupación en la península durante muchos años, especialmente para Arabia Saudí. En 1962, en Yemen se



desencadenó una guerra civil tras un golpe de Estado fallido respaldado por Nasser. Arabia Saudí intervino para ayudar a los legitimistas a restaurar en el trono al imán gobernante. El conflicto aumentó de intensidad y se convirtió en uno de índole regional. Nasser destinó alrededor de setenta mil soldados a Yemen (algunas estimaciones señalan que fueron entre cuarenta mil y setenta mil), pero el conflicto le costó a Egipto cerca de diez mil bajas. En 1967 las fuerzas egipcias se retiraron, los saudíes dejaron de apoyar a los legitimistas y las facciones enfrentadas iniciaron negociaciones. Marruecos, Irak y Sudán supervisaron la retirada de las tropas extranjeras y el conflicto terminó con un acuerdo entre los legitimistas y las facciones republicanas en 1970.²³

Los países del norte de África también atravesaron períodos de crisis tras la independencia o, en el caso de Argelia, de una guerra civil con todas las de la ley. Las economías dirigidas por el Estado, las nacionalizaciones y la corrupción solían ir de la mano. Sin embargo, durante muchos años la región también registró enormes aumentos del empleo (en el sector público) y una mejoría general de la esperanza de vida, un descenso de la mortalidad infantil y un incremento de la alfabetización y la escolarización.

Las convulsiones económicas de la década de 1980 y el descenso de los precios del petróleo dieron como resultado una reducción de los ingresos públicos y una mayor presión sobre los gobiernos para que pagaran los sueldos en el sector público. En toda la región, especialmente en Marruecos, Túnez y Jordania, se aprobaron reformas políticas para recortar los subsidios y reducir el gasto público. No obstante, la década de 1990 fue testigo de una tendencia descendente continua como consecuencia de la volatilidad de los precios del petróleo y del fracaso a la hora de implementar reformas económicas sólidas y reformas demográficas que ejercieran una presión intensa sobre el mercado laboral. El crecimiento de la población alcanzó un pico del 3,4 por ciento en 1985 y, aunque bajó al 2,2 por ciento en la década de 1990, estas tendencias tuvieron impactos claros que condujeron a un rápido incremento de la población en edad de trabajar.²⁴ Estos factores, junto con unas políticas represivas y el auge de las redes sociales, contribuyeron a la oleada de las revoluciones árabes que empezaron en 2011.

La década de 2000

Los ataques del 11-S contra el World Trade Centre marcaron un punto de inflexión en la región, ya que Estados Unidos obtuvo un apoyo mundial para la invasión de Irak y Afganistán, lo que dejó unas secuelas que siguen dejándose sentir en la actualidad. La guerra en Irak afectó mucho a la región y profundizó entre los árabes la sensación de injusticia, humillación y desempoderamiento deliberado.

Sin embargo, los déficits de dignidad que afligían a la región no eran, por supuesto, solo externos.

Cuando las revoluciones ahora conocidas en conjunto como la «Primavera Árabe» empezaron a desarrollarse en 2011, se encontraron al principio con una oleada de

optimismo, tanto desde el interior como desde el mundo exterior, que estaba vigilando atentamente. Visto en retrospectiva, cabe argumentar que estaban abocadas al fracaso al ser consideradas un intento de la Administración Obama de socavar el *statu quo* y de empoderar a los Hermanos Musulmanes y a Irán.

La economía de muchos países de la región había estado al borde del abismo durante muchos años; un desempleo creciente, una corrupción desbocada, un desarrollo dirigido por el Estado y un gasto público considerable significaban que el desarrollo económico estaba estancándose. De hecho, el modelo de desarrollo a lo largo y ancho de la región había alcanzado su fecha de caducidad. Oriente Medio y el norte de África dependen enormemente de las importaciones de alimentos, y muchos países árabes, incluso en la actualidad, siguen gastando importantes cantidades de dinero en subvencionar alimentos. En Egipto, por ejemplo, los subsidios para alimentos (sobre todo trigo) ascendieron a 3.000 millones de dólares en 2010, el año anterior a que Hosni Mubarak fuera derrocado después de casi treinta años como presidente. Además, muchos países de la región tienen una economía basada en el petróleo, algo que los vuelve vulnerables a la volatilidad de los mercados de esta materia prima.²⁵

Este modelo económico sobrevivió durante algunas décadas, en parte debido a la generosa afluencia de remesas, pero fue construido en esencia basándose en el petróleo, fortunas dedicadas a la ayuda humanitaria y un sector público muy expansivo que acabó convirtiéndose en un lastre económico y político. Como la disponibilidad de empleo en el sector público no podía satisfacer la demanda, mucha gente joven se dio cuenta de que no solo estaban en paro sino que, de hecho, tampoco podían conseguir trabajo debido a los fracasos y la desconexión entre la economía y los sistemas educativos. Ningún análisis de la Primavera Árabe puede pasar por alto los factores económicos y la fragilidad del contrato social establecido entre estos países y su población (como tampoco puede, de hecho, ignorar la manipulación externa).

La respuesta por parte de muchos países fue reforzar este frágil contrato. Argelia, Libia, Egipto, Jordania, Marruecos, Siria, Túnez y Kuwait hicieron precisamente eso, incrementar los subsidios a los alimentos y el combustible. Otros países ricos en petróleo han aumentado los salarios en el sector público.²⁶ Lo que la región todavía tiene que conseguir es repensar el contrato social más allá de este tipo de relaciones y permitir que surjan mercados más emprendedores, dinámicos y competitivos. Sin embargo, la economía de la Primavera Árabe apenas explica toda la historia de las revoluciones. Los que se manifestaban en las calles de muchas ciudades árabes no solo eran los jóvenes sin empleo, sino también otros ciudadanos que exigían desesperadamente el fin de los abusos y una mayor apertura. Lo que acabó por llevar a la región al límite de su aguante fue la falta de dignidad.

Los déficits de dignidad personal y colectiva fueron la causa subyacente de las revoluciones. Esto, por supuesto, no estaba dissociado de los problemas derivados de la falta de oportunidades y de empleo, así como de una sensación de impotencia y de vulnerabilidad socioeconómica, sino que también obedecía a la humillación y

el resentimiento que sentía tanta gente de la región por razones que no eran de naturaleza económica. Además, también existía la sensación de que había fuerzas externas interesadas en manipular la situación y redibujar la geopolítica regional.

Los déficits de dignidad colectiva fueron resultado de unos regímenes autocráticos respaldados por potencias extranjeras con unos intereses geopolíticos a corto plazo. Sin embargo, estos regímenes empezaron a perder el control del poder cuando las protestas cobraron impulso. Para sorpresa de muchos, los dictadores que habían gobernado plácidamente durante décadas se vieron violentamente enfrentados, desde el interior, a fervientes exigencias de *karama*, la palabra árabe que significa «dignidad».²⁷

«LOS ATAQUES DEL 11-S MARCARON UN PUNTO DE INFLEXIÓN EN LA REGIÓN, YA QUE ESTADOS UNIDOS OBTUVO APOYO MUNDIAL PARA LA INVASIÓN DE IRAK Y AFGANISTÁN.»

El suceso que desencadenó las revoluciones fue un incidente «leve», pero que supuso un punto de inflexión para la gente que había soportado abusos por parte de las instituciones gubernamentales y que se había sentido impotente durante muchos años con respecto a su futuro.

El 17 de diciembre de 2010, Mohammed Bouazizi, un vendedor callejero de Sidi Bouzid (Túnez), vio como la policía confiscaba su carro de verduras y le pedía que pagara un soborno. Muy alterado, Bouazizi, que mantenía a los ocho miembros de su familia, fue a quejarse al cuartel general provincial, pero fue ignorado y echado de allí. Regresó al mismo lugar una hora más tarde y se inmoló a lo bonzo a modo de protesta por la humillación que había soportado y por la impotencia que sentía; pero su acción fue también un llamamiento desesperado a la dignidad. En palabras de su madre: «Mohammed hizo lo que hizo por su dignidad».²⁸ Las revueltas y las muestras de solidaridad pronto se extendieron por todo Túnez, y días después de su muerte, el 14 de enero de 2011, el presidente Ben Ali huyó del país. Sin embargo, las protestas no cesaron y ganaron terreno en otros países árabes.

La búsqueda de la dignidad era algo básico en las exigencias de la gente para que se produjeran cambios. El déficit de dignidad tenía una dimensión *individual* en la medida en que los ciudadanos (y quienes no podían acceder a los beneficios reservados a los ricos y los poderosos) padecían los abusos y la corrupción, además de una dimensión *colectiva* que surgía de una sensación de que el mundo árabe había sufrido un asedio cultural y político durante muchas décadas.²⁹

Tal y como he escrito en otro lugar,³⁰ el anhelo de dignidad es una fuerza impulsora en la historia, y las revoluciones de la Primavera Árabe fueron una encarnación visible de ese objetivo. Cada uno de estos países ocupaba un puesto desolador en el índice de dignidad.

En una nota terminológica y metodológica relacionada con todo ello, ya había propuesto anteriormente un índice de dignidad como herramienta de valoración para estudiar indicadores clave de un buen gobierno. Definí la dignidad no simplemente como la ausencia de humillación, sino como un concepto más amplio que incluye nueve necesidades humanas clave, todas las cuales corresponden a los atributos clave de la naturaleza humana. Se trata del sentido común, la seguridad, los derechos humanos, la responsabilidad, la transparencia, la justicia, la oportunidad, la innovación y la integración.³¹

Los regímenes derrocados por la Primavera Árabe, además de los que tambalearon por las manifestaciones callejeras o los que se vieron abocados a una guerra civil (como en el caso de Siria), no obtuvieron buenas puntuaciones en el «índice de dignidad». Su fracaso a la hora de satisfacer las necesidades de dignidad también explica por qué la estabilidad de la región se ve puesta a prueba año tras año. Túnez, que fue aclamado como la historia de éxito de la Primavera Árabe, fue testigo de una nueva oleada de protestas cinco años después de que empezaran las manifestaciones. En febrero de 2016, una serie de eventos en el país hicieron resurgir una situación familiar: un joven tunecino murió electrocutado mientras protestaba, junto con otros jóvenes, contra la pobreza, la falta de empleo y las promesas incumplidas por la revolución. Muchos también expresaron su frustración ante los excesivos obstáculos que ahogaban a los emprendedores y los inversores, que no podían acceder a préstamos a pesar de sus repetidos intentos de crear empresas.³² No tardaron en producirse nuevos disturbios, en los que más gente joven manifestó su angustia y desesperación por la incesante ineficacia en todo el sector público. Mientras los gobiernos nacionales no solucionen las causas de la frustración y la alienación que siente su pueblo, no podrá alcanzarse ninguna estabilidad política real. La satisfacción de las necesidades de dignidad es el mejor indicador de un buen gobierno e, implícitamente, de la estabilidad política y la seguridad a largo plazo.³³

El empeoramiento de la situación tras la Primavera Árabe dio lugar a que muchos comentaristas hablaran del largo invierno que se avecinaba. El Índice de Estados Fallidos, elaborado anualmente por el Fondo para la Paz, evaluó esto en su edición de 2015 y apuntó que la esperanza de que se produjeran reformas se estaba desvaneciendo poco a poco, con países como Irak, Libia, Siria y Yemen viviendo declives especialmente intensos en todos los indicadores de estabilidad estatal. El año 2014 fue testigo del deterioro de la situación política en Libia, ya que grupos de activistas derrocaron la autoridad oficial y el gobierno reconocido internacionalmente se vio forzado a partir y reasentarse en la ciudad oriental de Tobruk.³⁴

Otro acontecimiento especialmente preocupante tuvo lugar en 2014. En junio, el ejército iraquí capituló en cuestión de días frente al avance impresionantemente rápido del ISIS. Este suceso fue la culminación de varios factores que no carecían de precedentes en Oriente Medio y el norte de África. Aunque la creación y el

ascenso del ISIS fueron un subproducto de la injerencia extranjera en la región (ahora se sabe que este grupo apareció tras la invasión de Irak por parte de Estados Unidos en 2003 y la prematura retirada estadounidense), tampoco se debería restar importancia a los fracasos nacionales.

De hecho, cuando la ineficacia nacional se une a la injerencia extranjera el resultado es una combustión catastrófica.

La prueba más importante para el ejército iraquí desde la invasión estadounidense acabó en un fracaso extraordinario que generó la posibilidad de una completa disolución del Estado. En 2013, el gobierno iraquí se había gastado 17.000 millones de dólares (1.300 millones de los cuales habían sido proporcionados por Estados Unidos) en sus fuerzas de seguridad, pese a lo cual treinta mil soldados iraquíes huyeron en menos de cuarenta y ocho horas cuando una banda de menos de mil terroristas del ISIS se abrió camino con gran potencia hasta Mosul.³⁵ La caída de esta ciudad supuso un tremendo golpe para el gobierno, que acusó de traición al ejército. Al mismo tiempo, este suceso expuso algunos de los problemas más profundos de la mala gestión nacional.

La politización y las divisiones sectarias en el seno del ejército dejaron a muchos desencantados y preparados para huir en cuanto el peligro apareciera por el horizonte. El gobierno iraquí había rechazado firmar un acuerdo con Estados Unidos para prolongar la presencia estadounidense en el país y seguir entrenando

Vehículo militar saludado por un grupo de niños en Afganistán.



a los militares. Entonces, el primer ministro, Nouri al-Maliki, que *de facto* era también el ministro de Defensa y de Interior, ya había comenzado a socavar al ejército profesional y no sectario, que incluía a muchos oficiales suníes y kurdos. Con el objetivo de afianzar su posición y asegurar que el ejército no supusiera una amenaza, Al-Maliki empezó a recompensar a los chiíes fieles al régimen con puestos de alto rango y la corrupción en los escalafones inferiores se extendió, una situación que acabó frustrando a todos los grupos étnicos. Finalmente, las estrategias sectarias empleadas en la creación de instituciones resultaron contraproducentes. Como consecuencia de ello, cuando Mosul estaba sitiada, las tropas chiíes no le encontraron mucho sentido a morir para defender ciudades predominantemente suníes.³⁶ El resentimiento contra el *statu quo* era tan intenso que en los primeros días de la ocupación por parte del ISIS, según consta, algunas

«LOS DÉFICITS DE DIGNIDAD PERSONAL Y COLECTIVA FUERON LA CAUSA SUBYACENTE DE LAS REVOLUCIONES.»

voces de Mosul manifestaron su alivio por haber sido «liberadas» de las fuerzas brutales, sectarias y divisorias de Al-Maliki. Un residente expresó lo que muchos sintieron esos días: «Creo que hemos sido liberados de una terrible pesadilla [...] El ejército y la policía nunca dejaron de arrestar, detener y matar a gente, por no hablar de los sobornos que aceptaron de las familias de los detenidos».³⁷

En julio de 2017, el gobierno declaró que Mosul había sido «liberado» de las garras del ISIS tras duros combates y con el apoyo militar de Estados Unidos. Pese a ello, expulsar al ISIS del territorio iraquí hace poco por romper el ciclo de inestabilidad y debilidad del Estado. Los kurdos iraquíes han organizado recientemente una campaña para que Estados Unidos respalde un Kurdistán independiente. Está prevista la celebración de un referéndum el 25 de septiembre de 2017, anunciada por el presidente del Kurdistán iraquí. La apuesta por la independencia se remonta a décadas atrás, y fue alimentada por episodios repetidos de alienación. De hecho, en casi todos los momentos de su historia dentro de Irak, los kurdos han luchado contra el poder central de Bagdad y han sentido que sus derechos no eran debidamente respetados. Aunque, según la Constitución, la región kurda tiene derecho al 17 por ciento del presupuesto nacional, en 2014, tras una disputa sobre las ventas de petróleo, el entonces primer ministro Al-Maliki rehusó enviar el pago necesario al Gobierno Regional de Kurdistán.³⁸ Estados Unidos y otros actores regionales podrían acabar implicándose diplomáticamente, pese a que el problema sigue siendo en última instancia interno, al igual que la solución.

Después de la Primavera Árabe, abogué por soluciones autóctonas a los problemas de gobierno en Oriente Medio. No existe una solución que valga para todos, y las iniciativas que pueden aplicarse en algunos países norteafricanos quizá no funcionen bien en los del Golfo, y viceversa.³⁹ Para abordar las numerosas facetas de los déficits de dignidad (personal y colectiva) que asolan a la región, los países de esta zona deben avanzar con decisión para mejorar sus modelos

de gobierno y sus instituciones, además de prepararse para los desafíos tecnológicos actuales y, más importante aún, forjar economías más robustas promulgando reformas que las diversifiquen, puesto que están, con demasiada frecuencia, supeditadas al petróleo.

Historias olvidadas y persistentes

En este ensayo me he extendido ampliamente en la historia porque está obstinadamente presente en la geopolítica contemporánea del mundo arabomusulmán. Sucesos clave como las guerras de 1967 o 1973 y la consiguiente modernización geopolítica de la región no deberían pasarse por alto en cualquier análisis de la región. Hoy en día, la mayoría cree que una de las principales razones por las cuales Israel venció en 1967 fue porque se trataba de una prolongación del imperialismo y las maquinaciones occidentales mediante su respaldo militar, político y económico a los israelíes. La invasión preventiva de 1967 dejó aflicciones duraderas en el mundo árabe, pero también hizo que muchos intelectuales árabes instaran a decretar unas reformas sociales y políticas más radicales para superar la derrota. Pese a ello, el momento de maduración cultural se apagó pronto, ya que los regímenes autocráticos se aferraron más al poder.⁴⁰

Existe otra faceta de la historia que supone una fuente de frustración para muchos árabes. Mucho antes de que Occidente se convirtiera en una fuerza dominante en el planeta, el mundo arabomusulmán fue un centro floreciente de ciencia, cultura y civilización. Esta dimensión olvidada de la historia no hizo sino sumarse a la sensación de irreverencia que muchos árabes sienten que procede de Occidente. Aunque la narrativa dominante sobre el ascenso de Occidente nos dice que la civilización europea se basa en unas raíces grecorromanas y que «el islam en Europa» supone una presencia reciente (y amenazadora), en realidad, los mundos europeo y arabomusulmán han estado implicados en intercambios fructíferos durante siglos. En su era dorada, el mundo arabomusulmán albergaba centros como Bagdad, El Cairo, Córdoba, Toledo, Sicilia y otros que atraían a mentes eruditas de todos los rincones del mundo. De hecho, la historia nos muestra que ninguna época ni fenómeno histórico acontece estando aislado, sino más bien basándose en los logros y las contribuciones de otros. Al igual que el mundo

Abajo izquierda: Despliegue del ejército estadounidense en una aldea de Irak. *Abajo derecha:* Banderas en manifestaciones de apoyo al pueblo sirio en Europa.



arabomusulmán fue construido sobre los avances de imperios anteriores, Europa incorporó más tarde elementos del mundo arabomusulmán. Las transferencias de ciencia y tecnología hacia la Europa medieval desde el mundo arabomusulmán allanaron el camino a la revolución científica europea y más adelante a la Ilustración. Se hicieron grandes contribuciones en matemáticas, astronomía, ciencias naturales y medicina.⁴¹

No hubo, en otras palabras, grandes avances conseguidos meramente por fuerzas «autóctonas» europeas y en virtud de la superioridad inherente de Europa. La historia europea forma parte de la historia *mundial*, algo que puede describirse mejor de acuerdo con el «modelo de civilización oceánico». Esta analogía presenta una imagen más precisa de la historia en virtud de la cual la civilización humana es como un océano hacia el que fluyen muchos ríos y que le añaden profundidad. Existe *una* civilización humana que es resultado de contribuciones de otros dominios geoculturales.⁴²

«CUANDO LA INEFICACIA NACIONAL SE UNE A LA INJERENCIA EXTRANJERA EL RESULTADO ES UNA COMBUSTIÓN CATASTRÓFICA.»

Una forma de romper con la prevalencia de la idea eurocéntrica del ascenso de Occidente consiste en otorgar al mundo arabomusulmán un debido reconocimiento por sus contribuciones. Esto es importante, porque una narrativa incorrecta sobre el ascenso de Occidente ha dado lugar a una imagen errónea de un Occidente progresista y superior frente a un mundo árabe inferior, estancado o regresivo.⁴³ Esto ha violado la dignidad colectiva de los árabes, y es importante corregir esta idea equivocada en aras tanto de hacer justicia a las contribuciones del mundo árabe en el ascenso de Occidente y de la civilización humana en su conjunto como de ayudar a disipar la idea de una incompatibilidad y discordia inherentes entre ambos.

El futuro y las perspectivas de cambio político

Cuando este ensayo sea publicado, el mundo arabomusulmán seguirá padeciendo conflictos sin resolver y una buena dosis de incertidumbre que todavía afectan a sus perspectivas de desarrollo, pero también es una región que avanza a distintas velocidades. Algunos países, como Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí, se encuentran entre las economías de la región con un crecimiento más rápido, y se están centrando en la innovación y en formas de diversificar su economía (véase, por ejemplo, Saudi Vision 2030). Aunque siguen enfrentándose a grandes retos macroeconómicos, Túnez, Jordania y Argelia también están dando algunas señales positivas de crecimiento. Luego hay países, como Siria y Yemen, en los que la supervivencia del Estado sigue siendo incierta, con guerras inconclusas y en los que prevalecen crisis humanitarias de proporciones dramáticas. Irak ha expulsado

al ISIS, pero se está tambaleando debido a las tensiones y la inestabilidad heredadas. Los riesgos de violencia entre árabes suníes y chiíes son elevados debido a las brutales milicias sectarias respaldadas por Irán. Aunque las soluciones a estos problemas diferirán en función de cada caso, un requisito común en toda la región es que las respuestas políticas satisfagan las necesidades de la gente de la zona y fomenten políticas y modelos de gobierno basados en la dignidad, sin interferencias ni manipulaciones regionales ni globales.

Esto es más fácil de decir que de hacer, ya que el cambio político es lento y requiere de una transformación a escala neuroquímica. Este argumento quizá parezca sorprendente, pero se basa en las investigaciones neurocientíficas, que muestran cómo se manifiesta el poder en este ámbito. El poder se expresa, neuroquímicamente, en forma de un incremento en los niveles de dopamina, el mismo neurotransmisor que produce una sensación de placer, ayuda a aprender y está presente en el comportamiento basado en la recompensa. El poder también provoca un «subidón», que es extremadamente adictivo, y eso significa que, cuanto más poder se tiene, más se busca acumularlo. En algún sentido, todos somos adictos de un modo u otro, ya que nuestros flujos de dopamina nos animan a implicarnos repetidamente en actividades basadas en las recompensas.

Los líderes que ostentan puestos de poder, y sobre todo los gobernantes autoritarios que disfrutaban de un poder extremo, encontrarán muy difícil (y de hecho doloroso) renunciar a él. Muchos preferirían morir antes que cederlo. A falta de un sistema de separación de poderes, la cruzada por el poder puede conducir a resultados más macabros.⁴⁴ Este conocimiento procedente de la neurociencia no solo explica el poder desde el punto de vista de la neuroquímica, sino que también aporta pistas sobre el cambio político. Para transformar las culturas de liderazgo que tienen los líderes autocráticos y poderosos, la mejor solución consiste en proceder de forma gradual. Pero si la historia puede proporcionarnos algún indicio, el cambio se producirá antes o después, ya que la humanidad avanza inevitablemente en busca de la dignidad personal y colectiva. Es difícil prever la trayectoria futura del mundo arabomusulmán, una tarea entorpecida también por el hecho de que los países de la región no experimentan el mismo tipo de retos y de que las brechas entre ellos se están ampliando.

Aunque algunos países están desarrollando estrategias para las siguientes décadas, prestándose así a una mayor predictibilidad, otros son tan volátiles que su supervivencia no está asegurada. Además, hay factores relacionados con el clima que pondrán más a prueba la resiliencia y la adaptabilidad de estos países o que, sencillamente, se sumarán a sus vulnerabilidades. La tecnología también podría transformar el futuro del mundo arabomusulmán, aunque de formas muy diferentes. A largo plazo, la inteligencia artificial⁴⁵ y la nanotecnología tendrán un impacto en la geopolítica, ya que afectarán a todas las facetas del poder del Estado (los asuntos sociales y sanitarios, la política nacional, la economía, el medio ambiente, la ciencia y el potencial humano, el ejército y el sector de defensa y la diplomacia).⁴⁶

En el mundo árabe, el impacto de las nuevas tecnologías se percibirá de formas muy distintas. Un escenario probable es que las nuevas tecnologías profundicen la división en la región, con algunos países que sean más capaces que otros de asumir los costes de la integración de las nuevas tecnologías.

A largo plazo, lo que puede ayudar a reparar las fracturas en la región y entre esta y el mundo exterior es la educación. La educación es vital para la seguridad nacional y mundial, ya que puede modificar ideas erróneas mantenidas durante mucho tiempo y, de paso, desafiar el *statu quo*, tanto en el interior como respecto del mundo exterior. En Occidente, un currículo más inclusivo que rinda tributo a la herencia árabe en la historia de Occidente y que reconozca los siglos de colaboración y de intercambio entre el mundo arabomusulmán y Europa puede hacer mucho por crear un relato más favorable y preciso de nuestra historia compartida y nuestros puntos en común.⁴⁷ El papel de la educación no debería minimizarse por considerarlo ingenuo o idealista. La educación y el conocimiento cambian la mente en un sentido prácticamente literal; a escala neuroquímica, el conocimiento está mediado por los neurotransmisores y las vías neuroquímicas.⁴⁸

Nuestro cerebro es altamente maleable en la medida en que nuestra neuroquímica puede verse alterada por nueva información y nuevas revelaciones. El conocimiento y la educación son vitales para echar por tierra las fuentes de las ideas preconcebidas, los prejuicios y las tensiones. Estas iniciativas son más importantes que nunca. Una educación que enseñe más tolerancia y armonía transcultural es necesaria tanto en la región como más allá.

«UN REQUISITO COMÚN EN TODA LA REGIÓN: SATISFACER LAS NECESIDADES DE LA GENTE Y FOMENTAR POLÍTICAS Y MODELOS DE GOBIERNO BASADOS EN LA DIGNIDAD.»

Además, desde el punto de vista político ya es hora de que las potencias mundiales dejen de manipular a las naciones más débiles en busca de beneficios a corto plazo. En nuestro mundo globalizado de conectividad instantánea y una creciente interdependencia, necesitamos urgentemente un enfoque *simbiótico realista*. Esto requiere de situaciones en las que todas las partes ganen y de una competencia que no genere conflictos.⁴⁹ Para que esto dé sus frutos, el sistema de Naciones Unidas y otras instituciones de gobernanza mundial deben reformarse para asegurar la justicia y la dignidad para todos.⁵⁰ Las principales potencias también deben reconocer que el *poder justo* es la única forma sostenible de poder.⁵¹

En el ámbito interno es importante que los países de la región mejoren sus modelos de gobernanza y que integren las necesidades de dignidad en todos los aspectos de la política, además de tener en cuenta los rasgos emocionales, amorales y egoístas de la naturaleza humana. A lo que me refiero aquí con

«dignidad» es mucho más que a la ausencia de humillación. Es un conjunto que incluye nueve necesidades que se corresponden con los tres elementos clave que definen nuestra naturaleza. Se trata de las siguientes: el *sentido común*, la *seguridad* y los *derechos humanos*, la *responsabilidad*, la *transparencia*, la *justicia*, la *oportunidad*, la *innovación* y la *inclusividad*. Estos son los principios centrales de mi tesis sobre la *historia sostenible*.⁵²

«EN EL MUNDO ÁRABE, EL IMPACTO DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS SE PERCIBIRÁ DE FORMAS MUY DISTINTAS.»

Hace casi tres décadas, al finalizar la Guerra Fría, las predicciones de un «final de la historia» definidas por la victoria de la democracia liberal alcanzaron una amplia popularidad. Ahora sabemos que estos pronósticos resultaron ser excesivamente optimistas. Aunque las democracias liberales siguen siendo la forma más exitosa de gobierno hasta el momento, no resuelven los déficits de dignidad. Las libertades políticas permiten a la gente votar, pero no evitan la marginalización, la alienación y las muchas otras formas de discriminación, lo que significa que son necesarios muchos más esfuerzos para reformar el sistema de gobierno democrático con el objetivo de garantizar unas políticas de inclusión.⁵³ Un sistema de gobierno responsable y transparente que incluya el propósito de situar la dignidad en el corazón de los modelos de gobernanza es el único camino a seguir, y es la fórmula más innegable para que los países arabomusulmanes tengan éxito en su avance.

Cada país debe elaborar su propia fórmula para un sistema de gobierno responsable que satisfaga sus especificidades culturales (sin un relativismo cultural) para ser sostenible, seguro y próspero.

Tecnología
y tradición
conviven en el
mundo árabe.



Notas

- 1 N. Al-Rodhan *et al.*, *Critical Turning Points in the Middle East 1915-2015*, Londres, Palgrave Macmillan, 2011, p. 167.
- 2 A. Hourani, citado en R. N. Haass, «The New Middle East», *Foreign Affairs* (noviembre-diciembre de 2006), <www.foreignaffairs.com/articles/middle-east/2006-11-01/new-middle-east>.
- 3 H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *The Geographical Journal*, vol. 23, núm. 4 (abril de 1904), pp. 421-437.
- 4 R. H. Davison, «Where is the Middle East?», *Foreign Affairs* (julio de 1960), <www.foreignaffairs.com/articles/middle-east/1960-07-01/where-middle-east>.
- 5 *Ibid.*
- 6 W. L. Cleveland y M. Bunton, *A History of the Modern Middle East*, Boulder, Westview Press, 2009, pp. 162-163.
- 7 *Ibid.*, pp. 158-159.
- 8 A. Shlaim, *Israel and Palestine. Reappraisals, Revisions, Refutations*, Londres, Verso, 2009, p. 4. Shlaim atribuye esta cita a Arthur Koestler.
- 9 *Ibid.*, p. 171.
- 10 F. Halliday, *The Middle East in International Relations. Power, Politics and Ideology*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 82-83.
- 11 *Ibid.*, pp. 83-84.
- 12 *Ibid.*, pp. 84-85.
- 13 Cleveland y Bunton, *Modern Middle East*, p. 204.
- 14 Halliday, *Middle East*, pp. 97-98.
- 15 The Brookings Foreign Policy Studies, Energy Security Series, *The Russian Federation*, octubre de 2006, p. 11.
- 16 Para un análisis más detallado de la política soviética en Oriente Medio, véase Fred Halliday, *Soviet Policy in the «Arc of Crisis»*, Washington D.C., Institute of Policy Studies, 1981.
- 17 Cleveland y Bunton, *Modern Middle East*, pp. 381-382.
- 18 *Ibid.*, pp. 402-405.
- 19 *Ibid.*, pp. 408-411.
- 20 *Ibid.*, pp. 418-419.
- 21 M. Spagat, «Truth and Death in Iraq under Sanctions», *Significance* (septiembre de 2010), pp. 116-118.
- 22 Cleveland y Bunton, *Modern Middle East*, pp. 451-452.
- 23 «North Yemen Civil War (1962-1970)», Global Security, <www.globalsecurity.org/military/world/war/yemen.htm>.
- 24 T. M. Yousef, «Development, Growth and Policy Reform in the Middle East and North Africa since 1950», *Journal of Economic Perspective*, vol. 18, núm. 3 (verano de 2004), pp. 97-101.
- 25 A. Malik y B. Awadallah, «The Economics of the Arab Spring», CSAE Working Paper, WPS 2011-23, Oxford y Yeda, diciembre de 2011, pp. 6-7.
- 26 *Ibid.*, p. 7.
- 27 N. Al-Rodhan, «Dignity Deficit Fuels Uprisings in the Middle East», *Yale Global Online*, 10 de septiembre de 2013, <<http://yaleglobal.yale.edu/content/dignity-deficit-fuels-uprisings-middle-east>>.
- 28 R. Abouzeid, «Bouazizi: The Man Who Set Himself and Tunisia on Fire», *Time*, 21 de enero de 2011, <<http://content.time.com/time/magazine/article/0,9171,2044723,00.html>>.
- 29 Al-Rodhan, «Dignity Deficit...».
- 30 N. Al-Rodhan, *Sustainable History and the Dignity. A Philosophy of History and Civilisational Triumph*, Zurich, LIT, 2009.
- 31 N. Al-Rodhan, «Proposal of a Dignity Scale for Sustainable Governance», *Journal of Public Policy* (29 de noviembre de 2015), <<https://jpublicpolicy.com/2015/11/29/proposal-of-a-dignity-scale-for-sustainable-governance/>>.
- 32 C. Gall, «Tunisian Town Simmers With Unrest Over Lack of Jobs and Investment», *The New York Times*, 8 de febrero de 2016, <www.nytimes.com/2016/02/09/world/africa/tunisia-kasserine-jobs-protest.html>.
- 33 Elaborar políticas que tengan activamente en cuenta la dignidad no se basa en el idealismo ni en aspiraciones ingenuas. Es, claramente, una preocupación propia de la seguridad nacional, ya que si no se aborda, una gobernanza ineficaz que ataque a la dignidad de las personas acabará intensificándose hasta llegar a la inestabilidad política, que puede descontrolarse fácilmente para dar lugar a un conflicto. Véase N. Al-Rodhan, «Geopolitics of Dignity», *Global Policy Journal*, 20 de mayo de 2014, <www.globalpolicyjournal.com/blog/20/05/2014/geopolitics-dignity>.
- 34 *Fragile States Index 2015*, The Fund for Peace, 2015, pp. 18-19, <<http://library.fundforpeace.org/library/fragilestatesindex-2015.pdf>>.
- 35 «Why Iraq's Army Crumbled», *The Economist*, 19 de junio de 2014, <<https://www.economist.com/news/middle-east-and-africa/21604629-politicisation-iraqs-security-forces-undermined-their-fighting-ability-why>>.
- 36 *Ibid.*
- 37 M. Chulov, F. Hawramy y S. Ackerman, «Iraq Army Capitulates to Isis Militants in Four Cities», *The Guardian*, 12 de junio de 2014, <www.theguardian.com/world/2014/jun/11/mosul-isis-gunmen-middle-east-states>.
- 38 B. Allen-Ebrahimian, «Iraqi Kurds Want America as Their Divorce Lawyer», *Foreign Policy*, 18 de julio de 2017, <<http://foreignpolicy.com/2017/07/18/iraqi-kurds-want-america-as-their-divorce-lawyer-kurdistan-referendum-independence/>>.
- 39 N. Al-Rodhan, «Freedom vs. Dignity. A

- Sustainable History Thesis for the Arab Spring», *Georgetown Journal of International Affairs*, 7 de noviembre de 2013, <<http://journal.georgetown.edu/freedom-vs-dignity-a-sustainable-history-thesis-for-the-arab-spring-by-nayef-al-rodhan/>>.
- 40 H. Melhem, «The Arab World Has Never Recovered From the Loss of 1967», *Foreign Policy*, 5 de junio de 2017, <<http://foreignpolicy.com/2017/06/05/the-arab-world-has-never-recovered-from-the-loss-of-1967/>>.
- 41 N. Al-Rodhan, «The Islamic World and the West. Recovering Common History», *Yale Global Online*, 15 de julio de 2014, <<http://yaleglobal.yale.edu/content/islamic-world-and-west-recovering-common-history>>.
- 42 N. Al-Rodhan, «The “Ocean Model of Civilization”, Sustainable History Theory, and Global Cultural Understanding», *OXPOL*, 1 de julio de 2017, <<https://blog.politics.ox.ac.uk/ocean-model-civilization-sustainable-history-theory-global-cultural-understanding/>>.
- 43 N. Al-Rodhan, ed., *The Role of the Arab-Islamic World in the Rise of the West. Implications for Contemporary Trans-cultural Relations*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2012, pp. 17-18.
- 44 N. Al-Rodhan, «The Neurochemistry of Power. Implications for Political Change», *OXPOL*, 27 de febrero de 2014, <<https://blog.politics.ox.ac.uk/neurochemistry-power-implications-political-change/>>.
- 45 N. Al-Rodhan, «On Artificial Intelligence and Meta-Geopolitics», *The Fletcher Forum of World Affairs*, 14 de febrero de 2014, <www.fletcherforum.org/home/2016/8/15/on-artificial-intelligence-and-meta-geopolitics>.
- 46 N. Al-Rodhan, «What Does Nanotechnology Mean for Geopolitics?», *WEF*, 23 de junio de 2015, <www.weforum.org/agenda/2015/06/what-does-nanotechnology-mean-for-geopolitics/>.
- 47 N. Al-Rodhan, «Education and Global Security», *Global Policy Journal*, 28 de noviembre de 2014, <www.globalpolicyjournal.com/blog/28/11/2014/education-and-global-security>.
- 48 N. Al-Rodhan, «Knowledge and Global Order», *BBVA OpenMind*, <www.bbvaopenmind.com/en/article/knowledge-and-global-order/?fullscreen=true>.
- 49 N. Al-Rodhan, «China and the United States. A Symbiosis», *The National Interest*, 27 de septiembre de 2013, <<http://nationalinterest.org/commentary/china-the-united-states-symbiosis-9143>>.
- 50 N. Al-Rodhan, «Minimum Criteria for Sustainable Global Governance», *The CSS Blog Network*, 4 de diciembre de 2014, <<http://isnblog.ethz.ch/environment/minimum-criteria-for-sustainable-global-governance>>.
- 51 N. Al-Rodhan, «Sustainable Power Is Just Power», *e-IR*, 5 de diciembre de 2013, <www.e-ir.info/2013/12/05/sustainable-power-is-just-power/>.
- 52 N. Al-Rodhan, «Moving Away From the End of History to a Sustainable History», *OxPol*, 12 de noviembre de 2013, <<https://blog.politics.ox.ac.uk/moving-away-end-history-sustainable-history/>>.
- 53 N. Al-Rodhan, «Reforming Democracy and the Future of History», *The Globalist*, 14 de junio de 2014, <www.theglobalist.com/reforming-democracy-and-the-future-of-history/>.

>ASIA Y EL NUEVO (DES) ORDEN MUNDIAL



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



El doctor Ian Storey es investigador principal del Instituto ISEAS-Yusof Ishak de Singapur y director de la publicación académica *Contemporary Southeast Asia*. Está especializado en geopolítica asiática, y sus investigaciones se centran en el Sudeste Asiático, las interacciones de los estados regionales con las principales potencias y las disputas marítimas. Es autor de *Southeast Asia and the Rise of China. The Search for Security*. Storey, que es oriundo del Reino Unido, estudió en universidades de Inglaterra, Japón y Hong Kong. Antes de unirse al ISEAS, ocupó puestos académicos en el Centro Asia-Pacífico de Estudios de Seguridad de Honolulu (Hawái) y en la Universidad Deakin de Melbourne (Australia). Ha publicado numerosos textos en su campo y su comentario experto es codiciado por los medios de comunicación internacionales.

> ASIA Y EL NUEVO (DES) ORDEN MUNDIAL

Superada la Guerra Fría, el orden mundial dirigido por Estados Unidos se ve cuestionado por China y Rusia, dos potencias revisionistas que están acercando sus alineamientos estratégicos. China está en camino de convertirse en la mayor economía del mundo y en una potencia militar formidable a la que irrita la hegemonía de Estados Unidos. Parece que China, más que derrocar el orden mundial establecido, busca remodelarlo, especialmente en Asia, con la instauración de un orden sinocéntrico en el que todos los países del área asiática pongan los intereses chinos por delante de los suyos propios. Está por ver si China tendrá las capacidades para conseguirlo, evitando el conflicto con Estados Unidos.

Introducción

Algo más de un cuarto de siglo después del cese de la rivalidad entre las superpotencias y el final de la Guerra Fría, el mundo podría muy bien haber llegado a otro punto de inflexión histórico: el ocaso del orden liberal internacional dirigido por Estados Unidos y el inicio de una nueva era de desorden global en la que potencias revisionistas regionales (y en particular una China en auge) sacarán ventaja de un Estados Unidos desmoralizado y polarizado para desafiar el liderazgo mundial que Washington ha ejercido desde la Segunda Guerra Mundial.

Se augura, de forma deprimente, que esta época venidera se verá caracterizada por la rivalidad de las grandes potencias por el poder, la influencia y las esferas de interés, el retroceso de la globalización, el deterioro de las normas mundiales y guerras de «proxy» (por países interpuestos). En palabras de Robert Kagan, un comentarista estadounidense en materia de política exterior, el mundo está en el umbral de una «anarquía brutal».¹

Si el orden global internacional se enfrenta realmente a una transición de poder trascendental, Asia será su epicentro por una razón indiscutible: por el resurgimiento de la República Popular China como una potencia mundial que tener en cuenta.

En el corto período de cuatro décadas, los líderes chinos han transformado el país, que ha pasado de ser una economía autárquica y un actor marginal en los asuntos internacionales a convertirse en la mayor nación comercial del mundo, la segunda mayor economía y el segundo país que más gasta en defensa por detrás de Estados Unidos, además de ser una nación que confía cada vez más en sí misma, más asertiva y proactiva en Asia y en el mundo.

Aunque China ha sido capaz de conseguir esta transformación fenomenal trabajando dentro del orden mundial actual, hoy en día se siente incómoda bajo la hegemonía estadounidense y limitada por el sistema que Washington creó cuando China estaba sufriendo una guerra civil. En la actualidad, los líderes de Beijing consideran a Estados Unidos una potencia en declive y a China un país que va por el buen camino para consumir su destino manifiesto de recuperar su merecido lugar como potencia suprema de Asia.

Pero ¿es el futuro del mundo tan desalentador, problemático y propenso a los conflictos como predicen algunos observadores? ¿Están Estados Unidos y China realmente atrapados en una «trampa de Tucídides» y destinados a enfrentarse en una guerra? ¿Busca realmente China derrocar el orden liderado por Estados Unidos y asumir el reto del liderazgo global (o al menos regional)? ¿Dispone de la capacidad para hacerlo? Si China quiere liderar, ¿la seguirán otros países? O ¿pueden Estados Unidos, la República Popular China y otras grandes potencias dar con un *modus vivendi* en el que todos los actores puedan promover sus intereses en un juego que no sea de suma cero?

Este ensayo se propone revisar estas cuestiones analizando la evolución de las relaciones entre las grandes potencias desde el final de la Guerra Fría, el espectacular ascenso de China al poder, el resurgimiento de Rusia y el futuro de las relaciones sinoestadounidenses.

El optimismo tras la Guerra Fría

Hace veinticinco años, quienes predecían el fin del orden internacional dirigido por Estados Unidos eran bien pocos. El ocaso de la rivalidad entre las superpotencias a finales de la década de 1980 y la disolución de la Unión Soviética en 1991 habían marcado el inicio de una era de optimismo casi desenfrenado, incluso de triunfalismo, en Occidente. Francis Fukuyama captó el espíritu de la época de comienzos del período posterior a la Guerra Fría en su ensayo *The End of History?*, en el que vaticinó, confiadamente, el inexorable avance de la democracia liberal y del capitalismo de libre mercado, fuerzas que enviarían la competencia y el conflicto entre las grandes potencias a la papelera de la historia.²

Las relaciones ciertamente cordiales entre las grandes potencias y la propagación de la democracia, la liberalización del mercado y la globalización sugerían que la tesis de Fukuyama era en esencia correcta.

Estados Unidos estaba en la cúspide de su poder económico y militar; era el «momento unipolar», tal y como lo etiquetó Charles Krauthammer.³ Rusia había caído (y no se recuperaría en un futuro próximo), pero había adoptado la democracia y el libre mercado y, bajo el mandato del presidente Boris Yeltsin, era en general prooccidental. Excepto en lo tocante a la sangrienta ruptura de Yugoslavia, los países de Europa vivían en paz y estaban comprometidos con su proyecto supranacional de construcción de la Comunidad Europea (o Unión Europea). En Asia, existían fricciones económicas entre Japón y Estados Unidos,

pero nadie creía seriamente que Tokio fuera a romper su alianza con los norteamericanos y a ir por su cuenta. Mientras tanto, China estaba luchando por emerger del aislamiento internacional que se le había impuesto tras la brutal represión de los estudiantes prodemocráticos en la plaza de Tiananmen el 4 de junio de 1989, y durante el resto de la década se centró básicamente en hacer crecer su economía y en mejorar las relaciones con sus vecinos. China estaba, tal y como había advertido Deng Xiaoping, su líder supremo y el cerebro de su resurgimiento económico, ocultando sus capacidades, esperando el momento oportuno y no tomando nunca la delantera. Aparte de eso, muchos observadores pensaban que, a medida que la economía china avanzase y su clase media creciese, se acabaría democratizando, igual que lo estaban haciendo otros países asiáticos exitosos, como Corea del Sur y Taiwan.

Comienza el período post-post-Guerra Fría

Un decenio tras el final de la Guerra Fría, la burbuja del optimismo había reventado por completo. La década de 2000 se vio enmarcada por los ataques terroristas en Nueva York y en Washington D.C. del 11-S y por la crisis financiera global (CFG) de 2007-2009. Los primeros dieron lugar a las controvertidas (algunos dirían que ilegales), prolongadas y debilitadoras intervenciones militares de Estados Unidos en Afganistán e Irak. La crisis prácticamente provocó el colapso del sistema financiero global y la Gran Recesión, que duró hasta principios de la década de 2010 y provocó los efectos que siguen dejándose sentir hoy en día.

Las guerras en Oriente Medio y la CFG hicieron que muchos estadounidenses rechazaran el papel de su país como el policía del mundo y la globalización. Elegido en 2008, el presidente Barack Obama adoptó una política exterior más cauta (sus críticos dirían que demasiado cauta) que huía de costosas y aparentemente ilimitadas aventuras militares en el extranjero. La tarea del nuevo presidente en la era posterior a George W. Bush era, según Obama, «no hacer cosas estúpidas». ⁴ Un hecho emblemático de la cauta política exterior de Obama fue su decisión, en 2013, de no utilizar la fuerza militar contra el régimen sirio del presidente Al-Ásad por su uso de armas químicas contra civiles, pese a una advertencia anterior de que hacerlo supondría cruzar una línea roja.

«MUCHOS OBSERVADORES PENSABAN QUE A MEDIDA QUE LA ECONOMÍA CHINA AVANZASE Y SU CLASE MEDIA CRECIESE, SE ACABARÍA DEMOCRATIZANDO.»

El desencanto de Estados Unidos con la globalización alcanzó un punto culminante con la elección de Donald J. Trump como presidente en noviembre de 2016. Su visión estrecha, egoísta y transaccional fue la absoluta antítesis de la globalización

y del papel que Estados Unidos había seguido desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Trump sacó rápidamente a Estados Unidos del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (ATCE, más conocido como TPP por sus siglas en inglés), un pacto de liberalización económica entre doce países de la región Asia-Pacífico, y del histórico Acuerdo Climático de París de 2015.

Muchos consideraron a la Administración Trump como la catalizadora del final del orden mundial liderado por Estados Unidos. En mayo de 2017, tan solo cuatro meses después del inicio de la presidencia de Trump, la canciller alemana, Angela Merkel, advirtió de que la Unión Europea ya no podía depender de Estados Unidos (ni de del Reino Unido debido a su decisión de abandonar la Unión Europea en junio de 2016) y de que tendría que ser responsable de su propio destino.⁵

El ascenso de China

Mientras que Estados Unidos se enredaba en los conflictos de Oriente Medio y en la crisis financiera, la República Popular China incrementaba rápidamente su poder económico, su fuerza militar y su influencia política global.

Desde la introducción de reformas económicas en 1978, el producto interior bruto (PIB) de China ha crecido una media del 10 por ciento anual. Ese enorme crecimiento económico ha sacado, según el Banco Mundial, a 800 millones de chinos de la pobreza; el mayor número de personas y al ritmo más rápido de la historia.⁶

China salió de la CFG más o menos indemne, y en 2010 superó a Japón para así convertirse en la segunda mayor economía mundial. En la actualidad, China ya es la principal economía productora del mundo y la mayor exportadora de bienes. Aunque el crecimiento del PIB se ha reducido hasta un todavía impresionante 6-7 por ciento anual, se predice que en algún momento antes de 2030 superará a Estados Unidos y se convertirá en la primera economía del mundo; de hecho, si se usa la paridad de poder adquisitivo para medir el tamaño de su economía (tal y como hace el Fondo Monetario Internacional), China ya consiguió ese puesto en 2014.

Un crecimiento sostenido de dos dígitos a lo largo de las décadas de 1990 y 2000 proporcionó a China los recursos económicos necesarios para transformar sus fuerzas armadas, antaño anticuadas, en una potente fuerza de combate equipada con un arsenal de vanguardia. Según el Departamento de Defensa de Estados Unidos, en 2016 China gastó 180.000 millones de dólares en el Ejército Popular de Liberación (EPL), mientras que el respetado *think tank* sueco SIPRI sitúa la cifra en 226.000 millones de dólares.⁷ De acuerdo con los datos oficiales de China, su gasto en defensa en 2016 fue de 151.000 millones de dólares, el segundo mayor del mundo (por detrás del gigantesco presupuesto militar estadounidense, de 573.000 millones de dólares), y el mayor de Asia.⁸ El SIPRI estima que en 2015 China representó más de la mitad del gasto en defensa en el noreste, sudeste y sur de Asia (216.000 millones de dólares frente a 411.000 millones), y que su presupuesto

en defensa fue mayor que el gasto conjunto en defensa de los veintitrés países de esas tres regiones.

Aunque el EPL sigue sufriendo graves deficiencias y probablemente necesite varias décadas para poder igualar las capacidades del ejército estadounidense, según el Departamento de Defensa las fuerzas armadas chinas son cada vez más «capaces de proyectar poder para reafirmar su dominio regional en tiempos de paz y disputar la superioridad militar de Estados Unidos en un conflicto regional».⁹ En otras palabras, el EPL ha devenido la fuerza militar más potente de Asia y es capaz de obstaculizar las respuestas militares de Estados Unidos a las crisis en la zona (por ejemplo, en el estrecho de Taiwan, los mares de la China Oriental y Meridional y la península de Corea), lo que podría socavar las garantías de seguridad ofrecidas por los estadounidenses a sus amigos y aliados. En un discurso que conmemoraba el nonagésimo aniversario de la fundación del EPL, el presidente Xi Jinping advirtió de que, aunque China es un país que ama la paz, dispone de la «confianza suficiente para rechazar todas las invasiones», de que «no permitiría que ninguna persona, organización o partido conspire para que ninguna parte del territorio chino se separe del país» y de que «nadie debería esperar que nos traguemos el fruto amargo que sea dañino para nuestra soberanía, nuestra seguridad o los intereses para nuestro desarrollo».¹⁰

De manera acorde a su creciente poder económico y militar, China ha hecho gala de una confianza cada vez mayor en la escena mundial. La CFG supuso un punto de inflexión. No solo se vio la economía china relativamente poco afectada por la crisis, sino que ello convenció a los líderes chinos de que Estados Unidos era una superpotencia en declive y de que había llegado el momento de que la República

El último Congreso del Partido Comunista de China se abrió el 18 de octubre de 2017 por Xi Jinping afirmando que el país se ha convertido en la segunda potencia económica del mundo.



Popular China desechara la máxima de Deng Xiaoping de aguardar al momento oportuno, ocultar sus capacidades y no buscar el liderazgo, y, en lugar de ello, persiguiera activamente sus intereses nacionales en Asia y en todo el mundo.

Esta confianza de China tras la CFG la encarna el hombre fuerte de la nación, Xi Jinping. Desde que se convirtió en el secretario general del Partido Comunista de China (PCCh) en 2012 y en el presidente del país al año siguiente, Xi Jinping ha consolidado rápida, y algunos dirían que despiadadamente, su puesto en la cima de la estructura de poder de China para convertirse en el líder político más fuerte desde el presidente Mao Zedong, que gobernó la nación desde 1949 hasta su muerte en 1976.

En una serie de discursos, Xi Jinping ha articulado una gran visión para la República Popular China (el «sueño chino», en cuyo seno se encuentra «el Gran Rejuvenecimiento del Pueblo Chino») en la que China consigue «los dos cienes»: una sociedad moderadamente próspera en el año 2021 (el centésimo aniversario de la fundación del PCCh) y un estatus de nación plenamente desarrollada en 2049 (el centésimo aniversario de la fundación de la República Popular China).

«EL GASTO DE DEFENSA EN CHINA EN 2016 FUE EL SEGUNDO DEL MUNDO DESPUÉS DE ESTADOS UNIDOS.»

Una de las iniciativas de Xi Jinping para alcanzar el sueño chino es la Iniciativa del Cinturón y la Ruta de la Seda (ICRT), desvelada en 2013. La ICRT es, en esencia, una vasta infraestructura que implica la construcción de vías férreas, puertos, autopistas, oleoductos y aeropuertos, que mejorará y ampliará la conectividad de China con países del resto de Asia, Europa y África. La ICRT está formada por dos rutas geográficas principales: la Nueva Ruta de la Seda o Puente Terrestre Euroasiático (NRS), que discurre desde China hasta Europa tras atravesar Asia central, Rusia y el sur de Asia (rememorando básicamente la antigua Ruta de la Seda), y la Ruta Marítima de la Seda del siglo XXI (RMS), una serie de puertos que unirán China con el comprometido Sudeste Asiático, el sur de Asia, África, Oriente Medio y Europa. China ha comprometido grandes sumas de dinero para la realización de la ICRT, incluidos 40.000 millones de dólares para la NRS y 25.000 millones de dólares para la RMS, 50.000 millones de dólares para el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII) y 40.000 millones de dólares para el Fondo de la Ruta de la Seda. La ICRT obedece a razones económicas y geopolíticas. Desde una perspectiva económica, está diseñada para ayudar a las provincias occidentales e interiores de China a desarrollarse y a asegurarse nuevos mercados en el extranjero, además de materias primas, y para dar salida al exceso de capacidad industrial y al capital sobrante. La finalidad geopolítica de la ICRT es la de dar lustre a las credenciales de China como gran potencia. Algunos consideran que se trata de parte de la estrategia de China para crear un orden sinocéntrico en Asia.

En el decimonoveno congreso del PCCh, celebrado en octubre de 2017, lo más probable es que a Xi Jinping se le hayan concedido otros cinco años como presidente, e incluso se le podría nombrar presidente del PCCh, un título que no ha sido usado desde la era maoísta y que le permitiría eludir los límites del mandato constitucional y prolongar su gobierno más allá de 2022.

El resurgimiento de Rusia

Mientras China proseguía con su trayectoria ascendente durante la década de 2000, un país vecino estaba experimentando su propio rejuvenecimiento como actor principal en los asuntos internacionales, Rusia.

Durante gran parte de la década de 1990, Rusia había quedado atrapada en la turbulencia económica y la parálisis política. Sin embargo, a finales de la década sucedieron dos eventos que harían variar la suerte del país. En 1999, un enfermo presidente Yeltsin nombró primer ministro a Vladímir Putin, un antiguo teniente coronel de la KGB, y un año después Putin ganó las elecciones a la presidencia. Al mismo tiempo, el precio del petróleo y de otras materias primas (las principales exportaciones rusas) aumentó enormemente y la economía rusa creció.

Putin describió en una ocasión la caída de la Unión Soviética como la mayor tragedia geopolítica del siglo xx. Al igual que muchos rusos, Putin creía que Occidente se había aprovechado de Rusia durante el caos de la década de 1990, que había incumplido sus promesas de no ampliar los miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y de la Unión Europea hasta llegar a las fronteras de Rusia, que no había movido un dedo cuando el país sufrió una crisis económica grave en 1998 (mientras proporcionaba apoyo económico a México) y —lo más doloroso de de todo—, que Occidente no había tratado a Rusia con el respeto que merece una gran potencia. Como señala el académico Bobo Lo, debido a su tamaño, cultura e historia, la imagen que Rusia tiene de sí misma es la de una gran potencia permanente e indispensable.¹¹

Putin estaba decidido a restablecer el estatus de gran potencia de Rusia y a reafirmar la hegemonía de Moscú sobre el espacio postsoviético. En 2008, Rusia invadió Georgia como castigo por la orientación prooccidental de sus dirigentes. El ejército ruso acabó imponiéndose en Georgia, pero su actuación contra un país tan pequeño fue deficiente. En 2010, Putin anunció un programa de diez años de duración y 650.000 millones de dólares para modernizar el ejército ruso. Cuando la economía se animó gracias al aumento de los precios del petróleo, el presupuesto militar ruso casi se duplicó entre 2010 y 2014 (de 58.700 millones a 84.500 millones de dólares) para convertirse en el tercero del mundo después de los de Estados Unidos y China.¹² En 2014, cuando Rusia se anexionó Crimea, en Ucrania, las fuerzas militares rusas tuvieron una actuación mucho mejor que la exhibida en Georgia.

La toma de Crimea por parte de Rusia y su apoyo a los separatistas de la región de Ucrania oriental (lo que dio lugar al derribo de un avión de pasajeros malasio en julio

de 2014) desencadenaron una crisis de relaciones entre Moscú y Occidente. Este último respondió a la agresión rusa contra Ucrania imponiendo sanciones (lo cual, unido a la caída del precio del petróleo, supuso un duro golpe para la economía rusa) y robusteciendo las fuerzas de la OTAN en Europa. Un año después, las relaciones con Occidente empeoraron todavía más cuando Rusia intervino militarmente en Siria en apoyo del régimen de Al-Ásad. Durante las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016, Rusia supuso una importante cuestión de política exterior (más que China), y el candidato Trump habló positivamente de Putin y prometió arreglar las relaciones con Moscú si era elegido. Sin embargo, una vez en la presidencia, las acusaciones de que el Kremlin había interferido en las elecciones presidenciales estadounidenses envenenaron todavía más las relaciones entre los dos países.

Todos están de acuerdo en que las relaciones entre Occidente y Rusia han tocado fondo y que es improbable que mejoren significativamente a corto plazo. En una rueda de prensa celebrada en agosto de 2017, en vísperas de las nuevas sanciones impuestas por Estados Unidos a Rusia, el secretario de Estado de Estados Unidos, Rex Tillerson, afirmó que la relación estaba «en un punto bajo histórico desde el final de la Guerra Fría, y podría empeorar», mientras que su jefe, el presidente Trump, tuiteó que la relación de Estados Unidos con Rusia se encontraba «en mínimos históricos y muy peligrosos». ¹³ El secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, lamentó que «la relación de la OTAN con Rusia es la más complicada desde el final de la Guerra Fría». ¹⁴ El primer ministro ruso, Dmitri Medvédev, dijo que las nuevas sanciones estadounidenses equivalían a una declaración de guerra comercial a Rusia. ¹⁵

Los soldados de la guardia de honor se preparan para marchar mientras la gente celebra el primer aniversario de la anexión de Crimea por parte de la Federación de Rusia, el 18 de marzo de 2015.



Según el académico ruso Dmitri Trenin, aunque hablar de una nueva guerra fría entre Estados Unidos y Rusia no es una analogía útil, el choque de intereses fundamental entre los dos países, «la enemistad mutua entre Occidente y Rusia constituye la nueva normalidad: lo más seguro es que Putin vuelva a ser elegido en 2018 para ocupar el cargo de presidente durante seis años más», e incluso después de que abandone la presidencia, «es improbable que su sucesor retrotraiga las políticas del Kremlin lo suficiente como para conseguir una “normalización” de las relaciones con Estados Unidos». ¹⁶ Por ello, las relaciones entre Estados Unidos y Rusia seguirán siendo turbulentas.

El alineamiento sinorruso

Dos tendencias importantes que han presagiado el final del período posterior a la Guerra Fría y que han marcado el inicio de un orden internacional más complejo y disputado han sido el auge de China y el resurgir de Rusia. Una tercera tendencia ha sido la relación cada vez mejor que han mantenido estos dos países.

Después de décadas de enemistad ideológica y geopolítica, en que las dos partes chocaron militarmente a lo largo de su frontera terrestre en 1969, Rusia y China normalizaron sus relaciones a principios de la década de 1990. Los dos países desmilitarizaron su frontera, solucionaron sus disputas territoriales y eliminaron las restricciones al comercio. Desde muchos prismas, se trató de un acuerdo perfecto: China necesitaba el acceso a los abundantes recursos naturales de Rusia y a su tecnología de defensa, y Rusia necesitaba el dinero de China.

Bajo el mandato de los presidentes Putin y Xi Jinping, la relación ha alcanzado máximos históricos. En un esfuerzo por reducir la dependencia económica que tiene Rusia de Occidente (especialmente de Europa) y de sacar partido económico de las florecientes economías asiáticas, en 2010 Putin anunció el «giro de Rusia hacia Oriente». A esta importante iniciativa en la política exterior se le dio una trascendencia adicional debido a los problemas económicos de Rusia y a la crisis con Occidente a raíz de Crimea.

China se encuentra en el centro del «pivote asiático» de Putin. Aunque el comercio entre las dos naciones no ha crecido tanto como se había esperado, en 2016 el valor del comercio sinorruso había alcanzado los 70.000 millones de dólares, partiendo de los 6.000 millones en 1999 (aún bastante lejos del objetivo de los 100.000 millones de dólares), haciendo así que China sea el segundo socio comercial de Rusia después de la Unión Europea.

Pero, al contrario que las relaciones entre la Unión Europea y Rusia, los vínculos económicos entre Rusia y China han ido por detrás de las relaciones políticas, que se han fortalecido considerablemente bajo la presidencia de Putin y Xi Jinping. Desde que el segundo asumió el cargo en 2012, los dos líderes se han reunido a menudo y parecen haber entablado una buena relación personal. Sin embargo, los vínculos crecientes entre ambos países se basan en algo más que la mera buena química personal. Es mucho más importante el elevado grado de convergencia

con respecto a la visión del mundo que tienen ambos países. Ciertamente, y según Putin, «Rusia y China tienen unos puntos de vista muy cercanos o prácticamente idénticos en relación con los acontecimientos mundiales».¹⁷ En concreto, los líderes ruso y chino consideran que la primacía de Estados Unidos en el sistema internacional no solo es perjudicial para sus intereses nacionales, sino también una amenaza para la supervivencia de sus regímenes.

«LAS RELACIONES ENTRE OCCIDENTE Y RUSIA HAN TOCADO FONDO Y ES IMPROBABLE QUE MEJOREN A CORTO PLAZO.»

Un asunto esencial en las narrativas de la política exterior de China y Rusia es que Estados Unidos está persiguiendo una política de contención diseñada para mantenerlos débiles y aislados. Subyacente a estas acusaciones hay una sensación compartida de victimismo, según la cual Occidente ha conspirado para privarlos de territorio, estatus e influencia durante sus períodos de debilidad histórica (de China durante el «siglo de las humillaciones», entre 1839 y 1949, y de Rusia tras el desplome de la Unión Soviética en 1991) y sigue haciéndolo. Como prueba, Rusia apunta a la ampliación de la OTAN entre 1999 y 2004, para pasar a incluir como miembros a ex repúblicas soviéticas y a antiguos aliados del Pacto de Varsovia, y a la imposición de sanciones por parte de Occidente debido al asunto de Crimea. Los líderes chinos han acusado durante mucho tiempo a Estados Unidos de intentar contener su poder creciente, y consideran que el pivote asiático de la Administración Obama (incluido el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica) no es más que el último ejemplo de esta política. Moscú y Beijing creen que los planes estadounidenses de establecer sistemas de escudo contra misiles balísticos en Europa del Este y el nordeste de Asia —el sistema Aegis Ashore en Rumanía y Polonia, y el Sistema de Defensa Aérea Terminal de Alta Altitud (conocido como THAAD, por sus siglas en inglés) en Corea del Sur— están destinados a socavar sus fuerzas nucleares disuasivas. De acuerdo con las narrativas china y rusa, la ambición definitiva de Estados Unidos es derrocar sus sistemas políticos orquestando «revoluciones de colores» como las que tuvieron lugar en los antiguos estados soviéticos a lo largo de la pasada década. En una cumbre celebrada en Beijing en junio de 2016, Rusia y China se desahogaron con respecto a estas preocupaciones cuando identificaron los «factores negativos» crecientes que afectaban a la estabilidad estratégica global, entre ellos los sistemas de defensa antimisiles estadounidenses, las sanciones económicas unilaterales y la intromisión en los asuntos internos de estados soberanos «con el fin de forzar cambios en gobiernos legítimos».¹⁸

A medida que los lazos políticos entre Rusia y China se han ido afianzando cada vez más, también lo ha hecho la cooperación militar entre los dos países. Durante la década de 1990, Rusia fue el principal proveedor de armas de China, a la que, según se estima, le suministró unos 30.000 millones de dólares en aviones de combate, submarinos, destructores y otras armas de alto precio; no obstante, a

mediados de la década de 2000 las transferencias de armas rusas a China se redujeron bruscamente, debido en parte a que la industria armamentística china había conseguido un nivel elevado de autosuficiencia y competencia técnica, pero también a causa del enfado de Moscú por la ingeniería inversa de equipamiento ruso que China hacía para luego venderlo en el mercado internacional a precios más asequibles. Sin embargo, en 2010 Rusia y China reanudaron los debates sobre cooperación en defensa, y se dieron nuevos impulsos a estas conversaciones cuando Occidente impuso sanciones a Rusia. En 2015 Moscú anunció que vendería a China su avanzado sistema de misiles tierra-aire S-400 y veinticuatro cazas SU-35, su avión de combate supersónico más avanzado disponible. Las fuerzas armadas rusas y chinas también han incrementado la escala, frecuencia y sofisticación de las maniobras militares combinadas, y a lo largo de los últimos años sus marinas han hecho maniobras conjuntas en los mares de la China Oriental, de la China Meridional, Mediterráneo y Báltico.

Oficialmente, Rusia y China describen su relación como una «colaboración integral para la coordinación estratégica». Ninguna de las partes considera necesaria, ni siquiera deseable, una alianza político-militar formal. En cualquier caso, sigue habiendo problemas de confianza en contra de una alianza sinorrusa. Rusia se siente intranquila por la creciente influencia de China en Asia central (sobre todo por el impacto de la Iniciativa del Cinturón y la Ruta de la Seda, que incluye a varios países de dicha zona), y sigue albergando preocupaciones residuales por que Beijing busque, en última instancia, recuperar territorios en el Extremo Oriente ruso que cedió a Moscú en el siglo XIX. Por su parte, China no se siente cómoda con las ventas rusas de armas a sus dos principales rivales en Asia, la India y Vietnam.

A pesar de estos recelos, la falta de confianza entre Rusia y Estados Unidos, y entre China y Estados Unidos, es bastante mayor que la que hay entre Rusia y China. Por consiguiente, aunque ambos países evitan formalizar una alianza, han acordado incrementar la cooperación y coordinación en asuntos internacionales y apoyarse (o por lo menos no oponerse) mutuamente en cuestiones que afecten a sus intereses centrales. Así, China hizo la vista gorda ante la ocupación de Crimea por parte de Rusia, pese a que violaba el principio de Beijing de no interferencia en los asuntos internos de otros países y el no respaldo a movimientos separatistas. A cambio, Rusia apoyó la decisión de China de rechazar una resolución jurídica sobre la disputa del mar de la China Meridional publicada por un comité de jueces en La Haya en julio de 2016. China también ha apoyado ampliamente las operaciones militares de Rusia en Siria porque comparte los mismos objetivos: la supervivencia del régimen de Al-Ásad y la derrota del Estado Islámico.

Aunque una alianza sinorrusa es improbable, una relación cada vez más cercana entre ambos países permitirá a China centrar sus intereses en el este y el sudeste de Asia, complicando así los intereses de Estados Unidos (y los de sus amigos y aliados) en esas áreas.

Estados Unidos y China: ¿destinados a una guerra?

Pocos observadores en materia de asuntos internacionales estarían en desacuerdo con la idea de que la relación bilateral clave del siglo XXI es la de Estados Unidos y China.

Aunque Rusia tiene la pretensión de desempeñar el papel de la gran potencia euroasiática clave entre Estados Unidos y China, las expectativas económicas y demográficas del país a largo plazo son tales que nunca podrá recuperar el poderoso papel que desempeñó durante la Guerra Fría. Además, ni Estados Unidos ni China la consideran como su igual. Sin embargo, supondría un error ignorar a Rusia. Su sillón permanente en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, su amplio arsenal nuclear y sus formidables fuerzas armadas convencionales asegurarán que siga siendo un actor importante en la escena mundial, sobre todo en Europa, aunque su papel político probablemente será más perturbador que constructivo. Y a pesar del «giro hacia el este» de Putin, Rusia desempeñará un papel relativamente menor en Asia, donde sus intereses son en gran medida económicos: vender armas y tecnología energética, y alentar (probablemente en vano) a los países asiáticos a que inviertan en sus regiones ricas en recursos, pero muy subdesarrolladas, de Siberia y el Extremo Oriente ruso.

Así pues, las tendencias actuales parecen sugerir que, a lo largo de las siguientes décadas, lo más probable es que el sistema internacional sea bipolar, aunque con

Las ciudades chinas reflejan la rápida modernización que la nación experimenta.



otros actores poderosos, como la Unión Europea, Rusia, Japón y la India (pese a que incluso estos probablemente se alinearán con Estados Unidos o con China, ya sea total o parcialmente), y que esta sea una bipolaridad asimétrica, en la que Estados Unidos seguirá siendo más poderoso que China.

¿Cómo se llevarán Estados Unidos y China en esta nueva era de bipolaridad?

En la actualidad, las relaciones entre China y Estados Unidos son estables en general, de cooperación y productivas. Al contrario que las mantenidas entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría, las relaciones entre Estados Unidos y China están apuntaladas por elevados niveles de interdependencia económica (en 2016, el valor del comercio de bienes y servicios estadounidenses con China ascendió a casi 650.000 millones de dólares), y aunque China está modernizando rápidamente sus fuerzas armadas, no existe una «carrera armamentística» entre los dos países ni una competencia ideológica abierta. Ambas naciones reconocen la importancia vital de mantener y fortalecer una relación estable, de forma que puedan evitar una fuerte competencia por la seguridad, y trabajar juntos para abordar una serie de problemas mundiales que suponen un desafío para ambos, como el terrorismo, impedir la difusión de armas de destrucción masiva y luchar contra el cambio climático.

Pese a ello, la relación está ensombrecida por suspicacias mutuas, problemas que vienen de lejos y áreas de conflicto potencial.

A Estados Unidos le preocupa que el objetivo final de China sea asentar un orden sinocéntrico en Asia en el que Estados Unidos desempeñaría solo un papel mínimo o nulo. Tal y como se ha apuntado anteriormente, en China existe una percepción generalizada y arraigada de que Estados Unidos trabaja activamente para evitar el poder y la influencia crecientes de China mediante una política de contención. Estados Unidos (especialmente bajo la presidencia de Trump) ha acusado a China de practicar políticas económicas mercantilistas, de manipular divisas y de involucrarse en ciberataques y actos de espionaje a gran escala. El presidente Trump ha amonestado a los líderes chinos por no hacer lo suficiente por controlar las ambiciones nucleares y balísticas de Corea del Norte. Por su parte, China acusa con frecuencia a Estados Unidos de hipocresía y de un doble rasero por interferir en las disputas territoriales y marítimas en Asia, por incitar a las fuerzas separatistas en zonas como el Tíbet, Xinjiang, Taiwan y Hong Kong, y por intentar socavar al PCCh mediante la «evolución pacífica» y las «revoluciones de colores».

En los últimos años ha habido la sensación palpable, tanto en Washington como en Beijing, de que a menos que los dos países superen las suspicacias mutuas y gestionen sus diferencias de forma más eficaz, se deslizarán inexorablemente hacia una competencia estratégica abierta.

En Estados Unidos (aunque quizá menos en China) se ha debatido mucho sobre si los dos países pueden evitar la llamada «trampa de Tucídides». Este problema en el ámbito de las relaciones internacionales toma su nombre del historiador ateniense del siglo V a. C., autor de la obra *Historia de la guerra del Peloponeso*,

crónica del conflicto entre Esparta y Atenas en 431-404 a. C. En ella, Tucídides señala que fue el poder creciente de Atenas y el miedo que esto provocaba en Esparta lo que hizo inevitable la guerra entre ambas. Algunos expertos han sugerido que en el siglo XXI se puede reemplazar a China por Atenas y a Esparta por Estados Unidos.

El principal defensor de esta teoría es el académico estadounidense Graham Allison, que argumenta que, aunque la guerra entre Estados Unidos y China no es inevitable, es «más que probable».¹⁹ Allison basa esta afirmación en investigaciones históricas que muestran que en doce de dieciséis casos a lo largo de los últimos quinientos años (como Gran Bretaña y Francia en el siglo XIX, Japón y Rusia, y Gran Bretaña y Alemania, antes de la Primera Guerra Mundial, y Estados Unidos y Japón antes de la Segunda Guerra Mundial), cuando una potencia en auge ha retado a otra ya establecida el resultado ha sido la guerra. En opinión de Allison, la creciente sensación de confianza en sí misma de Atenas y de superioridad, y su deseo de modificar la estructura de poder existente (pese a que se había beneficiado enormemente de ella), fue lo que condujo a Esparta a sentir miedo y reforzó su determinación de defender el *statu quo*. Allison argumenta que en la actualidad se está dando una dinámica similar entre China y Estados Unidos.

¿Capta con precisión la trampa de Tucídides la trayectoria actual y futura de las relaciones entre China y Estados Unidos? Para poder abordar esta cuestión debemos hacernos dos preguntas adicionales: ¿está China decidida a retar a Estados Unidos?, y si es así, ¿dispone de la capacidad para hacerlo con éxito?

El orden internacional actual fue creado por los vencedores (con Estados Unidos ejerciendo una influencia decisiva) al final de la Segunda Guerra Mundial. Aunque China era un aliado, su puesto en la Organización de las Naciones Unidas, recién creada, lo ocupó la República de China (cuyo gobierno había huido a Taiwán en 1949, tras su derrota final en la guerra civil china). La República Popular China no tomó posesión de su sillón en la Organización de las Naciones Unidas hasta 1972, cuando se encontraba inmersa en la Revolución cultural, que cambió por completo la política exterior del país. No fue hasta el final de la Revolución cultural en 1976 y hasta que Deng Xiaoping adoptó las reformas económicas en 1978, cuando China empezó a trabajar dentro del sistema en lugar de contra él. Desde la crucial decisión de Deng Xiaoping, China se ha beneficiado inmensamente del orden mundial actual, pasando de ser un Estado regional empobrecido a erigirse en una protosuperpotencia en menos de cuatro décadas.

Como beneficiaria del orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial (pese a llegar más tarde), parecería tener poco sentido que China buscara derrocarlo. (Rusia, por otro lado, no se considera una beneficiaria —sino, de hecho, más bien una víctima— y parece más dispuesta a desafiar abiertamente el orden global, en particular en Europa.) Sin embargo, tal y como queda claro en sus palabras y acciones, Beijing no está satisfecho con ciertos aspectos del orden mundial y busca revisarlos para que sirvan mejor a sus propios intereses. Como ha argumentado el profesor chino Zhao Suisheng, China está descontenta con el orden internacional actual porque:

[...] las normas representan básicamente valores occidentales y, dadas las divergencias políticas y culturales, China considera que muchas de estas normas son injustas y poco razonables [...] Bajo el orden actual, China no ha obtenido unos derechos ni un poder en su discurso que puedan igualar su fuerza y su influencia. Por lo tanto, Beijing quiere cambios, pero está constreñido por Washington.²⁰

Un buen ejemplo es la insatisfacción que exhibe con respecto a la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (CNUDM) de 1982, un régimen internacional que regula los espacios oceánicos del mundo. En la década de 1970, China ayudó a negociar la CNUDM, y en 1996 la ratificó. Sin embargo, en los últimos años ha cuestionado algunos de sus principios. China ha argumentado que sus reclamaciones de «derechos históricos» sobre los recursos vivos y no vivos del mar de la China Meridional (representado en los mapas chinos con la llamada «línea de los nueve puntos», que ocupa alrededor del 80 por ciento de dicho mar) tienen prioridad sobre la CNUDM, una postura que la mayoría de los juristas especializados en derecho internacional encuentran indefendible. Cuando en 2013 se constituyó, a petición de Filipinas, un tribunal internacional de arbitraje relativo a la CNUDM para cuestionar las peticiones de China, Beijing rehusó participar en el proceso, y cuando los jueces desestimaron por completo sus reclamaciones de «derechos históricos» en julio de 2016, China rechazó airadamente el veredicto y rehusó acatarlo.²¹ China, junto con una docena de países más, también rechaza el derecho de que marinas extranjeras lleven a cabo maniobras militares y actividades de vigilancia (espionaje) en la zona económica exclusiva (ZEE) de doscientas millas náuticas desde su costa, incluso pese a que muchos países (entre ellos Estados Unidos, que ha firmado, pero no ratificado, la CNUDM) lo consideran permisible en virtud del acuerdo, y la marina china también realiza en la ZEE las mismas actividades de otros estados con costa, incluidos Estados Unidos y Japón. China también ha sido acusada de violar regímenes de comercio internacional y de aprovecharse de la actitud receptiva de las economías occidentales mientras limita el acceso de las empresas occidentales a su propio mercado.

«LA RELACIÓN BILATERAL CLAVE DEL SIGLO XXI ES LA EXISTENTE ENTRE CHINA Y ESTADOS UNIDOS.»

Sin embargo, tal y como admiten Zhao Suisheng y otros, China sigue siendo un importante beneficiario del orden mundial y, por lo tanto, se la debería considerar más como una reformadora que como una destructora. Para un país cuyo poder y talla internacional están creciendo, esto difícilmente podría suponer una sorpresa.

La remodelación del orden internacional quizá empiece en Asia, donde abundan las pruebas de que la ambición última de China consiste en ser la mayor potencia de la región. Pero para conseguir ese objetivo, parece improbable que China desafíe directamente a la máxima potencia actual, Estados Unidos. Después de

todo, incluso si aceptamos el argumento de que el poder de Estados Unidos está en declive (ya sea en relación con otros países o de forma absoluta), sigue siendo una superpotencia global sin rival; tiene la mayor economía del mundo. Estados Unidos posee las fuerzas armadas más poderosas y es el único país capaz de proyectar un enorme poder por todo el planeta; y el gobierno estadounidense puede ejercer una influencia política internacional como ninguna otra nación. Asimismo, la necrológica de Estados Unidos como potencia mundial se ha escrito demasiadas veces desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y pese a ello siempre ha demostrado una destacable capacidad de autorrenovación. China ha estudiado detenidamente las razones por las cuales la URSS se desmoronó (una corrupción burocrática sistémica, unas provincias descontentas, unos gastos en defensa insosteniblemente elevados y un crecimiento económico débil) y se las ha tomado en serio.

Sin embargo, mientras China busca evitar desafiar frontalmente a Estados Unidos, trabaja con tesón para debilitar su poder e influencia en Asia. Lo hace intentando apartar a algunos países asiáticos del sistema de alianzas de Estados Unidos (los cimientos del poder estadounidense en Asia), creando alternativas a las instituciones encabezadas por Estados Unidos —como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII) y la Asociación Económica Integral Regional, una competidora del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica— y utilizando su creciente poder económico y sus iniciativas regionales, como la Iniciativa del Cinturón y Ruta de la Seda, para presionar a ciertos estados de la región para que adopten políticas que no perjudiquen los intereses de China.

Incluso aunque el objetivo a largo plazo de China sea el de crear un orden sinocéntrico en Asia, ¿es esta ambición factible?

No cabe duda de que el progreso de China desde 1978 ha sido por lo menos notable, pero sigue siendo una pregunta abierta si su larga racha de crecimiento económico puede mantenerse. Las tasas de crecimiento de dos dígitos de las que China ha disfrutado durante varias décadas son ahora cosa del pasado y, tal y como se ha apuntado anteriormente, el crecimiento del PIB se ha ralentizado hasta alcanzar el 6-7 por ciento (el mínimo, tal y como lo ven los chinos, para conseguir sus objetivos de desarrollo). Además, la economía china se enfrenta a infinidad de problemas graves, como unos niveles de deuda crecientes, un exceso de capacidad industrial, la fuga de capitales y lo que los economistas llaman la «trampa de los ingresos medios» (en que los ingresos de un país alcanzan un cierto nivel que luego no consigue aumentar). Abordar estos problemas requerirá reformas serias; reformas que podrían conducir a la pérdida masiva de puestos de trabajo, conflictividad industrial e inestabilidad política. Por si eso no resultara lo suficientemente desalentador, otros problemas graves también podrían limitar las perspectivas de crecimiento económico de China. Estos incluyen problemas demográficos (la población del país, que está envejeciendo a marchas forzadas, sugiere que China podría envejecer antes de hacerse rica), problemas medioambientales (contaminación, deforestación, desertificación, disminución de

la tierra cultivable y graves déficits de agua), la corrupción endémica y los conflictos étnicos en zonas como el Tíbet y Xinjiang. Paradójicamente, a medida que ha aumentado la confianza de China en sí misma en la escena mundial, se ha vuelto más insegura en el plano interno, lo que ha dado como resultado un creciente autoritarismo bajo la presidencia de Xi Jinping y severas restricciones sobre la sociedad civil e internet. Aunque China es ahora el segundo Estado del mundo que más gasta en defensa, lo gasta aún más en seguridad interior que en defensa exterior; se trata de un claro indicio de dónde percibe el gobierno chino que residen las principales amenazas. Tal y como ha apuntado Susan Shirk, el Partido Comunista Chino «considera que su control del poder es sorprendentemente frágil».²²

Aparte de los abrumadores desafíos internos a los que se enfrenta China, sus ambiciones de situarse en la cúspide de la pirámide de poder de Asia se enfrenta a la oposición de los estados que se encuentran por debajo de ella, muchos de los cuales están enfrascados en disputas territoriales y marítimas aparentemente insolubles con China. Esta disputa a Japón su soberanía sobre un pequeño grupo de atolones en el mar de China Oriental, conocidos como las islas Senkaku por los japoneses y como las islas Diaoyu por los chinos. Una intensificación de la disputa desde 2010 (que ha incluido escaramuzas entre los guardacostas de ambos países) ha llevado las relaciones sinojaponesas a sus niveles más bajos desde que fueran restablecidas en 1972. Los legados no resueltos de la agresión japonesa a China durante la década de 1930 y de la Segunda Guerra Mundial siguen envenenando las relaciones. Tokio y Beijing compiten intensamente por la influencia en el Sudeste Asiático e incluso en África. De todos los países asiáticos, Japón es el que menos aceptará un orden sinocéntrico.

«CHINA PASÓ DE SER UN ESTADO REGIONAL EMPOBRECIDO A ERIGIRSE EN UNA PROTOSUPERPOTENCIA EN MENOS DE CUATRO DÉCADAS.»

La India, que es la otra gran potencia asiática en expansión, mantiene disputas fronterizas con China que casi hicieron que ambos países entraran en guerra en agosto de 2017. Nueva Delhi también está irritada por el apoyo económico y militar de Beijing a su rival, Pakistán. Aunque el comercio está aumentando entre ambos países, siguen siendo rivales geopolíticos con unos bajos niveles de confianza mutua.

En el mar de China Meridional, Beijing mantiene disputas jurisdiccionales territoriales y marítimas superpuestas con Vietnam, Malasia, Filipinas, Brunei e Indonesia. Ello ha generado tensiones durante décadas y ha tensado las relaciones de China con la principal comunidad diplomática de la región, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSA, más conocida como ASEAN, por sus siglas en inglés), además de con otros actores importantes en la disputa, como Estados Unidos y Japón. No se prevé una resolución a corto plazo del conflicto.

El vertiginoso crecimiento económico de China ha beneficiado a todos los países de la región, y seguirá haciéndolo en el futuro próximo. Pero el creciente poder

militar de China y sus opacas intenciones han provocado una considerable preocupación en las capitales de la región, alimentando la incertidumbre estratégica, el temor a los peores escenarios posibles y un incremento de los gastos en defensa.

Ser un líder requiere el poder de atraer seguidores. Pocos, por no decir ninguno, de los países asiáticos parecen sentirse cómodos con la perspectiva de un orden sinocéntrico, y es probable que trabajen en su contra, principalmente en cooperación con Estados Unidos y, si faltaba el liderazgo de este país, entonces entre ellos.

Conclusión

Más de veinticinco años después del final de la Guerra Fría, ya no es realista describir la época en que vivimos como la era posterior a la Guerra Fría. Esa era (en retrospectiva, una época dorada marcada por un crecimiento económico sostenido en muchas regiones, la caída de regímenes autoritarios y la expansión de la democracia, la proliferación de foros de cooperación multilaterales y una estabilidad general en el sistema internacional), ciertamente, ya ha pasado por completo. Ahora estamos viviendo en la era post-post-Guerra Fría, aunque es indudable que los historiadores futuros le encontrarán un término más breve.

Portadas de revistas con el presidente de Estados Unidos Donald Trump y el presidente chino Xi Jinping se exhiben en un quiosco de prensa en Beijing.



Esos mismos historiadores podrían muy bien identificar la crisis financiera de 2007-2009 como el acontecimiento que marcó un punto de transición crítico de una era a la siguiente: el momento histórico, que marcó el declive sistémico de Estados Unidos como la única superpotencia y la llegada de China como el aspirante hegemónico.

Por supuesto, el futuro de Asia dista mucho de estar escrito; y, tal y como se ha argumentado en este ensayo, aunque el ascenso de China ha sido ciertamente destacable, su poder futuro no debería exagerarse. China se enfrenta a multitud de duros desafíos económicos, demográficos, medioambientales e incluso políticos que podrían, en conjunto, obstaculizar su trayectoria ascendente. De forma parecida, resultaría igualmente erróneo exagerar los problemas de Estados Unidos y redactar su necrológica como la mayor potencia del mundo.

«LA CAPACIDAD Y LA VOLUNTAD DE ESTADOS UNIDOS PARA SEGUIR LIDERANDO EL ORDEN GLOBAL ESTÁN SIENDO CUESTIONADAS.»

Sin embargo, está claro que en la actualidad nos enfrentamos a un entorno internacional más complejo, disputado y fluido que en ningún otro momento desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Caracterizado, sobre todo, por la incertidumbre y el recelo. La capacidad y la voluntad de Estados Unidos para seguir liderando el orden global están siendo abiertamente cuestionadas, sobre todo desde que el presidente Trump accedió a la Casa Blanca. China podría muy bien usar esta oportunidad para perseguir de forma más decidida sus ambiciones en Asia, incluida la creación de un orden sinocéntrico en el que Beijing use la coacción económica y militar para forzar a sus países vecinos a situar los intereses de la República Popular China por delante de los suyos. Si el objetivo de China es realmente echar a Estados Unidos de Asia, ¿puede esto conseguirse gradual y pacíficamente o se verán abocados al conflicto la potencia emergente y la establecida?

En vista del poder destructivo del armamento actual y de la perturbación económica mundial que traería consigo una guerra en el Pacífico, a ningún país le interesa ver a Estados Unidos y China embarcarse en una espiral de rivalidad estratégica. Lo que atenúa el riesgo de que se dé este escenario son los elevados niveles de interdependencia económica entre los dos países y la existencia de armas nucleares. Pese a ello, si Estados Unidos y China quieren evitar la trampa de Tucídides, se verán forzados a hacer concesiones y llegar a acuerdos difíciles. Si existirá la sabiduría política para hacerlo es algo que está por ver, pero será uno de los asuntos que definirán la primera mitad de este siglo.

Notas

- 1 R. Kagan (2017), «Backing into World War III», *Foreign Policy*, 6 de febrero de 2017, disponible en <<http://foreignpolicy.com/2017/02/06/backing-into-world-war-iii-russia-china-trump-obama/>>.
- 2 F. Fukuyama (1989), «The End of History?», *The National Interest*, núm. 16 (verano de 1989).
- 3 C. Krauthammer (1990), «The Unipolar Moment», *Foreign Affairs*, vol. 70, núm. 1 (18 de septiembre de 1990), disponible en <www.foreignaffairs.com/articles/1991-02-01/unipolar-moment>.
- 4 Citado en J. Goldberg (2016), «The Obama Doctrine», *The Atlantic*, abril de 2016, disponible en <www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>.
- 5 «Angela Merkel: EU Cannot Completely Rely on US and Britain Anymore», *The Guardian*, 28 de mayo de 2017.
- 6 Véase «The World Bank in China», disponible en <www.worldbank.org/en/country/china/overview>.
- 7 *Military and Security Developments Involving the People's Republic of China 2015. Annual Report to Congress*, Office of the Secretary of Defense, Washington D.C., 2016; SIPRI military expenditure database, disponible en <www.sipri.org/research/armaments/milex/milex_database>.
- 8 «China to Increase Defence Spending by "7-8%" in 2016 – Official», *The Guardian*, 4 de marzo de 2016, disponible en <www.theguardian.com/world/2016/mar/04/china-to-increase-defence-spending-by-7-8-in-2016-official>.
- 9 *Military and Security Developments*, p. 43.
- 10 «China Wants Peace But Will Fight for its Territory: Xi», *Straits Times*, 2 de agosto de 2017.
- 11 B. Lo, *Russia and the New World Disorder*, Londres y Washington D.C., Chatham House and Brookings Institution Press, 2015, p. 49.
- 12 SIPRI military expenditure database, disponible en <www.sipri.org/research/armaments/milex/milex_database>.
- 13 Palabras del secretario de Estado, Rex Tillerson, en una rueda de prensa, sala de información a la prensa, Washington D.C., 1 de agosto de 2017, disponible en <www.state.gov/secretary/remarks/2017/08/272979.htm>; «Trump Blames Congress for Poor U.S. Relations With Russia», *New York Times*, 3 de agosto de 2017, disponible en <www.nytimes.com/2017/08/03/us/politics/trump-twitter-congress-russia.html>.
- 14 «Nato Says Russia Ties Most "Difficult" since Cold War», *Straits Times*, 4 de agosto de 2017.
- 15 «Trump Signs Russia Sanctions Bill, Moscow Calls It "Trade War"», *Reuters*, 2 de agosto de 2017.
- 16 D. Trenin, *Should We Fear Russia?*, Cambridge (Reino Unido), Polity Press, 2016, p. 4.
- 17 Declaraciones a la prensa tras conversaciones ruso-chinas, 25 de junio 2016, página web del presidente de Rusia, <<http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/17728>>.
- 18 «China, Russia Sign Joint Statement on Strengthening Global Strategic Stability», *Xinhua*, 26 de junio de 2016; Declaración de la Federación Rusa y de la República Popular China sobre la Promoción del Derecho Internacional, 25 de junio de 2016.
- 19 G. Allison (2015), «The Thucydides Trap. Are the U.S. and China Headed for War?», *The Atlantic*, 24 de septiembre de 2015, disponible en <www.theatlantic.com/international/archive/2015/09/united-states-china-war-thucydides-trap/406756/>.
- 20 Z. Suisheng (2017), «China, US Can Jointly Shape International Order», *Global Times*, 8 de agosto de 2017.
- 21 I. Storey (2016), «Assessing Responses to the Arbitral Tribunal's Tuling on the South China Sea», *ISEAS Perspective*, núm. 43 (28 de julio de 2016), disponible en <www.iseas.edu.sg/images/pdf/ISEAS_Perspective_2016_43.pdf>.
- 22 S. Shirk (2017), «Trump and China. Getting to Yes with Beijing», *Foreign Affairs*, marzo-abril de 2017, disponible en <www.foreignaffairs.com/articles/2017-02-13/trump-and-china>.

>RETOS PARA AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XXI



Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



Miguel Ángel Centeno ha publicado muchos artículos, capítulos y libros. Sus últimas publicaciones son *War and Society* (Polity, 2016), *Global Capitalism* (Polity, 2010), *States in the Developing World* (Cambridge UP, 2017) y *State and Nation Making in the Iberian World* (Cambridge UP, 2013). Es fundador de la Research Community on Global Systemic Risk financiado por PIIRS a partir de 2013 (<http://risk.princeton.edu>) y publica los resultados en *Annual Review of Sociology*. Tiene entre las manos un nuevo proyecto de libro sobre la sociología de la disciplina y un segundo volumen sobre los estados en América Latina y España en el siglo XX



Andrés Lajous ha trabajado como periodista para varias publicaciones en México. Actualmente es candidato al doctorado en el Departamento de Sociología de la Universidad de Princeton. Sus investigaciones se centran en la capacidad de los estados y la violencia en Latinoamérica.

>RETOS PARA AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XXI

De forma muy parecida al mundo en vías de desarrollo, Latinoamérica tendrá que enfrentarse a desafíos importantes en este siglo. Los cambios medioambientales, la desigualdad persistente y la creciente violencia fuerzan a millones de personas de toda la región a vivir en un constante estado de incertidumbre. ¿Estarán los países latinoamericanos a la altura de la tarea de mejorar, definitivamente, la vida de sus habitantes?

¿Cuáles son los grandes retos del siglo XXI para el planeta y para Latinoamérica en concreto? De todas las cosas que están yendo mal, ¿qué debería preocuparnos más? En este artículo empezaremos describiendo lo que creemos que son los retos mundiales más críticos, y luego analizaremos cómo evolucionarán en la región que estudiamos, América Latina.

El problema más obvio al que nos enfrentamos es el del medio ambiente. Debido al cambio climático global, el agotamiento de los recursos y la destrucción medioambiental general, las normas que han gobernado nuestro planeta y que han supuesto la base subyacente de nuestra sociedad están cambiando más rápidamente de lo que podemos percibir, con consecuencias que no podemos imaginar. Los resultados podrían ser tan dramáticos como ciudades inundadas, o tan triviales como unas mayores turbulencias en los vuelos transoceánicos. Regiones muy pobladas del mundo se volverán, posiblemente, inhabitables, y los recursos de los que depende la modernidad se volverán más escasos y caros. Los conflictos podrían exacerbarse cada vez más debido a la escasez, y nuestra capacidad para cooperar a escala global podría verse limitada por un impulso hacia la búsqueda de consuelo en la pequeña tribu. Al ir acercándonos a distintos momentos críticos, la pregunta ya no consiste en cómo detener el cambio climático, sino en cómo adaptarse a sus nuevas normas y límites.

Aunque puede que no suponga un guión tan emocionante, el mundo actual también debe temer los riesgos, generados por el hombre. Hoy día, prácticamente todas las personas son, de algún modo, dependientes del flujo continuo de dinero, bienes, cultura y gente, lo que llamamos «globalización». Este proceso ha traído consigo una abundancia inimaginable para muchos, pero con unos costes enormes en cuanto a nuestro sentido global de comunidad, además de para el medio. Esa abundancia se adquiere, además, con una fragilidad creciente de nuestros sistemas básicos de alimentación, financiación y energía. Más que nunca en la historia de la humanidad, dependemos de que otras partes distantes del mundo hagan su trabajo de forma correcta, ya se trate de producir los alimentos que consumimos, hacer funcionar, con una refrigeración costosa, los barcos en los

que viajan, y aceptar algún tipo de pago global que mantenga la máquina en funcionamiento. Pero ninguna máquina es perfecta, y a medida que hacemos nuestros sistemas más complejos y conectamos más fuertemente cada parte, nos vemos sujetos a la posibilidad de que la propia red se descomponga y nos deje aislados sin estar preparados para la autosuficiencia.

Buena parte de estos sistemas dependen de unas instituciones funcionales. En una interesante paradoja, el sistema globalizado depende más que nunca de normas y de organizaciones capaces de imponerlas. Los mercados necesitan que los estados los protejan, y esto es tan cierto en el siglo XXI como lo fue en el XVI. El mayor riesgo de catástrofes medioambientales y sobre la salud pública también hace más evidentes las funciones coordinadoras del Estado. Los diques no se construyen ni se mantienen solos. Los actores privados no controlarán las epidemias mediante incentivos particulares. Incluso habiendo perdido parte de su autonomía frente a las fuerzas globales, los estados siguen siendo críticos para asegurar la entrega de servicios, para controlar la violencia y para certificar las identidades personales. Pese a ello, los estados actuales viven en una contradicción: al verse acorralados por fuerzas que escapan a su control, las exigencias impuestas sobre ellos crecen exponencialmente. Por lo tanto, como las globalizaciones redistribuyen el trabajo y los ingresos por todo el mundo, los ciudadanos exigen más protección a sus gobiernos. La pregunta sobre «¿quién manda?» sigue siendo crítica para cualquier sistema social, desde la ciudad individual hasta la red global.

«HEMOS CONSTRUIDO UN ESTILO DE VIDA PARA MUCHOS, PERO CIERTAMENTE NO PARA TODOS.»

En parte producto de la globalización y en parte herencia de diez mil años de vida colectiva, la desigualdad se ha convertido en un problema mayor para todas las sociedades. La desigualdad entre sociedades no solo es una preocupación ética, sino que hace que la cooperación global en asuntos como el cambio climático resulte muy difícil. A su vez, esta injusticia provoca un flujo de seres humanos en busca de una vida mejor en regiones donde quizá no sean bienvenidos. La desigualdad a escala nacional también hace que incluso gobernar territorios menores resulte difícil, ya que los costes y los beneficios de las decisiones no están distribuidos homogéneamente. La desigualdad es un reto singular, ya que es, en parte, un asunto de percepción. Pese a que los últimos cincuenta años han sido testigos de un enorme aumento en la esperanza de vida en todo el planeta, también han hecho que las desigualdades entre las sociedades y dentro de ellas sean más visibles. Además, en la actualidad, los mecanismos tradicionales empleados por los estados nacionales mediante los cuales las sociedades redujeron la desigualdad resultarían ineficaces, por no decir contraproducentes.

Por último, aunque algunos afirman que el mundo se ha vuelto mucho más pacífico, la forma de violencia simplemente ha cambiado. Mientras que hace cien

años pensábamos en la violencia en términos de un conflicto masivo organizado, ahora adopta una forma menos colectiva y quizá menos organizada. El origen de la violencia tal vez ya no adquiera el aspecto de un combatiente enemigo, pero eso hace que resulte más difícil identificar las amenazas y enfrentarse a ellas. Cuando los camiones de alquiler se convierten en armas de destrucción masiva, ¿cómo se controla todo el tráfico? Cuando las fuerzas o el orden se ven sobrepasados, ¿cómo se garantiza el cumplimiento de la ley? Con las interacciones humanas volviéndose globales y teniendo lugar unos cambios culturales rápidos, ¿cómo creamos y aprendemos nuevas reglas y normas que mitiguen los conflictos cotidianos?

De hecho, el mundo tiene mucho por lo que sentir inquietud. Hemos construido un estilo de vida para muchos (pero ciertamente no para todos) que rivaliza con el de los aristócratas del siglo XIX. Pero, de forma muy parecida a ellos, tememos que las normas del mundo estén cambiando y nos preguntamos cuánto cambio podemos aceptar y cuánto del *statu quo* puede (o debería) conservarse. Con esta perspectiva en mente, hablaremos ahora sobre cómo están interpretándose estos retos en América Latina.

El medio ambiente

Podemos dividir los retos medioambientales entre aquellos que ya son evidentes y los que lo serán más a lo largo del siglo XXI (Banco Mundial, 2016). Entre los primeros, el más obvio es la contaminación que afecta a muchas ciudades de América Latina. En muchos casos, esto procede no tanto de la industria, sino de la concentración masiva en una o dos áreas urbanas de cada país. Esta contaminación puede transmitirse por el aire y se puede decir que, también tiene su origen en el subdesarrollo de las infraestructuras de la recogida de desechos. En muchas ciudades latinoamericanas una cuarta parte de la población no tiene acceso a agua potable o a un sistema de recogida de basuras o a un alcantarillado. Esto supone un importante riesgo para la salud pública. La situación está empeorando a medida que las sequías y su gravedad se vuelven más frecuentes y duras. Los cambios en las precipitaciones están desafiando a los sistemas existentes introduciendo también una variabilidad a la que muchos de esos sistemas no pueden hacer frente, mermando todavía más la calidad de vida de los habitantes de las ciudades.

Lejos de los centros urbanos, la deforestación y los aumentos de temperatura también están amenazando la viabilidad de las comunidades. La deforestación sigue siendo un problema importante en toda esta región, pero especialmente en Brasil. Las temperaturas más altas también están acabando con las redes de agua de los Andes, ya que conducen a la desaparición de los glaciares, y también se relacionan con brotes de enfermedades cada vez más graves y frecuentes.

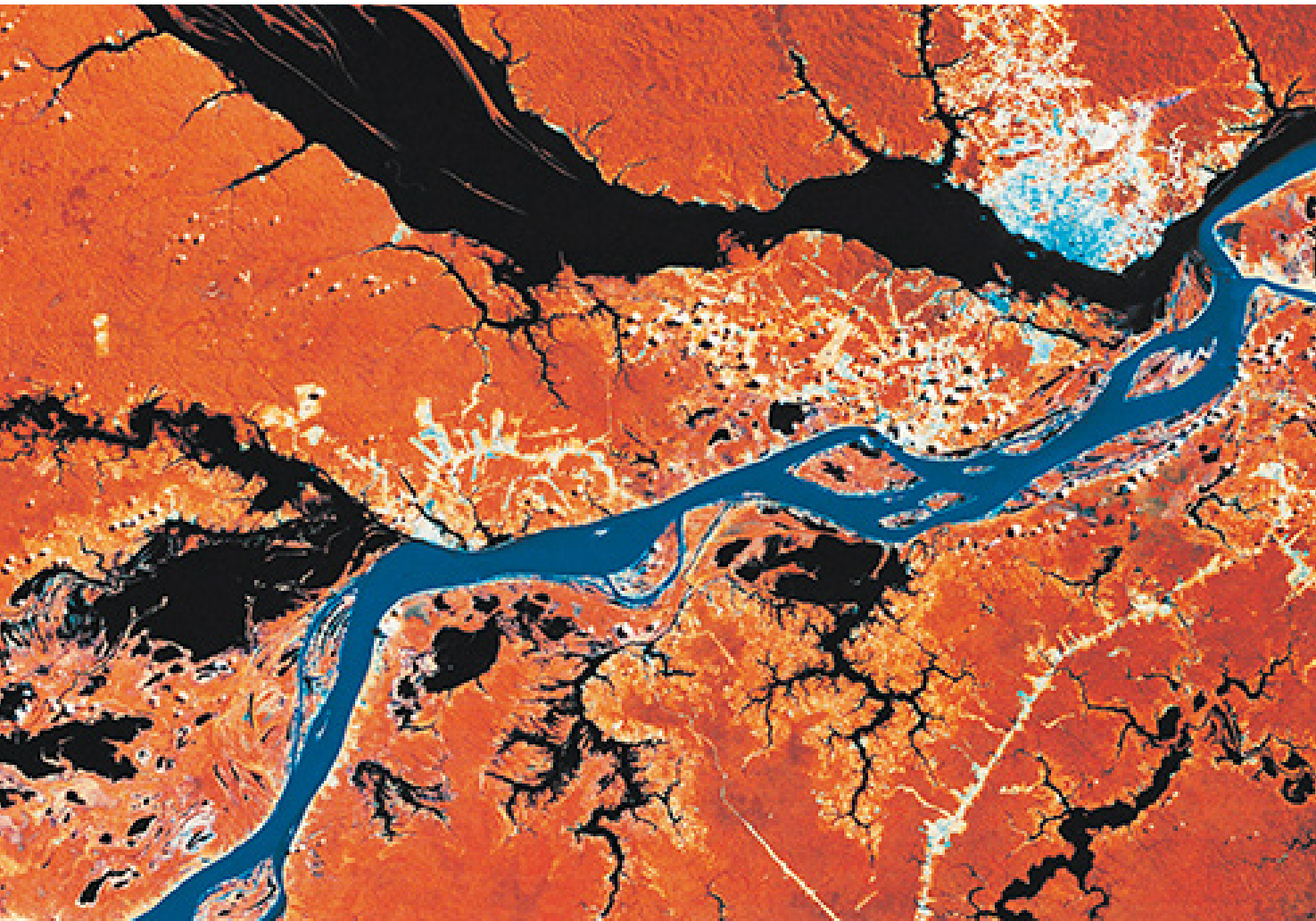
Por supuesto, todo ello presenta una gran variabilidad en la región, que sigue el mismo patrón que el conjunto del planeta: los pobres y los marginados, ya sea en

las zonas urbanas o en las rurales, sufren mucho más, tal y como lo atestiguan las mediciones dentro y entre los niveles de desigualdad. Los más desfavorecidos de América Central, por ejemplo, corren mayor peligro de sufrir debido a los desafíos medioambientales.

El continente es afortunado, ya que los escenarios más espantosos del cambio climático global son menos relevantes, con la obvia excepción de los países caribeños, en los que el nivel creciente del nivel del mar representa un problema inmediato. Los cambios del clima también podrían empezar a afectar a las materias primas que constituyen la base de las economías de estos países. La soja, por ejemplo, es sensible al cambio climático y a las variaciones del clima, al igual que lo es la ganadería bovina. La producción frutícola y la pesca también se verían afectadas negativamente por el cambio climático. Sudamérica es rica en el material que adquirirá gran importancia en los escenarios de catástrofes climáticas. El continente cuenta con alrededor del 25 por ciento del agua dulce del mundo. Lamentablemente, está distribuida de forma desigual por toda la región, hasta el punto en el que podría convertirse en el bien más preciado del siglo XXI, y la región tendrá un recurso natural más con el que negociar.

En general, a América Latina quizá no le afecten algunos de los escenarios más horribles previstos para África y buena parte del sur de Asia; pero el riesgo del

Vista de satélite de los ríos Negro y Solimoes en su confluencia para formar el Amazonas.



cambio climático no puede medirse solo mediante la exposición, sino también mediante la fortaleza de las instituciones destinadas a ocuparse de él. En este aspecto, la región, con sus altas concentraciones urbanas y unas estructuras de gobierno débiles, quizá tenga que enfrentarse a muchas más consecuencias que las que puedan predecir los modelos puramente orgánicos.

Riesgo sistémico humano

El entorno natural no es el único «ecosistema» amenazado en el siglo XXI. El mundo está cada vez más conectado mediante la transferencia de personas, mercancías, capital y cultura. Lo más importante es que incluso las naciones más pobres dependen del flujo continuo a través de la infraestructura global, pero la dependencia de un país de la red global está muy correlacionada con su nivel de desarrollo (Centeno *et al.*, 2015; Banco Mundial, 2017). Necesitaremos, cada vez más, algunos índices que cuantifiquen la dependencia de la red global según el dominio y también la ubicación de los orígenes y los destinos. Así pues, por ejemplo, la mayor parte de Europa occidental y de Asia oriental dependen mucho más del flujo continuo de bienes (especialmente de alimentos y combustible) que Estados Unidos.

La región está mucho más preparada que otras zonas y posee el potencial de vivir de sus propios recursos. Un desplome de la oferta y la demanda mundiales no dejaría a la región con hambre ni sed permanentes. Debido a su posición relativamente marginal en la cadena de producción mundial, la región no depende de complejos flujos comerciales para mantener su economía en el grado en que lo hacen Asia oriental o Europa occidental. Entre las economías con unos ingresos intermedios, América Latina se distingue por el porcentaje relativamente bajo del PIB que representa el comercio (siendo México una excepción destacable).

Esa aparente robustez enmascara, no obstante, una fragilidad estructural. La posición de la región en el sistema de comercio mundial sigue siendo prácticamente la misma que en el siglo XIX. Con la excepción de México, la economía de cada país se basa en la producción de un pequeño número de bienes para la exportación. Mientras que Brasil puede destacar por su producción de reactores Embraer, su comercio exterior sigue basándose en gran medida en los productos como la soja, que supone casi la décima parte del comercio total. La situación en Argentina y Perú es incluso peor. En lo que constituye una paradoja que los defensores de la teoría de la dependencia no encontrarían sorprendente, la región en su conjunto exporta una gran cantidad de crudo, pero cada vez es más dependiente de las importaciones de gasolina refinada. Se pueden explicar historias similares de numerosos productos industriales y químicos.

Las remesas suponen otra forma de dependencia en un sistema global en progreso, y siguen siendo una parte importante de la economía de varios países. Se trata de economías cuya implicación en el comercio global consiste en un intercambio de mano de obra por un sueldo en otra divisa. Un desplome en el

flujo de gente y/o en el flujo de dinero podría resultar devastador para muchos países, y especialmente para el Caribe y Centroamérica, donde puede representar hasta una sexta parte del PIB.

No son solo los productos los que definen la dependencia de una región. China y Estados Unidos representan un porcentaje muy grande de los mercados exportadores en la región. Las perturbaciones de cualquiera de estas economías políticas o el colapso de la infraestructura del comercio global restringirían gravemente la entrega de exportaciones e importaciones.

La desigualdad

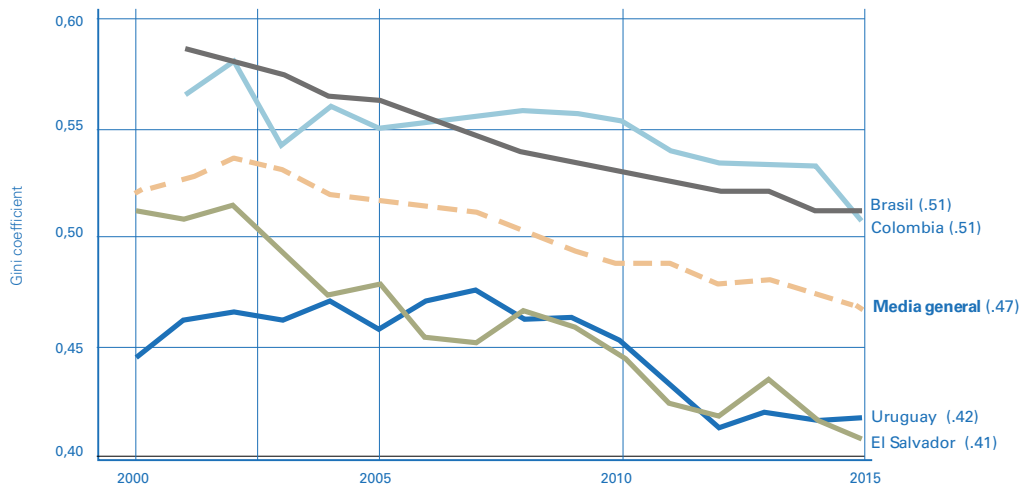
Parece erróneo, desde el punto de vista histórico, señalar a la desigualdad como uno de los retos a los que se enfrentará América Latina en el futuro. La desigualdad es un estigma histórico, constantemente visible en todos los países de la región. ¿Por qué es la desigualdad un rasgo definitorio de América Latina? Una posible respuesta es que la desigualdad económica es un fenómeno que se autorrefuerza y que no puede desligarse de sus consecuencias políticas. A medida que los países se van volviendo más desiguales, las instituciones políticas que desarrollan y la fuerza relativa de los distintos actores políticos pueden hacer que la desigualdad económica sea más duradera. La América Latina actual siguió un camino de desigualdad, y ha sido, por lo general, fiel a él. Por lo tanto, el mayor reto al que se enfrenta América Latina en cuanto a desigualdad puede que no sea la desigualdad económica *per se*, sino la capacidad de mantener el acceso a las instituciones políticas lo suficientemente amplio y abierto, de modo que los desfavorecidos puedan influir en los resultados económicos.

«SE DEBE RECONSIDERAR TANTO EL PAPEL DEL ESTADO COMO EL DE LA SOCIEDAD SOBRE QUÉ CONTROLA EL USO DE LA VIOLENCIA EN LA VIDA COTIDIANA Y QUÉ LA EXACERBA.»

Las dos últimas décadas en América Latina aportan alguna esperanza sobre cómo puede reducirse la desigualdad, pese a que quizá no baste con decir que la región se encuentra en un camino que acabará por hacer que la igualdad se autorrefuerce. La de 1990 fue una década en la que la desigualdad aumentó de forma general en la región. La de 2000, no obstante, fue testigo de la consecución de una tasa de reducción de la desigualdad nunca antes vista (López-Calva y Lustig, 2010, véase el gráfico 1). La creación de programas de transferencia de dinero en efectivo explica en gran medida este importante cambio, especialmente en la reducción general del coeficiente de la renta nacional bruta (RNB). A diferencia de la política social previa en la región, estos programas están dirigidos a la población con menores ingresos, consiguiendo así un impacto sobre la

desigualdad al afectar al indicador que usamos para medirla, los ingresos. Los programas de transferencias monetarias más visibles fruto de su tamaño y del impacto que se calcula que tuvieron, fueron Oportunidades en México y Bolsa Familia en Brasil. Sin embargo, se implementaron programas similares en otros países de la región. Además, excluyendo casos importantes, como el de México, los salarios mínimos aumentaron en la mayor parte de la región durante ese mismo período, lo cual afectó directamente y una vez más, a los ingresos de los más pobres.

Gráfico 1. Desigualdad en América Latina, 2000-2015



Fuente: SEDLAC (CEDLAS y del banco Mundial), 2016

Resulta difícil no relacionar la reducción de la desigualdad en América Latina con la elección de gobiernos de izquierdas en los primeros años de este siglo (Huber, 2009). El establecimiento de la democracia no solo trajo consigo unas instituciones políticas más estables y menos violencia política, sino que también permitió que segmentos de la población que habían estado históricamente infrarrepresentados acabaran influyendo en las decisiones políticas. Los casos de Bolivia, con la elección de Evo Morales, los gobiernos del Frente Amplio en Uruguay, la coalición entre el centro y la izquierda en Chile y el PT en Brasil son algunos de los ejemplos más notorios. Sin embargo, las organizaciones estables que representan en esencia a los desfavorecidos, como los sindicatos, son débiles o, debido a la exclusión histórica de los trabajadores informales, tienden a representar otra fuente de privilegios, y no de igualamiento.

El ritmo decreciente en la reducción de la desigualdad en la década de 2010 es un amargo recordatorio de que la característica relevante de la región no es solo la prevalencia de la desigualdad, sino también su durabilidad. Aunque los programas de transferencias monetarias han tenido un impacto sobre ella, su efecto está limitado por el hecho de que, tras su éxito inicial, el alcance posterior solo puede ser marginal, y de que incrementar el valor de las transferencias puede suponer una presión excesiva sobre las finanzas públicas, tal y como han argumentado economistas de toda la región (Gasparini, 2016). Esto es especialmente cierto ahora que la capacidad de muchos países latinoamericanos para mantener unos ritmos estables de crecimiento económico se ha visto cuestionada en los últimos dos años. Además, la desigualdad económica es un aspecto muy visible de la inequidad y es medida constantemente, lo que ilustra indirectamente otros aspectos de la desigualdad. Las diferencias descarnadas en la calidad y el acceso a los bienes públicos, como un entorno saludable, un alojamiento confortable y otros aspectos que determinan nuestra calidad de vida general, pueden ser incluso más importantes que la mera desigualdad en los ingresos. Como es bien sabido, Latinoamérica sigue adoleciendo de una gran desigualdad en todos estos otros aspectos.

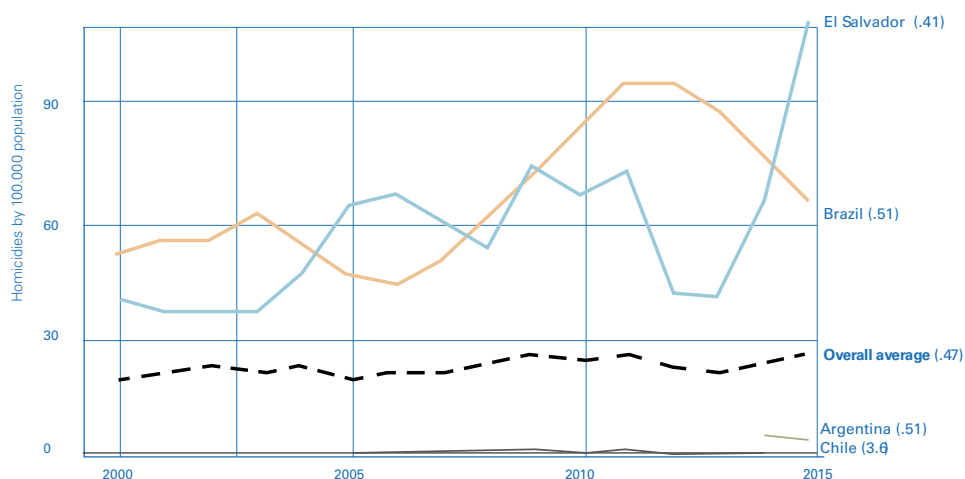
La combinación de un crecimiento económico más lento y una desigualdad persistente es una fuente de inquietud para todos los actores políticos de la región. El efecto político sobre la estabilización de la desigualdad no puede subestimarse. La gente se ve directamente afectada por las diferencias en sus ingresos en cuanto a los resultados a lo largo de su vida, pero su percepción de la equidad y la justicia también está fuertemente relacionada con los niveles de desigualdad. Las percepciones negativas relativas a la ecuanimidad de la sociedad son una fuente de desasosiego para las élites económicas. Les preocupa que políticos populistas puedan ascender al poder y que siembren el caos en la estabilidad económica. Al mismo tiempo, a los partidos y a los políticos de izquierdas les preocupa que las élites económicas y las instituciones financieras internacionales reaccionen de manera exagerada a las demandas de redistribución restringiendo la capacidad de los desfavorecidos de influir en la política. Este contexto repleto de desazón puede conducir a situaciones en las que la actual tormenta política en Brasil debería suponer una nota de advertencia para el resto de la región.

La violencia

Existen dos retos principales a los que se enfrenta actualmente Latinoamérica con respecto a la violencia. El primero es un aumento de la violencia interpersonal a lo largo y ancho de la región, y el segundo es la violencia vinculada al crimen organizado, especialmente en áreas importantes para los mercados relacionados con la droga. Los medios de comunicación hacen visible constantemente este segundo tipo de violencia, que se ha convertido en una fuente de políticas de «mano dura» poco respetuosas con los derechos humanos, mientras que el primer tipo de violencia, la interpersonal, se cobra más víctimas cada año en los países de la región.

Existe una gran variabilidad en las tasas nacionales de homicidios en América Latina, y hay una incluso mayor en el interior de los países (véase la figura 2). Algunos, como Honduras y El Salvador, comparten los niveles más altos de homicidios del mundo, mientras que otras naciones, como Chile y Uruguay, se encuentran entre aquellas con los niveles más bajos. Los países de mayor tamaño, como México, Brasil, Colombia y Venezuela, tienen regiones donde las tasas de homicidios son comparables a las de los países escandinavos, y, al mismo tiempo, tienen zonas con niveles de violencia que recuerdan a los del salvaje Oeste estadounidense.

Gráfico 2. Homicidios en América Latina, 2000-2015



Fuente: UNDOC, 2017

Buena parte de esta variabilidad se explica en virtud de los fenómenos sociales y demográficos. Las dos características que parecen estar impulsando la violencia son las estructuras demográficas con incrementos de hombres jóvenes y una creciente participación de la mujer en el mercado laboral (Rivera, 2016). Aunque estas grandes tendencias no permiten detallar con precisión las motivaciones subyacentes al aumento de la violencia interpersonal, no resulta inverosímil establecer la relación entre la violencia, unas estructuras familiares cambiantes, unas instituciones estatales debilitadas y la creciente presencia de hombres jóvenes sin orientación ni supervisión. Esta ausencia de supervisión o de control social, ya sea por parte de las instituciones sociales tradicionales (esto es, la familia) o de instituciones modernas (las escuelas y los hospitales), también puede suponer la base para la creciente violencia machista y la creación de bandas que pueden dedicarse a actividades ilegales.

La otra fuente importante de variabilidad no es la producción o el tráfico de drogas como tal, sino cómo se enfrentan los gobiernos a los mercados ilegales de la droga (Lessing, 2012). Hay algunos países clasificados como grandes productores relacionados con la droga, pero con poca violencia vinculada a ellos. Por el contrario, hay otros países con mercados de la droga menores o con unos territorios usados exclusivamente como rutas para el narcotráfico en los que hay unos niveles de violencia elevados asociados con estas actividades. Los gobiernos a veces se enfrentan, apaciguan o simplemente hacen la vista gorda con respecto al tráfico de drogas, dando lugar a resultados divergentes en términos de violencia.

A pesar de que las fuentes estructurales de la violencia desempeñen un papel importante en la explicación de la inseguridad en Latinoamérica, la percepción de mucha gente es que la principal fuente de la violencia y el crimen es la impunidad. La vida cotidiana en la mayoría de los países de la región transcurre con la expectativa de que las autoridades no serán capaces de intervenir cuando se cometa un homicidio o un atraco, y que, una vez que se hayan cometido, la expectativa es que las víctimas no reciban mucha ayuda. Además, lo más probable es que los delincuentes no sean castigados, o que si lo son, el castigo se verá atenuado por su relativo poder económico o político. Aunque ha habido cambios importantes en las últimas décadas con respecto a la independencia de las instituciones judiciales y el control civil sobre el aparato coercitivo del Estado,

Un familiar llora en el funeral multitudinario de dos niños asesinados en la localidad guatemalteca de San Juan de Sacatepéquez, 14 de febrero de 2017.



el foco sobre la impunidad ha conducido a veces a políticas de «mano dura» que hacen aumentar el uso arbitrario de la violencia por parte de las autoridades contra los civiles, no respetar la impartición de justicia y considerar los derechos humanos como obstáculos que favorecen a los delincuentes. Paradójicamente, estas políticas no acaban fortaleciendo el imperio de la ley según lo prometido, sino que, por lo contrario, ponen de manifiesto la debilidad de unos estados que no dudan en recurrir a la violencia precisamente porque no pueden controlarla. A este respecto, las perspectivas son desalentadoras, y con vistas al futuro la región deben replantearse seriamente las premisas básicas sobre aquello que provoca violencia y qué la controla. Se debe reconsiderar tanto el papel del Estado como el de la sociedad sobre qué controla el uso de la violencia en la vida cotidiana y qué la exacerba.

La capacidad del Estado

El Estado latinoamericano es, desde cualquier punto de vista, débil y frágil. Puede que el indicador más obvio sea el porcentaje que representa el Estado en el conjunto de la economía. Tanto si se calcula en términos de ingresos públicos como de gasto, los estados latinoamericanos son pequeños y muy ineficaces. Chile y Costa Rica constituyen excepciones destacables, pero, en general, se podría decir que Latinoamérica es un «falso Leviatán».

«EN GENERAL, LOS ESTADOS LATINOAMERICANOS NO HAN SIDO CAPACES DE HACER QUE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA SEA PREDECIBLE PARA LA MAYORÍA DE LA POBLACIÓN.»

Abajo izquierda:
Un detenido por violencia callejera ingresa en el calabozo.
Abajo derecha:
Favela de Rio de Janeiro, Brasil.

Paradójicamente, los estados latinoamericanos tienen un buen desempeño en algunas de las funciones relacionadas con instituciones fuertes. La región en su conjunto supera a países con una riqueza similar en cuanto a proporcionar alguna base de sanidad pública y educación, pero en otras (sobre todo en el monopolio sobre los medios de violencia descritos anteriormente) se considera que las



instituciones de los gobiernos de América Latina son deficientes. Las infraestructuras son un ámbito en que la región incumple las expectativas habida cuenta de su riqueza, algo que genera un obstáculo permanente para unas formas de desarrollo económico más sofisticado y que también pasa factura a los ciudadanos que dependen de los servicios de transporte y comunicación. El suministro de algunos servicios como el correo y la recogida de basuras es muy malo, y con frecuencia ha sido absorbido por empresas del sector privado.

Un indicio de la debilidad relativa del Estado es el tamaño de su economía informal. Aunque algunos pueden argumentar que esto sirve como un dinamizador económico, también significa que el Estado tiene dificultades para imponer buena parte de la actividad económica y que también fracasa a la hora de proteger a los trabajadores. La aplicación de los contratos también supone un problema, ya que la confianza en los tribunales sigue siendo baja. Se podría explicar algo similar de los servicios públicos en general, en que (con la excepción de algunas islas de excelencia como los bancos centrales) los estándares no son muy «weberianos» (Centeno *et al.*, 2017). La corrupción es un problema importante, y, como en el caso de Brasil en los últimos años, no solo es una fuente de ineficiencia económica, sino que también desafía la legitimidad del propio gobierno.

La violencia contra los periodistas es un problema muy serio en México. Una mujer con un "no al silencio" pintado en la cara durante una manifestación para poner fin a la violencia contra periodistas en México frente al Palacio de Bellas Artes.



Así pues, una de las principales preguntas que deben formularse con respecto al futuro de Latinoamérica es si están presentes las condiciones que permitan un fortalecimiento de los estados. Algunas de estas condiciones son producto del contexto internacional, y algunas pueden serlo de las coaliciones políticas nacionales. Es por ello que el futuro dista de ser seguro. Por un lado, se podría argumentar que una globalización en constante expansión reduce la capacidad de los estados para controlar la política fiscal y, por lo tanto, de redistribuir la riqueza mediante servicios y políticas sociales. Por otro, la globalización creciente puede ofrecer más oportunidades a los países en vías de desarrollo para convertir el ciclo alcista de las materias primas en fuentes de capitalización para la inversión a escala local. Además, las empresas criminales o asociaciones ilícitas han expandido su acceso a los mercados internacionales como vendedoras (en el caso del tráfico de drogas) y como compradoras (en el caso del blanqueo de capitales y armas), mientras que la cooperación internacional puede permitir una mejor coordinación en la persecución de las organizaciones criminales transnacionales. Las oportunidades y restricciones que impone la globalización sobre los países en vías de desarrollo son un asunto comentado exhaustivamente, aunque un aspecto que recibe poca atención es el estatus relativo de los estados nacionales con respecto a los estados subnacionales y los actores políticos locales.

«EN ALGUNOS CASOS, EL PROPIO ESTADO SE HA CONVERTIDO EN UNA FUENTE DE MAYOR VIOLENCIA.»

Conclusiones

Muchos de los retos a los que se enfrenta Latinoamérica en el siglo XXI son aquellos a los que se ha enfrentado desde su independencia de España hace doscientos años. La dependencia de unas relaciones comerciales frágiles y de productos primarios, la violencia incesante y la desigualdad, prácticamente definían a esta región en el siglo XIX. La fragilidad del entorno y de la red global es nueva, pero el desafío sin resolver sigue siendo el mismo: la institucionalización del orden social a través del Estado. Aunque puede que la región no sea capaz de resolver todos los desafíos a los que se enfrenta, nada puede hacerse sin la consolidación de la capacidad del Estado. Algunos estados de América Latina pueden ser mejores que otros en cuanto a su capacidad para suministrar servicios o llevar a término políticas concretas. Sin embargo, el tipo de consolidación que estamos discutiendo, y que es extremadamente necesaria, es una que haga que tanto el Estado como la sociedad sean más regulares y predecibles. Cada día, los latinoamericanos hacen uso de su ingenio para enfrentarse a las fuentes inesperadas e irregulares de la violencia, la pobreza y los fenómenos medioambientales. Sin embargo, la inventiva individual es onerosa cuando se dirige principalmente a necesidades básicas, y la incertidumbre no ha hecho sino aumentar con la globalización y con el ritmo

lento al que el mundo se ha enfrentado al reto de los cambios medioambientales provocados por el ser humano.

En general, los estados latinoamericanos no han sido capaces de hacer que la actividad económica sea predecible para la mayoría de la población. Las políticas enfocadas directamente a la inclusión social han ido teniendo cada vez menos que ver con la fundación de instituciones que ayuden permanentemente a las personas a lidiar con las incertidumbres del mercado y cada vez más con el suministro de un alivio mínimo e intermitente a quienes se hallaban en una situación de emergencia. La mayoría de los estados de la región no han sido capaces de controlar la violencia interpersonal y, en algunos casos, el propio Estado se ha convertido en una fuente de mayor violencia. La acción del Estado relativa al orden social básico, en lugar de considerar las fuentes estructurales de la violencia, se interpreta superficialmente como un «simple» problema de coacción. Paradójicamente, esto significa que, en un mundo más incierto, en lugar de que los estados se hayan convertido en una fuente de estabilidad y regularidad, se han convertido en una fuente añadida de incertidumbre para la vida cotidiana. Enfrentarse al reto implica que los países necesitarán unos estados más fuertes, no solo para implementar políticas concretas sino, más importante aún, para desarrollar nuevas formas de lidiar regularmente con los crecientes riesgos a los que se enfrentan sus poblaciones.

Referencias bibliográficas

- Banco Mundial (2016), «It's Time for Latin America to Adapt to Global Climate Change», <www.worldbank.org/en/news/feature/2016/07/18/america-latina-llego-hora-adaptarse-calentamiento-global>.
- Banco Mundial (2017), *World Development Report*, Washington D.C., World Bank.
- Centeno, M. A., A. Kohli y D. J. Yashar, eds. (2017), *States in the Developing World*, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press.
- Centeno, M. A., M. Nag, T. S. Patterson, A. Shaver y A. J. Windawi (2015), «The Emergence of Global Systemic Risk», *Annual Review of Sociology*, núm. 41, pp. 65-85.
- Gasparini, L., G. Cruces y L. Tornarolli (2016), «Chronicle of a Deceleration Foretold Income Inequality in Latin America in the 2010s», *Revista de Economía Mundial*, núm. 43, pp. 25-45.
- Huber, E. (2009), «Politics and Inequality in Latin America», *PS. Political Science & Politics*, vol. 42, núm. 4 (octubre de 2009), pp. 651-655.
- Lessing, B. (2012), «When Business Gets Bloody. State Policy and Drug Violence», en *Small Arms Survey 2012. Moving Targets*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 40-77.
- López-Calva, L. F., y N. C. Lustig, eds. (2010), *Declining Inequality in Latin America. A Decade of Progress?*, 1.ª ed., Washington D.C., Brookings Institution Press.
- Rivera, M. (2016), «The Sources of Social Violence in Latin America. An Empirical Analysis of Homicide Rates, 1980-2010», *Journal of Peace Research*, vol. 53, núm. 1 (1 de enero de 2016), pp. 84-99.

>LA NUEVA ECONOMÍA Y POLÍTICA DE LA GLOBALIZACIÓN



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



Douglas Nelson es profesor en el Instituto Murphy y en el Departamento de Economía de la Universidad de Tulane. Su investigación se centra en el comercio internacional y la migración, enfocándose particularmente en las economías políticas que se implementan en dichas áreas. Tras doctorarse en ciencias políticas por la Universidad de Carolina del Norte, Nelson ha ocupado cargos académicos diversos en la Universidad de Rutgers, la Universidad de Texas-Dallas, la Universidad de Washington en St. Louis, la Universidad de Syracuse, así como en el Tesoro de los Estados Unidos, el Banco Mundial y el FMI.

> LA NUEVA ECONOMÍA Y POLÍTICA DE LA GLOBALIZACIÓN

En el comercio y las finanzas, el período posterior a la Segunda Guerra Mundial se definió con la creación y el funcionamiento del Orden Económico Internacional Liberal, que hoy parece adentrarse en un período de gran incertidumbre. Este artículo, centrado en el comercio internacional, pretende identificar las fuentes de los cambios fundamentales que tienen lugar en las principales economías alineadas con este orden (la transición de una economía industrial a una postindustrial y la globalización de las estructuras de producción), así como de las transformaciones en sus fundamentos políticos: en el ámbito nacional, el surgimiento del populismo antiglobalización y, en el ámbito internacional, el surgimiento de China como superpotencia mundial.

«Aquí está pasando algo.

El qué no está del todo claro».

Stephen Stills, «For What It's Worth» (1966)

Alrededor de setenta años después de la creación, expansión y consolidación de un orden económico liberal internacional (OELI), parece que estamos entrando en un período de gran incertidumbre sobre el futuro de ese sistema. La Ronda o Agenda de Doha para el Desarrollo no está más cerca de su conclusión de lo que lo estaba en noviembre de 2001 (cuando se produjo la declaración ministerial de Doha); dos importantes acuerdos regionales que buscan una mayor integración económica parecen estar en un punto muerto, el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (conocido como TTIP, por sus siglas en inglés) y el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (o TTP, por sus siglas en inglés), y puede que lo más sorprendente de todo sea que el Reino Unido ha iniciado un proceso que podría desembocar en su salida de la Unión Europea (algo que quizá haya socavado la unidad del país). A estos acontecimientos se los ha relacionado, de una forma u otra, con el auge del populismo antiglobalización en casi todos los países avanzados del OELI. No está nada claro que dichos sucesos constituyan un cambio fundamental en la dinámica subyacente de la globalización, ni tampoco si los eventos económicos y políticos guardan una relación superficial, pero la existencia de estos vínculos es lo bastante verosímil como para que valga la pena prestarles más atención.

Sin embargo, antes de entrar en materia, conviene que recordemos el gran éxito que ha supuesto el OELI posterior a la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Ahora sabemos que el proteccionismo (y la ley de aranceles de Hawley-Smoot en particular) no provocó la depresión (Eichengreen, 1989), pero somos conscientes de que el comercio internacional fue un elemento clave del rápido crecimiento que caracterizó al primer período de la posguerra en Europa (Eichengreen, 2007). Mientras que la primera oleada de globalización moderna descansaba en una restricción democrática débil en los países avanzados, el OELI del período posterior a la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial se vio sujeto a dicha restricción a través de los amplios estados de bienestar en esos países (Bordo *et al.*, 1999; Ruggie, 1982). En los primeros años de la posguerra, la globalización se centró en el comercio. La liberalización de los controles sobre el capital en los países avanzados no fue adoptada ampliamente hasta la década de 1980, y los flujos migratorios internacionales solo empezaron a acercarse a los de finales del siglo XIX en la segunda década del XXI. En cambio, la base institucional del comercio liberal y el comercio en sí, se extendieron cada vez más a países y bienes. Durante ese mismo período, las instituciones que respaldaban el comercio liberal evolucionaron para proporcionar relaciones comerciales cada vez más basadas en reglas (Jackson, 2000 y 2006; Weiler, 2001). La joya de la corona de este sistema es la estructura institucional, en particular el mecanismo de resolución de disputas creado en la Ronda de Uruguay, pero la legislación tiene un alcance mucho más general (Lang y Scott, 2009; Palmetier, 2000). Quizá resulte sorprendente, pero pese a la creciente oposición al OELI todavía no ha abandonado nadie el compromiso con ese orden.

La cuestión de la existencia de un cambio fundamental en la economía política de la globalización pasa por el cambio tanto económico como político. Se analizará brevemente cada uno de estos aspectos y se finalizará con algunas conjeturas sobre el futuro de la globalización liberal. Todo el artículo se centrará, especialmente, en el comercio internacional.

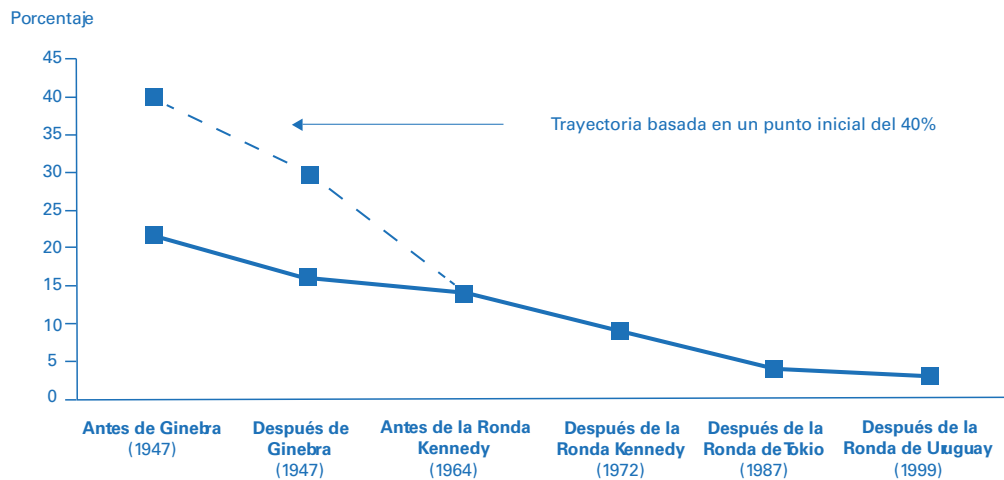
¿Qué cambió?

La economía

Como consecuencia de la destrucción durante la conflagración y la reconstrucción de posguerra mediante el acercamiento a la frontera tecnológica (fundamentalmente estadounidense), los programas de aranceles de las economías avanzadas ya no estaban íntimamente relacionados con sus fundamentos económicos y sus economías políticas. Esto significó que reducir los aranceles podría ser relativamente fácil. Sin embargo, el dominio de las élites prebélicas y sus actitudes políticas proteccionistas implicaban que este sencillo paso no era tan fácil de dar. El problema fue superado de dos formas. Quizá lo más importante era que las políticas comerciales estaban relacionadas con la política exterior de la Guerra Fría, lo cual permitió que dichas políticas fueran gestionadas como una tarea tecnocrática

asociada con el papel del Estado en materia de política exterior, y no como parte de las políticas públicas de una democracia electiva. Además, la tarea tecnocrática fue concebida como «un intercambio de concesiones sustancialmente equivalentes». Es decir, que la lógica subyacente a la liberalización era mercantilista, lo que, desde el punto de vista político, resultaba más fácil de vender a parlamentos todavía acostumbrados a considerar el comercio en esos términos. En consecuencia, los países avanzados redujeron considerablemente los aranceles por medio de las primeras cuatro rondas de negociación del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (conocido como GATT, por sus siglas en inglés) (Bown e Irwin, 2016); véase el gráfico 1.

Gráfico 1. Trayectoria de los aranceles promedio, desde antes de Ginebra hasta después de la Ronda de Uruguay



Fuente: Elaborado por los autores basándose en unos niveles promedio de aranceles para Estados Unidos, la Comunidad/Unión Europea y Japón. Véase el texto para la exposición. Estimación retrospectiva de un nivel promedio de aranceles del 21,8 por ciento anterior al GATT de 1947 basado en una asunción de un límite superior de un recorte de un 26 por ciento de los aranceles en la primera ronda (Ginebra). Asumir un recorte de los aranceles de un 21 por ciento en la primera ronda (Ginebra) implicaría una estimación retrospectiva de un nivel promedio de aranceles antes del GATT de 1947 de un 20,5 por ciento.

No obstante, el éxito inicial en la reducción de los aranceles en dichos países y la profunda relación del GATT con la Guerra Fría, dieron lugar a una creciente presión, según el lenguaje usado para identificar dinámicas problemáticas en el programa de integración europea, a ampliarlo (extenderlo a nuevos bienes y a naciones que no pertenecían al núcleo de países avanzados) y profundizarlo (ampliar sus disposiciones a las barreras no arancelarias). De la Ronda Kennedy en adelante,

esto último implicó asuntos cada vez más «constitucionales». Aunque este proceso acabó dando lugar a la creación de la Organización Mundial del Comercio (OIC), especialmente en el contexto de unos miembros cada vez más dispares, el enfoque tradicional con que se ha abordado la gestión multilateral del sistema mediante rondas, centradas cada vez más en asuntos constitucionales y una gestión casi judicial fuera de ellas, ha dado muestras de estar cada vez más agotado. A causa de los aranceles bajos en los países centrales y el compromiso de permitir desviaciones respecto de las disposiciones de la OIC para los demás países, los beneficios potenciales de las negociaciones tradicionales son modestos. En relación con los asuntos constitucionales y no arancelarios, el método de intercambio de concesiones resulta menos aplicable.

«LA TRANSICIÓN HACIA UNA ECONOMÍA POLÍTICA POSTINDUSTRIAL ES COMPLEJA E INQUIETANTE PARA LA ORGANIZACIÓN SOCIAL, POLÍTICA Y ECONÓMICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA INDUSTRIAL»

El sistema del GATT/OIC fue creado por un grupo de estados desarrollados que, aunque eran muy diferentes, se caracterizaban por un conjunto de similitudes fundamentales. Todos ellos eran democracias capitalistas que estaban construyendo sus estados de bienestar, y basadas en economías industriales. Más adelante se hablará sobre los cambios ocurridos en el Estado de bienestar democrático, mientras que aquí se abordarán los cambios en las economías *industriales*. Todos los miembros originales del sistema del GATT/OIC eran lo que, en esa época y durante muchos años, se llamaban «economías industriales avanzadas» (EIA). Durante los primeros años del GATT, las negociaciones se centraron en la reducción de los aranceles sobre los bienes manufacturados; los bienes agrícolas fueron excluidos por razones políticas internas, y los países en vías de desarrollo fueron excluidos de la mayoría de las disposiciones del GATT por la creencia de que necesitaban un trato «especial y diferencial» (Irwin *et al.*, 2008; Subramanian y Wei, 2007). Como todos los países avanzados consideraban que las manufacturas eran fundamentales para su dinámica macroeconómica, y en el sector en el que tenían una gran ventaja comparativa, el intercambio de concesiones relativas al comercio de bienes manufacturados era relativamente sencillo. El proceso de consolidación del GATT lo facilitó aún más el hecho de que buena parte del comercio que se daba entre los países avanzados era no solo de carácter interno (minimizando el «escape» hacia economías no pertenecientes a ese núcleo), sino intrasectorial. Esto no solo hizo más sencilla la comparación de las magnitudes de concesión, sino que se cree que tuvo unos costes de ajuste menores que los de los recortes de los aranceles intersectoriales. Ya he apuntado que el agotamiento de las liberalizaciones relativamente fáciles vinculadas con las primeras rondas hizo que las negociaciones fueran mucho más difíciles, a lo que cabe añadir que la transformación de las economías avanzadas constituye un reto

todavía más importante. Me centraré aquí en dos cambios relevantes en el contexto económico de la negociación comercial: la posmodernización del núcleo de países avanzados y el surgimiento de una producción generalizada a escala global.

Al igual que la transición de una economía política agraria a otra industrial, la transición hacia una economía política postindustrial es compleja y perturbadora para la organización social, política y económica de la economía política industrial. Estos retos resultarían difíciles de gestionar en una economía cerrada, pero la íntima relación entre la posmodernización y la globalización ha hecho que la política de la globalización resulte confusa y conflictiva. El núcleo económico de la posmodernización es la transición hacia una economía cuya dinámica fundamental es impulsada por el sector de los servicios, algo reflejado en parte por el mayor porcentaje de empleo en este sector. Ello es fruto de tecnologías que permiten una producción más eficiente (que ahorra mano de obra) de las manufacturas, pero también lo respaldan y aceleran tecnologías que permiten obtener suministros a escala global. Es decir, el empleo industrial se reduce debido a la menor eficiencia local y a los márgenes más amplios para la externalización. Aunque esto, ciertamente, promueve una reconversión de las economías del núcleo del OELI hacia la producción de servicios en la que estas economías disponen de una ventaja comparativa, con los beneficios en materia de ingresos agregados que enfatizan los economistas especializados en el comercio, el paso de la industria a los servicios implica costes de ajuste que son mayores y que se comprenden menos que los cambios en el seno de la industria por el ajuste a anteriores liberalizaciones.

Al igual que los servicios son fundamentales para la economía posmoderna en general, también lo son para la economía *global* posmoderna y para la relación de las economías comerciales avanzadas con la economía global. El problema es que los servicios no se comprenden lo suficientemente bien y que, desde luego, no se miden con suficiente precisión para ser tratados bajo el mecanismo de intercambio de concesiones que funcionó tan bien en el caso del comercio de bienes manufacturados (Francois y Hoekman, 2010). Ello resultaría problemático aun cuando las principales barreras al comercio de servicios fueran arancelarias, pero además, las principales barreras para la integración de los mercados globales de servicios no son, por regla general, barreras al comercio, sino regulaciones nacionales adoptadas por razones que poco o nada tienen que ver con las políticas comerciales. Por lo tanto, no resulta sorprendente que la Ronda de Uruguay, que tanto éxito tuvo a la hora de potenciar el programa de creación de un marco jurídico para el comercio de bienes manufacturados, fuera incapaz incluso de ponerse de acuerdo sobre qué significaba exactamente el «comercio de servicios» (Drake y Nicolaïdis, 1992; Panizzon *et al.*, 2008). El Acuerdo General de Comercio de Servicios (o GATS, por sus siglas en inglés), que identifica cuatro «modos» de comercio de servicios —aunque, desde el punto de vista técnico, forma parte del compromiso único—, implicó solo unos compromisos muy débiles (Adlung y Roy, 2005; Borchert *et al.*, 2014; Hoekman, 1996); véase la tabla 1.

TABLA 1. EJEMPLO DE UN PROGRAMA DE GATS DE COMPROMISOS CONCRETOS PARA UNA ACTIVIDAD DE SERVICIOS DETERMINADA

Forma de suministro Condiciones y limitaciones al acceso al mercado	Condiciones y limitaciones al acceso al mercado	Condiciones y certificaciones sobre el trato nacional	Comentarios adicionales
1. Transfronteriza	Presencia comercial necesaria	Libre	
2. Consumo en el extranjero	Ninguna	Ninguna	Establecimiento de un regulador independiente
3. Presencia comercial (inversión extranjera directa)	El 25% de la dirección debe ser nacional	Libre	
4. Entrada temporal de personas físicas	Libre, excepto como se indique en los compromisos horizontales	Libre, excepto como se indique en los compromisos horizontales	

Notas: «Ninguna» implica que no se mantiene ninguna excepción: es decir, un compromiso con la obligación de no aplicar ninguna medida incompatible con el acceso al mercado o al tratamiento nacional. «Libre» significa que no existe ningún compromiso de ningún tipo.

La empresa moderna arquetípica era grande y concentraba la producción para aprovechar las economías de «escala y alcance» (Chandler, 1977 y 1994). Esta concentración ahorraba costes de transporte, pero lo más importante es que permitía que la dirección controlara de forma eficiente procesos complejos aprovechando los avances en el uso de la información (Yates, 1989). Las exportaciones de estas grandes empresas concentradas fueron el foco de las primeras rondas de negociaciones del GATT. Los avances tanto en el transporte como en la tecnología de la información/comunicación, así como más en general, la creación de la economía posmoderna, han servido para transformar las relaciones comerciales globales. Estas tecnologías han permitido tanto el surgimiento de empresas pequeñas y flexibles, sobre todo en el sector de los servicios (Rajan y Zingales, 2000 y 2001), como la aparición y rápida expansión de empresas muy grandes dedicadas a la producción y distribución de ámbito global (Baldwin, 2016). Como argumenta Baldwin (2014), esto modifica de forma primordial el contexto del régimen comercial. Allí donde el comercio se basaba principalmente en productos acabados (o en bienes intermedios acabados), la reducción de los aranceles (y de otras barreras al comercio de esos bienes) fue el objetivo clave de aquellos que buscaban un OELI. Sin embargo, cuando la finalidad de las empresas es construir una estructura global de producción, una

parte esencial de semejante estructura consiste en aplicar una tecnología propia (de producto, proceso y gestión) a una estrategia corporativa que implique una combinación compleja de exportación, inversión directa y contratación a distancia (aquí como parte del proceso general de producción, y no como el intercambio final de un producto). Así pues, la necesidad no es tanto la de un libre intercambio de mercancías, sino la creación de un entorno en el que las finanzas, los servicios, la información y los insumos intermedios puedan intercambiarse de manera eficaz y segura. Aunque las empresas involucradas en la organización global de la producción siguen teniendo interés en las disciplinas de las políticas tradicionales de comercio, están mucho más interesadas en un entorno con buena protección de los derechos de propiedad, comunicaciones fiables y marcos regulatorios acordes con el libre mercado. Como la Organización Mundial del Comercio (OMC) no está —y probablemente no pueda estar— centrada en estos asuntos, se está tratando de solucionarlos por medio de profundos acuerdos comerciales preferenciales, cuya coherencia con el orden multilateral no está clara.

El tercer gran golpe a la economía global, junto con la posmodernización y la producción plenamente global, es el surgimiento de China como gran potencia política y económica. Tras décadas de una política agresivamente igualitaria y contraria al mercado, China empezó a reformar su economía muy a finales de la década de 1970 y potenció aún más las políticas orientadas al mercado a finales de la década de 1980 y en la de 1990, lo que acabó conduciendo a su ingreso en la OMC en diciembre de 2001 (Brandt y Rawski, 2008; Naughton, 2017). El resultado fue un crecimiento, literalmente, sin precedentes, que promedió un 9,7 por ciento anual entre 1978 y 2016 (datos del Banco Mundial en internet). Ello se vio acompañado de una importante transformación de la economía a medida que China se convertía en el mayor fabricante y el mayor exportador del mundo, un proceso que en gran parte se ha dado en la última década. Al igual que pasó con el crecimiento en Europa tras la Segunda Guerra Mundial, el comercio internacional desempeñó un papel fundamental como impulsor de esta transición. Sin embargo, tal y como sucedió en el caso de otras economías con fuerte crecimiento y en transición (principalmente en Asia y Europa del Este), y al contrario que en el caso de la Europa de la posguerra, gran parte del crecimiento de las exportaciones se debía a la participación en cadenas de valor globales con base en Estados Unidos, Europa o Japón (Baldwin, 2016). De este modo, la posmodernización, las cadenas de valor globales y el crecimiento de las exportaciones chinas forman, todos ellos, parte de un único conjunto que está transformando las economías políticas tanto nacionales como globales. Cada uno de ellos no solo supone presión para adaptar aspectos fundamentales de las economías nacionales e internacionales, sino que la compleja relación entre ellos hace que surjan preguntas difíciles sobre la forma que debería adoptar este ajuste. No sorprende que estas presiones económicas interactúen con cambiar en las circunstancias políticas para hacer que el futuro sea todavía más incierto.

La política

Una de las claves para la liberalización tras la guerra fue la aceptación generalizada de la política comercial como un componente de la política exterior de la Guerra Fría (Nelson, 1989). Es decir, junto con el respaldo a una mayor integración en Europa y la creación de un OELI general (basado en las instituciones de Bretton Woods y en el GATT) fue considerado fundamentalmente política, y no fundamentalmente económica. Como tal, en el plano interno de Estados Unidos, quedó en manos del Ejecutivo y fue tratada como una política tecnocrática, y no como parte de la pugna entre partidos. Además, en la Cámara de Representantes estadounidense la legislación comercial fue gestionada por el Comité de Formas y Medios, que en esa época estaba dominado por centristas. La combinación de un comercio cada vez más liberalizado y el fuerte desarrollo económico de la «era dorada» de la posguerra condujo a que las élites políticas aceptaran ampliamente los argumentos económicos, además de los políticos, en favor de la libertad de comercio. Con el final de la Guerra Fría y el derrumbe del sistema del Congreso para gestionar el comercio, en especial a raíz del debilitamiento del Comité de Formas y Medios ante la doble conmoción que supusieron la revuelta reformista tras el caso Watergate y la humillación pública a la que fue sometido el presidente de dicho comité, Wilbur Mills, este amplio consenso entre la élite, junto con un continuo compromiso del Ejecutivo, mantuvieron el respaldo político al programa de liberalización del comercio a través del GATT multilateral y después la OMC. Ese compromiso del Ejecutivo alcanzó un punto culminante durante el gobierno de Jimmy Carter y su representante de Comercio, Robert Strauss, pero ha decaído desde entonces, por regla general con mayor rapidez bajo los presidentes republicanos que bajo los demócratas. Sin la Guerra Fría, ni la protección institucional del comercio en el Congreso ni un Ejecutivo comprometido con el proceso de liberalización multilateral, ha resultado difícil liderar la OMC frente a los desafíos señalados en el apartado anterior.

El continente más grande del planeta es completamente diferente a como era hace 20 o 30 años atrás. Ahora hay centros urbanos dinámicos con millones de habitantes y oportunidades comerciales ilimitadas.



Es un axioma del análisis de la economía política que el bienestar material (es decir, económico) y los cambios que experimenta son los impulsores fundamentales de la política; de la política sobre asuntos económicos como la globalización y la posmodernización. Este axioma se nutre, ciertamente, de la credibilidad de la retórica en torno a las políticas públicas con respecto a esos asuntos. Más en concreto, en lo tocante a las políticas públicas de la globalización y de la posmodernización, el indicador básico de los costes y los beneficios del cambio económico y de las políticas que responden a dicho cambio es la evolución del mercado laboral (sus efectos sobre el empleo y los sueldos). Al evaluar estos efectos, es importante distinguir entre los efectos estructurales a largo plazo de tales cambios y los efectos a corto plazo de los ajustes. Los primeros deberían dar pie a políticas estructurales (por ejemplo, políticas comerciales), mientras que los segundos deberían configurar estrategias para hacer frente a los costes de ajuste.

«EL MERCADO LABORAL POSMODERNO TAMBIÉN SE CARACTERIZA POR UNA INCERTIDUMBRE CONSIDERABLE.»

En los mercados laborales de la era dorada de la posguerra, trabajadores moderadamente formados y principalmente varones blancos, encontraron empleos en el sector industrial con unos sueldos que podían sostener un estilo de vida propio de la clase media. La amplia sindicalización y el fuerte crecimiento de los principales sectores de la industria aseguraron sueldos elevados y estabilidad laboral. Además, el desarrollo del Estado de bienestar prometió proteger los ingresos ante una hipotética recesión económica. Este era el compromiso del «liberalismo integrado» que muchos, en la era posterior a la guerra, creían que había encontrado la forma de equilibrar las exigencias del capitalismo y la democracia (Blyth, 2002; Shonfield, 1965). A escala internacional, esto implicaba un equilibrio entre la soberanía y la interdependencia (Finlayson y Zacher, 1981; Ruggie, 1982). El mantenimiento de estos equilibrios significaba que había poco interés político en oponerse a que el mercado dictara a grandes rasgos la política económica nacional o a vínculos relativamente estrechos entre la economía nacional y la global. La ruptura de cualquiera de estos equilibrios podría poner en cuestión todo el sistema. Por lo tanto, al igual que el conjunto de factores señalado anteriormente (la posmodernización, la producción global y China) ha hecho que el funcionamiento del sistema multilateral sea más difícil y también ha modificado el entorno político en el que opera dicho sistema.

En lugar de que la mayor parte del empleo se concentre en la producción industrial, como sucedía en el mercado laboral moderno, el posmoderno tiende a dividirse en mano de obra cualificada y no cualificada del sector de los servicios (Emmenegger, 2012). En ambos casos, la mano de obra debe ser flexible frente a las demandas cambiantes, de tal modo que los trabajadores cualificados del sector servicios necesitan aptitudes generales que puedan aplicarse en un amplio abanico de sectores, y los trabajadores no especializados ocupan empleos de

duración relativamente corta, poco exigentes en lo relativo a capacidades especializadas (Wren, 2013). Los primeros obtienen primas, mientras que los segundos no, y la creciente demanda de competencias generales está teniendo un efecto importante en la distribución de los ingresos (Autor, 2014; Goos *et al.*, 2014; Michaels *et al.*, 2013). Así pues, la posmodernización afecta de dos formas a la clase media con una escasa capacitación: por un lado, la productividad creciente permite que las empresas reemplacen mano de obra por capital, lo que da lugar a una producción relativamente constante de bienes manufacturados al tiempo que la participación de la fuerza de trabajo en la industria se ha desplomado, y, por otro, esos trabajadores solo pueden acceder a empleos con una remuneración baja en el sector de los servicios. Además, dado que los empleos en dicho sector, tanto los de alta como de baja cualificación, tienen requisitos mínimos de fuerza bruta, las mujeres tienen cada vez más la capacidad de competir por ellos en igualdad de condiciones con los hombres (Iversen y Rosenbluth, 2010). Por un lado, esto ha contenido el aumento de la desigualdad en el seno familiar, ya que el hogar con dos ingresos se ha convertido cada vez más en la norma; pero, por otro, los hombres se han encontrado en unos mercados laborales mucho más competitivos. Por último, tanto si hablamos de cualificación elevada como baja, el mercado laboral posmoderno también se caracteriza por una incertidumbre considerable (Brown *et al.*, 2006).

Es posible que los sindicatos y los estados de bienestar hubieran podido enfrentarse a estas tendencias, pero ambas instituciones se han visto sacudidas por la posmodernización y la política. Los sindicatos son más fuertes cuando trabajadores con unas características laborales similares se concentran en grandes centros de trabajo y los gobiernos los apoyan. Ya hemos apuntado que cada vez menos trabajadores están empleados en tales lugares de trabajo, dado que los empleos del sector de los servicios se dan en empresas de menor tamaño con una mano de obra más flexible, mientras que las grandes compañías que todavía existen se caracterizan cada vez más por fuerzas de trabajo globales. Nada de esto facilita la tarea a los sindicatos. En principio, se podría oponer resistencia al declive de los sindicatos si los gobiernos se comprometieran a darles apoyo, pero lo más común ha sido lo contrario en todo el mundo (post)industrial. Entre los economistas existe un consenso amplio, aunque quizá no muy profundo, en el sentido de que el impulsor fundamental de la posmodernización es el cambio tecnológico, aunque está claro que, al igual que en el caso de la era dorada de la posguerra, la globalización ha desempeñado un importante papel complementario (Desjonqueres *et al.*, 1999; Van Reenen, 2011).

Aunque la bibliografía sobre los efectos económicos de la posmodernización se centra abrumadoramente en las consecuencias estructurales (por ejemplo, los cambios en la renta nacional y su distribución) y apenas aborda los ajustes, la literatura sobre la respuesta ante la globalización (en especial el comercio y los movimientos migratorios) incluye amplias investigaciones tanto sobre el cambio estructural como sobre el ajuste, aunque no siempre está claro, en la

presentación de dichos estudios, a cuál de ellos se está aludiendo. Al pensar en los efectos del comercio en el mercado laboral, debemos distinguir entre dos tipos de impacto: un gran incremento del comercio con países con sueldos bajos y un cambio en la estructura de las condiciones del comercio (es decir, el enorme aumento de la organización global de la producción). El relato habitual de los manuales sobre la respuesta de una economía nacional a los cambios de las relaciones del comercio incluye las principales herramientas necesarias para comprender los efectos estructurales (es decir, a largo plazo) relacionados con el primero de estos impactos.¹ Desde 1990, las economías (post) industriales avanzadas han sido testigos de caídas importantes en el precio relativo de los bienes manufacturados exportados por economías en vías de desarrollo y en transición, un descenso que ha sido relacionado con los grandes incrementos en el volumen de las importaciones procedentes de esos países (Krugman, 2008; véase el texto alrededor de los gráficos 1 y 7). Como estos bienes habrían sido importables antes de la década de 1990 y, por consiguiente, estos cambios de los precios no implican un impacto negativo en la relación de intercambio, el efecto sobre los ingresos nacionales debería ser muy positivo. Es decir, los países ricos obtienen un descuento en los precios de los bienes que importan y pueden especializarse todavía más en la producción de sus productos destinados a la exportación. Por supuesto, los mismos modelos que respaldan esta conclusión también tienden a sugerir que podrían existir unos efectos distributivos considerables, desde los factores utilizados intensivamente en la producción de bienes importables hasta los utilizados intensivamente en la producción de bienes exportables.² De hecho, esta relación es la base de buena parte de las investigaciones sobre la economía política de la política comercial. Aunque la mayoría de los intentos de cuantificar la magnitud de este efecto dan lugar a unas cifras bastante pequeñas —alrededor del 10-20 por ciento del aumento de la prima en función de la cualificación a partir de 2006—, Krugman (2008) ha señalado que estas estimaciones se basan en datos demasiado escasos para permitir de forma convincente el ajuste a largo plazo postulado por la teoría, y demasiado temprano para incorporar los grandes incrementos de las importaciones procedentes de países en vías de desarrollo y en transición.

«ES PROBABLE QUE LOS MERCADOS LABORALES DEL SIGLO XXI SE CARACTERIZEN POR UNOS INGRESOS DECRECIENTES PARA LOS TRABAJADORES NO CUALIFICADOS.»

En el mismo artículo, Krugman (2008) expone el valioso argumento de que la organización global de la producción ha hecho que el análisis resulte más difícil. La elaboración de series de precios y de flujos de factores implícitos procede de definiciones de la industria que implican un grado relativamente alto de

agregación. Lo que esto significa es que podemos observar un considerable comercio intrasectorial/intraempresarial norte-sur de bienes cuya producción usa combinaciones bastante diferentes de inputs (es decir, que son productos diferentes). Esto, por lo tanto, interfiere con la inferencia empírica basada en el modelo estándar. Por un lado, desde el punto de vista de una versión multifacética del modelo estándar, implica diferencias en el precio relativo de equilibrio de los factores (es decir, el comercio con economías con unos precios de los factores bastante distintos no tiene por qué conllevar ninguna presión a favor de la igualación de los precios de los factores); pero, por otro, si uno piensa en términos de comercio implícito en cuanto a los factores, el flujo implícito de mano de obra no cualificada puede ser considerablemente mayor de lo que solemos estimar.³ Por lo menos en este aspecto, si bien la dirección del efecto del comercio sobre la prima por cualificación no parece ser problemática, su magnitud no está nada clara. Además, dado que las economías avanzadas ricas se han ajustado a los cambios en los precios/volumenes de comercios en cuestión, cualquier restitución de esos cambios daría lugar a una nueva ronda de redistribuciones (y a un descenso de los ingresos globales). Antes de regresar al asunto del ajuste, deberíamos señalar un efecto diferente de la producción organizada globalmente. Baldwin (2016) argumenta que el nuevo milenio ha sido testigo del surgimiento de una globalización cualitativamente nueva (la «segunda desagregación» de Baldwin) relacionada con la organización global de la producción consistente en la construcción de cadenas de valor que implican el intercambio de tecnología del norte por insumos más baratos procedentes del sur. Si bien esto es esencialmente coherente con la argumentación de Krugman previamente mencionada, también acarrea una asignación más inestable de tareas a lo largo de la economía global que afectaría a los trabajadores cualificados y no cualificados. Junto con la posmodernización, y en un grado considerable indistinguible de ella, es probable que los mercados laborales del siglo XXI se caractericen por unas ganancias decrecientes para los trabajadores no cualificados

El trabajo realizado por estas mujeres en una fábrica textil en la provincia de Anhui, en China, es un claro ejemplo de empleos considerados *low cost*.



y una mayor incertidumbre en lo tocante al empleo y a los ingresos a lo largo de toda la cadena de valor y la estructura de tareas. Como veremos a continuación, esto podría favorecer el surgimiento de movimientos políticos populistas.

«LA ECONOMÍA POLÍTICA INTERNACIONAL SE ENCUENTRA EN UN MOMENTO DE TRANSICIÓN.»

Una de las dificultades de aprender de las investigaciones sobre el comercio y los mercados laborales es la diferencia, más o menos no reconocida, entre los economistas especializados en el comercio y en el empleo en cuanto al foco de sus investigaciones. Esta diferencia, y el hecho de que no sea reconocida por los dos tipos de economistas, no solo dieron lugar a la falta de entendimiento entre economistas profesionales, sino que también resulta confuso para los lectores de esas investigaciones. En pocas palabras, los economistas especializados en el comercio se centran en cuestiones estructurales a largo plazo, mientras que los economistas especializados en el empleo lo hacen en los problemas que acarrear los ajustes. Aunque los economistas de todas las tendencias comprenden bien que la política estructural (la política comercial) supone una respuesta inadecuada ante los problemas de ajuste, es incuestionable que estos últimos son políticamente más importantes que los problemas distributivos a largo plazo, del tipo Stolper-Samuelson. En la década de 1980 se publicó una importante cantidad de bibliografía sobre los ajustes como respuesta a los “shocks” comerciales que mostraba, entre otras cosas, que estos costes de adaptación son heterogéneos según los sectores y los trabajadores, y especialmente duros para los trabajadores de mayor edad en sectores en declive (por ejemplo Kletzer, 2002). A medida que las preocupaciones sobre Japón y los «países recientemente industrializados» (los PRI) menguaban, también lo hicieron las investigaciones sobre este asunto, pero regresaron con fuerza renovada con la entrada de China en el sistema comercial mundial como actor protagonista. Gracias a datos mejores y unas econométricas más modernas, y con el trasfondo del «impacto de China», de una magnitud literalmente sin precedentes, los economistas especializados en el empleo han podido identificar de modo convincente grandes costes de ajustes (Autor *et al.*, 2016a). Gran parte de la retórica en torno a este trabajo sugiere que el consenso existente en las investigaciones de los años ochenta en el sentido de que el comercio no era una fuente importante del aumento a largo plazo de la prima según la cualificación (es decir, del descenso a largo plazo de las ganancias de la mano de obra no cualificada) era erróneo. Lamentablemente, esa conclusión se basa en una sencilla confusión: la primera conclusión tenía que ver con un descenso a largo plazo de la prima según la cualificación, y el trabajo reciente muestra unos grandes costes potenciales de ajuste entre los equilibrios a largo plazo. La cuestión no es que estos costes de ajuste sean insignificantes. En absoluto. Al igual que en la pérdida de empleo y de ingresos de cualquier tipo, estos costes son muy significativos para la gente que los sufre. Además, dado

que estos ajustes son esenciales para cosechar cualquier beneficio gracias al comercio, el reconocimiento de que la gente que soporta los costes es precisamente la que genera las ganancias, da lugar a una argumentación normativa sólida para justificar las ayudas para los ajustes. Es decir, no hay ningún sistema moral que proporcione una autorización para castigar al pequeño grupo de gente que asegura un beneficio para la mayoría.

Por desgracia, los argumentos morales de este tipo rara vez son eficaces desde el punto de vista político. Sin embargo, las implicaciones para la estabilidad política de un deterioro de la distribución de los ingresos y mayores riesgos para el empleo, son un asunto de preocupación general. En los últimos años, los movimientos populistas antiglobalización han conseguido un éxito sorprendente. Aunque las raíces de estos movimientos están, al parecer, más relacionadas con los trastornos asociados a la posmodernización, su éxito electoral parece estar ligado con los grandes "shocks" comerciales, y en especial con el que ha supuesto China (Autor *et al.*, 2016b; Colantone y Stanig, 2017; Jensen *et al.*, 2017; Rodrik, 2017). Tal y como sucedía en nuestro análisis de los problemas estructurales y de los ajustes en la respuesta económica frente a los impactos comerciales, es importante que quede claro que este trabajo muestra un vínculo entre la actividad política (sobre todo la populista de derechas) y el ajuste ante el impacto de China, no ante los cambios en la estructura a largo plazo de la economía. El problema, desde una perspectiva política, consiste en la imposibilidad de distinguir de manera decisiva entre estas dos fuentes de cambio. Ciertamente, lo que sucede es que el aumento del populismo de derechas precede a la segunda desagregación de Baldwin (2016) en más de un decenio, y parece estar más relacionado con la posmodernización que con la globalización (Iversen y Cusack, 2000; Iversen, 2005). Además, el vínculo entre el cambio en el estatus económico y la participación en políticas populistas no es extremadamente fuerte (Inglehart y Norris, 2016; Mudde, 2007). Por desgracia, una amenaza extranjera siempre es una mejor causa política que el cambio tecnológico. En el pasado, y al margen de la fuente de las tensiones sociales, políticas y económicas, los trabajadores relativamente no cualificados estaban más protegidos por los sindicatos y los estados de bienestar, pero ambas instituciones han sido debilitadas por la posmodernización y la globalización. Asimismo, estaban relacionadas orgánicamente con la modernidad, y, con el punto y final de la era moderna, no está del todo claro que pudieran simplemente reconstruirse aun cuando existiera la voluntad política de hacerlo.

¿Hacia dónde nos encaminamos?

La economía política internacional, que ha aportado tres cuartos de siglo de paz y prosperidad a los países que conforman su núcleo, se encuentra en un momento de transición. Las economías políticas globales y nacionales que constituyen el sistema se enfrentan a retos políticos y económicos desencadenados, en gran medida, por una transformación fundamental de la economía industrial moderna sobre la que se construyeron esas economías políticas. Algunos de estos retos se

manifiestan en forma de ajustes al cambio de las relaciones económicas globales que desempeñaron un papel crucial en ese orden. La experiencia de los años de entreguerras nos recuerda que, aunque la globalización es reversible, las consecuencias de dicha vuelta al pasado son como mínimo impredecibles, y muy probablemente nefastas. Además de los retos derivados de cambios estructurales en la economía y del efecto de esos cambios sobre los acuerdos políticos que respaldaron el liberalismo establecido del OELI de la posguerra, nos enfrentamos, por primera vez desde el final de la Primera Guerra Mundial, a la cuestión de si el sistema también está afrontando una profunda crisis de liderazgo. En el período de entreguerras, Gran Bretaña ya no era capaz de proporcionar ese liderazgo, y Estados Unidos, la única nación con la capacidad política y económica para asumirlo, creó un vacío que ayudó a destruir la primera globalización liberal (Kindleberger, 1986; Skidelsky, 1976). Aunque está claro que el compromiso colectivo con un orden semilegalizado es un sustitutivo eficaz de la hegemonía, no está en absoluto claro que semejante orden pueda sobrevivir a la renuncia a ese compromiso por parte de una nación con capacidad hegemónica. Aquí, la cuestión es si el "trumpismo" es una aberración que revertirá con el tiempo o si constituye una amenaza continuada del tipo que representó Gran Bretaña en el período de entreguerras. Irónicamente, tal y como hizo en esa época, hoy la «Pequeña Bretaña» busca socavar a la Unión Europea, la otra posible potencia mundial comprometida con el capitalismo y la democracia nacionales y con el liberalismo global. Al mismo tiempo, y al igual que en el período de entreguerras, hay una potencia emergente, China, que no parece preparada para asumir por entero el liderazgo global. En el caso de este último país, también está la cuestión de su compromiso con el capitalismo y la democracia nacionales o con el liberalismo global. El orden liberal global debe, sin duda, hacerle sitio a China, pero no está nada claro que ese orden pueda sobrevivir a China en el caso de que Estados Unidos y la Unión Europea le den la espalda. Este es un período que necesita de liderazgo, y no podemos sino esperar que este provenga de un nuevo Roosevelt, y no de un nuevo Hitler o Stalin.

Referencias bibliográficas

- Adlung, R., y M. Roy (2005), «Turning Hills into Mountains? Current Commitments under the General Agreement on Trade in Services and Prospects for Change», *Journal of World Trade*, vol. 39, núm. 6, pp. 1.161-1.194.
- Autor, D. H. (2014), «Skills, Education, and the Rise of Earnings Inequality among the “Other 99 Percent”», *Science*, vol. 344, núm. 6.186, pp. 843-851.
- Autor, D. H., D. Dorn y G. H. Hanson (2016a), «The China Shock. Learning from Labor Market Adjustment to Large Changes in Trade», *Annual Review of Economics*, vol. 8, núm. 1.
- Autor, D. H., D. Dorn, G. H. Hanson y K. Majlesi (2016b), «Importing Political Polarization? The Electoral Consequences of Rising Trade Exposure», NBER Working Paper, núm. 22.637.
- Baldwin, R. E. (2014), «WTO 2.0. Governance of 21st Century Trade», *The Review of International Organizations*, vol. 9, núm. 2, pp. 261-283.
- ¾ (2016), *The Great Convergence. Information Technology and the New Globalization*, Cambridge (Massachusetts), The Belknap Press of Harvard University Press.
- Blyth, M. (2002), *Great Transformations. Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Borchert, I., B. Gootiiz y A. Mattoo (2014), «Policy Barriers to International Trade in Services. Evidence from a New Database», *The World Bank Economic Review*, vol. 8, núm. 1, pp. 162-188.
- Bordo, M., B. J. Eichengreen y D. A. Irwin (1999), «Is Globalization Today Really Different from 100 Years Ago?», en R. Lawrence y S. Collins, eds., *Brookings Trade Forum-1999*, Washington D.C., Brookings Institution, pp. 1-71.
- Bown, C. P., y D. A. Irwin (2016), «The GATT’s Starting Point. Tariff Levels circa 1947», NBER Working Paper, p. 2.782.
- Brandt, L., y T. G. Rawski (2008), *China’s Great Economic Transformation*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Brown, C., J. C. Haltiwanger y J. I. Lane (2006), *Economic Turbulence. Is a Volatile Economy Good for America?*, Chicago, University of Chicago Press.
- Chandler, A. D. (1977), *The Visible Hand. The Managerial Revolution in American Business*, Cambridge (Massachusetts), Belknap Press. [Hay trad. cast.: *La mano visible. La revolución de la gestión en la empresa norteamericana*, Barcelona, Belloch, 2008.]
- ¾ (1994), *Scale and Scope. The Dynamics of Industrial Capitalism*, Cambridge (Massachusetts), Belknap Press. [Hay trad. cast.: *Escala y diversificación. La dinámica del capitalismo industrial*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1996.]
- Colantone, I., y P. Stanig (2017), «The Trade Origins of Economic Nationalism. Import Competition and Voting Behavior in Western Europe», BAFFI CAREFIN Centre Research Paper, pp. 2.017-2.049.
- Deardorff, A. V. (2000), «Factor Prices and the Factor Content of Trade Revisited. What’s the Use?», *Journal of International Economics*, vol. 50, núm. 1, pp. 73-90.
- , y R. W. Staiger (1988), «An Interpretation of the Factor Content of Trade», *Journal of International Economics*, vol. 24, núm. 1, pp. 93-107.
- Desjonqueres, T., S. Machin y J. van Reenen (1999), «Another Nail in the Coffin? Or Can the Trade Based Explanation of Changing Skill Structures Be Resurrected?», *The Scandinavian Journal of Economics*, vol. 101, núm. 4, pp. 533-554.
- Drake, W. J., y K. Nicolaïdis (1992), «Ideas, Interests, and Institutionalization. “Trade in Services” and the Uruguay Round», *International Organization*, vol. 46, núm. 1, pp. 37-100.
- Eichengreen, B. J. (1989), «The Political Economy of the Smoot-Hawley Tariff», *Research in Economic History*, vol. 12, pp. 1-43.
- ¾ (2007), *The European Economy since 1945. Coordinated Capitalism and Beyond*, Princeton, Princeton University Press.
- Emmenegger, P., ed. (2012), *The Age of Dualization. The Changing Face of Inequality in Deindustrializing Societies*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- Ethier, W. J. (1984), «Higher Dimensional Issues in Trade Theory», en R. W. Jones y P. Kenen, eds., *Handbook of International Economics*, Amsterdam, North-Holland, pp. 131-184.
- Finlayson, J. A., y M. W. Zacher (1981), «The GATT and the Regulation of Trade Barriers. Regime Dynamics and Functions», *International Organization*, vol. 35, núm. 4, pp. 561-602.
- Francois, J. F., y B. Hoekman (2010), «Services Trade and Policy», *Journal of Economic Literature*, vol. 48, núm. 3, pp. 642-692.
- , y D. R. Nelson (2017), «Trade Volumes and Wages. A Note», manuscrito.
- Goos, M., A. Manning y A. Salomons (2014), «Explaining Job Polarization. Routine-biased Technological Change and Offshoring», *American Economic Review*, vol. 104, núm. 8, pp. 2.509-2.526.
- Hoekman, B. (1996), «Assessing the General Agreement on Trade in Services», en W. Martin y L. A. Winters, eds., *The Uruguay Round and the Developing Countries*, Washington D.C., The World Bank, pp. 327-364.
- Inglehart, R. W., y P. Norris (2016), «Trump, Brexit, and the Rise of Populism. Economic Have-nots and Cultural Backlash», Harvard Kennedy School of Government Research Working Paper, núm. 16-026.
- Irwin, D. A., P. C. Mavroidis y A. O. Sykes (2008), *The Genesis of the GATT*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Iversen, T. (2005), *Capitalism, Democracy, and Welfare*, Cambridge, Cambridge University Press.
- , y T. R. Cusack (2000), «The Causes of Welfare State Expansion — Deindustrialization or Globalization?», *World Politics*, vol. 52, núm. 3, pp. 313-349.—, y F. M. Rosenbluth (2010), *Women, Work, and Politics. The Political Economy of Gender Inequality*, New Haven (Connecticut), Yale University Press.
- Jackson, J. H. (2000), *The Jurisprudence of GATT and the WTO. Insights on Treaty Law and Economic Relations*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.
- ¾ (2006), *Sovereignty, the WTO and Changing Fundamentals of International Law*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.

- Jensen, J. B., D. P. Quinn y S. Weymouth (2017), «Winners and Losers in International Trade. The Effects on US Presidential Voting», *International Organization*, vol. 71, núm. 3, pp. 423-457.
- Jones, R. W., y J. Scheinkman (1977), «Relevance of 2-sector Production Model in Trade Theory», *Journal of Political Economy*, vol. 85, núm. 5, pp. 909-935.
- Kindleberger, C. P. (1986), *The World in Depression, 1929-1939*, Berkeley, University of California Press. [Hay trad. cast.: *La crisis económica, 1929-1939*, Barcelona, Crítica, 1985.]
- Kletzer, L. G. (2002), *Imports, Exports, and Jobs. What Does Trade Mean for Employment and Job Loss?*, Kalamazoo (Michigan), W. E. Upjohn Institute for Employment Research.
- Krugman, P. R. (2008), «Trade and Wages, Reconsidered», *Brookings Papers on Economic Activity*, primavera de 2008, pp. 103-137.
- Lang, A., y J. Scott (2009), «The Hidden World of WTO Governance», *European Journal of International Law*, vol. 20, núm. 3, pp. 575-614.
- Leamer, E. E. (2000), «What's the Use of Factor Contents?», *Journal of International Economics*, vol. 50, núm. 1, pp. 17-49.
- Michaels, G., A. Natraj y J. van Reenen (2013), «Has ICT Polarized Skill Demand? Evidence from Eleven Countries over Twenty-five Years», *Review of Economics and Statistics*, vol. 96, núm. 1, pp. 60-77.
- Mudde, C. (2007), *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Naughton, B. (2017), *The Chinese Economy. Adaptation and Growth*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press.
- Nelson, D. R. (1989), «The Domestic Political Preconditions of US Trade Policy. Liberal Structure and Protectionist Dynamics», *Journal of Public Policy*, vol. 9, núm. 1, pp. 83-108.
- Palmeter, D. (2000), «The WTO as a Legal System», *Fordham International Law Journal*, vol. 24, núm. 1 y 2, pp. 444-480.
- Panagariya, A. (2000), «Evaluating the Factor-content Approach to Measuring the Effect of Trade on Wage Inequality», *Journal of International Economics*, vol. 5, núm. 1, pp. 91-116.
- Panizza, M., N. Pohl y P. Sauvé (2008), *GATS and the Regulation of International Trade in Services*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- Rajan, R. G., y L. Zingales (2000), «The Governance of the New Enterprise», en X. Vives, ed., *Corporate Governance. Theoretical and Empirical Perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 201-227.
- ¼ (2001), «The Firm as a Dedicated Hierarchy. A Theory of the Origins and Growth of Firms», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 116, núm. 3, pp. 805-851.
- Rodrik, D. (2017), «Populism and the Economics of Globalization», NBER Working Paper, núm. 23.559.
- Ruggie, J. G. (1982), «International Regimes, Transactions, and Change. Embedded Liberalism in the Post-war Economic Order», *International Organization*, vol. 36, núm. 2, pp. 379-415.
- Shonfield, A. (1965), *Modern Capitalism. The Changing Balance of Public and Private Power*, Londres, Oxford University Press. [Hay trad. cast.: *El capitalismo moderno. El cambio de equilibrio de los poderes público y privado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967.]
- Skidelsky, R. J. A. (1976), «Retreat from Leadership. The Evolution of British Economic Foreign Policy, 1870-1939», en B. Rowland, ed., *Balance of Power or Hegemony. The Interwar Monetary System*, Nueva York, New York University Press, pp. 149-189.
- Stolper, W., y P. A. Samuelson (1941), «Protection and Real Wages», *Review of Economic Studies*, vol. 9, núm. 1, pp. 58-73.
- Subramanian, A., y S.-J. Wei (2007), «The WTO Promotes Trade, Strongly but Unevenly», *Journal of International Economics*, vol. 72, núm. 1, pp. 151-175.
- Van Reenen, J. (2011), «Wage Inequality, Technology and Trade: 21st Century Evidence», *Labour Economics*, vol. 18, núm. 6, pp. 730-741.
- Weiler, J. H. H. (2001), «The Rule of Lawyers and the Ethos of Diplomats. Reflections on the Internal and External Legitimacy of WTO Dispute Settlements», *Journal of World Trade*, vol. 35, núm. 2, pp. 191-207.
- Wren, A., ed. (2013), *The Political Economy of the Service Transition*, Oxford, Oxford University Press.
- Yates, J. (1989), *Control Through Communication. The Rise of System in American Management*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Notas

- 1 Las investigaciones actuales han ampliado enormemente el modelo de los manuales para incluir la competencia monopolística, la heterogeneidad de las empresas y el desempleo. Los dos primeros tienden a incrementar los beneficios precedentes del comercio sin modificar mucho el análisis de los efectos distributivos, mientras que el último aumenta la complejidad del análisis sin alterar, en esencia, el principal mensaje a largo plazo del modelo de los manuales.
- 2 Esta es la implicación del teorema de Stolper-Samuelson (1941). Se trata de algo un poco delicado. Dicho teorema es aplicable estrictamente a un mundo con dos bienes y dos factores (el modelo de Heckscher-Ohlin-Samuelson). Con más bienes y factores, la dimensionalidad importa en función de la identidad de los ganadores y los perdedores y de si las ganancias y las pérdidas son reales; es decir, es inequívoca en relación con todos los precios de los bienes de consumo (Ethier, 1984; Jones y Scheinkman, 1977). La clave, en cualquier caso, es el cambio de los precios relativos, y no el volumen de negocio, aunque podríamos esperar que ambos fueran de la mano.
- 3 Por si sirve de algo, el uso de flujos de factores no me parece especialmente emocionante. Además de los problemas expuestos por Leamer (2000) y Panagariya (2000), Francois y Nelson (2017) argumentan que el motor de inferencia desarrollado por Staiger y Deardorff (Deardorff, 2000; Deardorff y Staiger, 1988) no supera una sencilla comprobación de la validez empírica del vínculo causal clave en ese motor de inferencia.

> TECNOLOGÍA AVANZADA, PERO CRECIMIENTO MÁS LENTO Y DESIGUAL: PARADOJAS Y POLÍTICAS



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



Zia Qureshi¹ es Investigador Principal Externo en el Programa de Economía y Desarrollo Globales de la Brookings Institution y asesor de varias organizaciones. Anteriormente había sido Director de Economía del Desarrollo en el Banco Mundial. Su carrera en el Banco Mundial, y anteriormente en el FMI, abarcó 35 años. Ha escrito y publicado extensamente sobre economía y desarrollo globales, incluyendo varias publicaciones insignia del Banco Mundial y el FMI. Representó al Banco Mundial en importantes foros internacionales, incluyendo el G20, y trabajó como Secretario Ejecutivo del Comité de Desarrollo conjunto del FMI y el Banco Mundial. Posee un doctorado en Economía por la Universidad de Oxford, donde fue becario Rhodes.

>TECNOLOGÍA AVANZADA, PERO CRECIMIENTO MÁS LENTO Y DESIGUAL

Las principales economías, inmersas en un proceso de rápido cambio tecnológico, han ralentizado el aumento de la productividad, lo que representa una paradoja. A la vez, se ha agravado la desigualdad de las rentas. ¿Existe un nexo entre tecnología, productividad y distribución que explique estas tendencias? Desde luego, el menor aumento de la productividad y el incremento de la desigualdad tienen causas comunes, entre las que el cambio tecnológico y su interacción con los fallos del mercado y de las políticas desempeñan un papel transversal relevante. Dar respuesta a los profundos cambios con los que las tecnologías digitales están remodelando los mercados y el trabajo exigirá mucha innovación en las políticas.

Las pruebas del cambio tecnológico, encabezado por los avances en las tecnologías digitales, se encuentran por doquier. Basta fijarse en los teléfonos móviles y los sistemas informáticos cada vez más sofisticados, las plataformas digitales que están transformando la información, la comunicación y el creciente uso de la robótica y la inteligencia artificial. La tecnología es un motor clave del incremento de la productividad permitiendo a las personas alcanzar niveles cada vez más altos de eficiencia. ¿Cómo es que dicho aumento se ha ralentizado en las principales economías durante el último par de décadas al tiempo que las tecnologías florecían? ¿Qué explica esta paradoja?

De manera simultánea, la desigualdad de los ingresos ha ido aumentando en la mayoría de las principales economías. La distribución de las rentas del trabajo y del capital se ha vuelto más desigual, y los ingresos han pasado del trabajo al capital. ¿Podrían estas tendencias en la productividad y la desigualdad, que han sido especialmente marcadas en las economías avanzadas, estar interrelacionadas?

La ralentización de la productividad y el aumento de la desigualdad de los ingresos se han convertido en dos preocupaciones predominantes de nuestra época. Su combinación provoca un crecimiento económico más débil y menos inclusivo, causa una mejora más lenta y desigual de la calidad de vida y contribuye a los problemas y divisiones sociales. Ambos están ligados a las fuerzas surgidas tras el reciente auge del populismo político en muchas economías importantes. ¿Cómo deberían responder las políticas para revitalizar la productividad e incentivar un patrón de crecimiento más inclusivo?

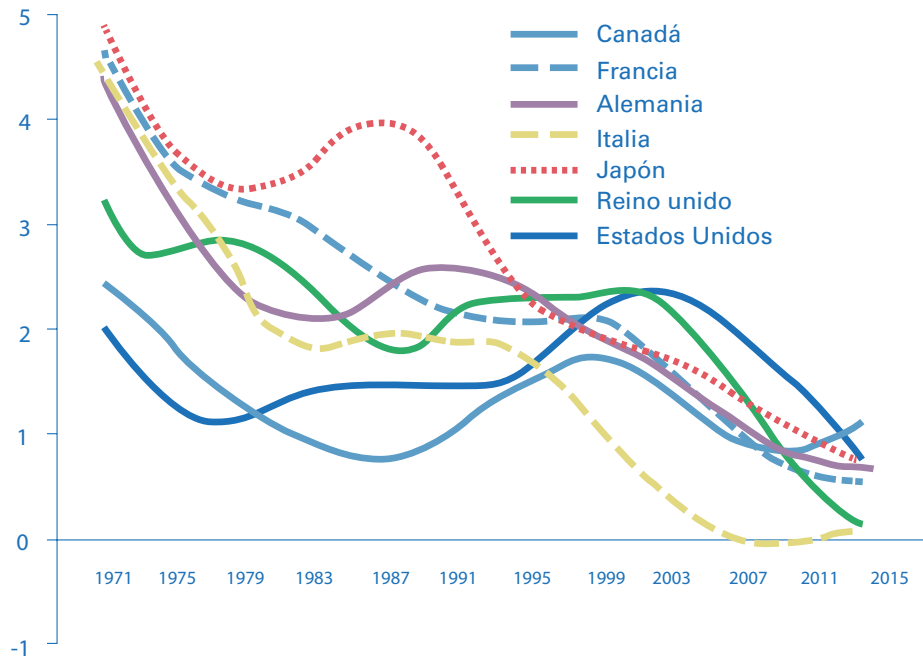
El presente artículo pretende abordar estas cuestiones a través del análisis de investigaciones recientes y en curso. Estas cuestiones son relevantes y de gran interés. Como era de esperar, han generado muchas investigaciones analíticas y debates sobre las políticas que habría que implementar. El objetivo de este texto será proporcionar una visión de conjunto de los aspectos y hallazgos clave, y sobre cómo están remodelando la agenda política.

Tecnología en auge, desaceleración de la productividad y desigualdad creciente

Las últimas dos décadas han estado marcadas por un auge de las tecnologías digitales: se han producido avances en los sistemas informáticos, la telefonía móvil, las plataformas de comunicación, la robótica, etc. ¿Cuán relevantes son estas nuevas tecnologías en cuanto a su potencial para promover la productividad y el crecimiento económico? Existe un gran debate sobre este asunto. Por un lado tenemos a los «tecnopesimistas», que creen que los avances tecnológicos recientes son intrínsecamente menos relevantes que sus predecesores y que, sencillamente, no aportan el tipo de beneficios, en términos de productividad y de crecimiento para el conjunto de la economía que permitieron avances tecnológicos anteriores, como el motor de combustión interna y la electrificación (véanse, por ejemplo, Cowen, 2011; Gordon, 2016). También creen que la mayor parte de los frutos de las tecnologías digitales ya se recogieron cuando fueron introducidas, y que las innovaciones posteriores han sido de una naturaleza incremental. En el extremo opuesto del debate tenemos a los «tecnooptimistas», que creen que las tecnologías digitales son transformadoras, que tienen la capacidad de impulsar un crecimiento rápido de la productividad, que sus beneficios están meramente sujetos a retrasos y que llegan en oleadas sucesivas (véanse, por ejemplo, Brynjolfsson y McAfee, 2011; Mokyr, 2014). Sostienen que, aun cuando se considere que los beneficios de la primera oleada de innovaciones digitales ya se han materializado, la productividad podría seguir beneficiándose de las siguientes oleadas de innovación, como los incrementos radicales de la movilidad gracias a los teléfonos inteligentes, el almacenamiento en la nube, la impresión en 3D, la inteligencia artificial y el internet de las cosas.

El punto medio en este debate lo ocupan los «tecnoadaptacionistas», que coinciden en que las nuevas tecnologías prometen futuros aumentos de la productividad, pero reconocen que la materialización de estas ganancias para cambiar no es automática y que puede verse obstaculizada por distintas barreras. Las ganancias dependen de mejoras y adaptaciones complementarias en las capacidades de la mano de obra, las estructuras organizativas y las políticas que afectan al funcionamiento de los mercados.²

Gráfico 1. Crecimiento de la productividad laboral en las economías del G7 (Producción por hora: variación porcentual anual)

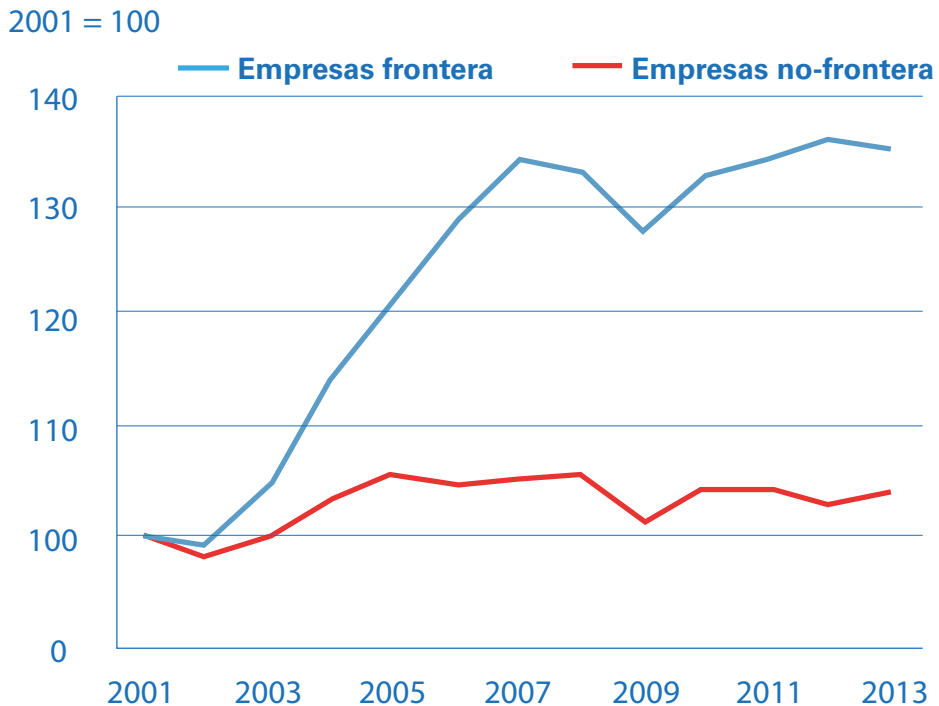


Fuente: Baily y Montalbano (2016), estadísticas de productividad de la OCDE.

¿Qué señalan las cifras? El crecimiento agregado de la productividad en la mayoría de las principales economías se ha ralentizado. El gráfico 1 muestra la evolución de la productividad laboral a lo largo de las tres últimas décadas en las siete economías más avanzadas (G7). La tendencia a largo plazo a un menor crecimiento de la productividad desde la década de 1980 es evidente. Algunas economías experimentaron un rebote en el crecimiento de la productividad en la década de 1990 y a principios de la de 2000, sobre todo en el caso de Estados Unidos, algo que parece reflejar en gran medida la adopción de innovaciones digitales en las que dicho país iba claramente por delante. Pero el rebote demostró ser efímero y el crecimiento de la productividad se volvió a desplomar a medida que la crisis financiera global acentuaba la ralentización de la productividad. Existe, por lo tanto, un elemento cíclico en la desaceleración del crecimiento de la productividad posterior a la crisis. Sin embargo, dicha ralentización precedió a la crisis. La tendencia a la desaceleración a largo plazo indica que hay factores estructurales profundos que quizá hayan frenado el ritmo subyacente del crecimiento de la productividad. Aunque el gráfico 1 se centra en las economías del G7, el crecimiento de la productividad muestra una tendencia similar en el conjunto de las economías avanzadas y, más recientemente, también en la mayoría de las principales economías emergentes.³

El análisis de la dinámica de la productividad al nivel de las empresas proporciona más datos relevantes. El aumento de la productividad ha bajado el ritmo, excepto en las empresas tecnológicas líderes. Sin embargo, se ha frenado en el resto de empresas, por lo general, de menor tamaño, ralentizando el crecimiento agregado de la productividad. El gráfico 2 muestra un claro patrón de creciente divergencia de la productividad entre las empresas de las economías de la OCDE. Viendo esta pauta, puede que el problema no sea la tecnología en sí, sino su falta de penetración. No tiene tanto que ver con que la innovación se haya debilitado, tal y como temen los tecnopesimistas, sino que hay barreras que impiden una mayor difusión de las innovaciones entre las compañías y limitan los aumentos de la productividad; un hallazgo coherente con el punto de vista de los tecnoadaptacionistas. Las brechas crecientes en el comportamiento de la productividad entre empresas explican, en parte, la contradicción entre una tecnología que progresa y una ralentización del crecimiento de la productividad total.

Gráfico 2. Aumento de la productividad del trabajo en los países de la OCDE: datos a nivel de empresas

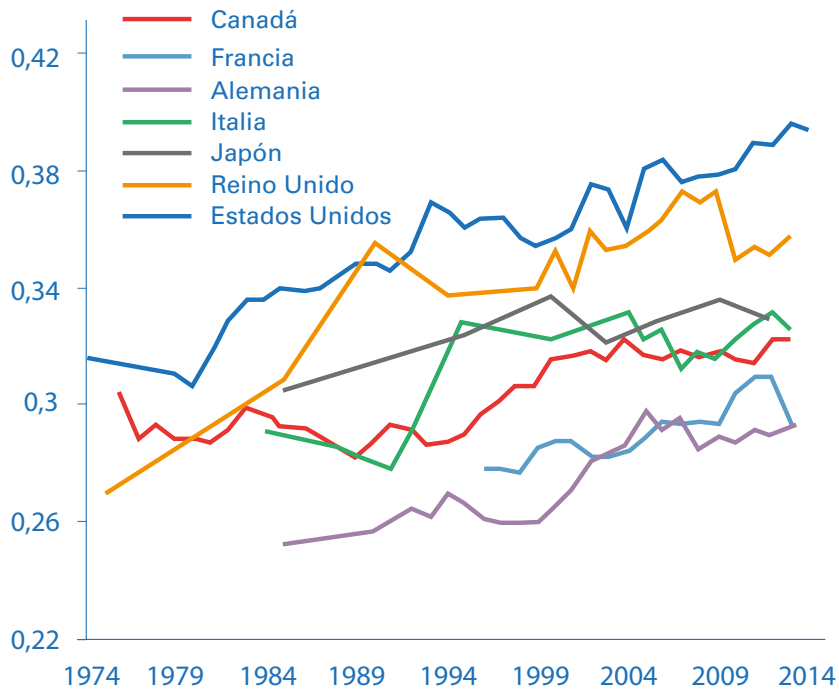


Fuente: Andrews et al. (2016), estadísticas de productividad de la OCDE. Las «empresas frontera» son aquellas que se hallan entre el 5% con una mayor productividad laboral dentro de cada industria de dos dígitos según los códigos NAICS. Los datos incluyen compañías de 24 países de la OCDE.

Un punto de vista que ha ganado credibilidad acerca de esta contradicción, es que puede ser ilusoria. Según este enfoque, se subestima la productividad porque las estadísticas no logran captar plenamente las ganancias de las nuevas tecnologías en cuanto a mejoras de la calidad, variedad de los productos y la oferta de bienes y servicios que aportan valor a los consumidores, pero que no tienen un precio de mercado (como las búsquedas en Google). Las investigaciones muestran que los beneficios de las nuevas tecnologías están siendo, sin duda, subestimados, pero que estos errores de medición pueden explicar solo una pequeña parte de la ralentización de los beneficios económicos.⁴ En su mayor parte, la ralentización de la productividad y la paradoja que supone son reales.

Simultáneamente a la ralentización de la productividad, la desigualdad de la renta ha aumentado. El gráfico 3 muestra la tendencia de la distribución de la renta (después de impuestos y transferencias) en las economías del G7. La desigualdad ha crecido en todas ellas desde la década de 1980. Ha aumentado con especial fuerza en el extremo superior de la distribución de los ingresos. Una vez más, si bien el gráfico 3 incluye solo las economías del G7, la tendencia a una desigualdad creciente se observa en el conjunto de las economías avanzadas. El panorama es más variado en las economías emergentes, pero muchas de ellas también han experimentado un incremento de la desigualdad en el mismo período.

Gráfico 3. Aumento de la desigualdad de la renta en las economías del G7 (Índice de Gini de la renta disponible)



Fuente: Base de datos de la OCDE sobre la distribución de la renta.

La conjunción de ralentización de la productividad y el aumento de la desigualdad se ilustra claramente en el caso de Estados Unidos. La tasa de crecimiento de la productividad laboral en el decenio 2005-2015 fue por término medio menos del 50 por ciento que en la segunda mitad de la década 1990. A lo largo de ese mismo período, la desigualdad de los ingresos medida de acuerdo con la medida más general de la desigualdad (el índice de Gini), aumentó más de un 10 por ciento. El porcentaje de la renta del 1 por ciento más rico se ha más que duplicado desde principios de la década de 1980 hasta alrededor del 22 por ciento, y la mayor parte de ese aumento ocurrió desde mediados de la década de 1990.

«EN ESENCIA, LA RALENTIZACIÓN DE LA PRODUCTIVIDAD PARECE REFLEJAR UNA CRECIENTE DESIGUALDAD ENTRE LAS EMPRESAS PUNTERAS Y EL RESTO.»

¿Son estas tendencias meramente coincidentes, paralelas, o están conectadas por factores comunes? La ralentización de la productividad y el aumento de la desigualdad han sido objeto de un intenso escrutinio por parte de los economistas. Buena parte del análisis se ha fijado en ellas aisladamente, pero en tiempos más recientes los analistas han explorado posibles vínculos entre estas tendencias. Estas investigaciones han llegado a la conclusión de que la ralentización del crecimiento de la productividad y el incremento de la desigualdad están interrelacionados y tienen importantes causas comunes (OCDE, 2017a; Qureshi, 2017).

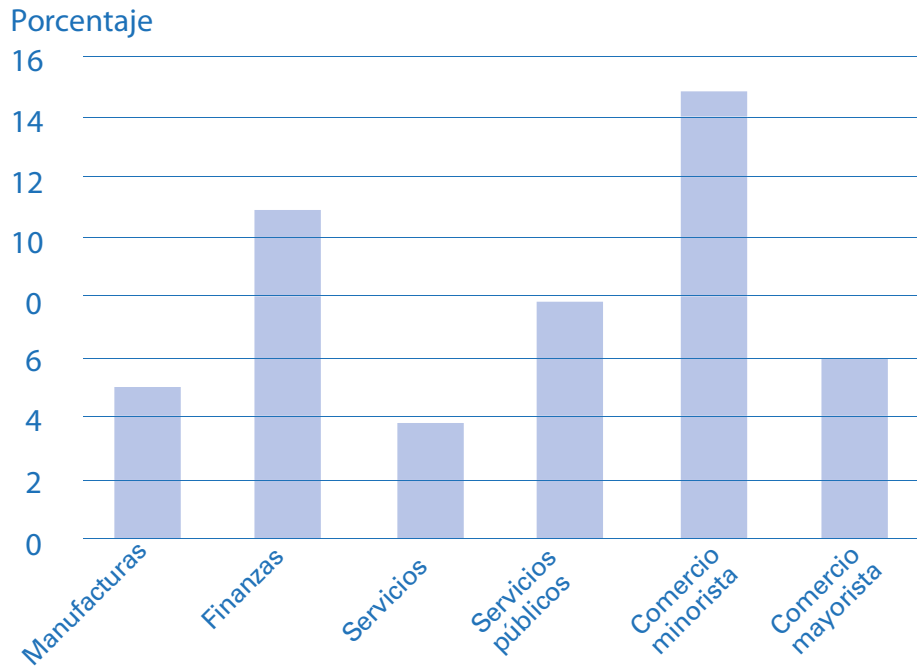
El nexo tecnología-productividad-distribución

La combinación del cambio tecnológico y las condiciones de mercado, en la medida en que están influidas por las políticas, ha sido un factor transversal clave, que ha afectado a la evolución de la productividad y de la desigualdad de rentas; la tecnología, la productividad y la distribución están vinculadas por un nexo común.

En esencia, la ralentización de la productividad parece reflejar una creciente desigualdad entre las empresas punteras y el resto. Los beneficios de las nuevas tecnologías han sido aprovechados en su mayor parte por un número pequeño de grandes compañías. El crecimiento agregado de la productividad es más lento en los sectores con una mayor divergencia de productividad entre las empresas. Los obstáculos a una mayor difusión de las nuevas tecnologías están provocando resultados ineficientes y desiguales.

Gráfico 4. Incremento de la concentración del mercado: Estados Unidos, 1982-2012

(Cambio en la participación de las cuatro principales empresas en las ventas totales en su sector)

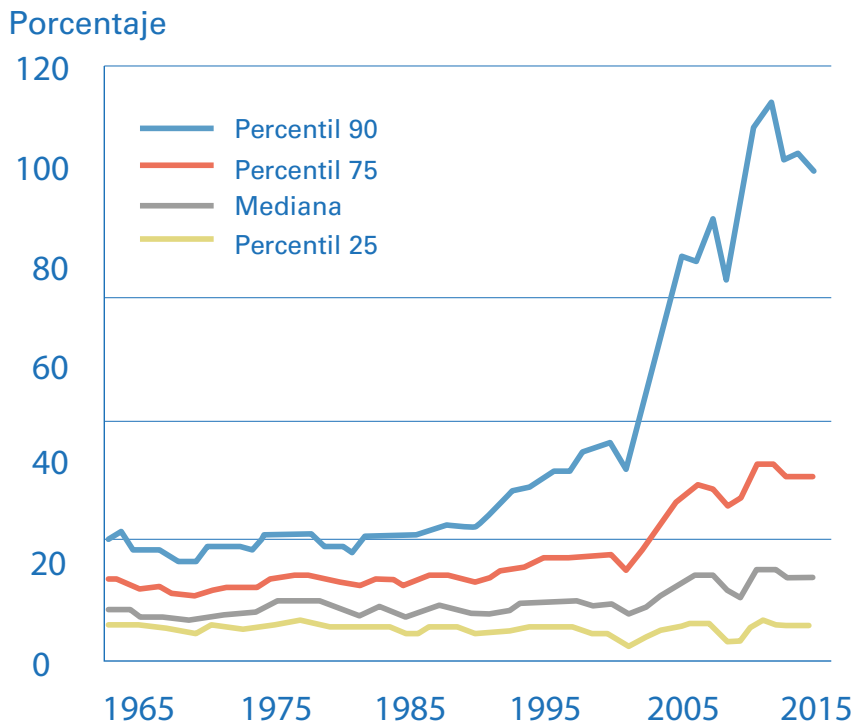


Fuente: Autor et al. (2017).

Una razón que explica estos resultados es la disminución de la intensidad competitiva en los mercados, que ha evitado que las fuerzas naturales de la competencia impidieran un aumento continuo de las diferencias de productividad entre las empresas. La erosión de la competencia se refleja en un aumento de la concentración del mercado y en un menor dinamismo empresarial, según indican los datos sobre la creación de nuevas compañías. Estas tendencias, que se aprecian en las economías avanzadas, han sido especialmente acentuadas en Estados Unidos. La participación en las ventas totales de las cuatro principales compañías en los seis sectores más importantes, ha aumentado, tal como se muestra en el gráfico 4. En 1982, las compañías jóvenes (con cinco años de vida o menos) representaban alrededor de la mitad de las empresas de Estados Unidos y aproximadamente la quinta parte del empleo total, pero estas cifras habían descendido a alrededor de una tercera y una décima parte en 2013 (Autor et al., 2017; Decker et al., 2016). En los sectores menos expuestos a las presiones competitivas, la difusión tecnológica es más débil, las disparidades de productividad entre las empresas son mayores y el crecimiento agregado de la productividad es menor (Andrews et al., 2016; Cette et al., 2016).

La distribución del rendimiento del capital entre empresas se ha vuelto también más desigual. En Estados Unidos, por ejemplo, el rendimiento del capital invertido ha mostrado grandes diferencias; la empresa típica ha experimentado un incremento moderado de su rentabilidad, pero un número relativamente pequeño de grandes compañías han reajustado beneficios muy superiores a lo normal (gráfico 5). Los mercados parecen tender hacia estructuras de oligopolio, dando lugar a unas rentas económicas más elevadas (Furman y Orszag, 2015; Stiglitz, 2016). Los resultados ineficientes y desiguales fruto de una menor competencia se han visto agravados por una mala asignación de los recursos relacionada con la financiarización (OCDE, 2015b; Philippon, 2016).

Gráfico 5. Rendimiento del capital invertido: empresas estadounidenses que cotizan en bolsa



Fuente: Furman y Orszag (2015).

Aparte de la paradoja de la productividad, el debilitamiento de la competencia ayuda a explicar otra paradoja: la de la inversión; es decir, la debilidad persistente de la inversión en las economías avanzadas a pesar de unos tipos de interés históricamente bajos. Parte de la escasez de inversión refleja factores macroeconómicos posteriores a la crisis financiera global, como una demanda agregada insuficiente y una elevada incertidumbre sobre las políticas. Otro factor

fue la reducción en incentivos para innovar e inventar debido al descenso de la competencia, y a unas mayores rentas sobre el capital existente (Égert, 2017; Gutiérrez y Philippon, 2016). Las dos paradojas se retroalimentaron: la baja inversión hundió el crecimiento de la productividad al limitar el capital y ralentizar la adopción de nuevas tecnologías al tiempo que unas menores expectativas de crecimiento de la productividad deprimieron la inversión (Ollivaud *et al.*, 2016).

Varios factores contribuyeron al debilitamiento de la competencia. Entre ellos hay que señalar: los fallos en el sistema de patentes (que actuaron como barreras para la difusión de las innovaciones), las regulaciones que limitan la competencia, el incremento del número de fusiones y adquisiciones junto con una aplicación laxa de las leyes antimonopolio, la desregulación sin el respaldo de medidas de salvaguarda de la competencia, el aumento de la búsqueda de rentas y un comportamiento empresarial tendente a la erección de barreras a la entrada mediante la diferenciación de productos y otros medios.

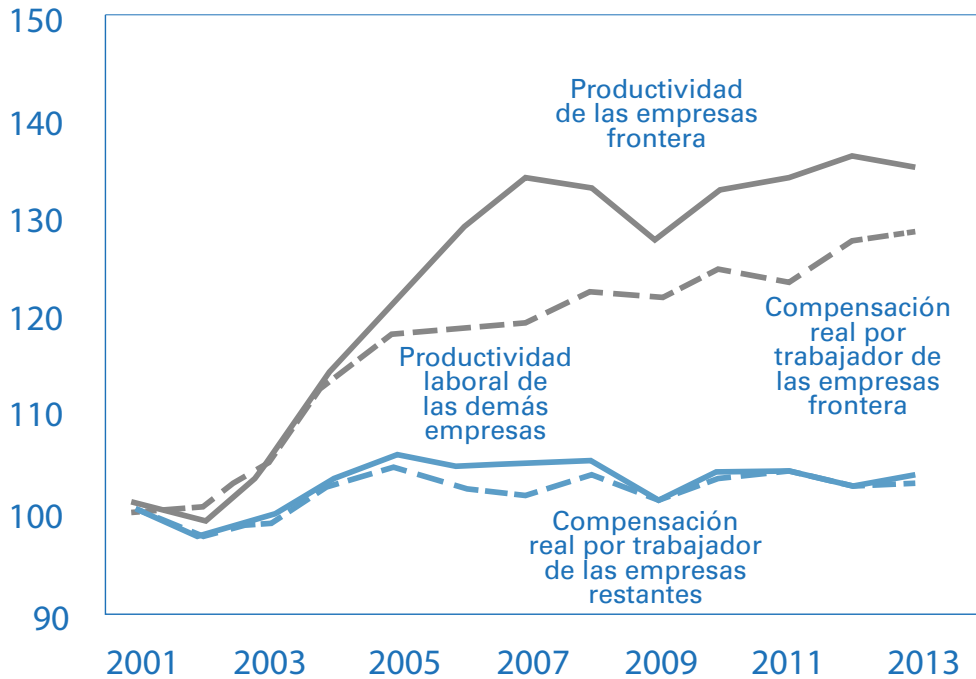
Aparte de los fallos en las políticas destinadas a incentivar la competencia, las nuevas tecnologías están contribuyendo a una mayor concentración de los mercados porque alteran la estructura de competencia, de forma que se producen resultados en los que «el ganador se lleva la mayor parte». Las tecnologías digitales, en particular, ofrecen economías de escala y efectos de red que potencian el ascenso de las empresas dominantes (y la globalización refuerza las economías de escala facilitando el acceso a los mercados de todo el mundo). La dinámica en virtud de la cual «el ganador se lleva la mayor parte» se ha visto acentuada en los sectores de alta tecnología, tal y como muestra el auge de empresas «superestrella» como Facebook y Google. Cada vez más, y a medida que las aplicaciones digitales penetran en los procesos comerciales, se está afectando a varios segmentos económicos que pueden ir desde el transporte y las comunicaciones, hasta las finanzas y el comercio minorista.

En los mercados laborales se observa una interacción entre la tecnología, la productividad y la distribución. El aumento de la desigualdad en la productividad de las empresas se ve reflejado en el incremento de la desigualdad en las rentas del trabajo. A medida que la brecha en la productividad y la rentabilidad se ensanchaba entre las empresas, también lo hacía en la de los salarios. Las desigualdades salariales han aumentado fuertemente en las dos últimas décadas, y buena parte de ese incremento es atribuible a una intensificación de las diferencias salariales entre las empresas (Song *et al.*, 2015).

Los trabajadores empleados en empresas que se encontraban en la frontera tecnológica ganaban más que los de otras compañías, pero las ganancias obtenidas por la mayor productividad de estas empresas se distribuyeron de forma desigual, de modo que el aumento de los sueldos quedó rezagado con respecto al incremento de la productividad. Los salarios aumentaron en las compañías más rentables, pero por debajo del incremento de productividad. Para la mayoría del resto de las empresas, el aumento limitado de los sueldos reflejó un crecimiento limitado de la productividad. Pero, incluso en estas compañías, el aumento de los salarios se situó por debajo de los escasos incrementos de productividad (gráfico 6).

Gráfico 6. Incremento de la productividad y diferencias salariales en los países de la OCDE

2001 = 100



Fuente: Schweltnus et al. (en prensa). Las empresas frontera son el 5% de las compañías con la mayor productividad laboral en cada sector de dos dígitos según los códigos NAICS. Los datos incluyen empresas de 24 países de la OCDE.

El desacoplamiento entre los sueldos y la productividad contribuyó al declive de la participación de la mano de obra en la renta total. La mayoría de las economías de la OCDE han experimentado una creciente desigualdad salarial y un descenso de la participación de los salarios en la renta nacional a lo largo de las dos últimas décadas. En Estados Unidos, por ejemplo, la participación del trabajo en los ingresos totales de los sectores no agrícolas cayó desde el entorno del 65 por ciento hacia el año 2000, a alrededor del 55 por ciento en 2015. La mayor concentración del mercado también desplazó la renta desde el trabajo hacia el capital al reasignar el trabajo hacia empresas dominantes, con unos beneficios superiores a lo normal y una menor participación del trabajo en los ingresos (Autor, 2017). Las compañías dominantes no solo adquirieron un mayor poder monopólico para incrementar los márgenes de beneficio en los mercados de productos, sino también un poder monopsónico para dictar los salarios en el mercado laboral (CEA, 2016). Estos procesos reforzaron el efecto del cambio tecnológico sustitutivo de la mano de obra sobre la distribución de la renta entre

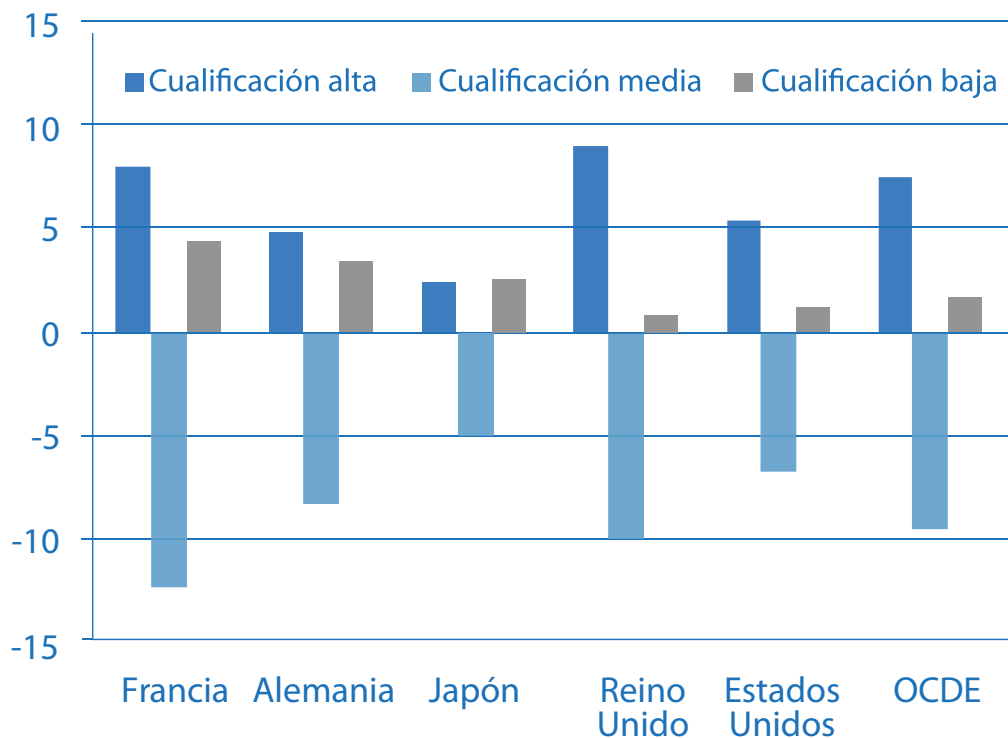
el trabajo y el capital. El desplazamiento de la renta desde la mano de obra hacia el capital incrementó la inequidad general, ya que la propiedad del capital es muy desigual.⁵ En las economías avanzadas, el comercio internacional y la deslocalización también contribuyeron al desplazamiento de los ingresos hacia el capital. En general, las pruebas indican que el papel de la globalización en el descenso de la participación de la mano de obra en la renta, ha sido más limitado en comparación con la del cambio tecnológico y los fenómenos asociados a él (FMI, 2017).

Las tecnologías digitales y la automatización han desplazado la demanda de mano de obra hacia los perfiles de mayor nivel técnico y directivo. En particular, ha disminuido la demanda de las cualificaciones rutinarias y de nivel medio, que son más vulnerables a la automatización, como los empleos de tipo contable y

«LAS TECNOLOGÍAS DIGITALES Y LA AUTOMATIZACIÓN HAN DESPLAZADO LA DEMANDA DE MANO DE OBRA HACIA LOS PERFILES DE MAYOR NIVEL TÉCNICO Y DIRECTIVO.»

administrativo, y los dedicados a la producción masiva. Los mercados del trabajo han visto una creciente polarización: ha caído la participación en el empleo de los trabajos que requieren una cualificación media y ha aumentado la de los trabajos que requieren una cualificación más alta, como los profesionales técnicos y los gerentes (gráfico 7). La participación en el empleo de los trabajos con una cualificación baja también se ha incrementado, pero sobre todo en trabajos manuales no rutinarios en servicios, como los cuidados personales, que son difíciles de automatizar. Una novedad simultánea ha sido el crecimiento de la *gig economy* o «economía del mercado informal», con más trabajadores sujetos a acuerdos laborales no convencionales, como los contratos temporales o a tiempo parcial y el empleo por cuenta propia.

Gráfico 7. Polarización de los empleos en los países de la OCDE
 (Variación porcentual de la participación en el empleo según el nivel de cualificación, 1995-2015)



Fuente: Base de datos de empleo de la OCDE. La media de la OCDE incluye 24 países. En el caso de Japón, 1995-2010.

La oferta de personal cualificado ha respondido con lentitud a la demanda cambiante. La educación y la formación han estado perdiendo la carrera con la tecnología (Goldin y Katz, 2008; Autor, 2014). La paradoja de la ralentización del aumento de la productividad en medio de un auge de la tecnología se explica, en parte, por la escasez de trabajadores con las cualificaciones técnicas y de alto nivel que demandan las nuevas tecnologías, algo que impide una mayor difusión de las innovaciones por las diferentes economías. Los trabajadores con cualificaciones complementarias a las nuevas tecnologías se han concentrado cada vez más en las empresas líderes que se encuentran en la frontera tecnológica. En todos los sectores, los desajustes de las cualificaciones han aumentado: en los países de la OCDE, en media, alrededor de una cuarta parte de los trabajadores creen que hay un desajuste entre sus cualificaciones y las requeridas por su trabajo (Adalet McGowan y Andrews, 2015). La relativa escasez de personal altamente cualificado ha incrementado las primas de cualificación y las diferencias salariales, acentuando aún más la desigualdad de renta (Hanushek *et al.*, 2013; Autor, 2014). Aunque la proliferación de los empleos no convencionales trajo mayor

flexibilidad al mercado laboral, probablemente también contribuyó a un incremento de la desigualdad salarial, ya que los trabajos no convencionales (especialmente en los niveles de cualificación más bajos) suelen ir asociados a menores ingresos que los trabajos convencionales.

Productividad y equidad: una agenda dinámica común

Para conseguir un crecimiento más sólido e inclusivo, la tendencia a la ralentización de la productividad y el aumento de la desigualdad debe revertirse. Productividad y equidad suelen verse en los debates económicos como un *trade-off*, pero investigaciones recientes apuntan a importantes complementariedades entre ambas. Las causas de la ralentización del aumento de la productividad y de la creciente desigualdad están íntimamente interrelacionadas, con lo que hay margen para políticas *win-win* que corrijan los dos fenómenos. Inevitablemente hay *trade-offs*, y las fuerzas subyacentes, como la tecnología y la globalización, siempre producirán ganadores y perdedores. Sin embargo, las políticas pueden ayudar a equilibrar estos impactos. Los vínculos entre la productividad y la equidad requieren de un enfoque integrado para elaborar una agenda de políticas destinadas a promover estos objetivos, una agenda que pueda aprovechar las sinergias y mitigar los *trade-offs*.

«LA RELATIVA ESCASEZ DE PERSONAL ALTAMENTE CUALIFICADO HA INCREMENTADO LAS PRIMAS DE CUALIFICACIÓN Y LAS DIFERENCIAS SALARIALES.»

La agenda de políticas para promover la productividad y la equidad no es solo común, sino también dinámica. La tecnología está continuamente cambiando el marco económico de manera significativa. Está modificando las reglas de competencia en los mercados, la naturaleza del trabajo y la demanda de cualificaciones. Estos cambios tienen implicaciones profundas desde el punto de vista de las políticas. Exigirán un pensamiento nuevo y original y una mentalidad inclusiva.

Un ámbito clave es el de la revitalización de la competencia. Las reformas regulatorias deberían aspirar tanto a eliminar las regulaciones que impiden la competencia como a asegurar que se implementen normas y regulaciones que eviten el abuso del poder del mercado. Existe un amplio margen para la reforma regulatoria en las economías de la OCDE, especialmente en sectores de redes y servicios (OCDE, 2017b). En dichas economías, las fusiones y adquisiciones se han más que duplicado desde la década de 1990. Dada la mayor concentración industrial, el establecimiento de regímenes antimonopolio más fuertes merece una atención especial. Es necesario repensar las leyes antimonopolio y otras

políticas de competencia de cara a la era tecnológica, en que las nuevas tecnologías tienden a generar dinámicas en las que el ganador se lleva la mayor parte y a crear monopolios casi naturales. Una vez que ocupan posiciones dominantes, las empresas se esfuerzan por atrincherarse erigiendo una serie de barreras a la entrada y desalentando la competencia y la innovación (Krugman, 2015).

Las políticas para incentivar la competencia también deben volverse más globales. Las empresas superestrella que aprovechan las fuerzas de la tecnología y la globalización suelen ser multinacionales. De forma similar a los progresos que los países de la OCDE han hecho en la fiscalidad transfronteriza para evitar la evasión fiscal a través de la transferencia de los beneficios entre países, es necesario reforzar la cooperación internacional para abordar las prácticas transfronterizas que restrinjan la competencia.

Un segundo ámbito es el de la reforma de las políticas tecnológicas para incentivar la innovación y promover su difusión. Los regímenes de propiedad intelectual deben equilibrarse, de modo que premien la innovación pero también fomenten impactos económicos más amplios. Hay evidencia de que una mayor protección de las patentes podría relacionarse con mayor concentración de los mercados, menores innovación y difusión y brechas de productividad más amplias dentro de cada sector (Andrews *et al.*, 2016; Autor *et al.*, 2017). Algunos incluso han reclamado la abolición del sistema de patentes (Boldrin y Levine, 2013). Esto parece demasiado radical, pero una revisión profunda del sistema de patentes parece imprescindible para suavizar protecciones excesivamente amplias y estrictas y dar lugar a mercados más abiertos a la competencia, que es en última instancia el principal impulsor de las innovaciones y de su penetración en todos los sectores de la economía.

La inversión pública en investigación y desarrollo (I+D), que se ha reducido en muchas de las principales economías debido a la presión fiscal, debe incrementarse. La I+D pública en investigación básica complementa la I+D privada. Muchas innovaciones exitosas desarrolladas comercialmente por el sector privado tuvieron su origen en investigación financiada por el Estado.⁶ Los programas de investigación pública deberían prestar especial atención a asegurar un amplio acceso a los frutos de la inversión pública directa en I+D, así como un acceso en pie de igualdad por parte de las empresas a cualquier incentivo a la I+D en forma de desgravación fiscal y subvenciones. Los gobiernos también podrían explorar mejores formas de recuperar parte de su inversión en investigación para fortalecer sus presupuestos para la I+D. Un mero reparto equilibrado de riesgos y recompensas de la inversión en investigación pública, marcaría un contraste positivo en el paradigma actual, en el que los riesgos se socializan pero las recompensas se privatizan.

Un tercer ámbito de mejora es la inversión en capacitación. Los avances en la digitalización, la robótica y la inteligencia artificial han llevado a algunos a plantear escenarios funestos de pérdidas de empleo masivas debidas a la automatización, como, por ejemplo, que más de la mitad de los puestos de trabajo de las economías de la OCDE podrían estar en peligro (Frey y Osborne, 2013; Banco Mundial, 2016).

Sin embargo, estimar cuántos empleos se perderán por la automatización puede que sea un enfoque equivocado, ya que solo se fija en la destrucción de empleos existentes, pero desatiende la creación de nuevos puestos de trabajo. Como hemos aprendido de episodios anteriores de automatización, el cambio tecnológico hace que algunos viejos empleos resulten redundantes, pero genera empleos nuevos complementarios con las nuevas tecnologías (Acemoglu y Restrepo, 2016). El principal problema es que la naturaleza del empleo está cambiando, y el mayor reto de las políticas es dotar a los trabajadores de las cualificaciones no rutinarias y de nivel más alto requeridas por las nuevas tecnologías y apoyarlos durante el proceso de adaptación.

Los programas de educación y formación deben fortalecerse y modernizarse para responder a las nuevas dinámicas en materia de cualificación. En vista de las necesidades de capacitación, rápidamente cambiantes, pero también del envejecimiento de la fuerza laboral en muchas economías, la educación formal tradicional debe complementarse con nuevos modelos y opciones para mejorar las aptitudes y para un aprendizaje que se prolongue durante toda la vida. El viejo ciclo de «aprende-trabaja-jubiláte» está desplazándose hacia otro de formación continua, lo cual genera la necesidad de incrementar enormemente la disponibilidad y la calidad de la educación continua. Esto exigirá innovaciones en el diseño, la prestación y la financiación de la formación, así como en la colaboración entre el sector público y el privado, entre ellas la promoción de la alfabetización digital para

Facebook es una de las cinco mayores compañías tecnológicas del mundo por capitalización bursátil junto con Apple, Google, Microsoft y Amazon.



reducir la brecha digital y aprovechar el potencial de las soluciones basadas en la tecnología, como las plataformas de aprendizaje online. Mejorar el acceso a la educación de los desfavorecidos debe formar parte de esta agenda. En muchas economías importantes, la brecha en la educación superior según el nivel de ingresos familiares se ha ampliado en lugar de reducirse.⁷

Un cuarto ámbito es la renovación de las políticas del mercado laboral y la protección social. Las instituciones del mercado laboral y los programas de protección social deben adaptarse a un mundo cambiante caracterizado por cambios más frecuentes de trabajo y más trabajadores por cuenta propia. Las reformas del mercado laboral deberían tener una visión de largo plazo y respaldar a los trabajadores mediante mecanismos de protección y políticas laborales activas que faciliten la transición hacia nuevos empleos. Las economías avanzadas necesitan, en general, ser más activas y comprometidas en la formulación de políticas de cara al futuro. La reforma de las políticas retrógradas, como la de las leyes de extrema protección de los empleos, actualmente en curso en Francia, tiene una relevancia especial para las economías europeas.

«EL VIEJO CICLO DE "APRENDE-TRABAJA-JUBÍLATE" ESTÁ DESPLAZÁNDOSE HACIA OTRO DE FORMACIÓN CONTINUA»

Los contratos sociales, tradicionalmente basados en relaciones formales y a largo plazo entre patrono y empleado, deberán revisarse, y beneficios como la salud y la jubilación tendrán que ser más transferibles y universalmente aplicables para adaptarse a diferentes tipos de acuerdos laborales. En la actualidad hay un vivo debate sobre las opciones de reformar los sistemas de seguridad social. Las propuestas van desde mecanismos como una renta básica universal, actualmente ensayada por algunas administraciones,⁸ y distintos tipos de cuentas transferibles con la seguridad social que agrupen los beneficios sociales de los trabajadores. Francia lanzó este año una «cuenta de actividad personal» transferible que acumula los derechos de formación de los trabajadores adquiridos en distintos tipos de trabajo. Aprender de este debate y estos experimentos debería ayudar a configurar y orientar las políticas.

Conclusión

La tecnología es un poderoso motor de la productividad, del crecimiento económico a largo plazo y de la mejora de las condiciones de vida. El cambio tecnológico es inevitablemente disruptivo, y, de hecho, sus resultados positivos derivan de lo que Schumpeter llamaba la «destrucción creativa». La forma en la que las nuevas tecnologías se traducen en incrementos reales de la productividad depende, en gran medida, de cómo las políticas gestionen estos impactos y procesos. La tecnología también afecta de forma significativa a cómo se distribuyen los frutos

del crecimiento, pero, una vez más, los impactos distributivos finales dependen de cómo respondan los gobiernos.

Los avances en el campo de las tecnologías digitales suponen una gran promesa. Su potencial para aumentar la productividad no se ha explotado plenamente. De hecho, el incremento de la productividad se ha ralentizado, y la desigualdad de las rentas ha aumentado. Buena parte del discurso político reciente se ha centrado en culpar al comercio internacional del desempleo, de los recortes de salarios de los trabajadores menos cualificados y de la creciente desigualdad. Sin embargo, el factor más dominante ha sido el cambio tecnológico. Un conjunto común de factores (vinculados a la naturaleza de las nuevas tecnologías y a cómo han interactuado con los fallos de las políticas) han limitado el aumento de la productividad y han exacerbado la desigualdad. Tal y como se ha esbozado en este artículo, existe una narrativa integral que explica la interconexión de estas tendencias.

Para obtener mejores resultados en materia de productividad y equidad, las políticas deben estar a la altura de los retos de la era digital. Se puede crear un mundo mejor revitalizando la competencia e incentivando la innovación en la frontera tecnológica, así como ampliando su difusión a todas las economías, mejorando y actualizando las capacitaciones profesionales de los trabajadores y reformando los contratos sociales. Los planes de acción deberán responder a un contexto de cambio radical y continuo.

Los desafíos son enormes y la economía política de las reformas es difícil, pero, afortunadamente, las opciones de las políticas no se limitan a una elección binaria entre la productividad y la equidad. Existen políticas que pueden promover ambas. Los legisladores deberían abordarlas mediante una agenda integral de reformas.

Referencias bibliográficas

- Acemoglu, D., y P. Restrepo (2016), «The Race between Machine and Man. Implications of Technology for Growth, Factor Shares and Employment», NBER Working Paper Series, núm. 22.252, Cambridge (Massachusetts), National Bureau of Economic Research.
- Adalet McGowan, M., y D. Andrews (2015), «Labor Market Mismatch and Labor Productivity. Evidence from PIAAC Data», Economics Department Working Paper, núm. 1.029, París, OECD Publishing.
- Andrews, D., C. Criscuolo y P. Gal (2016), «The Best versus the Rest. The Global Productivity Slowdown, Divergence across Firms and the Role of Public Policy», OECD Productivity Working Paper, núm. 5, París, OECD Publishing.
- Autor, D., D. Dorn, L. Katz, C. Patterson y J. van Reenen (2017), «The Fall of the Labor Share and the Rise of Superstar Firms», NBER Working Paper Series, núm. 23.396, Cambridge (Massachusetts), National Bureau of Economic Research.
- Autor, D. (2014), «Skills, Education, and the Rise of Earnings Inequality among the “Other 99 Percent”», *Science*, vol. 344, núm. 6.186, pp. 843-851.
- Baily, M., y N. Montalbano (2016), «Why Is U.S. Productivity Growth so Slow? Possible Explanations and Policy Responses», Hutchins Center Working Paper, núm. 22, Washington D.C., The Brookings Institution.
- Banco Mundial (2016), *Digital Dividends, World Development Report 2016*, Washington D.C., The World Bank.
- Boldrin, M., y D. Levine (2013), «The Case against Patents», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 27, núm. 1, pp. 3-22.
- Byrne, D., J. Fernald y M. Reinsdorf (2016), «Does the United States Have a Productivity Slowdown or a Measurement Problem?», *Brookings Papers on Economic Activity*, primavera de 2016, pp. 109-182.
- Brynjolfsson, E., y A. McAfee (2011), *Race against the Machine. How the Digital Revolution Is Accelerating Innovation, Driving Productivity, and Irreversibly Transforming Employment and the Economy*, Lexington (Massachusetts), Digital Frontier Press. [Hay trad. cast.: *La carrera contra la máquina. Cómo la revolución digital está acelerando la innovación, aumentando la productividad y transformando irreversiblemente el empleo y la economía*, Barcelona, Antoni Bosch, 2013.]
- CEA (Council of Economic Advisers) (2016), «Labor Market Monopsony. Trends, Consequences, and Policy Responses», Washington D.C., The White House.
- Cette, G., J. Lopez y J. Mairesse (2016), «Market Regulations, Prices, and Productivity», *American Economic Review*, vol. 106, núm. 5, pp. 104-108.
- Cowen, T. (2011), *The Great Stagnation. How America Ate All the Low-hanging Fruit of Modern History, Got Sick, and Will (Eventually) Feel Better*, Nueva York (estado de Nueva York), Dutton.
- Decker, R., J. Haltiwanger, R. Jarmin y J. Miranda (2017), «Declining Business Dynamism, Allocative Efficiency, and the Productivity Slowdown», *American Economic Review*, vol. 107, núm. 5, pp. 322-326.
- Derviş, K., y Z. Qureshi (2016), «The Productivity Slump – Fact or Fiction. The Measurement Debate», *Policy Brief*, agosto de 2016, Washington D.C., The Brookings Institution.
- Égert, B. (2017), «Regulation, Institutions and Aggregate Investment. New Evidence from OECD Countries», Economics Department Working Paper, núm. 1.392, París, OECD Publishing.
- FMI (2017), «Understanding the Downward Trend in Labor Income Shares» (cap. 3), en *World Economic Outlook*, abril de 2017, Washington D.C., FMI.
- Frey, C., y M. Osborne (2013), *The Future of Employment. How Susceptible Are Jobs to Computerization?*, Oxford (Reino Unido), Oxford Martin School.
- Furman, J., y P. Orszag (2015), «A Firm-level Perspective on the Role of Rents in the Rise in Inequality», presentación para el evento «A Just Society» en honor de Joseph Stiglitz, Nueva York (estado de Nueva York), Universidad de Columbia.
- Goldin, C., y L. Katz (2008), *The Race between Education and Technology*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Gordon, R. (2016), *The Rise and Fall of American Growth. The U.S. Standard of Living since the Civil War*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Gutiérrez, G., y T. Philippon (2016), «Investment-less Growth. An Empirical Investigation», NBER Working Paper Series, núm. 22.897, Cambridge (Massachusetts), National Bureau of Economic Research.
- Hanushek, E., G. Schwerdt y S. Wiederhold (2013), «Returns to Skills around the World. Evidence from PIAAC», NBER Working Paper Series, núm. 19.762, Cambridge (Massachusetts), National Bureau of Economic Research.
- Krugman, P. (2015), «Challenging the Oligarchy», *The New York Review of Books*, 17 de diciembre de 2015.
- Mazzucato, M. (2015), *The Entrepreneurial State. Debunking Public vs Private Sector Myth*, Nueva York, (estado de Nueva York), Public Affairs. [Hay trad. cast.: *El estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*, Barcelona, RBA, 2014.]
- Mokyr, J. (2014), «Secular Stagnation? Not in Your Life», en C. Teulings y R. Baldwin, eds., *Secular Stagnation. Facts, Causes, and Cures*, Londres, CEPR Press.
- OECD (2015a), *The Future of Productivity*, París, OECD Publishing.
- (2015b), «Finance and Inclusive Growth», OECD Economic Policy Paper, núm. 14, París, OECD Publishing.

— (2017a), «The Great Divergence(s)», OECD Science, Technology and Innovation Policy Papers, núm. 3.923, París, OECD Publishing.

— (2017b), *Economic Policy Reforms 2017. Going for Growth*, París, OECD Publishing.

Ollivaud, P., Y. Guillemette y D. Turner (2016), «The Links between Weak Investment and the Slowdown in Productivity and Potential Output Growth», Economics Department Working Paper, núm. 1.304, París, OECD Publishing.

Philippon, T. (2016), «Finance, Productivity, and Distribution», artículo preparado para el proyecto Chumir-Brookings sobre el Gran Reto de las Políticas, octubre de 2016, Washington D.C., The Brookings Institution.

Piketty, T. (2014), *Capital in the Twenty-first Century*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press. [Hay trad. cast.: *El capital en el siglo XXI*, Barcelona, RBA, 2015.]

Qureshi, Z. (2017), «Productive Equity and Why It Matters to the G20», *UpFront*, Washington D.C., The Brookings Institution.

— (2016), «The Productivity Outlook. Pessimists versus Optimists», *Policy Brief*, agosto de 2016, Washington D.C., The Brookings Institution.

Schwellnus, C., P.-A. Pionnier y M. Pak (en prensa), «The Structural and Policy Determinants of Wage-productivity Decoupling. Industry-and Firm-level Evidence», Economics Department Working Paper, París, OECD Publishing.

Song, J., D. Price, F. Guvenen, N. Bloom y T. von Wachter (2015), «Firming up Inequality», NBER Working Paper Series, núm. 21.199, Boston (Massachusetts), National Bureau of Economic Research.

Stiglitz, J. (2016), «Monopoly's New Era», *Project Syndicate*, 13 de mayo de 2016.

Syverson, C. (2016), «Challenges to Mismeasurement Explanations for the U.S. Productivity Slowdown», NBER Working Paper Series, núm. 21.974, Boston (Massachusetts), National Bureau of Economic Research.

Turner, S. (2017), «Education Markets. Forward-looking Policy Options», Hutchins Center Working Paper, núm. 27, Washington D.C., The Brookings Institution.

Notas

- 1 Este artículo recurre, entre otras obras, a investigaciones en curso del autor en el marco de un proyecto sobre el cambio tecnológico, la productividad y la desigualdad que está siendo llevado a cabo conjuntamente por la Brookings Institution y la Fundación Chumir de Ética en el Liderazgo. Al autor le gustaría agradecer el apoyo de ambas instituciones. No obstante, los puntos de vista expresados en este artículo son los del autor.
- 2 Véase Qureshi (2016) para una visión de conjunto de los distintos puntos de vista en este debate.
- 3 Aunque aquí se analizan las tendencias de la productividad en términos de la productividad laboral, las basadas en la productividad de todos los factores presentan una imagen claramente similar (OCDE, 2015a).
- 4 Véanse Byrne *et al.* (2016) y Syverson (2016). Derviş y Qureshi (2016) proporcionan una visión de conjunto del debate sobre las mediciones.
- 5 El papel de la propiedad desigual de la riqueza y de los rendimientos de la misma como fuentes de desigualdad han sido enfatizados especialmente por Thomas Piketty en su superventas de 2014 (Piketty, 2014).
- 6 Ejemplos recientes frecuentemente mencionados en este contexto son internet, el algoritmo básico de búsqueda de Google y características clave de los teléfonos inteligentes de Apple (Mazzucato, 2015).
- 7 En Estados Unidos, por ejemplo, la incapacidad de inscribirse en las universidades y el abandono de los estudios universitarios según el nivel de ingresos familiares han aumentado a lo largo de las últimas décadas (Turner, 2017).
- 8 Existe, por ejemplo, un programa piloto de dos años en Finlandia y otro en Ontario (Canadá).

> EL IMPACTO DE LA TECNOLOGÍA EN EL CRECIMIENTO Y EL EMPLEO



Comparte el contenido de este artículo en tus redes sociales



Smart Card
powered by



Adam Saunders da clases en la Facultad Sauder de Negocios de la Universidad de la Columbia Británica. Sus investigaciones aspiran a cuantificar los activos intangibles relacionados con la tecnología que están desempeñando un papel importante en la generación de valor de mercado y productividad. También está estudiando cómo la tecnología de la información está modificando el campo de juego competitivo entre las empresas estadounidenses. Sus investigaciones han aparecido en *The New York Times*, *The Economist*, *Nature*, *CBC*, *Forbes*, *The National Review*, y *CIO Magazine*. Es, junto con Erik Brynjolfsson, coautor del libro *Wired for innovation: How information technology is reshaping the economy* (MIT Press, 2010).

Adam es un apasionado de la enseñanza, y ha obtenido los galardones Sauder Alumni Talking Stick a la innovación pedagógica y UBC Commerce Undergraduate Society a la excelencia en la educación, y ha sido nominado al galardón UBC Killam Teaching Award a la excelencia en la educación de estudiantes universitarios.

Antes de llegar a la Facultad Sauder, Adam fue Profesor e Investigador Postdoctoral en la Facultad Wharton de la Universidad de Pennsylvania, y anteriormente había trabajado para el Consejo de Asesores Económicos de la Casa Blanca en Washington, D.C. Posee un doctorado en Dirección de Empresas por la MIT, y una Licenciatura en Económicas *summa cum laude* con un Diploma en Finanzas por la Universidad de Princeton. Adam creció en Toronto y vive con su mujer y sus dos hijos en Vancouver.

>EL IMPACTO DE LA TECNOLOGÍA EN EL CRECIMIENTO Y EL EMPLEO

La tecnología siempre ha alimentado el crecimiento económico, mejorado las condiciones de vida y abierto vías a nuevos y mejores tipos de trabajo. Los recientes avances en inteligencia artificial y aprendizaje automático, que nos trajeron a *Watson* y los coches sin conductor, marcan el inicio de un cambio radical en el mundo, tal y como lo conocemos. Para navegar por el inestable mercado laboral y aprovechar las abundantes oportunidades ofrecidas por las nuevas tecnologías, debemos encontrar una forma de adaptarnos más rápidamente. Mediante la actualización continua de nuestras habilidades y buscando unos acuerdos laborales alternativos, podemos «correr con las máquinas». Nos guste o no, el cambio está llegando, y el peor movimiento de todos consistiría en ignorarlo.

Introducción

Los recientes avances en inteligencia artificial y aprendizaje automático, que nos trajeron a *Watson* y los coches sin conductor, marcan el inicio de un cambio radical en el mundo, tal y como lo conocemos. Pero las grandes innovaciones, ampliamente utilizadas, que mejoran con el tiempo, y tienen efectos colaterales que generan nuevas innovaciones, han existido desde los inicios de la historia, remontándose a las primeras herramientas de metal, la rueda y la invención de la escritura. Estas innovaciones son lo que se conoce como tecnologías de uso general (*general purpose technologies* o GPT)¹, que han cambiado el curso de la historia. Las GPT «interrumpen y aceleran la marcha normal del progreso económico».² En otras palabras, hacen que las personas sean más productivas y mejoran las condiciones de vida. También ayudan a abrir caminos a nuevos tipos de trabajo.

Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee dividen sucintamente el progreso histórico en dos «eras» de las máquinas.³ La primera era de las máquinas se remonta a la invención de la máquina de vapor por James Watt en 1775. Este hecho trajo consigo una explosión de innovación y a una mejora tal de las condiciones de vida, que el estadounidense medio actual disfruta de una calidad de vida inimaginable siquiera para los nobles más ricos de aquella época. La «segunda era de las máquinas» empezó en la década de 1990, y se caracteriza por tres factores: (1) aumentos exponenciales en la potencia informática, lo que se conoce como la ley de Moore; (2) la agilidad y el poder de las tecnologías digitales (incluida su capacidad de replicar ideas y productos a coste cero o muy bajo); y (3) nuestra capacidad creativa para

aprovechar ideas como si fueran ladrillos para generar innovaciones (lo que recibe el nombre de crecimiento recombinante).⁴

Lo que resulta más sorprendente es que la «ley de Moore», que ha provocado tantos cambios en el progreso tecnológico, ha resistido asombrosamente bien a lo largo de los años. En 1965, Gordon Moore, entonces director de investigación y desarrollo (I+D) en Fairchild Semiconductor, predijo que la potencia global de procesamiento de los ordenadores (o el número de transistores en un circuito integrado) se doblaría cada año. Esta predicción se conoció con el nombre de ley de Moore (Moore revisó su predicción en 1975 y dijo que eso sucedería cada dos años. Más adelante se convirtió en el director ejecutivo de Intel). Aunque Moore hizo, originalmente, su predicción para un período de diez años, los incrementos exponenciales en computación se han seguido produciendo hasta la actualidad. Además, William Nordhaus ha remontado la Ley de Moore a las primeras máquinas calculadoras de alrededor de la década de 1850.⁵ El crecimiento exponencial de la potencia informática hace parecer que las nuevas tecnologías surgiesen de la nada; sin embargo, han estado ahí (aunque también eran muy caras y raras) desde hace bastante tiempo. En el pasado, solo los ricos podían beneficiarse de las últimas innovaciones.

«UNA FORMA SENCILLA DE PREVER EL FUTURO CONSISTE EN VER QUÉ ES LO QUE TIENE LA GENTE RICA DE HOY.»

Brynjolfsson y McAfee, ilustran esta extraordinaria velocidad de progreso comparando las tecnologías disponibles en 1996 y en 2006: en 1996, el ASCI Red era el superordenador más rápido. Su desarrollo costó 55 millones de dólares, y ocupaba un espacio equivalente al 80 por ciento de una pista de tenis en los Sandia National Laboratories, en Nuevo México. Necesitó de tanta electricidad como la necesaria para abastecer a 800 hogares. En 1997, alcanzó los 1,8 teraflops. En 2006, diez años después de la presentación del ASCI Red, la videoconsola Sony Playstation 3 alcanzó los 1,8 teraflops. Costaba solo 500 dólares, requirió de menos de un décimo de metro cuadrado y consumía tanta energía como una bombilla.⁶ McAfee y Brynjolfsson aportan otro ejemplo con la rápida adopción de los teléfonos inteligentes (*smartphones*): «En 2015, solo ocho años después de la aparición del iPhone, más del 40 por ciento de los adultos de 21 países emergentes y en desarrollo encuestados por el Pew Research Center informaron de que tenían un teléfono inteligente. En 2016, se vendieron aproximadamente 1.500 millones más».⁷

A modo de disquisición teórica, pensemos en la potencia informática que tendremos en las manos en veinte años si la ley de Moore no pierde su vigencia (y no tenemos razón alguna para pensar lo contrario, dada su larga trayectoria). Supongamos que los costes informáticos se reducen a la mitad cada 18 meses. Entonces, mil dólares de potencia informática actual (aproximadamente el precio de un iPhone 8 Plus libre con 256 GB de memoria en 2017) costarían menos de

diez centavos de dólar en 2037⁸ (si eso puede parecer sorprendente, podemos preguntarnos cuánto pagaríamos por un teléfono móvil de hace veinte años). Si asumimos que los consumidores de dentro de veinte años estarían dispuestos a pagar mil dólares por cualquier teléfono inteligente que hubiera en el mercado entonces, ¿cuál sería el coste de esas tecnologías si pudiéramos obtenerlas en la actualidad?: algo más de diez millones de dólares.⁹ Imagina que pudieras tener un teléfono inteligente con diez millones de dólares de potencia informática. Esa es una somera aproximación de lo que todos tendremos en las manos en unas dos décadas. En otras palabras, como dice Hal Varian, economista Jefe de Google: «Una forma sencilla de prever el futuro consiste en ver qué es lo que tienen hoy los ricos».¹⁰

Tecnología y empleo

El estadounidense medio actual dispone de mejores cuidados médicos, mejor acceso a la información y mejores formas de comunicarse y viajar que la gente más rica del mundo en un pasado no tan lejano. Hemos experimentado una mejora espectacular de las condiciones de vida, cuyo «factor determinante más importante [...] en todos los países y a lo largo del tiempo» es la productividad laboral.¹¹ La productividad, equivalente a la producción dividida entre los recursos utilizados (como el capital, el empleo, la energía, los materiales y los servicios) aumenta cuando desplegamos la tecnología.¹² El Consejo de Asesores Económicos (Council of Economic Advisors) aporta un ejemplo de las mejoras increíbles en la productividad agrícola a lo largo de las dos últimas décadas: «En 1830, a un agricultor le llevaba 250-300 horas producir 100 *bushels* (2.700 kilos) de trigo. En 1890, con maquinaria tirada por caballos, tardaba solo 40-50 horas producir esa misma cantidad. Hacia 1975, con los grandes tractores y cosechadoras, un agricultor podía producir esos 2.700 kilos de trigo en solo 3-4 horas».¹³ Produciendo más con el mismo nivel de recursos, las máquinas agrícolas redujeron los costes de producción. Como resultado, los alimentos se volvieron más asequibles y se hizo más improbable que la gente muriese de hambre. Además, la mayor productividad como consecuencia de la automatización del trabajo agrícola, condujo a los trabajadores agrícolas a emigrar a las ciudades, donde ayudaron a que la economía industrial se desarrollara y creciera. Se crearon nuevos bienes y servicios y el consumo aumentó. La productividad creció todavía más a medida que la automatización redujo los costes, haciendo que los transportes, los cuidados sanitarios, la educación y el gobierno fueran más asequibles.¹⁴

En general, la tecnología ha incrementado el tamaño del "pastel del excedente económico", y ha redistribuido buena parte de él a los consumidores. Tengamos en cuenta un ejemplo: cuando Amazon ofrece una entrega gratuita el mismo día o al día siguiente, esa entrega no es realmente gratuita, ya que a Amazon le cuesta recursos importantes conseguirlo. Los beneficios de las inversiones de Amazon en automatización y mejoras en su cadena de suministro se reflejan en forma de una combinación de precios más bajos, una mayor variedad y una entrega más

rápida, mientras la compañía compite para ganarse a los consumidores. Desde esta perspectiva podemos comprender cómo es posible que William Nordhaus haya estimado que un 96 por ciento de los beneficios de la tecnología van a los consumidores y no a los productores.¹⁵

Por muy maravillosos que hayan sido los beneficios de la tecnología, también se están dando en un entorno de creciente desigualdad, una clase media decreciente y dificultades a la hora de encontrar empleo. Desde la década de 1940 hasta la de 1970, las rentas de todos los niveles crecieron a aproximadamente al mismo ritmo en Estados Unidos. Sin embargo, desde entonces, los estadounidenses más ricos han observado importantes aumentos en sus rentas y su participación en la riqueza, mientras que el resto ha registrado alzas mucho más modestas. Y al tiempo que la clase media estadounidense se ha reducido, una lamentable epidemia de dependencia a los opiáceos ha asolado el país en regiones con un alto nivel de desempleo.¹⁶

Por consiguiente, es importante que recordemos que la automatización no tiene un efecto universal sobre el desempleo: una máquina puede ser un *sustitutivo* o un *complemento* de la mano de obra humana.

Una máquina puede sustituir a la mano de obra humana cuando tiene la capacidad de producir más que el trabajador por el mismo coste (como el de su salario), o tanto como el trabajador por una fracción del precio. Esto tiene más posibilidades de ocurrir cuando las tareas del trabajador son rutinarias y codificables: es decir,

Trabajadores de almacén de Amazon en Inglaterra preparando la campaña de Navidad.



cuando las instrucciones de las tareas pueden traducirse en forma de un código para que un ordenador las lleve a cabo. Además, es mucho más probable que la automatización pueda reemplazar a trabajadores en entornos controlados y simplificados. Aunque los ordenadores pueden llevar a cabo los cálculos más complejos en milisegundos, es mucho más difícil hacer que una máquina escriba novelas o cuide de los hijos de forma tan eficaz como lo hacen los humanos.

Las máquinas complementan la mano de obra cuando permiten que los trabajadores sean más productivos, pero al mismo tiempo, no pueden reemplazar (por lo menos *completamente*) al trabajador. En otras palabras, la automatización que complementa la mano de obra humana hace que a la gente le resulte más fácil llevar a cabo su trabajo y se concentre en aquello en lo que los humanos sobresalen, como la generación de ideas, la resolución de problemas y la comunicación compleja: todo aquello en lo que las máquinas no son buenas.¹⁷ Por ejemplo, las calculadoras, las hojas de cálculo y el software para la contabilidad hicieron que el trabajo de los contables resultara mucho más sencillo. Sin embargo, en su mayor parte, siguen siendo las personas las que tienen ideas y proporcionan maestría estratégica en las empresas en las que trabajan.

Hay ya distintos tipos de automatización que complementan el trabajo humano, como, los robots de recogida de *big data*, que permiten que la gente lleve a cabo un trabajo más valioso, y los telescopios, que han ayudado a las personas a hacer descubrimientos que, de otro modo, hubieran resultado imposibles. Tom Davenport y Julia Kirby se refieren a esta relación «mutuamente empoderadora» entre los humanos y las máquinas como «augmentation» que distinguen del proceso de *automatización* que reemplaza a la mano de obra.¹⁸ Además, tal y como señala David Autor, al incrementar las máquinas la productividad laboral y reducir los costes de producción, nos permiten crear bienes y servicios más fácilmente.

El mercado laboral actual

A lo largo de la historia, las máquinas han ayudado a los trabajadores a conseguir una mayor producción; pero a pesar de las preocupaciones de que la automatización haría desaparecer los trabajos o que provocaría un desempleo masivo, la tecnología ha conducido continuamente a la creación de nuevos empleos. De hecho, a medida que la productividad laboral crecía, también lo hacían los empleos (por lo menos históricamente). Pero este no ha sido el caso, y es un aspecto al que regresaremos.¹⁹

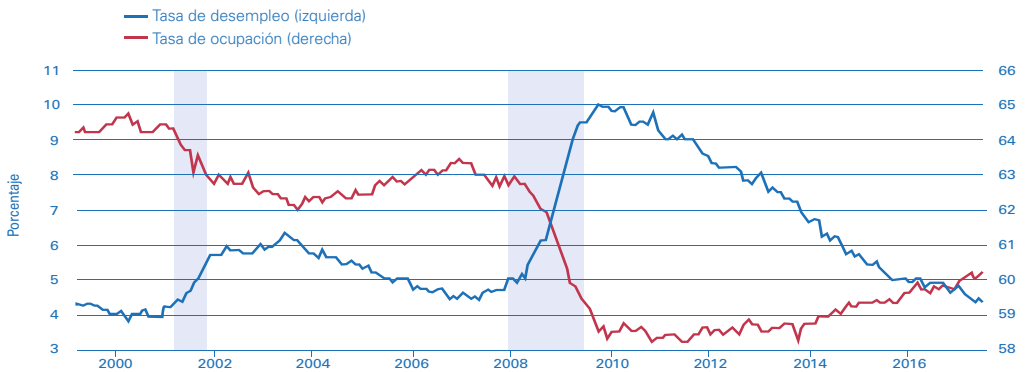
La tasa de ocupación (es decir, la proporción de toda la población estadounidense en edad laboral —de 16 o más años de edad— que está empleada) aumentó durante el siglo xx, al incorporarse cada vez más mujeres a la fuerza laboral.²⁰ La mayor productividad y los menores costes de producción debidos a las máquinas condujeron a la posibilidad de la producción en masa, que contribuyó enormemente al crecimiento económico durante ese período, además de a la evolución del consumismo, y dieron lugar a la creación de empleo. Sin embargo, como ha

señalado Autor, «no existe un aparente incremento a largo plazo» en la relación, que ha fluctuado a lo largo de los años, y ha caído especialmente durante las recesiones.²¹

Desde 2010, la tasa nacional de desempleo está bajando. En los últimos años, las tasas han reflejado los niveles experimentados antes de la Gran Recesión (gráfico 1). Pero estas estadísticas son engañosas, ya que la ocupación no ha hecho lo mismo. Antes de la recesión, en 2007, alrededor del 63 por ciento de los estadounidenses en edad laboral estaban empleados, y la tasa de desempleo se encontraba justo por debajo del 5 por ciento. En septiembre de 2017, la tasa de desempleo se ha reducido al 4,2 por ciento, mientras que la tasa de ocupación ha alcanzado una cifra ligeramente superior al 60 por ciento.²²

GRÁFICO 1: TASA DE EMPLEO Y TASA DE OCUPACIÓN EN ESTADOS UNIDOS

Fuente: Oficina de Estadísticas Laborales



Tomado del Banco de la Reserva Federal de St. Louis

Nota: las áreas sombreadas indican recesiones en Estados Unidos

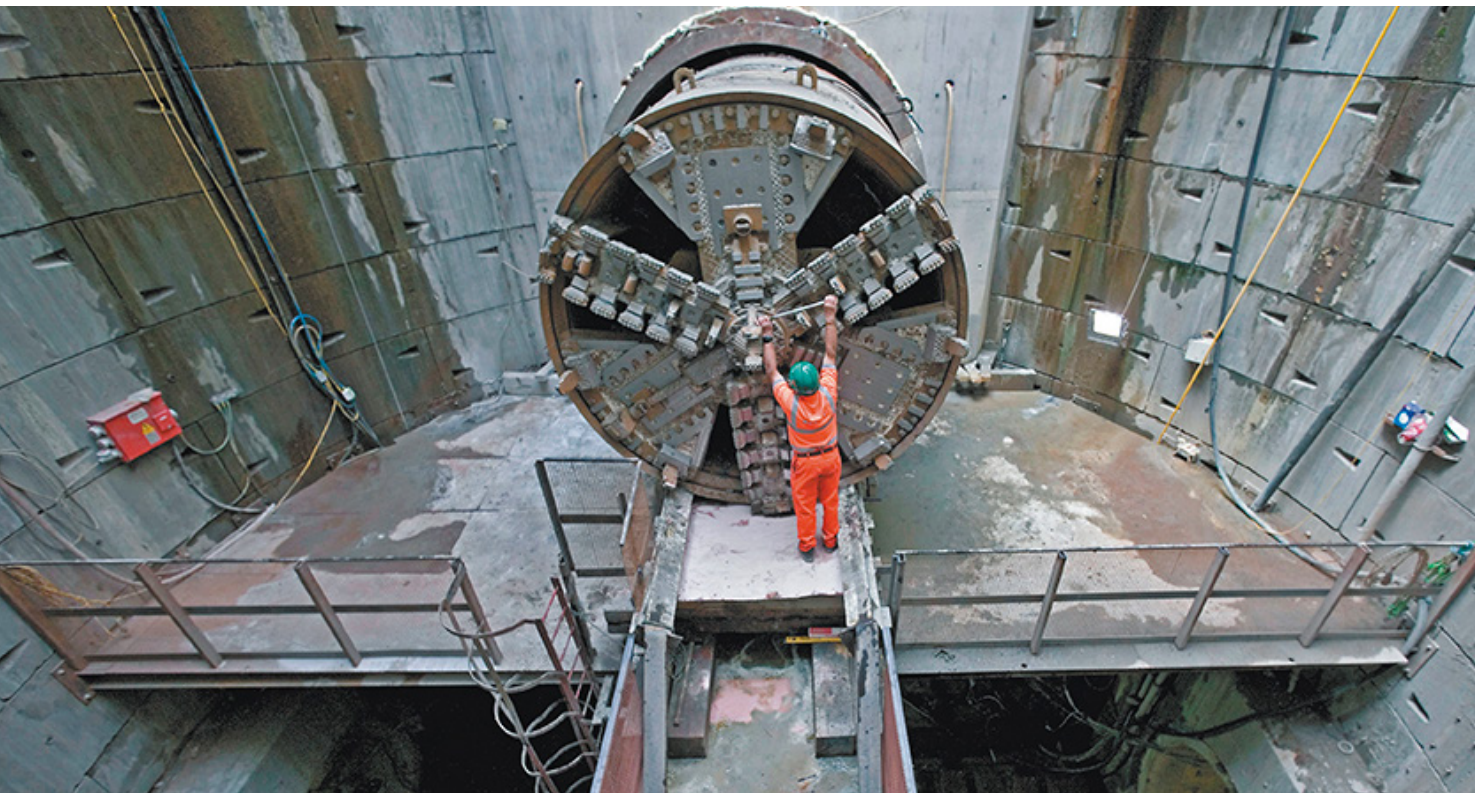
Un fenómeno que queda encubierto por la tasa de desempleo es la tendencia de las personas a abandonar la fuerza laboral. La gente categorizada como parte de la fuerza laboral es aquella que está «empleada» o "desempleada" (es decir, que no tiene trabajo, está dispuesta a trabajar y ha buscado empleo activamente en las últimas cuatro semanas). Por ejemplo, las estadísticas más recientes indican que en Estados Unidos sigue habiendo unos 6,8 millones de desempleados.²³ Sin embargo, hay alrededor de 1,6 millones de personas más que no forman parte de la fuerza laboral (es decir: no disponen de trabajo y en la actualidad no lo están buscando), pero a las que se considera «ligadas de manera marginal al mercado laboral», ya que *quieren* un empleo y *están* disponibles para ello, y lo han buscado activamente en los últimos 12 meses.²⁴ Se considera que casi medio millón de estos trabajadores están «desmotivados», ya que una de las razones de que no estén buscando empleo es que «creen que no hay trabajos para ellos».²⁵

Tomemos, por ejemplo, a un minero del carbón con educación secundaria en el estado de Virginia Occidental que tenía un salario anual de 80.000 dólares, pero que fue despedido porque se implementaron tecnologías más sofisticadas en las minas. Es improbable que ese trabajo regrese, por lo menos en Virginia Occidental. ¿Querrá este empleado trabajar como cajero por menos de un tercio de su salario anterior? Supongamos que, en lugar de ello, este minero deja de buscar trabajo porque está muy cansado de tratar de encontrar empleos similares y acaba desmotivado. Este trabajador desanimado no es incluido en la tasa de desempleo, ya que, técnicamente hablando, ya no forma parte de la fuerza laboral, al margen de cuánto desee trabajar si pudiera recuperar su antiguo trabajo.

Pensemos ahora en el futuro de un grupo más amplio de trabajadores: a medida que los coches sin conductor se utilicen cada vez más, muchos de los 3,5 millones de camioneros estadounidenses podrían perder su trabajo.²⁶ Algunos transportistas a larga distancia ganan hasta 150.000 dólares al año.²⁷ Al igual que sucede con la preocupación de los mineros del carbón, ¿encontrarán estos camioneros trabajos tan bien remunerados como antes si solo disponen de estudios secundarios?

La gente podría preguntarse: «¿Dónde están todos los empleos y por qué han desaparecido?». Algunos culpan a los inmigrantes; otros, a los acuerdos comerciales, y otros, a las máquinas, o a una combinación de estas tres cosas. La realidad es más complicada. Por lo menos por lo que respecta a la tecnología, la automatización ha generado y destruido empleos. Hay tanto ganadores como perdedores. A los trabajadores de Silicon Valley, además de a aquellos con formación en estadística y economía, les está yendo bien. Hal Varian, economista jefe de Google, remarcó: «El empleo sexy en los próximos diez años será el de los estadísticos».²⁸

El sector de la minería ha cambiado de forma radical en las últimas décadas. Ingeniero inspeccionando una máquina tuneladora.



La industria de las compañías aéreas supone un ejemplo interesante de automatización que beneficia a la mayoría de la gente, mientras que lleva a otros a sufrir dolorosas pérdidas de empleo. La automatización ha afectado a prácticamente todos los empleos en esta industria, desde la reserva de vuelos hasta el control de fronteras. La mayoría de nosotros reservamos vuelos en internet; utilizamos mostradores de facturación automatizados en el aeropuerto; podemos pasar por los controles de inmigración haciendo que máquinas escaneen nuestro pasaporte o, sencillamente, usando pasaportes electrónicos; se nos lleva a nuestro destino gracias a ordenadores a bordo de los aviones, y pasamos por controles de fronteras con quioscos de autoservicio. Aunque siguen habiendo gente que nos ayuda, también se han eliminado muchos empleos en cada etapa del proceso. Por otra parte, el incremento de la automatización ha hecho que, en la mayoría de los casos, los vuelos sean más seguros y baratos.²⁹ Además, internet ha empoderado a los viajeros permitiéndoles comparar con mucha más facilidad los precios que cobran las distintas aerolíneas por diversas rutas. Esta transparencia ha llevado a una mayor competencia que ha ayudado a que los precios de los billetes de las aerolíneas hayan descendido un 50 por ciento en 30 años.³⁰ Esto sirve como ejemplo del estudio de Nordhaus, donde los consumidores reciben el 96 por ciento de los beneficios de la innovación tecnológica.³¹

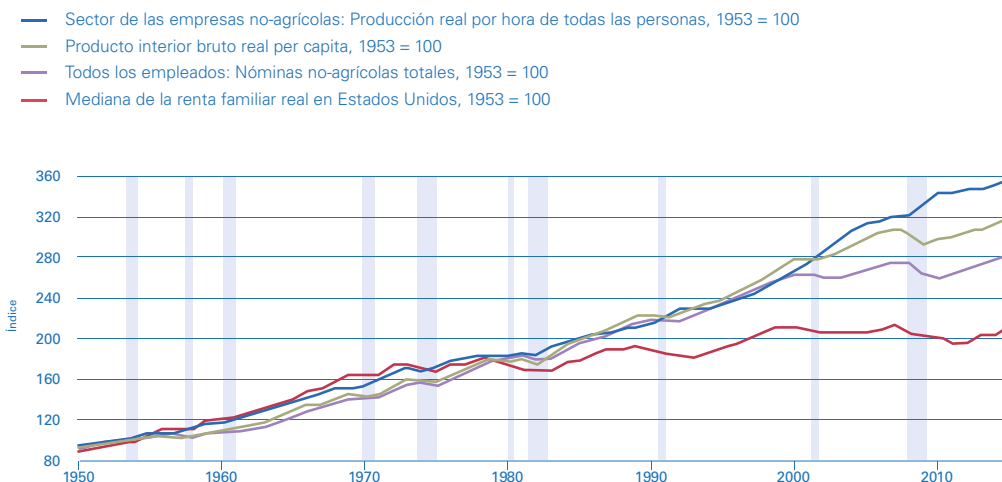
El 31 de julio de 2009 (justo después de la Gran Recesión), las ofertas de empleo en Estados Unidos alcanzaron un nivel mínimo de 2,2 millones (mientras que el desempleo había alcanzado los 14,6 millones).^{32,33} Pese a ello, las ofertas de empleo han estado aumentando, especialmente en los servicios profesionales y empresariales, la asistencia sanitaria y social y la construcción,³⁴ y en agosto de 2017, alcanzaron la cifra de 6,1 millones.³⁵ De hecho, ahora hay más empleos disponibles que los que ha habido en por lo menos diecisiete años, cuando la Oficina de Estadísticas Laborales (BLS) empezó a medirlos.

A nivel global, la situación no parece tan mala: si hay 6,1 millones de empleos disponibles, entonces 6,1 millones de los 8,4 millones de personas que buscan trabajo (los desempleados más las personas ligadas de manera marginal al mercado laboral) ya no tienen por qué estar desempleadas. Sin embargo, en realidad es mucho más complicado. La gente no encaja en los trabajos debido a varias razones: porque están demasiado cualificadas para ellos, porque no cuentan con la suficiente cualificación, o porque se encuentra en sectores o lugares en los que los empleos están desapareciendo. El cuadro general pasa por alto las pequeñas historias.

Así pues, pese a que la productividad laboral ha aumentado (un efecto generalmente acompañado del crecimiento de puestos de trabajo), el empleo privado se ha estancado, básicamente, desde el año 2000³⁶ (gráfico 2). (La mediana de la renta familiar real y el PIB real per cápita también «se desacoplaron» de la productividad laboral a principios de la década de 1980 y en la de 2000, respectivamente). Brynjolfsson y McAfee llaman a este efecto el Gran Desacoplamiento, y atribuyen parte de estos efectos al surgimiento de las tecnologías digitales.³⁷ No ven que estas brechas vayan a cerrarse pronto.

GRÁFICO 2: EL GRAN DESACOPLAMIENTO

Fuentes: Oficina de Análisis Económico, Oficina de Estadísticas Laborales, Oficina de Censos.



Tomado del Banco de la Reserva Federal St. Louis; Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee.
 Nota: Las áreas sombreadas indican recesiones estadounidenses desde 1953 hasta 2015.

Acuerdos laborales alternativos

Lawrence Katz y Alan Krueger descubrieron que además de la ralentización de la creación de empleo, el 94 por ciento del crecimiento laboral neto desde 2005 hasta 2015 fue simplemente en empleos temporales o inestables (en oposición a la década anterior, durante la cual apenas hubo crecimiento de este «empleo alternativo»³⁸). A medida que cada vez más tareas son gestionadas por máquinas (que no solo son, sencillamente, más eficientes que las personas, sino que, al contrario que estas, no piden salarios altos, vacaciones, seguro médico ni planes de pensiones), las compañías necesitan ahora menos trabajadores o menos horas de sus trabajadores (o ambos). Pero, aunque puede que no queden tantos empleos (a tiempo completo), sigue habiendo mucho trabajo. Diane Mulcahy explica: «El trabajo se está desacoplando de los empleos y reorganizándose en variedad de acuerdos alternativos, como los proyectos de consultoría, encargos a autónomos y oportunidades de contratos»³⁹.

Millones de personas se han visto afectadas por estas reestructuraciones. En septiembre de 2017, había 5,1 millones de «trabajadores a tiempo parcial involuntarios» que eran incapaces de encontrar empleos a tiempo completo o cuyos patrones habían reducido sus horas de trabajo.⁴⁰ Sin embargo, de acuerdo con el McKinsey Global Institute, entre el 20 y el 30 por ciento de la población estadounidense en edad laboral (aproximadamente 206 millones)⁴¹ lleva a cabo algún tipo de trabajo como autónomo, lo que supone aproximadamente entre 40

y 60 millones de personas,⁴² y según apunta Mulcahy, esta proporción está creciendo.⁴³

Al no ser los empleos tan estables como antes, la gente ha recurrido a la gig economy (economía de trabajo informal) para buscar formas alternativas de empleo. Gracias a las plataformas colaborativas, como Uber, Lyft, Airbnb, Etsy, Samasource, Postmates y TaskRabbit, la gente puede trabajar ahora siempre que quiera y cuanto quiera de forma más fácil que nunca. Esto beneficia a gente, jóvenes y mayores, que llevan a cabo trabajos con cualificación baja o alta. Antiguos taxistas pueden organizar sus propios horarios con Uber y Lyft. Los progenitores que son amos/amas de casa y la gente con discapacidades puede encontrar trabajo más fácilmente y desarrollar sus habilidades con Samasource. Los artistas jóvenes pueden vender los productos de su creación directamente a sus clientes en Etsy. La gente mayor con el síndrome del nido vacío dispone de la capacidad de alquilar sus habitaciones en Airbnb para ayudar a complementar sus pagas de jubilación. Los diseñadores y programadores autónomos tienen la oportunidad de subcontratar su trabajo y tomarse unos días libres para estar con sus familias y vacaciones cuando lo deseen.

Claramente, las ventajas de la economía del trabajo informal van más allá de proporcionar ahorros en costes a las empresas y ofrecer algún tipo de empleo a los trabajadores. La economía del trabajo informal ofrece una «capacidad de elección, autonomía, flexibilidad y control» que los empleos a tiempo completo no ofrecen.⁴⁴ Estos beneficios influyen en la satisfacción en el trabajo y son la razón por la cual el 74 por ciento de los autónomos entrevistados desean seguir siendo trabajadores independientes y «no tienen intención de regresar a un empleo a tiempo completo».⁴⁵ Ciertamente, dice Mulcahy, «los trabajadores independientes están más satisfechos con casi cada aspecto de su vida laboral que los empleados», y debido a estas razones, aconseja a sus alumnos de MBA que busquen «trabajo abundante, y no empleos cada vez más escasos» y que se preparen para ser «trabajadores independientes, y no empleados a tiempo completo».⁴⁶

La polarización del empleo

Además de afectar a la cantidad de empleos, la tecnología puede tener un gran impacto en la calidad de los mismos.⁴⁷ A algunos les preocupa que la automatización robe empleos, mientras que otros insisten en que, de hecho, los mejoran. En realidad, ambas afirmaciones son ciertas. Las máquinas han afectado a los trabajos de todos los niveles de cualificación, tanto aumentando como reduciendo la demanda de empleo en los distintos niveles de cualificación.⁴⁸

Empleos con un nivel de cualificación bajo

En la parte inferior del espectro de la cualificación, la demanda de trabajos del tipo lecheros, operadores de centralitas, clasificadores de correo, lavaplatos, cortadores de hielo, tejedores y trabajadores de líneas de montaje, ha caído drásticamente o

incluso ha desaparecido debido a tecnologías como las de las neveras, los teléfonos móviles y las máquinas industriales. Pero aunque el invento de estas tecnologías ha eliminado trabajos, también ha permitido que ciertas tareas sean más soportables. Invirtiendo, por ejemplo, en lavavajillas industriales, los restaurantes no necesitan tantos lavaplatos. Como consecuencia de ello, la demanda de trabajos de lavaplatos se reduce, aunque algunos se mantengan. Estos empleos restantes se ven simplificados. En lugar de que un lavaplatos friegue los platos a mano, solo tendrá que llenar y vaciar lavavajillas.

Aunque es fácil imaginar otros empleos que requieren de una baja cualificación desaparezcan debido a la automatización (ya que los robots tienen, en la actualidad, la capacidad de aspirar habitaciones por su cuenta, vigilar edificios y dar la vuelta a las hamburguesas, por solo nombrar algunas tareas), las máquinas todavía no están reemplazando los empleos con una baja cualificación en los sectores de la limpieza, la seguridad y la industria alimentaria.^{49,50} Esto se debe a que, aunque ciertas tareas pueden automatizarse, los robots son incapaces de asumir todas las tareas. Por ejemplo, aunque los lavavajillas hacen un trabajo excelente lavando platos, las personas no son reemplazadas completamente en el proceso, ya que las máquinas no se llenan ni se vacían solas. Las personas siguen superando a las máquinas, en especial en trabajos que impliquen habilidades manuales y entornos variados.⁵¹ Por tanto, sigue existiendo (y existirá) una demanda de ocupaciones que requiere de una baja cualificación. De hecho, como veremos más adelante, la demanda está aumentando.

Empleos con un nivel de cualificación medio

La parte intermedia del espectro es un poco más complicada. Los empleos que requieren de un nivel de cualificación medio (que incluyen a los oficinistas y los operarios, además de a trabajadores administrativos de ventas) es más posible que sean codificables. Como resultado de ello, han ido desapareciendo, pese a que los empleos que requieren de un nivel de cualificación bajo no lo han hecho.

Algunas formas de automatización fuerzan a la gente a llevar a cabo tareas aburridas. Pensemos en cómo la mayoría de los artesanos fueron reemplazados por trabajadores de una línea de montaje. En este proceso de «descualificación», los empleos que requieren de un nivel de cualificación medio son reemplazados por trabajos con una cualificación baja. Mientras tanto, algunos empleos sencillamente desaparecen, forzando a los trabajadores a recurrir a empleos que requieren de un menor nivel de cualificación. Por ejemplo, la mayoría de las pérdidas de empleo en el sector de las manufacturas se han debido a la automatización (en lugar de al comercio internacional, como los políticos tienden a sugerir).⁵² Los trabajadores del sector de las manufacturas anteriormente desempleados han tenido que recurrir, desde entonces, a empleos con un menor nivel de cualificación y menores salarios en el sector de servicios para poder salir adelante.⁵³ Esto hace aumentar el crecimiento de los empleos en los puestos que requieren de un bajo nivel de cualificación. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), alrededor de una

tercera parte los empleos con un nivel de cualificación medio que han desaparecido (a nivel mundial) se han reemplazado por trabajos con un nivel de cualificación bajo.⁵⁴

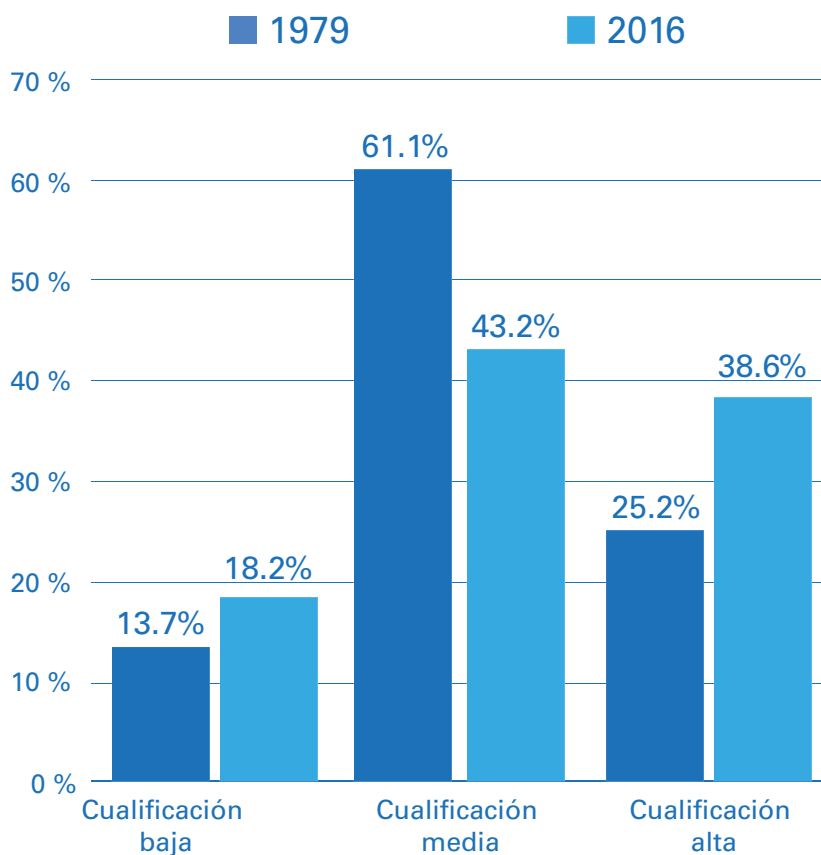
Sin embargo, de modo muy parecido a lo que sucede con los empleos que requieren de un nivel de cualificación bajo, algunos tipos de automatización pueden eliminar el peligro y la monotonía de ciertas tareas, permitiéndonos así desempeñar un trabajo más seguro y gratificante. Por ejemplo, aunque eliminar a las personas de las minas de carbón puede quitarles sus salarios y su trabajo, hoy menos gente padece neumoconiosis o se ve amenazada por los derrumbes mortales en las minas. Y aunque muchos empleados de la banca han sido reemplazados a medida que más clientes usan los cajeros automáticos para efectuar transacciones rutinarias, esos empleados que quedan pueden, ahora, en lugar de contar dinero, llevar a cabo un trabajo potencialmente más importante, como recomendar servicios financieros a los clientes. La OCDE estima que dos tercios de los trabajos con una cualificación media que se han perdido han sido reemplazados por empleos que requieren de un trabajo con una mayor cualificación, del tipo analista o gerente.⁵⁵

Empleos con un nivel de cualificación alto

Aunque se sabe muy bien que la tecnología ha desplazado a los trabajadores de menor cualificación y a los trabajadores manuales, las ocupaciones que requieren de un nivel de cualificación alto se han visto protegidas en gran medida, porque los empleos que exigen una mayor formación y unas habilidades cognitivas más elevadas (análisis, la resolución de problemas y la toma de decisiones) son menos codificables. Como han apuntado David Autor y otros, esto hace que los profesionales administrativos y los trabajadores intelectuales, como médicos, programadores, ingenieros y gerentes de marketing y ventas sean difíciles de reemplazar.⁵⁶ Por lo tanto, incluso aunque los recientes avances en automatización se han centrado en el trabajo con un alto nivel de cualificación, sigue habiendo crecimiento en este lado del espectro.⁵⁷ Después de todo, para sacar el máximo rendimiento de sus inversiones tecnológicas, las empresas deben contratar a trabajadores más cualificados y formados.⁵⁸

Así pues, hemos acabado con una fuerza laboral polarizada: un efecto que ha estado ocurriendo en todo el mundo.⁵⁹ Como ha observado Autor, el crecimiento del empleo se ha concentrado cada vez más en los lados opuestos del espectro de la capacitación, mientras que los trabajos con un nivel de cualificación medio están reduciéndose.⁶⁰ Ciertamente, las proporciones de trabajadores estadounidenses en empleos con una cualificación alta y baja han aumentado desde 1979 hasta 2016⁶¹ (gráfico 3.) Por otro lado, aunque algo más del 61 por ciento de los trabajadores estadounidenses estaban empleados en trabajos con una cualificación media en 1979, esta proporción descendió al 43 por ciento en 2016.⁶²

GRÁFICO 3: PROPORCIÓN DE TRABAJADORES ESTADOUNIDENSES EN EMPLEOS CON UN NIVEL DE CUALIFICACIÓN BAJO, MEDIO Y ALTO.



Adaptado de Autor (2016).

Como resultado de ello, aquellos que no pueden encontrar empleo podrían estar enfrentándose a dos tipos de opciones, y ninguna de ellas buena.⁶³ Por un lado, hay una gama de empleos disponibles que no son gratificantes ni satisfactorios como lo eran antes, ya que requieren de una menor cualificación u ofrecen un salario inferior. Por otro lado, existe otro conjunto de empleos que podrían resultar más deseables, pero estos trabajos son inalcanzables porque requieren de un mayor nivel de capacitación o formación que el que ha alcanzado el trabajador.

Correr con las máquinas

Es importante tener en cuenta cómo la tecnología ha cambiado el mercado laboral y la economía; para mejor en el caso de algunos, pero para peor en el de otros. Deberíamos concentrarnos en encontrar soluciones a los problemas que han surgido (asegurarnos de que la gente pueda encontrar trabajo y seguir contando con

planes de asistencia sanitaria y jubilación), mientras aprovechamos nuevas oportunidades (el uso de nuevas tecnologías, datos y análisis, plataformas, etc.) y seguimos siendo flexibles a medida que los tiempos cambian.

Nos guste o no, la tecnología y la mayor competencia debida a la globalización de la mano de obra han cambiado los mercados laborales. Los días de los empleos estables, a largo plazo y a tiempo completo (especialmente en una empresa durante toda la vida laboral) están llegando a su fin para la mayor parte de la gente más rápidamente de lo que creemos. Ciertamente, esto es algo difícil de aceptar para aquellos que han estado prosperando en campos que ahora sufren una automatización desenfrenada. La regulación, los aranceles o, en su defecto, la lucha o la carrera *contra* las máquinas no será fructífera a largo plazo. En lugar de ello, tal y como les gusta decir a Brynjolfsson y McAfee, deberíamos estar invirtiendo continuamente en nuevas habilidades para correr *con* las máquinas.⁶⁴

Así pues, ¿cómo corremos con las máquinas? Davenport y Kirby, además de Autor, recomiendan que la gente se centre en capacitarse tecnológicamente y mejore sus habilidades manuales y abstractas.⁶⁵ Aprender a programar en distintos lenguajes informáticos y saber cómo recoger y analizar datos sería, por ejemplo, de enorme utilidad en la carrera con las máquinas. Las habilidades manuales, como la destreza y la flexibilidad, también seguirán siendo valiosas en el futuro cercano, y el desarrollar más cualidades humanas innatas (es decir, capacidades abstractas en las que las máquinas no son diestras), como la creatividad, la persuasión, la empatía, el reconocimiento de patrones y la comunicación compleja, resultaría ciertamente beneficioso.⁶⁶

En los edificios de oficinas conviven empleados con un nivel de cualificación alto, medio y bajo.



Davenport y Kirby identifican cinco formas distintas para que la gente y las compañías empleen estas habilidades para tener éxito en la segunda era de las máquinas.⁶⁷

Avanzar: Dejar que las máquinas hagan el trabajo sucio, por así decirlo, permitiendo así que las personas dediquen el tiempo y las energías a las visiones de conjunto (por ejemplo, gestionar carteras de inversión).

Dar un paso a un lado: Utilizar habilidades abstractas, como la creatividad o la empatía, para hacer cosas en las que las máquinas no son diestras o para explicar decisiones tomadas por ordenadores (por ejemplo, comunicar noticias negativas).

Especializarse: Hacer cosas que resultaría demasiado caro automatizar, como especializarse en un campo o área muy concreto (por ejemplo, especializarse en los temas legales relacionados con puertas de garaje que funcionan mal, o en poner en contacto a compradores y vendedores de franquicias de Dunkin' Donuts).

Entrar: Usar habilidades para mejorar las capacidades de toma de decisiones de las máquinas y para asegurarse de que funcionen bien (por ejemplo, proporcionar retroalimentación a los programadores mediante la identificación de virus y sugiriendo modificaciones).

Dar un paso al frente: Usar habilidades tecnológicas y un pensamiento emprendedor para crear tecnologías cognitivas avanzadas (por ejemplo, convertirse en un ingeniero de aprendizaje automático).

Cuanto mejores se vuelvan las personas y las compañías a la hora de encontrar estas relaciones complementarias y «mutuamente empoderadoras»⁶⁸ que aumenten el trabajo humano con máquinas (o viceversa), más probable será que el crecimiento del empleo y la calidad de los trabajos mejoren. Con unas habilidades más adecuadas, habría más gente empleada en trabajos más satisfactorios y productivos.

Sin embargo, seguirán existiendo aquellos que quedan atrás y que son incapaces de encontrar trabajo en el crecientemente inestable mercado laboral. Ha habido un gran debate sobre si debería proporcionarse una red de seguridad en forma de una renta universal básica para abordar el Gran Desacoplamiento, en especial el estancamiento de los sueldos que los estadounidenses han sufrido durante tres décadas.⁶⁹ Aun así, una renta garantizada no solucionará todos los problemas a los que nos hemos estado enfrentando. El empleo es importante para el propio bienestar, y proporciona a muchos una razón de ser. Tal y como dijo Voltaire: «El trabajo nos libra de tres grandes males: el aburrimiento, el vicio y la necesidad».

El miedo a que las máquinas se hagan cargo de nuestro trabajo no es nuevo, y Autor compara la situación actual a la de cuando muchos empleos en el sector agrícola se estaban automatizando hace cien años.⁷⁰ En 1900, la agricultura suponía el 41 por ciento de la fuerza laboral estadounidense. Un siglo después, esa proporción descendió a solo el 2 por ciento.⁷¹ Si a los estadounidenses les hubieran dicho, hace un siglo que, debido a las nuevas tecnologías y la innovación, los agricultores, como proporción de la fuerza laboral, se reducirían en un 95 por

ciento, la mayoría lo habría considerado una noticia aterradora. ¿Qué va a hacer la gente? ¿Cómo se podría haber imaginado que las personas se convertirían en gestoras de redes sociales, desarrolladores de aplicaciones, especialistas en programación en la nube, analistas de seguridad de la información, operadores de drones, técnicos en energía solar y eólica, asesores genéticos, *vloggers*, monitores de yoga y gestores de sostenibilidad? Del mismo modo, ¿cómo podemos esperar comprender exactamente qué puede hacerse en un mundo que todavía no existe con tecnologías que todavía no se han inventado?

A medida que la agricultura se automatizó, Estados Unidos respondió a estos cambios invirtiendo en sus jóvenes. Llevó a los niños a la escuela para prepararles para empleos en la industria. En la actualidad deben emprenderse acciones similares. Como argumenta Mulcahy, el sistema educativo, ahora anticuado, necesita un ajuste. En lugar de educar a los niños para formarles para empleos del pasado, deberíamos estar preparándoles para la ocupación en la economía del trabajo informal del futuro. Por tanto, las escuelas y las universidades deberían preparar a los jóvenes para que sean ágiles y adaptables y centrarse mucho más en las habilidades, como han recomendado Davenport y Kirby, además de Autor. Asimismo, las políticas de las empresas y los gobiernos deberían ayudar a volver a capacitar a los adultos que han quedado atrás. Junto con la educación, Brynjolfsson y McAfee recomiendan otras cuatro áreas en las que centrarse para ayudar a generar un entorno económico que «aprovechara al máximo las nuevas tecnologías digitales»: la infraestructura, el espíritu emprendedor, la inmigración y la investigación básica.⁷²

«EN LUGAR DE EDUCAR A LOS NIÑOS PARA FORMARLES PARA EMPLEOS DEL PASADO, DEBERÍAMOS ESTAR PREPARÁNDOLES PARA LA OCUPACIÓN EN LA ECONOMÍA DEL TRABAJO INFORMAL DEL FUTURO.»

Como nos recuerda el futurista Ray Kurzweil, siempre subestimamos el ritmo del cambio tecnológico porque las tecnologías que se inventarán dentro de veinte años no se inventarán con la tecnología actual. Se inventarán con las tecnologías disponibles dentro de veinte años que, por supuesto, todavía no hemos soñado. Podemos empezar a imaginar un mundo así, con teléfonos inteligentes en la mano de todos y cada uno que hoy nos costarían diez millones de dólares por unidad. Como sugiere David Autor: (1) es muy difícil predecir el futuro, y (2) es arrogante apostar contra el ingenio humano.⁷³

Muchos han apuntado, la tecnología no es más que una herramienta.⁷⁴ No nos conducirá, necesariamente, a un mundo utópico o distópico, ya que nosotros, como humanos, tenemos algo que decir al respecto. Somos nosotros los que decidimos lo que sucede con la tecnología. Parafraseando al ingeniero eléctrico y físico Dennis Gabor, no podemos predecir el futuro, pero podemos inventarlo.⁷⁵

Referencias bibliográficas

- Autor, D. H. (2014): «Skills, education, and the rise of earnings inequality among the “other 99 percent”». *Science*, vol. 344, núm. 6186, pp. 843-851.
- ¾ (2015): «Why are there still so many jobs? The history and future of workplace automation». *The Journal of Economic Perspectives*, vol. 29, núm. 3, pp. 3-30.
- ¾ (2016, septiembre): *Will automation take away all our jobs?* [Archivo de vídeo]. Consultado en http://www.ted.com/talks/david_autor_why_are_there_still_so_many_jobs.
- Bernstein, A. y Raman., A. (2015): «The great decoupling: An interview with Erik Brynjolfsson and Andrew McAfee». *Harvard Business Review*, vol. 2015, núm. 5, pp. 66-74.
- Bresnahan, T. F.; Brynjolfsson, E. y Hitt, L. M. (2002): «Information technology, workplace organization, and the demand for skilled labor: Firm-level evidence». *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 117, núm. 1, pp. 339-376.
- Brynjolfsson, E. y McAfee, A.: *The second machine age: Work, progress, and prosperity in a time of brilliant technologies*. W.W. Norton & Company, Nueva York, 2014.
- Brynjolfsson, E. y Saunders, A.: *Wired for innovation*. The MIT Press, Cambridge, 2010.
- Case, A. y Deaton, A. (2017): «Mortality and morbidity in the 21st century». *BPEA Conference Drafts*, 23 y 24 de marzo de 2017.
- Council of Economic Advisers (2007): *Economic report of the President. Together with the annual report of the Council of Economic Advisers*. Consultado en <http://fraser.stlouisfed.org>.
- ¾ (2016): *Economic report of the President. Together with the annual report of the Council of Economic Advisers*. Consultado en <http://fraser.stlouisfed.org>.
- ¾ (2015): «Beyond automation». *Harvard Business Review*, vol. 2015, núm. 5, pp. 58-65.
- ¾: *Only humans need apply: Winners and losers in the age of smart machines*. HarperBusiness, 2016.
- Foro Económico Mundial (diciembre de 2016): «Renewable infrastructure investment handbook: A guide for institutional investors». Consultado en http://www3.weforum.org/docs/WEF_Renewable_Infrastructure_Investment_Handbook.pdf.
- Future Workplace and Field Nation (2016): «The rise of the blended workforce in the new gig economy». *Future Workplace Network Research Report*. Consultado en <http://info.fieldnation.com/rise-of-the-blended-workforce-in-gig-economy>
- Gabor, D.: *Inventing the future*. Secker & Warburg, London, 1963.
- Goos, M. y Manning, A. (2003): «Lousy and lovely jobs: The rising polarization of work in Britain». Center for Economic Performance Discussion Paper DP0604.
- Hicks, M. J. y Devaraj, S. (2017): «The myth and reality of manufacturing in America». Center for Business and Economic Research, Ball State University.
- Hollingsworth, A.; Ruhm, C. J. y Simon, K. (2017): «Macroeconomic conditions and opioid abuse». NBER working paper, núm. 23192.
- Katz, L. F. y Krueger, A. B. (2016): «The rise and nature of alternative work arrangements in the United States, 1995-2015». Documento de trabajo.
- Lipsey, R.; Carlaw, K. I. y Bekkar, C. T.: *Economic transformations: General purpose technologies and long term economic growth*. Oxford University Press, 2005.
- McAfee, A. y Brynjolfsson, E.: *Machine, platform, crowd: Harnessing our digital future*. W. W. Norton & Company, New York, 2017.
- McKinsey Global Institute (2016): «Independent work: Choice, necessity, and the gig economy». Consultado en <http://www.mckinsey.com/global-themes/employment-and-growth/independent-work-choice-necessity-and-the-gig-economy>.
- Mulcahy, D. (2016a, 20 de octubre): «Why I tell my MBA students to stop looking for a job and join the gig economy». *Harvard Business Review*. Consultado en <http://hbr.org/2016/10/why-i-tell-my-mba-students-to-stop-looking-for-a-job-and-join-the-gig-economy>.
- ¾ (2016b, 27 de octubre): «Who wins in the gig economy, and who loses». *Harvard Business Review*. Consultado en <http://hbr.org/2016/10/who-wins-in-the-gig-economy-and-who-loses>.
- Nordhaus, W. D. (2005): «Schumpeterian profits and the alchemist fallacy». Yale Economic Applications and Policy Discussion Paper núm. 6.
- ¾ (2007): «Two centuries of productivity growth in computing». *The Journal of Economic History*, vol. 67, núm. 1, pp. 128-159.
- OCDE (2017): «Jobs gap closes but recovery remains uneven. Organisation for Economic Co-operation and Development». Consultado en <http://www.oecd.org/newsroom/jobs-gap-closes-but-recovery-remains-uneven.htm>.
- Pearlstein, S. (2016): «Workers, don't fear the robot revolution». *Washington Post*, 16 de agosto. Consultado en <http://www.washingtonpost.com>.
- Thompson, D. (28 de febrero de 2013): «How airline ticket prices fell 50% in 30 years (and why nobody noticed)». *The Atlantic*. Consultado en <http://www.theatlantic.com/business/archive/2013/02/how-airline-ticket-prices-fell-50-in-30-years-and-why-nobody-noticed/273506/>.
- Traufetter, G. (31 de julio de 2009): «Will increasing automation make jets less safe?». *Der Spiegel*. Consultado en <http://www.spiegel.de/international/world/the-computer-vs-the-captain-will-increasing-automation-make-jets-less-safe-a-639298.html>.
- Varian, H. R. (enero de 2009): «Hal Varian on how the web challenges managers». McKinsey & Company. Consultado el 20 de agosto de 2017 en <http://www.mckinsey.com/industries/high-tech/our-insights/hal-varian-on-how-the-web-challenges-managers>.
- ¾ (15 de agosto de 2011): «Micromultinationals will run the world». *Foreign Policy*. Consultado en <http://foreignpolicy.com/2011/08/15/micromultinationals-will-run-the-world/>.

Notas

- 1 Véase Lipsey *et al.* (2005).
- 2 Véase Brynjolfsson y McAfee (2014, p. 76).
- 3 Véase Brynjolfsson y McAfee (2014).
- 4 Véase Brynjolfsson y McAfee (2014).
- 5 Véase Nordhaus (2007).
- 6 Véase Brynjolfsson y McAfee (2014, pp. 49-50).
- 7 Véase McAfee y Brynjolfsson (2017, pp. 17-18).
- 8 $1.000 \cdot 0,5^{(20/1,5)} = 0,10$.
- 9 $10.321.273,24 \cdot 0,5^{(20/1,5)} = 1.000$.

- 10 Véase Varian (2011).
- 11 Véase Consejo de Asesores Económicos (2016, p. 58).
- 12 Las únicas formas de incrementar la producción son aumentando los aportes como la población (es decir, incrementando las horas trabajadas dado el mismo nivel de productividad) o mediante el aumento de la productividad (es decir, incrementando la producción por hora, o la cantidad de producción dado el mismo nivel de aportes) (Brynjolfsson y Saunders, 2010).
- 13 Véase Consejo de Asesores Económicos (2007, pp. 47-48).
- 14 Véase Pearlstein (2016).
- 15 Véase Nordhaus (2005).
- 16 Véanse Case y Deaton (2017), y Hollingsworth *et al.* (2017).
- 17 Véanse Davenport y Kirby (2016), y Autor (2015).
- 18 Véase Davenport y Kirby (2016).
- 19 Véase Brynjolfsson y McAfee (2014).
- 20 Véase Autor (2015).
- 21 Véase Autor (2015, p. 4).
- 22 Véase BLS Series LNS12300000. Índice de empleo, 16 y más años de edad.
- 23 Véase: Cómo el gobierno mide el desempleo: Oficina de Estadísticas Laborales, en http://www.bls.gov/cps/cps_htgm.htm. The statistics come from <http://www.bls.gov/charts/employment-situation/civilian-unemployment.htm>.
- 24 Véase: La situación del empleo – Oficina de Estadísticas Laborales, consultado en <http://www.bls.gov/news.release/pdf/empisit.pdf>.
- 25 Véanse las estadísticas en <http://www.bls.gov/charts/employment-situation/persons-not-in-the-labor-force-selected-indicators.htm>.
- 26 Véase: Informes, Tendencias y Estadísticas – Asociaciones de Transporte Estadounidenses, consultado en http://www.trucking.org/News_and_Information_Reports_Industry_Data.aspx.
- 27 Véase: Toneladas de empleos en el sector del transporte... que nadie quiere - CNN Money, consultado en <http://money.cnn.com/2012/07/24/news/economy/trucking-jobs/index.htm>.
- 28 Véase Varian (2009).
- 29 Véanse Traufetter (2009) y Thompson (2013).
- 30 Véase Thompson (2013).
- 31 Véase Nordhaus (2005).
- 32 Véase estadísticas de las ofertas de empleo en <http://www.bls.gov/opub/ted/2017/job-openings-rose-to-6-point-2-million-in-june-2017.htm>.
- 33 Véase estadísticas del desempleo en <http://www.bls.gov/charts/employment-situation/civilian-unemployment.htm>.
- 34 <http://www.bls.gov/news.release/jolts.nr0.htm>
- 35 <http://www.bls.gov/opub/ted/2017/job-openings-rose-to-6-point-2-million-in-june-2017.htm>
- 36 Véase Brynjolfsson y McAfee (2014).
- 37 *Ibid.*
- 38 Véase Katz y Krueger (2016).
- 39 Véase Mulcahy (2016a, b).
- 40 Véase: La situación del empleo – Oficina de Estadísticas Laborales, consultado en <http://www.bls.gov/news.release/pdf/empisit.pdf>.
- 41 OCDE, Población en edad laboral: de 15-64 años de edad: All Persons for the United States – Banco de la Reserva Federal de St. Louis, consultado en <http://fred.stlouisfed.org/series/LFWA64TTUSM647S> el 20 de agosto de 2017.
- 42 Véanse McKinsey Global Institute (2016) y Mulcahy (2016a).
- 43 Véase Mulcahy (2016a).
- 44 Véase Mulcahy (2016a).
- 45 Véanse Mulcahy (2016a), y Future Workplace y Field Nation (2016).
- 46 Véase Mulcahy (2016a).
- 47 Véase Autor (2015).
- 48 Véase Goos y Manning (2003).
- 49 Véase Autor (2015).
- 50 Véase, por ejemplo: Robot de seguridad del Distrito de Columbia deja su trabajo ahogándose en una fuente - *The Verge*, consultado en <http://www.theverge.com/tldr/2017/7/17/15986042/dc-security-robot-k5-falls-into-water> el 20 de agosto de 2017.
- 51 Véase Autor (2015).
- 52 Solo alrededor del 13,4 por ciento de las pérdidas de empleo en el sector de las manufacturas han sido resultado de las importaciones directas o de las sustituciones de las importaciones (Hicks y Devaraj, 2017). El resto se han debido a la mayor productividad provocada por la automatización (*ibid.*). De hecho, incluso en China, los operarios de fábricas han sido sustituidos por máquinas (Davenport y Kirby, 2016).
- 53 Véase OCDE (2017).
- 54 *Ibid.*
- 55 *Ibid.*
- 56 Véase Autor (2015).
- 57 Véanse Davenport y Kirby (2016), y Autor (2015).
- 58 Véanse Bresnahan, Brynjolfsson y Hitt (2002), y Brynjolfsson y Saunders (2010).
- 59 Véase Autor (2015) y OECD (2017).
- 60 Para leer una discusión sobre cómo la polarización de los empleos ha afectado a los salarios, véase Autor (2015).
- 61 Véase Autor (2016).
- 62 *Ibid.*
- 63 Véase Autor (2015).
- 64 Véase Brynjolfsson y McAfee (2014).
- 65 Véanse Autor (2015) y Davenport and Kirby (2016).
- 66 *Ibid.*
- 67 Véase Davenport y Kirby (2016).
- 68 *Ibid.*
- 69 Véanse Brynjolfsson y McAfee (2014), y Davenport y Kirby (2016).
- 70 Véase Autor (2015).
- 71 Véase Autor (2014).
- 72 Véase Bernstein y Raman (2015).
- 73 Véase Autor (2015).
- 74 Véanse Brynjolfsson y McAfee (2014), y Davenport y Kirby (2016).
- 75 Véase Gabor (1963).

> EL ESTADO DE BIENESTAR Y LAS POLÍTICAS DE AUSTERIDAD





Andrew Gamble es Profesor de Política en la Universidad de Sheffield y Profesor Emérito de Política en la Universidad de Cambridge. Es miembro de la Academia Británica y de la Academia de Ciencias Sociales. Sus libros más recientes son *Crisis Without End? The Unravelling of Western Prosperity* (2014) y *Can The Welfare State Survive?* (2016). Fue coeditor de *Political Quarterly* y de *New Political Economy* durante más de diez años, y ha publicado extensamente sobre economía política, política británica y teoría política. En 2005 recibió el Premio Isaiah Berlin de la Asociación de Estudios Políticos del Reino Unido por su contribución, durante toda su carrera, a los estudios sobre política.

> EL ESTADO DE BIENESTAR Y LAS POLÍTICAS DE AUSTERIDAD

El estado de bienestar se enfrenta a desafíos intelectuales y políticos que cuestionan su razón de ser, su legitimidad y su eficacia. El desarrollo del estado de bienestar ha pasado por fases bien definidas. Durante la primera mitad del siglo xx, los derechos sociales se ampliaron progresivamente a todos los ciudadanos, en la década de 1970 se recortaron y en la de 1990 surgieron nuevas ideas sobre la inversión social. Tras el crac financiero de 2008 y la gran recesión económica, entramos en una fase caracterizada por la adopción de programas de austeridad. El futuro del estado de bienestar está, una vez más, en cuestión, y para sobrevivir necesita reformas continuas y una nueva visión de ciudadanía democrática.

En la actualidad, el Estado de bienestar se está enfrentando a una lucha por la supervivencia en varios frentes.¹ El primero consiste en una batalla intelectual. Todos estamos de acuerdo en que necesitamos bienestar (el estado en que las cosas nos van bien o estamos bien), pero ¿necesitamos un *Estado* de bienestar que nos lo proporcione? ¿Existen otros medios mediante los cuales pueda asegurarse el bienestar de las personas? En segundo lugar, hay una batalla política centrada en si el Estado de bienestar es asequible, especialmente en épocas de crisis, períodos de austeridad y de crecimiento lento como el que el mundo occidental ha estado soportando desde el crac financiero de 2008. Una de las paradojas del Estado de bienestar es que las sociedades más ricas se convierten en los gobiernos menos capaces o dispuestos a financiar el bienestar de forma colectiva. En tercer lugar, tenemos una batalla de políticas. ¿Puede el Estado de bienestar adaptarse a unas circunstancias y tendencias cambiantes, o se han vuelto sus propias instituciones y estructuras demasiado inflexibles e incapaces de reformarse para estar a la altura de los retos de unas sociedades en constante cambio?

Estas batallas han estado librándose durante mucho tiempo. Ninguna de ellas es particularmente nueva, pero las preguntas que anidan en ellas han adquirido una nueva importancia. Parece que fue hace mucho cuando T. H. Marshall celebró el asentamiento del Estado de bienestar tras la guerra como un triunfo de la ciudadanía democrática, añadiendo derechos sociales a las anteriores obtenciones de derechos civiles y políticos.² La creación de un Estado de bienestar fue considerada un indicador del éxito económico y madurez política, reflejo institucional y de los principios del compromiso que habían evitado que las democracias capitalistas occidentales se desintegraran. Los estados de bienestar constituyeron los medios para conciliar la democracia y el capitalismo,

mediante la protección de las instituciones de las economías capitalistas, sobre todo la propiedad privada, pero también de los intereses de todos los ciudadanos a través de la acumulación de recursos para proporcionar a cada uno de ellos un mínimo básico y de oportunidades a lo largo del ciclo vital. Seguía existiendo el conflicto sobre cuán generoso debía ser ese mínimo, pero el principio fue ampliamente aceptado y se convirtió en parte del marco rector para todas las democracias capitalistas avanzadas.

Pese a ello, este período parece, en retrospectiva, efímero. Desde la crisis de estanflación en la década de 1970 ha habido, por lo que respecta a los servicios públicos, una austeridad interminable y crisis fiscales. Los servicios públicos han recibido una pobre financiación y han sido objeto de controversias sobre los niveles de derechos, costes y calidad. Esto ha conducido a una presión continua para la reestructuración, la reorganización y la búsqueda de eficiencias en la actual provisión de servicios. Para mucha gente implicada en el suministro de servicios primarios, el Estado de bienestar ha parecido estar siempre bajo asedio.

«EL ESTADO DEL BIENESTAR EXPRESABA UN NUEVO COLECTIVISMO QUE TENÍA DEFENSORES EN LA IZQUIERDA Y LA DERECHA.»

El contexto histórico del Estado de bienestar

Para entender los problemas y los desafíos actuales del Estado de bienestar es importante situarlo históricamente y comprender la complejidad de su desarrollo ideológico y político. En sus orígenes era un proyecto tanto de la izquierda como de la derecha. En esta última, durante el siglo XIX, destacados estadistas conservadores y empresarios, entre los que se incluían Bismarck y Joseph Chamberlain, defendían los programas de bienestar como forma de incorporar mano de obra y mitigar el atractivo de los movimientos anticapitalistas, que estaban desarrollándose con mucha rapidez. Estaban de acuerdo en que debían moderarse los extremos de la desigualdad y en que debían proveerse servicios colectivos para proporcionar a cada ciudadano una seguridad y oportunidades razonables. Los programas de bienestar resultantes supusieron una respuesta moral ante las dificultades de los trabajadores mal remunerados, además de ser una respuesta política ante el ascenso de los movimientos radicales de la clase trabajadora y una respuesta pragmática a la necesidad que estaban experimentando todas las grandes potencias con unos trabajadores y ciudadanos más sanos y con mejor educación.

El Estado de bienestar, tal y como se desarrolló, estaba íntimamente relacionado con los proyectos de progreso nacional y de creación de una ciudadanía cohesionada. Expresaba un nuevo colectivismo que tenía defensores en la izquierda y en la derecha. Tratar a las naciones como comunidades de destino hizo que los estados tuvieran la obligación de asegurar el bienestar de los

ciudadanos. Esto implicaba un alejamiento de las ideologías del *laissez-faire* y del liberalismo económico. Como tal, formaba parte de una reacción más amplia ante el mercado autorregulado y reflejaba el deseo de un Estado más activo e intervencionista.³ Elementos importantes de las clases gobernantes de Europa de finales del siglo XIX aceptaron que había que reformar radicalmente el capitalismo para evitar la posibilidad de una revolución social mediante la provisión de un mínimo básico de seguridad, oportunidades e ingresos a todos los ciudadanos en cada etapa del ciclo de su vida. Este cambio en las actitudes ayudó a transformar la política occidental e hizo posible la reconciliación del capitalismo con la democracia que muchos no habían creído posible en el siglo XIX. Sigue siendo el rompiente contra el cual los intentos de dismantelar los estados de bienestar se han ido a pique.

Los estados de bienestar desarrollados por los conservadores tendían a ser limitados en alcance y ambición, pero abrieron el camino para que el Estado incrementara sus poderes y extendiera sus operaciones, y esto fue usado por los políticos centristas y socialdemócratas para profundizar y universalizar el Estado de bienestar. Una de las inspiraciones para esta oleada de reforma democrática social fue el Informe Beveridge, publicado en el Reino Unido durante la guerra, en 1943. Beveridge identificó a los cinco gigantes de la necesidad, la holgazanería, la enfermedad, la ignorancia y la miseria. Este marco proporcionó la base para la implantación de programas universales de seguridad social, pleno empleo, sanidad, educación y vivienda, financiados mediante niveles mucho más altos de impuestos.⁴ En términos cuantitativos, los cambios fueron espectaculares. El Reino Unido, por ejemplo, tenía unos índices muy bajos de gasto público y de impuestos en el siglo XIX; menos del 10 por ciento de la renta nacional antes de 1914. Después de la Primera Guerra Mundial y de otorgar el sufragio universal, esta cifra ascendió al 20-30 por ciento entre 1920 y 1940. Tras la Segunda Guerra Mundial el nivel volvió a aumentar, hasta el 38-45 por ciento; el 20-25 por ciento de esto representaba el gasto social. Esta transformación del papel del Estado en las democracias capitalistas y la larga bonanza económica que empezó en la década de 1950, fueron las que convencieron a muchos observadores de que se había descubierto el secreto del capitalismo democrático estable y próspero.⁵

De los recortes en bienestar a las inversiones sociales

Sin embargo, este período resultó ser transitorio. Le siguió la larga crisis de la década de 1970, durante la cual el Estado de bienestar se convirtió en blanco de los ataques por parte de la derecha y la izquierda. La crítica que hacía esta última sostenía que la reconciliación entre el capitalismo y la democracia era una ilusión. La existencia del Estado de bienestar generó un conflicto entre la prioridad dada a la maximización del crecimiento económico promoviendo los beneficios y la inversión, y la concedida a la maximización de la legitimación democrática mediante la expansión de los programas de bienestar. El resultado fueron unas crisis fiscales

cada vez más graves, ya que no existían suficientes recursos para respaldar ambos objetivos.⁶ Una segunda línea de críticas se centró en el paternalismo de los estados de bienestar, en la estigmatización y la imposición de sanciones a los solicitantes. Se argumentó que los estados de bienestar no eran benévolos, sino instrumentos de control social. La expansión del Estado servía a los intereses de este más que a los de sus ciudadanos. Una tercera línea de críticas se centró en las asunciones asociadas al género que subyacían en tantos programas del Estado de bienestar. El Informe Beveridge contenía algunas muy explícitas sobre hogares mantenidos por el trabajo remunerado de un hombre, los que la mayoría de las tareas domésticas eran llevadas a cabo por la mujer y no estaban remuneradas.

En la derecha, parte del análisis reflejaba lo mismo que el de la izquierda, aunque se sacaron conclusiones políticas muy distintas. Se argumentaba que los estados de bienestar amenazaban cada vez más a la prosperidad en lugar de ayudar a mantenerla. Gastar en bienestar se había convertido en una carga para los contribuyentes, ya que algunos programas clave, especialmente la seguridad social, eran demasiado generosos y estaban abiertos al fraude. Este ataque se convirtió en una crítica a los estados de bienestar porque los consideraban similares a las economías planificadas o dirigidas de las sociedades no occidentales y con unos resultados parecidos: mala asignación de los recursos, la ausencia de una disciplina de mercado adecuada y de unas restricciones presupuestarias apropiadas. En descripciones más vívidas se consideraba al Estado de bienestar como un parásito gigante que se alimentaba con la sangre del sector privado debido a su insaciable apetito por recursos adicionales. Una crítica influyente de dos economistas del Reino Unido argumentaba en 1975 que el sector público había crecido demasiado, ya que sus trabajadores eran en esencia improductivos, independientemente de lo útiles que fueran desde el punto de vista social, y sus sueldos debían ser pagados por los trabajadores del «productivo» sector privado.⁷ Esta visión de la relación entre el Estado y la economía de mercado tenía una larga historia. Lo que fue significativo fue su resurgimiento en la década de 1970 y los usos concretos que se le dio, en favor del argumento de que el Estado de bienestar era demasiado generoso, daba empleo a demasiada gente y debía recortarse.

Otra línea de ataque fue que en las décadas transcurridas desde la publicación del Informe Beveridge se había producido un retroceso del principio original de protección que Beveridge había propuesto. El bienestar estaba siendo ahora financiado a partir de los impuestos generales, y ya no se consideraba que las prestaciones sociales fueran algo que uno tuviera que ganarse pagándolo, sino que eran vistas como un derecho y, por lo tanto, algo que se debe. El principio de contribución se había perdido. Las consecuencias de este cambio condujeron directamente a la crisis fiscal, ya que los costes de los programas de bienestar, además de las demandas y las expectativas de los ciudadanos, siempre estaban aumentando, dando lugar a exigencias de financiación cada vez mayores. En los lúgubres pronósticos de los comités de expertos defensores del libre mercado, esta espiral no tenía fin. Conducía inevitablemente a una crisis fiscal, al colapso de las finanzas públicas, a la politización del bienestar. Se solía diagnosticar que se trataba de un problema de la democracia. La estructura de las instituciones

democráticas permitía que los solicitantes y los funcionarios buscaran satisfacer sus intereses especiales a expensas de la mayoría de los ciudadanos y los contribuyentes. También dio lugar al crecimiento de la dependencia, a la multiplicación de los solicitantes y a la infantilización de los humildes, a los que se les negaron la autonomía y la oportunidad de liberarse.

Estas críticas, de los estados de bienestar tal y como habían surgido desde 1945, procedentes de la derecha y la izquierda, dieron pie a distintas respuestas políticas. Antes de la década de 1970, se asumía que todos los estados de bienestar se dirigían a un mismo destino. Algunos estaban más avanzados y otros se enfrentaban a obstáculos concretos, pero todos iban en la misma dirección. En las décadas de 1970 y 1980, quedó claro que había unas divergencias crecientes en los estados de bienestar, que era improbable que se superaran y que, cada vez más, se estaban incorporando en distintas instituciones y políticas, lo que reflejaba las distintas normas en los diferentes estados. Esta divergencia fue captada por Esping-Andersen en su libro *Los tres mundos del Estado del bienestar*, que comparaba los estados de bienestar nórdicos, con sus generosas prestaciones, sus elevados impuestos y el enfoque de las provisiones del bienestar fuera de los límites del mercado; los estados de bienestar continentales, que también disponían de unas prestaciones bastante generosas, pero que, de acuerdo con los

La sanidad, la educación pública y las condiciones laborales y salariales, han sido, son y serán ámbitos muy sensibles, entre otros, en la pugna por el bienestar social.



supuestos conservadores sobre la sociedad, las encauzaban hacia la familia en lugar de hacia los individuos, y los países angloamericanos, cuyos estados de bienestar se habían concentrado principalmente en complementar los ingresos, que eran mucho menos generosos y extensos y que, por lo tanto, se habían convertido en estados de bienestar residuales.⁸ Pero Esping-Andersen apuntó que lo que hacía que los tres tipos de estados de bienestar fueran reconocibles era que, incluso en los residuales, había programas para combatir la inseguridad que surgía en el ciclo vital del mercado laboral, además de importantes programas universales como los sistemas nacionales de salud (el National Health Service en el Reino Unido y Medicare en Estados Unidos).

También sucedía que las diferencias entre los distintos tipos de estados de bienestar eran menores que las que la retórica política sugería en ocasiones. Seguía existiendo una fuerte resistencia política a los recortes en bienestar, por lo que incluso allí donde se eligieron gobiernos con un programa contrario al Estado de bienestar, como sucedió en el Reino Unido y en Estados Unidos en la década de 1980, el éxito de estos gobiernos radicales de derechas a la hora de dismantelar el Estado fue limitado.⁹ Tanto Thatcher como Reagan vieron frustrados sus intentos de introducir cambios fundamentales en el Estado de bienestar. Lo que sí consiguieron fue un elevado nivel de reestructuración. La nueva gestión pública, con su énfasis en la introducción de mecanismos de mercado en los servicios públicos, junto con la cultura de los objetivos y las auditorías, ayudaron a precipitar oleadas de reorganización y búsqueda de eficiencia, que supervisaba una nueva clase de gestores.

«TANTO THATCHER COMO REAGAN VIERON FRUSTRADOS SUS INTENTOS DE INTRODUCIR CAMBIOS FUNDAMENTALES EN EL ESTADO DE BIENESTAR.»

Anton Hemerijk, en su influyente descripción de las fases del desarrollo del Estado de bienestar desde 1945 en las democracias capitalistas, observa una primera fase de expansión del Estado de bienestar y de consenso entre clases que duró hasta la década de 1970. Esta se vio entonces reemplazada por una fase de reducción del Estado de bienestar y de neoliberalismo en las décadas de 1980 y 1990. A mediados de esta última surgió una tercera fase caracterizada por lo que se conoció como el «paradigma de la inversión social». Se basaba en una reconsideración fundamental del Estado de bienestar y abogaba por un Estado inteligente, activo y propiciador, y por el reconocimiento de nuevas circunstancias, en especial la globalización, la desindustrialización y los nuevos riesgos sociales.¹⁰ Este paradigma fue especialmente influyente en la Comisión de la Unión Europea y en varios de los estados miembros. Se centraba en particular en el mercado laboral, en las transiciones del transcurso de la vida y en cómo debería intervenir el gobierno para hacer que fueran lo más suaves posibles, además de aumentar la calidad del capital humano y sus capacidades, al tiempo que mantenía unas fuertes redes de seguridad universal basadas en unos ingresos mínimos como amortiguadores, que aseguraban la protección social y la estabilización económica.

Los nuevos tiempos difíciles

Con el crac financiero de 2008 dio inicio una nueva fase. Se evitó un colapso financiero, pero a un coste muy alto para las democracias occidentales. Hubo una brusca recesión en 2009, seguida de una recuperación lenta y débil, la más lenta y débil desde 1945. Las economías occidentales seguían sin regresar a la normalidad nueve años después del crac. Los tipos de interés seguían en unos niveles extraordinariamente bajos, los sectores financieros seguían dependiendo enormemente de la expansión cuantitativa y las economías se veían afectadas por el estancamiento secular, unos niveles elevados de desigualdad y una paralización de los salarios y la productividad, todo lo cual conducía a restricciones en la calidad de vida de la mayoría de quienes trabajaban.¹¹ Los estados de bienestar, tanto en la fase expansionista posterior a 1945 como, recientemente, en las décadas de 1990 y 2000, se han basado en el dividendo del crecimiento, que permitía a los gobiernos aumentar, en términos absolutos, el dinero destinado al bienestar. Con el inicio de la recesión, los gobiernos recurrieron, una vez más, a programas de austeridad, restricciones fiscales y el saneamiento de las finanzas públicas, y empezó una nueva arremetida contra los estados de bienestar. La crisis de la eurozona que tuvo lugar después de 2010 se convirtió rápidamente en una amenaza para el modelo social europeo y para el principio de solidaridad en la Unión Europea debido a las medidas de austeridad draconianas que exigieron los principales países acreedores de la UE como contrapartida por rescatar a los países deudores.

No hubo un patrón uniforme en Europa. Los países probaron con distintas mezclas de recortes de los gastos, aumentos de los impuestos y concesión de préstamos. Solo Suecia evitó cualquier contracción fiscal. En el otro extremo de la escala, el Reino Unido y Lituania hicieron recaer la mayor parte de su ajuste fiscal en el recorte de los gastos (más del 90 por ciento) en lugar de en el aumento de los impuestos. Las nuevas políticas de austeridad surgidas en muchos estados revivieron viejos estigmas relativos a quienes recibían prestaciones sociales. Las nuevas distinciones entre los industriales y los gandules, y entre los que producían y los que simplemente ponían la mano, recordaban a un discurso mucho más antiguo sobre los merecedores y los pobres indignos. Los segundos fueron estigmatizados como tramposos que obtenían prestaciones sociales y como vividores que se aprovechaban del trabajo y las contribuciones de los demás. Al igual que en fases de austeridad anteriores, la carga de los recortes en los gastos recayó con más fuerza en los humildes y los hogares. Muchos costes fueron redistribuidos hacia estos últimos, sobre todo en lo tocante a la asistencia social y los cuidados infantiles.

El problema político en cada Estado no era la austeridad como tal, sino el tipo de austeridad. La recesión eliminó para siempre una gran cantidad de riqueza de las economías nacionales. Debía llevarse a cabo un ajuste fiscal que tuviera en cuenta ese cambio. La cuestión era quién debía soportar la principal carga de la necesidad de que las finanzas públicas recuperaran el equilibrio. ¿A quién debían aumentársele los impuestos y a quién debían recortársele los gastos? Esta

política de redistribución no podía evitarse, y se formaron coaliciones electorales en torno a las distintas alternativas. Los gastos en bienestar (aunque no todos ellos) se convirtieron en un objetivo importante. Políticamente, era mucho más difícil atacar algunos de los grandes programas universales de salud y educación, que beneficiaban a casi todos los ciudadanos en algún momento de su vida, que centrarse en las prestaciones sociales destinadas a minorías, como los desempleados y los discapacitados.

En estas nuevas políticas de redistribución, aquellos que buscan grandes recortes en los gastos han condenado cada vez más el Estado de bienestar como una forma de capitalismo del siglo xx. Las nuevas formas de capitalismo que están surgiendo no tienen necesidad de estados de bienestar. Las potencias emergentes como China son citadas como ejemplos de nuevas economías exitosas que no han cargado con los costes de proporcionar un «Estado» de bienestar a sus ciudadanos. Cada vez se oye más el argumento de los *think tanks* en pro del mercado libre y de que las economías occidentales deberían dismantelar sus estados de bienestar si quieren competir con las economías emergentes de Oriente. Se dice que el futuro se basa en unos impuestos fijos o en unos muy bajos tanto sobre las empresas como sobre las personas. La principal oposición a estas ideas procede de quienes creen que lo mejor para preservar los estados de bienestar consiste en renovar y desarrollar el paradigma de la inversión social. Aquí también nos encontramos con escépticos que critican el paradigma de la inversión social por centrarse demasiado en los nuevos riesgos sociales en una época en que los viejos riesgos sociales en forma de desempleo creciente y unas formas más precarias de empleo han regresado a las economías occidentales. Un segundo problema consiste en la observación de que los hogares de clase media se benefician desproporcionadamente de los efectos de las políticas de inversión social. Resulta mucho más difícil llegar a los marginados y a los excluidos de los mercados laborales.

El paro, una de las lacras más profundas de la crisis económica. En la imagen, cola de parados para acceder a una oficina de empleo en el barrio de Santa Eugenia, Madrid.



La batalla intelectual

Las nuevas políticas de austeridad han dado fuerzas renovadas a quienes hacen campaña contra el Estado de bienestar. Plantean la cuestión fundamental mencionada al principio de este capítulo: ¿por qué necesitamos un *Estado* de bienestar?, ¿por qué no puede proporcionarse el bienestar de otras formas y mediante otros organismos? Subyacente a estas cuestiones existe un rechazo de algunas de las asunciones que han apuntalado los extraordinarios éxitos y logros de los estados de bienestar en el siglo xx. Estas incluyen si los estados de bienestar son características permanentes de las sociedades modernas o simplemente una etapa de transición, cuando por una serie de razones era más sencillo y práctico para el Estado estar implicado en la provisión de programas clave de bienestar. Pero ¿es posible que los estados de bienestar pertenezcan, junto con el socialismo, los sindicatos, el colectivismo y la planificación, a una era anterior?

Buena parte de las críticas más persistentes y profundas vertidas contra el Estado de bienestar han procedido de diversas corrientes del neoliberalismo, tanto del resurgimiento del liberalismo económico clásico de Hayek como del libertarismo de mercado predominante en Estados Unidos.¹² Estos teóricos argumentan que los individuos deberían ser libres de tomar sus propias decisiones sobre los servicios que usan y de pagar por la calidad que deseen. El Estado no debería interferir en estas elecciones ni decir a las personas qué deberían hacer. El marco institucional, incluido el Estado, debe tener en cuenta las imperfecciones humanas. El meollo del problema del conocimiento, tal y como expone Hayek, es que, como los seres humanos están limitados en cuanto a sus capacidades cognitivas, siempre están tomando decisiones en condiciones de incertidumbre e ignorancia. Opina, además, que los individuos se ven motivados principalmente por su interés propio, y de aquí la importancia de que cualquier marco institucional deba reconocer la importancia de los incentivos para encauzar la conducta. Dadas la información limitada y la ignorancia, Hayek sostiene que los procesos evolutivos están mejor posicionados para descubrir las soluciones a sus propias deficiencias, que las alternativas que reducen el ámbito de la experimentación competitiva. Según Hayek, esto es lo que hace el Estado de bienestar. En nombre de la promoción del bien común y de la justicia social, asume que el orden social solo puede conservarse mediante una autoridad deliberada. Hayek sostiene que la mayoría de los beneficios de la sociedad actual han emergido solo cuando la autoridad deliberada ha estado limitada o completamente ausente.

Desde una perspectiva hayekiana, el Estado no necesita regular el intercambio voluntario ni proporcionar respaldo financiero a asociaciones civiles. Las soluciones a los problemas sociales no se encomiendan exclusivamente a un único organismo. La educación y la sanidad no debe proporcionarlas el Estado. Los seguidores de Hayek sugieren que quienes respaldan el Estado de bienestar argumentan que los poseedores del poder político deberían aplicar su propia visión de "trade-offs" adecuados en lugar de las reflejadas en las elecciones de millones de personas y de

las asociaciones civiles. El mejor enfoque consiste en promover la descentralización, la pluralidad y la proliferación de muchos proveedores de servicios.¹³ Paradójicamente, es más probable que la gente se vea atomizada por la naturaleza coercitiva de un Estado de bienestar financiado con los impuestos. También es probable que semejante Estado interfiera en el libre movimiento de bienes, capitales y personas en otros ámbitos, como, por ejemplo, imponiendo unos controles estrictos a la inmigración. Los seguidores de Hayek, por el contrario, quieren abolir todos los monopolios estatales. Abogan por el restablecimiento de una economía libre y un Estado mínimo, lo que maximizaría la variedad y la calidad de los servicios. El Instituto Cato ha sugerido que los gastos públicos totales nunca deberían superar el 25 por ciento del PIB y que podrían llegar a ser de tan solo el 15 por ciento. El plan presupuestario de Paul Ryan, en Estados Unidos, proponía un movimiento en esta dirección. Desde el punto de vista del diamante del bienestar, con sus cuatro lados institucionales interactuando (estados, mercados, hogares y sociedad civil), estas propuestas eliminarían por completo el Estado. El diamante del bienestar se convertiría en un triángulo del bienestar que incluiría las interacciones entre los mercados, los hogares y la sociedad civil. Esto ya no sería un *Estado* de bienestar.

La batalla política

El final de los dividendos del crecimiento y la caída en la recesión dieron lugar al contexto en el que la austeridad se convirtió en la nueva realidad política. Ha surgido una nueva política con respecto al Estado de bienestar que ha quedado reflejada en el ascenso de nuevas coaliciones contrarias a aquel, que son evidentes en los países nórdicos además de en el Reino Unido y Estados Unidos. Una de las razones del auge de estas coaliciones es el reconocimiento del grado en que las sociedades se han vuelto consumistas, de modo que muchos ciudadanos están preparados para plantearse la contracción del Estado de bienestar, al igual que la de cualquier otro servicio y, como consecuencia de ello, pagar menos impuestos. Existen pruebas de que, durante la recesión y la lenta recuperación, el apoyo a las prestaciones no universales, sobre todo a algunas como la seguridad social, se ha visto particularmente sometido a ataques. El antiguo espíritu de solidaridad y la búsqueda de un objetivo común se han visto socavados.

«¿ES POSIBLE QUE LOS ESTADOS DE BIENESTAR PERTENEZCAN, JUNTO CON EL SOCIALISMO, LOS SINDICATOS, EL COLECTIVISMO Y LA PLANIFICACIÓN, A UNA ERA ANTERIOR?»

Subyacentes a las nuevas políticas del Estado de bienestar, tenemos los asuntos clave de la viabilidad económica y la competitividad. La viabilidad económica refleja la brecha entre lo que los ciudadanos están dispuestos a pagar en forma de impuestos y los servicios que esperan recibir. Los votantes exigen unos servicios

públicos al estilo sueco y unos impuestos al estilo estadounidense. Un rasgo común de los electorados democráticos es la creciente resistencia a pagar unos impuestos elevados a medida que arraiga la cultura consumista individualista. Esta presión amenaza constantemente con reducir la base imponible debido a la voluntad de los partidos políticos de competir en la búsqueda de unos menores impuestos sobre la gente y las empresas. Este es un problema mucho mayor que los de la elusión y la evasión de impuestos, aunque estos también desempeñan un papel importante, y en el caso de muchas compañías transnacionales la capacidad de evitar pagar impuestos en unos regímenes con una fiscalidad elevada está incorporada en sus estrategias empresariales. Si estas presiones no pueden ser contrarrestadas, se producirá una deriva irresistible hacia un régimen de impuestos bajos que elimine gradualmente la progresividad del sistema impositivo mediante el desplazamiento hacia unos tipos fijos en términos absolutos o proporcionales, además de eliminar por completo algunos impuestos, como por ejemplo el de sucesiones. El resultado final es, en el mejor de los casos, un Estado de bienestar residual, ya que entonces el Estado pierde la capacidad de subvencionar nada más.

Este es uno de los grandes problemas de las políticas democráticas. Los políticos tanto de izquierdas como de derechas descartan aumentos de impuestos que afecten a la mayoría para ganar votos. Quienes rehúsan hacerlo suelen ser castigados electoralmente; pero los mismos políticos también están sometidos a una intensa presión para responder a la creciente marea de expectativas y derechos, además de para encontrar soluciones a la tendencia de aumento más rápido en gastos que en costes del sector público debido a la dificultad inherente de incrementar la productividad de servicios que requieren de muchas horas de trabajo. Los políticos están obligados a prometer la reducción de los impuestos que pagan las personas y las empresas y, al mismo tiempo, asegurar que mantendrán las prestaciones universales ilimitadas de las que han llegado a depender la mayoría de los ciudadanos. El coste de los tratamientos médicos y de las pensiones en particular amenaza constantemente con superar la capacidad de los estados para subvencionarlos al nivel que los ciudadanos han llegado a esperar. Los políticos tienen que decepcionar a los votantes en cuanto a los impuestos o los gastos, o bien tienen que incrementar la deuda e intentar posponer el problema. Este dilema supone una limitación en las democracias actuales y se ve exacerbado en épocas de austeridad.

El segundo problema es la competitividad. Las tendencias hacia la globalización de la economía internacional registradas en las décadas de 1980 y 1990 se relacionaron con el fin del pleno empleo, el debilitamiento de los sindicatos y la creación de cadenas transnacionales de suministro de productos. Esto generó una comprensible ansiedad sobre la posibilidad de una carrera hacia el abismo. ¿Podría cualquier economía nacional ser capaz de mantener los costes extra de un Estado de bienestar si un capital transnacional móvil decidiera instalarse en zonas con muchos menos impuestos y regulaciones? Lo que pronto resultó evidente fue que no existía una relación sencilla. La diferencia en los tipos de estados de

bienestar lo demostró. Algunas de las economías más exitosas en la era de la globalización disponían de algunos de los estados de bienestar más avanzados.¹⁴ A pesar de esto, las inquietudes nunca han desaparecido por completo, y se han reavivado desde la aparición de la recesión, la austeridad y de los nuevos tiempos difíciles. Se percibe que los estándares laborales y de bienestar se encuentran amenazados debido a la facilidad con que las compañías pueden externalizar la producción. Uno de los factores que hacen que las economías resulten más atractivas para las empresas son unos mercados laborales flexibles y la voluntad de aceptar una alta inmigración. Tener tan pocas restricciones sobre la inmigración como sea posible resulta muy atractivo para los patronos, pero esto no hace sino subrayar hasta qué punto los estados de bienestar son creaciones nacionales, mientras que muchas formas de capital son transnacionales. En una época de austeridad en la que se hace hincapié en eliminar gastos, los sueldos y las prestaciones sociales más altos disfrutados por los ciudadanos de las economías ricas pueden parecer rentas económicas que favorecen a estos trabajadores con respecto a los trabajadores de otras partes del mundo. Pese a ello, el mantenimiento de estos privilegios se convierte en un imperativo electoral, y también alimenta una respuesta negativa contraria a la inmigración y al capital transnacional.¹⁵ Desde esta perspectiva, la protección de los estados de bienestar tiene un fuerte componente de nacionalismo económico y debe implicar un control estricto de la inmigración. Pese a ello, las fuerzas políticas que tienden a estar más a favor de la protección de los estados de bienestar son aquellas que también son más favorables a una política liberal con respecto a la inmigración. Estas tensiones son evidentes en la respuesta negativa populista contra la globalización, que ha ganado terreno desde 2008 en muchas partes de Europa y que ha cosechado sus mayores éxitos en el referéndum celebrado en el Reino Unido para abandonar la Unión Europea y en la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos con un programa económico nacionalista y antiinmigración.

La batalla de las políticas

El Estado de bienestar también está implicado en una batalla en torno a las políticas, en particular como respuesta a las nuevas circunstancias y tendencias sociales que han hecho que muchas de las formas heredadas de estados de bienestar parezcan anacrónicas o inapropiadas. Se ha dedicado mucha atención a los nuevos riesgos sociales, que plantean distintos tipos de desafíos a las políticas, y también a los cambios demográficos que han alterado el contexto en el que funcionan los estados de bienestar. Uno de los mayores cambios que han tenido lugar en los servicios industriales ha sido el desplazamiento desde la fabricación hacia los servicios, de modo que la primera representa ahora el 80 por ciento del empleo en muchas economías ricas. Con ello han venido nuevos modelos de trabajo y de hogar, que son muy distintos de las asunciones patriarcales del Informe Beveridge, en que el hombre era el sostén de la familia. Los nuevos patrones incluyen una tasa femenina de participación mucho mayor, un aumento

de las familias monoparentales y los hogares sin empleo, y un incremento de la precariedad (trabajadores con un empleo poco seguro o temporal).¹⁶ Otra tendencia clave ha sido la creciente financiarización de la economía, en virtud de la cual se trata a los ciudadanos como agentes financieros autónomos y autosuficientes que contraen deudas para abrirse camino en el ciclo vital.

«LOS ESTADOS DEL BIENESTAR, CON TODAS SUS IMPERFECCIONES, SON VITALES PARA LA ESTABILIDAD SOCIAL Y LA LEGITIMIDAD.»

Estas tendencias están relacionadas con el auge de una sociedad más individualista y de la cultura política, y con el evidente debilitamiento de muchas de las instituciones que en el pasado apoyaron la solidaridad, como los sindicatos, las iglesias, la familia, las grandes fábricas y las comunidades de la clase trabajadora. Esto ha sido relacionado con las pruebas acerca de un endurecimiento de las actitudes con respecto a los necesitados y con un descenso del apoyo a la redistribución, especialmente entre los *millennials*. Al mismo tiempo, ha habido un notable cambio en el perfil demográfico de las economías ricas. La reducción de la mortalidad y el incremento de la esperanza de vida han hecho que la generación de mayor edad sea una fuerza electoral cada vez más poderosa, y ha habido una pronunciada redistribución desde los jóvenes hacia los ancianos. A medida que los costes de la provisión de asistencia social y pensiones para nuestros mayores aumentan, el número de quienes trabajan y pagan impuestos muestra una tendencia a reducirse. Las soluciones políticas ante estos dilemas incluyen recortar los gastos destinados a las generaciones más ancianas, aumentar la edad de jubilación o potenciar la inmigración para incrementar el número de trabajadores más jóvenes. Todas ellas son políticamente difíciles.

Conclusión

Joseph Schumpeter se preguntó en 1944 si el capitalismo podía sobrevivir y respondió de forma negativa. Algunos dirían en la actualidad lo mismo de los estados de bienestar. Este ensayo ha hecho hincapié en los distintos desafíos intelectuales, políticos y en materia de políticas a los que se enfrentan los estados de bienestar. ¿Pueden superarlos? La posición del Estado de bienestar es más fuerte de lo que a veces parece, en primer lugar porque en la mayoría de los países sigue existiendo una amplia coalición de apoyo a unas prestaciones sociales que sean universales y gratuitas para los usuarios finales, y en segundo lugar porque el capitalismo sigue necesitando al Estado de bienestar tanto como este último necesita al capitalismo. Existe una dependencia mutua que ha crecido en los últimos cien años. Los estados de bienestar, con todas sus imperfecciones, son vitales para la estabilidad social y la legitimidad. Son un importante creador de las condiciones de mercado que resultan necesarias para la reproducción exitosa del capitalismo como sistema político y económico.

Los estados de bienestar actuales se enfrentan sin duda a complejos desafíos intelectuales, políticos y de políticas, pero también a un reto moral más profundo: cómo renovar el contrato social en el que se basaron los estados de bienestar originales. El desafío consiste en cómo defender unos impuestos más elevados que sostengan los estados de bienestar y que eviten cualquier erosión adicional de la base imponible. Si esto no puede lograrse, es más probable que más estados de bienestar se vuelvan residuales en el sentido expuesto por Esping-Andersen o que desaparezcan por completo. Sin un sentido de comunidad y una solidaridad renovados, los estados de bienestar no sobrevivirán y no merecerán hacerlo. El resultado será una desigualdad, una fragmentación social y una conflictividad crecientes.¹⁷ Pero la cuestión puede formularse de otra forma. No se trata de si el capitalismo puede sobrevivir sin el Estado de bienestar, sino de si las democracias pueden sobrevivir sin él. Los estados de bienestar, incluso ahora, aseguran que se dé preferencia a los derechos sociales por encima del rendimiento del mercado, y esto supone una demostración tangible de que las democracias, con todas sus imperfecciones, pueden seguir trabajando por sus ciudadanos.

Para los defensores de los estados de bienestar, existen razones para estar alegres, o por lo menos no demasiado desesperanzados. Hay algunas batallas que se están ganando. Las dificultades con las que se ha encontrado la Administración

Preocupación e incertidumbre de amplios y diversos sectores de la sociedad por las secuelas negativas de la crisis en el estado de bienestar.



Trump al intentar abolir el Obamacare en Estados Unidos suponen un ejemplo interesante de las políticas del Estado de bienestar. La concesión de nuevos derechos también significa la institución de nuevos intereses, y en cada democracia hay grandes dificultades para reducir estos derechos una vez conseguidos. También están surgiendo nuevas direcciones para los estados de bienestar. El paradigma de la inversión social sigue teniendo un gran potencial a la hora de dar con nuevas formas de combinar protección y oportunidad. Existen ideas en torno a nuevas políticas para promover el pleno empleo y fortalecer algunas de las instituciones, tanto en la sociedad civil como en los hogares, necesarias para alimentar el sentido de comunidad y de solidaridad, tan vital para los estados de bienestar. También hay, de forma amplia, nuevas visiones de ciudadanía democrática. Incluyen unos ingresos mínimos y subvenciones del Estado.¹⁸ Buscan nuevas formas de combinar independencia y solidaridad, y de afirmar los principios básicos del Estado de bienestar: la redistribución a lo largo del ciclo vital. El objetivo central en cualquier programa de reforma del Estado de bienestar debería consistir en asegurar que todos los lados del diamante del bienestar (Estado, mercado, hogar y sociedad civil) estuvieran completamente implicados.

« EL CAPITALISMO SIGUE NECESITANDO EL ESTADO DE BIENESTAR TANTO COMO ÉSTE NECESITA AL CAPITALISMO. »

Ninguna de estas reformas resultará suficiente por sí sola. También debe existir una agenda más amplia si se quiere que los estados de bienestar prosperen. Lo que hace falta es un Estado de bienestar que no solo ayude a las personas a adaptarse a las circunstancias y las oportunidades, sino que modele activamente esas circunstancias y oportunidades.¹⁹ Esto significa, entre otras cosas, una regulación eficaz de los mercados laborales y la reforma de la gestión corporativa. El objetivo debe ser la reconciliación de los riesgos sociales viejos y nuevos, y la consecución de un verdadero Estado de inversión social. El premio es grande, ya que, aunque no cada individuo se beneficia por igual del Estado de bienestar, todos lo hacen de vivir en una sociedad en la que cada persona disfruta de una seguridad básica y de la oportunidad de llevar una vida plena.

Notas

- 1 Los argumentos de este ensayo se desarrollan en A. Gamble, *Can the Welfare State Survive?*, Cambridge, Polity, 2016.
- 2 T. H. Marshall, *Citizenship and Social Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1950.
- 3 K. Polanyi, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Books, 2001 (hay trad. cast.: *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Barcelona, Virus, 2016).
- 4 N. Timmins, *The Five Giants. A Biography of the Welfare State*, Londres, HaperCollins, 2001 (hay trad. cast.: *Los cinco gigantes. Una biografía del Estado del bienestar*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Subdirección General de Publicaciones, 2001).
- 5 S. M. Lipset, *Political Man*, Londres, Heinemann, 1960.
- 6 J. O'Connor, *The Fiscal Crisis of the State*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973 (hay trad. cast.: *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península, 1994). C. Offe, «Some Contradictions of the Modern Welfare State», *Critical Social Policy*, vol. 2, núm. 2 (1982), pp. 7-14.
- 7 R. Bacon y W. Eltis, *Britain's Economic Problem. Too Few Producers*, Londres, Macmillan, 1976.
- 8 G. Esping-Andersen, *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Cambridge, Polity, 1990 (hay trad. cast.: *Los tres mundos del Estado del bienestar*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1993).
- 9 P. Pierson, *Dismantling the Welfare State? Reagan, Thatcher and the Politics of Retrenchment*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- 10 A. Hemerijck, *Changing Welfare States*, Oxford, Oxford University Press, 2013.
- 11 A. Gamble, *Crisis Without End? The Unravelling of Western Prosperity*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2014.
- 12 F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, Londres, Routledge, 1960 (hay trad. cast.: *Los fundamentos de la libertad*, Madrid, Unión Editorial, 2008). M. Friedman y R. Friedman, *Free to Choose*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1980 (hay trad. cast.: *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Barcelona, Grijalbo, 1987).
- 13 M. Pennington, *Robust Political Economy. Classical Liberalism and the Future of Public Policy*, Cheltenham, Edward Elgar, 2011.
- 14 P. Katzenstein, *Small States in World Markets. Industrial Policy in Europe*, Ithaca, Cornell University Press, 1985 (hay trad. cast.: *Los pequeños estados en los mercados mundiales. Política industrial en Europa*, Madrid, Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1987).
- 15 D. Goodhart, *The Road to Somewhere. The Populist Revolt and the Future of Politics*, Londres, Hurst, 2017.
- 16 G. Standing, *The Precariat. The New Dangerous Class*, Londres, Bloomsbury Academic, 2011 (hay trad. cast.: *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013).
- 17 W. Streeck, *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*, Londres, Verso, 2016 (hay trad. cast.: *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016).
- 18 P. van Parijs, *Real Freedom for All. What (if Anything) Can Justify Capitalism?*, Oxford, Oxford University Press, 1995 (hay trad. cast.: *Libertad real para todos. Qué puede justificar el capitalismo (si hay algo que pueda hacerlo)*, Barcelona, Paidós, 1996). R. Prabhakar, *The Assets Agenda. Principles and Policy*, Londres, Palgrave-Macmillan, 2008.
- 19 C. Crouch y M. Keune, «The Governance of Economic Uncertainty», en G. Bonoli y D. Natali, eds., *The Politics of the New Welfare State*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

>RECONSIDERAR RADICALMENTE «LO ECONÓMICO»



Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



Richard J. White es Profesor Adjunto de Geografía Humana en la Universidad Sheffield Hallam (Reino Unido). El principal programa de investigación de White, que está enormemente influido por la praxis anarquista, abarca una gama de geografías éticas, económicas y activistas centradas en cuestiones de justicia social y espacial. Su trabajo en economía alternativa se ha publicado en gran variedad de revistas internacionales y libros, entre los que se incluyen: *Sharing economies in times of crisis* (Routledge, 2017); *The handbook of neoliberalism* (Routledge, 2016); y *The accumulation of freedom* (AK Press, 2012). White también ha coeditado recientemente una trilogía de tomos sobre la geografía anarquista junto con Simon Springer y Marcelo Lopes de Souza: *The radicalization of pedagogy*, *Theories of resistance* y *The practice of freedom* (Rowman & Littlefield, 2016). Se le puede contactar en Richard.White@shu.ac.uk.

> RECONSIDERAR RADICALMENTE «LO ECONÓMICO»

Este artículo cuestiona de forma crítica las representaciones convencionales de «lo económico» a partir de investigaciones empíricas, para configurar un imaginario económico basado en la diversidad y la diferencia. Es vital reflexionar sobre «lo económico» en una época de crisis y perplejidad, en especial si esta reflexión conduce a una revaloración radical de las formas no capitalistas de trabajo y organización en el día a día de la sociedad occidental. El artículo destaca la necesidad de reconocer la interconexión y superposición de tipologías económicas opuestas; y concluye que las visiones utópicas de una sociedad capitalista basada en el «pleno empleo» deberían rechazarse en favor de sociedades «post capitalistas», basadas en un compromiso profundo y coherente.

Introducción

La época actual (el «Antropoceno») se caracteriza cada vez más por una violencia sin precedentes y un tapiz distópico tejido por las hebras entrelazadas de la crisis económica, social y ecológica. Pese a que son de naturaleza mundial, las siguientes estadísticas europeas, ayudan a ilustrar la profundidad y la extensión de algunos de los problemas socioeconómicos clave a los que nos enfrentamos en esta época. (Eurostat, 2017):

En 2015, casi 119 millones de personas, o el 23,7 por ciento de la población de la Unión Europea, estaban en riesgo de pobreza o de exclusión social. Esto significa que, aproximadamente, una de cada cuatro personas de la Unión Europea experimentó por lo menos una de las tres formas siguientes de pobreza o exclusión social: pobreza monetaria, carencias materiales graves o una intensidad laboral muy baja en su hogar.

El reto sobre «cómo» avanzar de forma eficaz, constructiva y decisiva hacia un mundo «poscrisis» de prosperidad, justicia social y sostenibilidad medioambiental es, sin duda alguna, el más importante y acuciante de nuestro tiempo. Valorando de forma crítica las respuestas clave que emanan con fuerza en un amplio espectro de comentarios académicos, políticos y mediáticos, se ofrecen lecciones y conocimientos (aunque no de la forma pretendida). Pese a que las soluciones propuestas a la cuestión de la crisis pueden diferir en cierto grado, se circunscriben casi exclusivamente a la creencia de que toda la felicidad, libertad y *joie de vivre* futuras dimanen, y de hecho dependen por completo, del éxito de algo a lo que se denomina, confiadamente, como «la economía». «La economía», según nos

dicen, está en crisis, y es esta crisis la que amenaza con acabar con el mundo tal y como lo conocemos (Shannon, 2014).

Inmersos en este imaginario económico particular, «expertos» de todo el espectro económico-político asumen ciegamente que las sociedades deben estar preparadas y dispuestas a hacer «algunos» sacrificios ante el altar de «lo económico» para que la economía resurja y conceda prosperidad y riquezas a la sociedad en su conjunto. A este respecto, los debates serios solo giran en torno a cuántos sacrificios deberían soportar los ciudadanos, dónde y de qué forma. Dada la primacía que se da a «lo económico», aunque la medicina recetada para remediar los males económicos resultara ser tóxica para el bienestar general y la libertad de la sociedad, resultaría totalmente justificable. ¿De qué otra forma podemos empezar a entender la capacidad política para invertir billones de libras esterlinas de dinero público como respuesta a la crisis financiera y «económica» global iniciada en 2007-2008? En efecto, solo en el Reino Unido, «[...] en el punto álgido de la crisis el gobierno había destinado la astronómica cifra de 1,162 billones de libras esterlinas de dinero público a conceder préstamos, comprar acciones y dar garantías a sus bancos descarrados» (Cumbers, 2012: 1-2). ¿De qué otra forma podemos comprender no solo la tacaña resolución y determinación de imponer por la fuerza políticas de austeridad en toda regla y una reducción del Estado ante el ruidoso desacuerdo popular, las luchas y la resistencia, sino también de mantener las medidas de austeridad a pesar de los niveles continuamente crecientes de pobreza, inseguridad laboral, falta de techo, exclusión social y sufrimiento mental? Todas estas consecuencias personales y sociales de los regímenes de austeridad no fueron pregonadas ampliamente ni previstas (véanse Armingeon *et al.*, 2016; Blyth, 2013; Davies y Blanco, 2017; Pantazis, 2016; Varoufakis, 2016). Lo que mantiene unida a esta narrativa convencional de la economía es la insistencia en que nosotros (la gente) debemos confiar y tener fe no solo en la experiencia de nuestras élites económicas, que nos sacarán sin duda de la crisis, sino también en la naturaleza benévola del «amor duro», del Estado. Estamos todos, según se nos dice repetidamente, «en el mismo barco». Cuestionar esto equivale a provocar una respuesta de tres palabras totalmente amenazadora e intimidatoria encaminada a garantizar la conformidad mediante las advertencias y el miedo: «No hay alternativa».

«LA CRISIS ECONÓMICA DE NUESTRO TIEMPO ESTÁ ARRAIGADA EN UNA CRISIS MÁS AMPLIA DE LA IMAGINACIÓN QUE COLONIZA LAS FORMAS EN QUE PENSAMOS EN QUÉ ES POSIBLE, PRÁCTICO Y REALIZABLE.»

Pero ¿qué sucede si esta historia dominante sobre la economía y la sociedad, sobre lo que constituyen y cuál es nuestra relación con ellas en el siglo XXI, descansa sobre una base espuria de falsedades, mitos y un pensamiento utópico ilusorio y acrítico? ¿Qué pasa entonces? Argumentando que este es realmente el

caso, el hilo que discurre a lo largo de todo este ensayo intenta recalcar que, a un nivel muy profundo, la crisis económica de nuestro tiempo está firmemente arraigada en una crisis más amplia de la imaginación que coloniza las formas en que pensamos en qué es posible, práctico y realizable. Pese a ello, la capacidad de fomentar imaginarios más creativos y radicales, imaginarios que inspirarán nuevos lugares económicos y comunitarios, resulta absolutamente fundamental si queremos avanzar con más confianza hacia unas sociedades «poscrisis» deseables que adopten la justicia social, económica y medioambiental para todos.

Sencillamente, esta es una época para contar historias nuevas y convincentes sobre la economía de forma que puedan captar y reflejar mejor la compleja verdad y el potencial creativo de lo económico. Con este fin, recurriendo a las pruebas empíricas que se centran en las geografías del trabajo y la organización, en particular en el Reino Unido, el objetivo de este ensayo es propugnar una reevaluación radical de «lo económico» que desafíe al discurso convencional. Esto se conseguirá de tres formas relacionadas, concretamente mediante la reflexión crítica sobre 1) lo que constituye «lo económico» y cómo debería estar mejor representado; 2) cuál es la relación entre el trabajo y la sociedad, y 3) cómo podemos empoderarnos de forma que nos permitan empezar a pensar de forma distinta y creativa sobre lo económico en visiones futuras del trabajo y la organización, inspiradas por expresiones de solidaridad y respaldo mutuo que nos son familiares aquí y ahora.

Reconsiderando «lo económico»

Un punto inicial clave resulta obvio: cuestionar aquello a lo que nos referimos como «lo económico». El argumento aquí es que una visión convencional de «lo económico» se basa en una lectura especialmente pobre e insuficiente de la organización y el intercambio económicos. A lo que se está aludiendo en realidad en las narrativas convencionales no es a «lo económico», sino al capitalismo, el cual supone solo una forma particular de organización económica que rige la manera en que los bienes y los servicios pueden producirse, intercambiarse y consumirse en la sociedad; una forma basada «en la búsqueda sistemática de beneficio en el mercado» (Williams, 2005: 13). Tal y como se mostrará más adelante, reconociendo la naturaleza ubicua de los modos no capitalistas de trabajo y organización en la sociedad, y apreciando cómo estos conforman una lectura más densa de «lo económico», cualquier referencia a «lo económico» como intercambiable por «capitalismo» es insostenible. Del mismo modo, alentar la visión de que la sociedad es capitalista y de que su futuro está ineludiblemente encerrado en un discurso capitalista es una sandez peligrosa (véase White y Williams, 2014). Sin embargo, tal es el éxito y el poder de este realismo capitalista que pensar de forma distinta supone una tarea que no es fácil ni clara. De hecho, el grado en que este capitalismo ha colonizado el imaginario económico lo capta a la perfección el dicho según el cual es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.



El realismo capitalista propugna que cualquier actividad económica es, naturalmente, una manifestación del capitalismo.

Para empezar a desafiar con éxito esta ortodoxia, es fundamental reevaluar lo económico de forma que capte y explore su(s) naturaleza(s) intrínsecamente heterodoxa(s) y dinámica(s). Aquí también debemos teorizar de forma que contextualice nuestras relaciones con lo económico y que incluya, en lugar de desacoplar, «lo económico» dentro de relaciones sociales y culturales más amplias. Es posible construir una economía de la diferencia y la diversidad, de abajo arriba, desde donde nos encontramos ahora. Este es el enfoque contrario al que predomina en la economía formal, que perpetúa un discurso totalitario al que las geógrafas y economistas feministas Gibson-Graham (2006a: 6) se refieren como «capitalocéntrico».

«En él, otras formas de economía (por no mencionar aspectos no económicos de la vida social) se comprenden principalmente en referencia al capitalismo: como iguales, en esencia, al capitalismo (o configurados a partir de él), o como imitaciones deficientes o de calidad inferior; como opuestas al capitalismo, o situados en el espacio de la órbita del capitalismo».



Por fortuna, al reconocer la centralidad de diversos mundos económicos en los que nos implicamos, y la complejidad, deseabilidad e intrincada unión de estos mundos a lo largo de (nuestro) tiempo y espacio, la invitación a reconsiderar lo económico de formas más expansivas y vivaces no requiere de un gran salto de fe, de ningún pensamiento abstracto ni, ciertamente, de imaginación. De hecho, y de manera perversa, es la reducción de «lo económico» a una forma que empieza y acaba con el capitalismo la que necesita de un arduo esfuerzo de negación para hacer invisibles (y dejar sin valor) todas las variopintas formas en que nos organizamos a nosotros mismos y a nuestras sociedades de modos significativos e intencionados.

Rechazar las lecturas capitalocéntricas de lo económico también requiere volver a imaginar de forma radical los valores y la visibilidad atribuidos a «otras» formas de trabajo y organización que nosotros, y otros, empleamos en nuestra vida cotidiana. Por ejemplo, ¿de qué forma y por qué motivos organizamos el trabajo en nuestros hogares y comunidades locales? ¿Cuán extensas son las economías «no capitalistas»? ¿Qué razones apuntalan las estrategias de adaptación que utilizamos? ¿Qué barreras evitan la consecución de nuestros modos preferidos de trabajo y organización? ¿Cómo encajan las respuestas en un imaginario económico que nos dice que vivimos (y que de hecho estamos encerrados) en una sociedad capitalista? El reto consiste en considerar cómo ocupamos conscientemente esta ontología económica de la diferencia de forma que reconozca el énfasis en la naturaleza interzonal de distintos modos económicos de organización, y cómo consideramos las formas capitalistas y no capitalistas de organización económica como relacionadas (en cierto grado) en lugar de opuestas. Apuntalando todo esto se encuentra la necesidad de reconocer y comprender la presencia desigual de distintos tipos de trabajo y organización arraigados en una conciencia espacial y temporal; literalmente, cómo nuestra relación con «lo económico» cambia como consecuencia de dónde nos encontremos en cualquier momento temporal concreto.

Mediante una combinación de preguntas directas que estimulen la reflexión y la conciencia personal del lector, junto con hallazgos empíricos, el texto continúa haciendo hincapié sobre algunas de las formas en que la riqueza, profundidad y diversidad de «la economía» se han captado y presentado en las investigaciones realizadas. Al reevaluar lo económico como un paisaje de pluralidad y diferencia, se expone un argumento relativo a la importancia de cuestionar abiertamente las representaciones esencialistas y binarias de distintos tipos de economías, como por ejemplo «capitalista/no capitalista/poscapitalista», «convencional/alternativa» o «formal/informal». Teniendo cuidado de no idealizar ni esencializar distintas tipologías económicas, el ensayo concluye invitando a dar con maneras en las que una reevaluación de las distintas formas de trabajo y organización económica pueda seguir inspirando e informando a una sociedad «poscrisis» futura, construida sobre un compromiso pleno y con significado.

Valorar la importancia de diversas economías del trabajo y la organización en nuestra vida cotidiana

Imagine que un investigador llamara a la puerta de su casa, armado con un portapapeles, un cuestionario y un bolígrafo. Le abre la puerta y le invita a que le formule sus preguntas. El cuestionario empieza abordando una serie de cuestiones relativas a su hogar y su trabajo que van desde el mantenimiento de su propiedad (por ejemplo, la pintura exterior, la decoración interior o el papel de la pared) hasta su mejora (actividades de bricolaje, construir una ampliación o instalar calefacción central), pasando por las tareas domésticas (lavar los platos o la ropa, preparar las comidas, hacer la compra o limpiar las ventanas), las actividades de jardinería (barrer los caminos, plantar o cortar el césped), las actividades de cuidados (cuidar de los niños, ocuparse de los animales y actividades educativas como clases particulares) y el mantenimiento del vehículo (reparar/lavar el coche, las bicicletas, etc.). Teniendo en cuenta una actividad cada vez, le pregunta si la tarea había sido llevada a cabo en casa y cuándo; quién la había realizado (¿el encuestado?, ¿otro miembro de la familia?, ¿un amigo?, ¿un vecino?, ¿un profesional?); si pagó de alguna forma a esa persona por el trabajo hecho (y si fue así, ¿fue en metálico o quizá con un regalo en lugar de dinero?); por qué llegó a ese acuerdo para la realización del trabajo, etcétera. Cuarenta y seis incisos después, completa la primera parte del cuestionario. La segunda contiene preguntas parecidas, pero esta vez se centran en si usted u otros miembros del hogar han trabajado para otras personas. La parte final del cuestionario evalúa algunas de las barreras para la participación a la hora de completar tareas usando mano de obra doméstica o a otras personas. Para usted y para muchos otros, la invitación a pensar conscientemente en «cómo», «quién» y «por qué» está organizado el trabajo para completar estas tareas domésticas, resultaría rara; son, sin más. Pese a ello, y de muchas formas, la organización de estas tareas rutinarias y corrientes dice algo importante sobre nuestro sentido de la identidad y nuestras relaciones con aquellos que tenemos a nuestro alrededor.

Estas preguntas acerca de las prácticas laborales forman parte de los estudios metodológicos mixtos sobre las Prácticas Laborales en los Hogares llevados a cabo en el Reino Unido, cuyo origen se puede remontar a las investigaciones realizadas a finales de la década de 1970 en la isla de Sheppey por el sociólogo Ray Pahl (1984). Se han revisado y empleado de la forma más eficaz en los últimos decenios mediante la investigación empírica centrada en las geografías de la autoayuda en las comunidades: «esas actividades informales no proporcionadas formalmente por el mercado ni por el Estado» (Burns *et al.*, 2004: 29) y en los límites al capitalismo (Williams, 2005; Williams y Windebank, 2016). Tras reflexionar sobre sus respuestas a estas preguntas formuladas en el umbral de su hogar, ¿a cuántos tipos distintos de prácticas laborales recurrió para completar las tareas estudiadas? ¿Cómo distinguiría y definiría estas tipologías de prácticas laborales? En las economías alternativas ha habido muchos intentos de conceptualizar, captar e ilustrar visiblemente a) la naturaleza variopinta de las prácticas laborales evidentes

en la sociedad actual y b) la(s) relación(ones) entre ellas. Gibson-Graham (2014 y 2016b) han sido particularmente influyentes en este campo, aunque una de las representaciones más complejas de la diversidad de las prácticas económicas es la organización social total del trabajo de Williams (2010), una versión de la cual puede verse en el gráfico 1.

Gráfico 1. Representación de una economía basada en la diversidad y la diferencia



Fuente: Adaptado de White y Williams (2016: 327).

Estas representaciones complejas y más «densas» de la praxis económica están llenas de implicaciones radicales y posibilidades de una reevaluación radical de «lo económico». De modo significativo, en esta representación las distintas tipologías económicas nunca son completamente independientes, sino que se superponen y se fusionan en cierto grado las unas con las otras. Esto lo ilustran tanto el uso de líneas discontinuas como la indicación, en el eje de las abscisas, de si tienen una base más capitalista o no capitalista y, en el eje de las ordenadas, de si están más monetizadas o no monetizadas. Sin lugar a dudas, estas representaciones rebaten la propaganda del capitalocentrismo (que cosifica al capitalismo como la práctica económica central y más significativa en las «economías avanzadas»), y muestran más acertadamente al capitalismo como una forma de organización económica entre muchas otras.

La negación de cualquier «núcleo económico» (menos aún uno capitalista) natural o inevitable y la yuxtaposición del capitalismo junto con otras tipologías económicas cotidianas que dan vida a «lo económico» del mundo occidental son, potencialmente, tanto liberadoras como emocionantes, en particular cuando se trata de pensar de forma creativa sobre posibles futuros económicos (más allá del capitalismo/«poscapitalistas»). Cuando a la representación económica resumida se

la sumerge en la riqueza y el desorden de la vida cotidiana, ¿cómo podría facilitarse o dificultarse esta sensación de liberación y de libertad? ¿Podría ser que una forma «capitalista» de organización económica ocupe en realidad una posición cuantitativamente central en el corazón de nuestra sociedad (una en la que se nos diga que no existe ninguna alternativa a ello)?

Cuando se han tomado «el hogar» y la comunidad como los puntos de partida de una encuesta sobre las economías del trabajo y la organización en el siglo XXI, se han producido algunos hallazgos significativos que han expuesto los mitos que aluden al predominio y la profunda penetración del «mercado» en los rincones y las rendijas de la vida cotidiana. Una fuente clave de datos que ha enriquecido nuestra comprensión del alcance y la naturaleza de distintas economías del mundo la constituyen las «encuestas sobre el uso del tiempo» (EUT). En las últimas décadas, las EUT se han convertido en una herramienta de investigación clave en el Reino Unido, Europa y otros países. Ilustrando el enfoque y la metodología usados, Gershuny y Sullivan (2017), apuntan lo siguiente:

La Encuesta sobre el Uso del Tiempo en el Reino Unido de 2014-2015 (UK-TUS) es una encuesta a gran escala en los hogares que proporciona datos sobre cómo pasan su tiempo los británicos de más de ocho años de edad. En el núcleo de la encuesta hay un instrumento consistente en un diario horario en el que los encuestados registran sus actividades cotidianas. Los diarios del tiempo registran sucesos durante períodos determinados, generalmente un único día. Son un medio eficaz de captar datos valiosos sobre cómo pasa su tiempo la gente, dónde están a lo largo del día y con quién pasan su tiempo. La muestra se basaba en hogares, y los miembros de más de ocho años de edad rellenaron los diarios de tiempo durante un día laborable y un día del fin de semana. Además, a quienes tenían un trabajo remunerado se les pedía que rellenaran un horario laboral semanal. Todos los individuos que rellenaron un diario de tiempo fueron invitados a tomar parte en una entrevista, y se escogió a algún miembro del hogar para que participara en una sobre su hogar. Estas entrevistas aportan información demográfica, económica y social adicional sobre los hogares y las personas.

Las EUT han permitido obtener un conjunto de pruebas sólidas con las que comprender mejor la naturaleza y la trayectoria cambiantes de las economías a lo largo del tiempo y el espacio. En las llamadas economías «avanzadas» del mundo occidental, por ejemplo, los hallazgos gracias a las encuestas sobre el uso del tiempo han rechazado la idea de que a) el capitalismo (trabajo remunerado) esté, ni de lejos, tan extendido como habían imaginado/afirmado que estaba y que, ciertamente, b) las prácticas capitalistas se han vuelto más dominantes a lo largo del tiempo. Por ejemplo, Burns *et al.* (2004: 52), centrándose en el porcentaje del tiempo total pasado por la gente en un empleo no remunerado en el Reino Unido, Francia y Estados Unidos, llegaron a la conclusión de que más de la mitad de todo el tiempo que la gente pasa trabajando no es remunerado. A pesar de un descenso en la cantidad absoluta de tiempo pasado en empleos [remunerados]

y en trabajos no remunerados, el tiempo pasado en estos últimos está reduciéndose más lentamente. Esto significa que el trabajo más allá del empleo no solo es mayor que el empleo [remunerado] (medido en términos del volumen de tiempo dedicado), sino que en los últimos treinta años ha ocupado una mayor parte del tiempo total que el que pasamos en nuestro empleo.

De hecho, la Oficina Nacional de Estadística (2016) buscó atribuir un valor monetario al trabajo total no remunerado llevado a cabo en 2014 por los hogares del Reino Unido. Estimó que «el trabajo no remunerado total tenía un valor de 1,01 billones de libras esterlinas, lo que equivale aproximadamente ¡al 56 por ciento del producto interior bruto (PIB)!».

La Encuesta sobre las Prácticas Laborales en los Hogares (HWPS), mencionada anteriormente en este apartado, ha sido llevada a cabo en hogares del Reino Unido de áreas urbanas y rurales, y en comunidades acaudaladas y desfavorecidas. La tabla 1 muestra los hallazgos clave obtenidos de más de 860 hogares del Reino Unido en relación con sus índices de participación en distintas prácticas laborales.

Tabla 1. Encuesta sobre las Prácticas Laborales en los Hogares del Reino Unido. Tipo de prácticas laborales llevadas a cabo según el tipo de localidad (Reino Unido)

% de tareas realizadas por última vez usando:	Zonas urbanas desfavorecidas	Zonas urbanas acaudaladas	Zonas rurales desfavorecidas	Zonas rurales acaudaladas	Todas las zonas
<i>Trabajo monetizado</i>					
Empleo formal pagado en el sector privado	12	15	18	22	16
Empleo formal pagado en el sector público y el sector terciario	2	2	2	2	2
Empleo informal	2	8	<1	4	2
Intercambio comunitario monetizado	3	1	4	1	3
Trabajo familiar monetizado	1	<1	1	1	1
<i>Trabajo no monetizado</i>					
Trabajo formal no remunerado en el sector privado	<1	0	<1	<1	<1
Trabajo formal no remunerado en el sector público y el sector terciario	<1	0	<1	0	<1
Trabajo no monetizado no declarado/ en organizaciones	<1	0	<1	0	0
Intercambios privados no monetizado	4	2	8	7	6
Trabajo no intercambiado	76	72	67	63	70
Total	100	100	100	100	100
χ^2	102.89	29.87	89.76	28.88	-

Nota: $c_2 > 12,838$ en todos los casos, lo que nos lleva a rechazar H_0 , con un intervalo de confianza del 99,5 por ciento de que no existen variaciones espaciales en las fuentes de mano de obra usadas para completar los 44 servicios en los hogares.

Fuente: White y Williams (2012: 1.635).

Las estadísticas fueron obtenidas a partir de un interrogatorio similar al que el hipotético entrevistador a la puerta de su casa le invitó a responder. Una referencia cruzada de estos hallazgos con sus propias estrategias materiales para salir adelante puede resultar un ejercicio revelador. Uno de los descubrimientos más sorprendentes de la HWPS es que el «trabajo no intercambiado» (es decir, las tareas del hogar no remuneradas) representaba el 70 por ciento de todas las tareas completadas. Por el contrario, solo el 16 por ciento del trabajo en todos los ámbitos fue llevado a cabo a través de un empleo formal pagado dentro del sector privado. ¡Ya está bien del espectro todopoderoso y omnipresente del capitalismo desde el que se nos dice que «no hay alternativa»! Lo cierto es más bien lo contrario: lejos de ser marginales o irrelevantes, las formas de trabajo no capitalistas siguen siendo algo absolutamente fundamental para sostener un amplio espectro de empleos en la sociedad actual.

Una cuestión que es necesario hacerse aquí es la de la motivación: ¿las razones predominantes detrás de estas distintas estrategias de adaptación son fruto de una elección? Los hallazgos, una vez más, refutan cualquier asunción de que los

«MÁS DE LA MITAD DE TODO EL TIEMPO QUE LA GENTE PASA TRABAJANDO NO ES REMUNERADO.»

hogares utilizaban su propio trabajo debido a la necesidad económica (es decir, la necesidad de ahorrar dinero). Tanto en los hogares con ingresos bajos como altos, las principales razones identificadas para la participación estaban enmarcadas por términos económicos (para ahorrar dinero/porque la mano de obra formal era demasiado cara) y no económicos, que incluían la facilidad, la elección y el placer (véase Williams, 2005). Significativamente, tanto en las zonas acaudaladas como en las deprimidas, la mayoría de los hogares citaron motivos no económicos como la razón determinante de que las tareas fueran llevadas a cabo de la forma en que se hizo. En resumen, los patrones observables en términos de cómo el trabajo no remunerado contribuye al bienestar de las personas y las familias (y de la sociedad más en general) son, principalmente, resultado de la elección y la preferencia, en lugar de estar determinados por circunstancias y limitaciones económicas.

Derivadas de reconocer la ubicuidad de las formas de trabajo «no capitalistas» en la sociedad occidental, conduce a muchas implicaciones radicales. Se abordarán aquí dos temas relacionados, que se pretende que susciten posteriores preguntas y reflexiones más allá de este ensayo. El primero es que deberíamos animarnos a reevaluar el significado de «trabajo» y, de hecho, qué constituye un trabajo «significativo» en la sociedad. El segundo pretende generar una mayor conciencia sobre la naturaleza interconectada y superpuesta de distintas tipologías de trabajo y organización en la economía, especialmente

de las formas en que la participación en una esfera económica (por ejemplo, capitalista) depende de nuestra implicación y/o la de otros en otras esferas económicas (no capitalistas). En conjunto, deberían ofrecer nuevas formas de apreciar mejor, valorar y hacer visible la diversidad económica en el aquí y el ahora, así como formas constructivas para articular mejores futuros poscrisis y poscapitalistas de trabajo y organización.

Antes de continuar, debemos resistirnos a la tentación de simplificar las tipologías de trabajo y organización, y reemplazarlas por la interrogación crítica de configuraciones económicas y políticas (alternativas) (véase Fuller *et al.*, 2010). Por ejemplo, la idea de que ejemplos variados de solidaridad, amor, preocupación y apoyo son evidentes en los lugares de trabajo «no capitalistas» puede muy bien ser cierta en muchos casos, pero no en todos, y no deberían idealizarse como si fuera así. Por lo que se refiere al hogar como unidad clave del análisis, por ejemplo, lejos de ser una unidad de liberación, es (y sigue siendo) una potente incubadora de represión patriarcal y de otras formas de represión, supresión, explotación y violencia (véanse Hartmann, 1981; Bowlby *et al.*, 1997). Esto, por supuesto, se ha manifestado en las divisiones tradicionales, por géneros, de las tareas del hogar, en las que abundan normas y estereotipos de género arraigados sobre «el trabajo de la mujer» (por regla general las actividades de cuidados y las tareas interminables, rutinarias y menos satisfactorias como planchar, cocinar y lavar). En cambio, el «trabajo de los hombres» suele ser, aunque no exclusivamente, ocasional y de una naturaleza más física, de habilidad (piénsese en las actividades de bricolaje, decoración, fontanería y mantenimiento del coche). En una relación tradicional, el hombre de la casa era «el proveedor», quien salía a trabajar para mantener a su familia, mientras que el «trabajo de las mujeres» estaba, por supuesto, confinado a los límites del «hogar». Esta división según el sexo está lejos de verse relegada a una era ya pasada, aunque consciente de la falta de comprensión sobre el «por qué» y el «cómo» relativas a cómo se negociaban estas tareas en el hogar y si había alguna negociación. La encuesta sobre el uso del tiempo subraya algunos patrones extremadamente preocupantes. A pesar que la participación de la mujer en el mercado laboral formal ha aumentado considerablemente en los últimos treinta años, las mujeres llevan a cabo una cantidad muy desproporcionada de trabajo en el hogar. Por ejemplo, Ferrant *et al.* (2014) informan de que «en todo el mundo, las mujeres dedican entre dos y diez veces más tiempo que los hombres a trabajos no pagados relacionados con los cuidados». En el Reino Unido (ONS, 2016), las encuestas sobre el uso del tiempo indican que «las mujeres realizan más del doble de la proporción de trabajo no remunerado cuando se trata de cocinar, cuidar de los hijos y realizar las tareas domésticas [...] de media, los hombres dedican 16 horas semanales a este trabajo no pagado [...] frente a las 26 horas semanales que le dedican las mujeres».

También deberíamos animarnos a una lectura más matizada del «trabajo formal remunerado en el sector privado». Para mucha gente, la implicación en trabajos pagados bajo relaciones capitalistas está motivada por la necesidad (de ganar dinero). Tal y como se ha estudiado repetidamente, las relaciones laborales en

este caso son ilustrativas de las experiencias más brutales, despiadadas y alienantes que cabe imaginar (Thompson, 1967; Ward, 1973; Gordon, 1997; Gibson-Graham, 2006a y b; Springer, 2014 y 2016; Tyner, 2016). Aun así, esto no debería ensombrecer el hecho de que incluso en los trabajos capitalistas más explotadores persisten el empoderamiento y ejemplos de mutualidad, cuidado de otros y solidaridad. La cuestión de cómo podría este reconocimiento potenciar el que surjan espacios «poscapitalistas» que estén arraigados en formas de trabajo y organización capitalistas constituye una pregunta importante y pasada por alto que exige una posterior reflexión.

Reconocer las geografías superpuestas de distintas economías: con el foco en la participación en el trabajo remunerado

Por volver a las tipologías económicas destacadas en la figura 1, es fácil pasar por alto cómo la oportunidad, o la presión, de participar en una esfera económica concreta depende de la organización exitosa de estrategias que tengan lugar en otra(s) esfera(s) económica(s). De forma crucial, la lectura capitalocéntrica «somera» de «lo económico» subestima el papel y el valor del trabajo «no capitalista» de muchas formas, y en particular no reconoce cómo influye en la capacidad de la gente de participar en el trabajo formal remunerado. Para ilustrar esto, tendré en cuenta mi propia implicación en el punto «10: Trabajo formal pagado en el sector privado» que aparece en la tabla 1. Lo que espero que esto ilustre es cómo mi nivel actual de participación en el trabajo formal está basado por entero en la presencia/acuerdo mutuo de/con las personas importantes en mi vida para organizarme e implicarme con éxito en otros lugares.

Mi «trabajo a tiempo completo» es como profesor adjunto de geografía humana en la Universidad Sheffield Hallam. Son las 11.33 horas del martes 1 de agosto de 2017, y estoy sentado frente al escritorio de mi despacho. Por el momento, todo muy sencillo. Sin embargo, cuando el «trabajo formal remunerado en el sector privado» se yuxtapone a otras tipologías, entonces, desde mi perspectiva personal, surge una red muy compleja de implicación y apoyo mutuos. Como padre de tres niñas de doce, diez y ocho años, mi capacidad de participar en el trabajo formal depende por entero de que otras personas cuiden de mis hijas durante las horas de trabajo. En este preciso momento, mis hijas están disfrutando de su primera semana de vacaciones estivales, y son cuidadas por mi mujer. Seguro que si esta tarde el tiempo mejora lo suficiente, entonces mis dos hijas más pequeñas jugarán con los hijos de los vecinos que viven al lado (que tienen cuatro y un años). Después de esto, mis tres hijas se subirán a nuestro coche y las llevarán al centro de actividades local para que asistan a sus clases semanales de natación. Cuando sus clases hayan acabado, sus abuelos paternos las recogerán y se las llevarán a su casa, donde disfrutarán de pasar la noche con ellos, y mañana pasarán el día fuera. Un simple vistazo rápido a «cómo» y «por qué» he podido sentarme frente al escritorio de mi oficina y escribir dibujo un tapiz mucho más colorido e interconectado de gente, formas de trabajo y organización al que, debe decirse,

rara vez se da visibilidad (excepto en épocas de crisis). Expuesto de la forma más sencilla, mi implicación en el «punto 10», si las expectativas del día se cumplen, depende/dependerá de otras relaciones sociales (familiares y no familiares) y lugares (mi hogar, otros hogares u otros lugares públicos) que, ciertamente, incluyen los puntos «1. Trabajo no intercambiado», «3. Intercambios privados no monetizados» y «8. Trabajo formal pagado en el sector público/sector terciario».

Para apreciar mejor las complejas redes que hacen posible la participación en el «trabajo formal», nuestras reflexiones deberían extenderse hacia la presencia/ausencia de otros colegas y empleados no solo en el mismo lugar de trabajo formal. Sospecho que para la amplia mayoría de las personas, el ser capaz de mantener con éxito un empleo formal pagado implica, en un alto grado, trabajar con otras personas y depender de la presencia/ausencia de ellas. Cada una de estas «otras personas» tendrá sus propias estrategias de adaptación que le permitirán que le paguen por su trabajo en el sector privado y tener un impacto en las experiencias cotidianas de otros. En mi universidad, por ejemplo, dependo del papel, invisible en gran medida, del personal del campus, que asegura un funcionamiento cotidiano fluido de la universidad en general y de mi entorno de

La cantidad de trabajo que enfrentan las mujeres tanto en el hogar como fuera de él alcanza límites desproporcionados.



trabajo diario en particular. Estoy en deuda con esas personas y equipos, que son responsables de limpiar, abastecer, ejercer de bedeles, transportar, repartir el correo, trabajar en las oficinas de información/recepciones, de la seguridad y de los aparcamientos. A un nivel más intelectual universitario, el éxito de la investigación conjunta, la enseñanza, la redacción de textos, las tareas administrativas, etcétera, depende directamente de que me comunique y coordine eficazmente con otros miembros del departamento y la facultad.

Reflexionando sobre el deseo de disponer de estrategias de adaptación estables y afinadas que nos permitan vivir de la forma que prefiramos, una de las muchas consecuencias del capitalismo ha sido la de exacerbar continuamente la naturaleza explotadora y precaria del trabajo remunerado y, como consecuencia de ello, socavar, escindir y fragmentar otras estrategias de adaptación. Por ejemplo, el sindicato de las universidades y facultades University and College Union (UCU, 2017) citó investigaciones empíricas que revelaban que «la gente que trabaja en el sector de la educación se encuentra entre las que dedican más horas extras no remuneradas y que pueden sumar hasta 12,1 horas libres por semana». De forma más general, el consejo de los sindicatos Trade Union Council (TUC, 2017) informó de lo siguiente: «Más de cinco millones de personas que trabajan en el Reino Unido hacen regularmente horas extras no pagadas, y regalaron a sus patronos 33.600 millones de libras esterlinas de trabajo gratuito el año pasado».

Otras presiones desproporcionadas y desiguales en las prácticas laborales han venido como consecuencia directa de las medidas de austeridad. Estas se han dejado sentir de forma más aguda en los hogares y los grupos de población que ya eran vulnerables (por ejemplo, los jóvenes, las minorías étnicas, los mayores, las familias monoparentales y las mujeres que ya se veían forzadas a vivir con unos ingresos bajos; véanse Hall, 2017; Horemans *et al.* 2016; Ifanti *et al.*, 2013; Lambie-Mumford y Green, 2017). Así pues, el cómo responder de modo eficaz a esta creciente precariedad de manera que ayude a proteger y a empoderar a quienes tienen una menor capacidad de defenderse, debe suponer una preocupación importante cuando pensemos en nuestras economías futuras basadas en la solidaridad y la justicia social. Con este fin, debemos reconocer nuestra capacidad de acción individual y colectiva, y reclamar nuestro poder para conseguirlo. Tal y como argumenta Springer (2016: 289):

Cuando el sistema político está definido por el capitalismo, condicionado a él, inmerso en él y deriva de él, nunca puede representar nuestras formas de saber y estar en el mundo y, por lo tanto, debemos hacernos cargo de estas formas de vida y recuperar nuestra acción colectiva. Debemos empezar a dictar nuestras políticas y empezar a adoptar un sentido más relacional de la solidaridad que reconozca que la subyugación y el sufrimiento de uno son, de hecho, indicativos de la opresión de todos.

Aceptando este desafío de frente, el apartado dedicado a las conclusiones argumenta a favor de una reevaluación del trabajo y la organización de forma que

valore y emplee más adecuadamente las múltiples configuraciones en que la gente ya participa de forma significativa y contribuye en la sociedad.

Más allá de una sociedad capitalista de «pleno empleo» y hacia unas sociedades «poscapitalistas» con un compromiso pleno y significativo

Al adoptar una lectura más densa y heterodoxa de «lo económico» se reconoce la centralidad de muchos modos no capitalistas de organización en la vida cotidiana, además de su integración social y las motivaciones (empoderadas) subyacentes a ellos. Esto, a su vez, hace que surjan cuestiones sobre la naturaleza del propio trabajo: ¿cuál es su valor, su fin y su relación con la sociedad?, ¿qué es trabajo significativo? Perpetuar una lectura capitalocéntrica de lo «significativo y lo productivo» del trabajo y el empleo convierte, por supuesto, en un fetiche «el trabajo pagado en el sector privado», y al hacerlo excluye muchas formas de trabajo vitales y fundamentales para mantener una vida (económica) y el mundo cotidiano tal y como lo conocemos. Además, socava activamente la idea de que las formas no capitalistas de trabajo puedan poseer un valor intrínseco y hacer en sí mismas una contribución positiva y deseable a la sociedad. Este discurso es especialmente evidente en la fe política invertida en la promoción de las economías basadas en el crecimiento capitalista y su perpetuo compromiso para conseguir una sociedad de «pleno empleo» (véanse McKie *et al.*, 2012; Williams, 2015).

«MUCHAS PRESIONES DESPROPORCIONADAS Y DESIGUALES EN LAS PRÁCTICAS LABORALES HAN VENIDO COMO CONSECUENCIA DIRECTA DE LAS MEDIDAS DE AUSTERIDAD.»

Si hubiera que subrayar aún más la naturaleza superficial de este enfoque, entonces pensemos en las múltiples realidades físicas y emocionales complejas de las exigentes formas de trabajo no remunerado que un progenitor amo/a de casa asume cuando gestiona el hogar familiar. Vistas a través de las políticas y del discurso popular, a estas personas se les otorga un estatus de segunda; se las suele estigmatizar popularmente por estar «desempleadas». De hecho, una parte clave de la exitosa propaganda del realismo capitalista ha consistido en vincular a quienes tienen un trabajo formal con los atributos positivos del deseo, el estatus, la ambición y la determinación. Estos trabajadores «tienen éxito» y hacen una «contribución esencial» a la sociedad. Por el contrario, aquellos que no tienen un empleo remunerado son, en comparación, holgazanes, suponen una sangría para la «sociedad», son inútiles, prescindibles y convertidos en cabezas de turco de una forma que no se aplica a los ciudadanos con empleo. Centrándose en el gobierno de coalición entre los conservadores y los demócratas liberales del Reino

Unido que ascendió al poder en 2010, Pantazis (2016: 4), por ejemplo, argumentaba lo siguiente:

La retórica del gobierno de coalición intentó retratar a las personas, entre ellas a las anteriormente consideradas «merecedoras» de la ayuda de la seguridad social, como «gandules» (en comparación con las «luchadoras»), «perezosas» (en comparación con las que «trabajaban duro») y «derrochadoras» (en comparación con las «previsoras»), y como responsables, de distintas formas, de hacer caer la pobreza sobre sí mismas y sobre sus familias.

Estas narrativas dominantes acerca de lo económico, y las percepciones, prejuicios y valores, deben transgredirse con éxito para permitir que aflore un reconocimiento más creativo e integral del trabajo. Además de resultar deseable, la sugerencia de ir más allá de una sociedad de pleno empleo hacia una plena implicación, también está fundamentada empíricamente, y es congruente con el relato más amplio que hacen las encuestas sobre el uso del tiempo y sobre las prácticas de trabajo en los hogares sobre la extensión y la trayectoria cambiantes (y la informalización) de nuestras economías a lo largo del tiempo y el espacio.

Con el capitalismo mejor enmarcado como, simplemente, una de entre muchas visiones futuras del trabajo y la organización económica, debemos considerar cuidadosamente qué tipo de organización económica refleja mejor el deseo de libertad, felicidad, seguridad, prosperidad y los principios colectivos de justicia social

El número de horas que trabaja una persona se refleja en sus relaciones sociales, especialmente entre los sectores más vulnerables.



y territorial para todos. Además, para desplazarse más allá de las «concepciones totalitarias de la dominación capitalista» (North, 2014: 247), las sociedades poscapitalistas deben resistir cualquier tentación a predecir, determinar y ordenar abiertamente «el camino correcto» a seguir. Más bien, la necesidad de adoptar unas narrativas y sendas económicas complejas, debe evitar siempre los planes de acción sobredeterminados y prescriptivos en favor de otros más experimentales y creativos. Por fortuna, reconsiderar radicalmente el imaginario económico de formas que reconozcan y valoren la naturaleza ubicua de las formas no capitalistas, nos permite ver un panorama rico, creativo y colorido de comunidades de solidaridad y apoyo (véase Gritzas y Kavoulakos, 2016). A escala comunitaria, hay cientos de ejemplos vibrantes de personas y comunidades que aúnan esfuerzos produciendo e intercambiando bienes y servicios de formas que generan economías de la solidaridad; economías que ofrecen formas visionarias y prácticas de resistencia, resiliencia y transformación. Por ejemplo, los últimos treinta años, más o menos, han sido testigos de alternativas político-económicas significativas, como monedas o divisas de ciertas comunidades, bancos de tiempo y programas de intercambio y comercio local que han surgido y florecido en algunas zonas (véanse North, 2014; Michel y Hudson, 2015). Otros ejemplos relevantes incluirían a Solidarity New York City (<http://solidaritynyc.org/>), a FAR Nearer (www.farnearer.org/) y a las economías sin moneda de El Cambalache, ubicado en San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, México (Araujo, 2016). Otros han surgido debido a la necesidad, como respuesta directa a la pobreza social y económica, a la exclusión causada por unas medidas de austeridad continuas y a la crisis del capitalismo. Las cadenas de distribución de alimentos en Grecia (Rakopoulous, 2014) son una excelente ilustración de esto. Aparte de esto, las expresiones de solidaridad y resistencia al capitalismo pueden encontrarse en los lugares que menos esperaríamos: en forma de trabajo remunerado en el sector privado. El que economías de los cuidados y otras formas de reciprocidad y solidaridad mutua se encuentren y se mantengan en estos espacios (de adversidad) también debe formar una parte clave de la crítica y el imaginario poscapitalistas. En pocas palabras, ¿cómo es que estas economías alternativas ganan visibilidad e impulso «dentro» de espacios capitalistas, de forma que, en última instancia trabajen para transformar estos espacios?

«HAY CIENTOS DE EJEMPLOS VIBRANTES DE PERSONAS Y COMUNIDADES QUE AÚNAN ESFUERZOS PRODUCIENDO E INTERCAMBIANDO BIENES Y SERVICIOS.»

El reto es ciertamente complejo y tiene muchas capas, a lo largo tanto del tiempo como del espacio, y un espectro de geografías personales y comunitarias. Pese a ello, es muy importante centrar la atención en nuestra propia acción: nunca debemos subestimar la importancia de actuar desde el medio en el que nos encontremos en este momento. ¿Cómo podemos (con nuestras destrezas, experiencias y capacidades) actuar de formas directamente prefigurativas que puedan influir y

configurar positivamente a nuestros propios entornos sociales y espaciales y a aquellos que hay en su interior? ¿Cuáles son nuestras fortalezas y sus límites? ¿Cómo podemos, pues, invertir mayores cantidades de tiempo y energía para construir y mantener esas formas de trabajo y organización «no capitalistas» que se ven animadas por poderosas expresiones de solidaridad: el altruismo, la ayuda mutua y el voluntariado? ¿A qué barreras para la participación nos enfrentamos nosotros y los que tenemos a nuestro alrededor? ¿Cómo podemos aprender mejor de los demás de forma que empoderen a nuestras propias comunidades para que emprendan acciones directas para pensar creativamente acerca de la «crisis», sus causas y sus soluciones potenciales? Independientemente de las respuestas a estas interrogantes, confiamos en el conocimiento de que (lejos de tratarse de un futuro utópico) ya encarnamos «la alternativa (económica)» de muchas maneras que aportan un significado, un propósito y una afirmación positivos a nuestra vida cotidiana (y a la de otros). De hecho, no disponer de ellas señalaría realmente el fin del mundo tal y como lo conocemos.

Por último, otra desviación significativa del pensamiento ortodoxo actual sobre la economía y la sociedad consiste en rechazar la idea de que el mundo «poscrisis» o «poscapitalista» de justicia social es algo que puede conseguirse finalmente en un mundo que está a la espera del mapa adecuado que permita desplegar nuestras velas económicas. No, es mucho más verdadero y significativo reconocer que los futuros y anhelos económicos que deseamos siempre están, y siempre estarán, en un estado perpetuo de dinamizarse y desplegarse. Adoptar nuevos imaginarios económicos y esforzarse por abrazar nuevas formas de pensar e implicarnos en nuestras economías es/debería ser (a un nivel profundo) un proceso continuo de

Cada vez es más importante para las personas conciliar su vida laboral y familiar.



actuación y experimentación sin un punto de «conclusión» final o un lugar de descanso (véase Parker *et al.*, 2014).

Conclusiones

A pesar de que ha pasado una década desde la crisis financiera y capitalista global de 2007-2008, el discurso económico capitalocéntrico sigue teniendo una influencia considerable en cómo pensamos acerca de nuestra economía, nuestra sociedad y los futuros potenciales del trabajo y la organización. De este modo, reiterándonos, la que puede decirse que es la crisis más importante de nuestro tiempo, es la de nuestra imaginación. En varios sentidos, pensar de manera crítica y alternativa, de formas que desafíen y desarraiguen las sendas económicas «ortodoxas e inevitables» a las que se nos dice que tenemos que adaptarnos, equivale a llevar a cabo un acto atrevido y potencialmente revolucionario. Tal y como opina Shannon (2014: 2):

El capitalismo, después de todo, está ensamblado de tal modo que invisibiliza las relaciones sociales que conlleva, para hacerlas parecer algo natural y, quizá más importante, para hacerlas parecer inevitables, como si no pudiera haber una alternativa.

«ES IMPRESCINDIBLE LA CAPACIDAD DE PENSAR Y DAR RIENDA SUELTA A LA IMAGINACIÓN CREATIVA PARA ABORDAR LOS RETOS A LOS QUE NOS ENFRENTAMOS COMO SOCIEDAD EN ÉPOCA DE CRISIS.»

También requiere un difícil proceso de desaprendizaje: la propaganda dominante e incesante que reduce continuamente el capitalismo a «lo económico» es tal que reconsiderar nuestro imaginario económico no es algo que conseguiremos instantáneamente. Porque todos estamos teniendo que batallar y reevaluar narrativas económicas profundamente arraigadas que hasta ahora nos han dado valor y significado a nosotros y al mundo del trabajo y la organización. La capacidad de pensar más allá de lo aparentemente imposible y de dar rienda suelta a nuestra imaginación (y praxis) creativa de formas que aborden los retos a los que nos enfrentamos como sociedad es urgentemente necesaria en una época de crisis. Esto no es, ni de lejos, tan difícil como parece; a pesar del refrán dogmático de que vivimos en una sociedad capitalista, somos (como siempre seremos) una sociedad rica en muchas posibilidades económicas, y podremos recurrir a todas ellas para ayudar a revitalizar sendas poscapitalistas existentes y a dar vida a otras nuevas. El potencial para invertir y participar plenamente en unos futuros existentes y en unos nuevos futuros alternativos, siempre está ahí. Tal y como argumenta Monbiot (2017):

La cultura participativa estimula la política participativa; de hecho, es política participativa. Genera solidaridad social mientras propone e implementa una visión de un mundo mejor. Genera esperanza allá donde la esperanza parecía ausente. Permite que la gente vuelva a recuperar el control. Lo más importante es que puede atraer a cualquiera, independientemente de cuáles pudieran ser sus anteriores afiliaciones. Empieza a generar una vida pública más amable construida sobre valores intrínsecos. Mediante la reconstrucción de la sociedad desde abajo hacia arriba, acabará forzando a los partidos y a los gobiernos a adaptarse a lo que la gente quiere. Podemos hacerlo, y no necesitamos del permiso de nadie para empezar.

Leído con este espíritu, se espera que los temas y argumentos centrales expuestos en este ensayo ayuden a proporcionar algún incentivo más para desentrañar y cuestionar «lo económico» de modo que ayude a adoptar nuevos imaginarios económicos y formas de estar en el mundo. Estos, a su vez, harán resurgir una praxis radical y alternativa que empoderará a la gente y a las comunidades para que «escapen» de la economía capitalista (Fournier, 2008) y «recuperen» la economía (Gibson-Graham *et al.*, 2013). Ambos serán necesarios si la sociedad quiere dirigirse plenamente hacia estos paisajes económicos poscapitalistas y poscrisis animados por los principios de sostenibilidad ecológica y justicia social para todos.

Referencias bibliográficas

- Araujo, E. (2016), «Consensus and Activism Through Collective Exchanges. A Focus on El Cambalache, Mexico», *International Journal of Sociology and Social Policy*, vol. 36, núm. 11-12, pp. 741-755.
- Armington, K., K. Guthmann y D. Weisstanner (2016), «Choosing the Path of Austerity. How Parties and Policy Coalitions Influence Welfare State Retrenchment in Periods of Fiscal Consolidation», *West European Policies*, vol. 39, núm. 4, pp. 628-647.
- Blyth, M. (2013), *Austerity. The History of a Dangerous Idea*, Oxford, Oxford University Press, 2013. (Hay trad. cast.: *La austeridad. Historia de una idea peligrosa*, Barcelona, Crítica, 2014.)
- Bowlby, S., S. Gregory y L. McKie (1997), «"Doing Home": Patriarchy, Caring, and Space», *Women's Studies International Forum*, vol. 20, núm. 3, pp. 343-350.
- Burns, D., C. C. Williams y J. Windebank (2004), *Community Self-help*, Basingstoke, Palgrave, 2004.
- Cumbers, A. (2012), *Reclaiming Public Ownership. Making Space for Economic Democracy*, Londres, Zed Books, 2012.
- Davies, J. S., e I. Blanco (2017), «Austerity Urbanism. Patterns of Neo-liberalisation and Resistance in Six Cities of Spain and the UK», *Environment and Planning A*, vol. 49, núm. 7, pp. 1.517-1.536.
- Eurostat (2017), *Europe 2020 Indicators – Poverty and Social Exclusion*, <http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Europe_2020_indicators_-_poverty_and_social_exclusion>.
- Ferrant, G., L. M. Pesando y K. Nowacka (2014), «Unpaid Care Work. The Missing Link in the Analysis of Gender Gaps in Labour Outcomes», *OECD Development Centre*, <www.oecd.org/dev/development-gender/Unpaid_care_work.pdf>.
- Fournier, V. (2008), «Escaping from the Economy. The Politics of Edgework», *International Journal of Sociology and Social Policy*, vol. 28, núm. 11/12.
- Fuller, D., A. E. G. Jonas y R. Lee (2010), *Interrogating Alterity. Alternative Economic and Political Spaces*, Londres, Routledge, 2010.
- Gershuny, J., y O. Sullivan (2017), *United Kingdom Time Use Survey, 2014-2015*, Centre for Time Use Research, Universidad de Oxford [recopilación de datos], UK Data Service, SN: 8128, <<http://doi.org/10.5255/UKDA-SN-8128-1>>.
- Gibson-Graham, J. K. (2006a), *The End of Capitalism (As We Knew It). A Feminist Critique of Political Economy*, Minnesota, Minnesota Press.
- (2006b), *A Postcapitalist Economics*, Minneapolis (Minnesota), University of Minnesota Press.
- (2014), «Rethinking the Economy with Thick Description and Weak Theory», *Current Anthropology*, vol. 55, supl. 9, pp. 147-153.
- Gibson-Graham, J. K., J. Cameron y S. Healy (2013), *Take Back the Economy. An Ethical Guide for Transforming our Communities*, Minnesota, Minnesota Press.
- Gordon, W. (1996), «Capitalism and Violence», *Medicine, Conflict and Survival*, vol. 13, núm. 1, pp. 63-66.
- Gritzas, G., y K. I. Kavoulakos (2016), «Diverse Economies and Alternative Spaces. An Overview of Approaches and Practices», *European Urban and Regional Studies*, vol. 23, núm. 4, pp. 917-934.
- Hall, S. M. (2017), «Personal, Relational and Intimate Geographies of Austerity. Ethical and Empirical Considerations», *Area*, vol. 49, pp. 303-310.
- Hartmann, H. I. (1981), «The Family As the Locus of Gender, Class, and Political Struggle. The Example of Housework», *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, vol. 6, núm. 3 (primavera de 1981), pp. 366-394.
- Horemans, J.; I. Marx, I. y B. Nolan, B (2016), «Hanging in, but only just. Part-time Employment and in-work Poverty Throughout the Crisis», *IZA Journal of European Labor Studies*, vol. 5, núm. 5, pp. 1-19.
- Ifanti, A. A.; A. A. Argyriou, A. A.; F. H. Kalophonou, F. H. y H. P. Kalophonou, H. P (2013), «Financial Crisis and Austerity Measures in Greece. Their Impact on Health Promotion Policies and Public Health Care», *Health Policy*, vol. 113, núms. 1-2, pp. 8-12.
- Lambie-Mumford, H., y M. A. Green (2017), «Austerity, Welfare Reform and the Rising Use of Food Banks by Children in England and Wales», *Area*, vol. 49, pp. 273-279.
- McKie, L., S. Gregory y S. Bowlby (2002), «Shadow Times. The Temporal and Spatial Frameworks and Experiences of Caring and Working», *Sociology*, vol. 36, núm. 4, pp. 897-924.
- Michel, A., y M. Hudon (2014), «Community Currencies and Sustainable Development. A Systematic Review», *Ecological Economics*, vol. 116, pp. 160-171.
- Monbiot, G. (2017), «This Is How People Can Truly Take Back Control. From the Bottom Up», *The Guardian*, <www.theguardian.com/commentisfree/2017/feb/08/take-back-control-bottom-up-communities>.
- North, P. (2014), «Ten Square Miles Surrounded by Reality? Materialising Alternative Economies Using Local Currencies», *Antipode*, vol. 46, pp. 246-265.
- Office for National Statistics (2016), «Women Shoulder the Responsibility of Unpaid Work», <<http://visual.ons.gov.uk/the-value-of-your-unpaid-work/>>.
- Pahl, R. E. (1984), *Divisions of Labour*, Oxford, Basil Blackwell.
- Pantazis, C. (2016), «Policies and Discourses of Poverty During a Time of Recession and Austerity», *Critical Social Policy*, vol. 36, núm. 1, pp. 3-20.
- Parker, M., G. Cheney, V. Fournier y C. Land, eds.

- (2014), *The Routledge Companion to Alternative Organization*, Abingdon, Routledge.
- Rakopoulos, T. (2014), «The Crisis Seen from Below, Within, and Against. From Solidarity Economy to Food Distribution Cooperatives in Greece», *Dialectical Anthropology*, vol. 38, pp. 189-207.
- Shannon, D. (2014), *The End of the World As We Know It? Crisis, Resistance, and the Age of Austerity*, Edimburgo, AK Press.
- Springer, S. (2014), «Why a Radical Geography Must Be Anarchist», *Dialogues in Human Geography*, vol. 4, núm. 3, pp. 249-270.
- (2016), «Fuck Neoliberalism», *ACME. An International Journal for Critical Geographies*, vol. 15, núm. 6, pp. 285-292.
- The University and College Union (UCU) (2017), «Education Workers Putting in Long Hours of Unpaid Overtime», <www.ucu.org.uk/article/8693/Education-workers-putting-in-long-hours-of-unpaid-overtime>.
- Thompson, E. P. (1967), «Work-discipline, and Industrial Capitalism», *Past & Present Society*, núm. 38, pp. 56-97. (Hay trad. cast.: «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979.)
- Trade Union Council (2017), «Work Your Proper Hours Day», <<https://worksmart.org.uk/work-your-proper-hours-day>>.
- Tyner, J. A. (2016), *Violence in Capitalism. Devaluing Life in an Age of Responsibility*, Nebraska, University of Nebraska Press.
- Varoufakis, Y. (2016), *And the Weak Suffer What They Must?*, Nueva York, Nation Books. (Hay trad. cast.: *¿Y los pobres sufren lo que deben?*, Barcelona, Deusto, 2016.)
- Ward, C. (1967), *Anarchy in Action*, Londres, Freedom Press. (Hay trad. cast.: *Anarquía en acción. La práctica de la libertad*, Madrid, Enclave de Libros, 2013.)
- White, R. J., y C. C. Williams (2012), «The Pervasive Nature of Heterodox Economic Spaces at a Time of Neoliberal Crisis. Towards a "Postneoliberal" Anarchist Future», *Antipode*, vol. 44, núm. 5, pp. 1.625-1.644.
- (2014), «Anarchist Economic Practices in a "Capitalist" Society. Some Implications for Organisation and the Future of Work», *Ephemera. Theory and Politics in Organization*, vol. 14, núm. 4, pp. 951-975.
- (2016), «Valuing and Harnessing Alternative Work Practice in a Neoliberal Society», en S. Springer, K. Birch y J. MacLeavy, eds., *The Handbook of Neoliberalism*, Londres, Routledge.
- Williams, C. C. (2005), *A Commodified World*, Londres, Zed.
- (2010), «Beyond the Market/Non-market Divide. A Total Social Organisation of Labour Perspective», *International Journal of Social Economics*, vol. 37, núm. 6, pp. 402-414.
- , y J. Windebank (2016), *Revitalising Deprived Urban Neighbourhoods*, Abingdon, Routledge.

>LA CRISIS DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL Y EL FIN DEL TRABAJO



Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



Helen Hester es Profesora Asociada de Medios y Comunicaciones en la Universidad de West London y profesora en King's College London. Sus líneas de investigación incluyen la tecnología, la reproducción social y el futuro del trabajo. Además, es miembro del grupo de trabajo feminista internacional Laboria Cuboniks. Entre sus libros se incluyen *Beyond explicit: Pornography and the displacement of sex* (SUNY Press, 2014), *Xenofeminism* (Polity, 2018), y *After work: The politics of free time* (Verso, 2018, escrito junto con Nick Srnicek).



Nick Srnicek es Profesor de Economía Digital en el King's College London. Es autor de *Platform Capitalism* (Polity, 2016) y de *Inventing the future: Postcapitalism and a world without work* (Verso, 2015, escrito junto con Alex Williams), y editor de *The speculative turn* (reimpreso en 2011, escrito junto con Levi Bryant y Graham Harman). Actualmente, y junto con Helen Hester, está acabando un libro sobre reproducción social y políticas postlaborales titulado *After work: The politics of free time* (Verso, 2018).

>LA ERA DE LA PERPLEJIDAD. REPENSAR EL MUNDO QUE CONOCIAMOS

>LA CRISIS DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL Y EL FIN DEL TRABAJO

Se ha prestado mucha atención a la crisis del empleo y a las amenazas y las oportunidades planteadas por la creciente automatización; en cambio, se ha dedicado mucha menos atención a la asistencia a las personas. Este artículo examina la organización cambiante de la reproducción social en las sociedades más ricas y describe la crisis emergente de la asistencia social, provocada por la retirada del estado, el estancamiento de los sueldos y el envejecimiento de la población. Finalmente, el artículo plantea una visión post laboral de la asistencia social que responde a esta crisis.

En los últimos años ha habido muchas discusiones sobre la «crisis de empleo», con académicos y periodistas señalando tendencias potencialmente preocupantes en el mercado laboral. Somos cada vez más conscientes del hecho de que las sociedades acomodadas se están enfrentando al fin de los «buenos trabajos» y al ascenso del empleo precario, temporal y con unos sueldos bajos. A lo largo de las últimas cuatro décadas hemos visto un aumento espectacular en la desigualdad de los ingresos; los empleos con unos sueldos medios han ido desapareciendo (muchos se han externalizado hacia partes «más baratas» del mundo), lo que ha resultado en que haya una gran masa de gente en la base y un número de personas cada vez más pequeño en la cúspide.¹ Después de la crisis de 2008, las economías acomodadas fueron testigo de unos niveles altos de desempleo y una recuperación del empleo muy lenta. Ahora, una nueva ola de tecnología amenaza con automatizar grandes áreas de trabajo existentes en la actualidad, y el futuro augura que cada vez más trabajadores irán al paro o serán subempleados. El resultado es una creciente población excesiva que carece de los medios para sobrevivir fuera del capitalismo y de los empleos para sobrevivir en él. Estos son, claramente, motivos de honda preocupación, tal y como queda reflejado en un aluvión de informes de comités de expertos, simposios internacionales y consultas multilaterales en cuanto al futuro del trabajo.²

Pese a que es alentador ver cómo estos asuntos van ganando visibilidad cultural y son incorporados en la agenda política, estos comentarios sobre el paisaje laboral tienden a ignorar todo el alcance del problema. Al poner en primer plano una visión estrecha del empleo, otras actividades (remuneradas y no remuneradas) se mantienen fuera del ámbito de los relatos de la crisis y las soluciones potenciales. Con mucha frecuencia, los analistas no logran aprehender el carácter sistémico e integral de nuestros problemas actuales: cómo la crisis del «empleo» es también una crisis del «hogar» y viceversa. En este capítulo intentaremos desarrollar un conocimiento más sólido sobre los retos actuales a las que se enfrenta el empleo

en las sociedades acomodadas y exponer propuestas para enfrentarse a estos problemas. Para hacerlo, nos centraremos en un concepto complejo, complicado y transcultural: el de los cuidados. Empezando por una discusión sobre la reproducción social y un análisis de su papel en las culturas contemporáneas del empleo, procederemos a señalar la creciente importancia del trabajo social para las sociedades del siglo XXI en el hemisferio norte. Ciertamente, mientras nos fijamos en las tendencias emergentes y trazamos posibles trayectorias económicas, nos encontramos con que los cuidados garantizan la distinción y la separación del concepto paraguas del trabajo en el sector de los servicios (y de las economías basadas en los servicios), y argumenta que las sociedades acomodadas se encuentran en el límite de convertirse en economías basadas predominantemente en los cuidados. En conclusión, aportaremos una serie de soluciones potenciales para enfrentarse a la creciente crisis de cuidados.

Las tres esferas del trabajo reproductivo

La «reproducción social» o el «trabajo reproductivo» son términos que describen las actividades que educan a los futuros trabajadores, regeneran la mano de obra actual y mantienen a aquellos que no pueden trabajar: es decir, el conjunto de tareas que, juntas, mantienen y reproducen la vida, tanto a diario como generación tras generación. La reproducción social consiste, a grandes rasgos, en cuidar directamente de uno mismo y de los demás (los cuidados infantiles y de los mayores y la asistencia médica), manteniendo espacios físicos y organizando recursos como parte de un proceso indirecto del cuidar de uno mismo y de los demás (hacer la limpieza, ir a la compra, reparar cosas) y de la reproducción de la especie (tener hijos). Estas son, en pocas palabras, las tareas cotidianas relacionadas con el hecho de permanecer vivo y ayudar a los demás a permanecer vivos también que tradicionalmente han llevado a cabo las mujeres por un sueldo exiguo o sin cobrar nada. También son formas de trabajo que tienden a descuidarse en los debates actuales sobre el empleo. Al producir y mantener a los trabajadores, el trabajo reproductivo exige que se le considere la base del capitalismo global. Como marco teórico, el análisis de la reproducción social insiste en las formas complejas e intrínsecas en las que las actividades de cuidados relacionadas históricamente con un sexo están ligadas a los imperativos del capitalismo.

Tradicionalmente, la reproducción social se ha situado como la interfaz entre una esfera reproductiva (en el hogar) y un ámbito productivo (en el puesto de trabajo). Se comprendía que la esfera reproductiva abarcaba el conjunto de actividades concretas que se llevan a cabo para imitar al trabajador (masculinizado) con un sueldo: cocinar, limpiar, los cuidados de los hijos, etc. En contraste, la esfera productiva representaba aquellas actividades que producían bienes y servicios: soldar, programar, coser, etc. Pese a ello, una distinción basada sólo en las actividades concretas resulta insuficiente, dado que esas mismas actividades concretas pueden asignarse a una esfera distinta dependiendo del contexto social.³ Por ejemplo, una madre que lleva a sus hijos a la escuela ocupa, en el

capitalismo, un puesto distinto en la estructura que el de una niñera que lleva al colegio a los hijos de otros, a pesar de que las actividades concretas son, en efecto, idénticas.

¿Qué distinción puede, entonces, ayudarnos a comprender la producción y la reproducción social? ¿Cómo asumimos las relaciones estructurales entre el capitalismo como el proceso de acumulación y la reproducción social como el proceso de multiplicación de los trabajadores con un sueldo? Al responder estas preguntas seguimos el trabajo del colectivo Endnotes al distinguir entre esferas en base a su relación con el mercado y la acumulación de capital. Puede que la distinción más relevante se encuentre entre una esfera mediada directa o indirectamente por el mercado. Las actividades que tienen lugar en el primer ámbito (incluyendo las actividades que se llevan a cabo en el hogar o que se realizan para multiplicar la mano de obra, a cambio de un sueldo) están sujetas a los imperativos de la acumulación de capital: una compulsión a mejorar la productividad del proceso laboral y la eficacia de convertir los aportes en resultados, todos incluidos en la exigencia de que las actividades generen un beneficio. El mercado ejerce una fuerza directa sobre la organización y el rendimiento de las actividades. Un proceso de trabajo demasiado lento o ineficiente es aquel que produce bienes que son demasiado caros en comparación con sus competidores, y acabará por ser apartado del mercado. Por contra, las actividades que tienen lugar en la esfera mediada indirectamente por el mercado no se ven sujetas a estos imperativos de la misma forma. No obstante, este ámbito no queda completamente excluido de la lógica del mercado. El tiempo no remunerado necesario para el trabajo reproductivo puede implicar que queda menos tiempo para realizar un trabajo pagado. Las exigencias del trabajo remunerado pueden, por tanto, ejercer una fuerza sobre otras actividades, aunque de forma más enrevesada. La organización de actividades mediadas indirectamente por el mercado está también determinada por cosas como el patriarcado, la violencia de género y (en situaciones mejores) la cooperación.⁴

«AL PRODUCIR Y MANTENER A LOS TRABAJADORES, EL TRABAJO REPRODUCTIVO EXIGE SER CONSIDERADO LA BASE DEL CAPITALISMO GLOBAL.»

No obstante, es importante apreciar que la franqueza, o no, de la mediación del mercado no puede representar, por sí sola, la dinámica de la reproducción social en las culturas del trabajo actuales. Tal y como subraya Endnotes, debemos incluir una distinción entre las actividades pagadas y las no remuneradas: una distinción que no se corresponde de una forma exacta con la separación categórica entre el trabajo mediado directa o indirectamente por el mercado. La provisión gubernamental es el ejemplo clave en este caso: trabajadores como las enfermeras del Servicio Nacional de Salud (National Health Service, NHS) británico llevan a cabo tareas en favor de la reproducción social y reciben un sueldo, pero no están directamente relacionadas con la lógica de la acumulación.

Su trabajo supone un coste directo para el capital, que se obtiene mediante los impuestos sobre el superávit social y los sueldos. Estamos hablando, claramente, de una esfera que se encuentra más allá de la lógica directa del mercado (que está, por tanto, mediada indirectamente por el mercado), pero que también está apuntalada por el trabajo remunerado (al contrario que las actividades que realizamos con y para nuestra familia o que llevamos a cabo para el mantenimiento de nuestro hogar).

Al final, por tanto, Endnotes señala que existen tres esferas en funcionamiento: la mediada directamente por el mercado, la remunerada y mediada indirectamente por el mercado, y la no pagada y mediada indirectamente por el mercado.⁵ Nos referiremos a estas tres esferas de la reproducción social como las tres P: trabajo reproductivo privatizado (mediado directamente por el mercado), público (remunerado y mediado indirectamente por el mercado) o personal (no remunerado y mediado indirectamente por el mercado). Estas categorías corren el riesgo de pasar por alto divisiones adicionales y, por lo tanto requerirán, de posteriores aclaraciones a medida que vayamos avanzando en el capítulo. Sin embargo, enmarcando el trabajo en estos términos esperamos asegurarnos de que se tenga en cuenta un rango más amplio de trabajo reproductivo y que se incluya en el análisis sobre el futuro del empleo. Después de todo, existe más de una esfera y forma de trabajo implicados en la crisis actual.

El trabajo reproductivo en crisis

Se ha dado una brusca transición en las formas en las que la reproducción social se ha organizado en las sociedades acomodadas desde mediados del siglo xx. El capitalismo keynesiano se caracterizaba por la dominancia del núcleo familiar heterosexual (como ideal al que aspirar, más que como una realidad distribuida uniformemente) y por la norma de los «ingresos familiares». Bajo este modelo, se esperaba que el trabajo reproductivo recayera, a tiempo completo, en una mujer económicamente dependiente. Los estados del bienestar más liberales y corporativistas ofrecieron poca asistencia en términos de trabajo reproductivo durante este periodo y tendieron, como resultado de ello, a confiar enormemente en las estructuras familiares tradicionales. El Estado sólo empezó a ocuparse de la reproducción social en los regímenes socialdemócratas, usando los impuestos sobre el superávit social como medio de transferir algunos elementos del trabajo reproductivo a la esfera pública.⁶ Esto incluía la socialización parcial de servicios no mercantilizados como la educación y los cuidados infantiles: un movimiento que permitió gradualmente a las mujeres a formar parte del mercado de mano de obra en mayor número (aunque debería señalarse que muchas mujeres de la clase trabajadora, especialmente las no blancas, se habían visto obligadas, desde hacía mucho, a realizar trabajos remunerados fuera del hogar). Sin embargo, incluso en la socialdemocracia, el Estado siguió dependiendo enormemente del trabajo reproductivo devaluado de las mujeres: un aspecto en el que las feministas de la época hacían hincapié apasionadamente.

Bajo el capitalismo neoliberal de la década de 1970 en adelante, este enfoque con respecto a la reproducción social sufrió una transformación importante. En gran medida, la norma de los ingresos familiares a la que se aspiraba desapareció a partir de este punto, ya que acabó resultando materialmente imposible para todos a excepción de unos pocos privilegiados. Muchas economías acomodadas han presenciado un descenso de los sueldos reales: de hecho, el Reino Unido se está enfrentando a la peor década en cuanto al aumento de los salarios desde las épocas napoleónicas. Como era de esperar, estos cambios han requerido de un incremento sustancial en el número de horas pasadas en el puesto de trabajo necesarias para salir adelante, mantener un hogar y proporcionar un apoyo económico continuo a otros. Además de todo esto, hemos visto un recorte radical en la provisión estatal para la reproducción social, dejando al trabajo reproductivo sin apoyo gubernamental al mismo tiempo que los trabajadores no remunerados que tradicionalmente lo llevaban a cabo se ven forzados a acudir a su puesto de trabajo. El resultado es una crisis de cuidados que comprende tanto el trabajo público como el reproductivo. La gente se ha visto incapaz de respaldar a las personas dependientes que viven en su hogar (debido al agotamiento de los recursos económicos, emocionales, mentales y/o de tiempo) o de depender del estado para que les atienda adecuadamente.⁷

Una activista sostiene un cartel en la Quinta Avenida durante la Marcha de las Mujeres el 21 de enero de 2017, en Nueva York.



La respuesta ha sido, para aquellos que se lo pueden permitir, un movimiento hacia un intercambio mediado por el mercado. Una proporción creciente de tareas domésticas se están comprando directamente como bienes y servicios o indirectamente a través de trabajo reproductivo privatizado. Algunos elementos de la reproducción social se delegan cada vez más a una clase hiperexplotada de limpiadoras, niñeras y otros trabajadores sociales (frecuentemente se trata de mujeres implicadas en cadenas globales de cuidados). Esto ha conducido a un enfoque dual de la reproducción social, pudiendo los ricos permitirse un sustituto privatizado, mientras que aquellos con ingresos más bajos trabajan cada vez más para proporcionar esos servicios. En ausencia de una provisión pública, la reproducción social está recayendo en las esferas privatizada o personal de una forma que está profundamente marcada por la desigualdad en los ingresos. Mientras la crisis de trabajo integral que hemos estado describiendo aquí es, claramente, un problema enorme, sus efectos se distribuyen de forma distinta según la raza, el sexo y la clase social. Son las mujeres pobres (como viene siendo normal) las que se están llevando la peor parte de estos cambios.

«LA OFERTA DE TRABAJO REPRODUCTIVO SUELE SER BASTANTE INESTABLE DADA LA ALTA TASA DE ROTACIÓN EN ESTE CAMPO.»

En pocas palabras, pues, las actividades de reproducción social se han privatizado crecientemente y se han arraigado todavía más en la esfera personal (de la que, ya para empezar, nunca escapó completamente) como resultado de la reducción en la provisión de formas públicas de trabajo reproductivo. Estamos presenciando una necesidad creciente de apoyo debido a la necesidad de que más gente trabaje más horas para sobrevivir, además de los mayores costes implicados en este respaldo al externalizar la reproducción social en el mercado, y no en el Estado. Además, el suministro de trabajo reproductivo suele ser bastante inseguro, dada la alta tasa de renovación en este campo: el resultado inevitable de que los trabajadores sociales de la esfera privada se enfrenten a un sueldo miserable, a la inseguridad laboral, a unas malas condiciones y, frecuentemente, a sus propias y complejas responsabilidades personales con respecto a los cuidados. El trabajo social es trabajo (independientemente de si es privado, público o personal), y desempeña un papel crucial en los retos complejos y sistémicos del momento actual. Su *grado* de trascendencia se pone de manifiesto cuando estudiamos la importancia del trabajo reproductivo para las economías acomodadas actuales. Tal y como veremos, éstas se están viendo dominadas por los trabajos de cuidados, mantenimiento y reproductivos en términos del empleo y del producto interior bruto (PIB): dos formas limitadas y convencionales, pero culturalmente comprensibles de valorar la importancia y el valor social.

Hacia una economía de los cuidados

Normalmente, cuando la gente imagina la economía evoca la imagen de una fábrica (quizás una de coches) y luego basa sus consideraciones de sentido común sobre ese imaginario. O quizás, tras la era de la desindustrialización, la gente trae cada vez más a su imaginación una imagen de una economía basada en los servicios con un oficinista sentado frente a un ordenador. Y pese a ello, «servicio» es una categoría amplia y dispar que incluye al banquero que gana millones con acuerdos de inversión y al maestro que trabaja muchas horas, la peluquera que batalla para llegar a fin de mes y la limpiadora inmigrante que gana una miseria desempeñando múltiples trabajos. Ciertamente, el sector de servicios es una categoría difícil de manejar que está perdiendo su utilidad descriptiva, aunque un mejor enfoque podría consistir en desglosar la economía de acuerdo con distintos tipos de servicios en lugar de teorizarla como una cadena continua de sectores. Una vez hagamos esto, podremos reconocer que una parte enorme y creciente de las economías acomodadas se orientan ahora hacia el trabajo reproductivo. Tomemos, por ejemplo, la asistencia sanitaria: se trata de un sector grande y creciente de la economía remunerada. En los Estados Unidos, el coste de la asistencia sanitaria se lleva actualmente la mastodóntica cifra del 17,8% del PIB,⁸ mientras que en Europa occidental sigue promediando un impresionante 10,4% del PIB.⁹ Además, el aumento de los costes en asistencia sanitaria ha superado a la inflación en las economías acomodadas, dando lugar a que cada vez se estén gastando mayores cantidades de nuestros fondos personales en estos servicios.¹⁰ Lo que resulta interesante es que lo mismo aplica a las economías en vías de desarrollo: China presenció una multiplicación por cincuenta del gasto en asistencia sanitaria entre 1980 y 2005, y se proyecta otra multiplicación por veinte para el 2050.¹¹ Vale la pena destacar que la asistencia sanitaria es también una importantísima fuente de empleo, tanto público como privatizado. El NHS (el Sistema Nacional de Salud británico), por ejemplo, se encuentra entre los mayores empleadores del mundo: en 2017 daba trabajo (directa e indirectamente) a alrededor de 1,9 millones de personas.¹² Significativamente, parece que estas cifras no harán sino aumentar en el futuro. Observando las proyecciones del gobierno estadounidense en cuanto al crecimiento del empleo hasta 2014, un periodista señaló recientemente que «nueve de los 12 campos con un crecimiento más rápido son formas distintas de decir "enfermera"». ¹³ El sector de la asistencia sanitaria es, por tanto, un gigante en términos de empleo, y cada vez lo es más en términos de su cuota con respecto al PIB.

Los cuidados infantiles también forman parte importante y creciente del empleo privatizado, en parte como resultado de la crisis de la reproducción social descrita en la anterior sección. Aunque los cuidados infantiles se suelen proporcionar de manera informal y no remunerada en la esfera personal (normalmente lo hacen los progenitores y los miembros de la familia), una proporción creciente adquiere la forma de trabajo formal remunerado (p. ej. guarderías, jardines de infancia) e informal remunerado (p. ej. niñeras). Se dan unas tendencias similares en el caso de la educación y la asistencia social (se entiende aquí que esto incluye los

cuidados paliativos, la asistencia en el hogar, los cuidados en residencias para la tercera edad y los servicios de asistencia personal). Cuando calculamos los gastos en cada una de estas áreas (dejando a un lado conceptos como hacer la colada, la limpieza, la actividad sexual y las reparaciones domésticas, para las cuales apenas hay o no existen datos), vemos que la reproducción social acapara buena parte de las economías capitalistas avanzadas. Tal y como destaca la Figura 1, los gastos en los acomodados países del G7 oscilan entre el 15% del PIB en el caso de Italia hasta casi el 25% del PIB en los Estados Unidos. La reproducción social es, sencillamente, un sector del mercado importante y considerablemente creciente.

Quizás, la indicación más sorprendente de que estamos viviendo, cada vez más, en una economía dominada por los cuidados, llega cuando consideramos los empleos reproductivos en los campos de la asistencia sanitaria, la educación, los servicios de alimentación, el alojamiento y el trabajo social como un porcentaje de todo el trabajo remunerado. A lo largo de los últimos 50 años ha habido un aumento de estas labores. Un porcentaje creciente de la población está recibiendo un sueldo por mantener la reproducción social, y tal y como destaca la Figura 2, ahora emplea al 23-28% de la mano de obra. En contraste, en su pico en la década de 1960, los Estados Unidos empleaban al 30% en manufacturas. Si hace tiempo hablábamos de los puntales de la fabricación, hoy debemos hablar en términos de economías centralizadas alrededor de la reproducción de sus fuerzas laborales. Estas tendencias, además, están listas para continuar, tal y como indican los datos referentes a los sectores laborales que más crecerán en los Estados Unidos entre 2014 y 2024. Un análisis de estos datos revela que la gran mayoría de estos

Un niño descansa sobre el hombro de su madre en el banco de alimentos West Side Campaign Against Hunger, en la ciudad de Nueva York. Muchos padres trabajadores se ven obligados a realizar horas extras para conseguir lo necesario para vivir.



sectores en crecimiento (incluyendo los cuatro principales) son empleos que tienen que ver con la reproducción social remunerada. Podemos encontrar datos similares en el caso del Reino Unido, en el que nuestros cálculos sugieren que el 74% del crecimiento total en los empleos está preparado para serlo en los sectores de la reproducción social.¹⁴ Tal y como sugieren estos datos, estamos siendo testigos del crecimiento de una economía de los cuidados.

Resolviendo la crisis

¿Qué se tiene que hacer, entonces? Si la reproducción social se encuentra cada vez más en crisis (con demandas de sus servicios creciendo al mismo tiempo que trabajadores no remunerados están accediendo al mercado laboral, trabajadores remunerados se están enfrentando a unos salarios peligrosamente bajos y a unas condiciones laborales pésimas, y el gobierno está retrocediendo con respecto a las provisiones de servicios públicos), ¿cómo puede mantenerse la reproducción de la sociedad de forma que no exacerbe las jerarquías existentes de clase, etnia y género? Un teórico que ha tenido muy en cuenta estos asuntos es Nancy Fraser, que propone tres modelos de tipo ideal para resolver estos problemas.¹⁵ Cada uno de estos modelos organiza los cuidados de una forma distinta y tiene impactos variables sobre las ideas de la justicia e igualdad de género.

Fraser califica su primer modelo como el *modelo del sustentador universal*, y puede que éste se dé, de forma más completa, en los países europeos con altos niveles de participación femenina en el mercado laboral (aunque, ideológicamente, se da de forma más intensa en los Estados Unidos). En este enfoque, el salario familiar de la época de posguerra se ve reemplazado por cada uno financiándose a sí mismo mediante el trabajo remunerado. Sin embargo, este enfoque requiere de un respaldo gubernamental adecuado sin detrimento de los niños y de otras personas dependientes. Esto significa cosas como políticas ambiciosas de permisos por maternidad o paternidad, cuidados infantiles con financiación pública y/o desgravaciones para permitir a las familias compensar los gastos, frecuentemente onerosos, de los cuidados infantiles privados. La falta de estas provisiones impone unos límites estrictos a la participación igualitaria en el mercado laboral, tal y como han visto los Estados Unidos desde el año 2000, dando lugar a la falta de permisos por maternidad/paternidad remunerados a un estancamiento de la participación de las mujeres en el mercado laboral.¹⁶ Este modelo también requiere que los asistentes sociales reciban un salario adecuado para asegurar que el trabajo les proporcione una remuneración suficiente para poder vivir. Tal y como están las cosas, con demasiada frecuencia los asistentes sociales son dejados en la pobreza y se enfrentan a largas jornadas laborales en un desesperado intento por llegar a fin de mes. En general, el modelo del sustentador universal podría reducir la pobreza, pero sólo forzando a todos a trabajar más horas e idealizando el mundo «masculino» del trabajo remunerado como la única opción respetable.

Un segundo modelo es el *modelo de paridad del cuidador*, en el que el trabajo informal actualmente no remunerado llevado a cabo principalmente por mujeres es, en lugar de ello, valorizado y respaldado adecuadamente. En lugar de canalizar a estos trabajadores hacia el mercado laboral formal remunerado, este modelo intenta reconocer el valor de ambas actividades y facilitar cualquier transición entre la esfera privada y la personal. Para hacer que esto sea operativo, debería proporcionarse un apoyo gubernamental al trabajo personal de reproducción social. Esto podría significar, por ejemplo, subsidios para los cuidadores, que reconocerían y ayudarían a pagar el trabajo llevado a cabo para cuidar de los niños y a los enfermos de larga duración. También implicaría disponer de empleos que respaldaran un trabajo a tiempo parcial y flexible para aquellos con responsabilidades en el terreno de los cuidados, y normas legales contra la discriminación basada en la capacidad de quedar gestante. Tal y como señala Fraser, aunque el primer modelo pretendía llevar la reproducción social enteramente a la esfera mediada por el mercado, este modelo intenta llevarla al campo personal, pero respaldado por el gobierno. Sin embargo, una vez más, este modelo se expone al confinamiento de la mujer al hogar, y no hace nada por intentar reducir la cantidad de trabajo que debe asumir la gente.

El último enfoque que expone Fraser es el *modelo del cuidador universal*. En lugar de hacer que las mujeres se parezcan más a los hombres (haciéndolas entrar en el mercado laboral) o de dejar a los hombres y las mujeres en esferas separadas (respaldando sólo a las mujeres en el hogar), este enfoque sugiere hacer que los hombres asuman más trabajo del correspondiente a la esfera tradicional de la mujer. Si los hombres asumieran una mayor parte del trabajo reproductivo desempeñado en el hogar, las cargas del trabajo se distribuirían más equitativamente, y las jerarquías condicionadas por las relaciones de género de la economía se verían debilitadas. En este mundo, lo que se había considerado como los ritmos característicos de la vida de las mujeres (la transición entre el trabajo remunerado y el no remunerado) se convertiría en la norma que orientaría la política. Como resultado, los gobiernos intentarían implementar políticas que permitieran unas transiciones fáciles entre los dos: por ejemplo, eliminando las penalizaciones en el puesto de trabajo por el empleo a tiempo parcial y el flexible, mientras que los gobiernos también podrían proporcionar apoyo a un sistema público de cuidados infantiles o de sistemas de cuidados a nivel comunitario a los que se podría esperar que todos contribuyeran. Este modelo tiene la virtud de reducir significativamente la naturaleza ligada al género de la división actual del empleo, al tiempo que también prometería reducir algo de la carga de trabajo general. Pero ¿es esto suficiente?

Pensamos que un enfoque más adecuado (uno que esté en sintonía con los crecientes cambios propios de la automatización y la demanda en alza de trabajos de asistencia social) sería el llamado *modelo postlaboral*. Este enfoque pretende, explícitamente, reducir el trabajo y nuestra dependencia del empleo remunerado (vale la pena recordar que, al principio, el trabajo tal y como lo conocemos en la actualidad, era considerado como «esclavitud remunerada» como resultado de su

capacidad de hacer que alguien dependiera de un patrón para sobrevivir). La mayoría de los futuros postlaborales invocan un mundo en el que los robots se quedan al cargo de las fábricas y a veces incluso de las oficinas. Pero el mundo de la asistencia social se deja, curiosamente, fuera de estos imaginarios utópicos. La respuesta postlaboral ante la crisis de cuidados afirma, no obstante, que los principios postlaborales pueden aplicarse a los mundos tanto del trabajo remunerado como el no remunerado. Esto implica por lo menos tres objetivos clave.

En primer lugar, deberíamos permanecer abiertos al potencial de la automatización. La amplitud de miras con respecto a la automatización de algunos tipos de trabajo reproductivo es un rechazo a la naturalización de este trabajo: a desestimarlo como si no se tratara de trabajo en absoluto, sino una expresión del yo (marcado por el género) o un pasatiempo gratificante a nivel personal. Aunque la robotización de la reproducción social no debería alabarse imprudentemente, una tecnopolítica crítica del hogar y de otros espacios de reproducción social podrían proporcionar beneficios reales. ¿Hay tareas que podrían tecnologizarse sin que ello tuviera un efecto negativo en la forma en que se experimentan estos espacios? Las tecnologías domésticas no tienen realmente un historial. Aunque muchos de nosotros no querríamos renunciar a nuestra lavadora, está claro que muchos de los aparatos que entran en el hogar no son más que mercancías con mucho bombo publicitario (relucientes, pero frecuentemente muy especializados, y no especialmente buenos a la hora de reducir el trabajo, como el espiralizador de verduras, la máquina de granizados, etc.).

Sin embargo, debemos recordar que todavía tenemos que obtener los electrodomésticos que merecemos de verdad. Tal y como apunta Judy Wajcman, buena parte de la tecnología de la que disponemos en el hogar nos llegó como una ocurrencia tardía, habiendo sido concebida originalmente para su uso militar o industrial (el microondas, por ejemplo, además de la lavadora, la aspiradora y la nevera). Estas tecnologías se introdujeron en acuerdos nacionales privatizados desde varios ámbitos más públicos. Tal y como escribe: «Dado que mucha de la tecnología doméstica tiene su origen en esferas muy distintas, en lugar de estar diseñada específicamente para ahorrar tiempo en el hogar, no es sorprendente que su impacto en el trabajo doméstico haya sido variado».¹⁷ Así pues, para usar una imagen adecuadamente casera, no debemos meter todo en el mismo saco: el concepto del hogar tecnologizado puede reinventarse activamente y las culturas de diseño tecnológico disputarse también activamente. Podría pensarse en la automatización doméstica como en un aliado en la búsqueda de autonomía temporal, aunque, obviamente, esto implicaría un programa mucho más amplio de cambio político progresivo.

También debemos pensar en qué tecnologías deseamos incluir bajo el paraguas de la automatización doméstica. ¿Qué hay de las tecnologías de apoyo, por ejemplo? ¿Sentiríamos algo distinto sobre los robots de compañía de cuidados de lo que sentiríamos por máquinas para sistemas de asistencia para caminar o elevar? ¿De dónde proceden estos tipos distintos de sentimiento y qué parte de

ellos puede surgir de asunciones no cuestionadas sobre el valor moral de la asistencia social (un valor moral que, accidentalmente, se ha enmarañado desde el principio con ideas sobre la esfera privada ligada al género)? ¿Consideraríamos al teléfono móvil, el ordenador personal, la bicicleta o la píldora anticonceptiva como una tecnología doméstica? Lo que quiero transmitir aquí es la idea de que, en lugar de descartar la automatización de la esfera doméstica en todas sus formas, deberíamos potenciar una distinción más fina: una que se preocupe de los matices de tecnologías concretas, de cuestiones de acceso, de propiedad y de diseño; y a la forma en que las ideas del género y del trabajo se integran en los afectos que relacionamos con la tecnología.

El segundo objetivo es que deberíamos reducir los estándares domésticos. Algunas ideas relacionadas con lo postlaboral asumen que el trabajo reproductivo es una fuente de satisfacción personal inagotable en el que los trabajadores no tendrían ningún interés en ver sus expectativas reducidas. De hecho, es interesante señalar lo frecuentemente que se mencionan unos estándares domésticos elevados (es decir, que requieren de muchísimo trabajo) en la llamada teorización postlaboral. El colectivo alemán Krisis Group habla del hecho de que el trabajo implicado en «la preparación de una comida deliciosa» nunca se erradicará; el izquierdista antitrabajo André Gorz habla de «cuidar de y decorar una casa, [] cocinar buenas comidas, entretener a los invitados», etc. Aunque preparar la comida, proporcionar hospitalidad, etc. puede suponer una fuente de gran placer para algunos (cuando se llevan a cabo de forma autogestionada), colocar estas

La búsqueda de la niñera ideal para el comienzo del año escolar preocupa a la mayoría de los padres antes del comienzo de las vacaciones.



cosas en el centro de unas disposiciones futuras imaginadas permite que el trabajo resurja de una forma no reconocida.

Para aquellos de nosotros que deseamos disponer de nuestro tiempo de formas distintas a cocinar, limpiar y a los cuidados, podría resultar aconsejable pensar menos en las alturas del esplendor doméstico al que podremos aspirar y más en presionar el punto de referencia de unos estándares socialmente aceptables alrededor de cosas como la limpieza. El trabajo de feministas como Ellen Lupton, Ruth Schwartz Cowan y Judy Wajcman nos ha enseñado que una razón por la cual el tiempo empleado en las tareas domésticas no se redujo tras el ascenso de los electrodomésticos en el siglo xx fue que (a medida que los aparatos que nos permitían ahorrarnos trabajo se hacían más comunes) los estándares aumentaron.¹⁸ Se suponía que la limpieza tenía que ser más profunda y darse con más frecuencia; que las actividades educativas a las que se suponía que uno tenía que dedicarse con sus hijos se volverían más frecuentes y que estarían más implicadas en la búsqueda para proporcionarles una ventaja competitiva; que el alimento que se suponía que uno tenía que preparar se volvería más complejo y que implicaría más tiempo; se suponía que los jardines delanteros estarían immaculados, sin malas hierbas y marcados con unas franjas homogéneas y perfectas. Una vez más, aunque estas actividades no deberían ser erradicadas para aquellos que disfrutaran con ellas, no se debería permitir que las expectativas sociales restrictivas se petrifiquen en torno al trabajo reproductivo. Debemos seguir enmarcando el activismo alrededor del género y el trabajo en términos de una soberanía temporal: la capacidad de disponer de nuestro tiempo como queramos.

Por último, deberíamos repensar las condiciones de vida. ¿Qué significaría reestructurar la «vida familiar» de forma distinta? ¿Cómo podría esto formar parte de y verse influido por cambios en la estructura del trabajo remunerado y facilitar la expansión de las ideas postlaborales en el hogar aparentemente intocable? Alejarnos de la vivienda unifamiliar podría aportar unas formas de vida más sostenibles y eficientes energéticamente, además de un recorte del trabajo necesario para su mantenimiento básico: quizás grupos de 10-12 en lugar de 1-4 personas. Las cocinas, las lavanderías y los talleres comunales tienen el potencial de reducir el trabajo, y el hecho de que se trate de recursos utilizados por un mayor número de personas que el hogar tradicional podría suponer oportunidades para unas inversiones más elevadas en herramientas y tecnologías, incluyendo las necesarias para la limpieza. Repensar el espacio en el que se vive podría ir más allá de pensar simplemente en aliviar las dificultades: podría implicar avances importantes como bibliotecas, estudios, salas de medios, laboratorios, huertos e instalaciones para los cuidados sanitarios de autoayuda muy especializados y comunales. ¿Qué otra cosa podría ser el hogar si pudiera ser otra cosa?

El hogar, tal y como es en la actualidad (normalmente en forma del núcleo familiar, en la imaginación popular, por no decir que en la realidad) surgió, en gran medida, gracias a los cambios en las relaciones laborales. Las expectativas sobre lo que es y lo que hace «la familia» han tenido, de hecho, un papel crucial a la hora de

determinar cosas como los sueldos, las horas de trabajo y los servicios públicos. El umbral oficial de la pobreza en los Estados Unidos se diseñó basándose en que cada hogar tendría una esposa que actuaría a modo de astuta gerente doméstica, que compraría prudentemente, cocinaría habilidosamente y haría todas las comidas en casa. La realidad es que muchos hogares nunca han tenido acceso a este fantástico recurso de reproducción social, la economista doméstica a tiempo completo, ya que el coste de la vida es, realmente, mucho mayor.

Apartándonos de los discursos normalizadores de «la esfera privada» y de la «familia», se vuelve dolorosamente aparente lo insatisfactorio que es el hogar como lugar de trabajo y lo mucho que los trabajadores domésticos podrían ganar resistiéndose a o rebelándose contra ello. Considerar el hogar de esta forma también nos anima a reconocer dónde y cómo las disposiciones espaciales y las prácticas laborales podrían conformar la visibilidad y la valoración del trabajo reproductivo, y lo raros que son los intentos por abordar el trabajo doméstico monótono y pesado. Imaginar unas formas distintas de relaciones sociales asentadas en el hogar es también bastante esperanzador para aquellos de nosotros que quizás suframos con unas relaciones tensas, infelices e incluso de maltrato con/en nuestra familia biológica. Esto es algo que las personas homosexuales sufren con mucha más frecuencia. Si imaginamos hogares más allá de la familia, podríamos dibujar la formación de grupos que se elegirían a sí mismos viviendo juntos: una mezcla de familiares, amigos, camaradas, amantes. Estos nuevos tipos de familia podrían basarse en la afinidad, el afecto y unas visiones del mundo compartidas en lugar de algo tan endeble como la mera coincidencia genética.

Así pues. ¿Dónde nos deja esto? Si pensamos que puede y debería hacerse algo para ayudar a mitigar los efectos de las estructuras de opresión actuales, entonces tiene sentido unir nuestras luchas contra la opresión por razón de género (incluyendo la distribución desigual del tiempo libre y de las tareas domésticas arduas y pesadas) a las luchas contra el trabajo. Ciertamente, lo que resulta necesario es, en muchas formas, una lucha sobre la sexualidad alternativa: una batalla contra el mito de los rasgos «femeninos» o «masculinos» asumidos y contra un sistema de géneros simplemente binario que moldea la división del trabajo; una lucha que comprende que los esfuerzos por redistribuir el trabajo (para generar un reparto más igualitario de las obligaciones y las oportunidades) se verá, inevitablemente, limitado hasta que nuestras ideas sobre el género sean derrocadas. Mientras la familia tradicional y cis-hetero-patriarcal con sus divisiones de roles según el género domine los horizontes de nuestra imaginación cultural, creo que el trabajo y la soberanía sobre nuestro tiempo seguirán estando repartidos injustamente. La izquierda debe enmarcar nuestros esfuerzos como si fueran en nombre de «familias que trabajan duro» (¡esto es precisamente aquello contra lo que deberíamos luchar!) y en lugar de ello moverse en pro de lo postlaboral, lo postgénero y el postcapitalismo.

Referencias bibliográficas

APPELBAUM, B.: «The jobs Americans do». *The New York Times*, 23 de febrero de 2017. <https://www.nytimes.com/2017/02/23/magazine/the-new-working-class.html>.

AUTOR, D. y DORN, D. (2013): «The growth of low-skill service jobs and the polarization of the US labor market». *American Economic Review*, vol. 103, núm. 5, pp. 1553-1597.

BAUMOL, W. J.: *The cost disease: Why computers get cheaper and health care doesn't*. Yale University Press, New Haven, 2013.

BLAU, F. y KAHN, L. (2013): «Female labor supply: Why is the United States falling behind?». *American Economic Review*, vol. 103, núm. 3, pp. 251-56.

CENTRES FOR MEDICARE AND MEDICAID SERVICES (2017): «National health expenditure accounts». <https://www.cms.gov/Research-Statistics-Data-and-Systems/Statistics-Trends-and-Reports/NationalHealthExpendData/NationalHealthAccountsHistorical.html>.

COWAN, R. S.: *More work for mother: The ironies of household technology from the open hearth to the microwave*. Free Association Books, Londres 1989.

ELSON, D. (2012): «Social reproduction in the global crisis: Rapid recovery or long-lasting depletion?». En *The global crisis and transformative change*, editado por Utting, P.; Razavi, S. y Buckholz, R. V. Palgrave Macmillan, Houndmills, 2012, pp. 63-80.

ENDNOTES (2013): «The logic of gender». En *Endnotes 3: Gender, race, class and other misfortunes*. Brighton, 2013, pp. 56-90.

Esping-Andersen, G.: *The three worlds of welfare capitalism*. Polity, Cambridge, 1989. (Trad. cast.: *Los tres mundos del estado del bienestar*. Edicions Alfons el Magnànim: Valencia, 1993).

FRASER, N.: *Fortunes of feminism: From state-managed capitalism to neoliberal crisis*. Verso, Londres, 2013. (Trad. cast.: *Fortunas de feminismo: del capitalismo gestionado por el estado a la crisis neoliberal*. Traficantes de sueños: Madrid, 2015).

GOOS, M. (2013): «How the world of work is changing: A review of the evidence». International Labour Organization, Ginebra. http://www.ilo.org/public/english/dialogue/actemp/downloads/events/2013/symp/how_worldofwork_changing.pdf.

GOOS, M.; MANNING, A. y SALOMONS, A. (2009): «Job polarization in Europe». *American Economic Review*, vol. 99, núm. 2, pp. 58-63.

«How many NHS employees are there?». *Full Fact*, 1 de junio de 2017. <https://fullfact.org/health/how-many-nhs-employees-are-there/>.

«NHS is fifth biggest employer in world». *The Telegraph*, 20 de marzo de 2012. <http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/9155130/NHS-is-fifth-biggest-employer-in-world.html>.

RAI, S. M.; HOSKYNYS, C. y THOMAS, D. (2014): «Depletion: The cost of social reproduction».

International Feminist Journal of Politics, vol. 16, núm. 1, pp. 86-105.

SRNICEK, N. y WILLIAMS, A.: *Inventing the future: Postcapitalism and a world without work*. Verso, Londres, 2015. (Trad. cast.: *Inventar el futuro: poscapitalismo y un mundo sin trabajo*. Malpaso: Barcelona, 2017).

STARK, A. (2007): «Warm hands in cold age - On the need of a New World Order of care». En *Warm hands in cold age: Gender and aging*, editado por Folbre, N.; Shaw, L. B. y Stark, A. Routledge, Milton Park, 2007, pp. 7-36.

THE ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT (2016): «World industry outlook: Healthcare and pharmaceuticals».

WAJCMAN, J.: *Pressed for time: The acceleration of life in digital capitalism*. University of Chicago Press, Londres, 2015.

«World employment and social outlook: The changing nature of jobs». International Labour Organization, 2015. http://www.ilo.org/global/research/global-reports/weso/2015-changing-nature-of-jobs/WCMS_368626/lang-en/index.htm.

Notas

- 1 Goos, Manning y Salomons: «Job polarization in Europe»; Autor y Dorn: «The growth of low-skill service jobs and the polarization of the US labor market».
- 2 Srnicek y Williams: *Inventing the future: Postcapitalism and a world without work*; Goos: «How the world of work is changing: A review of the evidence»; «World employment and social outlook».
- 3 Endnotes: «The logic of gender», p. 62.
- 4 *Ibid.*, p. 65.
- 5 Esta categorización de la estructura básica de la reproducción social sitúa a la familia y al trabajo de voluntariado en la misma categoría no remunerada, lo que creemos que supone un movimiento importante más allá de la asunción de que la familia biológica tradicional es una unidad sacrosanta. Para conocer un ejemplo que distingue entre el trabajo en la familia y el de voluntariado, véase Stark: «Warm hands in cold age - On the need of a New World Order of care», p. 14.
- 6 Las distinciones entre los estados del bienestar liberales, corporativistas y socialdemócratas proceden de la obra clásica de Gøsta Esping-Andersen *Los tres mundos del estado del bienestar*.
- 7 Rai, Hoskyns y Thomas: «Depletion: The cost of social reproduction»; Elson: «Social reproduction in the global crisis: Rapid recovery or long-lasting depletion?».
- 8 Centres for Medicare and Medicaid Services: «National health expenditure accounts».
- 9 The Economist Intelligence Unit: «World industry outlook: Healthcare and pharmaceuticals», p. 4.

- 10 Baumol: *The cost disease*, p. 10.
- 11 *Ibíd.*, p. 100.
- 12 «NHS es el quinto mayor empleador en el mundo. ¿Cuántos empleados de NHS hay?».
- 13 Appelbaum: «The jobs Americans do».
- 14 Esto, de hecho, subestima la contribución de los empleos en el sector de la reproducción social, ya que muchos aparecen listados en categorías cuyos datos disponibles no están desagregados. Por lo tanto, el 47% debería considerarse una estimación conservadora.
- 15 La siguiente sección recurre a los argumentos expuestos aquí: Fraser: *Fortunes of feminism*, pp. 123–135.
- 16 Blau y Kahn: «Female Labor Supply».
- 17 Wajcman: *Pressed for Time*, p. 122.
- 18 Cowan: *More work for mother: The ironies of household technology from the open hearth to the microwave*.
- 19 Fuente: OCDE. Los datos son de 2013, excepto en el caso de la educación en Canadá, que es de 2012. Los gastos incluyen el gasto público y privado, excepto en el caso de los cuidados infantiles, que solo corresponden a gasto público. La educación incluye la educación primaria, la secundaria y la terciaria.
- 20 Datos obtenidos de Statistics Canada, el Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos de Francia, el Statistisches Bundesamt alemán, Eurostat en el caso de Italia, la Agencia de Estadística de Japón, la Oficina Nacional de Estadística del Reino Unido y la Agencia de Estadísticas Laborales de Estados Unidos. Las cifras fueron calculadas con el sistema de clasificación industrial estándar (SIC, por sus siglas en inglés), incluyendo las categorías de «actividades de servicios de alojamiento y comida», «educación» y «salud humana y actividades de asistencia social». Para los sistemas de clasificación alternativos, se usaron las aproximaciones más cercanas. Estas cifras probablemente subestimen el número de empleos dedicados a la reproducción social, ya que, por ejemplo, la administración y gestión de fondos de pensiones no está incluidas, como tampoco lo están la construcción y el mantenimiento de viviendas. No obstante, lo que resulta menos significativo que la precisión de las cifras es la tendencia general.

Apéndice

Gráfico 1. Gastos en sectores clave de la reproducción social (porcentaje del PIB)¹⁹

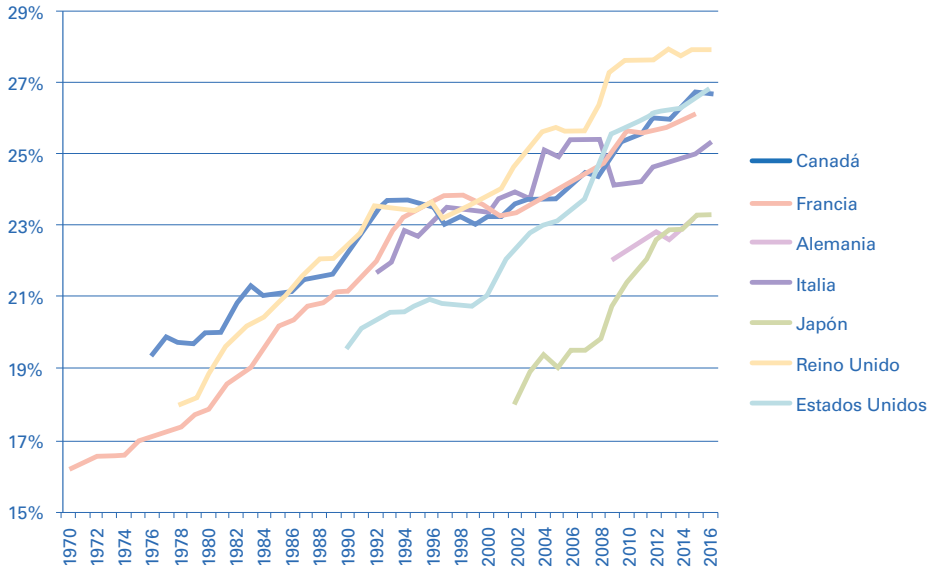
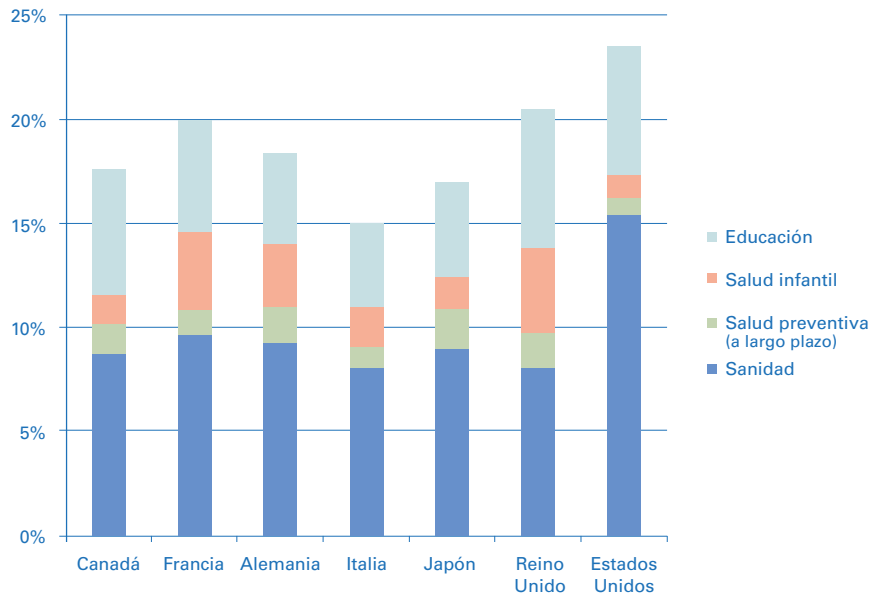


Gráfico 2. Empleos de reproducción social como porcentaje de todo el trabajo remunerado.²⁰



>POBREZA, DESIGUALDAD Y DESARROLLO: DISCUSIÓN DESDE EL ENFOQUE DE LA CAPACIDAD



Comparte el contenido
de este artículo en tus
redes sociales



Adriana Conconi es directora de Políticas y Alcance en la Iniciativa para la Pobreza y el Desarrollo Humano de Oxford (OPHI). Tiene un Máster en Administración Pública sobre Desarrollo Internacional de la Universidad de Harvard, así como licenciaturas M.A. y B.A. en Economía por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina. Trabaja con OPHI desde 2011 y ha liderado los cálculos de IPM en 2013 y 2014. Ahora coordina el trabajo de OPHI con gobiernos nacionales y agencias internacionales en el desarrollo de medidas para combatir las pobrezas nacionales y regionales. Antes de ingresar a OPHI, Adriana fue investigadora en el Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales (CEDLAS), en la UNLP. También tiene experiencia en la enseñanza de grado y posgrado en UNLP y en la Universidad de San Andrés (Argentina).



Mariana Viollaz tiene un doctorado en Economía por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina. Es investigadora principal en el Centro de Estudios Sociales y de Distribución (CEDLAS) de la UNLP y ha sido becaria posdoctoral en la Escuela ILR de la Universidad de Cornell, Estados Unidos. Su investigación se centra en la intersección de la economía laboral y de desarrollo en América Latina y el Caribe, y ha sido publicada por la Oxford University Press y por revistas como *Revista de Desigualdad Económica*, *Revista Internacional del Trabajo* y *Revista CEPAL*, así como en una serie de publicaciones institucionales como la serie de *Documentos de Trabajo de Investigación sobre Políticas del Banco Mundial*, *WIDER Working Papers*, *IZA* y *CEDLAS*.

>POBREZA, DESIGUALDAD Y DESARROLLO: DISCUSIÓN DESDE EL ENFOQUE DE LA CAPACIDAD

En este artículo se presentan nuevas definiciones de conceptos como «desarrollo humano», «pobreza» y «desigualdad», definiciones estrechamente vinculadas a la diversidad de propiedades que atañen al bienestar. Se describen índices, metodologías y aplicaciones que se han desarrollado en los últimos tiempos y que han sido muy utilizados para medir y valorar estos conceptos. En particular, se analiza el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM), que complementa las medidas monetarias tradicionales de la pobreza, reconociendo su variedad de formas y dimensiones.

Desarrollo, pobreza y desigualdad: cambiando el paradigma de desarrollo

El desarrollo, la pobreza y la desigualdad son conceptos diferentes aunque se encuentren intrínsecamente relacionados. Están en el centro del enfoque de capacidad de Amartya Sen y del Enfoque de Desarrollo Humano del Programa de la Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y todos tienen un notable impacto en el bienestar de las personas.

«Desarrollo» es un término tradicionalmente asociado al crecimiento económico. Esta visión fue puesta en tela de juicio por el enfoque de capacidad de Sen, que introdujo un cambio de paradigma en la forma en que entendemos el desarrollo (Sen 1979a, 1985a, 1985b, 1987, 1989). Su paradigma de desarrollo se apoyaba en dos cambios fundamentales con respecto al enfoque anterior. El desarrollo se centra ahora en la persona como unidad de análisis, en lugar de la economía, y la evaluación del progreso se hace en función de las capacidades y libertades de la gente, en lugar de los ingresos. Por tanto, la pregunta esencial que se plantea al comparar diferentes sociedades es: «¿Qué es lo que cada persona puede hacer y ser?», es decir, el enfoque de Sen va más allá de la media de bienestar en una sociedad y se centra en las oportunidades disponibles para cada individuo. Como señala Nussbaum (2011), el enfoque «se centra en la elección o la libertad de elección, sosteniendo que las sociedades deben promover [...] un conjunto de oportunidades en bienes fundamentales, o libertades sustanciales, que la gente puede ejercer, o no».

A partir de este cambio de paradigma, surgieron diversas consecuencias prácticas. El enfoque en el individuo significó el paso del concepto de desarrollo al concepto de «desarrollo humano». La comprensión y medición del desarrollo cambió de una única dimensión, es decir, los ingresos, a múltiples dimensiones, esto es, capacidades y libertades. Las múltiples dimensiones del desarrollo humano son flexibles, lo cual implica que cada contexto cultural y nacional puede tener un conjunto diferente de dimensiones relevantes (Sen, 2004). Por último, la

formulación de políticas cambió drásticamente, ya que ahora está orientada a mejorar diferentes variables para promover el desarrollo humano, como por ejemplo la educación, la salud y las condiciones de vida, y no solo aumentar el nivel de ingresos de la economía.

El desarrollo humano se describe hoy en día como la expansión de las libertades de la gente, donde el concepto de libertad tiene en cuenta las capacidades que las personas valoran y el empoderamiento del individuo para participar activamente en los procesos de desarrollo en un planeta compartido (Alkire, 2010). Por capacidades se entiende la posibilidad real de lograr algo. Por ejemplo, la capacidad de disfrutar de la atención médica requiere una clínica de salud con personal sanitario y suministros médicos, y que los pacientes no sean rechazados por razones de género, raza, edad o religión.

La ampliación de las libertades y el empoderamiento de las personas no bastan para conceptualizar el desarrollo humano en sí mismo. El desarrollo humano avanzado y duradero tiene lugar dentro de un contexto limitado por: recursos, tiempo, información, tecnología, voluntad política, incertidumbre y capacidad institucional. Por consiguiente, también es necesario introducir algunos principios de procedimiento (Sen, 1979b, 1992, 1996). Por ejemplo, un auge del crecimiento que genere grandes ganancias para los más ricos y mantenga estables los resultados de las clases bajas y medias sería, estrictamente, una expansión del desarrollo humano, porque se ampliarían las capacidades de algunas personas sin afectar negativamente a la libertad de cualquier otro. Sin embargo, si se encontrara una política capaz de generar ganancias para los muy pobres, mientras mantiene los resultados de los más ricos sin cambios, dicha política sería preferible sin duda alguna. Por tanto, los principios de procedimiento ayudan a establecer prioridades y descartar resultados indeseables (Alkire, 2002; Sen, 2009). Ejemplos de estos principios son la reducción de la pobreza, la eficiencia, la equidad, la sostenibilidad, el respeto de los derechos humanos y la responsabilidad.

¿Cuáles son las políticas apropiadas para mejorar el desarrollo humano? El crecimiento económico no es estrictamente necesario y no es, en absoluto, suficiente (Bourguignon *et al.*, 2008). Se han sugerido políticas complementarias para conseguir avances duraderos en materia de desarrollo humano. Estas incluyen instituciones más fuertes, la formación de redes de desarrollo sostenible, una sociedad civil fuerte y participativa, una mayor rendición de cuentas nacional a través de poderes que ejerzan como contrapeso y un aumento de la gobernanza y la responsabilidad globales, con mayor participación internacional en ciertos contextos (PNUD, 1992, 1999, 2002, 2005).

El concepto de pobreza se ha definido tradicionalmente en función de solo una variable monetaria: por lo general, el nivel de ingresos o el consumo. En este enfoque unidimensional, la pobreza se define y se mide como el porcentaje de la población cuyo nivel de ingresos (por ejemplo, el ingreso familiar per cápita o el ingreso familiar ajustado por equivalencia) está por debajo de una línea llamada umbral de pobreza, que se define en términos monetarios.¹

El concepto de pobreza también tuvo su impacto en la aproximación de Sen. Según esta, la pobreza es un concepto complejo y multidimensional y, para comprenderlo, se necesita considerar las diversas características y circunstancias individuales. Los pobres suelen carecer no solo de ingresos, sino de educación, salud, justicia, crédito y otros recursos productivos y oportunidades. En este sentido, la pobreza debe ser entendida como la privación de capacidades, todo lo que limite las libertades para lograr algo, y no fijarse tanto en los bajos ingresos. Sen sostiene que la evaluación social debe basarse en el alcance de las libertades que las personas tienen para perseguir los objetivos que ellas mismas valoran. Así, la pobreza se convierte en un «fallo de capacidades»: la falta de capacidad de las personas para disfrutar de los «seres y hacer» esenciales para la vida humana. Este concepto es, inherentemente, multidimensional.

«LA COMPRESIÓN Y MEDICIÓN DEL DESARROLLO CAMBIÓ DE UNA ÚNICA DIMENSIÓN, ES DECIR, LOS INGRESOS, A MÚLTIPLES DIMENSIONES, ESTO ES, CAPACIDADES Y LIBERTADES.»

Dos consecuencias inmediatas surgen de la conceptualización de la pobreza, en tanto que privación de capacidades. La primera es el reconocimiento de la asociación negativa entre la pobreza y el desarrollo humano y, en última instancia, entre la pobreza y el bienestar de las personas. La segunda es práctica y entraña problemas de medición. Concebir la pobreza como un fenómeno multidimensional implica varios retos, tanto en términos de requerimientos de información (se necesitan datos sobre las múltiples dimensiones para calcular una medida de pobreza multidimensional) como de juicios de valor (hay que definir la importancia relativa de las diversas dimensiones). Esto es particularmente relevante en el Programa 2030, ya que los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) lanzados en 2015 requieren que los países reduzcan la pobreza en «todas sus formas y dimensiones». Dichos aspectos se tratarán más adelante.

Por último, pero no menos importante, está el concepto de desigualdad que se refiere a cómo ciertas variables se distribuyen entre individuos, grupos de personas o países. La desigualdad se ha centrado desde siempre en medir la distribución de las variables de resultados, como el nivel de ingresos, los logros educativos o el estado de salud de la población, utilizando medidas bien conocidas como el coeficiente de Gini, el índice de Atkinson, el índice de Theil y los ratios de percentiles.

El enfoque de capacidad de Sen abordó asimismo el concepto de desigualdad. En el marco de Sen, igualar los resultados no debe ser el objetivo, porque no todas las personas convierten los resultados en bienestar de la misma manera. La relación entre los resultados y el bienestar de las personas depende de circunstancias ajenas al control de los individuos, como la edad, el género, los

antecedentes familiares y la discapacidad. También depende de las condiciones sociales, como los sistemas de atención de la salud, los sistemas educativos, la prevalencia de la delincuencia y las relaciones comunitarias, entre otros factores. Por tanto, el objetivo debe ser igualar las oportunidades que las personas tienen para ejercer sus libertades, y no los resultados que obtienen. En este marco, la desigualdad de oportunidades se considera una limitación para las opciones y libertades de los individuos, lo cual repercute de forma negativa en su desarrollo y bienestar (PNUD, 2005).

«EL OBJETIVO DEBE SER IGUALAR LAS OPORTUNIDADES QUE LAS PERSONAS TIENEN PARA PRACTICAR SUS LIBERTADES.»

En resumen, el desarrollo humano, la pobreza y la desigualdad son básicamente conceptos multidimensionales y centrados en el individuo. Todos ellos se fundamentan, aunque de diferente forma, en las capacidades individuales que tienen un impacto final en el bienestar de las personas. El desarrollo humano implica ampliar el conjunto de capacidades; la pobreza se refiere a la privación de capacidades, mientras que la desigualdad implica a personas que deberán elegir entre diferentes habilidades y diferentes libertades. Todos estos conceptos han sido moldeados por el enfoque de capacidad de Sen, que produjo cambios drásticos en la formulación de políticas y desafíos de medición importantes.

Aspectos de medición: adición de las diferentes dimensiones

La aparición del enfoque de capacidad de Sen como un nuevo paradigma para entender el desarrollo humano, la pobreza y la desigualdad significó un cambio en las medidas utilizadas para captar estos conceptos. El desarrollo ya no se concibe ni se mide como PIB o renta per cápita, las medidas monetarias de pobreza ya no son suficientes y la desigualdad se está extendiendo a otras dimensiones (Drèze y Sen, 2013).

Desde principios de los 90 se han introducido medidas innovadoras. La mayoría comparten características que permiten comparar entre países e incluir múltiples dimensiones en su cálculo. Algunas de ellas son el Índice de Desarrollo Humano (IDH)², el Coeficiente de Desigualdad Humana³ y el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM)⁴.

Todas estas medidas difieren en dos aspectos importantes. En primer lugar, se diferencian en la población concreta que pretenden medir, es decir, la población de un estado, país, región o un subgrupo particular. Algunos indicadores se centran en el tamaño o el nivel general de logros entre la población analizada. Por ejemplo, podemos calcular el total de ingresos o el total de años de escolarización de cada individuo de la población. Normalmente, se calcula la media para permitir la comparación entre grupos. Siguiendo el ejemplo, calcularíamos los ingresos per

cápita o el promedio de años de escolarización de la población. Otras medidas se centran en la difusión o alcance de la distribución de los logros. Este tipo de medidas reflejan la igualdad o desigualdad en la distribución de logros para una población concreta. Finalmente, otras medidas captan la base de la distribución o la proporción de la población que presenta un nivel inaceptablemente bajo de logros, con relación a unos patrones preestablecidos.

El IDH es un ejemplo de medida de tamaño. El IDH actual se basa en la RNB (renta nacional bruta) per cápita, el promedio de años de escolarización, la esperanza media de vida académica y la esperanza de vida media. Cada una de estas dimensiones señala el promedio de logros en una población. Los índices, como el de Gini, el de Atkinson, el de Theil, o la proporción de 90:10, son las medidas de tipo de distribución que ofrecen información sobre la desigualdad de los logros en una sociedad. Un ejemplo reciente de índice de propagación es el Coeficiente de Desigualdad Humana, que se ha incluido en los Informes de Desarrollo Humano junto con el IDH desde 2014. Este índice se calcula como el promedio no ponderado de desigualdad observada en las tres dimensiones que componen el IDH (educación, salud e ingresos), en la que dicha desigualdad se mide según el índice de Atkinson. Por último, el IPM es una medida de base que capta la naturaleza y magnitud de las privaciones en salud, educación y nivel de vida de cada hogar. La distinción entre tamaño, distribución y medidas de tipo base es importante. En la práctica, proporcionan información sobre diferentes aspectos de los logros de una población y, lo que es más importante, no hay necesidad de elegir entre unas y otras. Por el contrario, se complementan entre sí (PNUD, 2010, Alkire y Santos, 2014).

En segundo lugar, estas nuevas medidas difieren también en su estructura principal, e incluyen cuatro características metodológicas: análisis dimensional, descomposición, enlaces entre dimensiones y esquemas de ponderación. En cuanto al análisis dimensional, el IDH, lanzado en 1990, fue la primera medida que empleó múltiples dimensiones en sus cálculos. Además de los ingresos, incluía información sobre educación y salud. Con el tiempo, las variables utilizadas para describir el desarrollo humano se extendieron hasta incluir otros elementos de interés como los derechos políticos, la libertad de acción, la productividad, la paridad de género y la sostenibilidad, entre otros (Alkire, 2010).

La «descomposición» de una medida se refiere a la posibilidad de desglosarla por variables relevantes, tales como género, grupo de edad, etnia, área rural o urbana y discapacidad, entre otros (Alkire y Foster, 2016). Este ejercicio es notablemente valorado por quienes formulan políticas; la información sobre las variaciones que tienen lugar dentro de un país, puede dar forma a sus respuestas políticas. Asimismo, la variable de descomposición es necesaria para definir quiénes son los más pobres entre los pobres y cómo su situación va cambiando. Esto es esencial para cumplir con los ODS, y su premisa de "no dejar a nadie atrás". El IPM es un ejemplo de medida que satisface la variable de descomposición, ya que puede desagregarse por cualquier subgrupo para el que los datos sean

representativos. En la sección 4 se presenta el IPM por regiones, grupos de países clasificados por nivel de ingresos, grupos de edad y discapacidades.

La variable metodológica de los vínculos, entre las dimensiones que también analiza cuáles son los logros alcanzados simultáneamente por individuos. Esta característica está presente en las medidas multidimensionales basadas en el recuento, como el IPM. Este índice es una medida multidimensional agregada y global que se puede desglosar para mostrar qué personas están experimentando la misma privación al mismo tiempo. Esto es posible porque la construcción del IPM comienza a nivel de individuo o de hogares, y construye un perfil de sus privaciones para cada dimensión e individuo. A partir de este perfil, una persona se identifica como pobre/no pobre. Por el contrario, las medidas compuestas solo ofrecen una comprensión indirecta de los vínculos entre dimensiones porque combinan diferentes indicadores agregados que pueden provenir de diferentes encuestas. El IDH es un ejemplo de medida compuesta.

La última variable metodológica se refiere al vector de ponderación aplicado con el fin de agrupar diferentes dimensiones. En la práctica, la gente puede estar en desacuerdo sobre qué pesos utilizar. La gente es muy diversa, y los valores pueden diferir entre personas y también en la misma persona con el paso del tiempo (Sen, 2009). Sin embargo, no es necesario que la gente se ponga de acuerdo sobre un conjunto de pesos. Lo importante es que cualquier recomendación política debe resistir una serie de pesos plausibles, y el vector de ponderación utilizado debe ser explícito y fácil de entender (Alkire *et al.*, 2011).

Las siguientes secciones toman el IPM como ejemplo de medida que sigue el nuevo paradigma de desarrollo. Este índice se apoya en el reconocimiento de que la pobreza tiene muchas formas y que se necesitan medidas que complementen los índices tradicionales de pobreza.

Índice de pobreza multidimensional: la teoría

Hasta hace poco, muchos países solo entendían la pobreza como la falta de ingresos o el bajo consumo. Pero ningún indicador puede captar los múltiples aspectos de la pobreza. El IPM Global es una medida internacionalmente comparable de pobreza aguda desarrollada por la OPHI y la Oficina de Información sobre Desarrollo Humano de Naciones Unidas. El IPM Global complementa la medición monetaria de la pobreza al reflejar las privaciones simultáneas y agudas que enfrentan a los individuos en otros campos que también son esenciales para garantizar una vida digna. Siguiendo el IDH, el IPM comparte los mismos tres ámbitos: educación, salud y nivel de vida. El IPM Global fue lanzado en 2010, y ha sido actualizado regularmente y publicado en cada Informe de Desarrollo Humano posterior.

El IPM Global es una adaptación particular de la ratio de recuento ajustada (M0) propuesta en Alkire y Foster (2011) y elaborada en Alkire *et al.* (2015). La metodología Alkire-Foster (AF) establece un marco general para medir la pobreza

multidimensional, aunque también se adecúa para medir otros fenómenos (Alkire y Santos, 2013). Con el método AF, muchas decisiones clave se dejan en manos del usuario, como la selección de la unidad de análisis, las dimensiones, los límites de privación (para determinar cuándo una persona está privada en un ámbito), la ponderación (para indicar la importancia relativa de las diferentes privaciones) y el límite de la pobreza (para determinar cuándo una persona tiene suficientes privaciones para ser considerada pobre). Esta flexibilidad permite que la metodología presente muchas aplicaciones diversas, aunque se ha utilizado principalmente para medir la pobreza multidimensional.

Método Alkire-Foster. Alkire y Foster (2011) proponen una metodología basada en el método de recuento, que hace ajustes en la familia tradicional de indicadores FGT para llevarla a un espacio multidimensional. Esta metodología introduce dos puntos de corte en la etapa de identificación de la pobreza.⁵

En primer lugar, se selecciona el conjunto de indicadores que se consideran en la medida multidimensional. Los datos de todos los indicadores deben estar disponibles para el mismo hogar. La matriz de logros contiene entonces el nivel de logro de cada hogar, en cada indicador incluido en la medida. Luego, es necesario establecer los límites de privación para cada indicador, es decir, el nivel de logro considerado suficiente (normativamente) para no ser desfavorecido en cada indicador. Después de aplicar estos puntos de corte, cada hogar se identifica como privado o no privado en cada indicador. Más formalmente,

$$\tilde{x}_{ij} = \begin{cases} 1 & \text{if } x_{ij} < z_j \\ 0 & \text{en otro caso} \end{cases}$$

donde x_{ij} es el valor de logro del hogar i en el indicador j ; z_j es el umbral de corte de privación para el indicador j , y \tilde{x}_{ij} es una variable dicotómica con valor = 1 (si el hogar i está desfavorecido en el indicador j , y valor = 0 de lo contrario). La matriz de logros se transforma a continuación en la matriz de privación, que contiene las variables \tilde{x}_{ij} para cada indicador/hogar.

En esta etapa, se aplica la ponderación o valor relativo que tiene cada indicador, de modo que estos sumen a uno o 100%. De esta manera, las variables dicotómicas que toman los valores 0 o 1 se multiplican por el peso de cada indicador para obtener la matriz de privación ponderada.

Como indican Alkire y Foster (2011), «los puntos de corte específicos de dimensión no bastan para identificar quién es pobre; debemos considerar criterios adicionales que miren a través de las dimensiones para llegar a una especificación completa del método de identificación»⁶. Para ello, una vez establecida la privación en cada indicador, este método cuenta el número de atributos en los que el hogar i se ve privado: el vector de conteo, C_i , representa entonces la suma de las privaciones ponderadas a que se enfrenta cada hogar.

Aquí se establece el segundo umbral k . Define quién es multidimensionalmente pobre y quién no. En otras palabras, k representa el número mínimo de indicadores

ponderados de los que un hogar debe ser privado para ser considerado como multidimensionalmente pobre. Así, tenemos:

$$\rho_i = \begin{cases} 1 & \text{if } c_i \geq k \\ 0 & \text{en otro caso} \end{cases}$$

donde ρ_i es una variable dicotómica que toma valor = 1 si el hogar i está privado de, por lo menos, k indicadores ponderados. Este método permite usar los enfoques de unión e intersección, estableciendo $k = 1$ y $k = d$, respectivamente (donde d es el número de indicadores incluidos en el análisis). De manera similar, también se permite un enfoque intermedio al establecer un valor de k entre estos extremos. Es decir, los enfoques de unión e intersección pueden tomarse como casos especiales de este método. Alkire y Foster (2011) no proporcionan un algoritmo para determinar a k , sino que consideran los resultados con todos los valores posibles de k entre 1 y d como un tipo de prueba de robustez de las estimaciones.

Además de estas consideraciones en la etapa de identificación de los pobres, los autores proponen ajustes para agregar la información de los hogares en un indicador de población, basados en la familia de índices FGT. En particular, el método AF calcula primero la proporción de personas que han sido identificadas como multidimensionalmente pobres en la población. Esta es la proporción de cabezas de la pobreza multidimensional H , también llamada incidencia de pobreza multidimensional:

$$H = \frac{q}{n}$$

donde q es el número de hogares identificados como multidimensionalmente pobres utilizando el doble corte y n es el número total de hogares. A continuación, se calcula la proporción media de indicadores ponderados en que los pobres son privados. Esto implica sumar las puntuaciones de privación de los pobres y dividirlos por el número total de individuos pobres. Esta es la intensidad de la pobreza multidimensional A , llamada a veces la amplitud de la pobreza:

$$A = \sum_{i=1}^n c_i(k) / q$$

Este índice parcial transmite información relevante sobre la pobreza multidimensional, ya que los hogares que experimentan privaciones simultáneas en una fracción mayor de dimensiones tienen una más intensidad de pobreza que otros con menor intensidad.

Por último, el M_0 o IPM se calcula como el producto de los dos índices parciales anteriores: $H \times A$. Análogamente, se puede obtener como la media del vector de puntuaciones de privación, que es también la suma de las privaciones ponderadas que las personas pobres, dividida por la población total. Esto significa que la medida final M_0 considera la cifra de pobreza a la manera tradicional, pero la logra ajustar mediante la intensidad de la pobreza para obtener una imagen más

completa de la misma. Esta corrección permite al indicador verificar la propiedad de monotonicidad multidimensional (que no se satisface con la tasa de incidencia)⁷. Más formalmente,

$$M_0 = \cdot (c(k)) = \frac{1}{n} \sum_{i=1}^n c_i(k)$$

Obsérvese que las privaciones experimentadas por individuos que no han sido identificados como pobres (es decir, aquellos cuyas puntuaciones de privación están por debajo del umbral de pobreza, k) son censuradas y por lo tanto no se ven reflejadas; esta censura de las privaciones de los no pobres es consistente con la propiedad del «enfoque de la pobreza» que –análogo al caso unidimensional– requiere que la medida de la pobreza sea independiente de los logros de los no pobres. Para más información véase Alkire y Foster (2011).

Las medidas de la familia AF satisfacen muchas de las propiedades deseables para las medidas de pobreza. Varias propiedades son clave para la política. La primera es la descomposición, que permite desglosar el índice por subgrupos de población (como región, género u origen étnico) para mostrar las características de la pobreza multidimensional para cada grupo. Como se discutió en la sección anterior, el IPM satisface la descomposición del subgrupo de población. Así, el nivel de pobreza de una sociedad equivale a la suma ponderada por la población de los niveles de pobreza de los subgrupos, donde los subgrupos son mutuamente excluyentes y colectivamente exhaustivos.

El IPM también se puede desagregar para revelar las privaciones dimensionales que más contribuyen a la pobreza de un grupo dado. Esta segunda característica clave – desglose dimensional de postidentificación– no está disponible con la proporción de recuento estándar y es particularmente útil para la política.

Además, el IPM tiene una interpretación intuitiva: refleja la proporción de privaciones ponderadas que los pobres sufren en una sociedad sobre el total de privaciones que esta sociedad podría experimentar si todas las personas fueran pobres y fueran privadas en todas las dimensiones. Asimismo, el IPM está relacionado con un conjunto de índices parciales consistentes e intuitivos, a saber, la incidencia de la pobreza (H), la intensidad (A) y un conjunto de estimaciones de pobreza de subgrupos, índices de privación dimensional (que en el caso de la medida M_0 se denominan índices de personal censurado) y sus correspondientes contribuciones porcentuales. Cada medida puede desplegarse en una serie de índices informativos.

Otra ventaja práctica del IPM es que se puede implementar con datos ordinales. Esto es fundamental para las aplicaciones del mundo real. Es relevante cuando la pobreza se ve desde la perspectiva de la capacidad, por ejemplo, ya que muchas funciones clave se miden comúnmente mediante el uso de variables ordinales. El M_0 o IPM satisface la propiedad de ordinalidad. Esto significa que para cualquier transformación monótona de la variable ordinal y el corte asociado, la pobreza global estimada por M_0 no cambiará.

Ejemplo del método AF⁸ Supongamos que una sociedad hipotética contiene cuatro individuos y se analiza la pobreza multidimensional utilizando cuatro indicadores: ingresos, años de educación, índice de masa corporal (IMC) y acceso a mejor saneamiento. La matriz 4x4 X contiene los logros de las cuatro personas en los cuatro indicadores.

	Ingresos	Años escolarización	Desnutrición	Acceso mejor saneamiento	
	700	14	No	Sí	Persona 1
X=	300	13	No	No	Persona 2
	400	3	Sí	No	Persona 3
	800	1	No	Sí	Persona 4
Z=	500	5	No	Sí	

Por ejemplo, el ingreso de la Persona 3 es de 400 unidades, mientras que la Persona 4 es de 800 unidades. La persona 1 ha completado 14 años de escolaridad, mientras que la persona 2 ha completado 13 años de escolaridad. La persona 3 es la única persona que está desnutrida de las cuatro personas. Dos personas en nuestro ejemplo tienen acceso a mejor saneamiento. Por lo tanto, cada fila de la matriz X contiene los logros de cada persona en cada uno de los cuatro indicadores. El vector de corte de privación se denomina $Z = (500, 5, \text{No desnutrido}, \text{Tiene acceso a mejor saneamiento})$, que se utiliza para identificar quién está privado en cada indicador. La matriz de logro X tiene tres personas que están privadas (ver las entradas subrayadas) en uno o más indicadores. La Persona 1 no tiene ninguna privación en absoluto.

Basándonos en el estado de privación, construimos la matriz de privación g_0 , donde se asigna una puntuación de estado de privación de 1 si una persona se ve privada de un indicador y se le da otra puntuación de 0.

	Ingresos	Años escolarización	Desnutrición	Acceso mejor saneamiento	
	0	0	0	0	Persona 1
$g_0=$	1	0	0	1	Persona 2
	1	1	1	1	Persona 3
	0	1	0	0	Persona 4
w=	0,25	0,25	0,25	0,25	

Todos los indicadores están igualmente ponderados en este ejemplo y, por lo tanto, el vector de peso es $W = (0,25, 0,25, 0,25, 0,25)$. Luego aplicamos estos pesos a la matriz de privación para obtener la matriz de privación ponderada. La suma ponderada de estas puntuaciones de estado es la puntuación de privación (C_i) de cada persona. Por ejemplo, la primera persona no tiene privaciones y por lo tanto la puntuación de privación es 0, mientras que la tercera persona es privada en todos los indicadores y por lo tanto tiene la puntuación de privación más alto de 1. Del mismo modo, la puntuación de privación de la segunda persona es 0,5 ($0,25 + 0,25$).

Ingresos	Años escolarización	Desnutrición	Acceso mejor saneamiento	Vector puntuación privación
0	0	0	0	0
0,25	0	0	0,25	0,5
0,25	0,25	0,25	0,25	1
0	0,25	0	0	0,25

Esta aproximación identifica a una persona como pobre si está privada en cualquiera de los cuatro indicadores. En ese caso, tres de las cuatro personas en este ejemplo son identificadas como pobres (es decir, las personas 2, 3 y 4). Por otro lado, el enfoque de intersección requiere que una persona sea identificada como pobre si se la priva de todos los indicadores. En el ejemplo, solo una de las cuatro personas se identifica como pobre (es decir, la persona 3). Un enfoque intermedio establece un corte entre la unión y los enfoques de intersección, por ejemplo, $k = 0,5$, lo que equivale a ser privado en dos de las cuatro dimensiones igualmente ponderadas. Esta estrategia identifica a una persona como pobre si se ve privada de la mitad o más de indicadores ponderados, lo que en este caso significa que dos de los cuatro individuos son identificados como pobres (es decir, las personas 2 y 3).

Una vez identificados los pobres, se censura la matriz de privación ponderada para que la medida pueda centrarse solo en las privaciones de los pobres, es decir, las privaciones de aquellos identificados como no pobres se sustituyen por un cero. Esto conduce a la matriz de privación censurada y la puntuación de privación censurada, como se muestra a continuación para $k = 0,5$.

	Ingresos	Años escolarización	Desnutrición	Acceso mejor saneamiento	Vector puntuación privación
	0	0	0	0	0
$g_0(K)=$	0,25	0	0	0,25	0,5
	0,25	0,25	0,25	0,25	1
	0	0	0	0	0

Obsérvese que hay un caso en el que la censura no es relevante: cuando el corte de pobreza corresponde al enfoque unitario, entonces cualquier persona que se vea privada en cualquier dimensión se considera pobre y las matrices censuradas y originales son idénticas.

Como ya se ha discutido, la proporción de individuos H es la proporción de personas pobres, que es dos de cada cuatro personas en la matriz anterior. Es decir, $H = 2/4 = 1/2$ o 50%.

La intensidad A es la proporción media de privación entre los pobres, que en este ejemplo es el promedio de 0,5 y 1 (esto es, las puntuaciones de privación de las dos personas que son pobres, las personas 2 y 3). Es decir, $A = 0,75$ o 75%.

Es fácil ver que la ratio de recuento ajustada M_o (o IPM) $= H \times A = 0,5 \times 0,75 = 0,375$. También es fácil verificar que M_o es la media de todos los elementos del vector de calificación de privación censurado $c(k)$, es decir, $M_o = (0 + 0,5 + 1 + 0) / 4 = 0,375$. Análogamente, es equivalente a computar como la suma ponderada de los valores del estado de privación divididos por el número total de personas: $M_o = (0,25 * 2 + 0,25 * 1 + 0,25 * 1 + 0,25 * 2) / 4 = 0,375$.

Siguiendo las explicaciones anteriores, el análisis puede ser completado calculando las descomposiciones por subgrupos de poblaciones y desgloses dimensionales.

Índice de pobreza multidimensional: la práctica

Una aplicación específica del método AF ha sido el IPM Global, que es una medida internacionalmente comparable de pobreza aguda en más de cien países en desarrollo⁹. Como ya se mencionó, el IPM Global fue desarrollado por la OPSI y la OGRD, y puesto en marcha en 2010. Se ha actualizado anualmente y cada dos años por la OPSI, e incluido en cada Informe de Desarrollo Humano desde entonces. El objetivo del IPM mundial es comunicar a la política mediante información comparable sobre la pobreza multidimensional para el mundo en desarrollo. En este sentido, la selección de dimensiones, indicadores y otros parámetros se guía por este propósito, así como por la información disponible para este gran número de países. El IPM Global es similar a la medida de 1,90 dólares por día de la pobreza monetaria por el Banco Mundial; proporciona un punto de referencia internacional y permite la comparabilidad. Esta medida utiliza el hogar como la unidad de identificación, lo que significa que los indicadores se definen a nivel del hogar y todos los miembros comparten el mismo estatus de privaciones.

El IPM Global incluye tres dimensiones y 10 indicadores (tabla 1). Cada dimensión tiene el mismo peso y los indicadores dentro de las dimensiones reciben un peso igual. El punto de corte de la pobreza se define como un tercio, lo que significa que una persona es multidimensionalmente pobre si se ve privada de por lo menos 1/3 de la suma ponderada de privaciones.

Tabla 1: Dimensiones, indicadores y cortes de la IPM Global

Dimensión	Indicador	Corte de privación	Peso
Educación	Años de escolarización	Ningún miembro del hogar ha completado cinco años de escolaridad.	1/6
	Asistencia escolar	Ningún niño en edad escolar se queda en casa y falta a la escuela en 8 ocasiones.	1/6
Salud	Mortalidad infantil	Ningún niño en casa ha muerto en los últimos cinco años	1/6
	Nutrición	Ningún niño ni adulto en la casa, con información nutricional, están desnutridos.	1/6
Estándares de vida	Electricidad	La casa no tiene electricidad.	1/18
	Mejor saneamiento	La instalación de saneamiento del hogar no se mejora, o se comparte con otros hogares.	1/18
	Mejora agua potable	El hogar no tiene acceso a agua potable, o el agua potable está a más de 30 minutos a pie de ida y vuelta.	1/18
	Suelos	El hogar tiene suciedad, arena o suelos de estiércol.	1/18
	Combustible cocina	En el hogar se cocina con estiércol, madera o carbón.	1/18
	Activos en propiedad	El hogar no posee más que una radio, TV, teléfono, bicicleta, moto o refrigerador y no cuentan con un coche o un camión.	1/18

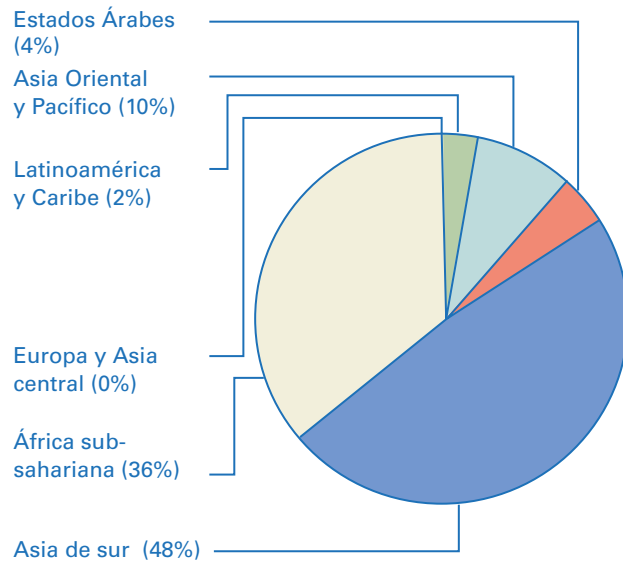
Fuente: sitio web del OPHI

Las cifras más recientes del IPM mundial se lanzaron en 2017. Cubren 5.400 millones de personas, esto es, el 76% de la población mundial, que viven en 103 países. En los párrafos siguientes se describen los principales hallazgos del IPM Global 2017 reportados por Alkire y Robles (2017).

Un total de 1,45 billones de personas de los 103 países cubiertos por el IPM Global 2017 son multidimensionalmente pobres. Esta cifra representa el 26,5% de la población de estos países.

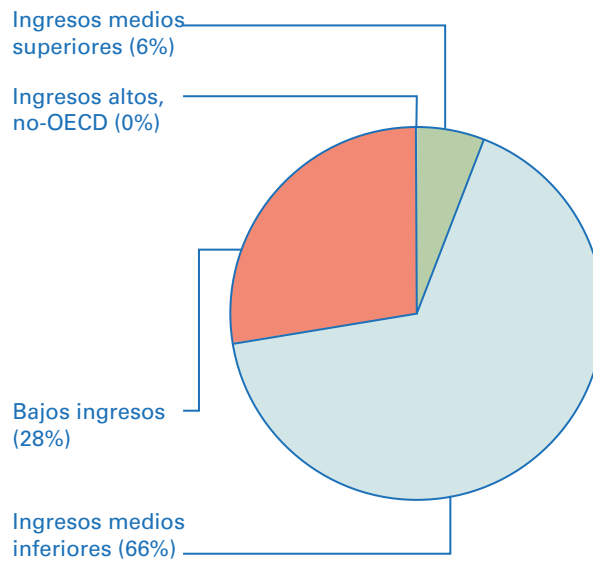
La desagregación regional del índice indica que Asia meridional y el África subsahariana son las regiones con mayor proporción de personas pobres en el mundo multidimensional: el 48% de la población pobre vive en Asia meridional y el 36% en el África subsahariana. Se obtiene un resultado interesante al comparar el nivel del IPM en estas regiones con la medida tradicional de pobreza de 1,90 dólares/día. En Asia meridional, el 41,6% de la población es multidimensionalmente pobre, mientras que la medida extrema de pobreza de ingresos es menos de la mitad de ese valor (19,2%). En el África subsahariana, la pobreza multidimensional afecta al 60,1% de la población, mientras que la medida monetaria de la pobreza alcanza el 46,4%. Cuando los países se clasifican de acuerdo con sus niveles de ingresos, la desagregación del IPM indica que casi tres cuartas partes de la población multidimensionalmente pobre (72%) vive en países de ingresos medios y el 28% restante en países de bajos ingresos.

Gráfico 1: Distribución de la gente pobre, por regiones, según el IPM Global



Fuente: Alkire y Robles (2017)

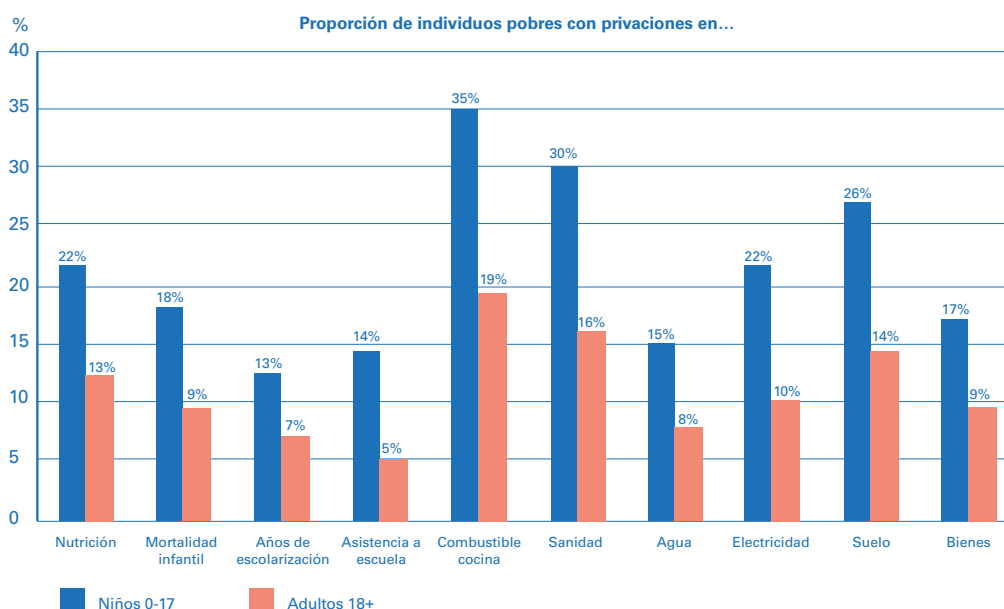
Gráfico 2: Distribución de gente pobre en función de los ingresos del país, según el IPM Global



Fuente: Alkire y Robles (2017)

Cuando el índice se desglosa por grupos de edad, los hallazgos indican que una gran parte de la población multidimensionalmente pobre está compuesta por niños (0-17 años) y que el IPM es especialmente alto entre ellos. Específicamente, el 48% de los pobres multidimensionales son niños, y el 37% de los niños son multidimensionalmente pobres. La mayoría de los niños pobres del IPM viven en el sur de Asia (44%) y en el África subsahariana (43%). El análisis de las dimensiones individuales indica que los niños pobres están en promedio privados en el 52% de los indicadores ponderados. Las privaciones más comunes a las que se enfrentan los niños son el combustible para cocinar, el saneamiento, el suelo, la desnutrición y la electricidad (figura 3).

Gráfico 3: Privaciones en adultos y niños en diez indicadores del IMP Global



Fuente: Alkire y Robles (2017)

El IPM Global ha sido desagregado recientemente por el estado de discapacidad para el caso de Uganda (Pinilla y Alkire, 2017). Los resultados demuestran que los hogares con al menos un miembro con una discapacidad severa se enfrentaron a niveles más altos de pobreza multidimensional, el IPM del 77%, en comparación con el 69% entre los hogares sin discapacidad.

Desde el año 2014, se ha incorporado al análisis una medida de la indigencia. Esta medida identifica un subconjunto de los pobres del IPM que son los más pobres entre los pobres. En 2017, casi la mitad de todos los pobres IPM viven en la miseria. El mismo conjunto de dimensiones, indicadores, pesos y el corte de la pobreza se

utilizan para identificar a los indigentes, pero los límites de privación son más extremos. Incluyen la desnutrición severa, la pérdida de dos o más hijos, el abandono de la escuela primaria, que ningún miembro de la familia haya completado más de un año de escolaridad, la defecación abierta, la obtención de agua insegura o a 45 minutos o más, no poseer un teléfono móvil o radio, y cocinar solamente con madera, estiércol o paja.

Curiosamente, hay bolsas de miseria incluso en países con bajos niveles de IPM (figura 4). Por ejemplo, en países como Turkmenistán, Bosnia Herzegovina, Barbados, Uzbekistán y Azerbaiyán, el 30 por ciento o más de los pobres del IPM son indigentes. En Sudáfrica, menos del 9 por ciento de los pobres del IPM son indigentes. En general, las tasas de indigencia tienden a ser inferiores a las tasas de pobreza de 1,90 dólares/día. Pero la indigencia es notablemente superior a la pobreza por ingresos en algunos países, como Pakistán, Mauritania, Sudán, Gambia, Chad, Etiopía, Níger y Sudán del Sur. Este hallazgo destaca la importancia de medir y combatir la pobreza en todas sus formas y dimensiones. En el lado negativo, hay seis países donde la indigencia es «la norma» que afecta a la mitad o más de la población.

En conjunto, las últimas cifras de IPM globales proporcionan una descripción completa de privaciones en múltiples dimensiones para el mundo en desarrollo. Alrededor de un cuarto de la población de estos países es multidimensionalmente pobre, casi la mitad de todos los pobres del IPM son niños, hay una asociación positiva entre el estado de discapacidad y la pobreza multidimensional, y casi la mitad de todos los pobres del IPM se enfrentan a graves privaciones.

Unos niños miran a la cámara en un área empobrecida en el complejo de Yegua, una de las favelas más grandes de Río de Janeiro, Brasil.



Observaciones finales

El enfoque de capacidad desarrollado por el Premio Nobel Amartya Sen implicó un cambio de paradigma en la comprensión del desarrollo humano, la pobreza y la desigualdad, y afectó profundamente la forma en que hemos analizado y medido estos fenómenos en las últimas dos décadas. Este cambio de paradigma implicaba centrarse en el individuo como unidad de análisis, en lugar de la economía, y evaluar el progreso en el espacio de las capacidades y las libertades, en lugar de los ingresos. El concepto de desarrollo se convirtió en «desarrollo humano», las medidas de desarrollo, la pobreza y la desigualdad pasaron de una dimensión a múltiples dimensiones y la formulación de políticas cambió drásticamente para mejorar variables diversas y para avanzar en el desarrollo humano, no solo aumentando el nivel de ingresos de la economía. Tras el lanzamiento del Índice de Desarrollo Humano (IDH) en 1990, se han creado varios nuevos índices dirigidos hacia una comprensión más amplia del desarrollo.

«EL IPM GLOBAL INDICA QUE ALREDEDOR DE UN CUARTO DE LA POBLACIÓN EN LOS MÁS DE CIENTO PAÍSES ANALIZADOS ES MULTIDIMENSIONALMENTE POBRE.»

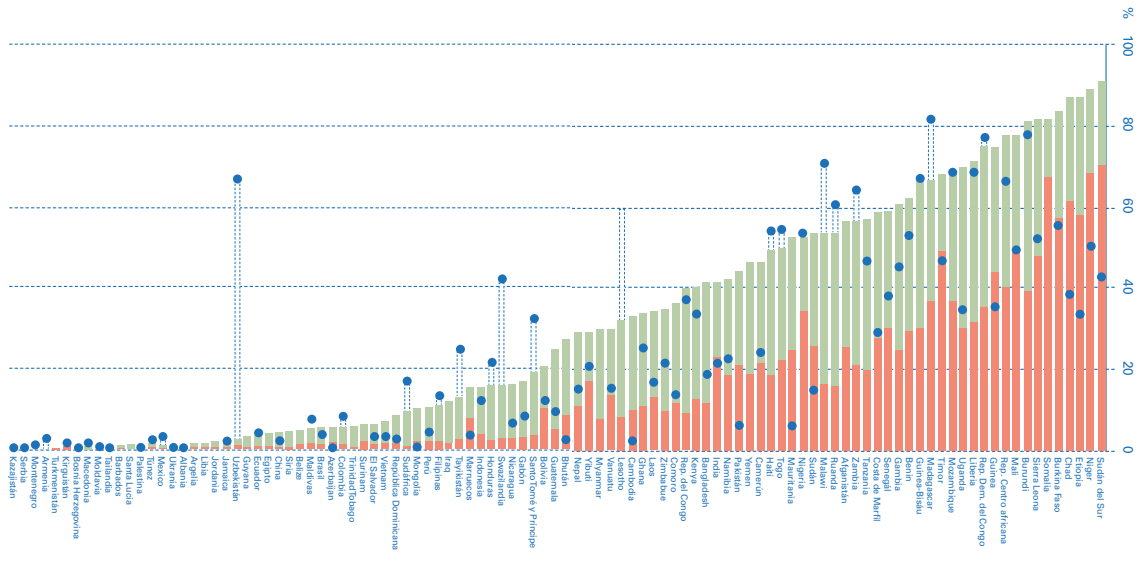
Este artículo, a la luz de esta nueva conceptualización, ha descrito los conceptos de desarrollo humano, pobreza y desigualdad, intrínsecamente vinculados, pero que contemplan diferentes características de bienestar. Después se han presentado índices desarrollados recientemente que son muy utilizados para medir dichos fenómenos y se han evaluado varias consideraciones metodológicas relativas a su implementación.

En particular, el artículo se ha centrado en el Índice Multidimensional de Pobreza (IPM), una medida que complementa las medidas monetarias más tradicionales de la pobreza al reconocer que este fenómeno tiene múltiples formas y variables. En primer lugar, se han proporcionado detalles sobre la metodología Alkire y Foster para medir la pobreza multidimensional. Luego, se han comentado las cifras más recientes del IPM Global, una aplicación específica del método Alkire y Foster que proporciona una descripción completa de las privaciones en múltiples dimensiones para el mundo en desarrollo. El IPM global es una medida internacionalmente comparable de la pobreza multidimensional aguda. Siguiendo la estructura del IDH, está compuesto por tres dimensiones: educación, salud y nivel de vida, y 10 indicadores. Todas las variables están ponderadas por igual, y los indicadores dentro de las variables reciben el mismo peso. Un individuo tiene que ser privado en un tercio de los indicadores ponderados para ser identificado como multidimensionalmente pobre.

A partir de 2017, el IPM Global indica que alrededor de un cuarto de la población en los más de cien países analizados es multidimensionalmente pobre; esto representa un total de 1,45 mil millones de personas. Además, casi la mitad (48%) de todos los pobres del IPM son niños de 0 a 17 años. Los hallazgos también

revelaron que existe una asociación positiva entre el estado de discapacidad y la pobreza multidimensional, y que casi la mitad de todos los pobres, según el IPM (706 millones), están abocados a sufrir graves privaciones.

Gráfico 4: Comparación del IPM Global sobre la incidencia de la pobreza y la indigencia y los que sobreviven con 1,90 dólares/día



Fuente: Alkire y Robles (2017)

- pobres del MPI
- Indigentes
- Pobres de 1,90\$/día

Todos estos descubrimientos proporcionan una información notablemente valiosa, útil para dar forma a las respuestas políticas en el contexto del Programa 2030. Los ODS adoptados por los líderes mundiales representan un reconocimiento general de la comprensión más amplia del desarrollo humano presentada en este artículo. Instan a los países a combatir la pobreza en todas sus dimensiones. Estos establecieron como premisa que los países no deben dejar atrás a nadie en sus esfuerzos por el progreso. Subrayan la necesidad de una mejor comprensión de los vínculos entre múltiples indicadores, ya que es clave para diseñar intervenciones políticas coordinadas y multisectoriales. Los ODS probablemente conducirán a la implementación de nuevas medidas que permitan ir más allá de la métrica tradicional y pueden guiar respuestas interrelacionadas en muchos sectores. Estas nuevas herramientas, junto con las existentes como el IDH y el IPM, podrían conducir a políticas más eficaces y mejor orientadas, que mejoren las condiciones de vida de aquellos que aún se enfrentan a graves problemas en sus vidas.

Referencias bibliográficas

Alkire, S. (2002), *Valuing Freedoms. Sen's Capability Approach and Poverty Reduction*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press. (2010), «Human Development. Definitions, Critiques, and Related Concepts». Background paper for the 2010 Human Development Report, Oxford Poverty and Human Development Initiative, University of Oxford.

Alkire S., y J. Foster (2016), «Dimensional and Distributional Contributions to Multidimensional Poverty», OPHI Working Paper, n.º 100, Oxford Poverty and Human Development Initiative, University of Oxford. (2011), «Counting and Multidimensional Poverty Measurement», *Journal of Public Economics*, vol. 95, n.º 7-8, pp. 476-487.

Alkire, S., J. Foster, S. Seth, M. E. Santos, J. M. Roche y P. Ballon (2015), *Multidimensional Poverty Measurement and Analysis*, Oxford University Press.

Alkire, S., J. Foster y M. E. Santos (2011), «Where Did Identification Go?», *Journal of Economic Inequality*, vol. 9, n.º 3, pp. 501-505.

Alkire, S., y G. Robles (2017), «Global Multidimensional Poverty Index», Briefing n.º 47, Oxford Poverty and Human Development Initiative, University of Oxford.

Alkire, S., y M. E. Santos (2014), «Acute Multidimensional Poverty. A New Index for Developing Countries», *World Development*, n.º 59, pp. 251-274.

Bourguignon, F., A. Bénassy-Quéré, S. Dercon, A. Estache, J. W. Gunning y R. Kanbur (2008), «Millennium Development Goals at Midpoint. Where Do We Stand and Where Do We Need to Go?», Background paper for European Report on Development 2009.

Drèze, J., y A. K. Sen (2013), *An Uncertain Glory. India and Its Contradictions*, Londres, Allen Lane. [Hay trad. cast.: *Una gloria incierta. India y sus contradicciones*, Madrid, Taurus, 2014.]

Foster, J., J. Greer y E. Thorbecke (1984), «A Class of Decomposable Poverty Measures», *Econometrica*, vol. 52, pp. 761-776.

Nussbaum, M. (2011), *Creating Capabilities. The Human Development Approach*, Cambridge (Massachusetts) y Londres, Harvard University Press. [Hay trad. cast.: *Crear capacidades. Propuesta para el desarrollo humano*, Barcelona, Paidós, 2012.]

Pinilla-Roncancio, M., y S. Alkire (2017), «How Poor Are People with Disabilities around the Globe? A Multidimensional Perspective», *OPHI Research in Progress* 48a, Oxford Poverty and Human Development Initiative, University of Oxford.

Sen, A. K. (1979a), «Equality of What?», en Sterling M. McMurrin, ed., *The Tanner Lectures on Human Value*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 195-220. (1979b), «Informational Analysis of Moral Principles», en R. Harrison, ed., *Rational Action*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 115-132. (1985a), *Commodities and Capabilities*, Oxford, Elsevier Science Publishers. (1985b), «Well-being, Agency and Freedom. The Dewey Lectures», *Journal of Philosophy*, vol. 82, n.º 4, pp. 169-221. (1987), *The Standard of Living. The Tanner Lectures*, Cambridge, Cambridge University Press. [Hay trad. cast.: *El nivel de vida*, Madrid, Universidad Complutense, 2001.] (1989), «Development as Capability Expansion», *Journal of Development Planning*, vol. 17, pp. 41-58. (1992), *Inequality Re-*

examined, Cambridge, Harvard University Press. [Hay trad. cast.: *Nuevo examen de la desigualdad*, Madrid, Alianza, 1995.] (1996), «On the Foundations of Welfare Economics. Utility, Capability and Practical Reason», en F. Farina, F. Hahn y S. Vannucci, eds., *Ethics, Rationality, and Economic Behaviour*, Oxford, Oxford University Press, pp. 50-65. (1999), *Development as Freedom*, Nueva York, Knopf. [Hay trad. cast.: *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Planeta, 2000.] (2004), «Elements of a Theory of Human Rights», *Philosophy and Public Affairs*, vol. 32, n.º 4, pp. 315-356. (2009), *The Idea of Justice*, Londres, Penguin. [Hay trad. cast.: *La idea de justicia*, Madrid, Taurus, 2010.]

UNDP (1992, 1999, 2002, 2005), «Human Development Report 1992, 1999, 2002, 2005. Global Dimensions of Human Development», Nueva York, Oxford University Press. «Globalization with a Human Face», *Deepening Democracy in a Fragmented World*, International Cooperation at a Crossroads. Aid, Trade and Security in an Unequal World», Nueva York, Hoechstetter Printing Co. (2015), «Transforming Our World. The 2030 Agenda for Sustainable Development».

Notas

- 1 Otras medidas de la pobreza que pueden obtenerse mediante la familia de índices FGT desarrollada por Foster, Greer y Thorbecke (1984) también examinan la brecha entre el nivel de ingresos de la población y la línea de pobreza (es decir, la brecha de pobreza) o el cuadrado de esta brecha, es decir, cuando se respira pobreza.
- 2 <http://hdr.undp.org/en>
- 3 http://hdr.undp.org/sites/default/files/hdr2016_technical_notes.pdf
- 4 <http://www.ophi.org.uk/multidimensional-poverty-index/>
- 5 El método AF también se ha utilizado para desarrollar un índice de empoderamiento de las mujeres, el índice de felicidad nacional bruto de Bután y medidas de bienestar. Para más información, véase el sitio web de OPHI.
- 6 En esta matriz, cada fila representa un hogar diferente, mientras que las columnas corresponden a cada indicador incluido en la medida. Por ejemplo, si consideráramos el caso de cuatro hogares y seis indicadores, el tamaño de la matriz sería 4x6 (es decir, cuatro filas y seis columnas). La primera celda [1, 1], representaría el nivel de logro del hogar 1 en el indicador 1; la segunda celda en la primera fila [1, 2], representaría el logro del hogar 1 en el indicador 2, y así sucesivamente.
- 7 La monotonicidad multidimensional implica que si un hogar pobre comienza a sufrir dificultades en un indicador en el que antes no lo hizo, la pobreza mundial debería aumentar. En la tasa de incidencia tradicional este extremo no se verifica.
- 8 Extraído de Alkire et al. (2015).
- 9 El método AF también ha sido aplicado por los gobiernos nacionales para el desarrollo de IPM nacionales, y adaptado la decisión sobre dimensiones, indicadores, umbrales y otros parámetros de prioridades internas. Se puede encontrar más información al respecto en: <http://www.ophi.org.uk/research/multidimensional-poverty/policy-applications/>

siguenos en nuestros canales



Cómo citar este libro

La era de la Perplejidad: Repensar el mundo que conocíamos. Madrid, BBVA, OpenMind, Penguin Random House Grupo Editorial.

TODOS LOS TÍTULOS PUBLICADOS DE LA COLECCIÓN OPENMIND